

12;(11-)

ISSN 0716-2510

Nº 65

Primer Semestre de 2009

MAPOCHO

REVISTA DE HUMANIDADES

RECOPILADO
dibam
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

MAPOCHO

REVISTA DE HUMANIDADES

HUMANIDADES

El nacimiento de la República en Chile: entre la libertad y el orden

Vasco Castillo / Pág. 11

El ambiguo comienzo del itinerario emancipatorio en Chile:
la idea de "Constitución"

Alejandra Castillo / Pág. 25

El Despotismo Ilustrado. Antecedente de nuestra Independencia
o la percepción de un protonacionalismo chileno-americano
a fines del siglo XVIII

Ariel Peralta Pizarro / Pág. 39

El banquete americano: comida y comunidad en la épica colonial

Paul Firbas / Pág. 49

Tres autores racistas en el pensamiento latinoamericano:

Arguedas, Palacios y Encina

Luis Corvalán M. / Pág. 65

Los nombres de referentes culturales específicos en el *Sumario
de la natural historia de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo

Nelson Cartagena / Pág. 75

El paisaje de Santiago según Rugendas. Análisis de las coordenadas
espaciales del cuadro "Llegada del Presidente Prieto a la Pampilla"

Germán Hidalgo Hermosilla / Pág. 85

La modernización del ejército chileno durante el gobierno
de José Manuel Balmaceda: el fracaso inicial de Emil Körner

Bernardo Ibarrola / Pág. 99

La huelga en El Teniente y la influencia del movimiento gremial. Chile, 1973
Pablo Rubio Aspiolaza / Pág. 119

Política en caricaturas y fotomontajes de la prensa chilena: risas y sonrisas
Lorena Antezana Barrios / Pág. 135

La llama iluminadora del teatro: *Fin del eclipse* de Ramón Grifféro
Jorge Schermann Filer / Pág. 149

Borges: el escepticismo político y cultural. ¿Toda civilización termina en la barbarie?
María Rosa Lojo / Pág. 159

Adán como testigo: la propuesta de poeta en "Palabras escritas en la arena por un
inocente", de Gastón Baquero
Manuel Iris / Pág. 175

Giovanni Boccaccio. ¿Misógino o filógino?
José Blanco / Pág. 185

Alojar el desarraigo: Ramón López Velarde y la casa del poeta
Eduardo Hurtado / Pág. 195

Chile país replicante. El estreno de *Blade Runner* en la copia feliz del edén
Claudio Aguilera A. / Pág. 205

Aproximación a la poesía de David Rosenmann-Taub
Matías Rafide B. / Pág. 211

Pilares de identidad en un medio insular: el caso de Isla Mocha
Francis Goicovich / Pág. 219

ENTREVISTAS

Entrevista a Jaime Valdivieso
Hernán Soto / Pág. 273

TESTIMONIOS

Mis fines de semana en casa de Roslyn Harbor
Marie-Lise Gazarian-Gautier / Pág. 281

Problemas de la lírica
Gottfried Benn / Pág. 287

La carta de Francisco Miranda fue el verdadero pasaporte
de Bernardo O'Higgins en su viaje a Chile
/ Pág. 311

RESEÑAS

Teresa Calderón G. *Elefante*
Reinaldo E. Marchant / Pág. 317

Miguel Valderrama. *Modernismos historiográficos.*
Artes visuales, postdictaduras, vanguardias
Paz López / Pág. 321

BIBLIOTECA NACIONAL
Archivo del Estado

Secretaría de Redacción
Sr. Pablo Pablo Zegers Blacker
Sr. Thomas Horro Espinoza

CONSEJO EDITORIAL

Sr. Santiago Antequera Pantoja
Sr. Alfonso Calderón Scazzetta
Sr. Soledad Polanco Lazo
Sr. Miguel Varas de la Haza Leguía
Sr. Fernando Gómez Collantes
Sr. Julia Laura Salazar
Sr. José Ignacio Sánchez Muñoz
Sr. Rodrigo González Muñoz

EDICIONES DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



AUTORIDADES

Ministra de Educación
Sra. Mónica Jiménez de la Jara

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos
Sra. Nivia Palma Manríquez

Directora de la Biblioteca Nacional
Sra. Ana Tironi Barrios

Director Responsable
Sr. Alfonso Calderón Squadritto

BIBLIOTECA NACIONAL
Archivo del Escritor

Secretarios de Redacción
Sr. Pedro Pablo Zegers Blachet
Sr. Thomas Harris Espinosa

CONSEJO EDITORIAL

Sr. Santiago Aránguiz Pinto
Sr. Alfonso Calderón Squadritto
Sra. Soledad Falabella Luco
Sr. Marcos García de la Huerta Izquierdo
Sr. Eduardo Godoy Gallardo
Sr. Pedro Lastra Salazar
Sr. José Ricardo Morales Malva
Sr. Carlos Ossandón Buljevic

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Av. Libertador Bernardo O'Higgins 651. Teléfonos (56-2) 3605407 - 3605335
E-mail: pedro.zegers@bndechile.cl

HUMANIDADES

Enrique González

La siguiente expresión es recalcada: "El pueblo, a través de sus representantes, es el que decide sobre la política exterior del país". Esta es la primera expresión que se encuentra en el texto de la Constitución de 1958, y que se repite en el artículo 150, que establece la competencia del poder ejecutivo en materia de política exterior.

La siguiente expresión es recalcada: "El pueblo, a través de sus representantes, es el que decide sobre la política exterior del país". Esta es la primera expresión que se encuentra en el texto de la Constitución de 1958, y que se repite en el artículo 150, que establece la competencia del poder ejecutivo en materia de política exterior.

La siguiente expresión es recalcada: "El pueblo, a través de sus representantes, es el que decide sobre la política exterior del país". Esta es la primera expresión que se encuentra en el texto de la Constitución de 1958, y que se repite en el artículo 150, que establece la competencia del poder ejecutivo en materia de política exterior.

La siguiente expresión es recalcada: "El pueblo, a través de sus representantes, es el que decide sobre la política exterior del país". Esta es la primera expresión que se encuentra en el texto de la Constitución de 1958, y que se repite en el artículo 150, que establece la competencia del poder ejecutivo en materia de política exterior.

EL NACIMIENTO DE LA REPÚBLICA EN CHILE: ENTRE LA LIBERTAD Y EL ORDEN

Vasco Castillo*

“Las acciones y proezas que de ellos exigía la liberación los metió de lleno en los negocios públicos, donde de modo intencional, unas veces, pero las más sin proponérselo, comenzaron a constituir ese espacio para las apariciones donde la libertad puede desplegar sus encantos y llegar a ser una realidad visible y tangible”
(Hannah Arendt, *Sobre la Revolución*).

La siguiente exposición es resultado de un estudio sobre las ideas republicanas en Chile, próximo a publicarse¹. Mi estudio propone examinar la concepción republicana de la política, tal y como ella se despliega en la conciencia de los primeros escritores que pensaron la República de Chile, al tiempo que estaban interesados en fundar esa república. Con este propósito exploro la autoconciencia que estos escritores elaboraron como parte de una actividad sin respiro, en que debieron meditar al paso que los acontecimientos históricos les exigían actuar para mantener la libertad conquistada en 1810. He intentado demostrar que el republicanismo constituye la principal vertiente que dirige y organiza el pensamiento político del período fundacional, entre los años 1810-1830². En proclamas, artículos de prensa, textos constitucionales, se puede examinar de modo privilegiado la reflexión sobre la propia actividad de creación política que significó la fundación de la república. Este pensamiento político, lejos de existir en la especulación solitaria de un pensador o entre los muros de una academia, se expresa en prácticas e instituciones políticas, como parte de la empresa colectiva de crear la república. Aquellos que piensan la república son a un tiempo los que están comprometidos con su fundación.

Ciertamente la profusa utilización de palabras como virtud, vicio, corrupción y en especial de la palabra “república” puede ser interpretada como manifestación del natural entusiasmo y efervescencia de una etapa política fundacional. Existe y se ha hecho por años, desde otras perspectivas, una lectura que diría algo semejante. El uso de palabras como república y las otras correspondería a un uso apresurado, casi superficial, poco digerido, casi una indigesta, del bazar de las ideologías disponibles en la época –principalmente desde una ideología

* Universidad Diego Portales.

¹ Vasco Castillo, *La Creación de la República en Chile* (en prensa).

² Para esta interpretación he utilizado el marco abierto por un importante movimiento dentro de la teoría política contemporánea que ha revitalizado el republicanismo, a la vez que ha mostrado su importancia en la formación del pensamiento político moderno. Las principales obras que he tenido presentes son: J.G.A. Pocock (1975), Quentin Skinner (1978, 1984, 1990, 1992), Philip Pettit (1998), Michael Sandel (1984, 1996), Maurizio Viroli (1999), Hannah Arendt (1993, 1997, 1998, 2004). También he tenido en cuenta los trabajos de Claude Lefort (1992), Cass R. Sunstein (1998) y John P. McCormick (2001, 2003) que evalúan el *revival* republicano.

consignada como 'ilustrada'— tomada por los revolucionarios de 1810 para explicar a otros y a sí mismos su plan emancipador.

Concedo que la lectura anterior no carece completamente de elementos de prueba. Pero yo deseo ofrecer aquí una lectura alternativa. Mi perspectiva de análisis me permite mostrar la unidad de sentido de un pensamiento político que intenta ser plasmado en instituciones precisas y determinadas y que guía la creación de la república. El uso de estas palabras, sostengo, debe ser interpretado como parte de la empresa de creación de la república. Hacer esta lectura de la filosofía pública de la época en clave republicana es ofrecer la unidad en la que se entiende la emergencia de los temas y problemas pensados con estas palabras. Creo que un aporte de la lectura que propongo es justamente ofrecer esa unidad, según la cual estas palabras (como corrupción, virtud, etc.) no son casual y arbitrariamente utilizadas, sino que forman parte de una "lógica republicana".

Examinar aisladamente la filosofía pública en Chile no implica desconocer su evidente conexión con el despliegue del pensamiento en Hispanoamérica en esos años ni su correlación última con los Estados Unidos de Norteamérica y Europa. Sólo que he necesitado focalizar el estudio en Chile para leer el pensamiento de los mismos fundadores, para acceder al modo como ellos interpretaban eso que estaban haciendo y cómo ellos retransmitían los escritos que recibían ávidamente desde Buenos Aires y otros lugares.

Con ello, creo, se puede rescatar este pensamiento original de un cierto olvido, presente en algunas opiniones que suelen consignarlo como un período de "ensayos", según el juicio más benigno de algunos, o bien simplemente de "anarquía", según el de otros menos indulgentes. Recuperar este pensamiento político fundacional, pienso, puede ayudarnos a comprender mejor nuestra identidad republicana, herencia de aquellos que fundaron nuestra vida política libre.

El examen permite descubrir la importante presencia de una controversia entre república y democracia. En esta controversia se expresa la tensión entre la libertad y el orden que explica, en gran medida, el curso de la reflexión sobre la república en estos años. Se trata, sostengo, de una autoconciencia republicana que se muestra marcada por el desarrollo de esta tensión. Querría, a continuación, muy brevemente ilustrar este desarrollo, que revela los rasgos propios de nuestra fundación republicana y que posee importantes proyecciones para el futuro rumbo de nuestra filosofía pública.

Un pensamiento político como el republicano está fuertemente sujeto a la historia. La referencia a la historia forma parte de su misma esencia. En el republicanismo la historicidad de la política se vuelve si no el problema central uno de los principales. De un modo a veces dramático, la reflexión expresa el esfuerzo por interpretar los acontecimientos a tiempo y enfrentar los cambios y los reveses de la fortuna.

En Chile, el republicanismo de este período está marcado por tres hitos históricos importantes: la conquista de la libertad (1810), la pérdida de la libertad

(1814) y la recuperación de la libertad (1817). Estos tres hitos históricos juegan un papel fundamental en la formación de los diferentes momentos de esa conciencia de sí, lo que es particularmente visible en la década de los 1820. En efecto, es en los 1820 donde la consolidación de la libertad comienza a cobrar una importancia central, hasta el punto de tensar la demanda por la libertad (y con ello la misma república) a favor de una noción de orden y estabilidad. La experiencia de la pérdida de la libertad (1814) juega un rol importantísimo en la identificación de un peligro interno sucesivamente consignado como exceso de libertad, división interna, partidos, anarquía y finalmente democracia. La influencia de este hecho en el desarrollo del pensamiento republicano es notable. Es el caso por ejemplo de un escritor clave en la formación de la autoconciencia republicana en Chile: Juan Egaña. Para él, 1814 confirma lo que la historia le ha anunciado desde fines de 1811: el peligro del despotismo militar con José Miguel Carrera. Un problema que se refuerza ante su mirada con O'Higgins. El caudillismo militar y el despotismo popular son dos males que tienen un triste contubernio en su opinión. Tanto por visión teórica (siempre es contrario a la democracia) como práctica (a la caída de O'Higgins, advierte el peligro democrático), Juan Egaña es un pensador hostil al despotismo del pueblo tanto como lo es al despotismo de un caudillo. Su modelo de república es el de una república aristocrática, favorable a la instalación de un Cuerpo Legislativo moderador y permanente: el Senado, que ponga freno a los dos peligros que amenazan la mantención de la libertad que provienen de los extremos. Sin embargo, su modelo político es republicano y su propósito de frenar los excesos de estos dos extremos no significa en ningún sentido eliminar su participación política, sino sólo moderar su influencia, de modo de evitar el despotismo del caudillo o del pueblo. Juan Egaña mantiene una unidad y continuidad de pensamiento notables, al punto de poder afirmar que la primera formulación de su republicanismo contiene las premisas de su posterior reflexión en los 1820. En gran medida, su Proyecto Constitucional de 1811 anticipa su Constitución de 1823, identificando muy tempranamente algunos de los peligros que, a su juicio, debe enfrentar la creación de una república.

En Chile, hacia 1825, surgen, principalmente desde las provincias, posiciones que promueven el federalismo como alternativa ante la fracasada y desprestigiada Constitución de 1823³. El nuevo modelo de república busca asegurar

³ No puedo profundizar como quisiera en el examen de las ideas federalistas dada la extensión de este artículo, pero corresponde consignar su importancia central, a mi juicio, para el rumbo que tomará el republicanismo en Chile, especialmente a partir de 1830. El federalismo chileno es el resultado de una recepción de ideas políticas muy en boga en Hispanoamérica por esos días. Para el estudio de estas ideas en Chile existe el notable trabajo de Ricardo Donoso (1975), capítulos IV, V y VI. Para un estudio de las fuentes están, en primer lugar, los Tomos XIII, XIV y XV de las *Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, editadas por Valentín Letelier (1888, 1890, 1892). En segundo lugar, el "Registro Oficial de la Suprema Junta Interior Gubernativa", correspondiente a la Junta Provincial de Santiago, establecida en junio de 1825. En sus oficios es notoria la voz de quien fuera unos de los más reconocidos impulsores del federalismo en Chile, José Miguel Infante. Como vocal de la

la representación y participación políticas de las provincias en el ejercicio del gobierno favoreciendo su autonomía frente al poder excesivo de la capital. Así, entre otras iniciativas, los "federalistas" promueven la elección directa de las autoridades locales y la institución de las Asambleas Provinciales como órganos de gobierno autónomos, con el fin de combatir el despotismo que descubren en la república unitaria. En un documento que constituye un hito en el discurso federalista, el "Manifiesto que hace la Asamblea de Coquimbo a los pueblos de la República sobre la inteligencia de sus instrucciones federales a los diputados de la Provincia en el Congreso Nacional de 1826" (6 de octubre de 1826) leemos: "En dieciséis años de revolución, no hemos visto en Sud América sino gobiernos centrales; se han dictado constituciones llenas de garantías, y se han elegido jefes que parecían no respirar más que bondad y patriotismo (...) se nos dice que tratan de constituir una República; pero la centralidad está en contradicción con ese nombre lisonjero, lo mismo que si dijésemos un *despotismo federal*. Los títulos de Director o Rey, Emperador o Presidente, no varían la sustancia puesto que las atribuciones sean las mismas (...) porque si el objeto de la unidad centralizada es hacer un gobierno robusto, fuerte, capaz de aniquilar media Nación en un momento, ¿quién destruye ese coloso cuando quiera perpetuarse? A la Asamblea le parece una quimera esa República central" (p. 31).

En este nuevo escenario político, Juan Egaña interpreta el emergente entusiasmo federalista como la irrupción del peligro democrático⁴. A su juicio, en el proyecto federalista, la democracia despliega el peligro de la facción y la anarquía. En las Asambleas populares, estimuladas por el federalismo, Juan Egaña ve la confirmación de aquello que su derogada Constitución buscaba conjurar: "el peligro democrático", la desviación de la república hacia la democracia. Su desmedido y muchas veces ridiculizado interés por elaborar constituciones en parte importante parece estar dirigido a erigir un Estado que impida la anarquía provocada por esta experiencia política informe de las reuniones populares frecuentes. El establecimiento de la Cámara Nacional, dispuesta para la representación popular directa se dirige a delimitar la acción política popular: es transitoria, sesiona extraordinariamente, convocada sólo cuando el Senado y el Director Supremo no llegan a acuerdo. No tiene papel alguno en la formación de las leyes y sólo debe restringirse al acto puntual de aprobar o reprobar la ley que se le presenta a su consideración.

Una libertad extrema puede conducir al enloquecimiento del pueblo, carente de las cualidades requeridas para controlar sus pasiones y enfrentar la acción

Junta, Infante presenta el 8 de junio de 1825 un Proyecto de Decreto "para que los Pueblos en uso de sus derechos nombren sus Gobernantes Locales". La publicación de estos documentos se encuentra en Guillermo Feliú Cruz (1965).

⁴ El periódico de Egaña, "La Abeja Chilena" (1825), en donde expone su rechazo al federalismo, lo he consultado de la edición de Guillermo Feliú Cruz (1966a). La Constitución Política de 1823 la he revisado en *Anales de la República* (1986). El *Examen Instructivo sobre la Constitución Política de Chile* de 1824 lo he tomado de la edición de Guillermo Feliú Cruz (1966). Finalmente, el *Código Moral* lo he consultado en Juan Egaña (1836).

de los demagogos y facciosos. Aquellos que quieren ser sus amos emergen de la anarquía favorecidos por las reuniones populares frecuentes y tumultuarias, en las que el mismo pueblo pierde su conducción, reducido a una multitud informe. Frente a la experiencia democrática de los gobiernos populares, la república surge como aquel régimen popular que gracias a su prevención del peligro democrático puede enfrentar mejor el surgimiento del despotismo. La institución clave del diseño constitucional de Juan Egaña es el Senado, un "cuerpo de notables, permanente y conservador", el momento moderador en la vida pública que impida el surgimiento del despotismo y mantenga la libertad. Sus integrantes conforman un cuerpo aristocrático, pero concebido como un cuerpo calificado por su mérito cívico, sin aludir a otra cualidad que no sea su virtud cívica.

La solución del Senado aristocrático indica también un freno al Poder Ejecutivo, bajo la premisa de que su fuerza no es "moral", sino meramente "física". En este sentido, el poder ejercido por el Ejecutivo contiene una amenaza para la libertad, ante la cual debe prevenirse la república. La "moralidad" (virtud) del Poder Ejecutivo no está asegurada, por lo mismo, se debe estar atento a su posible corrupción y vicio. Un Poder Ejecutivo caracterizado por Juan Egaña como una "fuerza física" puede degenerar en un abuso de su poder, esto es, en una forma de despotismo. La única salvaguardia de la libertad descansa en la institución que, dotada de la "fuerza moral", infunde virtud en la totalidad de la vida de la república, en especial hacia el elemento popular, pero sin olvidar el Poder Ejecutivo.

Con ello, la reflexión de Egaña parece instalarse en una controversia que no es aislada. Se trata de una controversia que está presente en el republicanismo moderno desde su nacimiento, como lo muestran diferentes estudios. Es el caso, por ejemplo, de la discusión entablada por Maquiavelo contra los humanistas cívicos del *quattrocento*. Para estos últimos, la herencia de la Roma republicana que enorgullece a los florentinos tiene que ver con la sagacidad del Senado para contener la turbulencia de la plebe y edificar una política estable y moderada. Justamente la ruina de la República fue el resultado de sus divisiones suscitadas por la envidia insaciable de la plebe. Esta lectura ya está anticipada en la obra de Tito Livio. Como convincentemente lo argumenta C. Lefort (1992), en los *Discursos*, Maquiavelo habría querido enfrentar esta lectura de la historia y, de ese modo, enjuiciar a la vez la lectura de la propia realidad política de su tiempo que hicieron sus predecesores. Por su parte, Maquiavelo arguye que la grandeza de Roma surge precisamente de los enfrentamientos entre la plebe y los nobles. El pueblo cumple un papel protagónico en la supervivencia de la república, pues la multitud no corrupta es más sabia que un príncipe. En los *Discursos*, defiende el modelo de una república popular (como Roma y en parte Florencia) que se enfrenta al modelo aristocrático de Venecia, que Maquiavelo desprecia y enjuicia con dureza. J. G. A. Pocock (1975) ha mostrado esta disyuntiva como parte del "momento maquiaveliano", identificando este modelo "veneciano", que se presenta a sí mismo como alternativa al modelo popular-

democrático florentino. Autores favorables a un republicanismo aristocrático, como F. Guicciardini, intentan demostrar que la república popular es incapaz de cumplir con la finalidad principal de conservar la libertad republicana y evitar el despotismo. Sus convulsiones internas la hacen feble e impotente para resistir los ataques de los enemigos de la libertad⁵.

La discusión entablada en el período fundacional de la república en Norteamérica hacia 1787 también ofrece la oportunidad de examinar la disyuntiva entre una versión que concibe la república marcada por el elemento democrático y otra que enfatiza su contenido de orden y freno a la anarquía⁶. La resolución de esta controversia en favor de los Federalistas aporta luces a nuestro análisis.

Frente a los Antifederalistas⁷, los Federalistas representan una postura más moderada, sospechosa del elemento políticamente perturbador de la democracia. La democracia, a su juicio, exhibe históricamente su tendencia a la anarquía y a la facción, factores debilitadores y finalmente destructores de todo Estado. Una república, a diferencia de otros Estados, supone el ejercicio del poder político por parte del pueblo soberano, pero filtrado de sus vicios. La representación es el principal mecanismo político moderno que los Federalistas creen descubrir y que, en su opinión, les era desconocido a los antiguos. La república es un régimen popular porque es el pueblo mismo quien elige a sus representantes, quienes gobiernan en su nombre. La representación permite purificar el régimen popular de los vicios de la democracia pura. Su resultado es la moderna república. A partir de estos presupuestos, los Federalistas diseñan una república de acuerdo a principios como orden, estabilidad y moderación, dirigidos a frenar los peligros latentes de la facción y la anarquía, peligros inherentes a un régimen de libertad⁸.

En Chile, la disyuntiva está instalada desde muy temprano. Un documento de los albores de la emancipación (1810) el *Catecismo Político-Cristiano*, del enigmático José Amor de la Patria así parece confirmarlo: "El gobierno republicano es de dos maneras: o aristocrático, en que sólo mandan los nobles y optimatos;

⁵ Una evaluación crítica del trabajo de Pocock, desde una perspectiva que intenta mostrar la dimensión democrática del pensamiento político de Maquiavelo contra el republicanismo elista de sus contemporáneos, se la puede encontrar en John P. McCormick (2001, 2003).

⁶ En este punto, para la interpretación de la controversia en Norteamérica, sigo la exposición de Isaac Kramnick en su estudio introductorio a los *Federalist Papers* (1987).

⁷ Aunque pueda resultar ocioso, conviene aclararlo para evitar cualquier confusión: la postura de los Antifederalistas corresponde más bien al sentir de los federalistas hispanoamericanos. Por el contrario, los Federalistas en Norteamérica son aquellos que están a favor de lo que ellos llaman la Unión, la institución de un poder central en la república, más allá de una mera confederación de Estados. A pesar de esto, las diferencias entre ambos casos históricos son notables y la identificación indicada tiene sólo un valor aproximativo.

⁸ Una muy sugerente lectura del ideario constitucionalista de los Padres Fundadores norteamericanos y su relación con la democracia se la encuentra en Arendt (2004), especialmente en el capítulo 4. Para una revisión crítica desde una perspectiva que evalúa su dimensión democrática, véase nuevamente John P. McCormick (2003). También puede consultarse Gordon Wood (1995).

o democrático, en que manda todo el pueblo por sí o por medio de sus representantes o diputados, como es preciso que suceda en los grandes estados" (Amor de la Patria, 1969: 6-7). Aquella disyuntiva situada tempranamente por el anónimo autor del *Catecismo Político Cristiano* se resuelve con Egaña a favor de la república de los *ottimati*, que se autoconciben como una aristocracia cívica, apta para mantener la libertad mediante una política estable y moderada que conjura el peligro democrático. El Senado, como un cuerpo legislativo permanente parece responder a esta función moderadora de la república.

Sin embargo, existe un autor que da un paso más allá que Juan Egaña. Se trata de su hijo Mariano, uno de los autores claves del diseño constitucional de 1833. Egaña padre concibe la formación de una aristocracia cívica como solución para el peligro democrático. La misión encomendada a esta aristocracia cívica es la modelación de un pueblo virtuoso, que resista con esta virtud la tentación democrática. La aristocracia cívica ha de moderar a través del Senado al pueblo, para que resista la incitación a la democracia de parte de los demagogos. La acción moderadora del Senado ha de educar al pueblo para que resista el vicio y devenga un pueblo virtuoso. Esto es algo que Egaña hijo no está ya dispuesto a conceder después de la experiencia del republicanism federalista.

En una ya célebre carta que escribe al padre desde Londres (21 de julio de 1827),⁹ lo acusa de claudicar ante los "pueblistas", al haber propuesto una nueva Carta Fundamental que considerando su derogada Constitución de 1823 ha integrado también demandas surgidas del Congreso de 1826. Egaña hijo clama por una Constitución que otorgue "energía", "poder y vigor" al gobierno, capaz de enfrentar la "furia democrática" que recorre Hispanoamérica entera, y cuyos efectos son las "federaciones, las puebladas, las sediciones, la inquietud continua que no dejan alentar al comercio, a la industria y a la difusión de los conocimientos útiles". Concluye que: "Deben pues los legisladores ser inexorables y no condescender jamás con que se establezca constitucionalmente la anarquía a la sombra o con el nombre de poder popular, liberalidad de principios, gobierno republicano y otras jerigonzas de éstas que no entiende la muchedumbre incauta o tal vez maligna que sólo ansía por el desorden" (*Cartas*, 1948: 263).

La solución propuesta por Mariano Egaña apunta al fortalecimiento del Poder Ejecutivo para enfrentar el peligro del pueblo vicioso. Su mirada al pueblo es muchísimo más desencantada que la del padre. Ya no confía en la acción del Senado aristocrático propuesto por el padre para resistir la "furia democrática". O al menos no sólo en ella, sino presidida por un Ejecutivo poderoso al que se le otorguen amplias facultades.

Esto último es algo que, por su parte, Egaña padre jamás aceptó. Para él, el despotismo del caudillo perdura siempre como un peligro para la mantención del orden republicano; peligro reconocible en la figura de un Poder

⁹ La correspondencia con su padre, en especial la célebre Carta del 21 de julio de 1827, la recojo de la edición de *Cartas de don Mariano Egaña a su padre: 1824-1829* (1948). Santiago: Sociedad de Bibliófilos Chilenos. La paginación de la cita corresponde a esta edición.

Ejecutivo excesivamente poderoso. Esta decisión es la que explica su solución "aristocrática".

Entre 1831 y 1833, la llamada "Gran Convención" promueve la elaboración de una Constitución prácticamente nueva, modificando el acuerdo original de sólo reformar la Constitución de 1828. Mariano Egaña es uno de los principales gestores de esta empresa, a la que aporta con la presentación de un proyecto de Constitución¹⁰.

Su proyecto de Constitución no está exento de críticas y resistencias. Un buen ejemplo lo encontramos en *El Hurón*, periódico de la época. En su número 12, del 22 de mayo de 1832, sus redactores señalan el deber de "dar alguna ligera idea de él", "impelidos del horror" ante un proyecto que "solo podría convenir a los turcos o a los chinos" (Letelier, 1901: 26).

El artículo nos da un buen resumen de las principales disposiciones constitucionales del proyecto de M. Egaña, al tiempo que nos permite observar las razones que justifican la resistencia. Denuncia que: "Se nos presenta un jefe supremo con el título de Presidente de la República, con poder para dar y quitar intendentes a las provincias y gobernadores a los departamentos; facultado para disolver las Cámaras siempre que se le antoje; con voto en las resoluciones del Congreso; libre de ser acusado por los actos de su administración; que puede ser reelegido indefinidamente; suspender de su ejercicio por seis meses a los empleados civiles y privarles hasta de dos tercios de sus sueldos por vía de corrección, y destituirlos por ineptitud calificada por un simple informe de sus jefes respectivos. Un Congreso compuesto casi en la mitad de senadores natos y de electos por el Ejecutivo" (*Ibid.*).

De aquí comenta *El Hurón*: "Claramente se infiere que no tendríamos jamás otras leyes que las que quiera darnos el Gobierno, y si el Presidente de la República no se convierte en un monarca absoluto, será solamente porque no quiere". Aún más, "entre nosotros que no hay todavía más Gobierno ni más opinión pública que la que forman algunas docenas de hombres, y donde el Ejecutivo ejerce una influencia tan poderosa y eficaz en las elecciones, que nunca salen otros diputados, otros cabildantes, otros asambleístas ni otros senadores que los que él quiere, no puede haber otra cosa más peligrosa que concederle la facultad de disolver las Cámaras a su arbitrio" (*Ibid.*).

Los juicios vertidos por los redactores de este periódico recuerdan las aprensiones denunciadas por el republicanismo federalista ante la elevación de un poder político central que concentre enormes facultades. El coloso ejecutivo adquiere ahora esa dimensión regia, que desde una perspectiva republicana, incluso como la de Juan Egaña, resulta incompatible con la permanencia de una vida que excluya la dominación. En esta dirección apunta el juicio de

¹⁰ El Proyecto es reproducido por Valentín Letelier en su recopilación, *La Gran Convención de 1831-1833* (1901: 70). Es presentado por Mariano Egaña el 12 de mayo de 1832, como un "Voto particular", en su calidad de senador y de miembro de la Comisión nombrada por la Gran Convención para proponerle un proyecto de reforma a la Constitución Política vigente.

El Hurón, al señalar que este Presidente de la República, si no se convierte en un monarca absoluto, será solamente porque no lo quiere. La república requiere precisamente crear mecanismos institucionales que impidan la posibilidad de la dominación. Confiar en la buena voluntad de una autoridad regia no forma parte de la precaución de un diseño político republicano. El buen amo parece ser una figura ajena a esta filosofía republicana, pues su sola existencia impide garantizar políticamente la ausencia de dominación.

También recuerda la importancia central que para el republicanismo posee el principio del autogobierno. La concentración, en este coloso ejecutivo, de la facultad para designar las autoridades políticas locales, disolver las Cámaras a su arbitrio, debilita las posibilidades de practicar el autogobierno. Con ello reduce la posibilidad de ser un hombre libre. Las diferencias entre un ciudadano y un súbdito, como polémicamente lo examinaron Hobbes y Rousseau, desaparecen¹¹. En el diseño de Mariano Egaña, el juicio de Hobbes parece encontrar pleno sentido, pues la libertad de este ciudadano parece depender no de su misma voluntad, sino de la voluntad ajena de un soberano, ante el cual se ha hecho un acto de renuncia de su derecho a gobernarse a sí mismo.

Si bien, finalmente, la propuesta de Mariano Egaña no es aceptada por la Convención Constituyente en su totalidad, su solución presidencialista en lo substancial es recogida por la nueva Constitución¹². La cuestión central que hemos examinado, la controversia república-democracia, comienza a resolverse por la vía indicada por Mariano Egaña. Esta resolución descubre que la experiencia democrática impulsada por el republicanismo federalista se mantiene aún como uno de los principales problemas que ha de ser enfrentado por el diseño constitucional de 1831-1833. Ciertamente el freno al componente democrático, contenido en el republicanismo federalista, no es la única razón que anima el diseño constitucional de 1831-1833. Sin embargo, entre otras, ésta es una de las razones importantes, y que he intentado poner al descubierto.

Una confirmación de esta lectura la ofrece el juicio de la voz oficial del nuevo gobierno, *El Araucano*, en su número 140, del 17 de mayo de 1833. La Gran Convención constituyente de 1831-1833, informa, "ha concluido ya la reforma del Código Fundamental de 1828 (...) Merece una particular atención el capítulo del *Derecho público de Chile*, (...) su principal empeño ha sido combinar un Gobierno vigoroso, con el goce completo de una libertad arreglada, es decir, dar al poder fuerza para defenderse contra los ataques de la insubordinación, producida por los excesos de la democracia y proporcionar a los pueblos y a los

¹¹ Thomas Hobbes: *Leviatán*, capítulos XXI; J.J. Rousseau: *Del Contrato Social*, Libro I, nota al capítulos VI, y Libro III, capítulos IX.

¹² Así lo confirma el juicio del propio Mariano Egaña. Al momento de publicar su "Proyecto de Reforma de la Constitución", justifica su publicación en los siguientes términos: "Aunque la mayoría de la Comisión de Constitución haya adoptado en su proyecto con sus tres cuartas partes del presente, son tan interesantes las disposiciones en que principalmente se nota variación entre ambos, que el autor del 'Voto particular' ha creído conveniente que se eleve a la consideración de la Convención". (Letelier, 1901: 70).

hombres recursos con que preservarse del despotismo. Se ha suprimido todo lo inútil que había en el Código y considerando bajo este aspecto las Asambleas Provinciales porque sus principales atribuciones pueden ser mejor desempeñadas por las Municipalidades que tocan más de cerca los intereses de los pueblos, se ha derogado su institución" (Letelier, 1901: 348)¹³. En el número siguiente, de 25 de mayo de 1833, *El Araucano* completa su opinión: en la Constitución "reformada", asegura, "Se han extinguido las Asambleas Provinciales, que fueron creadas en aquel tiempo como un calmante de los restos de la fiebre federal que en los tiempos anteriores hubo de devorarnos, porque ya no hay necesidad de conservar unas corporaciones cuyo principal oficio era, cuando dejaban de ser fantasmas, el de servir de hincapié a las revoluciones" (*Ibid.*: 350).

La solución presidencial parece poner término a un período de reflexión política que marca el inicio de la república. Este período parece cerrarse con la solución presidencial. El Poder Ejecutivo había sido hasta el momento una figura oblicua en la reflexión republicana en Chile. Una figura que por cierto existía políticamente, por ejemplo, en la del Director Supremo, pero que sintomáticamente nunca era pensada como parte central del orden republicano. Hasta ahora permanecía sometida a una desconfiada mirada que medía sus apetitos despóticos, los que potencialmente podían cancelar o al menos debilitar la libertad de la república. La importancia de la reflexión de Mariano Egaña es precisamente el gesto de su pensamiento, revelador de un cambio en la filosofía pública chilena. La valoración de la figura presidencial marca el inicio de una nueva reflexión sobre la república. Mariano Egaña es el primero de los escritores públicos en Chile que da el paso y decididamente elige colocar la figura del Presidente en el centro de la República. Esta elección corresponde a una audacia que no tenía precedente republicano en Chile. Egaña hijo es el primero que invoca, como solución para salvar a la república, a la figura colosal de este Jefe Supremo de la Nación. Su sola invocación expresa el momento de epílogo de este republicanismo inicial.

Dije en un comienzo que me he propuesto en mi trabajo rescatar de un cierto olvido esta reflexión republicana inicial. Recobrar este pensamiento político fundacional puede ayudarnos a comprender nuestra identidad republicana, herencia de aquellos que fundaron nuestra vida política libre. La controversia república-democracia posibilita reconocer el vínculo original de la república con

¹³ Nótese el interés, destacado por *El Araucano*, por homologar las funciones de las Asambleas Provinciales con las de una Municipalidad, oscureciendo con ello la dimensión política que tenían las primeras en el proyecto federalista. En este cambio, la 'Municipalidad' puede aludir sin turbiedad a un régimen meramente administrativo. El cambio fue propuesto por M. Egaña. En la Sesión de 1 de mayo de 1833, el acta informa que: "hizo indicación el señor Egaña para que se suprimiese del artículo 98 la palabra 'Asambleas', quedando la parte de dicho artículo en estos términos: 'De dos individuos que hayan desempeñado los cargos de intendentes, gobernadores y miembros de las municipalidades'" (Letelier, 1901: 317). Y más abajo: "El mismo señor Egaña hizo indicación para que en el artículo 39, parte tercera, en lugar de la palabra 'provincias', se sustituyese 'territorio de las Municipalidades', quedando el artículo en estos términos", etc. (*Ibid.*).

la libertad y su tensión en aquella conciencia que, al descubrir los peligros de su pérdida, identifica la república con el orden. El despliegue de esta tensión traza los principales contornos de nuestro republicanismo original y descubre la importante proyección que posee para el futuro curso de nuestro republicanismo. El epílogo de la controversia república-democracia parece revelar justamente el preludio de un cambio que comienza a decantarse a partir de 1830. No he avanzado en el examen de ese pensamiento político que se inicia con Mariano Egaña. He optado por concentrar el esfuerzo en reconstruir el escenario inicial de nuestro republicanismo, su mismo desarrollo muestra, creo, la génesis de aquel cambio. Es posible que una investigación futura pudiera comenzar justo allí donde la he dejado ahora. Es posible también que en este mismo punto lo que he encontrado yo pueda conectar con la investigación de otros que han avanzado justamente donde yo me he detenido.

BIBLIOGRAFÍA

- Amor de la Patria, José (1969). *Catecismo Político Cristiano*, Buenos Aires, Santiago: Editorial Francisco de Aguirre.
- Anales de la República* (1986), edición de Luis Valencia Avaria, Santiago: Andrés Bello.
- Arendt, Hannah (1993). *La Condición Humana*, Barcelona: Paidós.
- , (1997). *¿Qué es la política?*, Barcelona: Paidós.
- , (1998). *Crisis de la República*, Madrid: Taurus.
- , (2004). *Sobre la Revolución*, Madrid: Alianza.
- Barros Arana, Diego (1884-1902). *Historia Jeneral de Chile*, Santiago. Rafael Jover Editor.
- Briseno, Ramón (1849): *Memoria histórica-crítica del Derecho público chileno desde 1810 hasta nuestros días*, Santiago: Imprenta de Julio Belin y Compañía.
- Cartas de don Mariano Egaña a su padre: 1824-1829* (1948). Santiago: Sociedad de Bibliófilos Chilenos.
- Castillo, Vasco (2003). "El Estado republicano en el debate república-democracia", en *Nación, Estado y Cultura en América Latina*, Santiago: Universidad de Chile.
- , (2003a). "Camilo Henríquez: del Amor a la Patria a la libertad política. Una lectura de su pensamiento político en clave republicana", *Revista Mapocho*, No. 54, 2003.
- , (2007). "La república, el orden y la libertad", *Revista de Educación*, MINEDUC (Chile), No. 329.
- Castillo, Vasco y Carlos Ruiz (2001). "El pensamiento político republicano en Chile: el caso de Juan Egaña", *Revista de Ciencia Política* vol. XXI, No. 1: 25-40.
- Collier, Simon (1967). *Ideas and Politics of Chilean Independence 1808-1833*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Cristi, Renato & Ruiz-Tagle, Pablo (2006). *La República en Chile*, Santiago: LOM.
- Donoso, Ricardo (1943). *El Catecismo Político-Cristiano*. Santiago: Universitaria.
- , *Las ideas políticas en Chile* (1975). Buenos Aires: Universitaria de Buenos Aires.
- Edwards, Alberto (1943). *La Organización Política de Chile: 1810-1830*, Santiago: Difusión Chilena.
- Egaña, Juan (1813). *Proyecto de una Constitución para el Estado de Chile*, Santiago, Imprenta del Gobierno.

- _____. (1836). *Obras. Colección de algunos escritos políticos, morales, poéticos, filosóficos. Tomo V. Código Moral*, Burdeos: Imprenta de la Sa. Va. Laplace y Beaume.
- _____. (1836a). *Obras. Colección de algunos escritos políticos, morales, poéticos, filosóficos. Tomo VI*, Burdeos: Imprenta de la Sa. Va. Laplace y Beaume.
- _____. *Antología* (1969). Editada por R. Silva Castro, Santiago: Andrés Bello.
- _____. *Cartas a su hijo Mariano: 1824-1828* (1946). Santiago: Sociedad de Bibliófilos de Chile.
- Encina, Francisco Antonio (1942-1952). *Historia de Chile*, Santiago: Nascimento.
- _____. (1934). *Portales*, Santiago: Nascimento.
- Feliú Cruz, Guillermo (1965). *Colección de Antiguos Periódicos Chilenos*, volumen XVI, Santiago: Nascimento.
- _____. (1966). *Colección de Antiguos Periódicos Chilenos*, Volumen XVII, Santiago: Nascimento.
- _____. (1966a). (editor). *Colección de Antiguos Periódicos Chilenos*, volumen XVIII, Santiago: Nascimento.
- Galdames, Luis (1926). *La evolución constitucional de Chile*, Santiago: Balcells.
- Hamilton, Madison & Jay (1987). *Federalist Papers*, edited by Isaac Kramnick, Harmondsworth: Penguin.
- Heise, Julio (1978). *Años de formación aprendizaje políticos. 1810-1833*, Santiago: Universitaria.
- _____. (1979). *150 años de evolución constitucional*, Santiago: Andrés Bello.
- Hobbes, Thomas (1980). *Leviatán*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Jocelyn-Holt, Alfredo (1992). *La Independencia de Chile*, Madrid: MAPFRE
- Lastarria, José Victorino (1844) *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y del Sistema Colonial de los españoles en Chile*, Santiago: Imprenta del Siglo.
- _____. (1847). *Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la revolución, desde 1810 hasta 1814*, Santiago: Imprenta Chilena.
- _____. (1853). *Historia Constitucional del Medio Siglo*, Valparaíso: Imprenta El Mercurio.
- _____. (1861). *Don Diego Portales: Juicio Histórico*, Santiago: Imprenta del Correo.
- _____. (1885) *Recuerdos Literarios*. Santiago: Librería de M. Servat.
- Lefort, Claude (1992). "Machiavel et la vérité effective", "Foyers du républicanisme", en *Ecrire à l'épreuve du politique*, Paris: Pocket.
- Letelier, Valentín (compilador) (1890). *Sesiones de los Cuerpos legislativos de la República de Chile*, Tomo XIII, Santiago: Cervantes.
- _____. (compilador). (1891). *Sesiones de los Cuerpos legislativos de la República de Chile*, Tomo XIV, Santiago: Cervantes.
- _____. (compilador) (1892). *Sesiones de los Cuerpos legislativos de la República de Chile*, Tomo XV, Santiago: Cervantes.
- _____. (editor) (1901). *La Gran Convención de 1831-1833. Recopilación de las actas, sesiones, discursos, proyectos y artículos de diarios relativos a la Constitución de 1833* (1901). Santiago: Imprenta Cervantes.
- Mc Cormick, John P. 2001. "Machiavellian democracy: Controlling elites with ferocious populism", *American Political Science Review* 87, (4): 888-900.
- _____. 2003. "Machiavelli against Republicanism", *Political Theory*, Vol. 31, No. 5, October: 615-643.
- Ossandón, Carlos (1997). *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas: prensa y espacio público en Chile (siglo XIX)*, Santiago: LOM.
- Pettit, Philip (1997). *Republicanism*, Barcelona: Paidós.

- Pocock, J.G.A. (1975). *The Machiavellian Moment*, Princeton: Princeton University Press.
- Rousseau, J.J. (1997). *Du Contrat Social*, Paris: Le Livre de Poche.
- Ruiz, Carlos (2003). "Desarrollos recientes sobre la teoría del Estado", en *Nación, Estado y Cultura en América Latina*. Santiago: Universidad de Chile.
- Sandel, Michael (1984). "The Procedural Republic and the Unencumbered Self", *Political Theory*, 12, 81-96.
- , (1996). *Democracy's Discontent: America in Search of a Public Philosophy*, Cambridge: Belknap Press.
- Skinner, Quentin (1978). *Los fundamentos del pensamiento político moderno. El Renacimiento*, México: Fondo de Cultura Económica (1985).
- , (1984). "The Idea of Negative Liberty: Philosophical and Historical Perspectives", en *Philosophy in History*, R. Rorty, J.B. Schneewind y Q. Skinner (comps.), Cambridge.
- , (1990). "The republican ideal of political liberty", in *Machiavelli and Republicanism*, edited by Gisela Bock, Quentin Skinner, Maurizio Viroli, Cambridge: Cambridge University Press.
- , (1992). "On Justice, the Common Good and the Priority of Liberty", in *Dimensions of Radical Democracy*, Chantal Mouffe (ed.), London: Verso.
- Sunstein, Cass (1998). "Beyond the Republican Revival", *Yale Law Journal*, vol. 97, 1539-1590.
- Viroli, Maurizio (1999). "El significado histórico del patriotismo", "Nacionalismo y Democracia", *Revista de Ciencia Política*, Vol. XX, No. 1, pp. 165-194.
- Wood, Gordon (1995). "La democracia y la Revolución norteamericana", en *Democracia. El viaje inacabado*, John Dunn (editor), Barcelona: Tusquets.

EL AMBIGUO COMIENZO DEL ITINERARIO EMANCIPATORIO EN CHILE: LA IDEA DE "CONSTITUCIÓN"

Alejandra Castillo*

Con ocasión de la inauguración del Primer Congreso Nacional de Chile el 4 de abril de 1811, siete meses más tarde de celebrada la Primera Junta de Gobierno, el diputado Camilo Henríquez (1769-1825) –precursor y activo impulsor de la causa independentista chilena– pronunciaba un provocador y sorprendente discurso político que comenzaba con un breve pasaje en latín del *Liber Sapientiae*, precisamente el versículo 1/14-15¹. Si sorprendía el hecho de la utilización de un versículo de la Vulgata en latín, lengua desusada para los asuntos políticos de la época, era aún más sorprendente su peculiar manera de traducirlo: “Las naciones tienen recursos en sí mismas: pueden salvarse por la sabiduría, y la prudencia. *Senabiles fecit nationes orbis terrarum*. No hay en ellas un principio necesario de disolución, y de exterminio. *Non est in illis medicamentum exterminii*. Ni es la voluntad de Dios que la imagen del infierno, el despotismo, la violencia, y el desorden se establezcan sobre la tierra. *Non est inferorum regnum in terra* ... Existe una justicia inmutable e inmortal anterior a todos los imperios” (Henríquez, C.: 1811, p. 53). Debido a la notoria persistencia en su traducción de dos contextos argumentales e interpretativos, uno religioso y otro secular, bien se podría colegir que la justicia a la que hacía referencia Camilo Henríquez sería aquella divina, emanada de las leyes de la Iglesia. Esto especialmente debido a su ordenación como fraile de la Buena Muerte. Mas, la connotación dada a dicho concepto será de distinto signo: esta “justicia inmutable” no será otra que la emanada del propio ejercicio de la razón de los hombres. En este sentido y haciendo explícito este argumento secular e ilustrado, Henríquez dará el siguiente giro en su traducción, no menos sorprendente por cierto: “*Justitia perpetua, est, et immortalis*; y los oráculos de esta justicia promulgados por la razón, y escritos en los corazones humanos nos revisten de derechos eternos. Estos derechos son principalmente la facultad de defender, y sostener la libertad de nuestra nación, la permanencia de la religión de nuestros padres, y las propiedades, y el honor de las familias. Mas como tan grandes bienes no pueden alcanzarse sin establecer por medio de nuestros representantes una *Constitución* conveniente a las actuales circunstancias de los tiempos, esto es un reglamento fundamental, que determina el modo con que ha de ejercerse la autoridad pública” (Henríquez, C.: 1811, p. 54).

Este discurso pronunciado al inaugurar el Primer Congreso Nacional puede ser consignado como el final de una fase en la historia política chilena

* Doctora en Filosofía Política, Universidad de Chile.

¹ 1/14 *Senabiles fecit (DEUS) nationes orbis terrarum; et non est in illis medicamentum exterminii, nec inferorum regnum in terra. Justitia enim perpetua est, et immortalis*. 1/14 Él ha creado las cosas para que subsistan; las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas ningún veneno mortal y la muerte no ejerce su dominio sobre la tierra. 1/15 porque la justicia es inmortal.

y el comienzo de otra. Anuncia el ocaso de un periodo en que el concepto de Constitución había sido considerado sólo en términos de la imposición del orden establecido por las autoridades españolas en Chile, para apuntar hacia una visión que incorporaba las ideas de la soberanía popular, de los derechos individuales y de la libertad. Esta variación en el significado del concepto constitución implicaba, primero, la transformación de otro término: el concepto de 'derecho'. En efecto, antes fue necesaria la variación del concepto de derecho entendido como un ordenamiento destinado a inducir a los individuos, o bien, a abstenerse de ciertos actos considerados perjudiciales a la sociedad, o bien, a realizar otros, considerados de utilidad para ella. En 1803, el diccionario de la *Real Academia Española* consignaba la voz 'derecho' en tres acepciones: una de ellas remitía la palabra 'derecho' al "impuesto que se carga, a las mercaderías, o comestibles, a las personas y tierras, por contribución real"; una segunda, lo definía como "lo mismo que obligación. Deuda"; y una tercera especificaba al derecho en la adjetivación "derecho de gentes". Este último sentido se explicaba como lo que "introdujo e hizo común entre todos los hombres la necesidad, y la costumbre, para formar y conservar las sociedades, reprimir las violencias y facilitar el mutuo comercio" (RAE; 1803). Si bien en las *Actas del Cabildo* de Santiago de Chile de 1810 todavía el uso de la palabra 'derecho' remitirá tanto a un orden jurídico específico como a todos los mecanismos para su imposición y consolidación en el tiempo; era también posible hallar, durante el mismo periodo, en los discursos políticos afines a la independencia de Chile la utilización del término 'derecho' invocando a las garantías individuales de la libertad personal y de la propiedad individual. Cabe indicar que este tránsito desde una definición del concepto de derecho como "orden coercitivo" hacia la definición de éste como "garantías individuales" utilizó de puente a la idea de "derecho de gentes"². Este derecho de hospitalidad, de viajeros y comerciantes, que Francisco de Vitoria definiera como el derecho sobre las cosas comunes, permitirá desafiar al derecho natural entendido como lo racional, universal, inmutable y lo divino instalando un espacio para la negociación y el diálogo. "¿Cómo se han de observar las leyes; cómo se ha de guardar el derechos de las gentes; cómo se ha de pensar en la administración de justicia, en que reina la equidad (...) si el principio está dañado, si esos hombres que van a ser el depósito de la autoridad y de la confianza del Soberano no llevan otro fin que enriquecerse?" (De Rojas, J.; 1775). Con reflexiones como estas sobre el rapaz comportamiento de los funcionarios españoles en América, el concepto de derecho de gentes irá incorporando lentamente en su significado la idea de 'garantías individuales', en particular, la protección de los derechos de propiedad. Pero no será hasta 1810 que este término se asimile al vocabulario de la emancipación. Así lo hacía, por ejemplo, Juan Egaña -para algunos el "ideólogo" del nuevo escenario constitucional

² Para una apropiación contemporánea de la idea de "derecho de gentes", véase de Seyla Benhabib, "El derecho de gentes, la justicia distributiva y las migraciones", en *Los derechos de los otros. Extranjeros, residentes y ciudadanos*, Barcelona, Gedisa, 2005.

chileno que comenzaba a estructurarse en esos primeros años del siglo XIX— en sus *Apuntes para el manifiesto que debe hacerse en la declaración de la Independencia de Chile* de 1810. En ellos articulará la idea de soberanía nacional con la de derechos de gentes, haciendo de la declaración de independencia un derecho universal. Buscando afianzar esta idea, Egaña escribía: “Como los deberes de humanidad y justicia impresos en el corazón de cada hombre forman aquella obligación que reunida en los gobiernos nombramos derechos de gentes, Chile confía que habiendo declarado su independencia llamando a todos los pueblos que tienen con él un interés natural y social para formar las bases de unas relaciones públicas que sean mutuamente ventajosas” (Egaña, J.; 1810). Es preciso notar que serán, además, las huellas del racionalismo ilustrado, que consideraba al hombre educado legislador de sí mismo, las que harán posible nombrar en cercanía a las palabras de constitución y de derechos en esos turbulentos años que antecedieron a la independencia chilena. En este escenario de turbulencia política y de búsqueda de legitimación de un nuevo orden político y constitucional es que es posible entender, por ejemplo, que fuese una peligrosa acusación el ser denunciado como un “Voltereano” (Amunátegui, M.L.; 1909). No está de más señalar en este punto que sólo años más tarde Henríquez reconocerá y rendirá públicamente tributo a las ideas provenientes de la ilustración francesa afirmando que no serán otros que Voltaire, Rousseau y Montesquieu los artífices del nuevo orden político chileno. En *El Mercurio de Chile* de 1823 así lo registraba: “Voltaire, Rousseau, Montesquieu son los apóstoles de la razón. Ellos son los que han roto los brazos del despotismo” (Henríquez, C.: 1823).

De un modo decisivo, este nuevo uso del término Constitución se distanciaba de aquél que lo definía como un simple “conjunto de ordenanzas o estatutos con que se gobierna algún cuerpo o comunidad” para acercarse más a aquella otra acepción que la definía como una “forma o sistema de gobierno que tiene adoptado cada Estado” (RAE; 1803). Más con un agregado: constitución como una forma particular de gobierno que establecen los hombres razonables con el objeto de sentar las bases fundamentales para la defensa de los derechos y la libertad de la nación³. Para reconocer la novedad y radicalidad de esta resemantización del concepto de Constitución es útil rescatar que sólo siete días antes de celebrada la primera Junta de Gobierno, en septiembre de 1810, era todavía de uso oficial la voz constitución en tanto el conjunto de leyes dispuestas por la corona española para regir a sus vasallos. Tal era el uso de la palabra constitución, por ejemplo, en las anotaciones de las *Actas del Cabildo* de Santiago del día 11 de septiembre del año 1810. A pesar de la notoriedad pública de las disputas entre los partidarios del viejo orden monárquico y los que exigían el establecimiento de un nuevo orden constitucional, Mateo de Toro Zambrano, “Presidente, Gobernador y Capitán General” de Chile, a siete días del establecimiento de la Primera Junta de Gobierno, anotará en dichas actas de cabildo

³ Para un estudio complementario del concepto de Constitución, véase de Maurizio Fioravanti, *Constitución. De la antigüedad a nuestros días*, Madrid, Editorial Trotta, 2007.

que “después de una larga conferencia, de las reflexiones vertidas por los concurrentes conformes con el principal designio de cortar de pronto la raíz de las discordias populares, y en resolver lo conveniente a que todos estén unidos en los principios más sanos arreglados a las leyes, a la obediencia debida a la Constitución Española y al actual poder que se ha prometido respetar, como representativo de la majestad de nuestro rey y señor don Fernando VII en su Consejo de Regencia, siendo notorio que, según las públicas, fidedignas y generales últimas noticias oficiales y de particulares, no se halla la península en el estado de disolución que se figura por las gentes sediciosas, sino anunciando el más pronto triunfo de la buena causa que sostiene” (*Actas del Cabildo*: 1810, p. 46).

Debe ser notado que el significado dado al término de constitución por Mateo de Toro y Zambrano dice más sobre un reglamento para el resguardo del orden que acerca de un conjunto de leyes destinado a garantizar los derechos de los ciudadanos, tal como lo establecía, por ejemplo, la *Declaración de los derechos del Hombre y del ciudadano* publicada en Francia en 1789, declaración que ya circulaba en numerosas copias manuscritas a finales del siglo XVIII en Chile (Barros Arana; 1886). Sin embargo, definición muy afin —la de Mateo de Toro y Zambrano— a lo establecido en la *Real ordenanza* de 1786 que encargaba a los funcionarios de la monarquía española en América que tuviesen a la vista e hiciesen “particular estudio de todas las leyes de Indias que prescriben las más sabias y adoptables reglas para la administración de Justicia y el buen gobierno de los pueblos de aquellos mis dominios”. Agregando luego que la función primordial de dichas leyes será el establecimiento y mantención de la “paz en los Pueblos de sus provincias, evitando que las justicias de ellas procedan en parcialidad, pasión o venganza: en fin deben interponer su autoridad y remediar los daños que de las enemistades resultan a la causa pública y a mis vasallos” (*Real Ordenanza*: 1786, p. 31). En lo que se refiere a la palabra ‘ley’, ésta era usada siguiendo aún una antigua definición otorgada por el *Diccionario de la lengua Española* que ya desde el año 1734 la consignaba como “el establecimiento hecho por varones prudentes, para el premio o castigo de las acciones de los hombres, y para el gobierno y comercio humano, arreglado al derecho y razón natural”.

A esta particular forma de entender la Constitución y las leyes es a la que se opondrán los más notables promotores de un nuevo orden constitucional chileno: Camilo Henríquez, Juan Martínez de Rozas y Juan Egaña. Esta oposición y la necesidad de un nuevo orden constitucional serán justificados, principalmente, en tres proposiciones: (i) “los principios de la religión católica, relativos a la política, autorizan al Congreso Nacional de Chile para formarse una constitución”; (ii) “existen en la nación derechos, en cuya virtud puede el cuerpo de sus representantes establecer una constitución, y dictar providencias que aseguren su libertad, y felicidad”; (iii) “hay deberes recíprocos entre los individuos del Estado de Chile y los de su Congreso nacional; sin cuya observancia no puede alcanzarse la libertad, y felicidad pública. Los primeros están obligados a la

obediencia; los segundos al amor de la patria, que inspira el acierto, y todas las virtudes sociales" (Henríquez, C.; 1811, pp. 54-55).

Se instala un nuevo escenario argumental y de legitimación de un orden constitucional moderno que hará suyo el ideario revolucionario francés de la emancipación y de la autonomía, mas coexistiendo –al menos en declaraciones– con ciertas ideas provenientes de la tradición apostólica y romana⁴. Al comienzo, por supuesto, este giro conceptual quedará circunscrito sólo al ámbito de las ideas políticas o argumentos proclives a la Independencia de Chile. No obstante ello, esta incorporación racional del acervo político de la ilustración pasará a ser una reivindicación efectiva que se incorporará, al menos, en los distintos ensayos constitucionales y reglamentos provisorios que comenzaron a circular en Chile desde el año 1811. Una de las primeras reformulaciones del concepto de constitución, desde esta perspectiva abierta por el ideario de la emancipación, será proporcionada por Juan Egaña (1768-1836) en el primer ensayo constitucional del que tengamos noticia: *Proyecto de una Constitución. para el Estado de Chile* escrito en 1811 –publicado, sin embargo, en 1813. En él la idea de la igualdad ante la ley se volverá eje en la reconceptualización del término constitución. Por ello no es casual que este primer ensayo comience consignando que “todos los hombres nacen iguales, libres e independientes” (Egaña, J. 1813). Esta misma línea de razonamiento es retomada en el *Reglamento para el Arreglo de la Autoridad Ejecutiva Provisoria de Chile* publicado durante el año 1811, en el mes de agosto. En este se incorporarán las ideas de gobierno representativo y el de la división de los poderes, ahí se indicará que “el congreso representativo del reino de Chile, convencido íntimamente, no sólo de la necesidad de dividir poderes, sino de la importancia de fijar los límites de cada uno sin confundir ni comprometer sus objetos, sin aventurar en tan angustiada premura la obra de la meditación más profunda quiere desde el primer momento consagrarse sólo a los altos fines de su congregación”. Asimismo, en el *Reglamento Constitucional Provisorio*, promulgado por José Miguel Carrera en 1812, se sumarán las ideas de pacto social y el de soberanía popular. Tardíamente, sin embargo, se incorporarán las ideas de derechos del hombre y del ciudadano. Esto tendrá lugar, específicamente, en agosto de 1818 en el *Proyecto de Constitución Provisoria para el Estado de Chile* promulgado por Bernardo O’Higgins. En este se indicará por primera vez en un texto constitucional que “los hombres por su naturaleza gozan de un derecho inajenable e inamisible a su seguridad individual, honra, hacienda, libertad e igualdad civil”⁵.

La discusión sobre la necesidad del establecimiento de una legalidad propia para las naciones americanas y la necesidad de establecer un orden constitucional se desencadenó de manera abrupta con la invasión francesa a España

⁴ Véase en este punto a Jaime Eyzaguirre, *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1967.

⁵ Para un estudio más completo de la nueva institucionalidad, véase Julio Heise, *150 años de evolución institucional*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1990.

en 1808 y, por sobre todo, con la captura y prisión del rey Fernando VII por el ejército francés. Esta discusión se volvió, sin embargo, urgente en 1810 debido a los hechos revolucionarios que se venían sucediendo en la ciudad de Buenos Aires. Con intranquilidad se registran tales hechos en las actas de la sesión extraordinaria del Cabildo de Santiago en el mes de junio del año 1810. En una descripción de la situación en Buenos Aires que más dice de la propia incertidumbre –y de los encontrados argumentos políticos ya sea en favor o en contra de un nuevo orden constitucional– se anota que “de los papeles públicos y privados insertos una notable variedad de hechos en que se funda la legitimidad o ilegitimidad de aquel procedimiento, asegurando unos que fue acordado y dispuesto por las mismas autoridades constituidas, otros que éstas sucumbieron por la violencia del pueblo; unos que se halla nuestra Metrópoli sin la competente autoridad representativa de nuestro adorable Monarca, y otros que ahora se halla legítimamente organizada” (*Actas del cabildo*: 28 de junio, 1810). El excepcional hecho de la captura del rey Fernando VII y los procedimientos llevados a cabo por la revolución en Buenos Aires precipitaron en Chile la necesidad de discutir, seriamente, el problema de la soberanía y, en consecuencia, el problema de la Constitución. Años más tarde José Victorino Lastarria en su texto *Bosquejo Histórico de la Constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la revolución* escribirá de este momento instituyente que “nadie concebía en aquella época (1811) que la unidad y energía de acción de que tanto necesitaba el gobierno revolucionario, no podían alcanzarse en un directorio compuesto de hombres que representaban intereses y principios diversos; pero era preciso *imitar*; y el único modelo que se presentaba era la copia desfigurada de la revolución Francesa que se dibujaba en los procedimientos de la de Buenos Aires” (Lastarria, J. V.: 1848, p. 260).

La incorporación del término constitución al vocabulario político de la época, en un primer momento que puede ser fechado entre los años 1810 y 1850, transitará entre dos significados: uno que afirma un determinado orden estatal y otro que incorpora contenidos específicos de garantías individuales, aunque la reivindicación social de éstas no tendrá lugar hasta finales del siglo XIX⁶. De algún modo, es posible indicar que el uso del concepto de constitución asumirá las ideas ilustradas de la autonomía y de la emancipación con el objeto de afirmar, luego, la soberanía nacional. Esto es, a pesar de la incorporación gradual del ideario moderno ‘garantista’ del término constitución, lo que será decisivo para su uso en los primeros años del siglo XIX será su vínculo con el término de ‘soberanía’. Si tal como lo establecía la teoría del soberano que entendía al monarca como “ley viviente” –teoría ampliamente utilizada por las autoridades españolas para legitimar su poder en las colonias americanas– y era en su persona donde

⁶ Es importante señalar que sólo serán las mujeres de la elite chilena a finales del siglo XIX quienes reclamen el derecho a la ciudadanía y a la igualdad asumiendo como argumento fundamental la universalidad de la ley contenida en la Constitución de 1833. En este punto me permito remitir a mi libro *La república masculina y la promesa igualitaria*, Santiago, Editorial Palinodia, 2005.

residía el orden jurídico, incluso su suspensión, se volvía evidente que había un vacío de poder estando éste prisionero. Esto es, si el rey soberano de las colonias americanas Fernando VII –en cuyo cuerpo coincidía ley y soberanía– era hecho prisionero por una nación extranjera y su poder era “usurpado”, era legítimo que el poder delegado por el pueblo a su monarca volvía a sus verdaderos dueños: el pueblo. En 1810 una proclama anónima exponía del siguiente modo la relación entre el vacío de poder provocado por la invasión francesa a España y la soberanía del pueblo: “Acabarán de conocer que los opresores nada pueden cuando el pueblo quiere que nada puedan: ya conocen el camino: defenderán con vigor y con energía a sus hermanos; pero es necesario para consumar la obra, establecer sin perder tiempo, su junta provisional; esta medida es urgente, ya no admite demoras: las provincias de España se hallan en poder de los franceses, y la junta se ha disuelto” (1810, p. 44). Destaquemos que el argumento político que subyace a dicha afirmación no es otro que el de la soberanía popular. No sin polémicas y discusiones se establecerá este argumento para legitimar la instauración de un nuevo orden jurídico⁷. Esto debido, principalmente, a que la idea de soberanía popular debía desplazar a aquella otra que sostenía que la legitimidad del poder radicaba en la figura del soberano de manera no delegada, sino que su poder emanaba directamente de Dios, tesis que si bien venía siendo discutida en España ya desde el siglo XVI –en especial por los jesuitas Francisco Suárez y Luis de Molina– era, sin embargo, esgrimida en Chile para mantener el poder económico y político en las manos de la monarquía española. Paradójicamente, la afirmación y defensa de esta última tesis también contribuirá al reclamo por un orden jurídico y político autónomo e independiente. En busca de medios para establecer este argumento en favor de un nuevo orden constitucional, no se dudará en combinar el postulado de la soberanía monárquica –arraigada en el cuerpo del rey– con el postulado de la soberanía popular. No cumpliéndose el primero, debido al cautiverio del legítimo monarca, se realizaba, en consecuencia, el segundo. Desde esta estructura argumental, Juan Martínez de Rozas (1759-1813) –uno de los firmantes de la primera Junta de Gobierno en 1810– argüirá que “a una voz, todos los vivientes de Chile protestan que no obedecerán sino a Fernando; que están resueltos a sustraerse a toda costa a la posibilidad de ser dominados por cualquier otro, y a reservarle estos dominios, aun cuando los pierda todos” (Martínez de Rozas, J.; 1811, p. 36). Sin embargo, junto a este argumento agregaba, a continuación, que “si acertamos a reunir todos los principios que hagan su seguridad y su dicha; si formamos un sistema que les franquee el uso de las ventajas que les concedió la exuberancia de la naturaleza; si, en una palabra, les damos una constitución conforme a sus circunstancias. Debemos emprender este trabajo, porque es necesario, porque nos lo ordena el pueblo, depositario de la soberana autoridad” (Martínez de Rozas, J.; 1811, p. 40). Esta misma forma

⁷ Véase al respecto a Alfredo Jocelyn-Holt, *La independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*, Santiago, Editorial Planeta, 1999; y a Sergio Villalobos, *Tradición y reforma en 1810*, Santiago, RIL Editores, 2006.

argumental, para algunos contradictoria, estará también presente en el primer *Reglamento Constitucional Provisorio de Chile* promulgado con fecha 28 de octubre de 1812. En este se señalará en su título primero, artículo 3°, que: “Su rey es Fernando VII que aceptará nuestra Constitución en el mismo modo que la de la Península. Para agregar, luego, en el artículo 5°: “Ningún decreto, providencia u orden, que emane de cualquiera autoridad o tribunales de fuera del territorio de Chile, tendrá efecto alguno; y los que intentaren darles valor, serán castigados como reos de Estado”.

Por su parte, el argumento de la soberanía popular se elaborará en Chile en torno a tres herencias y tradiciones: una de orden religioso vinculada a las ideas escolásticas de la soberanía popular, conocidas en Chile a través de La Compañía de Jesús; otra de orden filosófica relacionada con el ideario ilustrado francés de la emancipación, y otra de orden política emparentada con la tradición del humanismo cívico. Tres herencias y tradiciones que ya para comienzos del año 1810 circulaban en las ideas y discursos sobre la necesidad de la independencia de Chile. Indiquemos que tanto el discurso de la soberanía popular como los de la separación de los poderes y el de las virtudes del ciudadano –elementos claves para la definición moderna del concepto de Constitución– coexistían, sin contradicción, ya sea en panfletos o proclamas a partir de 1810. Muchas de ellas anónimas o escritas bajo seudónimos, instaban a la independencia y la emancipación política de los pueblos americanos. Uno de los más conocidos de aquellos textos “subversivos” fue el *Catecismo Político Cristiano* firmado bajo el seudónimo de José Amor de la Patria. Este pequeño texto se cuestionaba sobre la naturaleza y legitimidad del poder y sin mayor preámbulo hacía la siguiente pregunta: “¿Si los reyes y todos los gobiernos tienen su autoridad recibida del pueblo que los ha instituido, los mismos pueblos podrán deponerlos, variar y alterar la constitución común, y no es ésta la opinión corriente? La respuesta que el propio texto otorga es la que sigue: “El pueblo que ha conferido a los reyes el poder de mandar, puede, como todo poderdante, revocar sus poderes y nombrar otros guardianes que mejor respondan a la felicidad común. Si el rey es un inepto, es un malvado o un tirano para creer que los hombres en la institución del gobierno no se han reservado el derecho sagrado, imprescriptible e inalienable y tan necesario para su felicidad, era preciso suponer que todos estaban locos, que todos eran estúpidos, o mentecatos; por la misma razón pueden alterar la forma de gobierno una vez establecida, por justas y graves causas, siempre que esto sea conveniente a la utilidad y provecho de los pueblos” (J. Amor de la Patria; 1810, p. 35). Volviendo compatible lo religioso y lo político, en este pequeño *Catecismo Político Cristiano* se dejaba traslucir aquella teoría –proveniente de la tradición conciliarista de la baja edad media– que sostenía que el poder político se encontraba en la comunidad secular⁸. Brevemente

⁸ Para un mayor desarrollo de esta idea, véase Quentin Skinner, “El constitucionalismo y la contrarreforma”, en *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, Vol. II, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 119-140.

expuesto el argumento central que sostenía a esta teoría de la soberanía popular consistía en afirmar, en primer lugar, que toda sociedad tiende a la perfección, existiendo dos sociedades principalmente: una eclesiástica y otra secular. Luego, y en segundo lugar, se argüía que cada una de dichas sociedades, en tanto corporaciones autónomas e independientes, poseían la autoridad necesaria para su propia conducción y legislación sin intervención externa. En tercer lugar, se agregaba que la autoridad en la sociedad secular residía en el propio cuerpo comunitario, de ahí que ningún gobernante pudiese detentar algo que le era impropio: el poder. Esta idea de la soberanía popular no sólo quedará registrada en proclamas o discursos proclives a la emancipación chilena sino que también en el primer Reglamento Constitucional Provisorio de Chile donde se establecerá en su artículo 6° que “si los gobernantes (lo que no es de esperar) diesen un paso contra la voluntad general declarada en la Constitución, volverá al instante el poder a las manos del pueblo”. De esta afirmación acerca de la locación del poder legítimo en la comunidad se colegía, a continuación, que el poder era delegado por el pueblo a su gobernante, pero éste nunca podría poseer más poder que la comunidad en su conjunto. En segundo lugar, es posible argumentar que se retomaban aquellas formulaciones del derecho natural que establecían la diferencia entre un “gobierno natural” y un “gobierno político”. Distinción que buscaba, principalmente, defender la idea de que una comunidad política no es el resultado de la designación de un monarca. De ahí que se sostenga luego que los derechos que el pueblo otorga a su gobernante son sólo delegados y que, ante todo, dichos derechos son originariamente poseídos por la comunidad.

Esta distinción entre gobierno natural y gobierno político, nueva para el vocabulario político de la época, era posible hallarla en algunos escritos de Juan Egaña, aunque tímida y aisladamente ya desde 1807. Desde el ideario republicano, Juan Egaña sostendrá en un breve texto titulado *Discurso sobre el amor de la patria* que “felizmente es Chile un conjunto de ciudadanos sensatos que conoce la felicidad de su constitución civil, y volviendo los ojos a todos los pueblos que ocupan el Universo, se compara con ellos y reconoce que es al que menos cuesta este contrato social que llamamos gobierno” (Egaña, J.: 1807, p. 145). Dotando al lenguaje de la política con las metáforas de la virtud cívica, de la fortuna y del amor a la patria, Egaña redactará el primer proyecto constitucional en el año 1811. Pero no será hasta 1823, siendo parte de la comisión constituyente cuando tendrá la oportunidad de plasmar sus ideas de la política en la primera Constitución de Chile. En este “código”, como le llama, hacía suyos “los principios fundamentales e invariables, proclamados desde el nacimiento de la revolución, tal es: la división e independencia de los poderes políticos, el sistema representativo, la elección del primer mandatario, la responsabilidad de los funcionarios, las garantías individuales”(Constitución de Chile; 1823). Esta declaración de principios era especificada en el artículo 1° donde se indicaba que la nación de Chile era “la unión de todos los chilenos, en ella reside esencialmente la soberanía” y luego se agregaba en el artículo 6° que “todos los

chilenos son iguales ante la ley, sin distinción de rangos ni privilegios". A pesar que esta Constitución incorpora las nociones de igualdad entre los hombres, soberanía popular y la de división de los poderes del Estado promoverá, sin embargo, una forma de gobierno mixto entre aristocracia y democracia. Esta última, en palabras de Juan Egaña, en su forma 'pura' es, simplemente, un tipo de gobierno "defectuoso e impracticable" (Egaña, J.; 1823). A un año de su promulgación esta carta fundamental considerada 'utópica', 'moralista' y desajustada a la realidad política y cultural chilena –más bien reflejo de la erudición política de Juan Egaña– será derogada y reprobada como inadecuada para Chile, declarándola, por ese motivo, nula el día 29 de diciembre de 1824.

Entre los años 1824 y 1827 se promoverán con intensidad proyectos federalistas notablemente influenciados, en principio, por la Revolución Norteamericana y el *Federalista* de Hamilton, Madison y Jay y, en la práctica, por los desencuentros entre las elites santiaguina y las de provincia⁹. Destaquemos que esta idea "federal" de lo político recogerá, principalmente, la noción de soberanía popular en tanto descentralización y antiautoritarismo¹⁰. También se vinculaba a ella la idea de libertad y representación popular (Benavente; 1825). Las discusiones sobre un proyecto constitucional federal no se vieron plasmadas en un texto constitucional a pesar que para el año 1826 el Consejo Directorial, instaurado por el General Ramón Freire, había dividido en otras ocho nuevas provincias al país e incluso se habían dictado algunas leyes federales como la que prescribía que en caso de disolución violenta del Congreso, las provincias reasumirían su "soberanía" (13 de julio; 1826). Esto, cabe destacarlo, en preparación de un régimen completamente federal.

Sin embargo, la Asamblea Provincial de Santiago se opondrá fuertemente a todo intento federal pretextando caos y falta de conducción (*La Abeja Chilena*; 1825). A este periodo, que para algunos significó "una luminosa interrupción, un oasis de humanidad y candor", le seguirá en 1828 un ensayo Constitucional liberal firmado por Don Francisco Antonio Pinto, quien representará un importante paso hacia la organización definitiva de la República de Chile. Esta nueva Carta Fundamental evitaba el mandato imperativo y suprimía los poderes con instrucciones obligatorias que se otorgaban a los diputados bajo pena de revocación de los mismos si se obraba en contra de las instrucciones. Precauciones que buscaban evitar la instauración de un gobierno federal. Dicha Constitución promulgada el 8 de agosto de 1828 intentaba establecer un sensato equilibrio entre federalismo y centralismo, abolía los *mayorazgos*, resguardaba por ley la libertad de imprenta y la educación pública. Sin embargo, pronto encontraría detractores que la declararían desajustada –nuevamente– de la realidad social.

⁹ Véase aquí a Gabriel Salazar, *Construcción de Estado en Chile (1800-1837)*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2006.

¹⁰ Para comprender a cabalidad este cruce entre republicanism y federalism, véase el ya clásico texto de J. G. A. Pocock, *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos, 2002.

Uno de ellos, quizás el más importante, Diego Portales, haciendo explícitas sus sospechas respecto a la igualdad y la libertad de todos los ciudadanos indicará, algunos años antes, que: “La democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera república (...) la república es el sistema que hay que adoptar, ¿pero sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos” (Portales, D.; 1822). Este tipo de críticas llevó en 1833 a promulgar una nueva Constitución que intentaba, primero, ajustar la ley a la realidad social —que para aquel entonces no significaba otra cosa que hacer calzar las leyes con la tradición y el rango social; segundo, establecer un Ejecutivo con amplísimas facultades; tercero, legitimar un modelo oligárquico de la estructura política y, cuarto, limitar la soberanía a los propietarios de un bien raíz o de un capital invertido en una especie de giro o industria (Constitución de Chile; 1833). Reactualizando un modelo monárquico de la política, esta nueva Carta Fundamental —que tendrá vigencia hasta 1925— dotará al Ejecutivo de poderosas facultades. En esta se dispondrá que el presidente “administra el Estado, y es el Jefe Supremo de la Nación” (Art. 59). Dentro de aquellas facultades, cabe destacar que el Presidente de la República no tendrá responsabilidades políticas durante el ejercicio de sus funciones (Art. 83) y que en la formación de leyes dispondrá de veto absoluto (Art. 45).

Si bien desde los albores de la historia constitucional chilena, aproximadamente desde 1810, ya eran parte del léxico político los conceptos de racionalismo jurídico, derechos del hombre y del ciudadano y de soberanía popular; estos no formaban, sin embargo, parte esencial de la definición del término de Constitución. Lo esencial en ella será la afirmación de la “soberanía nacional”. En este sentido, es necesario relevar que la fluctuación del concepto ‘Constitución’ entre las definiciones de “orden estatal” y de “garantías individuales” quedará, finalmente, restringida sólo a la primera de ellas con la promulgación de la Constitución de Chile de 1833. Instalado a firme el concepto de soberanía nacional desde 1830 ya no fue más necesario invocar junto a él la idea de ‘soberanía popular’, necesaria, en un primer momento, para la reclamación del poder político por el “pueblo de Chile”. Con el desplazamiento de la idea de ‘soberanía popular’ también se desplazaron las ideas afines de igualdad y de derechos ciudadanos. Bajo esta formulación será entendido el concepto ‘Constitución’ hasta el último tercio del siglo XIX. En este sentido, no está de más traer a colación, y para finalizar, la definición que Andrés Bello diera al concepto de Constitución: “Las constituciones son a menudo la obra de unos pocos artífices, que unas veces aciertan y otras no; no precisamente porque la obra no haya salido del fondo social, sino porque carece de las calidades necesarias para influir poco a poco en la sociedad, y para recibir influencias, de manera que esta acción recíproca,

modificando a las dos, las aproxime y armonice... el texto constitucional puede no ser más que una hoja ligera que nada a flor de agua sobre el torrente revolucionario, y al fin se hunde con él" (Bello, A.: 1848).

BIBLIOGRAFÍA

- _____, *Actas del Cabildo de Santiago durante el periodo llamado de la Patria Vieja* (1810-1814), editado por J. T. Medina, 1960.
- _____, Amor de la Patria, J. (1810), *Catecismo político cristiano*, 1951.
- _____, Amunátegui, M.L. (1909), *Los precursores de la Independencia*, Santiago, Imprenta Litografía y encuadernación Barcelona.
- _____, Barros Arana, Diego (1886), *Historia general de Chile*, Tomo VII, Santiago, Rafael Jover, 1886.
- _____, Bello, Andrés (1848), "Constituciones", en *Opúsculos literarios y críticos, publicados en diversos periódicos desde 1834 hasta 1849*, Santiago, 1850.
- _____, Constitución de Chile (1823), *Anales de la República*, compilado por Luis Valencia, Santiago, 1951.
- _____, Benavente (1825), F. V., Vol. 821.
- _____, Constitución de Chile (1828), *Anales de la República*, compilado por Luis Valencia, Santiago, 1951.
- _____, Constitución de Chile (1833), *Anales de la República*, compilado por Luis Valencia, Santiago, 1951.
- _____, De Rojas, J. (1775), *La crónica de 1810*, compilado por Miguel L. Amunátegui, Tomo II, Santiago, 1876-1899.
- _____, *Diccionario de la Lengua Española* (1734).
- _____, *Diccionario de la Real Academia Española* (1803).
- _____, Egaña, Juan (1810), "Apuntes para el manifiesto que debe hacerse en la declaración de la Independencia de Chile", en *Escritos inéditos y dispersos*, editados por Raúl Silva Castro, Santiago, Universitaria, 1949.
- _____, Egaña, Juan (1813), *Proyecto de una Constitución. Para el Estado de Chile*, Santiago, Chile.
- _____, Egaña, Juan (1807), "Discurso sobre el amor de la patria", *Antología*, edición a cargo de Raúl Silva Castro, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969.
- _____, Henríquez, C. (1811), "Oración pronunciada por el diputado Camilo Henríquez en la inauguración del Primer Congreso Nacional el día 4 de julio de 1811", en *Páginas de la Independencia*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1976.
- _____, La Abeja Chilena (1825), "Sobre los sistemas federativos en general, y con relación a Chile", en Guillermo Feliú Cruz, *Colección de antiguos periódicos chilenos* (facsimilar), Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1966.
- _____, Lastarria, J. V. (1848), *Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile durante el primer periodo de la revolución*.
- _____, Martínez de Rozas, J. (1811), "Discurso pronunciado por el Doctor Juan Martínez de Rozas, con motivo de la inauguración del Primer Congreso Nacional el día 4 de julio de 1811", en *Páginas de la Independencia*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1976.
- _____, Proyecto de Constitución Provisoria para el Estado de Chile (1818), *Anales de la República*, compilado por Luis Valencia, Santiago, 1951.
- _____, Real ordenanza para el establecimiento é instrucción de intendentes de ejército y provincia en el Reino de la Nueva-España. De orden de su Majestad, Madrid (1786).

- _____, Reglamento para el arreglo de la autoridad ejecutiva provisoria de Chile (1811), *Anales de la República*, compilado por Luis Valencia, Santiago, 1951.
- _____, Reglamento Constitucional Provisorio (1812), *Anales de la República*, compilado por Luis Valencia, Santiago, 1951.
- _____, Reglamento para el gobierno provisorio (1814), *Anales de la República*, compilado por Luis Valencia, Santiago, 1951.

Y así, como el "Gran Consejo" de la América española, el "Gran Consejo" de América, se había resuelto con la independencia, el "Gran Consejo" de Chile, se había resuelto con la independencia. En 1811, el "Gran Consejo" de Chile, se había resuelto con la independencia.

Y así, como el "Gran Consejo" de la América española, el "Gran Consejo" de América, se había resuelto con la independencia, el "Gran Consejo" de Chile, se había resuelto con la independencia. En 1811, el "Gran Consejo" de Chile, se había resuelto con la independencia.

La única diferencia entre el "Gran Consejo" de la América española, el "Gran Consejo" de América, se había resuelto con la independencia, el "Gran Consejo" de Chile, se había resuelto con la independencia.

Y así, como el "Gran Consejo" de la América española, el "Gran Consejo" de América, se había resuelto con la independencia, el "Gran Consejo" de Chile, se había resuelto con la independencia. En 1811, el "Gran Consejo" de Chile, se había resuelto con la independencia.

El problema patético de la América española, el "Gran Consejo" de América, se había resuelto con la independencia, el "Gran Consejo" de Chile, se había resuelto con la independencia.

En el caso de nuestra América, el "Gran Consejo" de América, se había resuelto con la independencia, el "Gran Consejo" de Chile, se había resuelto con la independencia.

Creemos que es la propia América, el "Gran Consejo" de América, se había resuelto con la independencia, el "Gran Consejo" de Chile, se había resuelto con la independencia.

La única diferencia entre el "Gran Consejo" de la América española, el "Gran Consejo" de América, se había resuelto con la independencia, el "Gran Consejo" de Chile, se había resuelto con la independencia.

EL DESPOTISMO ILUSTRADO. ANTECEDENTE DE NUESTRA INDEPENDENCIA O LA PERCEPCIÓN DE UN PROTONACIONALISMO CHILENO-AMERICANO A FINES DEL SIGLO XVIII

Ariel Peralta Pizarro

El proceso de la independencia política de Chile y, por extensión, el de toda América Hispana, suele reconocer en su concreción causas mediatas e inmediatas. La ruptura del vínculo jurídico que unía a la persona del rey con los "reinos", "dominios" o "provincias" de América, se había roto con la captura de Fernando VII a manos del "Gran Corso" y su respectiva invasión a la península en 1808.

Y aquella reacción hispana, constitutiva de una Junta Central que asumiría la soberanía en tanto regresara el rey cautivo, constituyó de hecho el pretexto para que el *corpus* americano reaccionara eléctricamente como un todo para aducir un similar derecho al tomar ese retazo soberano que le correspondía ante la ausencia de su "legítimo dueño". Esa es la inmediatez que hace irrumpir la avalancha juntista entronizada como pretexto jurídico, primero, y dirimida después, en los campos de batalla en la expresión trasplantada del genio hispano al combatir al invasor francés.

La causa inmediata está allí encima de nuestros ojos, tan cercana del visaje histórico, que en la práctica ensombrece hasta el mínimo rastro de todo aquello que torna posible una reacción generacionalmente meditada.

No hay acontecimiento en la historia que obedezca a un accionar subitáneo, a una eclosión donde predomina la espontaneidad y la fortuidad del gesto individual o colectivo: todo hecho trascendente está precedido por una reflexión que no corresponde precisamente a los actores del "gesto histórico", pues el acto volitivo responde a veces a la maduración de una idea largamente razonada o a una ensoñación discutida en la convivencia social y en el diálogo restringido en una biblioteca de un criollo ilustrado.

El problema para el acucioso de la historia es vislumbrar lo que está detrás del gesto, auscultar más bien en el espacio "remoto", allí donde yace el punto inicial del proceso, ese que al fin permite descubrir el "alfa" que conduce en forma fascinante al "omega" de un acontecimiento trascendente.

En el caso de nuestra independencia, ¿dónde está aquel primer "vaguido" de ese largo recorrido preñado de filosofía política en su desencadenamiento, y de heroísmo sangriento en un epílogo autonomista?

Creemos que en la propia política implementada por la dinastía borbónica desde su instauración en los principios del siglo XVIII; y esto que aparentemente rezuma una paradoja casi insostenible, trataremos de desglosarlo en ese accionar dieciochesco de un Despotismo Ilustrado que reconoce en las "Luces de la Razón" el émbolo de un accionar comprometido con la modernidad de una nación en rezago en relación a sus congéneres de Europa.

Las ideas básicas de la Ilustración se sustentan en un mayor control de aparataje administrativo y social, así como en el fomento de la libertad económica,

adosando a todo esto un respaldo a las expresiones culturales de élite que darían origen a un Estado cada vez más centralizado.

Allí estaban como admirativo paradigma, José II de Austria, Catalina de Rusia (la “Semíramis del Norte”), Federico II de Prusia —el mismo eximio autor musical—, y Carlos III de España, a quien había antecedido con timidez el hombre que por representar a los Borbones desencadenaría la cruenta Guerra de Sucesión del trono de España: Felipe V.

España se había retrasado en el desenvolvimiento de las nuevas fuerzas económicas desatadas por una pujante burguesía en el resto de Europa: esa misma España obturadora del autonomismo económico de Cataluña al dejar el libre paso de los bienes de los Países Bajos en tiempos de Carlos V, había dilapidado las riquezas americanas por la ambición política de controlar a Europa, lo que le significaría costosas campañas militares, amén del pago a los príncipes electores alemanes para redituvar a las “magníficas sienes” de su rey el trono de Alemania. Poder político y militar incuestionable, no correspondido en el ámbito financiero por el endeudamiento con los principales banqueros alemanes: Los Fugger y los Welser.

Y esa España del siglo XVII, la del largo reposo colonial americano, se transformaría en una nación de segundo orden en Europa, contrastando con ese orgullo malsano del rey Carlos V cuando expresara que en sus “dominios no se ponía el sol”. La explicación al fenómeno es simple: la burguesía catalana, impedida de evolucionar en su desarrollo, se vio imposibilitada de imponer el modo de producción capitalista que habría mantenido a España a la cabeza de los países europeos, y ello trajo por consecuencia una persistente abulia colectiva, un crecimiento burocrático improductivo y una decadencia moral que irá aparejada a la propia decadencia mental de los miembros de la dinastía de los Habsburgo, culminada en la triste figura del joven rey Carlos II, llamado el “Hechizado” por su abierta demencia.

La impotencia orgánica del rey y su no descendencia haría concluir la dinastía de la Austria entronizada en España por el casamiento de la princesa Juana con el archiduque austríaco Felipe “el Hermoso”, los padres precisamente de Carlos I (V).

“Desde hoy no existen los Pirineos”, exclamaría el todopoderoso Luis XIV al saber la proclamación de su nieto Felipe de Anjou como rey de España; pero esa baladronada estaba rompiendo de hecho el equilibrio europeo del instante, cuestión fatal a través de la Historia, donde los pactos o las alianzas suelen desencadenar guerras al inclinarse la balanza hacia un sector de los pactantes.

Esa larga Guerra de Sucesión del trono de España (1700-1714) terminaría con el triunfo de Inglaterra, potencia indiscutida en su control del mediterráneo (Gibraltar), del monopolio de la trata de negros y en ese evitar la reunión entre Francia y España, aunque no impidiendo la coronación de Felipe V y, con él, la entrada de los Borbones a la península.

La modernidad ha llegado a España, y la burguesía naviera de Cádiz impone el traslado desde Sevilla de la casa de Contratación, ese enorme “armatoste”

controlador del comercio con América, que para el recuerdo de una época fenecida seguirá mostrando su orgullosa Torre del Oro, esa que custodiaban los mercenarios *Lansquenete*, celosos germanos, observadores de los desembarcos del “oro indiano”, el mismo que se irá a depositar a las faltriqueras de aquellos insaciables acreedores de un Imperio alzado entre columnas de no muy fácil sustento.

En 1760 Carlos III heredaría la corona de España a la muerte de su hermanastro Fernando; su reinado significaría la plenitud del Despotismo Ilustrado en España. Ayudado por ministros inteligentes y laboriosos: Esquilache, Floridablanca, Campomanes, Roda, Aranda, acometería importantes reformas económicas, sociales y políticas. Amigo de Francia, firmó con su pariente Borbón Luis XV, un tercer “pacto de familia” en 1761. Debía defenderse de las constantes agresiones británicas y portuguesas que se hacían sentir con particularidad en los territorios americanos.

Es la reacción de una España herida, anhelosa de recuperar el tiempo perdido entre querellas de inútiles regionalismos: ha llegado la hora de compaginar la unidad nacional en torno a lo que se denominan “fuerzas vivas” de la nación y que aquí tienen un nombre explícito y preclaro: burguesía mercantil. El monopolio estatal predominante en los siglos anteriores va a dar paso a una liberación económica –aunque establecida en los parámetros de la sujeción americana a España–, con la suficiente flexibilidad como para dar un formidable paso al crecimiento económico y a la consolidación de esa burguesía americana que será el émbolo fundamental para desencadenar el proceso de independencia de todo el continente.

LA ORDENANZA DEL LIBRE COMERCIO: UN PISO PARA LA AUTONOMÍA

La Real Ordenanza de libre Comercio establecida por Carlos III en 1778, fue como un mazazo a las estructuras lentas y complejas de las relaciones mercantiles entre América y España. El monopolio cambiaba de forma: la rígida funcionalidad de flotas y galeones ya había sido alterada con la implantación de los navíos de registro en tiempos de Felipe V; ahora abría los puertos hispanos y los americanos para que comerciaran directamente entre sí, terminando también con la prohibición de comerciar entre las diferentes regiones de América.

Y lo que pretendió ser una medida para sacar del pozo de improductividad a España, lo único que fomentó en mayor grado sería la consolidación de una clase criolla que descubrió las formas de operar con autonomía, entregándole gratuitamente una seguridad en sí misma que facultaría su resolución para enfrentar la crisis de 1808 devenida con la prisión de Fernando VII a manos de un Napoleón ensoberbecido con el dominio de Europa, y cada vez más beligerante ante la contumaz oposición de Inglaterra a sus designios.

España no estaba en condiciones de remontar el espacio histórico perdido en un siglo de indolencias y de carencia absoluta de visión de una clase gobernante atrapada en su propia improductividad. Inglaterra no sólo operaba

con la forma dinámica del mercantilismo, sino que a partir del siglo XVIII –vía Oliverio Cromwell– había estructurado una formidable marina mercante que un siglo después le haría dominadora de los mares, tanto en el tráfico comercial como en la custodia armada de sus intereses.

El intento de los déspotas ilustrados españoles chocaría contra ese formidable imponderable: sin el dominio de los mares era imposible que España se transformara nuevamente en el árbitro de los destinos europeos. Luchar contra eso era como lidiar contra un objetivo imposible, y la constatación de tal impedimento estaría dada por el propio proceso de independencia, desencadenado 30 años después de implementarse las nuevas políticas económicas, en cuyo recorrido la España Borbónica cometería errores diplomáticos tan graves como aquel de aliarse con la Francia revolucionaria del Directorio para luchar contra Inglaterra, en la imposibilidad de arrebatarle su incontrarrestable dominio marítimo.

Y aquí llegamos a un punto crucial del análisis: si la política renovadora del Despotismo Ilustrado no le sirvió a la monarquía española para hacer remontar su poderío al “significado” del siglo XVI, al menos corporizó en el “alma” de la clase criolla americano-chilena, un hábito autonómico preindependentista, cuestión que se trasladó a las propias autoridades designadas por España para implementar sus políticas en las tierras americanas.

¿Las distancias geográficas habían forjado un distintivo distanciamiento anímico entre “lo americano” y lo “monárquico hispano”? ¿Las diferencias entre lo “legal hispano” y lo “concreto americano” no habían producido acaso desde el mismo siglo XVI una no aplicación de las leyes de Indias con aquel célebre apotegma de “se obedece pero no se cumple”?

La política ilustrada no sólo “dio alas” a la burguesía criolla –motor de la revolución de la independencia–, sino que también plasmó una especie de autonomismo decisonal en los funcionarios del Imperio, los cuales conformaron en su labor un auténtico protonacionalismo que contribuirá, sensible e insensiblemente, al agudizamiento de una separación tornada en inevitable hacia fines del siglo XVIII.

Siendo la Colonia un proceso común para toda América, la singularidad regional del proceso independentista se identificará con el mayor o menor desarrollo de esa burguesía comercial (o minera en el caso de Chile), abierta a transacciones cada vez más internacionalizadas y al accionar de aquellos funcionarios del Despotismo Ilustrado que dejaron una impronta vigorosa, cargada de “voluntad nacional”, como sería el caso de Ambrosio O’Higgins en Chile.

EL PROTONACIONALISMO DE AMBROSIO O’HIGGINS

Pocos historiadores nacionales se han adentrado con profundidad en la persona y obra de Ambrosio O’Higgins(*), pero de esos pocos estudios es fácil deducir

* Principalmente Ricardo Donoso: *El Marqués de Osorno. Don Ambrosio O’Higgins*. Publicaciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1941.

una mentalidad de arraigo acentuada, un palpitir con una administración que ribetea más que la grandeza de España el progreso de la región que se le ha encomendado conducir. No hay gobernador del siglo XVII y del siglo XVIII que no apunte a engrosar su patrimonio personal; aunque los historiadores nacionales tradicionalmente hacen una escisión entre ambos siglos, motejando de inmorales a los primeros, y de “profesionales y honestos” a los ilustrados, tal vez por una connatural forma de gobierno que jamás tuvo el contrapeso de una opinión pública, si se nos permite el concepto para la época o por la autonomía deparada por la distancia geográfica.

Y hay que recordar que los llamados “juicios de residencia” a que debían ser sometidos los gobernadores al término de sus mandatos (ocho años), no pasaban de ser faramallas jurídicas perfectamente incoadas por los gobernadores y los oidores de la Real Audiencia, que al final de cuentas cogobernaban sin mayores problemas la Capitanía General de Chile.

O'Higgins fue el típico hombre perspicaz del Siglo de las Luces; imbuido de una voluntad “de hacer” que no tiene parangón en la historia colonial de Chile, no vacila en reconocer *in situ* al territorio que “Su Majestad” le ha ordenado dirigir. Sus ocho años de gobierno (1788-1796) lo muestran con una vitalidad que no se condice con su edad (68 años al asumir). Es el único gobernador –junto a Valdivia–, que reconoce el territorio asignado, haciendo hincapié que el caso del conquistador es diferente, pues su reconocimiento territorial es fundacional, es decir, la necesidad de ocupar lo lleva al reconocimiento.

O'Higgins prospecta lo ya consolidado después de doscientos cincuenta años del arribo del primer pendón de Castilla, presentándosele Chile como un programa a realizar, casi como una eventualidad atravesada a su dinámica existencial. El momento parece tardío-vejez, circunstancias históricas, un final de siglo amenazante con aires de “revolución total” –primero con los “rabiosos” de la Convención, y ahora con los alardes del pequeño corso–, presto a lanzarse sobre la conducción del Estado, casi aspirando el 18 de Brumario.

Pero el viejo irlandés ahí está, recorriendo caminos casi inexistentes en este último rincón del amenazado Imperio, durmiendo mal bajo techumbres malolientes. Si está en el norte, está pensando también en el sur, y su obsesión es poblar, aglomerar a los habitantes dispersos, tal como ya lo habían hecho sus antecesores Manso de Velasco y Ortiz de Rozas; es necesario darle organicidad a Chile, que mantiene miserias sobre potencialidades evidentes. No importa que sus diagnósticos sean equívocos –como aquella idea de fomentar el cultivo del algodón y la caña de azúcar en los valles nortinos– todo hay que intentarlo, pues el fracaso condiciona nuevas experiencias.

La política de poblamientos no dejó de presentar problemas de “resistencias”; aparentemente cualquier orden de un gobernador debía aceptarse como una providencia divina en el sentido de la representación monárquica de que estaba investida la máxima autoridad del reino.

Pero no todo era “Sí”; después de 250 años de dominio español, por supuesto que operaban intereses económicos y sociales devenidos del propio

enraizamiento hispano en Chile. La llamada aristocracia castellano-vasca, en la definición discutible de Encina, heredera de los conquistadores y fusionada con aquellos prósperos comerciantes vascos que irrumpieron en los inicios del siglo XVIII, tenía algo que decir desde sus dominios agropecuarios a los intentos de los gobernadores.

Tenían que ceder terrenos para la fundación de ciudades o dividirse sus campos por la irrupción de un camino. Las resistencias invocadas por estancieros o por los dueños de establecimientos mineros constan en la abundante documentación generada por las iniciativas fundadoras de Manso de Velasco, Ortiz de Rozas y sobre todo de O'Higgins.

Y esa documentación perfila el carácter de Don Ambrosio; mientras más resistencia hubiera, más segura era la consecución de la obra emprendida. Incitaba sobremanera al irlandés el mezquino interés de un propietario que proponía su visión de gran señor –individualista redomado– a una política que contribuía al engrandecimiento de España.

En su viaje al norte del país, el Gobernador constataría en el terreno el “reaccionismo” de los propietarios, cuando en su esforzada gira irían surgiendo uno tras otro esos asentamientos de corte urbano, que con el transcurrir de los años se transformarían en villas y después en auténticas ciudades: San Rafael de Rozas (Illapel); San Ambrosio de Ballenar (Vallenar), San Francisco de Combarbalá, Santo Domingo de Rozas de La Ligua y Santa Rosa de Los Andes.

Ricardo Donoso, en su monumental obra *El Marqués de Osorno*, cita a José Santiago Bravo de Saravia, cuarto Marqués de la Pica, como uno de los principales “paniaguados” en reducir recursos de nulidad de la mensura y tasación de sus tierras, para así evitar la repoblación de lo que sería posteriormente Illapel.

¿Y acaso la construcción del camino de Santiago a Valparaíso –obra fundamental para la economía del Reino– no ofrecería los mismos contratiempos? Los propietarios de la hacienda por donde debía atravesar la vía se opusieron sistemáticamente a ella, destacándose en esta actitud el mayorazgo José Miguel Prado Covarrubias, constante bloqueador del proyecto junto a su “aliado”, la Real Audiencia.

Es decir que, sin más, tenemos acá una obra de provecho sustancial para el país que encuentra resistencias avaladas por el tribunal superior colonial y donde se amparaba el mayor poder político del reino.

¿Esa oposición no estaría mostrando que el Gobernador enhebraba un sesgo de progreso contrapuesto a los dueños de la tierra vinculados por siglos a los poderes monárquicos de América?

La imposición final de la obra del gobernador O'Higgins –la global, con fundación de ciudades y el término del camino a Valparaíso después de diez años de “lucha”–, necesariamente nos lleva a una conclusión; si la resistencia al progreso se había tornado institucional (vía Real Audiencia), resalta la idea de que el Gobernador contaba con el apoyo de un nuevo segmento social surgido en el “Siglo de las Luces”, y que será decisivo para impulsar el proceso de la

independencia: la burguesía mercantil, es decir, los criollos en su definición más enfática.

Sólo ocho años antes de la asunción de O'Higgins a la gobernación de Chile, se había producido la llamada "Conspiración de los tres Antonios", donde junto a dos franceses "aventureros", se ubicaba un criollo de alta prosapia económica: José Antonio de Rojas, prácticamente dueño de Polpaico, con sus caleras y haciendas.

Hecho incontestable para la hermenéutica histórica nacional: treinta años antes de la constitución de la Primera Junta, un criollo ilustrado como Rojas recibía una acusación como virtual complotador independentista, cuestión ratificada en los prolegómenos del año 10 al ser expulsado al Perú por el agónico gobierno de García Carrasco.

En una "microsociedad" como la chilena de fines del siglo XVIII, no se requería de una vigilancia extrema para deducir intentos de parte de los criollos, y la doble detención de un hombre como Rojas –neto "burgués colonial"– indica la visible propensión autonómica del sector más avisado del estamento criollo: la burguesía minera, a la cual también pertenecería el dramático "pater familias" de los Carrera, Ignacio de la Carrera, futuro vocal de la primera junta gubernativa.

El perfil sociológico de los hombres de la Independencia se ha ido desarrollando desde mediados del siglo XVIII, y su experiencia política –que no es poca– irá de la mano de la obra de los grandes gobernadores, en especial de Ambrosio O'Higgins. La permanencia de este por casi veinte años en la zona de La Frontera le haría estrechar vínculos con familias acomodadas de Concepción y Chillán, como los Martínez de Rozas, los Mendiburu y los Riquelme, todo lo cual conforma un solo haz de intereses y, por tanto, de intencionalidades políticas.

La concepción identitaria –ecuación tal vez mucho más subjetiva– también está definida por el último siglo colonial, sobre todo en la expresión intelectual de los jesuitas y en su forzado desarraigo del territorio chileno (1767). Hombres como Molina y Lacunza darán testimonios impresionantes de sus añoranzas del país, entregándonos una auténtica conceptualización nacionalista en sus escritos ("Agua, agua de la cordillera de Chile" dirá Molina en su lecho de muerte: "Sólo saben lo que es Chile, los que lo han perdido", expresará la eminencia teológica de Lacunza desde su exilio florentino).

La circunstancia externa inmediata de la independencia se dio, como es sabido, con la invasión napoleónica a España y la reducción a cautiverio del rey Fernando VII, rompiéndose así el vínculo jurídico que ataba los dominios americanos a la persona del monarca y no a la soberanía de la nación española.

Pero la "causa-razón" inmediata no habría tenido ningún efecto en la sociedad colonial americana si esta no hubiera recepcionado en su interior el latir subjetivo y objetivo de la autonomía implícita, que no sólo era congruente con la lejanía geográfica de España, sino con –y esto es lo más importante– la conciencia criolla de su propio poder económico, unido a una mentalidad de adscripción a este territorio que les había visto nacer y que habían aprendido

a amar en la relación natural del hombre con sus "lares y penates", en el decir de los romanos.

La correspondencia entre accionar político y mentalidad se reflejará con clarividencia en la irrupción del proceso independentista.

Aunque la sociedad chilena colonial —como todas las restantes del continente— mostrara una estructura muy rígida y terriblemente segmentada, con una masa popular pauperizada y un pequeño grupo dominador en la opulencia, esto no será óbice para desarrollar un sentimiento nacional, suficiente para impulsar la autonomía en los criollos, aunque sólo con una integración parcial en este sentimiento del conjunto del pueblo, ligado patronalmente en su seguimiento al bando patriota o al opuesto realista.

Si el sentimiento nacional ya está plasmado en el siglo XVIII y, por ende, el concepto de PATRIA (etimológicamente la residencia de los "padres") comienza a administrarse, además de la efusión lírica, con la tratativa razonada del intercambio comercial, de la fortuna personal en relación a la prodigalidad de la tierra o al encuentro de la riqueza minera con el auscultar del subsuelo.

Todo esto confluente en un latir de aprehensiones con lo que te rodea, que al fin resume el logro "magnífico" de tu sustento sobre la tierra, tu identificación no sólo primaria sino existencial, para ti y tus descendientes, donde el único eslabón que falta para la redención definitiva es la conquista del "centro" del poder político, y eso estará al alcance de la mano a partir de 1808, porque la racionalidad mental se ha desarrollado durante todo el siglo XVIII y ha encontrado al fin la salida a un anhelo largamente hilvanado, demostrándose así que una eclosión como la del año 10 no puede ser explicada con la simplicidad tan remanida de muchos historiadores: la causa inmediata.

Si el accionar generacional de los criollos lleva ineluctablemente al "pleonismo" de sentirse adscritos a una patria, ¿se dio esa misma dimensión en los funcionarios que la corona nombraba para los largos periodos de ocho años? En el caso de O'Higgins tal acierto es rotundamente afirmativo.

¿Querría decir que el hosco y distante progenitor tendría que entrar a la "galería" de los impulsores de nuestra independencia, tanto por su identificación con el progreso del país como por la identificación tácita con el accionar de su hijo?

Los parámetros de identidad están diseñados primeramente por la permanencia territorial y por la visión prospectiva que se tenga dentro de ella; si a esto se le agrega el acopio de una fortuna personal, Ambrosio O'Higgins se nos transforma en un criollo conspicuo donde hasta la subjetividad del amor a la naturaleza chilena se pliega a su más íntimo consciente. Chile había sido el castigo más impensado para el irlandés; llegado en 1764 como ayudante del ingeniero Juan Garland —compatriota suyo— contratado por la Corona para construir fuertes en la zona de Valdivia y Corral, por la constante amenaza de posibles incursiones inglesas como contrabandistas franceses y norteamericanos.

Comerciante en Perú en la década anterior, había pasado a Chile y a Buenos Aires por meras relaciones comerciales; su ojo de "buen varón" le indicaría que

como funcionario de la corona con apetencias “de abolengo”, todas sus miras debían dirigirse hacia la Lima virreinal, pues allí está no sólo el honor “mayoritario” de cualquier funcionario en América, sino que también la posibilidad cierta de un mejor destino pecuniario.

Pero Chile se convertiría en su mala conciencia por el deseo continuo de emigrar, de salir de este último rincón que lo aprisionaba con sus pobreza, con sus acechos indígenas y esa improbabilidad de “consumir” rangos en la geografía selvática del sur.

Diez años entre “ires y venires” –Lima, Buenos Aires, España– en tratativas para el escape de este territorio amable, con potencialidades de buenaventuranza, pero escaso en sus posibilidades de ansiedad de poder. Las fortificaciones del sur, el traslado de Concepción al valle de la Mocha, construcción de casas-refugio en la cordillera para tratar de amenguar las dificultades del comercio y del correo en la época invernal. El país natural se le va introduciendo en la sequedad del alma gracias a esa vitalidad imaginativa que no le dejará hasta sus últimos días en Lima, en el alborear del siglo XIX.

El antiguo comerciante de La Calle de los Judíos se ha transformado en ingeniero en Chile, a cuenta de su vigor físico que no le teme al trepe de la cordillera a lomo de mula, al vadeo de los ríos sureños, al penetrar de selvas en la búsqueda del diálogo con el mapuche indómito, y esta transformación le hace sentir como propia esta naturaleza apasionante, donde los hombres y el paisaje se hermanan en una sola dimensión de irreductible altivez.

Ya está dada la conjunción primaria de lo identitario: la querencia al terruño como punto inicial de la corporeidad nacional... y cuando esa misma tierra le entregue los frutos de la riqueza colectiva y personal, y el agregado magnífico del poder político, el sentir del individuo se torna soberano, se transforma en un mundo autónomo por su propia mano.

(Es curioso constatar que un historiador como Bernardino Bravo plantee que los últimos gobernadores coloniales dejaron la impronta del buen gobierno, recto, autoritario y productivo de obras públicas y culturales, siendo ese modelo el referente de Portales, quien con su obra organizativa del Estado habría restituido en su esencia, la gobernabilidad monárquica. Ese sería “el peso de la noche”, el que habría perdido su rumbo con la Independencia por la excesiva teorización constitucionalista de las primeras décadas... Y este aserto confirmaría nuestra hipótesis en cuanto a las bases anímicas y estaduales dejadas por el Despotismo Ilustrado).

La conspiración culposa de su hijo, ¿determinó efectivamente la caída del Virrey? ¿Cómo entonces explicar su presunta “inquina” si testa a favor del hijo que ya está comprometido con el proceso de Independencia? Contradicciones que la Historia no explica, pero que nosotros entendemos como parte de su notable intuición política, que le hace vislumbrar el derrumbe del Imperio; los ejemplos de los Estados Unidos y Francia son demasiado fuertes como para impermeabilizar un alma colectiva que desde muchas décadas ha dejado de estar en ciernes.

La vinculación a Chile nutre afectividades de terruño, comprensión en el obrar conspirativo de su hijo y real administración desde Lima de su mayor "querencia": la repoblación de la ciudad de Osorno. Allí verá el futuro económico del querido Reino, donde deben irrumpir las mieses de la prosperidad y la jocundidad de un ganado pródigo. El "hombre ilustrado" casi se empina sobre lo que sueña como la riqueza implícita de la nación chilena... y en ese mundo desea morir, pues desde la distancia limeña traza lo que será su morada final, cerca de "esos indios, desamparados y primitivos propietarios del país"... (Carta a Juan Mackenna).

No es casualidad que como Virrey, O'Higgins nombre a otro irlandés –Juan Mackenna– como ingeniero extraordinario del desarrollo de la colonia de Osorno, ante la renuncia del coronel Balbiani, a quien había designado antes de abandonar Chile.

Es esta afectividad al terruño la que juiciosamente habían querido evitar los Borbones, nombrado para las funciones de rango en América a hombres con experiencia ganada en Europa.

O'Higgins ha sido la excepción: toda su larga carrera como funcionario de la realeza la ha efectuado en Chile, y su personalidad de hombre de Estado ha crecido en la geografía adusta de "La Frontera". Es hombre mixturado en la esencia de su geografía, primer peldaño para sentirse ligado al "latir patrio".

Los irlandeses católicos y bravíos de corazón se plegaron con alma y sentido a la causa de la independencia. Los O'Leary, O'Donovan, Mackenna y el casi desconocido John Thomas –secretario de Bernardo O'Higgins– llenarán grandes espacios de esa lucha que, para ellos, no será la traición a la imagen del Rey sino más bien adhesión a una entidad geográfica-afectiva que sienten como propia.

El 14 de marzo de 1801, Ambrosio O'Higgins –Marqués de Osorno por la gracia del Rey– testaría en favor de su hijo, entregándole la riqueza precisa para su posterior adscripción al grupo social de los criollos que iniciarían el proceso de Independencia.

Cuatro días más tarde fallecería, teniendo tal vez entre su semiconciencia, la ilusión de estar viviendo en el desmonte virginal de aquella ciudad que había hecho revivir desde sus abandonados escombros.

Cada busto erigido a Bernardo O'Higgins a lo largo de Chile –como testimonio de un sentir ciudadano– debería traslucir la imagen de su padre, auténtico iniciador del espíritu de la Independencia.

EL BANQUETE AMERICANO: COMIDA Y COMUNIDAD EN LA ÉPICA COLONIAL

Paul Firbas*

En una carta dirigida al señor de Xevres, privado de Carlos V, firmada el 22 de enero de 1518 en La Española, y con un tono que hoy podría calificarse de lascasista, el licenciado Alonso de Zuazo, juez de residencia en Santo Domingo, denunciaba las nuevas reparticiones de indios empujadas por Rodrigo de Albuquerque hacia 1514, las cuales eran propiamente "destruimiento" más que repartimiento (1864: 310). Las malas redistribuciones de indios, explicaba el autor, habían reducido la población nativa de más de un millón a sólo once mil, desde la época del viejo almirante Colón hasta el presente del texto. Asimismo, en esos años iniciales de la historia colonial, las nuevas reparticiones de indios habían acabado con el ascenso social de una clase popular española cuyos miembros aspiraban a convertirse en encomenderos, luego de haber participado en la conquista y población de la isla (Moya Pons 1986: 112-113). En ese contexto, la carta del licenciado Zuazo recogía las quejas de esos primeros pobladores que habían pasado a Indias, baquianos cuyas aspiraciones quedaron eliminadas por una nueva dirigencia colonial que recreó el orden aristocrático peninsular en las nuevas posesiones del Caribe.

La carta de Zuazo nos interesa aquí, porque, de alguna manera, el licenciado le da voz a una comunidad de antiguos colonos a través de una referencia literal y metafórica a un banquete americano que, trabajado por muchos años, quedaba finalmente insatisfecho con la llegada de unos comensales advenedizos y de "hambrientos apetitos" (305). El texto del licenciado se refiere así al momento en que llegó a la isla una nueva cédula real que legitimaba los repartimientos de Albuquerque:

"E luego vino la dicha cédula con grandes penas que nadie hablase en el dicho repartimiento, ó más propiamente hablando destruimiento; pero no por eso dejaban los antiguos pobladores, é aquellos que vinieron a los principios, é fueron á ganar la Isla comiendo lagartos é culebras é pasando grandes fatigas é hambres, de dar voces, diciendo: "Nosotros fuimos los que derramamos nuestra sangre é hobimos infinitas enfermedades á los principios desta conquista, e ahora nos estamos allá con nuestras mujeres e hijos, porque nos habeis destruido quitándonos los indios, é dándolos a los que ahora nuevamente vienen á la mesa que nosotros les teníamos puesta", con otras lástimas dolorosas". (310-311)¹.

• State University of New York, Stony Brook.

¹ Un fragmento de esta cita puede verse en el libro de Moya Pons (1986: 116), quien la toma de la *Colección de documentos inéditos* de 1864 (ver Zuazo en nuestra bibliografía). Moya Pons resuelve la última frase al transcribir: "a la mesa que nosotros teníamos puesta". En el documento original, que he cotejado en el AGI (Patronato, 174, R.8/2/7), se lee: "que nosotros *les* teníamos puesta" (mi énfasis), tal y como aparece en la edición de 1864. Es complejo aquí el referente del pronombre

La cita parece poner en escena claramente una batalla por el privilegio de sentarse a una gran mesa simbólica, a un festín que puede leerse como la contraparte de las narraciones repetidas de banquetes indígenas, de aquel “canibalismo” que ha recibido ya bastante atención de la crítica y del cual no voy a ocuparme en este ensayo. Durante el primer siglo de producción textual en las colonias, las referencias a la comida, la mesa y los banquetes parecen expresar el deseo de una comunidad posible. Las comidas nuevas, como los lagartos y culebras en este caso, constituyen una de las experiencias más tangibles de complicidad y de afirmación de un *yo* local, y de un vínculo directo –imaginariamente no mediado– con la nueva realidad. A través de la comida, el mundo americano puede expresarse como una experiencia extrema en la frontera de lo conocido. El narrador exhibe su lugar de enunciación y de alguna manera se legitima y autoriza con el uso de alguna forma del “yo comí”.

En las primeras páginas de la *Crónica del Perú* (Sevilla, 1543) de Pedro de Cieza de León, el narrador introduce su proximidad radical con las Indias y, al mismo tiempo, la distancia extrema de ese mundo respecto al lector peninsular, a través del relato de una comida que sería insólita en Europa: un lagarto o caimán que, nos dice, “lo comimos con la hambre que llevábamos”. Y agrega un dato concreto y sensible: “Es mala carne y de un olor muy enhastioso” (1984: 29). Del mismo modo, Barco Centenera en su poema *La Argentina* de 1602, asegura que “gusanos he comido”, “manteca fresca a mí me parecía / mas sabe Dios el hambre que tenía” (III, 131). Es importante notar que ese “yo comí”, tropo básico en múltiples textos del período, supone además un *nosotros*: la apelación a los comensales y a la experiencia colectiva de una nueva comunidad. La comida americana en estos textos funciona en varios registros: bien como una referencia básica al hambre y una experiencia casi iniciática en lo americano, o una transferencia (a veces gruesa) del deseo de posesión; como una marca de una experiencia nueva que constituye una comunidad, una metáfora del mismo texto poético o un símbolo de comunión espiritual.

Desde aquella protesta inicial de Santo Domingo en 1518 frente al banquete usurpado por los nuevos chapetones administradores, puede decirse que la poesía épica culta colonial ha trabajado por convertir ese banquete en una escena de afirmación de lo local y una celebración de la experiencia singular de lo americano. A finales del siglo XVI encontramos en los textos una mirada propia de baquianos viejos, de españoles que habiendo nacido y recibido su primera educación en Europa adquirieron conocimientos nuevos en América

les (dativo): aparentemente, la mesa estaba puesta para las mujeres e hijos de los colonos. No queda claro en la sintaxis, ni en la compleja imaginación colonial, quiénes se sientan en este nuevo banquete. Recuérdese que los viejos colonos denunciaban que, después de todo el trabajo hecho por ellos, los aristócratas recién llegados se apoderaron de los frutos de un trabajo ajeno; es decir, se apropiaron de los indios y dejaron a los colonos sin espacio social. El licenciado agrega que los viejos pobladores “tuvieron necesidad de se ir á buscar su vida a otras partes” (311).

producto de su experiencia directa con la naturaleza y los habitantes de las colonias. Los baquianos buscan exhibir su saber, ponerlo sobre la mesa, establecer complicidades con quienes, como ellos, conocen los secretos de la tierra y, al mismo tiempo, establecen su distancia de los recién venidos, chapetones incapaces de manejarse en la nueva geografía natural y moral.

El presente estudio se ocupa de un grupo de poemas escritos entre finales del siglo XVI y principios del siguiente, en una época en que las instituciones coloniales se estabilizan y se consolida un discurso baquiano. No es en absoluto infrecuente que en los poemas épicos americanos –y en las crónicas, relaciones y misceláneas– se enumeren y celebren los frutos y animales del Nuevo Mundo, exaltando su gusto y sustento en las nuevas mesas de la sociedad colonial. El discurso baquiano en la poesía épica colonial se caracteriza por el saber y la experiencia de la naturaleza y las costumbres americanas y por el uso de las formas y tópicos más prestigiosos de la cultura del Renacimiento y el Barroco. El discurso baquiano tendrá siempre un receptor doble: por un lado, el lector cómplice, quien comparte los saberes y experiencias locales y, por otro, aquel que, versado en las poéticas europeas, no reconoce los códigos americanos. El baquiano busca que ese segundo lector, típicamente peninsular y chapetón, reconozca la diferencia indiana; mientras que los lectores cómplices y baquianos –mis “secuaces” dirá Miramontes (2006: oct. 369)– constituyen una particular comunidad poética local y una variante americana de las academias renacentistas.

El discurso baquiano debe además pensarse como una respuesta a las presencias y ausencias de la administración metropolitana en las colonias. Los versos sobre los banquetes están así inscritos en un debate mayor. Durante esa época, en ciertas zonas del Caribe y en los confines del continente, la ausencia oficial de la Corona dejaba lugar para que pequeñas comunidades comerciaran intensamente con los “piratas” herejes, franceses, ingleses y holandeses. La exaltación de lo local en ese contexto tendría sentidos distintos de los que adquiriría en una ciudad como Lima, donde el discurso baquiano se enfrentaba a numerosos administradores peninsulares recién llegados a la colonia².

Las siguientes páginas estudian el tópico del banquete americano principalmente en los poemas *Espejo de paciencia*, *Armas antárticas*, *Arauco domado* y *Purén indómito*. El ensayo busca leer los diferentes usos de la comida americana en la poesía épica colonial, prestando atención a la constitución de una comunidad local de lectores, pero también a los significados que estos banquetes podían tener para un receptor externo. A diferencia de otros estudios que han enfatizado el uso colonizador de la comida europea sobre los territorios y las costumbres amerindias, aquí el foco de interés recae en la posible apropiación de las comidas

² Sobre chapetones y baquianos, bisoños y veteranos en las colonias, véase el clásico ensayo de José Durand de 1966: “El chapetón Ercilla y la honra Araucana”.

indígenas por los españoles y en su uso, dentro de la poesía épica, para señalar una diferencia y constituir una comunidad³.

Algunos poemas, como el extenso *Armas antárticas* de Juan de Miramontes Zuázola, escrito hacia 1609, narran escenas donde los héroes se sientan a la mesa, comen y conversan, siguiendo acaso las convenciones de un *convivium* humanista o de la épica latina. Sin embargo, más allá de las viejas tradiciones, sin duda actualizadas en los poemas cultos del siglo XVI o XVII, estos episodios concretos plantean problemas sobre cómo leer la épica hispánica en su contexto colonial, teniendo en cuenta su pretensión historicista, pero también su proximidad con la poética del *romanzo* de Ariosto. Exigen además repensar su situación enunciativa y su probable circulación en la época. En otras palabras, además de remitir a las tradiciones clásicas y humanísticas del banquete y al *topos* de la cornucopia americana, las escenas de comida en la épica colonial "los versos que saborean un vocabulario nuevo y expresan la complicidad de una experiencia alimenticia" permiten estudiar el funcionamiento del género en la producción de un nuevo imaginario social en las colonias.

Las escenas de los banquetes americanos incluidas en el discurso épico colonial resuenan convenientemente con los inicios de las primeras misiones cristianas. El Nuevo Testamento narra las primeras conversiones de los gentiles como una consecuencia inmediata del cambio en los hábitos alimentarios ordenados por Dios al apóstol Pedro. En la sintaxis de la Biblia, la expansión de la palabra cristiana aparece en relación de contigüidad con el relato de la transformación radical de las prácticas alimenticias. De alguna forma, el avance del cristianismo sobre el Nuevo Mundo sería impensable dentro del régimen riguroso de prohibiciones y limpieza en las comidas del Antiguo Testamento.

En la historia de los orígenes del cristianismo narrada en los *Hechos de los apóstoles* se cuenta la visión que tuvo Pedro momentos antes de que conociera al centurión Cornelio y a sus acompañantes, quienes se convertirán en los primeros gentiles bautizados en la nueva religión. Estando el apóstol con hambre, le

³ Por ejemplo, el estudio de Abel Alves insiste en el uso excluyente de las comidas europeas trasladadas a México y en su valor simbólico para separar la barbarie de la cultura cristiana: "The Spanish way of eating bound Spaniards together and made most Amerindians alien outsiders, members of the *república de indios*. Although Moctezuma's eating rituals often paralleled Spanish custom, the Spanish never forgot that he ate the wrong foods—from maize to human flesh. Convinced of their superiority, Europeans have consistently tried to alter physical nature to suit their ideals. For Spaniards in Mexico, this included the raising of cattle and the growing of wheat, grapes, and other crops alien to the environment. European man was not meant to fit into an indigenous ecosystem." (Alves 1994: 70). Aquí nos interesa, en sentido contrario, marcar que la forma expansiva de la alimentación de los castellanos en Indias, que incluiría muchos ingredientes y recetas nativos, formaba comunidades locales diferenciadas del mundo peninsular. Sobre las imágenes visuales de la comida en la colonia y su vinculación con la tradición barroca de los bodegones, véase López Baralt, 1992, quien estudia los sentidos latentes de los dibujos de la *Corónica* de Guamán Poma. Para una reflexión sobre las estructuras de poder y las condiciones externas e internas que explican los cambios alimenticios, particularmente en el mundo industrial moderno, véase el libro de Mintz 1996, especialmente el capítulo 1, "Food and Its Relationship to Concepts of Power": 17-32.

sobrevino un éxtasis y tuvo la siguiente visión: “vio el cielo abierto y que bajaba hacia la tierra una cosa así como un gran lienzo, atado por las cuatro puntas. Dentro de él había toda suerte de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo. Y una voz le dijo: «Levántate, Pedro, sacrifica y come»”. Pedro se niega, como buen judío, a comer nada “profano e impuro”, pero la voz del cielo le replica: “Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano” (*Hechos* 10, 11-15). Este episodio introduce de inmediato la narración del bautizo de los primeros gentiles (*Hechos* 10, 44-48). En otras palabras, la apertura hacia una cultura omnívora (el rompimiento con un sistema clasificatorio anterior) se presenta como una condición previa para la extensión de la religión. En ese mismo sentido, los soldados de la cultura imperialista y cristiana del siglo XVI, cuando avanzaban sobre los nuevos territorios americanos comiendo iguanas o jabalíes y bebiendo sangre de tortugas, estaban actualizando el mandato de Pedro: “levántate, mata y come”; y confirmandose en su identidad y diferencia⁴.

EXPERIENCIA LOCAL Y EXOTISMO EN EL *ESPEJO DE PACIENCIA*

Conviene discutir brevemente el *Espejo de paciencia*, poema épico en dos cantos escrito por Silvestre de Balboa hacia 1608 en la isla de Cuba. Los versos más comentados de este poema aparecen hacia el final del canto primero, cuando se celebra, con un banquete, el rescate del obispo Cabezas Altamirano de manos de los piratas franceses en la costa de la isla. En ese episodio, seres de la mitología clásica, ninfas y hamadriades, ofrecen alimentos locales al Obispo: frutas y animales que se enumeran en el poema, en versos que han merecido, con justicia, bastante atención de la crítica. No obstante, muchas de esas lecturas han exaltado conceptos anacrónicos de cubanidad o nacionalismo en el texto, propios del contexto decimonónico en el que se difundió una copia manuscrita. En 1993, en un penetrante ensayo sobre la poética barroca del *Espejo* y su recepción cubana, Roberto González Echevarría volvió a centrar la discusión sobre los versos de los frutos americanos. El ensayo se ocupa, principalmente, de denunciar la falsificación o invención romántica del poema, que lo convirtió en un origen de la identidad cubana y, en menor grado, de situarlo en “el contexto de su época y ambiente” (1999: 161). El trabajo de González Echevarría deconstruye lo que los románticos y sus epígonos hicieron del poema y, asimismo, construye un relato de oposición, en donde lo que fue leído como rasgo de cubanidad aparece ahora corregido y reinterpretado como artificio y exotismo de un barroquismo criollo hecho de mezclas y fiestas. González Echevarría sigue la posición de Alejo Carpentier sobre el barroco de Indias, proponiendo así que

⁴ Sobre la semiótica de la comida en la cultura judía, sus reglas básicas de prohibición y el concepto de limpieza, así como la importancia de la ruptura con esas tradiciones en el nacimiento del cristianismo, véase el estudio de Jean Soler ([1973] 1997): “Christianity could only be born by breaking the structures that separated the Hebrews from the other peoples. It is not surprising that one of the decisive ruptures concerned the dietary prescriptions” (1997: 1965).

el léxico de las frutas y la naturaleza americanas exhibido en el *Espejo* responde a un exotismo y “extrañamiento estético”, antes que a una identificación con ese mundo⁵. Por lo tanto, conviene repensar el tan discutido episodio del banquete, no para leer en él un incipiente nacionalismo o un puro exotismo festivo, sino para entrever una experiencia sensitiva americana que apela a la complicidad, al reconocimiento y la comunidad con el lector y comensal imaginarios de los versos. La forma y las referencias clásicas en las octavas de Balboa dignifican la experiencia local con el registro más prestigioso de la poesía culta europea. La recepción exotista corresponde a un lector externo, ajeno a la experiencia compartida del fruto. El lector exotista puede deleitarse con la sonoridad o el enigma de la referencia del léxico nuevo, pero no con el recuerdo de la experiencia común de la comida. Así, González Echevarría lee los frutos y animales comestibles del poema, los “Mameyes, piñas, tunas y aguacates, / Plátanos y mamones y tomates” (vv. 481-488), las guanábanas y caimitos, las vijacas y guabinas, como “una representación artificiosa, por su extrañeza, de la cornucopia americana; [...] una manifestación efímera, superficial en el sentido lato, de una explosión carnavalesca, de un festival barroco” y agrega: “Las frutas cubanas aparecen [...] como naturaleza muerta, fija, acabada y exótica” (1999: 178-179).

Si se reconsidera el lugar de enunciación del poema de Balboa y su recepción local, lo “exótico” o el “exotismo criollo” de los versos del *Espejo*, pierden riqueza interpretativa. En el poema no domina el puro artificio ni la frivolidad del carnaval o el arte efímero, como sugiere González Echevarría. En el *Espejo* se mezclan varios géneros, dentro de los cuales, sin duda, cabe la mascarada pastoril y el festival barroco, pero también el relato testimonial de una experiencia directa con una nueva naturaleza, y la complicidad con un lector ideal que la reconoce y comparte. Además, estos episodios en la épica sugieren que el mismo poema se convierte en un nuevo banquete: los mismos versos y su léxico sabroso son un fruto nuevo americano, y el lector puede paladearlos

⁵ González Echevarría lee las estrofas del banquete en el *Espejo de paciencia* siguiendo las reflexiones de Alejo Carpentier en su *Concierto Barroco*. En el poema los frutos americanos los ofrecen seres de la mitología clásica: sátiros, faunos, napeas, “las bellas hamadriades hermosas” que bajan de los árboles vestidas con nalgas y “con frutas de siguapas y macaguas / y muchas pitajayas olorosas” (Balboa 1960: vv. 489-491). González Echevarría explica así las ideas del novelista cubano: “... Carpentier destaca no el exotismo del poema de Balboa, sino la plétora de relatos que componen la cultura universal, desde cualquiera de cuyos rincones regionales las demás culturas son exóticas. Lo que Carpentier destaca, pues, en el *Espejo*, no es su originalidad, sino su inherente exotismo. Ese exotismo es el que va a figurar en esas escenas en que se mezclan las raras palabras que designan la flora y la fauna cubanas con los no menos raros vocablos que nombran esos seres sacados de la mitología clásica. El origen que postula Carpentier no es singular y sencillo, sino múltiple y contradictorio; es decir, barroco” (199: 176). Marrero-Fente ha comentado indirectamente la lectura de González Echevarría, aceptando el exotismo y el extrañamiento de los versos de Balboa, pero destacando su diferencia americana y el cambio de perspectiva respecto a las convenciones y el horizonte de lecturas del Viejo Mundo: “El aspecto más significativo de la modificación de Balboa es que en el plano de la realidad descrita sobrepasa, por su riqueza, los esquemas de los modelos literarios europeos” (2002: 213).

convirtiéndose así en un convidado a la mesa. En el nivel referencial, la experiencia americana busca la complicidad con el paisano baquiano (o criollo); pero en el nivel simbólico, la comida y los mismos versos convidan a un lector abierto a compartir el banquete.

En uno de los sonetos preliminares al *Espejo de paciencia*, escrito por el capitán Pedro de las Torres, vecino de la villa de Puerto del Príncipe, el poema se cierra con el siguiente terceto:

*Recibe de mi mano, buen Balboa,
Este soneto criollo de la tierra
En señal de que soy tu tributario.* (Balboa 1960: 46)

El vecino ofrece su poema como un fruto criollo, como si las formas italianas y españolas se hubieran ya aclimatado y prendido en el suelo de la isla. La poesía es comida y banquete para la nutrición, deleite y reflexión del lector.

*Resultan de especial interés los versos, algo enigmáticos, que cierran una octava del episodio del festín por el rescate del Obispo, en donde las ninfas de los estanques traen de regalo
De aquellas hicoteas de Masabo
Que no las tengo y siempre las alabo* (vv. 519-520).

No debe desestimarse la aparición del *yo* en estos endecasílabos, inserto entre un catálogo de frutos y un banquete lingüístico. La persona del poeta marca aquí su recuerdo de la carne deseada del reptil (la hicotea), comida americana que ya ha experimentado y que ha modificado su gusto. No se trata de la experiencia inicial del hambre, como en Cieza, que fuerza al español a transgredir los hábitos de su dieta. Este *yo* es el mismo que en la primera octava del poema se revelaba como persona poética, cuando declaraba "Que yo en mis versos sólo escribo y canto / La prisión de un Obispo consagrado" (vv. 5-6). En las octavas del banquete el *yo* se reafirma como sujeto de una experiencia sensible que evoca y alaba⁶.

Todo este episodio, como muchos otros de la épica colonial, participa de un deseo de ordenar la naturaleza silvestre y la experiencia americana en un espacio digno de la alta poesía. Así, las ninfas de Silvestre de Balboa y sus frutos pueden además leerse como una imitación —quizá una *aemulatio*— del famoso episodio de la Isla de Venus (o Isla de Amores) en el canto noveno de

⁶ En principio, el poema declara que cantará la prisión del Obispo. No obstante, como Ercilla en su poema, el mismo *yo* en el *Espejo de paciencia* redefine su *praepositio*. Juana Goergen en su estudio sobre el poema de Balboa sugiere que el espacio de la isla, en este caso "Bayamo convertido en arquetipo", sería de quien "verdaderamente se nos quiere hablar en el poema". Sobre el episodio del banquete, la autora destaca el uso de los dioses clásicos, los cuales "ocupan un lugar específico dentro del marco poético: prestigiar la naturaleza cubana" (Goergen 1993: 42-42 y 79).

Os lusíadas de Luís de Camoens⁷. Recordemos que en el poema portugués la isla, poblada de ninfas heridas de Amor, es el escenario de un valle ameno, alegre y deleitoso, abundante en frutos: naranjas como los cabellos de Dafne, limones como tetas de vírgenes, moras de amores, granadas rubicundas, etc., que convierten finalmente toda la naturaleza, incluyendo las ninfas, en un enorme banquete erótico para los marineros lusitanos (IX, 55-59). *Os lusíadas* consigue trasladar los deseos masculinos de posesión, tanto eróticos como políticos, a la geografía contenida de una isla y presentarlos como una suerte de inmenso e incomparable banquete natural. A pesar de que esta isla pertenece a una geografía declaradamente imaginaria y que el mismo Camoens pretende reducir el sentido del episodio a una alegoría de las “deleitosas honras” de los héroes (IX, 89), los elementos naturales que la adornan pertenecen al paisaje cotidiano lusitano, en contraste con las descripciones artificiosas del Paraíso en el *Orlando furioso* de Ariosto (XXXIV, 49), modelo que Camoens imita, según ya lo señaló C. M. Bowra en su clásico *From Virgil to Milton*⁸. Los versos de Balboa, a diferencia del poema de Camoens, no desarrollan el erotismo del banquete, pero siguen e intensifican el carácter local de la naturaleza de la isla, llevándola hasta un registro documental gracias a los americanismos léxicos y su carga de sentido en la época, operando como un anclaje de lo poético en la experiencia concreta del país.

En *Os lusíadas*, los abrazos eróticos se desplazan, siempre dentro de la Isla de Amores, hasta el palacio de Thetis, donde con “mesas de altos manjares excelentes” los portugueses y sus amantes participan de un banquete exquisito (X, 2). Los versos no describen la comida, pero sí la riqueza de la mesa que sirve de escenario para que una ninfa o “angélica sirena” cante la historia futura portuguesa. El poema imita, con importantes inflexiones, el banquete que se narra al final del primer canto en la *Eneida* de Virgilio y, quizá a través de este, el que los feacios organizan para Ulises en *La Odisea* (canto VIII), donde la comida sirve también, como mecanismo poético, para introducir una narración enmarcada⁹.

En la tradición de la épica culta, probablemente el banquete más influyente sea justamente el de la *Eneida*, el que la reina Dido ofrece a los cansados troyanos después de su naufragio en las costas de Cartago. El banquete, seguido de música, se cierra con la cítara del rey africano Yopas e introduce la armonía cósmica, el orden celestial y los ciclos naturales en los últimos versos de un

⁷ Para James Nicolopoulos, la *aemulatio* es un tipo de imitación que deliberadamente exhibe su subtexto, poniendo de manifiesto su rivalidad con el modelo (2000: 51).

⁸ Bowra precisa que Camoens, en la escena de la Ilha dos Amores, “pinta el paisaje de su propio país, tal como lo veía desde la perspectiva de la añoranza del exilio” (1945: 128; la traducción es mía). En el siglo XIX, el Conde de Ficalho en su *Flora dos Lusíadas* (1880) señalaba que los árboles y frutas de la Isla de Amores correspondían al mundo europeo mediterráneo y no a las zonas tropicales por donde navegaban los lusitanos (citado por Amaral 2001: 78).

⁹ Sobre la importancia de la comida como sistema semiótico en *La Odisea*, véase Atienza 2007.

canto que se había abierto, *in medias res*, con el relato de la tormenta provocada por la ira de Juno.

A diferencia de la naturaleza abierta del festín épico, la cultura humanista concebía el banquete en escala doméstica. El número de convidados en un *simposium* o *convivium* renacentista era limitado: entre tres y nueve comensales. Se trataba de una verdadera puesta en escena de la alimentación integral del hombre, edificando tanto el cuerpo como el espíritu. Mientras que los banquetes de la épica clásica se expanden sobre espacios abiertos, acumulando comida y convidados, el simposio humanístico tiene la forma de un encuentro mesurado, cerrado y exclusivo, vinculado al desarrollo de las Academias. En una carta de finales del siglo XV del humanista florentino Marsilio Ficino, traductor de Platón, dirigida al veneciano Bernardo Bembo, se señala que el *convivium* no es, como en los griegos, comer y beber juntos, sino “dulce comunión de la vida”, “descanso de las labores, liberación de los cuidados y nutrición del ingenio; es demostración de amor y esplendor, alimento de la buena voluntad, condimento de la amistad, levadura de la gracia y solaz de la vida” (Ficino 1978: 51-52)¹⁰. En última instancia –y Ficino así lo sugiere en su referencia a las cenas y milagros de Cristo–, el banquete es una comunión que acerca la experiencia humana a la perfección divina.

SENTIDOS DEL BANQUETE EN *ARMAS ANTÁRTICAS*

Conviene leer aquí las continuidades e inflexiones de esta tradición en un poema épico americano que hace uso del banquete virgiliano y del *convivium* humanista y, además, exhibe un saber sobre la tierra para establecer así una complicidad con su lector. El poema *Armas antárticas* de Juan de Miramontes Zuázola, escrito en Lima hacia 1609, narra, entre otras aventuras, la alianza entre piratas ingleses y negros cimarrones en contra de los españoles en la región del istmo de Panamá hacia 1577. En el canto V, en la escena del banquete inicial entre cimarrones y piratas, donde se sella el pacto entre estos dos grupos, el “espléndido convite” entre “etíopes” y “luteranos” da lugar a que “dos diestros músicos gentiles” (oct. 403-407) canten los ciclos naturales, como otros Yopas de la *Eneida*. Cuando los ingleses y cimarrones penetran en un “valle deleitoso”, los anfitriones tienden “capaces mesas espaciosas” (oct. 426) y el banquete se formaliza. La comida consigue crear una comunidad, al menos momentáneamente, entre “dos diferentes géneros de gentes / remotamente en todo diferentes” (oct. 408). El banquete le da una dimensión narrativa y escénica a un pacto político y militar que constituye una breve comunidad, aunque

¹⁰ Una traducción castellana de parte de los fragmentos citados de la carta 42 de Ficino (*De sufficientia, fine, forma, materia, modo, condimento, auctoritate conuiuij*) puede verse en el estudio de Villa Ardura: “Ficino y la realidad cultural de su tiempo”, incluidos en su introducción al *De Amore*, comentarios de Ficino a *El banquete* de Platón (Ficino 1986: XII). La carta completa en versión inglesa aparece en Ficino 1978: 51-55.

marcada por la ilegitimidad y la herejía. Podemos pensar que este episodio es una necesidad para la verosimilitud de la alianza, sustentada en la fuerza convencional del banquete como escena de comunión: “Todos en torno de la mesa estaban / sin que del negro al blanco diferencia / hubiese...” (oct. 430). El episodio estalla en una enumeración de frutos americanos, en un catálogo que recuerda también al *Espejo de paciencia*, y en donde, una vez más, podemos entender que el mismo poema se ofrece como banquete espléndido:

*Despierta y satisface el apetito
la piña, el aguacate y el zapote,
el plátano, mamey, ovo, caimito,
la papaya, la yuca y el camote,
el coco, la guayaba y el palmito,
la guaba, la ciruela, el ají y mote:
frutos de aquesta fértil tierra propia
do esparció su abundancia el cornucopia.* (oct. 429)¹¹

El banquete americano adquiere diferentes sentidos o usos en el poema. En el nivel de lo narrado, produce aquí una comunidad inaudita entre piratas luteranos y esclavos fugitivos; pero en el nivel de la narración o de la enunciación poética, el catálogo de frutos se dirige a un lector cuya experiencia americana le permite actualizar las referencias y situarse en la posición ideal del baquiano. En este nivel el poema trabaja en la composición de una nueva comunidad hecha de códigos de la literatura culta y de saberes y experiencias locales compartidas. Además, la octava arriba citada es una invitación y una provocación para el lector no iniciado, quien se queda sólo con el paladeo sonoro de un léxico que le es desconocido y con una imagen exótica de la abundancia indiana. Además, para un lector chapetón o peninsular la cornucopia americana debía contrastar con la realidad de la crisis castellana, particularmente desde 1590¹².

Miramontes incluye dos escenas más en donde el banquete americano cumple funciones centrales en la fábula de su poema y, al mismo tiempo, revela sus alcances y limitaciones. Ambos episodios aparecen en el extenso relato enmarcado de los amores de Curicoyllor y Chalcuchima (cantos XI a XVII), ambientados entre Cuzco y Vilcabamba antes de la invasión española. En el primero, en el canto XIV, la comida es una ofrenda reparadora para el joven Chalcuchima, quien ha llegado hasta la choza del pastor Oparo atormentado de celos por la ausencia de su esposa, raptada por el infante Chuquiaquilla. El pastor convida al joven y lo invita a contar sus penurias: “come, descansa y dime tu mal luego” (oct. 1228). Las palabras sabias y el hospedaje de Oparo lo señalan como un

¹¹ Puede consultarse mi estudio de *Armas antárticas*, incluido en Miramontes 2006: 83-86.

¹² John Elliott ha apuntado cómo hacia esos años la economía del virreinato se volvió más autosuficiente. El Perú ya no consumía los granos, ni el aceite ni el vino importados de España (Elliott 1990: 284-293).

hombre comedido y virtuoso; y él mismo revela que es un cortesano desengañado y un pastor por elección, luego de que la fortuna le hiciera “cierto ultraje” en la corte (oct. 1230). La comida en la choza de Oparó, compuesta de un léxico fundamentalmente andino, es así un nutrimento espiritual y una indirecta alabanza de la aldea y del mundo natural. El diálogo entre Chalcuchima y Oparó forma parte del banquete con el cual se producirá una amistad y colaboración imprescindible en el desarrollo narrativo del romance indígena:

*Púsole charqui, papas, cancha y mote
ají, choclos y yucas que comiese;
palta, guayaba, lúcuma y zapote,
para si alguna fruta apeteciese;
y de su rubia y fresca chicha, un bote
capaz de que la sed satisficiese.
Y con süave hablar dulce y modesto,
sentándose cabe él, le dijo aquesto: (1229)¹³*

En oposición a esta comida integradora, el segundo uso del banquete en el romance de *Armas antárticas* aparece en el canto XVI, en el contexto de la corte de Vilcabamba, donde los héroes miden sus fuerzas en unos juegos, ocasión que aprovechan los amantes para escapar. Aquí el banquete está marcado por el exceso: “con brindis, bacanales descompuestos / y descompuestos términos y pasos” (oct. 1427). Los versos describen la turbación general, los gestos em-bravecidos y los vómitos finales de una bacanal que es el escenario opuesto de la comida armonizadora del pastor Oparó. De todas formas, el episodio se introduce con una enumeración de comidas andinas que el lector baquiano debía reconocer:

*Siéntanse entre los árboles del soto,
vienen los mates llenos de potajes,
con charqui, locro, ají, cancha, poroto,
las mujeres sirviéndoles de pajes;
anda el licor del libre Baco roto,
con molles, chichas, azuas o brebajes,
hierve en el pecho el vino, el vapor sube
al cerebro y congélase una nube. (oct. 1426)*

¹³ Las palabras son andinas, excepto *zapote* (nahuatl), *guayaba* y *yuca* (tahino). *Chicha* sería posiblemente una voz cuna panameña, pero su uso estaba ya extendido en la zona andina a finales del XVI; la palabra quechua era *azua*, que Miramontes usa en la oct. 1426. Obsérvese que en la 1229 se da *palta*, mientras que en 429 se da la voz mexicana *aguacate*. Podemos imaginar que no todo el léxico americano de Miramontes provenía de su experiencia, sino también de sus lecturas.

El exceso de alcohol entre los héroes, indios nobles de Vilcabamba, traería para el lector el recuerdo de los debates y acusaciones sobre las borracheras indígenas en el presente colonial. El desenfreno en la bebida se convierte en una marca indeleble de la barbarie indígena y en una cuestión teológica que descalificaba a los indios ya cristianizados para acceder a la Comunión: la comida sagrada por excelencia. Como apuntaba González Holguín en su *Vocabulario* de lengua quechua de 1608: “la borrachera te daña y estorba para comulgar”¹⁴. La bacanal vilcabambina, aunque ambientada en un mundo prehispánico asimilado al paganismo clásico de la poesía épica, resuena directamente en la cultura colonial de la época en que Miramontes escribía su poema, cuando se inician las campañas de extirpación de idolatrías. La borrachera destruye la comunión y se proyecta así como una reconfirmación, entre otras cosas, de la imposibilidad o inconveniencia colonial de tender una gran mesa simbólica de comunidad cristiana.

EL POETA-COCINERO EN EL *PURÉN INDÓMITO* Y LA COMIDA PASTORIL EN EL *ARAUCO DOMADO*

El *Purén indómito* (c. 1600-1606), poema de Diego Arias de Saavedra, narra las desdichas de una guerra interminable en Chile, ya no heroica sino pavorosa, donde el campo de batalla se ha vuelto ambiguo, con soldados españoles renegados, apóstatas y mestizos traidores y ladinos. A pesar del llanto constante sobre los acontecimientos, que silencia el canto, el poema busca reintegrarse con un discurso épico a través de la imagen final del gobernador Francisco de Quiñones, arquetipo de héroe cristiano: “el piadoso Eneas quiñoniano” (oct. 1931)¹⁵. En el canto XXII, los españoles hambrientos y acosados por los indios llegan al extremo de comer “como puercos” “inmundicias asquerosas”: “adargas, cueras, botas y zapatos, / volviendo al cuerpo lánguido las heces / de lo que ya sirvió en él otras veces” (oct. 1765), versos que recuerdan el desmantelamiento del discurso épico en los *Naufragios* de Cabeza de Vaca y producen una imagen de América a contrapelo, ahora como lugar de hambre extrema. Poco más adelante, en el canto XXIV que cierra el poema, el poeta compara su texto con un banquete que, idealmente, debería ser variado para satisfacer a todos los convidados o lectores. El poeta sería así un cocinero que debe “las viandas guisar de muchos modos” (oct. 1858). Sin embargo, la constancia de acontecimientos tristes que conforman su materia narrativa traiciona el ideal de variación renacentista, puesto que el poema ha sido “de sangre todo y todo

¹⁴ Citado por Estenssoro 2003: 231, quien hace un análisis imprescindible de la implementación por los jesuitas de la comunión cristiana entre los indios y cómo las borracheras indígenas, asociadas al demonio, solían presentarse por distintos religiosos (entre ellos el franciscano Oré hacia 1598) como emblema de sus idolatrías e impedimento para comulgar (2003: 228-232).

¹⁵ Véase el excelente estudio de Mario Rodríguez, particularmente su lectura del esquivo carácter épico del poema y el papel de Francisco de Quiñones en éste (1984: 102 y 124).

desabrido"; aunque, remata el poeta, "gustos hay que gustan de morcillas / a los cuales será mi canto aceto" (oct. 1864).

Frente al penoso carácter de los acontecimientos narrados, el poeta trabaja para mantener los rasgos heroicos en el nivel del discurso. En este sentido, es importante el peso del *yo* en el poema. El poeta convierte su experiencia y cercanía estratégica con los acontecimientos en una clave de la heroicidad de su narración. En el mismo canto final, el narrador se ubica físicamente en la batalla, "para ver seguros los subcesos", donde "me salpicó la cara con los sesos" (oct. 1882). Esa cercanía extrema forma parte de la receta del poeta-cocinero para darle a su texto el carácter o tono que los acontecimientos narrados parecen negarle.

Según hemos visto, en las comidas de la poesía épica americana están presentes los modelos de la tradición clásica, el humanismo renacentista, la vida cortesana, la idealización pastoril y las nuevas tradiciones vinculadas a las nuevas comidas regionales y sus espacios. En la medida en que la vida cortesana se hacía más compleja en los virreinos, la épica incorporaba el espacio rural a un imaginario pastoril. Los banquetes pueden así también leerse como un desengaño del festín cortesano y como una exaltación de los valores de la aldea. En el canto XIII del *Arauco domado* de Pedro de Oña (Lima, 1596), dentro de la narración de la "extraña y maravillosa aventura" de Tucapel y Gualle, en clave de romance, el banquete en la choza de los pastores claramente se opone a las fuerzas destructoras de la guerra, introduciendo brevemente un espacio de quietud, integración y vida en el poema, donde "juntándose pastores convecinos" se les ofrece a los héroes indígenas "dulce albergue y acogida" (XIII, 99). La comida y la bebida, "propias de los indios" —anota Oña—, aparece en una octava que no tiene, sin embargo, el carácter de un catálogo que se comparte con complicidad, como en *Armas antárticas*. Pedro de Oña usa el léxico americano explicando y anotando sus palabras y remitiendo a una tabla o glosario final que supone un lector no baquiano ni iniciado en asuntos americanos¹⁶.

*Sacáronles piñones, avellanas,
frutilla seca, madi enharinado,
maíz por las pastoras confitado
al fuego con arena en las callanas;
y en copas de madera no medianas
les dan licor de molle regalado,
muday, pérper y el ulpo, su bebida,
que sirve juntamente de comida.* (XIII, 102)¹⁷

¹⁶ El problema de la lectoría del *Arauco domado* excede largamente mi breve análisis. Debe, por supuesto, recordarse que, a diferencia de Miramontes, el poema de Oña llegó a la imprenta de Lima en 1596 como un texto para celebrar el gobierno del virrey don García Hurtado de Mendoza, quien regresó a España ese mismo año. En ese sentido, el poema supone un lector peninsular; pero no todos los cantos trabajan del mismo modo el saber local ni creo que remitan a un mismo lector homogéneo.

¹⁷ Cito el *Arauco domado* por la edición de Victoria Pehl Smith (tesis doctoral de 1974). La octava lleva tres notas al margen, del mismo Oña: "comidas propias de los indios" (verso 1); "cazuela de barro" (verso 4); "Bebidas, mira la tabla" (verso 7).

El uso que Oña hace aquí del banquete americano no se dirige a la comunidad baquiana, sino a un lector castellano abierto, para quien las comidas de los indios serían un elemento exótico, aceptado y esperable en un texto indiano. Por otro lado, la enunciación poética de Oña no difiere aquí en mucho de los versos de Lope de Vega en su *Dragontea* (Madrid, 1598), poema que el Fénix escribió meses después de su lectura admirativa del *Arauco domado*. Como es sabido, la *Dragontea* es también un poema cuya materia se ocupa de la historia americana reciente. El canto IV narra el final del pirata inglés Francis Drake durante la defensa de Puerto Rico, donde el poeta describe la destrucción de un banquete en un barco inglés impactado por la artillería del puerto, confundiendo así los pedazos de cuerpos humanos, comidas, tazas, platos y mesa. Se trata de una escena que, con abierta violencia, sin duda quiebra el espíritu de la mesa y comunión:

*A cuál que no era convidado toca
un plato de la mesa, taza o pieza.
A cuál entre las manos y la boca
le trincha la comida y la cabeza.
A cuál, bebiendo la salud que invoca,
responde al brindis con mayor presteza,
y, entre el aplauso y voces diferentes,
le rompe el brazo, taza, boca y dientes.* (IV, 43)

Dentro de esta tradición poética, quizá la destrucción del banquete sea la imagen más profunda del acabamiento de una comunidad. En el caso de Lope, el banquete en pedazos narraría de forma oblicua el final de toda posibilidad inglesa de intervenir en las colonias españolas en América: breve ilusión estimulada por la derrota de Francis Drake. Para los poetas baquianos, en cambio, el banquete pone en escena el problema mismo de la convivencia y la formación de comunidades. La poesía épica americana no buscaba sentar en una misma mesa a todos los distintos miembros de la compleja sociedad colonial; sino consolidar un imaginario baquiano –y luego criollo– sobre la diferencia y la riqueza americana. El lector que conocía la tradición épica y poseía la experiencia de la tierra ocupaba el lugar de privilegio en esa mesa simbólica.

BIBLIOGRAFÍA

- Alves, Abel, "Of Peanuts and Bread: Images of the Raw and the Refined in the Sixteenth Century Conquest of New Spain". En *Coded Encounters: Writing, Gender, and Ethnicity in Colonial Latin America*. Edición de Javier Cevallos, Jeffrey A. Cole, Nina M. Scott y Nicomedes Suárez-Araúz. Amherst: University of Massachusetts Press, 1994, 62-72.
- AtiENZA, Alicia María, "Comedores de pan y bebedores de vino: la cuestión alimentaria en la *Odisea*". *Circe de Clásicos y Modernos* 11: 41-56. En internet en: <http://www.scielo.org.ar>, 2007.

- Amaral, Ilídio do, "Acerca de «Paisagem»: apontamentos para um debate". *Finisterra* 36.72: 75-81, 2001.
- Arias de Saavedra, Diego, *Purén indómito*. Edición crítica de Mario Ferreccio Podestá. Concepción: Biblioteca Nacional, Universidad de Concepción y Seminario de Filología Hispánica, 1984.
- Balboa, Silvestre de, *Espejo de paciencia*. Prólogo de Cintio Vitier. Santa Clara, Cuba: Universidad Central de las Villas, Departamento de Estudios Hispánicos, 1960.
- Barco Centenera, Martín, *Argentina y conquista del Río de la Plata*. Lisboa: Pedro Crasbeck, 1602.
- Biblia de Jerusalén, Nueva edición revisada y aumentada. Bilbao: Descleé de Brouwer, 1998.
- Camoens, Luís de [1963], *Obra completa*. Edición de Antônio Salgado Júnior. Rio de Janeiro: Editora Nova Aguilar, 2003.
- Cieza de León, Pedro de, *Crónica del Perú. Primera parte*. 2da. ed. corregida. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1984.
- Durand, José, "El chapetón Ercilla y la honra Araucana". *Filología* 10: 113-134, 1966.
- Elliott, John H. [1963], *Imperial Spain, 1469-1716*. Londres y Nueva York: Penguin Books, 1999.
- Estenssoro Fuchs, Juan Carlos, *Del paganismo a la santidad. La incorporación de los indios del Perú al catolicismo 1532-1750*. Traducción de Gabriela Ramos. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2003.
- Ficino, Marsilio, *The Letters of Marsilio Ficino*. Traducción del *Liber III* por los miembros del Language Department of the School of Economic Science, Londres. Volume II. Londres: Shephard-Walwyn, 1978.
- , *De Amore: comentario a "El Banquete" de Platón*. Traducción y estudio preliminar de Rocío de la Villa Ardura. Madrid: Tecnos, 1986.
- Goergen, Juana, *Literatura fundacional americana: El Espejo de paciencia*. Madrid: Editorial Pliegos, 1993.
- González Echevarría, Roberto [1993], *La prole de la Celestina. Continuidades del barroco en las literaturas española e hispanoamericana*. Madrid: Editorial Colibrí. 161-180, 1999.
- López Baralt, Mercedes, "Sobre frutas y aves: bodegones coloniales en la Nueva corónica de Guamán Poma". *Revista de Estudios Hispánicos* 19: 321-355, 1992.
- Marrero Fente, Raúl, *Épica, imperio y comunidad en el Nuevo Mundo. Espejo de paciencia de Silvestre de Balboa*. Salamanca: Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca, 2002.
- Mintz, Sidney W., *Tasting Food, Tasting Freedom*. Boston: Beacon Press, 1996.
- Miramontes Zuázola, Juan de, *Armas antárticas*. Edición, estudio y notas de Paul Firbas. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2006.
- Moya Pons, Frank, *Después de Colón. Trabajo, sociedad y política en la economía del oro*. Madrid: Alianza Editorial, 1986.
- Nicolopoulos, James, *The poetics of Empire in the Indies. Prophecy and Imitation in La Araucana and Os Lusíadas*. University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 2000.
- Oña, Pedro de [1596], *Arauco domado. A Study and Annotated Edition Based on the Princeps Edition*, por Victoria Pehl Smith. Tesis doctoral en la Universidad de California-Berkeley, 1974.
- Rodríguez Fernández, Mario, "Estudio preliminar". En Arias de Saavedra 1984: 93-124, 1984.

- Soler, Jean, "The Semiotics of Food in the Bible". En: *Food and Culture: A Reader*. Carole Counihan y Penny Van Esterik, editores. New York y Londres: Routledge, 1997. 55-66, 1997.
- Vega Carpio, Lope Félix de, *La Dragontea*. Edición de Antonio Sánchez Jiménez. Madrid: Cátedra, 2007.
- Virgilio Maron, Publio, *La Eneida*. Edición de Virgilio Bejarano, traducción de Gregorio Hernández de Velasco (Toledo, 1555). Barcelona: Planeta, 1989.
- Zuazo, Alonso de, "Al muy ilustre señor Monseñor de Xevres el licenciado Çuaço. De Santo Domingo de la Isla Española á 22 de Enero de 1518". En: *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía*. Editada por Joaquín Pacheco, Francisco Cárdenas y Luis Torres de Mendoza. Tomo I. Madrid: Imprenta de M. Bernaldo de Quirós. 304-332, 1864.

TRES AUTORES RACISTAS EN EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO: ARGUEDAS, PALACIOS Y ENCINA

Luis Corvalán M.

A lo largo de los siglos XIX y XX, los intelectuales latinoamericanos pensaron y diagnosticaron los problemas de sus respectivos países valiéndose de *corpus* de pensamiento que solían recepcionar desde Europa. Entre esos *corpus* no dejaron de tener cierta relevancia los de tipo racista. En este texto nos referiremos a tres autores representativos de esa tendencia, dos chilenos y uno boliviano. Ellos son Nicolás Palacios, Francisco Encina y Alcides Arguedas. Las obras que nos interesan de estos autores son principalmente aquellas que se publicaran a comienzo del siglo XX, en el contexto de los inicios del fracaso de los proyectos modernizadores de las oligarquías. Son los casos de *Raza chilena*, de Nicolás Palacios, publicada en 1904; *Pueblo enfermo*, de Arguedas, cuya primera edición se remonta a 1909, y *Nuestra Inferioridad económica*, de Encina —que es de 1912—, aunque de este último autor también consideraremos su *Portales*, editado por primera vez en 1934.

La recepción de las concepciones racistas en Latinoamérica normalmente sirvió a los efectos de llevar a cabo una crítica a las realidades del continente asociada a planteamientos antiliberales fuertemente autoritarios. Los autores chilenos citados, al igual que el boliviano, más allá de las diferencias que los separan, no escapan a esa regla.

1. EL MARCO EUROPEO: EL GIRO INTELECTUAL FINISECULAR

El pensamiento de los tres intelectuales mencionados debe ser situado en el marco del desarrollo del racismo moderno del cual, de uno u otro modo, son tributarios.

Como es sabido, las bases de dicho racismo fueron puestas por Gobineau a mediados del siglo XIX. Al respecto cabe mencionar la tesis de este autor sobre la jerarquía de las razas, dentro de la cual a la raza blanca le correspondería el lugar más alto en tanto que sería la única capaz de crear altas culturas. A ello sumemos aquella otra tesis que postulaba que a cada raza le sería propio un conjunto de ideas y, en fin, la que explica la decadencia de las altas culturas por el mestizaje.

El giro intelectual producido a fines del siglo XIX, trajo consigo una revalorización de las concepciones racistas, las que frecuentemente se correlacionaron con el darwinismo social, el determinismo geográfico, el organicismo, la psicología social y con la conversión de la biología en el modelo de todas las ciencias. Fue en ese contexto que las razas se convirtieron en un objeto de estudio de pretensiones científicas. No fue extraño que entonces proliferaran en Europa ciertos determinismos desde la raza y el medio geográfico, ideas que pronto pasarán a Latinoamérica siendo objeto de las adaptaciones correspondientes. Servirán aquí a los propósitos de diagnosticar nuestras realidades y proponer

determinadas soluciones, normalmente, como se dijera antes, asociadas a fórmulas autoritarias.

2. LA RECEPCIÓN DE LAS TEMÁTICAS RACISTAS DEL GIRO INTELECTUAL FINISECULAR EN LATINOAMÉRICA

La influencia del giro intelectual finisecular en Latinoamérica fue considerable. Su recepción se produjo en el continente ya a comienzos del siglo pasado. Como parte de ese proceso se produjo la recepción de las temáticas racistas y de la determinación por el medio geográfico. En la región tales ideas tendieron a traducirse en un enfoque pesimista que hacía recaer en el medio y en la raza de sus habitantes todos los problemas de nuestros países.

Expresando esa lógica, Carlos Octavio Bunge, en su libro *Nuestra América*, planteó que "la organización política de un pueblo es producto de su psicología" y que esta "resulta de los factores étnicos y del ambiente físico y económico"¹. Igualmente sostuvo que la idiosincrasia americana sería el resultado de la herencia legada por los elementos que confluyeron en la mezcla racial de sus habitantes. Así, los españoles nos habrían aportado "la arrogancia, (la) indolencia, (la) uniformidad teológica y (el) decoro; los indios, el fatalismo y la ferocidad; y los negros, el servilismo y la maleabilidad..."², al tiempo que el caudillismo latinoamericano se explicaría por la sangre, el medio físico y la indolencia de la raza.

En esta misma línea, muchos autores incluso tematizaron las "patologías" de sus respectivos pueblos, evidenciando terminologías y conceptualizaciones organicistas, biologicistas y, en fin, racistas. Así, el mismo Alcides Arguedas en 1909 publicó su libro *Pueblo enfermo*, en el cual postuló que "los fenómenos sociales (había) que explicarlos biológicamente"³. Con anterioridad, en 1906, Salvador Mendieta editó *La enfermedad de Centroamérica*, mientras que en Perú Francisco García Calderón planteó que el problema de las razas era "de suma gravedad en la historia americana", y que él explicaría "el progreso de algunos pueblos y la decadencia de otros"⁴. Las revoluciones americanas, sostuvo en otra parte, acusarían el desequilibrio de las razas y de los hombres, mientras que el mestizaje produciría "a menudo tipos humanos desproporcionados física y moralmente"⁵. Añadió, en fin, que en Sudamérica la civilización dependería "de la dominación numérica de los conquistadores españoles, del triunfo del hombre blanco sobre el mulato, el negro y el indio". En esa perspectiva consideró que "una fuerte inmigración (blanca) podría restablecer el desequilibrio de las razas americanas"⁶.

¹ Octavio Bunge, *Nuestra América, Ensayo de Psicología social*, Casa Vaccaro, B. Aires, 1918, p. 49.

² Octavio Bunge, *op. cit.*, p. 119.

³ Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*, en Obras Completas, tomo I, Ed. Aguilar, México, B. Aires, 1959, p. 535.

⁴ Francisco García Calderón, *Las democracias latinas de América*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1987, p. 193.

⁵ Francisco García Calderón, *op. cit.*, p. 198.

⁶ Francisco García Calderón, *op. cit.*, p. 199.

Por cierto, la tesis sobre la fuerte correlación que existiría entre la raza, la psicología y el orden político, postulada por los autores referidos, no era, según se ha señalado, un invento latinoamericano sino que constituía una pieza fundamental del "nacionalismo étnico" desarrollado en el viejo continente. Lo que hicieron los autores latinoamericanos mencionados, junto a muchos otros, no fue sino receptionar esa conceptualización, principalmente a través de Lebón y en otros casos de Taine. Claro que, a diferencia de lo que ocurriría en Alemania –salvo excepciones como la de la Palacios–, dichos autores no se valieron de tales ideas con un fin de exaltación nacional, sino que, por el contrario, las utilizaron como un medio, casi masoquista, para explicar nuestro atraso, defectos e identidad, abarcando en una explicación unitaria desde los comportamientos individuales hasta la economía y la política. Modo metamorfoseado de dar cuenta de lo que en la época era el fracaso del proyecto de modernización oligárquico.

3. ANÁLISIS COMPARATIVO DE LOS TRES AUTORES

Precisado lo anterior, y para los efectos de analizar las concepciones racistas de Palacios, Encina y Arguedas seleccionaremos cuatro ejes comparativos. Ellos son: a) el referente a la explicitación de sus premisas conceptuales; b) la valoración que cada uno hace de las razas autóctonas; c) el diagnóstico de las realidades nacionales que llevan a cabo a partir de esas premisas, y d) la correlación que se da entre su racismo y su rechazo al liberalismo y la democracia.

a) *Las bases conceptuales*

Hay que subrayar que en los textos de los autores mencionados escasamente se suele encontrar una explicitación de las premisas conceptuales de su pensamiento. La mayor parte de las veces esas premisas sólo se insinúan, o se hallan implícitas, haciéndose visibles de preferencia en el diagnóstico que llevan a cabo de las realidades de sus respectivos países. No obstante, hay otros momentos, minoritarios, sin dudas, en que se expresan del todo, aunque sumariamente.

De los tres autores que analizamos es Arguedas quien quizás evidencia de manera más clara sus supuestos teóricos. Así, sin ambages, sostiene que "los fenómenos sociales hay que explicarlos biológicamente..."⁷. En otra parte afirma que las causas de la incultura, la pereza y la pobreza que se dan en Hispanoamérica pueden resumirse en dos causas: "el medio geográfico y la raza". "El medio geográfico y la raza –agrega más adelante– son, a primera vista, los factores determinantes que han influido para acentuar ese contraste violento... entre estas dos Américas: la rubia y la morena"⁸, es decir, entre los EE.UU. e Hispanoamérica. De este modo, el determinismo por la raza y el medio es asumido de manera expresa por este autor.

⁷ Alcides Arguedas, *Pueblo Enfermo*, en OO.CC., Ed. Aguilar, México, B. Aires, 1959, p. 535.

⁸ Alcides Arguedas, *op. cit.*, p. 538.

Nicolás Palacios, por su parte, en lo relacionado a este punto es menos explícito. No obstante, en su texto es posible discernir una metafísica naturalista, estrechamente correlacionada con una visión biologicista de la sociedad y la historia, la cual se acompaña de una concepción antropológica que sostiene la desigualdad natural que existiría entre los hombres. El racismo que lo caracteriza está en plena concordancia con todo esto.

En lo referente a la metafísica naturalista, Palacios concibe una naturaleza deificada cuyos designios se manifiestan como leyes implacables. Las sociedades humanas mismas, sobre ese trasfondo, presentan su fisonomía de organismos biológicos –y por tanto, naturales– sujetos a procesos evolutivos que operarían a través de la selección natural darwiniana. Sociedades que, a su vez, se configuran como naciones/razas, con una base psicológica y cultural homogénea. Como partes de la totalidad orgánica natural, ellas se encontrarían sometidas a las anteriormente mencionadas leyes, en contra de las cuales el hombre no se podría rebelar, como no sea a costa de grandes catástrofes.

A partir de estas premisas, Palacios asume la teoría de las razas superiores e inferiores, haciendo suya la tesis de Gobineau sobre la existencia de una jerarquía racial. Igualmente asume la tesis según la cual existiría una correlación entre las razas y una determinada alma, manifestada en valores y modos de pensar comunes. Este supuesto evidencia la filiación de Palacios con el nacionalismo étnico, en particular alemán.

“Mui poco importaría –afirma– que el hombre fuera blanco, negro o amarillo, ni que su cráneo fuera más o menos ovalado o que sus huesos tuvieran algunos centímetros de más o de menos, si no fuese que esos signos esternos de las razas corresponden a almas diversas”. E inmediatamente agrega que, serían “las cualidades morales e intelectuales lo que establece la jerarquía entre las razas humanas”⁹.

Como puede verse, en esta formulación Palacios no sólo fija una correlación entre raza y alma, sino también la existencia de una jerarquía racial. Ello, como se dijo, en plena concordancia con el esquema conceptual de Gobineau. A la par figura en su pensamiento la idea romántica sobre el alma nacional, la que en todo caso será una constante en el pensamiento conservador antiliberal chileno, a imagen y semejanza de su recepcionado símil europeo.

En cuanto a Francisco Encina, cabe decir que, a diferencia de los dos anteriores, en su obra *Nuestra Inferioridad económica* no hace referencia a los conceptos que profesa. Se limita a usarlos. En este sentido, hay que mencionar la influencia del giro intelectual finisecular que se ve en su texto, especialmente en lo relativo a sus componentes racistas, organicistas y del darwinismo social, con el correspondiente rol que le asignara a la voluntad y su énfasis en la idea de nacionalidad, en

⁹ Nicolás Palacios, *Raza chilena*, Imprenta y litografía alemana, Valparaíso, 1904, p. 78.

contraposición a las de humanidad y solidaridad humana. La influencia del giro intelectual finisecular igualmente se manifiesta en la mencionada obra cuando Encina se refiere a la sociedad chilena con el término de "organismo social", a la nación con el concepto de "raza", y a su desarrollo con el de "herencia".

En su libro *Portales*, en cambio, Encina explicita de manera más clara una definición irracionalista que exalta la intuición como forma más alta de acceso a la realidad. A partir de esta postura descalifica al racionalismo, al que identifica con los esquemas muertos de los doctrinarios liberales. "Todo lo grande, todo lo útil y todo lo duradero en la historia lo creó el instinto. Todas las destrucciones y todos los desastres los creó la teoría racional"¹⁰, sostiene al respecto.

Cabe subrayar que la apología del elemento intuitivo ocupa, junto a la condena del racionalismo, un lugar muy relevante en la elaboración enciniana, no sólo por cuanto nuestro autor estima que la intuición constituiría la forma superior de conocimiento, sino porque, además, sería privativa de unos pocos elegidos. Como es evidente, en este aserto se halla la base de un elitismo totalmente contrario a las concepciones democrático-liberales, las que reposan sobre el supuesto de la racionalidad, y postulan que la razón se halla igualmente repartida entre todos los hombres, de donde se deriva la tesis sobre la soberanía popular¹¹. En contraposición a ello, el antirracionalismo de Encina se evidencia como la premisa teórica de la tesis sobre la necesidad del gobierno de una elite encabezada por una personalidad excepcional dotada de considerable intuición e instinto.

b) *Ponderación de las razas*

En relación a nuestro segundo eje comparativo, es decir, el relativo a la valoración de las razas autóctonas y del mestizaje, es necesario constatar que Arguedas y Palacios ocupan posiciones polares. El primero ve en la conformación racial de su país una suma de graves defectos y, el segundo, un dechado de virtudes.

En la visión de Arguedas todos los problemas de Bolivia se deben al indio y al cholo. Siguiendo a Octavio Bunge y a Lebón, a los cuales cita frecuentemente, hace detalladas descripciones de la psicología de uno y otro, todas signadas por un juicio lapidario y sin matices. Así, refiriéndose al indio, dice: "receloso y desconfiado, feroz por atavismo, cruel, parco, miserable, rapiñesco, de nada llega a apasionarse de veras. Todo lo que personalmente no le atañe lo mira con la pasividad sumisa del bruto, en quietismo netamente animal"¹². Estos rasgos psicológicos del indio le parecen a Arguedas venir determinados por la aridez del paisaje del altiplano. Siempre caracterizando la psicología del indio, agrega: "...ante

¹⁰ Francisco Encina, *Portales*, Ed. Nascimento, Santiago, 1964, T. II, p. 173.

¹¹ Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile, seis ensayos*, Ed. Universitaria, Santiago, 199..., p. 62.

¹² Alcides Arguedas, *op. cit.*, p. 418.

la brutalidad del blanco, busca como toda raza débil, su defensa en los vicios femeninos de la mentira, de la hipocresía, la disimulación y el engaño”¹³.

No menos radical es su peyorativa visión del mestizo, es decir, del cholo. Dice de él: “Tornadizo, variable, despreocupado, sólo su interés le apasiona: lo que de inmediato le atañe. Si no tiene nada, será fanático por las violentas ideas de reivindicación de los derechos sociales y llegará al anarquismo intransigente y feroz, así como, si posee algo, será conservador intolerable, irreductible... Además, y esto es lo extraño en su carácter: una vez emancipado de la ignorancia o es ingenuo hasta la candidez o escéptico hasta la ferocidad. O cree en todo o no cree en nada. Y es entonces cuando se hace peligroso”. En cuanto al cholo de las clases inferiores, Arguedas dice que “es holgazán, perezoso y con inclinaciones al vicio de la bebida...”¹⁴.

Hay que insistir en que, en el pensamiento de Arguedas, las psicologías descritas resultan de la raza: son inherentes a ella. No tienen, por tanto, causantes de tipo sociológico.

En relación a esta temática, Nicolás Palacios se encuentra en las antípodas de Arguedas. En efecto, desde el más consecuente racismo argumenta un chauvinismo radical. Todo a partir del supuesto de que existiría una “raza chilena”, cuyas excelsas virtudes se derivarían de sus elementos constitutivos. Estos serían los españoles góticos, únicos hispanos que, a diferencia del resto de Latinoamérica, habrían venido a Chile. Tal cosa debido a la Guerra de Arauco, la que repelía al hispano ibero. El español gótico se habría aquí cruzado con los araucanos, raza igualmente viril, valiente y guerrera. El resultado habría sido la raza chilena, que tendría en el pueblo su exponente más puro y paradigmático.

A partir del supuesto de que a cada raza le es inherente un alma particular, Palacios postula la existencia de un alma de la raza chilena cuyas virtudes encomia. A esa alma le sería inherente la adhesión a los valores del patriotismo, autoridad, orden, disciplina, moralidad, respeto a las jerarquías, espíritu guerrero y militar, autoridad del hombre sobre la mujer, justicia y extremo rigor en las penas para los que faltan a la ley. A juicio de Palacios existiría una plena correspondencia entre la adhesión a esos valores y la pertenencia a la raza chilena: “Todos sentimos i pensamos de idéntica manera en las cuestiones cardinales, sobre las que se apoyan i jiran todas las demás, referentes a la familia o a la patria, a los deberes morales o cívicos: es uno nuestro criterio moral y social”, sostiene¹⁵.

Palacios representa un caso extraño entre los autores racistas latinoamericanos, puesto que no denigra a las razas no blancas y, por otra parte, se manifiesta contrario a la inmigración europea incentivada por la oligarquía, inmigración que, a su juicio, terminaría bastardeando a la raza chilena y corrompiendo los valores que le serían propios.

¹³ Alcides Arguedas, *op. cit.*, p. 429.

¹⁴ Alcides Arguedas, *op. cit.*, p. 437.

¹⁵ Nicolás Palacios, *op. cit.*, p. 5.

Francisco Encina, por su parte, presenta una visión más pesimista. En este sentido se acerca un tanto a Arguedas, aunque sin llegar a sus extremos. En particular en su *Portales* conceptualiza a la nación chilena en términos de razas, visualizándola –a diferencia de Palacios– como un agregado de componentes étnicos diversos. Tales serían el castellano-vasco y el andaluz –que conformarían a la clase alta–, y el aborigen y el mestizo, que constituirían el pueblo. A cada uno de estos componentes Encina le atribuye ciertos rasgos en el plano del pensamiento, la psicología e incluso del comportamiento político. Encina es muy crítico de las psicologías de todos los elementos étnicos que conformarían a la nación chilena. A la elite oligárquica, a la que denomina “aristocracia castellano vasca” en razón de sus ancestros, a pesar de que le reconoce honradez y espíritu práctico, le atribuye falta de imaginación, pragmatismo inmediatista y, sobre todo, su concepto negativo de la libertad que se traduciría en su inclinación por los gobiernos de grupo, débiles por tanto. Esto la haría incapaz de una gran construcción política, por lo cual requeriría ser sugestionada y dirigida por la personalidad excepcional, cuyo paradigma, obviamente, es Portales. Al sector andaluz le atribuye falta de rigor económico e imprevisión, lo que a la larga lo haría devenir en clase media. Pero la visión más negativa la reserva Encina para el pueblo mestizo e indígena. Este, dado su componente aborigen, representaría un “retroceso en el desenvolvimiento mental” de la nación¹⁶, pueblo que, por otra parte, en razón de su atraso civilizacional, confundiría la libertad con la licencia. Desde el punto de vista económico, carecería del hábito del trabajo sistemático.

c) *El diagnóstico*

Premunidos de las ideas descritas, los referidos autores se dan a la tarea de hacer un diagnóstico de sus respectivas realidades nacionales.

En este sentido Alcides Arguedas estructura una visión muy crítica de su país en donde llama la atención cómo logra articular en una explicación unitaria la determinación del medio físico y la raza respecto de la psicología, la economía, la política, la cultura, las relaciones internacionales –en particular las guerras–, e incluso la historia del país.

A su juicio, los males de Bolivia serían el producto del predominio incontrapesado del cholo en todos los aspectos de la vida. Tal cosa, a su vez, tendría cierta conexión con la geografía. Esa conexión consistiría en el hecho de que la mediterraneidad del país le habría impedido a éste captar corrientes inmigratorias blancas. Ello, a la larga, se habría traducido en la absorción de la primitiva población española por la mestiza. Como producto de tal situación, los vicios de los mestizos –ya referidos más arriba– se habrían traducido en los vicios del país.

¹⁶ Francisco Encina, *Portales*, Ed. Nascimento, Santiago, 1964, p. 163.

La determinación de la geografía sobre la psicología y la cultura del indio que propone Arguedas es todavía más radical. "El aspecto físico de la llanura, el género de ocupaciones, la monotonía de éstas –dice– ha moldeado el espíritu de manera extraña. Nótese en el hombre del altiplano –agrega– la dureza de carácter, la aridez de sentimientos, la absoluta ausencia de afecciones estéticas. El ánimo no tiene fuerza para nada, sino para fijarse en la persistencia del dolor. Llégase a una concepción siniestramente pesimista de la vida. No existe sino el dolor y la lucha"¹⁷.

La visión peyorativa de Arguedas sobre el indio y el cholo tiene como premisa implícita, cuando no explícita, la tesis sobre la superioridad de la raza blanca, única capaz de trabajo sistemático, de emprendimiento, afán de superación, capacidad modernizadora, industrial, etc., raza que, en fin, sería poseedora de una ética superior (sentido del deber, etc.) Tanto la población indígena como la mestiza carecerían de estos rasgos. Por lo mismo al predominar abrumadoramente en el país, le transmitirían a éste sus carencias.

Según esta lógica, en lo económico los defectos de las razas predominantes en el país darían lugar a su pobreza. Ello en razón de que tales razas no serían proclives al trabajo sistemático y, por el contrario, tenderían a la holganza y al consumo de alcohol. Tal cosa haría que las labores económicas más modernas, como la industria y la minería, quedaran en manos de extranjeros.

La incapacidad económica de estas razas, en particular en el caso de los cholos, tendría fuertes repercusiones en la política. Ello se manifestaría en la pretensión de aquellos de valerse del empleo público para sobrevivir. "La política entre nosotros –dice Arguedas– es, por lo general, el arte de conseguir un empleo público..."¹⁸. "De ahí –agrega– el afán de ir a las Cámaras, obtener un empleo público y formar parte del gobierno, porque en el gobierno se cobran primas, se reciben coimas, se trafica con la justicia y, fatalmente, se transige con el delito..."¹⁹.

Así, en virtud de una determinación racial, la política sería una mera rebatiña de cargos operada las más de las veces mediante la violencia, todo lo cual, por otro lado, se disimularía mediante una retórica grandilocuente pero vacía. La historia de golpes de Estado y de caudillos (bárbaros y mestizos) que caracterizaría a Bolivia no sería más que el reflejo de esa rebatiña. Los caudillos como los partidos –con sus respectivas clientelas– apuntarían, por tanto, a la explotación del Estado. Tal sería la razón de fondo de que la política fuera una actividad que suscitara tan gran interés, en desmedro de la producción.

Las FF.AA., a su vez, se hallarían maleadas y su tradicional ingreso a la lógica golpista y de elevación de caudillos orientados al saqueo del Estado sería igualmente la consecuencia de su mestización.

Los fenómenos señalados tendrían en el plano de la cultura una manifestación muy concreta. Aparte de la importancia de la retórica grandilocuente, ello

¹⁷ Alcides Arguedas, *op. cit.*, p. 415.

¹⁸ Alcides Arguedas, *op. cit.*, p. 582.

¹⁹ Alcides Arguedas, *op. cit.*, p. 572.

se reflejaría en la ampulosidad, la desmesura y el mal gusto, lo que se reflejaría en el intento de rodear las labores de la autoridad con elementos de valor estético negativo (banderas, colores fuertes, etc.). También se reflejaría en el plano educacional. La educación superior se impartiría en universidades que de tales tendrían sólo el nombre. La carrera más valorada sería la abogadil, que prepararía a la juventud para entrar a la política donde, en cargos parlamentarios, percibirían ingresos del Estado. A contrapelo, no prepararía para la producción.

En política exterior las falencias de la conducción política derivadas del cuadro descrito habrían llevado al país a guerras desastrosas mal conducidas, a la derrota militar y a la pérdida de territorio.

Las características señaladas harían que el pueblo boliviano fuera un "pueblo enfermo", evidenciando su incapacidad, siempre por razones raciales, de dirigir sus actividades en el sentido de su propia conservación.

El diagnóstico de Nicolás Palacios sobre la realidad chilena es también bastante pesimista, aunque en otro sentido. Gira en torno a la idea de decadencia y de la pérdida del sentimiento nacional. Estos fenómenos prefigurarían la disolución. La causa de fondo de los mismos radicaría en el mestizaje que se estaría produciendo entre la aristocracia y el elemento latino proveniente de Europa. Como resultado de ello la clase alta se malearía y perdería su capacidad conductora del país, ablandada por ideas femeninas propias de la raza latina, ideas ajenas a la raza chilena, que sería una raza viril. Tales falencias de la clase alta mestizada la invalidarían como clase dirigente. Como resultado el país se vería privado de una cabeza conductora, quedando a la deriva.

La metamorfosis experimentada por la clase alta como producto de su mestización se traduciría en su empeño por proteger al débil, estimulando así la persistencia dentro de la raza chilena de tales elementos, que Palacios considera perniciosos. De tal modo se produciría el rebajamiento de aquella. A lo dicho se agregaría la falta de energía de la aristocracia para industrializar el país; su tendencia a entregar los recursos nacionales al extranjero; su crisis moral; su desprecio al pueblo —parte sana del país— y al ejército; su descuido por los problemas de la defensa; su empeño por estimular la inmigración europea y en la entrega a los colonos foráneos de tierras e instrumentos de trabajo que no proporciona al pueblo chileno, quien así se convertiría en extranjero en su propia patria, viéndose frecuentemente obligado a emigrar en busca de las oportunidades laborales que ésta no le proporcionaría.

Otra variante de la decadencia y disolución nacional —señala Palacios— sería la labor intelectual de los inmigrados, sean de primera o segunda generación. Posesionándose de la prensa de Santiago y Valparaíso, sobre todo los escritores judíos, difundirían ideas distintas a las inherente al alma de la raza chilena. Su resultado sería el rebajamiento moral del país y la pérdida del sentimiento nacional, todo lo cual prefiguraría la disolución.

Por su parte, Francisco Encina, en particular en su *Portales*, a partir de las bases racistas que ha sentado, elabora su diagnóstico del país, el que se materializa en la dialéctica entre anarquía y salvación, tan propia del conservadurismo

antiliberal. La anarquía, a su juicio, habría sido el resultado de la conjunción de varios factores, en donde los relativos a la raza ocupan un lugar fundamental. En primer término sería el producto de la visión negativa de la libertad que, por su "fondo racial", profesaría el elemento castellano-vasco, visión que consistiría en un rechazo a los regímenes fuertes, lo que vendría unido a una inclinación por los gobiernos de Juntas o Congresos sin grandes atribuciones y, por tanto, débiles, incapaces de verdadera labor gubernativa. El segundo elemento conducente a la anarquía sería el pueblo, el que dado su componente aborigen, como se dijo, representaría un "retroceso en el desenvolvimiento mental" de la nación²⁰, pueblo que en razón de su atraso civilizacional confundiría la libertad con la licencia. El tercer determinante de la anarquía consistiría, a juicio de Encina, en la admiración a-crítica por lo extranjero y en el afán de copiar sus ideas e instituciones (liberales), las que no corresponderían al nivel alcanzado por el país, actitud imitativa que también se derivaría del ya mencionado retroceso mental de la nación producto del mestizaje.

Los elementos relativos a la influencia del medio geográfico en la conformación de la nación chilena, Encina los visualiza en estrecha interacción con la guerra de Arauco. Esta, al igual como lo sostiene Palacios, seleccionaría al conquistador español, haciendo que vinieran al país sus elementos de origen germánico. El clima templado, similar al existente en el medio de origen de dicho tipo de conquistadores haría el resto.

d) *Racismo y antiliberalismo*

Por último, hay que decir que los planteamientos racistas de los tres autores analizados se muestran contrarios al liberalismo y la democracia. Tal cosa con el argumento de que representarían ideas abstractas ajenas a las realidades de América. Arguedas, siguiendo liberalmente a Taine, sostiene que esas ideas, expresando una ley universal, "se reproducen en todas las épocas y en todos los países y tienen su mejor atmósfera y su clima ideal en aquellos países poco a nada cultivados y leídos, con elementos raciales dañados por el cruce y el mestizaje y sin hábitos de trabajo, pobres y corrompidos"²¹. Palacios, por su parte, las vincula a aquellas utopías contrarias a las leyes eternas de la naturaleza. Y Encina al espíritu imitativo predominante en Chile, incentivado por el "retroceso mental" que se verificaría en la nación como producto del mestizaje.

La otra cara de los planteamientos de estos autores es, por cierto, su identificación con regímenes autoritarios, igualmente argumentados desde la raza. Pero este aspecto de la cuestión escapa al presente artículo.

²⁰ Francisco Encina, *Portales*, Ed. Nascimento, Santiago, 1964, p. 163.

²¹ Alcides Arguedas, *op. cit.*, p. 602.

LOS NOMBRES DE REFERENTES CULTURALES ESPECÍFICOS EN EL SUMARIO DE LA NATURAL HISTORIA DE LAS INDIAS DE GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Nelson Cartagena

Parece conveniente precisar en primer término los conceptos de (nombre de) referente cultural específico ((N)RCE) y presentar brevemente el autor y la obra estudiada en relación con ellos.

Traductores y contrastivistas se ven continuamente enfrentados al problema de encontrar equivalentes para expresiones y vocablos de la lengua fuente u original considerada que remiten a realidades desconocidas en el marco cultural de la lengua de recepción o contraste. Este es el ámbito designado en la tradición filológica alemana por los términos "Realia" en su forma latina, o "Realie(n)", con la adaptación morfosintáctica correspondiente, es decir, el ámbito de los objetos y fenómenos naturales y culturales específicos de una comunidad y codificados en el léxico de su lengua. En consecuencia, es necesario distinguir entre "referentes culturales específicos" (RCE) (al. *Realia*, *Realien*) y los nombres que los designan (NRCE) (al. *Realienbezeichnungen*, *Realienlexeme*)¹.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557)², desde los trece años mozo de cámara del príncipe don Juan, en compañía de Diego y Fernando, hijos de Cristóbal Colón, tiene una agitada vida y un notable amor inicial por los libros de caballería; traduce en 1519 el famoso *Claribalte*, después del regreso de su primer viaje al Nuevo Mundo. Por influencia del pensamiento erasmista nace su inmenso interés por los libros de temas históricos, libros de verdad según denominación de la época. En este marco nuestro autor descubre la importancia sustancial del tema de la naturaleza americana, como problema no sólo de información de lo desconocido sino como duda filosófica, en cuanto a la explicación de la novedad y diversidad de ese mundo. Con el afán de ser el primer gran cronista de las Indias se apresura a financiar él mismo la publicación del *Sumario de la natural historia de las Indias* (1526), el que escribe sobre la base de sus recuerdos de viajes, con la presión de ser el primero en contar "las cosas de Indias" con propiedad ("aunque acá se haya escrito y testigos de vista lo hayan dicho, no será apuntadamente en todas estas cosas como aquí se dirá [...] porque con menos atención las miran y consideran que el que, por natural inclinación, como yo, ha deseado saberlas, y por la obra ha puesto los ojos en ellas" (p. 78).

El *Sumario*, según lo dicho, constituye el primer encuentro razonado del europeo con toda la gama de los RCE americanos. No nos ha interesado, por

¹ Para una detallada discusión sobre el concepto de (N)RCE y la problemática de su traducción v. Cartagena (1996) y (1999).

² Para una documentada cronología biográfica y bibliografía de libros y manuscritos del autor véase O'Gorman (1989): 41-67. Una buena orientación general sobre este cronista puede leerse también en la útil antología de Janik (1989): 105-118.

tanto, desde esta perspectiva, la sorpresa del cronista frente a la manera muy diversa en que se dan fenómenos o seres para él conocidos, nombres indígenas de los mismos o el asombro ante fenómenos nunca experimentados, pero también ignorados en el nuevo continente. Así, por ejemplo, ocurre con los conceptos de verano e invierno³, de marea alta y baja⁴, con los nombres cunas de la mujer (*ira*) y del hombre (*chui*), con el curioso aparecer y desaparecer de los piojos en el límite de las Azores⁵. Nos hemos concentrado por tanto en las denominaciones de RCE. A este respecto, cabe destacar que la perspectiva del cronista no sólo es la del traductor, que debe trasladar el referido tipo de vocablos de otras lenguas a la suya o explicarlos en ésta, sino también la del hablante que se ve obligado a encontrar en su propio sistema léxico maneras de designar objetos o conceptos innominados a los que se enfrenta por vez primera, o bien, de explicar cómo ha ocurrido este proceso.

Los RCE descritos por Fernández de Oviedo pertenecen a tres grandes ámbitos: el de la vida y cultura indígenas, el de la fauna y el de la flora americanas. Nos referiremos por separado a cada uno de ellos, distinguiendo en cada dominio los procedimientos de denominación de la realidad americana desconocida. Antes de proceder al análisis separado del léxico de los referidos sectores convendrá, no obstante, sistematizar los contextos en que ocurren las voces americanas empleadas por nuestro cronista, ya que estos son comunes a los tres apartados en que se dan.

Los microcontextos más usuales, inmersos regularmente en amplias descripciones, en que aparecen los NRCE indígenas utilizados en el *Sumario* responden a los siguientes esquemas:

1. "(A) esto llaman/nombran NRCE":

"...hay otra manera de casas, que son hechas a dos aguas, y a éstas llaman en Tierra-Firme bohío" (p. 134)

³ "[...] hay invierno y verano al contrario que en España [...] así es el verano y tiempo más enjuto y sin aguas por Navidad y un mes antes y otro después, y el tiempo que allá cargan las aguas es por San Juan, y aquello se llama allá invierno, no porque entonces haya más frío ni por Navidad más calor (pues en esta parte siempre es el tiempo de una manera), pero porque en aquella sazón de las aguas no se ve el sol así ordinariamente, y parece que aquel tiempo de las aguas encoge la gente y les pone frío sin que le haya" (p. 120).

⁴ El cronista observa que en el Mediterráneo no hay "mareas o grandes menguantes o crecientes, sino en muy poquito espacio", que pasando el estrecho de Gibraltar el mar "crece y mengua en mucha manera y espacio de tierra, de seis en seis horas", mientras que "en la Tierra-Firme a la costa que mira al norte, en más de tres mil leguas no crece ni mengua" y, en cambio "el mismo mar Océano en la costa del mediodía o austral de la Tierra-Firme [y en diversas islas] crece y mengua tanto, que cuando se retrae casi se pierde de vista; lo cual yo he visto muchos millares de veces" (p. 110).

⁵ "[...] muy poco camino más adelante [de las islas de las Azores] todos los piojos que los cristianos llevan o suelen criar en las cabezas y cuerpos, se mueren y alimplan [...] y en las Indias no los crían" (p. 243), "pero es notar una cosa grande, que [...] cuando a estas partes de Europa volvemos, así como llegamos por el mar Océano al dicho paraje donde aquesta plaga cesó, según es dicho, como si nos estuviesen esperando, no los podemos por algunos días agotar, aunque se mude hombre dos o tres o más camisas al día" (p. 244).

"A este animal llaman los indios ochi..." (p. 147)

"...y así lo cantan en sus cantares, que ellos llaman areitos" (p. 131)

"Los cristianos ... llaman danta a un animal que los indios le nombran beorí" (p. 148).

II. "Esto (que) se llama NRCE":

"[Algunas casas son redondas como un pabellón] y esta manera de casa se llama caney" (p. 134)

"Hay otras plantas que se llaman ajos, y otras que se llaman batatas y las unas y las otras se siembran de la propia rama..." (p. 234).

III. "NRCE, que es/quiere decir esto":

"...píntanse con jangua, que es un árbol ...de que hacen una tinta negra, y con bija, que es una cosa colorada, de que hacen pelotas como de almagre" (p. 123)

"...bejucos, que son unas venas o correas redondas que nacen colgadas de grandes árboles..." (p. 134)

"...el demonio... promételes el huracán, que quiere decir tempestad" (p. 130)

I/II + III. "esto(que) llaman/se llama NRCE, que/el cual es esto":

"Otras [hormigas] hay que llaman comején, que la mitad son hormigas y la otra mitad es un gusanico..." (p. 190)

"...dos maneras de animales muy pequeños, que se llaman hutia y cori, que son casi a manera de conejos" (p. 87)

"Las camas en que duermen se llaman hamacas, que son unas mantas de algodón muy bien tejidas..." (p. 138)

"Hay una fruta que se llama mamey, el cual es un árbol grande y de hermosas y frescas hojas" (p. 204)⁶.

IV. "NRCE [...], porque así llaman a esto /se llama [NRCE] esto":

"Claramente dicen que el tuyra los habla, porque así llaman al demonio" (p. 125)

"...y aumentase aquella generación de niguas (porque así se llama, nigua, este animalito)" (p. 108).

V. "NRCE es esto":

"Naboría es un indio que no es esclavo, pero está obligado a servir aunque no quiera" (p. 142)

⁶ La excesiva condensación sintáctica de la oración produce el anacoluto, que encubre la estructura "árbol que se llama mamey, el cual es un árbol grande..."

“La churcha es un animal pequeño...” (p. 164)

“Yu-uana es una manera de sierpe de cuatro pies...” (p. 195)

“El manatí es un pescado de mar de los grandes...” (p. 258)

“Los hobos son árboles muy grandes...” (p. 217).

En el ámbito de la cultura indígena, al que el cronista se refiere en los capítulos relativos a la vida y costumbre de los aborígenes y “a diversas particularidades de cosas”⁷, adopta por regla general NRCE, en su gran mayoría voces antillanas de origen taíno⁸, pertenecientes a diversos campos, a saber, rangos y ocupaciones: *cabra*, *cacique*, *espave*, *guajiro*, *naboría*, *saco*, *tequína*, *tuyra*; objetos diversos y materiales: *barbacoa*, *batea*, *bejuco*, *bohío*, *cabuya*, *caney*, *canoa*, *hamaca*, *henequén*, *hico*, *macana*; adornos, cosméticos y prendas de vestir: *bija*, *chaquira*, *jangua*, *nahuas*; alimentos: *aje*, *batata*, *boniata*, *cazabe*, *chicha*, *maíz*, *yu-uana*, *yuca*; música: *areito*; fenómenos naturales: *huracán*.

Cuando Fernández de Oviedo desconoce el NRCE se refiere a la cosa con un hiperónimo de su lengua obtenido por analogía y con indicación de las particularidades y/o empleo del objeto referido (“...toman una yerba con que luego mueven y lanzan la preñez” (p. 122), añadiendo a menudo según el grado de novedad que le ofrece el RCE una muy detallada descripción que incluye variados comentarios sobre su estructura, consistencia, semejanza con realidades conocidas, uso y utilidad. A este respecto son ejemplares su descripción de la “tal yerba” ponzoñosa empleada por los indios flecheros (pp. 113, 114) y de los elementos mezclados para producir el veneno (p. 223 y ss.), así como su exacta y plástica descripción de una “manera de casas” lacustres y fluviales construidas sobre árboles y grupos de palmas y de la enorme dificultad de atacar a sus habitantes (pp. 135-137).

En el ámbito de la fauna los RCE descritos son animales, insectos, reptiles, aves y peces, para cuya denominación se sirve de nombres indígenas, de los nombres dados por los españoles a dichos seres y/o de nombres que se le ocurren recurriendo a comparaciones con el mundo animal conocido. La detallada descripción acompaña en mayor o menor medida a todos los NRCE, independientemente de su origen.

Los indigenismos utilizados son *beorí*, *ochi* (voces de Tierra-Firme según el autor (pp. 147, 148)), *chuche* (< cuna panameño, según Morínigo (1993)), *churcha* (y también la variante *chucha* < cuna panameño, según Galeote (1997):342), *manatí* (< cumanagoto), *yu-ana*, *comején nigua* y *tiburón* (antillanismos)⁹. Las descripciones de Fernández de Oviedo, sus vacilaciones y sus asombrosas observaciones

⁷ V. capítulos III, p. 91 y ss.; IV, pp. 92-95; V, pp. 95-98; VI, pp. 99-100; X, pp. 115-143 y LXXXI, pp. 242-254.

⁸ V. Henríquez Ureña (1940): 122 y ss. *Cabra* y *saco* son vocablos del cuna panameño según Friederici (1960); probablemente también *espave* (nombre de la mujer del *cabra* o de algún principal). *Tequína* (especie de hechicero y adivino) y *tuyra* (nombre del demonio) provienen también del cuna, según Enguita (1979): 297 y ss.

⁹ V. Henríquez-Ureña (1940): 124, 128.

constituyen verdaderas piezas antológicas de los primeros contactos del europeo con el mundo americano. Así, por ejemplo, reflexiona que el grosor del cuero de ciertos animales pertenecientes al género *tapirus americanus*¹⁰ ha permitido a “los cristianos que en Tierra-Firme andan” llamarlos dantas, “pero no son dantas. E así han dado este nombre de danta al beorí tan impropriadamente como al ochi el de tigre” (p. 148). Y precisando sus particularidades recurre a muy diversas comparaciones con animales familiares: “son del tamaño de una mula”, su pelo “es pardo, muy oscuro y más espeso que el del búfalo, y no tiene cuernos, aunque algunos los llaman vacas” (p. 148). Ingenuamente poco técnica es su observación sobre el chuche (*Dicotyles torquatus*): “[Los indios] llaman al puerco chuche]. Estos puercos [salvajes] son algo menores que los nuestros, y más peludos o cubiertos de lana, y tienen el ombligo en medio del espinazo...” (p. 152). En rigor, la váquira o báquira o el pecarí, según se le llama en Venezuela y Colombia (las tres voces caribeñas del cumanagoto según Galeote (1997): 357)¹¹ no tiene el ombligo en el espinazo, sino una glándula por donde expide un líquido pestilente. Los capítulos destinados al ochi¹², al manatí y al tiburón muestran no obstante aparte de su gran fidelidad descriptiva frente a la naturaleza americana su actitud erasmista respetuosa de la verdad y exactitud científicas. Así se atreve a rebelarse contra la autoridad de Plinio, a quien complementa: “[cazones, tollos]...y el dicho tiburón paren otros sus semejantes, vivos; y esto digo porque el Plinio ninguno de aquestos tres puso en el número de los pescados que dice en su Historia Natural que paren” (p. 258), e incluso, rectifica. En efecto, plantea que “los primeros españoles que vieron estos tigres en Tierra-Firme llamaron así a estos animales [...] pero yo no me determino si son tigres, viendo lo que se escribe de la ligereza del tigre y lo que se ve de la torpeza de aquestos que tigres llamamos en las Indias” (p. 144), y luego de argumentar que la inmensa variedad de la naturaleza condiciona distintas variedades y comportamientos de la misma familia de seres naturales en la vastedad del mundo, concluye explicando: “mi fin es decir que este animal podría ser tigre, y no de la ligereza de los tigres de quien Plinio y otros autores hablan” (p. 145).

Las denominaciones españolas para los RCE, las que en gran parte han sobrevivido hasta la actualidad, ilustran muy adecuadamente las reacciones espontáneas del europeo frente a la fauna exótica. Hasta hoy se conserva el nombre de oso hormiguero (*Myrmecophaga jubata*, *M. tridactyla*), que le fue dado al mamífero edentado tropical por la semejanza de su pelaje con el oso (“[...] es casi a manera de oso en el pelo” (p. 153)) y por sus hábitos alimenticios. Notable extrañeza produjeron los armadillos (*Dasyus sexcinctus* entre otras especies): “[...] son animales mucho de ver y muy extraños a la vista de los cristianos,

¹⁰ Actualmente se ha generalizado el nombre de *tapir* (<guaraní) para esta especie.

¹¹ Según Morínigo (1993) *pecarí* es voz guaraní. Para otros nombres del animal y sus documentaciones véase Galeote (1997), nota 77, p. 357 y ss.

¹² Es el jaguar (<guaraní) o tigre americano.

y muy diferentes de todos los que se han dicho o visto en España ni en otras partes" (p. 156 y ss.), a los que se llamó encubertados por ser "de la facción y hechura ni más ni menos que un caballo encubertado, con sus costaneras y coplón, y en todo y por todo, y por debajo de lo que muestran las costaneras y cubiertas, sale la cola, y los brazos en su lugar, y el cuello y las orejas por su parte" (p. 156 y ss.). Tan exacta debe haber parecido la comparación al cronista que no deja de sospechar que la costumbre de cubrir al caballo de armas haya nacido en un lugar donde se conociera al armadillo y a imitación suya (p. 157). Otro procedimiento para dar nombre al RCE fue la denominación lúdica, como se aprecia en el caso del perezoso (*Bradypus tridactylus* entre otras especies), que fue llamado perico ligero: "Los primeros cristianos que este animal vieron, acordándose que en España suelen llamar al negro Juan Blanco porque se entienda al revés, así como toparon este animal le pusieron el nombre al revés de su ser, pues siendo espaciosísimo, le llamaron ligero" (p. 157 y ss.). Fernández de Oviedo dedicó largo tiempo a observar este lento animalito, llamándole mucho la atención su canto nocturno, que le parece tan basado en la escala musical, que podría haber servido de fundamento a la música ("[...] así oyendo a aqueste animal el primero inventor de la música pudiera mejor fundarse para le dar principio, que por causa del mundo; porque el dicho perico ligero nos enseña por sus seis puntos lo mismo que por *la, sol, fa, mi, re, ut* se puede entender" (p. 159)) y su alimentación que él supone sea simplemente el aire ("yo le he tenido en mi casa, y lo que supe comprender de este animal, es que se debe mantener del aire; y de esta opinión mía hallé muchos en aquella tierra, porque nunca se le vido comer cosa alguna, sino volver continuamente la cabeza o boca hacia la parte que el viento viene, más a menudo que a otra parte alguna, por donde se conoce que el aire le es muy grato" (p. 160)). Entre los insectos totalmente desconocidos señala la enorme diversidad de mosquitos y de hormigas sin denominarlos, salvo el ya mencionado comején (*Termes fatale*), que destaca junto con unas hormigas "negras y tan grandes casi como abejas de acá, y éstas son tan pestíferas, que con ellas y otros materiales ponzoñosos los indios hacen la yerba que tiran con sus flechas" (p. 191)¹³. Entre "las víboras y culebras y sierpes y lagartos y sapos y otras cosas semejantes" (p. 192 y ss.) sólo apunta el nombre español "tiro" que se dio a un tipo de víboras porque "saltan en el aire a picar al hombre" (p. 192 y ss.). Especial mención merecen las cuatro páginas destinadas a unos saurios que denomina lagartos o dragones, y que según él algunos confunden con el cocodrilo, lo que "no es así, porque la cocatriz no tiene expiradero alguno más de la boca, y aquestos lagartos o dragones sí; y la cocatriz tiene dos mandíbulas, así alta como baja, y así menea la superior tan bien como la inferior y aquestos lagartos que digo no tienen más de la mandí-

¹³ Dichas hormigas reciben en México el nombre de chicalotas, según J. Miranda. V. nota a p. 191.

bula baja" (p. 198), descripción que se refiere seguramente al caimán¹⁴. En el sector de las aves, en cambio, hay una serie de nombres europeos para RCE. Se recurre a menudo al nombre utilizado en España para un tipo de ave conocido, pero con algunas características propias (pavos, cuervos, perdices, águilas, etc.), incluso cuando estas hacen diferir notablemente las especies americanas, como es el caso de los arabismos alcatraz y papagayo, para designar el pelicano y una gran variedad de aves prensoras americanas que tenían sus propios nombres en diversas lenguas indígenas (por ejemplo *guacamayo* < arahuaco, *ara* < guaraní, *uritu* < quichua¹⁵). No obstante el recurso más utilizado es el nombre sintagmático o compuesto basado en particularidades morfológicas o funcionales del ave americana, como se observa en variados casos: se ha llamado "gallina olorosa" al *Cathartes aura*, nombre vulgar mexicano *zopilote* (< náhuatl), por su apariencia y olor ("hay unas gallinas bravas, que son tan grandes como pavos [...] comen muchas suciedades y indios y animales muertos; pero huelen como almizcle y muy bien en tanto que están vivas..." (p. 178 y ss.)); "pájaros bobos", a una especie de ánades ("[...] cansados de volar, se sientan en las entenas y árboles o gavias de la nao, y son tan bobos y esperan tanto, que fácilmente los toman a manos, y de esta causa los navegantes los llaman pájaros bobos" (p. 169)); "pájaros nocturnos", a los tapacaminos mexicanos, porque salen en la noche a cazar murciélagos ("[...] salen al tiempo que el sol se pone, cuando salen los murciélagos, y es grande la enemistad de estas aves con los dichos murciélagos, y luego andan volándolos y persiguiendo a los dichos murciélagos, golpeándolos..." (p. 170));¹⁶ "pájaro mosquito", al colibrí (< caribe) por su tamaño y velocidad de vuelo; "patín" (diminutivo de *pato*), al petrel por su pequeño tamaño ("menores que tordos" (p. 169)) y, probablemente, porque tiene "los pies como los patos o ánades" (p. 170)¹⁷; "picudo", al tucán (< guaraní) por su enorme pico que "pesa mucho más que todo el cuerpo" (p. 181), lo que le hace muy diferente "de todas cuantas aves yo he visto" (p. 182); "rabiahorcados", a los pájaros que hoy se conocen con el nombre de fragatas (*Fragata aquila*), porque "tienen la cola luenga y muy delgada" (p. 168). A la denominación "pájaro loco", aplicada según J. Miranda¹⁸ a la actual oropéndola (*Oriulus oriolus*), subyace en cambio una operación lúdica (cp. con el nombre "perico ligero"): "Unos pájaros hay, que los cristianos llaman locos por les dar el nombre al revés de sus efectos

¹⁴ Sobre la incierta etimología, sinónimos y documentaciones del vocablo v. Galeote (1997): 371-374.

¹⁵ Añadiendo el artículo español se origina posteriormente sobre esta base *loritu*, *lorito*, forma a la cual se le supuso erróneamente la base *loro*, nombre actualmente usado, según explicación de Morínigo (1993).

¹⁶ J. Miranda considera que "eso de que persigan a los murciélagos es probablemente una mala observación al verlos volar entre ellos" (nota a p. 170).

¹⁷ La subjetividad de la apreciación de un ser desconocido se aprecia muy bien en este ejemplo. En efecto, el tamaño, su enorme velocidad de vuelo y su presencia en alta mar distingue claramente esta ave de los patos.

¹⁸ V. nota a p. 182.

[...] porque en la verdad ninguna ave de las que en aquellas partes yo he visto muestra ser más sabia y astuta ni de tal distinto natural para criar sus hijos sin peligro" (p. 182).

En el dominio de la botánica los RCE corresponden a árboles, plantas y yerbas, en cuyos nombres, además de las ya mencionadas *boniata*, *cazabe*, *maíz* y *yuca*, encontramos las voces de origen taíno¹⁹ *guanábano*,^a (*Annona muricata* y variedades), *guayabo* (*Psidium pomiferum*, *P. guajava*, etc.), *guayacán* (*Guaiacum officinalis*), *higuero*,^a (*Crescentia cujete*)²⁰, *hobos* (*Spondias lutea*), *jagua* (*Genipa americana*), *mamey* (*Mammea americana*), *mangle* (*Avicennia nitida*, *A. tormentosa*, *Rizophora mangle*); *aje* (*Dioscorea batatas*), *batata* (*Convolvulus batata*, *Ipomoea batatas*), *bihao* (*Heliconia bihai*) y *tuna* (diversas variedades del género *Opuntia*).

Como se ve, es muy común que las plantas y yerbas mencionadas lleven NRCE indígenas. Otras permanecen innombradas por el desconocimiento de la palabra autóctona y/o por su rareza; tal es el caso de un tipo de cactáceas llamadas actualmente *órganos* en México según J. Miranda (nota a p. 237), cuya naturaleza desconcierta al cronista: "Yo no me sabría determinar ni decir si son árboles o plantas [...] es dificultoso de escribir su forma, y para darse a entender sería necesario pintarse, para que por medio de la vista se comprendiese lo que la lengua falta en esta parte" (p. 236 y ss.). Junto a ellas encontramos diversos frutos y plantas americanas que recibieron, en cambio, nombres españoles de diversa motivación. Así, por ejemplo, se llama "peral" y "pera" al aguacate (*Persea gratissima*) y a su fruto (< náhuatl *ahuall*) por la forma y tamaño de este, comparación que se mantiene todavía en el diccionario de M. Morínigo. Por su parecido con las higueras de España, el cronista da también este nombre a los árboles "que llevan unos higos tan grandes como melones pequeños", en cuyo interior tienen pepitas "del mismo sabor, ni más ni menos que el mastuerzo. E por esto los que por aquellas partes andamos sirviendo a vuestra majestad llamamos esta fruta los higos del mastuerzo" (p. 214 y ss.); hoy damos el nombre taíno de *papaya* (*Carica papaya*) a esta fruta. A las frutas del árbol venenoso del que los indios extraían la ponzoña para sus flechas, las llama por su forma y tamaño "peras o manzanillas" (p. 224), de donde deriva seguramente el nombre actual de *manzanillo* que posee dicho árbol (*Hippomane mancinella*). Al *ananá* (*Bromelia ananas*), que viene del guaraní *naná* a través del port. *ananás*, le llamaron *piña* (< lat. *pineae*) por estar "llena de escamas por encima, más altas unas que otras, como las tienen las de los piñones" (p. 235). "Porque la principal virtud de este madero es sanar el mal de las búas" (p. 219) los españoles dieron seguramente el nombre de "palo santo" al guayacán (p. 218). La explicación que ofrece

¹⁹ En paréntesis se indican los nombres científicos documentados en los diccionarios y glosarios citados en la bibliografía.

²⁰ Como explican Galeote (1997): 272 y Morínigo (1993), s.v. *hiburo* se trata de la base taína *higüero*, *higüera*, que con esta forma y la variante *hibuero*,^a se usó en español. La ortografía "higüera" de la edición de J. Miranda no refleja la pronunciación y desde luego la hace referir a la raíz latina *ficaria*.

Fernández de Oviedo sobre el nombre dado al fruto del cocotero (*Cocos nucifera*) tiene deliciosas reminiscencias de etimología platónica: "El nombre de coco se les dijo porque aquel lugar donde está asida en el árbol aquesta fruta, quitado el pezón, deja allí un hoyo, y encima de aquel tiene otros dos hoyos naturalmente, y todos tres vienen a hacerse como un gesto o figura de un monillo que coca [= que hace muecas o gestos], y por eso se dijo coco" (p. 209 sig.)²¹. El propio Fernández de Oviedo también otorgó nombres a la naturaleza del Nuevo Mundo. Dedicó un capítulo a los "árboles grandes" (pp. 225-230), cuyo excepcional tamaño describe con lujo de detalles, especialmente uno con el que se topó en la sierra, el cual "tenía tres raíces o partes de él en triángulo, a manera de trébedes y dejaba entre cada uno de estos tres pies abierto más espacio de veinte pies, y tan alto, que una muy ancha carreta y envarada [...] cupiera muy holgadamente por cualquiera de todas tres lumbres o espacio que quedaba de pie a pie [...]. Yo le puse a aquella montaña, la sierra del Árbol de las Trébedes" (p. 226 sig.). Seguramente se trataba según aclara en nota J. Miranda de una ceiba (*Ceiba pentandra*)²².

Pese a su tendencia a cierta exageración de detalles y credulidad frente a informes y rumores sobre la vida indígena, que no cabe aquí comentar, Gonzalo Fernández de Oviedo ocupa un lugar privilegiado en la historia hispanoamericana, no sólo por ser un ejemplo vivo del Conquistador conquistado por la realidad maravillosa del Nuevo Continente, sino también por su espíritu analítico que, en contra del saber establecido de su tiempo e incluso de la concepción tradicional cristiana²³, emerge del asombro destacando la enorme diversidad del ser humano y de la naturaleza en el mundo terrenal. El estudio de las reacciones del cronista frente a los RCE americanos y de la variada información que ofrece sobre sus denominaciones han podido mostrar con especial claridad dichas virtudes.

BIBLIOGRAFÍA

Cartagena, Nelson (1996): *EDV-gestützte Realiendatenbanken als Hilfsmittel für sprach- und kulturvergleichende Disziplinen*. In: Rall, D./Rall, M. (editores), *Actas del VIII Congreso Latinoamericano de Estudios Germanísticos*. México, 24 al 28 de octubre de 1994.

²¹ Corominas (1980), II, p. 110 y ss. explica que el vocablo es de origen portugués. Si bien se fundamenta en la comparación con una cabeza, ésta es la de un (port.) *coco* o fantasma infantil.

²² Esta voz es también de origen taíno (v. Galeote (1997): 292 y ss.).

²³ Cp. las observaciones de O'Gorman (1989):53 sobre las implicaciones contenidas en las descripciones de Oviedo: "La naturaleza de las Indias pide atención especial. Presenta múltiples diversidades y extrañezas. Es novedosa. ¿Será distinta? ¿No será que las extrañezas esconden y a la vez revelan diferencias esenciales de la naturaleza [...]¿Acaso no puede Dios, si quiere, crear distintas naturalezas, nuevos elementos? He aquí formulaciones de la nueva y grande duda con que el mundo americano va a poner en jaque la concepción tradicional cristiana del mundo".

- "Tan lejos y tan cerca. Contactos lingüísticos, literarios y culturales entre Latinoamérica y la Europa de habla alemana". México: UNAM, pp. 91-101.
- Cartagena, Nelson (1999): *Teoría y práctica de la traducción de nombres de referentes culturales específicos*. In: Bernal, Mario/Contreras, Constantino (editores), *Por los caminos del lenguaje*. Temuco: Sociedad Chilena de Lingüística, Depto. de Lenguas, Literatura y Comunicación, Ediciones Universidad de la Frontera, pp. 7-22.
- Corominas, J./ Pascual, J.A. (1980): *Diccionario crítico-etimológico castellano e hispánico*. Volumen II. Madrid: Gredos.
- Enguita, José María (1979): Indoamericanismos léxicos en el *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. In: Anuario de Letras. México: UNAM, XVII, pp. 285-304.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo (1996): *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. Edición, introducción y notas de José Miranda. México: Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana.
- Friederici, Georg (1960): *Amerikanistisches Wörterbuch und Hilfswörterbuch für den Amerikanisten. Deutsch-Spanisch-Englisch*. Hamburg: Cram, de Gruyter & Co.
- Galeote, Manuel (1997): *Léxico de flora y fauna en tratados sobre las Indias Occidentales de autores andaluces*. Granada: Universidad de Granada, Publicaciones de la cátedra de historia de la lengua española, Series léxica.
- Henríquez Ureña, Pedro (1940): *El español en Santo Domingo*. Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana V, Instituto de Filología, Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Buenos Aires, Imprenta y Casa editora Coni.
- Janik, Dieter / Lustig, Wolf (Hrsg.) (1989): *Die spanische Eroberung Amerikas. Akteure, Autoren, Texte. Eine kommentierte Anthologie von Originalzeugnissen*. Frankfurt a. M.: Vervuert.
- Morínigo, Marcos A. (1993): *Diccionario del Español de América*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.
- O'Gorman, Edmundo (1989): *Cuatro historiadores de Indias*. México, Alianza Editorial Mexicana.

EL PAISAJE DE SANTIAGO SEGÚN RUGENDAS.
ANÁLISIS DE LAS COORDENADAS ESPACIALES DEL CUADRO
"LLEGADA DEL PRESIDENTE PRIETO A LA PAMPILLA"¹

Germán Hidalgo Hermosilla

1. IMÁGENES CON HISTORIA

En su obra *Eyewitnessing. The uses of Images as Historical Evidences*², Peter Burke plantea el problema de la utilización de las imágenes visuales como testimonio histórico. Este planteamiento surge en el momento oportuno, como respuesta a la urgente necesidad de utilizarlas de un modo más serio y productivo. No cabe duda que en el ámbito de la cultura popular, y de los medios de masas, las imágenes son, hoy por hoy, prácticamente un recurso insustituible; y, por lo mismo, como nunca, el aserto *una imagen vale más que mil palabras* se ha transformado en una innegable y viva realidad. Sin embargo, aunque cada vez menos, en otros campos las imágenes visuales aún parecen estar relegadas a un segundo o tercer plano, como es el caso de la investigación histórica.

Con el presente trabajo intentamos responder a este desafío; aunque de manera parcial, pues la aspiración a encontrar una regla general para el uso de las imágenes es tan desproporcionada como ingenua. Las posibles salidas a este problema son diversas, y provienen desde los enfoques que caracterizan a aquellas disciplinas asociadas a la historia y a las imágenes. En nuestro caso en particular, hemos centrado la atención en la lectura que puede hacerse de las coordenadas espaciales y territoriales que las imágenes pueden contener. Este nicho interpretativo se fundamenta y nutre a partir de estrategias y herramientas propias de la arquitectura, como la posibilidad de establecer relaciones cruzadas entre imágenes visuales y representaciones planimétricas, una práctica habitual entre los arquitectos.

El desafío de extraer contenido a las imágenes o, en términos más coloquiales, de *hacer hablar a las imágenes*, lo abordamos desde esta posición particular que es, a nuestro juicio, uno de los aportes que la disciplina de la arquitectura puede ofrecer al mundo de la cultura y de la historia.

No obstante, uno de los prejuicios más importantes que hay que sortear en este cometido se refiere a la aparente poco objetividad de las imágenes, por considerárselas más bien parte del mundo del arte, y por lo mismo producto de impresiones subjetivas, humanas. Sin embargo, esto no siempre ha sido así. Fritz Saxl, en su conferencia *Ciencia y arte en el Renacimiento italiano*³, intenta

¹ Este artículo es el resultado en parte de la investigación *Imágenes de un Santiago múltiple. El Campo de Marte: un espacio público tradicional de Santiago*, VRAID, Creación y Cultura Artística, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007.

² Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Ed. Crítica, Barcelona, 2001.

³ Fritz Saxl, *La vida de las imágenes*, Alianza Forma, Madrid, 1989 (1957), p. 110 y ss.

dejar en claro lo paradójal de este hecho, a partir de la demostración del carácter científico que pudieron adquirir algunas imágenes. Según Salx, a partir del siglo XV, los artistas, con sus prácticas, abrieron camino al desarrollo de la ciencia. Como él mismo lo señala allí, los artistas “estaban comprometidos en temas científicos, pero ellos mismos no eran científicos”⁴. Sin embargo, ya a fines de ese siglo, aquellos logros artísticos habrían alcanzado un carácter científico de la mano de las realizaciones de un hombre: Leonardo da Vinci. En breve, y por señalar uno de los ejemplos que nos presenta Salx, los estudios anatómicos de Leonardo hicieron posible los primeros dibujos en que se describen con exactitud los órganos internos del cuerpo humano; como los vasos del corazón, por ejemplo. La posibilidad de entender la compleja disposición de estos organismos de un solo golpe de vista le otorgaba al dibujo una superioridad indiscutida frente a otros mecanismos de registro, como las palabras. El mismo Leonardo reflexionando sobre esta cuestión escribió junto a uno de sus dibujos de anatomía: “Oh, escritor, ¿con qué palabras describirás el conjunto de la constitución tan perfectamente como este dibujo? Escribes sobre ella confusamente porque pasas por alto los detalles, y te engañas creyendo que puedes satisfacer completamente al oyente con el poco conocimiento que trasmites sobre la verdadera forma de las cosas...”⁵.

Más allá de intentar realizar cualquier tipo de apología de las imágenes visuales, lo que nos interesa aquí es, por un lado, rescatarlas desde la banalidad a la que han sido asociadas en el mundo moderno, particularmente en la actualidad, y señalar, por otro, la carga de contenidos profundos que pueden comportar cuando se las mira detenidamente. Este último punto es el crucial, pues las imágenes visuales solicitan para su comprensión, entendimiento y valoración; de un tiempo, una demora, una atención que, al parecer, el hombre actual no está dispuesto a comprometer.

2. EL LUGAR DE LA PINTURA

La obra del pintor alemán Johann Moritz Rugendas “Llegada del presidente Prieto a la Pampilla” [Fig. 1] nos muestra la celebración de un acontecimiento importante, al que acude el Presidente de la República, y que se desarrolla, como su título lo indica, en la Pampilla, un lugar situado a las afueras de Santiago, al sur de La Cañada.

La Pampilla, un lugar muchas veces nombrado, pero muy pocas definido con precisión, en relación a su efectiva ubicación, extensión y límites; pero que nació, eso sí, en la periferia de la ciudad para acoger las fiestas populares. Armando de Ramón situó la Pampilla a seis cuadras de La Cañada, en un sector que en la actualidad correspondería a la calle 10 de Julio, al final de las calles

⁴ Saxl, *op. cit.*, p. 105.

⁵ *Ibidem*, p. 114.



Figura 1. Johann Moritz Rugendas. "Llegada del presidente Prieto a la Pampilla" 1834, óleo, colección del Museo Nacional de Bellas Artes.

San Diego y de las Matadas, hoy Santa Rosa⁶. Refiriendo el relato del viajero Samuel B. Johnston, Armando de Ramón nos confirma la asistencia masiva de los santiaguinos a este lugar, el cual era utilizado ya desde comienzos del XIX con fines recreativos y de esparcimiento⁷. En otro lugar, el mismo de Ramón define la Pampilla, junto a El Conventillo, como una chacra en la que se alojaban "cuarteríos y ranchos", constituyendo así los arrabales de la zona sur de Santiago⁸. En el plano que allí elabora, circunscribe estos reductos entre la calle del Canal de San Miguel, por el norte, y el Zanjón de la Aguada por el sur; y entre las calles Santa Rosa por el oriente y San Ignacio por el poniente, ocupando El Conventillo una franja a todo lo largo del costado oriente de este gran predio y la Pampilla una franja equivalente en el costado poniente⁹. Sus superficies sumadas, por tanto, cubrirían cerca de 135 hectáreas, quince manzanas en el

⁶ Armando de Ramón, Santiago de Chile (1541-1991), Historia de una sociedad urbana. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2000, p. 102.

⁷ El viajero Samuel B. Johnston visitó Chile en el año 1811.

⁸ Armando de Ramón, Estudio de una periferia urbana. Santiago de Chile, 1850-1900. Revista Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, N° 20, 1985, p. 216.

⁹ Armando de Ramón, Estudio de una periferia urbana, *op. cit.*, plano 2: Predios rústicos en la periferia de Santiago hacia 1872, y plano 3: Barrios del sur hacia 1872.

88

reclusión, configurando en esta área de la ciudad una identidad que perdura hasta nuestros días.

Sin embargo, tampoco tenemos antecedentes concretos que confirmen una celebración en la Pampilla en 1837, fecha con que se data frecuentemente esta obra¹¹. En relación a este aspecto debemos realizar algunos alcances. Primero, que entre 1837 y 1839 Chile enfrentó la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, por lo cual las celebraciones del año 37 debieron tener un carácter muy especial. Segundo, que justamente a partir de 1837, la única celebración que se consideraría con este carácter sería la correspondiente al mes de septiembre, pues aquellas del 12 de febrero y del 5 de abril desde ese año fueron suprimidas¹². Tercero, que contamos con antecedentes que confirman una celebración ocurrida durante la tarde del 18 de septiembre de 1833, cuando hubo una "reunión de tropas en el llano ubicado en las inmediaciones del Conventillo"; es decir, como ya hemos indicado, en el sitio ubicado al oriente de la Pampilla, que en aquella temprana época se confundían conformando una sola localidad. Lo interesante de este antecedente es que nos confirma que el lugar señalado en el título del cuadro de Rugendas, en esa fecha ya era un punto de encuentro con ocasión de las celebraciones patrias¹³. No obstante, es fundamental mencionar el siguiente hecho: Rugendas habría donado esta pintura, recién acabada, a favor de las víctimas del terremoto que afectó a la ciudad de Chillán, el 10 de febrero de 1835¹⁴. De acuerdo a este último antecedente, la pintura "Llegada del presidente Prieto a la Pampilla" podría representar las festividades de 1834, ocasión en la cual se habría verificado, de acuerdo a otros antecedentes con que contamos, "la asistencia de 'su excelencia' a una reunión en el llano [...] En aquella oportunidad, el presidente llegó a caballo, acompañado por sus ministros, algunos jefes y oficiales del ejército y, por supuesto, escoltado por el escuadrón de Húsares. El presidente fue recibido por el Jefe del Estado Mayor y recorrió la línea"¹⁵. Sin embargo, este último dato tampoco es concluyente, pues no se especifica de qué "llano" se trata.

¹¹ La fecha de realización del cuadro, de acuerdo al Museo Nacional de Bellas Artes, donde actualmente se exhibe, es 1837. Ver también <http://www.artistasplasticoschilenos.cl/artistas.nsf/ObrasConsultaWeb/6530194D1CA568DF04256A84005E76BD?>

De acuerdo al Catálogo de la exposición "Chile y Juan Mauricio Rugendas", Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago de Chile, 13 de marzo hasta el 27 de mayo de 2007, la pintura fue realizada entre 1834 y 35.

¹² La celebración del 5 de abril, como fiesta nacional, fue suprimida en 1824 para potenciar las celebraciones del 12 de febrero y del 18 y 19 de septiembre. Ver: P. Peralta, Paulina, ¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837). Santiago de Chile: LOM, 2007, p. 183 y ss.

¹³ La primera celebración se realizó en 1811, año siguiente de la gesta patriótica, cuando hubo dos tardes de "juegos de cabeza", en un sitio denominado *El Conventillo*, ubicado al oriente de la Pampilla. Tenemos antecedentes que desde 1830 hubo en la Pampilla fiestas populares y desfiles militares. P. Peralta, Paulina, *op. cit.*, pp. 191-199.

¹⁴ Catálogo de la Exposición "Chile y Juan Mauricio Rugendas", Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago de Chile, 13 de marzo hasta el 27 de mayo de 2007, p. 27.

¹⁵ P. Peralta, Paulina, *op. cit.*, p. 169.

3. COORDENADAS GEOGRÁFICAS Y ESPACIALES DE LA PINTURA

Con el fin de intentar esclarecer un poco más estos confusos antecedentes, resulta oportuno formularse la siguiente pregunta: ¿Dónde, concretamente, se ubicó Rugendas para representar aquellas fiestas patrias de 1834 o 1837? El ejercicio, al parecer, no es evidente. Como hemos comprobado en múltiples oportunidades, historiadores y otros especialistas han dado por descontado que el lugar representado en este cuadro es la Pampilla, sin el más mínimo asomo de duda¹⁶. Basta situarse al frente del cuadro, y mirarlo con un poco de detención y cuidado, para advertir que el escenario elegido por Rugendas para ambientar esta escena se encuentra muy distante del lugar referido en el título. En efecto, al observar la imagen y recorrerla de izquierda a derecha es posible advertir la presencia del cerro Manquehue, el cual fue representado acentuando su fisonomía. A continuación vemos el cerro San Cristóbal y sus dos cumbres, con el cerro Blanco a sus pies. Hacia la derecha, vemos cómo se desarrolla el entonces tímido *skyline* del Santiago, con sus torres y edificios blancos, al amparo del inconfundible peñón del cerro Santa Lucía, cuyo eje a su vez vemos coincidir con la imponente cumbre del Provincia. Más a la derecha aún, el cerro San Ramón cierra la escena. En la ventana, a escala geográfica, que se generan entre el Manquehue y el San Ramón, aparecen las nieves eternas de los cerros El Altar, La Paloma, y El Plomo [Fig. 3].

Con esta detallada descripción queremos demostrar que el lugar elegido por el pintor alemán para representar Santiago no fue precisamente la Pampilla, sino otro sitio ubicado en el norponiente de Santiago.

Después de recorrer y examinar varios lugares de esta parte de la capital, posibles de coincidir con la visión que nos propone Rugendas de la cordillera, descubrimos que la vista fue tomada desde un punto que en la actualidad se sitúa en la comuna de Lo Prado, muy cercano a la calle San Pablo, entre Las Rejas y Neptuno¹⁷. Sí, en efecto, un sitio próximo al antiguo camino que unía Santiago a Valparaíso, y por donde llegaban los viajeros venidos desde el extranjero [Fig. 4].

Identificado el lugar, que entre paréntesis aún goza de la amplitud visual suficiente como para apreciar el perfil urbano del centro de Santiago, comprobamos el calce casi perfecto entre pintura y vista actual [Fig. 5].

A raíz de la naturaleza de este calce, y en un ámbito netamente técnico, nos surgen las siguientes preguntas. Primero: ¿cómo es posible una coincidencia

¹⁶ En el Catálogo de la exposición "Chile y Juan Mauricio Rugendas" podemos leer: "La Pampilla en Coquimbo es el final popular de las fiestas patrias chilenas del 18 y 19 de septiembre [...] En la Pampilla, un campo al sur de la ciudad porteña que se divisa al fondo ante la nevada Cordillera de los Andes, se ha reunido una gran multitud a pie, a caballo o en carruajes para presenciar la llegada a la plaza embanderada de José Joaquín Prieto Vial, presidente de la República desde 1831". Ver "Chile y Juan Mauricio Rugendas", *op. cit.* Por su parte, Armando de Ramón, refiriéndose a la Pampilla señala: "Este campo que fue immortalizado por pintores de la calidad de Mauricio Rugendas..." Ver Armando de Ramón, Santiago de Chile (1541-1991), *op. cit.*, p. 102.

¹⁷ Para llegar a este descubrimiento fue de vital importancia el arquitecto Cristian Saavedra, quien en su proyecto de título reconoce que esta visión fue captada desde el sector poniente de Santiago.

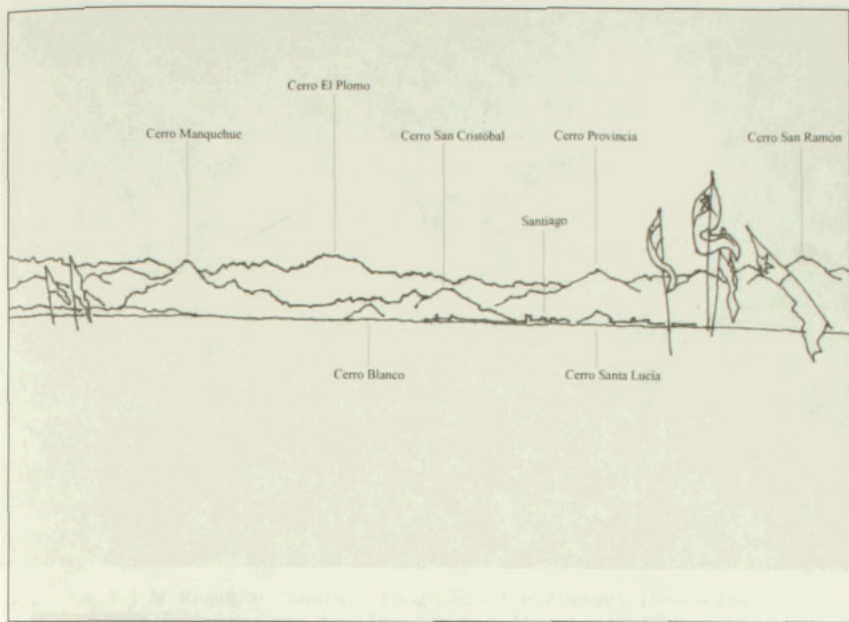


Fig. 3. Geografía de Santiago en el cuadro de Rugendas. Dibujo del autor.



Fig. 4. Santiago visto desde Lo Prado, 2007. Fotografía Cristian Saavedra.

tal en circunstancias que la pintura fue realizada supuestamente a partir de la observación a ojo desnudo? Segundo, y en relación ahora al contenido, ¿por qué Rugendas equivocó el escenario de estas tradicionales fiestas, y no recibió la observación del error por parte de los santiaguinos de la época? Y, en relación a esto último, una tercera: ¿es posible que en esa oportunidad se haya cambiado

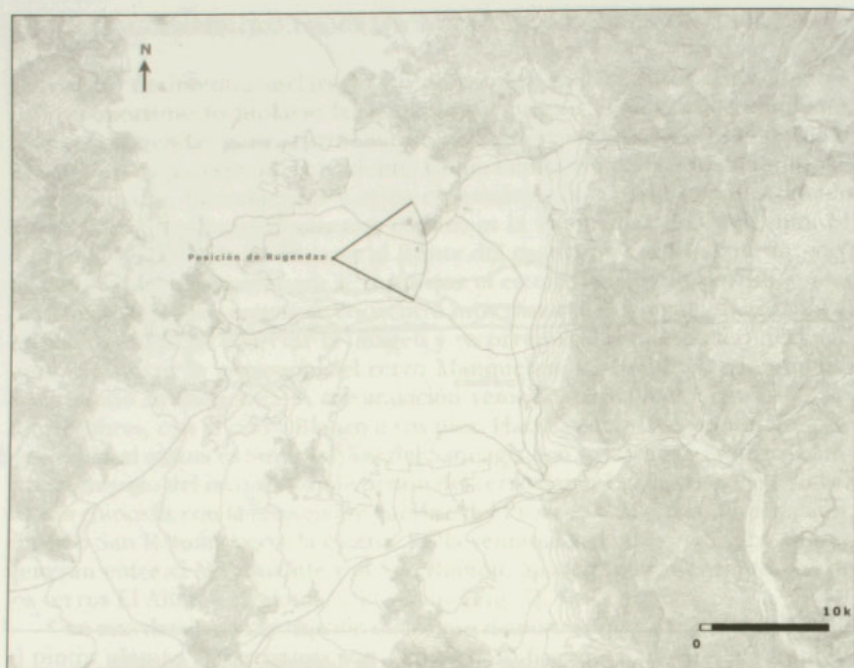


Fig. 5. Ubicación del punto de vista de Rugendas en Lo Prado. Dibujo del autor, sobre plano topográfico de Santiago. IGM, carta 1: 50.000.

el lugar de las celebraciones? Finalmente, una cuarta: ¿y si así fue, por qué en el título de la obra se mantuvo el nombre del lugar en donde habitualmente se realizaban estas fiestas?

Antes de intentar una posible respuesta a estas interrogantes debemos hacer notar una observación muy importante. Ella surge desde la inspección atenta de otras dos obras de Rugendas, que encontramos publicadas en el *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, de Claudio Gay. Tanto en la representación de una vista de “Santiago” [Fig. 6] como en “Una carrera en las lomas de Santiago” [Fig. 7] el fondo paisajístico es el mismo que utilizó en “Llegada del presidente Prieto a la Pampilla”. Estas ambientaciones, semejantes entre sí, casi idénticas, presentan en todo caso distintos grados de proximidad al fondo paisajístico, como si se hubiera utilizado para enfocarlos una suerte de zoom, que permite acercarlo o alejarlo a voluntad¹⁸.

¹⁸ C. Gay, *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*. París: Imprenta de E. Thunot, et C^a, 1854, Ilustraciones: Vista de Santiago, y Una carrera en las lomas de Santiago.

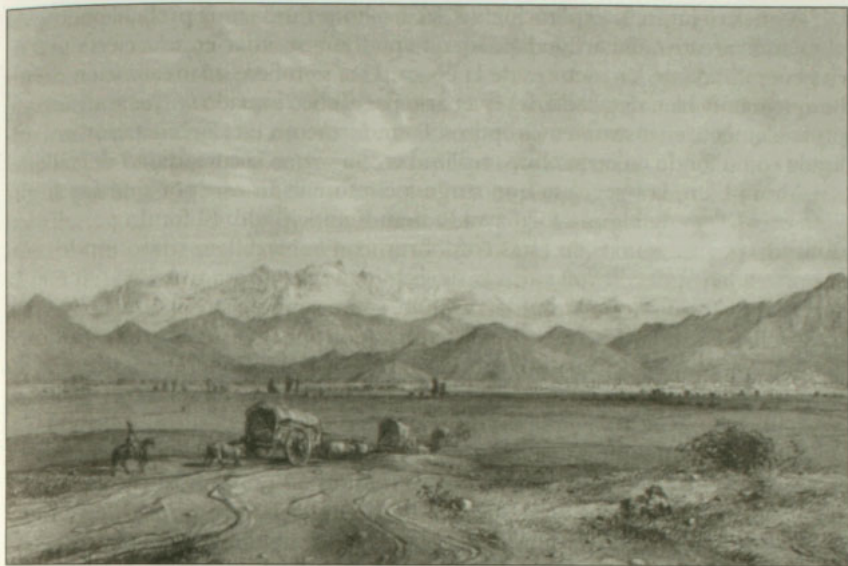


Fig. 6. J. M. Rugendas. "Santiago". Litografía. C. Gay, Atlas de la Historia Física y Política de Chile. París: Imprenta de E. Thunot, et C°, 1854.

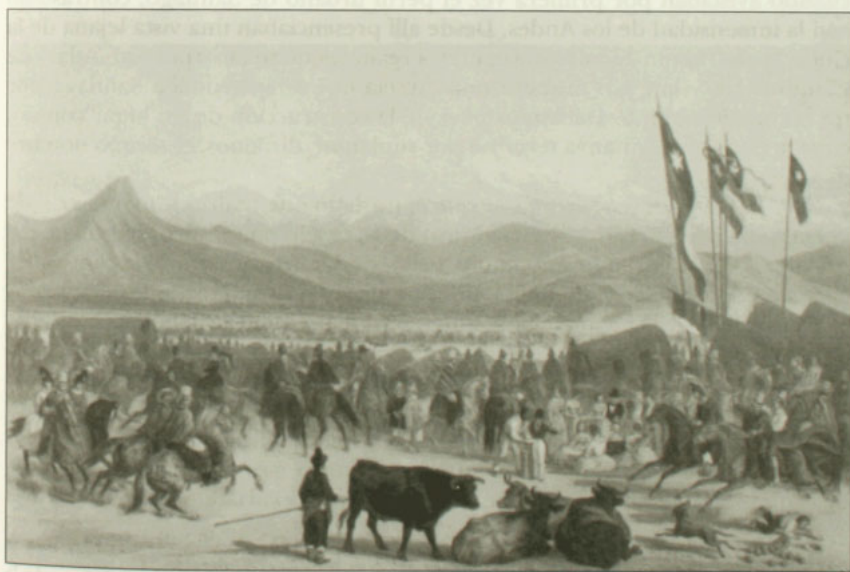


Fig. 7. J. M. Rugendas. "Una carrera en las lomas de Santiago". Litografía. C. Gay, Atlas de la Historia Física y Política de Chile. París: Imprenta de E. Thunot, et C°, 1854.

A nuestro juicio, la explicación de este hecho se funda muy probablemente en el método creativo del artista bávaro, que podríamos situar en una cierta práctica generalizada de los pintores de la época. Ésta se refiere a la realización de un bosquejo muy bien detallado del escenario paisajístico tomado *in situ*, apoyándose probablemente en instrumentos ópticos. Posteriormente, esta ambientación era utilizada como fondo en otras obras, realizadas esta vez en la comodidad del taller.

Ahora bien, la pregunta que surge a continuación es, ¿por qué ese lugar y no otro? Esto de alguna forma ya lo hemos anticipado. El fondo paisajístico utilizado por Rugendas en estas tres obras, con la cordillera como fondo, con el norte a la izquierda y el sur a la derecha, a la sazón era una imagen con la cual se deseaba dotar de identidad a Chile, como república naciente. Sobre este punto, hay abundantes antecedentes aportados por investigadores estudiosos del tema, como la doctora en Historia Alejandra Vega. Concretamente, ella ha señalado cómo esta construcción escénica fue una suerte de sello con el cual se quiso identificar a Chile en tanto dominio territorial, ya desde el siglo XVI¹⁹.

La pintura que comentamos se inscribiría muy posiblemente en esta misma "tradición". Esta hipótesis toma mayor sentido, si pensamos que lo que se representa es la celebración de un acontecimiento patriótico, la "Llegada del presidente Prieto a la Pampilla", que requería una ambientación paisajística de la misma naturaleza y rango. Además, como ya indicamos, correspondía a una visión coincidente con aquella que tenían los viajeros que llegaban a Chile por mar, desembarcando en Valparaíso, y que necesariamente debían enfrentar cuando avistaban por primera vez el perfil urbano de Santiago, contrastado con la inmensidad de los Andes. Desde allí presenciaban una vista lejana de la ciudad como la que el mismo Rugendas realizó, que se incorporó al "Atlas" de Claudio Gay, y que nos muestra una carreta que se aproxima a Santiago por un ondulado camino. Hablamos pues de la construcción de un lugar común, cuya fuerza representativa terminó por suplantar, diríamos, el mismo nombre de Chile.

Por lo tanto, es posible pensar que el traslado que realizó Rugendas desde la Pampilla a Lo Prado, para hacer uso de su fondo paisajístico, fue una decisión consciente. Por lo mismo, junto a ello, podemos pensar que el pintor nos entregó no pocas señas de lo que por entonces se consideraron los elementos constituyentes de la incipiente identidad nacional. Como ya lo hemos indicado, a todas luces, el tema representado corresponde a la celebración de las fiestas patrias, aquellas que al parecer desde siempre han requerido de la presencia del Presidente de la República. En este sentido, un primer mensaje que nos envía Rugendas es que los hechos sociales en Chile, las fiestas y las celebraciones públicas ocurrían acá, donde nos muestra el cuadro, a campo abierto, en medio de la naturaleza, y lejos, muy lejos, del conglomerado urbano. La consecuencia

¹⁹ A. Vega, Descripción geográfica e identidad territorial: representaciones hispanas de la Cordillera de los Andes del Reino de Chile en el siglo XVI. Santiago de Chile: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, tesis doctoral, 2005.

de ello también parece evidente: la ciudad de Santiago se representa allá, a la distancia, muda, vaciada de sus habitantes, los cuales se encuentran acá, en el primer plano, disfrutando de la fiesta. El privilegiar la naturaleza como escenario para la fiesta y la no consideración de la ciudad para este fin hablan de una cultura fundada en un imaginario campesino y rural. Una inclinación que al parecer aún perdura entre nosotros en muchos aspectos.

A partir de la mirada insistente que hemos desplegado sobre esta imagen, que interroga y cuestiona sus contenidos, nos es posible identificar algunos elementos que debemos incluir a la hora de intentar articular cualquier semblanza en torno a algunos posibles orígenes de nuestra identidad nacional. Ellos son: la fiesta, el paisaje y, como veremos a continuación, también la guerra.

4. DE LA PAMPILLA AL CAMPO DE MARTE

En efecto, en la obra de Ernest Charton "El 18 de Septiembre en Santiago", de 1845, tenemos nuevamente una fiel representación de estos componentes. [Fig. 8].

Una obra que, realizada diez años después de la de Rugendas, viene a confirmarnos la presencia de estos mismos elementos más vivos que nunca. Eso sí, esta vez ambientados en el lugar y en el contexto geográfico correcto: el Campo de Marte, adyacente a la antigua Pampilla.



Figura 8. Ernest Charton. "El 18 de Septiembre en Santiago". 1845.
Colección Museo del Carmen de Maipú.

En “El 18 de Septiembre en Santiago” es fácil identificar el lugar de la capital en que se desarrollan los hechos [Fig. 9].

El Cerro San Cristóbal, por ejemplo, que ocupa el centro de la composición, fue representado casi frontalmente con el cerro Santa Lucía a sus pies, y casi en su eje; mientras, advertimos cómo los campos de cultivo se desarrollan hacia el oriente, al amparo de los faldeos cordilleranos. Hacia la izquierda, en cambio, y en el horizonte de la pintura, vemos como puntos blancos las torres de algunas iglesias, las cuales, detrás de la cortina vegetal en que ya se ha convertido la Alameda, nos anuncian el perfil urbano de Santiago. Vale decir, asistimos a la misma ambientación geográfica que podemos apreciar hoy si nos situamos al costado poniente de la elipse del Parque O’Higgins, más concretamente, en lo alto de la tribuna presidencial, y miramos al nororiente de la capital [Fig. 10].

Ahora bien, en relación a los actos que allí se realizan, podemos apreciar cómo en el primer plano de la pintura se despliega la civilidad desbordada en fiestas, la cual, en el mundo representado, es capaz de aunar los distintos grupos sociales de la capital. Junto a ello, en un segundo plano, y a pesar de su reducido tamaño, no podemos soslayar la fuerte presencia del mundo militar que, con sus formaciones y maniobras, comparten con el civil el mismo universo recreado. Y es que ya desde 1843, bajo la iniciativa del presidente Manuel Bulnes, se habían adquirido formalmente los terrenos de este lugar para la instalación del Campo de Marte. La convivencia en este lugar de actividades sociales, políticas y militares, desde la época en que fue representado por Charton, no ha cambiado hasta nuestros días.

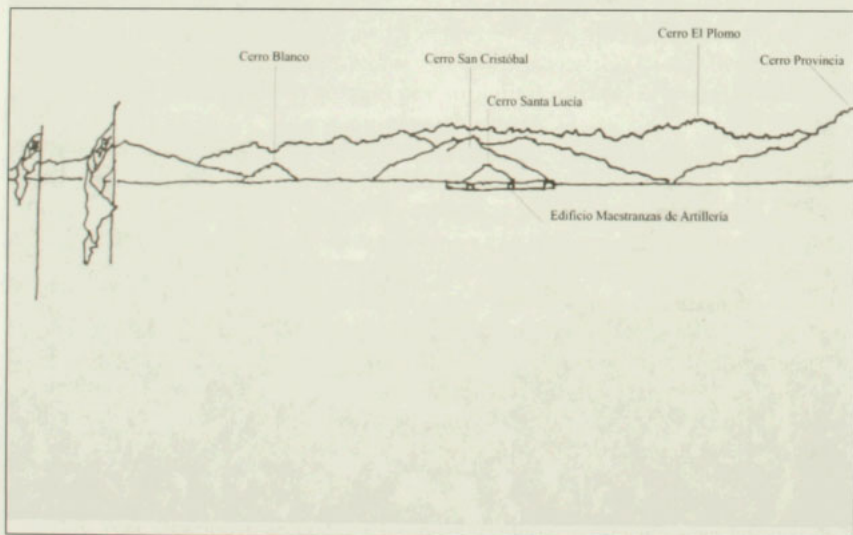


Fig. 9. Geografía de Santiago en el cuadro de Charton. Dibujo del autor.



Figura 10. Santiago visto desde el Parque O'Higgins, 2007. Fotografía Cristian Saavedra.

5. CONCLUSIONES

La imagen que se representa en el cuadro “Llegada del presidente Prieto a la Pampilla” nos viene a confirmar la urgente necesidad que existía en aquella época en conformar una “idea” de nación para Chile; a tal punto que para lograrlo, su autor, Rugendas, se vio forzado a cambiar el escenario de los hechos para dotar a la escena de un entorno más poderoso y convincente. Ciertamente, la frontalidad que se logra en la imagen con respecto a la Cordillera de los Andes, elemento fundamental en la creación del “paisaje” chileno, no era posible de obtener situándose en la “verdadera” Pampilla. Por ello, para representar esta escena, Rugendas, como en otras ocasiones en que utilizó la misma ambientación, se ubicó lejos, a unos seis kilómetros de ella, de modo de poder ver la ciudad a la distancia, con la Cordillera de los Andes como fondo, mientras en el primer plano se llevaba efecto la celebración. Esta decisión, muy bien meditada, es un detalle muy importante a considerar, pues nos permite deducir las condiciones de visibilidad del lugar en que se desarrollaban las celebraciones nacionales en los comienzos de la República. En efecto, La Pampilla como localización no ofrecía la posibilidad de ver frontalmente la cordillera, como era lo deseable, en el sentido de fortalecer el incipiente imaginario nacional con la majestuosidad de los Andes, pues, desde allí, esta cualidad se perdía totalmente por la cercanía de los cerros, produciéndose sobre el lugar un efecto envolvente [Fig. 11].

Para entender estos criterios, se deben considerar varios aspectos. Uno de ellos es la juventud de Chile como república, para cuyo fortalecimiento era indispensable consolidar una clara identidad nacional. En este contexto, tanto las fiestas y las manifestaciones de la cultura popular como la presencia de un ejército activo que demostrara ante los ciudadanos su capacidad de acción eran fundamentales. Otro factor a considerar, por cuanto incidía en la creación de esta identidad, era sin duda el paisaje, pues se constituía en la expresión fiel

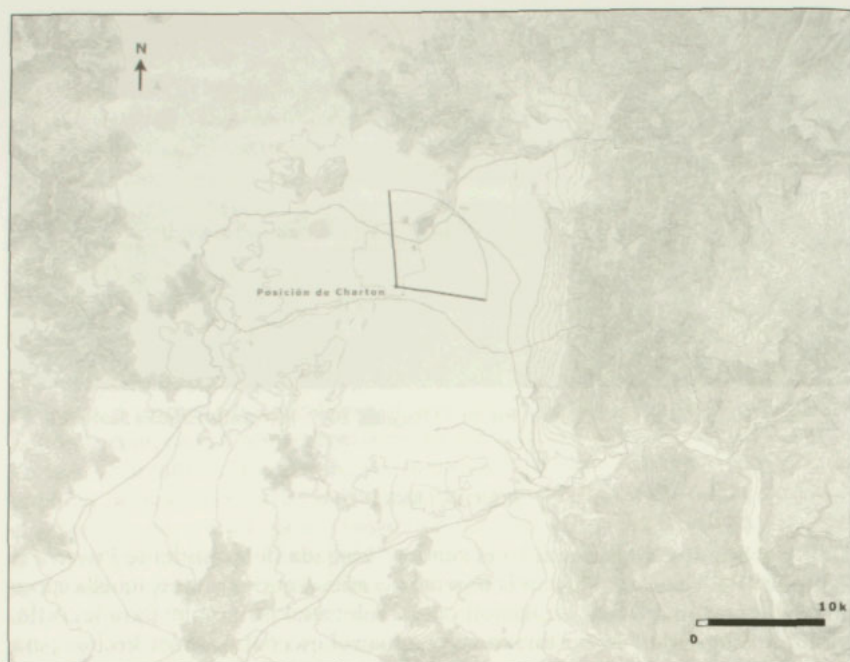


Fig. 11. Ubicación del punto de vista de E. Charton en la Pampilla. Dibujo del autor sobre plano topográfico de Santiago. IGM. Carta 1: 50.000.

del necesario arraigo al territorio. La consideración de estos tres factores es fundamental, toda vez que convergen en la imagen que analizamos como tres ideas fuerza que debían trascender en la conciencia de los "chilenos". Existiría, por tanto, una doble contribución en los fundamentos de la celebración de las fiestas nacionales. Por un lado, un aporte proveniente desde el pueblo, con sus costumbres y tradiciones, las cuales fueron aceptadas por la clase dirigente como parte constituyente de los festejos. Y por otro, un aporte emanado desde la misma clase dirigente, que se materializaba en la activa presencia militar y en la ya señalada asistencia del Presidente de la República a estos eventos²⁰. A lo cual incorporamos la no menos importante formalización de un escenario adecuado a estas celebraciones, con la construcción de una idea de paisaje nacional, en la cual la obra de Rugendas, como hemos podido apreciar, fue fundamental.

²⁰ P. Peralta, Paulina, *op. cit.* [28], pp. 160-167.

LA MODERNIZACIÓN DEL EJÉRCITO CHILENO DURANTE EL GOBIERNO DE JOSÉ MANUEL BALMACEDA: EL FRACASO INICIAL DE EMIL KÖRNER

Bernardo Ibarrola*

En estas páginas se argumentará la existencia de un proyecto –o si se prefiere, de un conjunto de reformas planteadas más o menos en el mismo lapso– para transformar las fuerzas chilenas de tierra a finales del decenio de 1880 que, en contra de lo asumido hasta ahora por la historiografía especializada, no sólo no se inspiraba en el paradigma prusiano, sino que desechaba las primeras disposiciones que, en este sentido, introdujo el asesor proveniente del ejército alemán luego de su llegada a Chile en 1886.

Conviene señalar, desde ahora, que este no es un alegato en torno a la “prusianización” –este neologismo ha ganado ya derecho de ciudadanía– del ejército chileno; para ello está el libro publicado por William Sater y Holger Herwig en 1999 y los trabajos que, con mayor o menor fortuna, refutan las sugerentes tesis planteadas por estos autores¹. Lo que se pretende es ofrecer algunas pruebas y argumentos que demuestran que las primeras reformas de talante “prusianizador” introducidas por Emil Körner durante el gobierno de José Manuel Balmaceda fueron rápidamente desechadas y que, por lo tanto, el inicio del proceso de prusianización de las fuerzas terrestres chilenas se ubica en realidad inmediatamente después de esta administración. Se expone también el hallazgo –desconocido hasta ahora– de las originales reformas concebidas por los generales balmacedistas, que fueron interrumpidas por la Guerra Civil de 1891 y, tras la derrota del bando presidencialista, definitivamente desechadas.

VISIÓN TRADICIONAL DE LOS ORÍGENES DE LA PRUSIANIZACIÓN MILITAR EN CHILE

La abundante historiografía que se ocupa de los primeros tiempos de la prusianización del ejército chileno, que es además la primera experiencia continental en este sentido, ofrece una visión lo suficientemente homogénea y unánime como

* Profesor de tiempo completo de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Véase: William Sater and Holger H. Herwig. *The Grand Illusion: The Prussianization of the Chilean Army*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1999, 246 pp. (Studies in War, Society and the Military, 9); Roberto Arancibia Clavel. *La influencia del Ejército chileno en América Latina, 1900-1950*. Santiago, Centro de Estudios e Investigaciones Militares, 2002, 537 pp.; Enrique Brahm García. *Preparados para la guerra. Pensamiento militar chileno bajo influencia alemana 1885-1930* Santiago Ediciones Universidad Católica de Chile, 2003, 157 pp.; el estudio preliminar en Estanislao del Canto, *Memorias militares*. Edición y estudio preliminar de Alejandro San Francisco. Santiago Centro de Estudios Bicentenario, 2004. LIII-532 pp. (Colección Memorias Militares) y Enrique Brahm García. “La impronta prusiana de la Academia de Guerra del Ejército (1885-1914). En *Documentos e Investigaciones Académicas*. No. 23. Septiembre de 2006. Publicación electrónica de la Academia de Guerra del Ejército de Chile.

para poder resumirla aquí sin caricaturizarla². Ni siquiera el texto de Sater y Herwing –trabajo crítico donde los haya– contradice este guión general, según el cual, tras la victoria sobre peruanos y bolivianos en la Guerra del Pacífico a principios de la década de 1880, tanto los líderes políticos como los mandos militares chilenos estaban convencidos de la necesidad de transformar radicalmente las fuerzas militares de su país, de hacerlas más modernas, de profesionalizarlas y para ello pensaron de forma casi automática en el paradigma militar de la época, es decir, en el Ejército Imperial alemán.

Según esta versión tradicional, el representante de La Moneda en Berlín contrató en 1885 a un oficial alemán con el fin de que dirigiera todo este proceso. Emil Körner, el capitán prusiano que fue asimilado al ejército de Chile con el grado de teniente coronel, se instaló en Santiago a principios del año siguiente y comenzó de inmediato a trabajar. Como su objetivo era formar una oficialidad moderna y profesional se ocupó en primer lugar de las instituciones educativas: reformó el plan de estudios de la Escuela Militar y, sobre todo, fundó en 1887 la Academia de Guerra, la primera institución en América Latina destinada a la formación superior de oficiales. Según Körner, éste era el paso previo indispensable para llegar al Estado Mayor Permanente, que sería el verdadero responsable de la reforma general del ejército y se ocuparía en lo sucesivo de todos los asuntos de guerra del país. De inmediato hubo intensas reacciones. Por un lado, los viejos militares –que habían librado con éxito las campañas de La Araucanía y de la Guerra de Pacífico y que estaban encadenados a sus hábitos y rutinas de pensamiento– se opusieron airadamente; por el otro, los miembros más jóvenes, progresistas y cultos de la oficialidad chilena acogieron con entusiasmo las reformas y convirtieron al asesor alemán en su tutor y líder natural.

Si las acciones de Körner no pudieron seguir el ritmo acelerado con el que habían comenzado fue, según esta versión tradicional, debido a la crisis política que se agudizó sin cesar a lo largo del gobierno de José Manuel Balmaceda y que acabó conduciendo a la peculiar guerra civil de 1891, que enfrentó al Presidente y sus servidores más fieles con la mayor parte de la clase política, organizada en su contra desde el Congreso. Mientras que la oficialidad naval, más culta, cercana a la oligarquía y sensible a los valores “parlamentarios”, dada su supuesta raigambre “británica”, apoyó de inmediato a los legisladores rebeldes, el ejército, dominado por los viejos y anquilosados oficiales permaneció del lado del “dictador” Balmaceda. Sin embargo, los militares más progresistas del

² Véase por orden cronológico: El artículo sobre Emil Körner en Pedro Pablo Figueroa. *Diccionario biográfico de extranjeros en Chile*, Santiago, Imprenta Moderna, 1900. 258 pp. Jorge Huneus Gana *Cuadro histórico de la evolución intelectual de Chile*. Santiago, Imprenta Barcelona, 1910, 880 pp. (Biblioteca de escritores de Chile, 1). Francisco Javier Díaz Valderrama. *La guerra civil de 1891 Relación histórica militar*. 2 v. Santiago, Imprenta Sud-Americana, 1942-1944 Julio Heise González. *Historia de Chile: el periodo parlamentario. 1861-1925*. 2 v. Santiago Editorial Universitaria, 1982 y Chile, Ejército, Comando en Jefe. *Historia del Ejército de Chile*, XII t. Santiago, Estado Mayor General del Ejército, 1980-1987.

ejército chileno, es decir, Körner y sus discípulos prefirieron unirse a la rebelión, se desplazaron clandestinamente al Norte Grande (que había sido conquistado para el bando del Congreso por unas cuantas guarniciones rebeldes y la armada insurrecta) y fundaron ahí un nuevo ejército —el Ejército Constitucionalista— que, gracias a su moderna concepción, la habilidad de sus oficiales y la eficazísima instrucción de los reclutas, pudo embarcarse rumbo al Valle Central, derrotar a las fuerzas del dictador en dos batallas libradas a finales de agosto de 1891 y permitir la vuelta del orden constitucional.

Una vez que Balmaceda y sus viejos oficiales estuvieron fuera de combate —el Presidente, que tras la derrota se había refugiado en la Embajada Argentina, se disparó un tiro un día después de que concluyera el plazo constitucional de su mandato; dos de sus generales murieron en el campo de batalla y los demás tuvieron que exiliarse y, en todo caso, concluyeron, tras la derrota, sus carreras militares—, los triunfadores, dirigidos por Körner, tuvieron el campo libre y continuaron, ahora con una aquiescencia gubernamental plena, las reformas modernizadoras de las fuerzas terrestres chilenas y en unos pocos lustros —la dirección militar de Körner duraría casi dos décadas— convirtieron al Ejército chileno en una copia en miniatura del Ejército Imperial alemán. Chile, cuyo perfil geográfico “asemeja una espada”, según escribiría un apologeta militar de la década de 1960³, se había convertido en la Prusia de América del Sur.

LA VERSIÓN DE KÖRNER Y OTROS EQUÍVOCOS

Si bien expuesta de manera esquemática, ésta es la versión tradicional y generalmente aceptada sobre los primeros momentos del proceso de prusianización del ejército de Chile. Y se debe, según sostengo, al hecho de que, hasta ahora, los no pocos libros y artículos que tratan sobre los asuntos militares chilenos durante esta época han sido escritos con el fin de confirmar, *a posteriori*, la vocación militar de aquel país y la naturalidad con la que desde el principio se adoptó el paradigma militar prusiano en Chile. De entre los varios estudios que abordan la adopción del modelo prusiano durante la época de Balmaceda, ninguno se ocupa de analizar extensamente todos los asuntos militares del periodo. De una cabal historia militar de Chile durante estos años se desprende, como se verá a continuación, un panorama completamente distinto respecto de la modernización militar en general y de las reacciones suscitadas tras la introducción de las primeras reformas realizadas por Körner en particular.

Conviene, antes de continuar, señalar que por razones de espacio, en este texto no serán abordados con el detenimiento necesario dos asuntos indispensables para la comprensión plena del fenómeno militar durante esta época. Primero, la particular historia de la marina de guerra chilena durante estos años y, segundo:

³ Héctor Aravena. “La Escuela Militar a través de sus 150 años”. En *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*. Santiago, Primer semestre de 1967, N° 76, pp. 141-155. p. 141.

la compleja relación establecida entre los políticos (partidarios y adversarios del presidente) y la oficialidad, tanto de las fuerzas terrestres como de las navales⁴. Deben hacerse, sin embargo, algunas breves anotaciones al respecto.

Sobre la marina de guerra hay que decir que constituyó en realidad el elemento bélico más importante de la época de Balmaceda y que convirtió a Chile, aunque haya sido durante unos pocos años, en la primera potencia americana en el Océano Pacífico. En lugar del legendario carácter británico de su equipamiento y la formación de su oficialidad, por otro lado, la armada chilena estableció durante estos años una estrechísima colaboración con las escuelas navales, el gobierno y los astilleros franceses.

Por último, en lo que concierne a los oficiales, la política y la guerra, debe decirse, aunque sea sólo superficialmente, que la división de la oficialidad en dos sectores, uno progresista partidario del modelo alemán y otro reaccionario o tradicionalista contrario a éste, es exclusivamente producto de la imaginación de algunos sociólogos militares y analistas de "fuerzas armadas y sociedad" en cuyas teorías y marcos metodológicos la temprana aparición de una ideología militarista –acuñada, además, en la Alemania que acabaría por provocar dos conflictos mundiales– daba sentido a muchas explicaciones de lo ocurrido posteriormente en América Latina⁵. A pesar de que el espíritu de cuerpo de los oficiales chilenos –la sensación de pertenencia a una corporación con unas características y una misión particulares que los diferencia del resto de la sociedad– ya estaba conformado en el decenio de 1880, ninguna evidencia apoya la aseveración de que el pensamiento de raigambre prusiana desempeñara un papel significativo en este espíritu ni, mucho menos, que dividiera a la oficialidad en dos grupos. Lo mismo ocurre con el supuesto talante parlamentario y aristocratizante de la oficialidad naval: en enero de 1891 las fuerzas navales chilenas pudieron rebelarse debido a que las disposiciones para evitarlo sencillamente fallaron, mientras que funcionaron casi a la perfección en el caso de las fuerzas terrestres.

EL "PORVENIR MILITAR DEL PAÍS" Y LA APARICIÓN DEL ASESOR PRUSIANO

Es cierto que la victoria final en la Guerra del Pacífico no bastó para olvidar las graves dificultades de orden logístico y operativo que tuvieron que enfrentar las autoridades civiles y militares de Chile. Durante las campañas libradas contra peruanos y bolivianos, las fuerzas chilenas sufrieron graves descalabros, sobre todo durante los primeros años, y varias veces los mandos militares tuvieron que

⁴ Para una discusión amplia sobre estos temas, véase Ibarrola, *op. cit.* y respecto del segundo asunto, Alejandro San Francisco. *La Guerra civil de 1891. La irrupción política de los militares en Chile*. Tomo I. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2007. 357 pp.

⁵ Algunos trabajos de Frederik Nunn constituyen buena muestra de este razonamiento, por ejemplo: Frederick Nunn. *The Military in Chilean History. Essays on Civil-Military Relations, 1810-1973*. Albuquerque, University of New México Press, 1976. XIV-343 pp.

ser removidos debido a su ineficacia o a sus barruntos de insubordinación; no obstante, el país sostuvo con éxito el esfuerzo bélico y las tropas chilenas fueron capaces, incluso, de ocupar militarmente una parte significativa del territorio peruano. Chile había salido fortalecido de la guerra y su territorio—cuya frontera con Argentina se había fijado de forma definitiva con un tratado celebrado en plena guerra— se había enriquecido con varios miles de kilómetros cuadrados de yacimientos de salitre. Las nuevas regiones conquistadas del Norte Grande de hecho se convertirían en el motor económico del país y condicionarían la suerte del gobierno de José Manuel Balmaceda.

Para los políticos y mandos militares victoriosos de mediados del decenio de 1880, entonces, las reformas militares eran necesarias, sí, pero no urgentes y, sobre todo, no tenían por qué ser radicales. En las páginas de la *Revista Militar de Chile*, fundada en 1885 como órgano de comunicación y discusión de la oficialidad—por citar el espacio natural donde este debate, de haber existido, se hubiera realizado— no se registra nada parecido a una discusión intensa a favor o en contra de algún modelo militar. Aparte de las traducciones de artículos aparecidos en revistas especializada francesas—que durante mucho tiempo constituyeron más o menos la quinta parte de los materiales publicados— su redactor en jefe solía plantear en breves editoriales los grandes temas (legislación militar, fundación del estado mayor permanente, leyes de recompensas y ascensos, etcétera) que otros oficiales desarrollaban luego en varias entregas. A lo largo de los primeros meses de existencia de la *Revista Militar de Chile* aparecieron unos “Apuntes sobre la reorganización del Ejército de Chile”, escritos por el sargento mayor Aníbal Frías; una “Memoria sobre la organización del Estado Mayor Permanente del Ejército de Chile” del teniente Víctor Goicolea; un estudio detallado sobre “Los ejércitos europeos, su organización y disciplina” del capitán Diego Miller; varias series de artículos sobre la instrucción y organización militar de los ejércitos español y alemán del capitán Jorge Boonen e, incluso, un “Proyecto de Ley de Ascensos” firmado por los Generales José Francisco Gana y Aurelio Arriagada y por el Coronel Manuel Bulnes⁶.

En el mismo tenor, poco después de concluida la guerra, el Ministro de Guerra, Carlos Antúnez, presentaba un prudente, pero optimista balance del ramo a su cargo: “Tenemos al presente un ejército aguerrido y lleno de confianza en su fuerza; un cuerpo de oficiales numeroso y que ha ganado sus grados en los campos de batalla; y por fin un espíritu militar difundido en todo el pueblo, que es menester mantener vivo y entusiasta”; según él, tras la guerra, Chile estaba en condiciones de “fijar desde ahora lo que podríamos llamar el porvenir militar del país”, y sugería un proyecto a mediano plazo de carácter moderado y gradual:

⁶ Véanse los primeros 40 números de la *Revista Militar de Chile*. Santiago, Círculo Militar, 1885-1897. Más datos sobre esta revista y otras publicaciones militares en el estudio introductorio de Cristián Garay Vera y Bernardo Ibarrola. “Índice del Memorial del Estado Mayor del Ejército de Chile. 1906-1917: el periodo de consolidación”, mecanoscrito, 2000, 130 pp.

...en cuanto al personal, procurar por todos los medios la ilustración del cuerpo de oficiales, haciendo que ella sea la que durante la paz le sirva de único peldaño para subir en su carrera; y el mantenimiento de buenos aunque reducidos cuadros, perfectamente disciplinados e instruidos. [...] Esta situación nos permitirá emprender tranquilamente la reforma de aquellas de nuestras instituciones que por antigüedad o por defectos de origen, no están en armonía con los progresos que en otro sentido hemos alcanzado en este ramo del servicio público...⁷.

Fue en este ambiente en que, de la misma forma que se reclutaron instructores franceses para los nuevos Institutos de Artes y Oficios, las Escuelas Superiores de Agricultura, las Escuelas Normales y el Instituto Pedagógico, además de las varias docenas de ingenieros galos y belgas para la flamante Dirección General de Obras Públicas, se contrataron los servicios de un constructor naval y dos maestros mecánicos franceses para la Marina de Guerra y de dos –no solamente uno– profesores militares para las instituciones educativas del Ejército. El primero de ellos, capitán Hugo Januskowski, antiguo profesor del Instituto Central Gimnástico Militar de Berlín, llegó a finales de 1884; pero su presencia se vio opacada a tal grado por la llegada de Emil Körner, dos años más tarde, que las poquísimas fuentes secundarias que dan alguna noticia de él, ubican su llegada a Chile en 1886⁸.

Es cierto, por otro lado, que Körner desempeñó una actividad mucho más intensa que Januskowski y que, dotado de una sensibilidad política innegable, consiguió aprovechar y canalizar en beneficio suyo los más o menos difusos afanes de reforma militar que había entonces en los corrillos políticos de Santiago. Más que modificaciones profundas y novedosas, lo que Körner supo transmitir a los políticos de La Moneda fue un nuevo discurso de modernización y profesionalización militar a la prusiana que él manejaba perfectamente: como en Alemania, los asuntos de guerra del país deberían ser dirigidos por un Estado Mayor Permanente –verdadero cerebro colectivo militar– que sería el encargado de llevar a cabo todas las reformas necesarias; pero antes, para que éste pudiera existir, era indispensable crear una oficialidad moderna y profesional gracias a una reforma radical de las instituciones de educación castrense y, sobre todo, de la fundación de una Academia de Guerra, de donde egresarían los flamantes oficiales de Estado Mayor.

En resumen, Körner simplemente propuso otra reorganización de la Escuela Militar –su plan de estudios se había reformado por lo menos dos veces entre

⁷ Memoria del Ministerio de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1884. Santiago, Imprenta de El Progreso, 1884. XXXVI-265 pp.; pp. XXXV-XXXVI.

⁸ Dos ejemplos de libros de historia que datan la contratación del profesor de esgrima después de la llegada de Körner: Chile..., op. cit. T. Vil. P. 228 y Patricio Quiroga y Carlos Maldonado. El prusianismo en las fuerzas armadas chilenas. Santiago, Ediciones Documentas, 1988. 243 pp., p. 41. Véase también Memoria... 1884..., op. cit., p. XXXIII.

el estallido de la Guerra del Pacífico y su llegada— pero respaldada esta vez por un discurso bien articulado que contaba, además, con el prestigio ganado por el ejército alemán tras sus recientes victorias sobre austriacos y franceses. Junto con unos cuantos admiradores chilenos del Ejército Imperial Alemán⁹, modificó el plan de estudios de la Escuela Militar, redujo su matrícula y su presupuesto y, con el dinero ahorrado así, fundó la Academia de Guerra¹⁰, cuyo control académico y administrativo tomó desde un principio. En realidad, hasta ahí llegaron sus reformas.

Pero estos cambios, contrariamente a lo sostenido por el propio asesor alemán algún tiempo después¹¹ y repetido frecuentemente desde entonces, no produjeron los resultados esperados, ni mucho menos. En 1888 sólo cuatro alumnos habían aprobado los exámenes del primer año del curso de ingenieros (el plan contemplada, después de una formación general de cuatro años, un año más para los oficiales de artillería y otros dos para los del arma de ingenieros) y, por lo tanto, el objetivo de que todos los nuevos oficiales del ejército fueran egresados de la Escuela Militar, estaba muy lejos de cumplirse. Por otro lado, los oficiales de la primera generación de la Academia de Guerra, puesto que no habían rendido "...prueba alguna que acreditase [la] base de conocimiento que exigió el decreto orgánico..." carecían en realidad de la preparación necesaria y no habían "...podido cosechar los frutos que el plan de estudios ofrece por lo vasto y por lo complejo", a tal grado que sus profesores se habían visto

⁹ De entre los cuales el mejor preparado y el único capaz de hablar y leer alemán desde un principio, era Jorge Boonen Rivera. Respecto de los idiomas, llama la atención la total ausencia en la Escuela Militar de libros escritos en alemán hasta 1890. En efecto, de los casi trescientos títulos de tema castrense enumerados en el inventario de la biblioteca de la Escuela Militar en ese año, 37 están escritos en inglés; 64, en español y el resto en francés y sólo cuatro —todos escritos en lengua francesa— se ocupan del ejército alemán (Véase *Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1889*. Santiago, Imprenta Nacional, 1889. 490 pp., pp. 312-325). A mediados de ese mismo año, el general Arteaga solicitaba al Ministerio de Guerra, dentro de un paquete de "libros de más ingente e indispensable necesidad para los alumnos" de la recién reabierta Academia de Guerra, una gramática de la lengua alemana. Véase oficio de Luís Arteaga, director de la Academia de Guerra, al Ministro de Guerra. Santiago, 12 de junio de 1890. Archivo Nacional de Chile. Fondo Ministerio de Guerra (En adelante *ANCH Guerra*). N° 1798. Fojas sin numerar).

¹⁰ En 1887 se aprobó un nuevo programa de estudio para la Escuela Militar que contemplaba la reducción del número de alumnos para el primer curso (de 115 a 80) y reorganizaba los estudios en un plan general de cuatro años y tres cursos especiales. El ahorro anual ascendería a poco más de nueve mil pesos. No había, en consecuencia, razón alguna para que los legisladores negaran los ocho mil que se estaban pidiendo para abrir la Academia de Guerra. Véase *Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1887*. Santiago, Imprenta Nacional, 1887. xxxviii-337 pp., p. xxiv.

¹¹ "...Los éxitos logrados en la Escuela Militar influyeron en el gobierno para fundar en 1887 la Academia de Guerra como departamento especial de la Escuela Militar, exactamente según el ejemplo de la Kriegsakademie en Berlín. Esta consiguió aún mejores resultados que la Escuela Militar...". Emilio Körner. "El desarrollo histórico del Ejército Chileno" [1910]. En Quiroga y Maldonado, *op. cit.*, pp. 181-224, p. 194.

“... en la necesidad de refrescar la memoria de los alumnos en las operaciones de aritmética...”¹².

LOS CAMBIOS ECONÓMICOS Y POLÍTICOS LLEGAN AL EJÉRCITO

Pero, a pesar de que después de la puesta en marcha del nuevo plan de estudios las cosas siguieron sin funcionar correctamente en la Escuela Militar, los hombres del Gobierno parecían conformarse con la imagen de modernidad y sofisticación que les ofrecía el asesor alemán. Después de todo, Chile, una pequeña República de la América del Sur, contaba desde 1887 con una Academia de Guerra directamente inspirada de la berlinesa. Acaso las cosas habrían podido continuar así durante un largo periodo de no haber sido porque las transformaciones económicas y políticas del país pusieron a las fuerzas de tierra en una nueva e inesperada crisis y una verdadera reforma que no fuera cosmética y superficial, parecía impostergable.

Drásticamente, el número de efectivos de las unidades del Ejército y de los cuerpos de la Guardia Nacional comenzó a reducirse. Por un lado, el establecimiento del enclave salitrero en el Norte Grande rompió el equilibrio tradicional del mercado laboral chileno y ahora las personas que habitualmente aceptaban engancharse en el Ejército a pesar de su reducidísimo salario, preferían emigrar al norte para convertirse en trabajadores de alguna oficina salitrera. En 1889, por ejemplo, en lugar de los 4.574 soldados con los que debía contar, había en sus unidades 2.305¹³. Por otro lado, el activismo del Partido Democrático (la primera organización de masas de la historia de Chile) en contra del servicio compulsivo de los ciudadanos en los cuerpos de la Guardia Nacional debido, simple y llanamente a su carácter ilegal¹⁴, dejó claro que éste sólo podía ser voluntario y súbitamente los cuerpos de Guardia Nacional –los mismos que un lustro antes habían marchado sin rechistar hacia los campos de batalla peruanos– comenzaron a quedarse sin hombres; para 1890, en lugar de los

¹² *Memoria... 1889...*, *op. cit.*, pp. 31-33.

¹³ *Ibid.*, pp. 10-11.

¹⁴ En septiembre de 1884, cinco meses después de que la tregua indefinida con Bolivia pusiera fin a la Guerra del Pacífico, había sido aprobada la Ley de Garantías Individuales, que habían presentado al Congreso el Presidente Santa María y su entonces ministro del Interior, José Manuel Balmaceda. La nueva ley –que según sus autores, hacía posible un paso más en el proceso de evolución de las instituciones y la sociedad chilenas y se desprendía del Artículo 12 constitucional que establecía la igualdad de todos los individuos ante la ley– simplemente explicitaba los alcances de la libertad individual y, sobre todo, los límites de la acción represiva del gobierno; aquella sólo podría limitarse en los casos previstos por la ley y ésta estaría constreñida al ejercicio de la justicia; más allá de los asuntos directamente relacionados con ella, “ninguna autoridad podrá ordenar o emplear medidas compulsivas para hacer que un habitante de la República comparezca ante ella o ante otra autoridad”. Véase la “Ley de Garantías Individuales”. 25 de septiembre de 1884. En Aníbal Echeverría y Reyes y Abraham del Río (Recopiladores). *Recopilación de leyes y decretos de interés general vigentes en 21 de mayo de 1888*. Santiago, Imprenta Nacional, 1888. 807 pp., pp. 207-218. La cita textual aparece en la p. 208.

51.090 guardias cívicos que debían de estar registrados, había (y su asistencia a la instrucción era muy irregular) unos 22.000¹⁵.

Si la reducción de soldados comenzó a dificultar las tareas y obligaciones del ejército, la de guardias cívicos provocó problemas que hasta entonces apenas se habían considerado. Tradicionalmente, eran secciones de la Guardia Nacional las que se encargaban de garantizar la seguridad en los caminos y zonas rurales del país, además de custodiar la mayoría de las prisiones. Durante la Guerra del Pacífico, debido a la ausencia de prácticamente todos los cuerpos de la Guardia Nacional, el Gobierno había organizado las primeras unidades de policía rural, pero éstas en realidad nunca funcionaron correctamente y la vuelta de los "cívicos" del Perú hizo olvidar el problema hasta que, durante la segunda mitad de la década de 1880, los cuerpos comenzaron a vaciarse y las unidades del ejército —que, como se ha visto, también estaba perdiendo efectivos— se declaraban incapaces de garantizar la paz a lo largo de todo el territorio. Para colmo, las rápidas mutaciones económicas y sociales provocadas por el establecimiento del enclave salitrero estaban generando cada vez más protestas populares, además de las primeras huelgas obreras en la historia de Chile y ni las policías urbanas —pagadas por sus respectivos ayuntamientos— ni los cuerpos privados de seguridad organizados por los dueños de las minas parecían capaces de contener por mucho tiempo las expresiones de la cada vez más explosiva "cuestión social"¹⁶.

LA (FRUSTRADA) REFORMA MILITAR DE LOS GENERALES DE BALMACEDA

Así, mientras que las fuerzas chilenas de tierra, el Ejército chileno, pacificador de La Araucanía y vencedor de la Guerra del Pacífico, estaba siendo silenciosamente derrotado por los embates de la modernidad, Körner y sus colaboradores cercanos, aparentemente desvinculados del ejército al que pertenecían y que les pagaba magníficos salarios¹⁷, ocupaban su tiempo en redactar artículos donde describían el funcionamiento idóneo de los estados mayores y el servicio militar

¹⁵ *Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1890*. Santiago, Imprenta Nacional, 1890. 449 pp., p. 205. 18. "Ley de Policía Rural". 16 de diciembre de 1881. En A. Echeverría Reyes & A. del Río (Recop.): *Recopilación de...*, pp. 521-526.

¹⁶ Véase Gabriel Salazar: "Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular". En Luis Ortega (ed). *La guerra civil de 1891: 100 años hoy*, Santiago, Universidad de Santiago, 1991. 195 pp., pp. 171-195 y Ferenc Fischer. "Las cárceles llenas: tensiones sociales en los primeros años del siglo XX en Chile y el papel policial de las Fuerzas Armadas". En *El modelo militar prusiano y las fuerzas armadas de Chile. 1885-1945*. Ensayos. Pees, Pees University Press, 1999, 280 pp., pp. 103-119.

¹⁷ El capitán Körner fue contratado como teniente coronel efectivo del Ejército de Chile, pero su sueldo de ocho mil marcos —es decir, de casi cuatro mil pesos chilenos— era casi el doble del salario normal de un teniente coronel. Véase Ley de Sueldos en "Orden general para el 25 de junio de 1891". *ANCH. Guerra*. N° 1860. Foja sin numerar.

universal¹⁸ y planificaban nuevas modificaciones para los planes de estudios de las escuelas militares.

Por su parte, los responsables superiores del ejército intentaron reaccionar. En lugar de solicitar al Gobierno que llevara a cabo más reformas modernizadoras militares, como quiere la leyenda de la prusianización, hacían llamados, cada vez más desesperados y patéticos, solicitando el aumento en los salarios de la tropa y la promulgación de leyes que hicieran obligatorio el servicio en la Guardia Nacional. Sin embargo, las facciones políticas chilenas, que pocos años atrás habían estado dispuestas a posponer sus diferencias en aras del interés nacional y que consiguieron llevar a cabo sin demasiados contratiempos una elección presidencial en plena guerra, estaban ahora enfrascadas en un conflicto cada vez más agudo y violento: los miembros del Congreso no estaban dispuestos a facilitarle las cosas a Balmaceda autorizando nuevas partidas presupuestales para pagar más a los soldados ni, mucho menos, haciendo leyes que hicieran obligatorio el servicio en los cuerpos de la Guardia Cívica. Por ello, a los militares de Balmaceda no les quedó más que proponer las reformas que juzgaban indispensables y urgentes y esperar tiempos más propicios que, para su desgracia, nunca llegaron.

Estas propuestas de reforma fueron elaboradas entre 1889 y 1890 por los generales José Francisco Gana (Inspector General de la Guardia Nacional), Marco Aurelio Arriagada (Inspector General del Ejército) y Luis Arteaga (Director de la Escuela Militar). Cada uno, desde su esfera de competencia, elaboró propuestas que, aplicadas en conjunto, podrían transformar la fuerza de tierra y que no tenían ninguna relación con el paradigma prusiano e incluso se oponían abiertamente a las reformas introducidas hasta entonces por el teniente coronel Körner.

Arteaga suspendió en 1888 la primera generación que iba a cursar el último año del curso de ingenieros de la Escuela Militar y al año siguiente clausuró la Academia de Guerra. También determinó que cuando esta volviera a abrir sus puertas, habría de estar subordinada al Director de la Escuela Militar y no, como había sido hasta entonces, a la Dirección General del Ejército y que en adelante la Academia de Guerra no sería sino la sección de estudios superiores de esta institución. Más o menos al mismo tiempo, sometió a la consideración del Ministerio de Guerra una propuesta de reforma integral del plan de estudios de la Escuela encaminado a "militarizar" aún más los cursos impartidos en ella con el fin de evitar que los estudiantes del arma de ingenieros optaran por la vida civil y, según sus propias palabras, pudiera crearse una "verdadera profesión militar"¹⁹, acaso más lejana de las complejidades técnicas prusianas pero en mayor contacto con la realidad castrense de Chile.

Por su parte, el general Marco Aurelio Arriagada, Director General del Ejército, propuso—sin duda de acuerdo con Arteaga—la creación de unas nuevas

¹⁸ *Revista...*, *op. cit.*, N° 5, 17, 23 y 29 al 32.

¹⁹ *Memoria...* 1890..., *op. cit.*, p. 7.

instituciones, las “Escuelas de Aplicación”, que servirían para formar en un par de años a los oficiales de caballería e infantería –las armas que sufrían de una carencia crónica de oficiales– mientras que los de artillería e ingenieros cursarían el ciclo largo en la Escuela Militar²⁰. Parte esencial de su propuesta era el establecimiento de un escalafón cerrado para los egresados de estas nuevas escuelas (que en realidad serían poco más que suboficiales) no pudieran hacer válidos sus grados en las armas “cultas” –ingenieros y artillería– sin antes aprobar ciertos exámenes. Al año siguiente, luego de más de un lustro de discusiones, consiguió que fuera aprobado un nuevo reglamento de ascensos que también contemplaba la existencia de dos escalafones estancos entre ellos²¹.

Prácticamente al mismo tiempo, en marzo de 1890, también reorganizó la Comandancia General de Artillería²², que además de aglutinar los servicios de ingenieros y artillería, coordinaría todos los establecimientos fabriles –la maestranza, la fábrica de explosivos, etcétera– y tendría el objetivo explícito, así fuera a mediano plazo, de fundar el Estado Mayor Permanente del Ejército (EMP)... el siguiente paso después de la creación de la Academia de Guerra según el plan de los prusianizadores –la fundación del EMP con sus egresados– había sido definitivamente desechado.

Las propuestas de reformas más significativas, sin embargo, no provenían de la jefatura del Ejército, sino de la Dirección General de la Guardia Nacional. En 1889, fue nombrado en este cargo el general José Francisco Gana, hombre de absoluta confianza del Presidente –había sido Comandante General de Armas de Santiago– y, cosa poco común en la oficialidad chilena, miembro de la élite intelectual y política del país. Si había algún militar capaz de dirigir un programa de reformas que llevara a una nueva posición del Ejército y de los militares en el seno de la sociedad chilena era el general Gana, que había estudiado en Europa y se había distinguido en las campañas de La Araucanía antes de iniciar una carrera política que lo había llevado al Senado. La Guardia Nacional, además, era la piedra de toque del sistema de defensa de Chile y esto no era un secreto para nadie. No era extraño, pues, que una verdadera reorganización militar iniciara en esta institución²³.

²⁰ *Memoria... 1890...*, op. cit., p. 6 y ss.

²¹ “Reglamento de Ascensos para el Ejército”. 23 de septiembre de 1890. *ANCH Guerra*. No. 411. Ff. 324-327.

²² Creada por decreto el 27 de marzo de 1890. Una transcripción de este decreto en Pablo Barrientos *Historia de la artillería de Chile*. Santiago, Instituto Geográfico Militar-Biblioteca del Oficial-Estado Mayor, 1942. 325 pp., pp. 239-240. Véase también *Memoria... 1890...*, op. cit., p. xx y ss.

²³ Unos años antes, el ministro Antúñez, había escrito al respecto: “...Pero al perseguir esta idea [de reforma de la Guardia Nacional], en que todos están conformes, se la ha ligado a la consecución de ciertos ideales ya democráticos, ya militares, que en unos casos han querido hacer de nuestra guardia cívica una institución como los voluntarios ingleses o de los Estados Unidos, y en otras le han dado un carácter parecido al servicio general y obligatorio que existen en Francia y Alemania. [...] Comienzo por declarar que uno y otro ideal tomados en absoluto, son enteramente exóticos en Chile: pero creo, al mismo tiempo, que la institución de que me ocupo necesita una reforma.

En primer lugar, tenía contemplada la aprobación de una ley que hiciera obligatoria y universal la inscripción en las listas de la Guardia Nacional, cuyo servicio implicaba la asistencia a una instrucción semanal y el acuartelamiento durante unos cuantos días al año. A partir de estas listas –y aquí radica la originalidad de su plan– se tendría a los individuos obligados a servir durante un periodo determinado en las unidades del Ejército de Línea y en los cuerpos de la Policía Rural. Los criterios con los que habría de realizarse la selección no estaban precisados, pero Gana habla explícitamente de la posibilidad de adoptar mecanismos de sorteo, excepciones, “quintas” y aun redenciones, provenientes de las culturas militares francesa y española. Se trataba, en resumen, de implantar un servicio militar obligatorio selectivo con la intermediación de la Guardia Nacional²⁴.

Por otro lado, proponía dividir de inmediato el país en cinco grandes divisiones de la Guardia Nacional dirigidas por otros tantos Estados Mayores Divisionarios y coordinados por su Inspección que, mientras estuviera listo el Estado Mayor Permanente surgido de la Inspección General de Artillería, ejercería sus funciones. Por último, el general Gana tenía contemplado el desarrollo de dos mecanismos destinados a estrechar el vínculo entre el ejército y la población del país: el establecimiento de escuelas nocturnas en cada uno de los cuarteles de la Guardia Nacional, con lo que la obligación de servir en sus filas se compensaba con una labor de educación, que sería realizada por los profesores civiles de las escuelas públicas mediante el pago de un complemento de su salario por parte del Ejército. En sentido inverso, pero con el mismo talante, elaboró un plan –que se convirtió en decreto a principios de 1889– de “militarización” de todas las Escuelas Primarias. Esta “militarización” consistía simplemente en el sometimiento a los alumnos, unas cuantas horas por

Debemos, sin embargo, reconocer, porque así lo demuestra la experiencia de dos guerras tan gloriosas como felices para la República, que la Guardia Nacional, llegado el caso de guerra exterior, ha prestado en su forma actual servicios tan valiosos como los del Ejército permanente y sin que ello haya suscitado la más leve dificultad. No tenemos, pues, que buscar en la reforma el mejoramiento, ni menos la creación de un elemento de fuerza para mantener la seguridad de la República. Eso, probado está que lo tenemos con el sistema actual. [...]

Las instituciones de un país deben, ante todo, responder a sus hábitos, a su manera de ser, a la organización de su sociabilidad. Entre nosotros existen tan marcadas diferencias entre los diversos elementos que componen nuestra sociedad, que es tarea no sólo difícil sino perjudicial el tratar en un momento dado de amalgamarlos y refundirlos en un todo por la sola acción de la ley.

Obra será esta del tiempo y de los progresos que la difusión de la instrucción desarrolle en el país.

Contamos hoy con un elemento que constituye un ideal de soldado: fuerte, valiente, y que, desligado de toda relación de familia y de hogar, no deja nada tras de sí. ¿Conviene desperdiciarlo y hacer que sea reemplazado por el artesano, el artista, el hombre que tiene una profesión literaria o científica? ¿Conviene organizar las cosas de manera que sean estos elementos, escasos hasta ahora en el país, los que deben soportar el choque en caso de un conflicto y, no sólo privar al país de fuerzas productivas irremplazables, sino destruir hogares y dejar familias en la orfandad?...

Memoria... 1884..., op. cit., pp. XIV-XVI.

²⁴ 27. *Memoria... 1889...*, op. cit., p. XXIII y ss. y p. 190 y ss.

semana, a una instrucción militar básica impartida por los oficiales destacados en los cuerpos de la Guardia Civil y las unidades del Ejército de línea. De este modo pretendía establecer un flujo recíproco entre la esfera civil –las escuelas que recibirían a los instructores– y la militar –los cuarteles que recibirían a los maestros: “Los ciudadanos de mañana infundirían así aliento y emulación a los ciudadanos de hoy, y la patria reportaría las ventajas consiguientes”²⁵.

Habría hecho falta un lapso de algunos años para que el reglamento de ascensos, los nuevos proyectos de educación militar y las leyes de planta y retiro que debían de aprobarse en breve cambiaran realmente las características de la oficialidad. La virtual integración de la Academia de Guerra a la Escuela Militar, la creación de escuelas de aplicación para las armas de caballería e infantería y, sobre todo, la creación de los escalafones estancos de artillería e ingeniería también habrían podido producir las condiciones para que Chile contara con el cuerpo de oficiales profesionales e ilustrados al que aspiraba, visto el fracaso de las reformas introducidas desde principios de los años ochenta. Por otro lado, tras las propuestas de Gana, encaminadas en primera instancia a eliminar la carencia de soldados y guardias cívicos, había una concepción de la defensa del país que se alejaba definitivamente del paradigma prusiano –cuyo objetivo explícito a mediano plazo era el establecimiento del servicio militar universal y obligatorio– y que acusaba mayor influencia de otros modelos militares de la época: el español y el francés, en sus aspectos prácticos de reclutamiento general y obligatorio, pero selectivo; y el suizo, en su concepción general de una gran milicia nacional.

EN CONCLUSIÓN

Es cierto que, como afirma la versión corriente sobre los orígenes de la prusianización militar en Chile, los años de gobierno de José Manuel Balmaceda estuvieron marcados, al respecto, por los afanes de transformación del ejército, pero no por las razones que esta versión aduce, sino por las repercusiones de las aceleradas y sorpresivas transformaciones económicas y políticas experimentadas entonces.

La Guerra del Pacífico, en efecto, llevó tanto a la clase política como a la alta oficialidad a concebir e intentar llevar a la práctica reformas en el ejército, pero no por la intención de solucionar los problemas que se habían hecho evidentes durante las operaciones de guerra, como suele decirse, sino, principalmente, porque la aparición del enclave salitrero supuso una profunda y repentina mutación del mercado laboral chileno que comenzó a vaciar los batallones y regimientos del Ejército de Línea. Por otro lado, la aparición del Partido Democrático –una particularidad más de la convulsionada historia política del gobierno de Balmaceda– y la resolución de sus dirigentes de incrementar su

²⁵ *Ibid.*, p. 205.

poder apelando a las masas y abanderando sus demandas, hizo evidente que el servicio en los cuerpos de la Guardia Nacional no tenía correcto sustento jurídico y éstos, también, comenzaron a vaciarse. Fue entonces cuando se produjo la expansión económica y política, generada en buena medida por la victoria en la guerra del Pacífico, la que condicionó el devenir de las fuerzas terrestres chilenas durante el gobierno de Balmaceda y los proyectos de reforma de los que se ha tratado aquí fueron el intento de adaptarlas a la nueva situación. En este contexto, la fallida reforma educativa militar de Körner es, en realidad, de importancia secundaria, y para 1889, como se ha demostrado en páginas anteriores, había sido completamente desechada.

A partir de entonces la influencia de sus dos principales promotores —el propio Körner y Jorge Boonen Rivera— comenzó a decaer. Para enero de 1890 el impulso editorial que había permitido la publicación de tres volúmenes destinados a la Academia de Guerra escritos por ellos, fue truncado por una disposición para que fueran los alumnos y no los profesores los encargados de redactar los textos subsecuentes²⁶. Cuatro meses después, en mayo de 1890, el director de la Escuela Militar, Luis Arteaga, explicaba que la Academia de Guerra sería reabierta en breve, pero ahora bajo su mando y no del de la Inspección General del Ejército y solicitaba que le fuera transferida a él la autoridad académica que, según el reglamento orgánico, recaía en el Consejo de Profesores de la Academia²⁷, lo que implicaría la pérdida del control efectivo de la institución por parte de Körner, que se había ocupado de seis de las 17 asignaturas impartidas en la Academia²⁸. Para noviembre de 1890, Körner ya no era profesor de física, geografía militar ni alemán²⁹.

²⁶ En 1887 Körner y Boonen publicaron al alimón *Estudios sobre historia militar* (2 v. Santiago Imprenta Cervantes) que no era sino el agrupamiento de los artículos traducidos del alemán que utilizaba Körner para sus cursos. Tres años después, Körner publicó *Balística elemental*— texto para la enseñanza del ramo en la Academia de Guerra. (Santiago, Imprenta Nacional 1890, 112 pp.). El 2 de enero de 1890, el general Arteaga solicitó autorización para que “algunos oficiales alumnos que terminan ahora sus cursos procedan el próximo año y bajo la dirección de los profesores respectivos a redactar y publicar los textos que son ya indispensables para el estudio de la mayor parte de las asignaturas” (Oficio de la Academia de Guerra al Ministerio de Guerra, 2 de enero de 1890. *ANCH Guerra* N° 1798. Fojas sin numerar).

²⁷ *Memoria 1890...*, op. cit., pp. 252-253.

²⁸ Las asignaturas obligatorias eran; táctica, juego de guerra, servicio de estado mayor, higiene militar, fortificación de campaña y permanente, dibujo militar, topografía y levantamiento de planos, balística, historia militar, geografía militar, derecho internacional, química inorgánica, física y “conferencias sobre el desarrollo de las artes militares”. Había además tres asignaturas optativas (matemáticas, historia universal y alemán) entre las que debía elegirse una cada año. Una transcripción del plan de estudio de la Academia de Guerra en: Cristián Garay Vera. *Historia de la Academia de Guerra*. 1889-1996. Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1996. 156 pp.; pp. 31-32).

En 1888 Körner impartía historia militar, física, balística, geografía militar, dibujo y alemán... este idioma es estudiado por un solo alumno...”. Véase carta de Sofanor Parra al Ministerio de Guerra. Santiago, 21 de mayo de 1888. *ANCH Guerra*, N° 1798. Foja sin numerar.

²⁹ Véase informe de Luis Arteaga al Ministro de Guerra. 18 de noviembre de 1890. *ANCH Guerra* N° 1798, foja sin numerar.

El declive en la carrera de los principales prusianizadores durante la segunda mitad del gobierno de Balmaceda no se limitaba al ámbito académico y afectó también su situación económica e incluso laboral. En marzo de 1889 fue rechazada una solicitud de aumento salarial de Jorge Boonen —que había sido, junto con Körner, el único militar que impartió cursos simultáneamente tanto en la Escuela Militar como en la Academia de Guerra— con la argumentación de que ya percibía una “cantidad muy superior a cualquiera otro sueldo en su respectivo empleo de sargento mayor”³⁰. A finales del año siguiente, Hugo Januskowski, el primer asesor militar alemán contratado para el ejército chileno, luego de fracasar en su tentativa de que se creara un Instituto Gimnástico Militar que él mismo dirigiría, solicitaba al Ministerio de Guerra dinero a guisa de gratificación mientras encontraba otro empleo³¹. No es descabellado imaginar que en esos mismos momentos el teniente coronel Körner temiera quedarse también sin trabajo. En lugar de ello, una vez que estalló la guerra civil, rechazó la oferta de dirigir las fortificaciones costeras de Coronel, permaneció en Santiago y cuatro meses después se desplazó al Norte Grande para sumarse a la rebelión³².

Aunque los más importantes impulsores de este primer intento de prusianización acabaron uniéndose al bando del Congreso durante la guerra civil, no hay evidencia alguna que permita suponer que lo hicieron debido a sus ideas sobre la manera en que debía reformarse el Ejército. Como se ha explicado ampliamente en varios trabajos³³, la crisis política durante la época de Balmaceda también incluyó a los militares, que acabaron definiéndose a favor o en contra del Presidente en función de una gran cantidad de factores, de entre los cuales la simpatía o antipatía por el modelo militar alemán no estaba entre los más importantes. Agrupados en facciones y camarillas, no es sorprendente que los prusianizadores quedaran juntos, del mismo lado que otros militares que, sin haber estado vinculados con la reforma educativa de Körner, también tenían agravios que reprochar al gobierno de Balmaceda. Estanislao del Canto y Adolfo Holley, los jefes militares de la rebelión, son los ejemplos perfectos³⁴.

³⁰ *ANCH Guerra* N° 1805. Exp. 86. Fojas sin numerar.

³¹ Proponía la creación de un “Instituto Gimnástico Militar conforme a los países más adelantados de Europa”, “...siendo además tan reducido el personal para la dirección de este plantel, pues sólo sería dirigido por el que suscribe...”. Nota de Hugo Januskowski al Ministro de Guerra. Santiago, 27 de noviembre de 1890. En otra nota dirigida también al Ministerio de la Guerra y firmada el 23 de diciembre de 1890, recordaba el contrato que firmó con Berlín con Guillermo Matta cinco años antes, “...siendo cancelado dicho contrato, es llegada la oportunidad de suplicar [...] el cumplimiento de la cláusula segunda que dice se me dará el regreso a Berlín. El que suscribe, careciendo de recursos y demás deseando seguir prestando servicios en esta Capital, viene hoy en suplicar [...] me entregue el importe de dicho pasaje para poder atender en algo mis necesidades; ya sea como gratificación por mis servicios prestados hasta que me sea posible conseguir otro puesto en este ramo...”. *ANCH Guerra* N° 1805. Fojas sin numerar.

³² Véase Sater y Herwig, *op. cit.*, p. 45 y ss.

³³ Véase la nota 6.

³⁴ En agosto de 1890 el coronel Holley solicitó que se le considerara en servicio activo para recibir un sueldo mayor. Al mes siguiente, la Corte de Cuentas de Chile rechazó su solicitud. El caso del general Del Canto es aún más patente: a finales de mayo de 1890 se le había entregado

Los oficiales prusianizadores no se pasaron al bando del Congreso para salvar sus reformas militares, como se insinúa en la historiografía comente, sino que las reformas de corte prusianizador acabaron por imponerse gracias a que los oficiales que las habían sostenido quedaron del lado de los vencedores de la Guerra Civil de 1891.

Es cierto, por otro lado, que el nuevo mando militar surgido tras la Guerra Civil bajo la influencia directa de Emil Körner fue capaz de enfrentar –de solucionar, soslayar o posponer, esto es otro tema– con éxito y a partir del paradigma militar alemán, las dificultades de reclutamiento acusadas por los altos oficiales del ejército durante el gobierno de José Manuel Balmaceda. Para 1903, luego de más de un decenio de diversos intentos de reorganización de la Guardia Nacional, se adoptó el sistema de conscripción universal y obligatoria. Pero el hecho de que los problemas que parecían amenazar la existencia misma de las fuerzas terrestres antes de la guerra civil hayan sido controlados por los nuevos mandos militares filoprusianos después de ésta, no supone que el modelo alemán se hubiera impuesto como paradigma militar de la alta oficialidad chilena antes de 1891; la investigación presentada en las páginas anteriores apunta, más bien, en sentido contrario.

Si es necesario acotar las versiones corrientes –que asimilan el inicio de la prusianización con la llegada de Körner a la Escuela Militar– es, además de por su imprecisión cronológica y fáctica (que llega al extremo en el caso de Hugo Januskowski, cuya existencia ha sido en la mayoría de los casos, simplemente ignorada), porque provoca que se soslayen los proyectos de reforma educativa y organizacional concebidos por los oficiales chilenos durante la segunda mitad del gobierno de Balmaceda y que se inspiraban, aparte de en modelos tradicionalmente más cercanos como el francés y el español, en las experiencias bélicas propias, cosa poco común en la historia de América Latina.

Reconocer la existencia de estos proyectos, que pretendían resolver los problemas de reclutamiento a través de un servicio militar obligatorio selectivo apoyado no en la conscripción universal sino en la Guardia Nacional y que aspiraban a concluir con la escasez de oficiales profesionales con la combinación de un sistema educativo de varias salidas y el establecimiento de un escalafón “estanco” para las armas “científicas”, evidencia, también, que los afanes de profesionalización y racionalización militares –es decir, de modernización militar– no son consecuencia de la adopción del modelo prusiano, sino que éste representaba, simplemente, uno de los modelos para realizar esta modernización.

Dos años antes de la llegada de Körner, por ejemplo, el Intendente del Ejército, Juan de Dios Merino Benavente, había iniciado la preparación de

ya su cédula de retiro absoluto del Ejército, aunque algunos meses después, y seguramente para alejarlo de la agitación política de la capital, se le nombró secretario de la Comandancia General de Armas de Tacna. Véase, para el caso de Holley *ANCH Guerra* N° 1805.

Exp. 137. Ff sin numerar. Y para el de Del Canto *ANCH Guerra* N° 1805. Expedientes 26 y 31, fojas sin numerar.

un proyecto de organización permanente de la oficina a su cargo luego de las campañas victoriosas de la Guerra del Pacífico. Este proyecto³⁵, de una sorprendente originalidad, partía de dos principios básicos: la preparación para la guerra en tiempos de paz y la delegación racional de las diferentes tareas militares al personal capacitado para llevarlas a cabo. Merino proponía que la Intendencia permanente –que, según su propuesta, quedaría integrada por funcionarios civiles– se ocupara de todas los asuntos administrativos y logísticos del ejército y la armada para dejar a los oficiales el tiempo y la energía suficientes para ocuparse de las tareas de reclutamiento, formación y entrenamiento de personal, además de la planificación y ejecución de las operaciones de guerra. Partiendo de la experiencia propia (durante la guerra habían sido los “cuca-lones” –empresarios, burócratas y terratenientes de diversa índole– quienes, mediante contratos con el gobierno, se habían encargado del abastecimiento del ejército expedicionario) y sin apoyarse en ningún modelo ni ejemplo extranjero, el intendente Merino establecía una nueva escala de valores militares: para poseer un “ejército preparado para la guerra” según él, era necesario “más que voluntad y amor patrio, previo y severo estudio”³⁶.

Aunque a la postre la propuesta de Merino Benavente no se realizó y él mismo abandonó la Intendencia del Ejército (no es difícil imaginar a los militares, –prusianizadores o no– oponiéndose a la transferencia de una importantísima proporción de los recursos del Ejército a una oficina dirigida por civiles) constituye, junto con los proyectos de Gana, Arriagada y Arteaga, de los que se ha tratado aquí, una buena evidencia de los afanes chilenos de modernización militar y, sobre todo, de su enorme originalidad. Antes de convertirse en los mejores aprendices del modelo prusiano, los militares chilenos estuvieron muy cerca de desarrollar el suyo propio.

Si estos proyectos (además de los problemas castrenses que pretendían solucionar) no se han estudiado hasta ahora se debe en última instancia a que, a partir de finales de agosto de 1891, la adopción del modelo militar prusiano y la prolongada influencia de Emil Körner, condicionaron profundamente la manera en que se ha abordado el estudio de los asuntos militares de esta época. Pero, como se ha demostrado en estas páginas, la víspera de la Guerra Civil, ni los escasos debates entre militares sobre las formas posibles para modernizar el ejército ni, desde luego, la suerte de las primeras reformas escolares inspiradas en el modelo prusiano, sugerían que éste terminaría por imponerse. Si hasta la fecha la explicación dominante sigue siendo la de los prusianizadores –esa que da por hecho que tras la conclusión de la Guerra del Pacífico era urgente reformar al Ejército y no que había la voluntad de hacerlo pausada y cuidadosamente; que supone que las reformas educativas de Körner tuvieron un éxito inmediato y no que fracasaron en un primer momento; que insinúa que la

³⁵ “Nota” dirigida por J. de D. Merino Benavente al Ministro de Guerra sobre la Intendencia General del Ejército y la Armada. Diciembre de 1886. *En Memoria... 1888...*, pp. 257-264.

³⁶ *Ibid.*, p. 258.

oficialidad chilena se dividió entre prusianizadores jóvenes y antiprusianizadores viejos y no entre partidarios de las posiciones irreconciliables del Ejecutivo o del Legislativo; que ignora, en fin, los problemas de reclutamiento y formación de oficiales y, sobre todo, las originales propuestas para resolverlos— se debe a un fenómeno historiográfico de encubramiento de la versión prusiana cuya persistencia, utilidad, maleabilidad y complejidad hacen que se requiera otro espacio para analizarlo y explicarlo detenidamente.

FUENTES

Documentales

Archivo Nacional de Chile. Fondo Ministerio de Guerra, *ANCH Guerra*.

Hemerográficas

Revista Militar de Chile. Santiago, Círculo Militar, 1885-1897.

Documentos oficiales impresos

Echeverría y Reyes, Aníbal y Abraham del Río (Recopiladores). *Recopilación de leyes y decretos de interés general vigentes en 21 de mayo de 1888*. Santiago, Imprenta Nacional, 1888. 807 pp.

Memoria del Ministerio de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1884. Santiago, Imprenta de El Progreso, 1884. XXXVI-265 pp.

Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1889. Santiago, Imprenta Nacional, 1889. 490 pp.

Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1890. Santiago, Imprenta Nacional, 1890. 449 pp.

Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1887. Santiago, Imprenta Nacional, 1887. XXXVIII-337 pp.

Libros y artículos

Arancibia Clavel, Roberto. *La influencia del Ejército chileno en América Latina, 1900-1950*. Santiago, Centro de Estudios e Investigaciones Militares, 2002. 537 pp.

Aravena, Héctor. "La Escuela Militar a través de sus 150 años". En *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*. Santiago, Primer semestre de 1967, No. 76, pp. 141-155.

Barrientos, Pablo. *Historia de la artillería de Chile*. Santiago, Instituto Geográfico Militar-Biblioteca del Oficial-Estado Mayor, 1942. 325 pp.

Brahm García, Enrique. "La impronta prusiana de la Academia de Guerra del Ejército (1885-1914)". En *Documentos e Investigaciones Académicas*. No. 23. Septiembre de 2006. Publicación electrónica de la Academia de Guerra del Ejército de Chile.

———. *Preparados para la guerra. Pensamiento militar chileno bajo influencia alemana 1885-1930*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile. 2003. 157 pp.

- Canto, Estanislao del. *Memorias militares*. Edición y estudio preliminar de Alejandro San Francisco. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2004. LIII-532 pp. (Colección Memorias Militares).
- Chile, Ejército, Comando en Jefe. *Historia del Ejército de Chile*. XII t. Santiago, Estado Mayor General del Ejército, 1980-1987.
- Díaz Valderrama, Francisco Javier. *La guerra civil de 1891. Relación histórica militar*. 2 v. Santiago, Imprenta Sud-Americana, 1942-1944.
- Figueroa, Pedro Pablo. *Diccionario biográfico de extranjeros en Chile*. Santiago, Imprenta Moderna, 1900. 258 pp.
- Fischer, Ferenc, "Las cárceles llenas: tensiones sociales en los primeros años del siglo XX en Chile y el papel policial de las Fuerzas Armadas". En *El modelo militar prusiano y las fuerzas armadas de Chile. 1885-1945*. Ensayos. Pees, Pees University Press, 1999. 280 pp. Pp. 103-119.
- , "La expansión indirecta de la ciencia militar alemana en América del Sur: La cooperación militar entre Alemania y Chile y las germanófilas misiones militares chilenas en los países latinoamericanos (1885-1914)". En *El modelo militar prusiano y las fuerzas armadas de Chile. 1885-1945*. Ensayos. Pécs, Pees University Press, 1999. 280 pp. Pp. 121-142.
- Garay Vera, Cristián. *Historia de la Academia de Guerra. 1889-1996*. Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1996. 156 pp. Pp. 31-32.
- Garay Vera, Cristián y Bernardo Ibarrola. "Índice del Memorial del Estado Mayor del Ejército de Chile. 1906-1917: el periodo de consolidación", mecanoscrito, 2000. 130 pp.
- Heise González, Julio. *Historia de Chile: el periodo parlamentario. 1861-1925*. 2 v. Santiago, Editorial Universitaria, 1982.
- Huneus Gana, Jorge. *Cuadro histórico de la evolución intelectual de Chile*. Santiago, Imprenta Barcelona, 1910. 880 pp. (Biblioteca de Escritores de Chile, 1).
- Ibarrola, Bernardo. "El Ejército de Balmaceda: modernización y crisis. Las fuerzas chilenas de mar y tierra, 1884-1890", Tesis de doctorado, Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset, Madrid, 2003. 327 pp.
- Körner, Emilio. "El desarrollo histórico del Ejército Chileno" [1910]. En Patricio Quiroga y Carlos Maldonado. *El prusianismo en las fuerzas armadas chilenas*. Santiago, Ediciones Documentas, 1988. 243 pp. Pp. 181-224.
- Nunn, Frederick. *The Militar/ in Chilean History: Essays on Civil-Military Relations, 1810-1973*. Albuquerque, University of New México Press, 1976. XIV-343 pp.
- Quiroga, Patricio y Carlos Maldonado. *El prusianismo en las fuerzas armadas chilenas*. Santiago, Ediciones Documentas, 1988. 243 pp.
- Salazar, Gabriel. "Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular". En Luis Ortega (ed.), *La guerra civil de 1891: 100 años hoy*. Santiago, Universidad de Santiago, 1991. 195 pp. Pp. 171-195.
- San Francisco, Alejandro. *La Guerra civil de 1891. La irrupción política de los militares en Chile*. Tomo I. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2007. 357 pp.
- Sater, William and Holger H. Herwig. *The Grana Ilusión: The Prussianization of the Chilean Army*. University of Nebraska Press, Lincoln, 1999. 246 pp. (Studies in War, Society and the Military, 9).

LA HUELGA EN EL TENIENTE Y LA INFLUENCIA DEL MOVIMIENTO GREMIAL. CHILE, 1973

Pablo Rubio Apiolaza*

INTRODUCCIÓN

Hacia los primeros meses de 1973, la realidad política, social y económica chilena atravesaba uno de sus momentos de mayor crisis en varias décadas. El proyecto de transición al socialismo encabezado por Salvador Allende comenzó a manifestar rupturas evidentes para cualquier observador. Escasez, desabastecimiento y crisis económica, parálisis institucional, desórdenes callejeros y polarización política e ideológica fueron la cara visible de una crisis que si bien es cierto fue fomentada por la oposición interna y externa, también fue producto de las contradicciones internas de la Unidad Popular (UP) y su dirección política¹. En este escenario la derecha política también redefinió sus estrategias que buscaban provocar un cuadro de desgobierno y caos social, particularmente luego de los resultados que alcanzó en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973.

El movimiento sindical organizado no estuvo ajeno a este período de exacerbación de los conflictos en Chile. Por el contrario, originariamente la propia UP expresó sus intenciones de representarlo en el gobierno y a menudo sus máximos líderes ocuparon puestos importantes en la administración allendista. Sus organizaciones principales como los cordones industriales, comandos populares, juntas de vecinos y los propios partidos políticos de la UP, fueron instrumentos de acción que algunos sectores de obreros industriales tomaron tanto para presionar por un cambio estructural como para mejorar su situación económica relativa.

En el caso de El Teniente —una clásica zona proletaria de carácter minero— y sus comunas aledañas como Sewell y Machalí, cabe señalar que, al menos si se siguen los datos electorales, siempre fueron amplias simpatizantes de izquierda, desde los años sesenta. En los comicios de marzo de 1973, por ejemplo, la UP

* Magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile. El autor agradece los comentarios y sugerencias del profesor Freddy Timmermann.

¹ Para un análisis del proyecto de Allende, véase algunas obras generales como las de Tomás Moulian y Manuel Antonio Garretón, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Ediciones La Minga, Santiago, 1983; Genaro Arriagada, *De la vía chilena a la vía insurreccional*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1974, y Sergio Bitar, *Transición, socialismo y democracia*, Siglo XXI, Caracas, 1977. En una perspectiva más revisionista y actual, véase Luis Corvalán Márquez, *Los partidos políticos y el golpe militar del 11 de septiembre de 1973*, CESOC, Santiago, 2000, Sofía Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2001, pp. 261-276, Julio Pinto (Editor), *Cuando hicimos historia*, LOM Ediciones, Santiago, 2005 y Tomás Moulian, *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, LOM Ediciones, Santiago, 2006, capítulo VI.

derrotó por un amplio margen a la Confederación Democrática². Por lo tanto un examen de la huelga de El Teniente merece un análisis más fino, ya que a primera vista es incomprensible cómo estos sectores sociales desafiaron al gobierno, más en una coyuntura sumamente crítica.

Tal vez para captar en su profundidad un fenómeno como el que afectó al mineral, no sólo hay que tomar en cuenta el factor cuantitativo sino también el gran apoyo que le brindó la oposición de derecha y demócratacristiana en todas sus formas, lo cual elevó este conflicto a un nivel verdaderamente nacional.

Para completar el cuadro, debe señalarse que si bien es cierto un sector importante de los trabajadores apoyó el proyecto de transición al socialismo, fueron también numerosos los segmentos populares que formaron parte de las filas de la oposición. Como se sabe, la oposición estaba compuesta por heterogéneos grupos como la Democracia Cristiana (DC), el Partido Nacional (PN), el Movimiento Gremial de la Universidad Católica y el Frente Nacionalista Patria y Libertad, todos con gran presencia en las capas medias de la población, como también populares³.

En esta oportunidad se pretende caracterizar un conflicto que desafió categorías que pecan de simplicidad. Su escenario fue la mina de cobre de El Teniente y el hecho en cuestión fue la huelga que protagonizó una parte de sus trabajadores, que estalló el 18 de abril y concluyó el 29 de junio de 1973, en el momento cuando el Regimiento Blindado de Buin provocó un frustrado golpe de Estado frente al gobierno allendista⁴.

Precisamente, se busca reconocer sus alcances políticos y la influencia de la derecha, especialmente del Movimiento Gremial de la Universidad Católica, en el sector de los obreros y empleados que estuvo en huelga. Con ello, se pretende confirmar la heterogeneidad que alcanzó la sociedad chilena en los años setenta y además la notoria influencia que ejerció en ella la oposición de derecha, que finalmente amplió sus tradicionales bases sociales de apoyo sumándose a la estrategia insurreccional que patrocinó desde marzo de 1973.

La huelga que afectó a El Teniente se convirtió en una manifestación de la permanente violencia política que a esas alturas cruzaba transversalmente toda la sociedad chilena. Como sugieren Pizarro y Bitar, el conflicto y sus rasgos extremadamente violentistas y rupturistas reflejó la creciente incapacidad de

² Resultados electorales de comunas como Sewell y Machalí, en Sergio Bitar y Crisóstomo Pizarro, *La caída de Allende y la Huelga de El Teniente. Lecciones de la historia*, Las Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1986, pp. 48-49.

³ Para un análisis de la oposición a la Unidad Popular véase, entre otros, Augusto Varas, *La dinámica política de la oposición durante la Unidad Popular*, Documento de Trabajo, FLACSO, 1977, Verónica Valdivia, *El golpe después del golpe*, LOM Ediciones, Santiago, 2003 y Sofía Correa, *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2005.

⁴ En la mina de cobre de El Teniente trabajaban 11.000 obreros y empleados y hasta 1971 fue administrada por una compañía estadounidense. Ese mismo año fue nacionalizada por el gobierno de la UP.

regular la pugna por métodos democráticos, fortaleciendo así la salida militar concretada meses más tarde⁵.

Uno de los grupos protagonistas de estos hechos violentistas, así como el sostén político principal de la huelga, fue el gremialismo de la Universidad Católica de Santiago. El Movimiento Gremial fue fundado a mediados de los años sesenta en la Universidad Católica por un grupo de estudiantes conservadores liderados por Jaime Guzmán. Desde comienzos del gobierno de la UP, el gremialismo salió de los claustros universitarios extendiendo notoriamente sus redes de influencia en el tejido social chileno, logrando tener presencia en sectores empresariales y profesionales, cuya primera manifestación de fuerza lo constituyó el paro de octubre de 1972.

Coordinados desde la poderosa e influyente Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), el gremialismo movilizó a importantes masas bajo una ideología que mezcló el anticomunismo, el antipartidismo y el regreso a una sociedad orgánica y jerárquica, en definitiva, una "vuelta a lo primario". Para ello criticaron fuertemente a los partidos políticos incluida la derecha tradicional, pero más importante que eso, formularon un ácido cuestionamiento al régimen político democrático existente en el país desde la década de 1930.

El seguimiento y análisis de este grupo en el marco de esta huelga es importante, pues otro rasgo distintivo de este conflicto fue el cuestionamiento a los partidos tradicionales, ya que tanto sus protagonistas principales, el Movimiento Gremial y los sectores populares no pertenecían a las cúpulas partidistas clásicas, y se vieron sobrepasadas. Esto es otra muestra de las manifestaciones antipartidistas que atravesaba la sociedad civil en esos momentos⁶. Los partidos de izquierda tradicionales miraron de lejos los acontecimientos, aunque sí se hicieron presentes en las acciones de violencia del mes de junio.

En esta oportunidad se pretende reconocer la participación e influencia del Movimiento Gremial, en una coyuntura bien precisa como es la huelga de El Teniente. Si bien es cierto que la totalidad de la oposición apoyó esta manifestación y que grupos como Patria y Libertad también prestaron una solidaridad con los mineros, fue el gremialismo de la Universidad Católica el grupo que ejerció una influencia más decisiva en momentos clave de la movilización.

El gremialismo fue uno de los grupos que más se esmeró en presentar este conflicto como uno de tipo "político" antes que meramente reivindicativo, lo cual fue funcional a sus intereses que buscaban poner fin del gobierno de la UP. Desde una postura más general se pretende establecer que el Movimiento Gremial y su gran incidencia en esta huelga representa su explícita intención de constituirse en una derecha "de masas", que ocupó espacios ajenos a los institucionales y más cercanos a la sociedad civil —en este caso popular—, diferenciándose de ese modo de una derecha más tradicional que históricamente había adoptado una postura más cercana a la institucionalidad democrática.

⁵ Sergio Bitar y Crisóstomo Pizarro, *op. cit.*, p. 15.

⁶ *Ibid.*

1. LOS SUCESOS DE EL TENIENTE

La huelga de El Teniente fue el mayor conflicto laboral que enfrentó la Unidad Popular en sus tres años de gobierno. La relevancia de esta huelga es doble: en primer lugar, fue el primer suceso donde la coalición de gobierno enfrentó una confrontación abierta con trabajadores organizados y, en segundo lugar, la huelga se transformó en un conflicto con un notorio impacto nacional, proceso que culminó con el intento de golpe del 29 de junio⁷.

Además, podría agregarse la evidente influencia de la oposición, principalmente en la movilización de los huelguistas, que le agregó un nuevo componente social a la estrategia insurreccional que se estaba patrocinando después del paro de octubre de 1972 y con mayor fuerza después de las elecciones parlamentarias del año siguiente. En este sentido notoria fue la influencia de Patria y Libertad en estos sucesos, pero particularmente de la FEUC, sector que desde 1971 había estado penetrando en vastos segmentos de la sociedad civil con el objetivo de provocar un cuadro de ingobernabilidad en el país.

De este modo, observadores contemporáneos como Bitar y Pizarro visualizaron el conflicto como una huelga eminentemente "política" al señalar que "... desde sus primeras etapas el conflicto se trasladó desde el campo reivindicativo al plano político, transformándose en sus fases ulteriores en una pugna entre quienes procuraban defender la estabilidad del gobierno y quienes, de manera encubierta o consciente, jugaban a crear las condiciones para derrocarlo"⁸.

La huelga tuvo una duración total de setenta días y su origen aparente fue de naturaleza económica. Esencialmente hubo desacuerdos entre los sindicatos y las empresas nacionalizadas acerca del reajuste de salarios, respecto a los acuerdos que se habían alcanzado en octubre de 1972. El proyecto del gobierno planteaba el aumento de remuneraciones conforme a la inflación del período noviembre-abril, mientras los trabajadores argüían que, sumado a ese reajuste, se agregara un segundo en virtud de una ley de reajuste automático que estaba especialmente dispuesta para los trabajadores de El Teniente y de las otras minas de cobre estratégicas. En el fondo, los dirigentes sindicales pedían un doble reajuste —correspondiente a un total de 41%—, a lo cual el gobierno se negó rotundamente en sucesivas instancias.

El conflicto como tal comenzó a suscitarse desde los primeros meses de 1973, pero debido a la proximidad de las elecciones parlamentarias de marzo su importancia se postergó, aunque durante la campaña los partidos opositores apoyaron intensamente las demandas de los trabajadores⁹. Posteriormente a esas elecciones —donde virtualmente se produjo un empate técnico entre la UP y

⁷ Sergio Bitar y Crisóstomo Pizarro, *op. cit.*

⁸ *Ibid.*, p. 13.

⁹ Incluso los candidatos de la UP estaban por esta opción. El dirigente Guillermo Medina había sido un tenaz partidario de la candidatura a diputado del socialista Héctor Olivares.

la opositora Confederación Democrática—, el tema volvió a la palestra pública¹⁰. Las negociaciones establecidas entre los dirigentes sindicales y los ministros de Minería y del Trabajo, tendientes a solucionar el conflicto, tensionaron notablemente el ambiente político.

Finalmente, estas negociaciones fracasaron y el 18 de abril se declaró la huelga en la mina, lo que constituía un desastre de proporciones para el éxito del gobierno. Esto debido a la posición estratégica que ocupaba el cobre en la economía nacional y además porque una eventual huelga generaba aun una mayor ingobernabilidad. Sergio Bitar, quien en aquellos momentos era Ministro de Minería, declaró años más tarde que “Las pérdidas de ingresos eran tan grandes, y en un momento tan crítico, que todo esfuerzo por detener la huelga era significativo para mantener en funcionamiento la economía y, por ende, la estabilidad institucional”¹¹.

Al declararse la huelga, llama la atención el comportamiento que adoptaron los sindicatos, tanto en el ámbito de obreros como de los empleados. La mayoría de los primeros, prontamente retornaron a su trabajo y rechazaron la opción de irse a huelga, reflejando de ese modo sus notorias simpatías por los partidos de izquierda. Por otro lado, los sindicatos de empleados siguieron las directrices auspiciadas por la oposición agrupada en torno a la DC y al PN, vale decir, continuaron con la huelga.

Según el propio Bitar, este comportamiento diferenciado se explica fundamentalmente como causa de un factor político, a saber, aquella que tiene que ver con las lealtades partidistas de los trabajadores, en un momento de extrema polarización del conflicto político.

En concreto los trabajadores de El Teniente estaban organizados en nueve sindicatos, cinco profesionales (constituídos por empleados) y cuatro de obreros, para lo cual se dividió transversalmente el apoyo de la huelga, aunque la mayoría eran empleados. Los más activos sustentadores de la huelga fueron los sindicatos de empleados de Sewell y Minas, Caletones y Coya y Pangal. Algunos sindicatos de empleados como el de Santiago no paralizó sus funciones debido a las simpatías por el gobierno¹².

Como consecuencia del mismo proceso, tempranamente comenzaron a hacerse presentes las primeras manifestaciones de violencia, en la misma provincia en conflicto: “El martes 8 de mayo grupos de empleados en conflicto se tomaron el camino de acceso a la mina y agredieron a los buses que transportaban trabajadores que se dirigían a sus faenas. Los desmanes prosiguieron al día siguiente y se extendieron hasta culminar con la toma de las instalaciones de

¹⁰ Los resultados finales de esa elección fueron los siguientes: Confederación Democrática, 56,9%; Unidad Popular, 43,4% de la votación total. Datos en Arturo Valenzuela, *El quiebre de la democracia en Chile*, FLACSO, Santiago, 1988.

¹¹ Sergio Bitar, *Transición, Democracia y Socialismo*, op. cit., p. 231.

¹² *Ibid.*, p. 20.

la empresa en Rancagua y la expulsión de los trabajadores que se encontraban laborando en ellas"¹³.

Si se revisa la prensa del período, claramente se verifica la temprana politización de un conflicto que tuvo un origen estrictamente reivindicativo. Un diario de orientación socialista, declaró al respecto que "Durante el paro patronal de octubre del año pasado, la oposición no logró paralizar los yacimientos de cobre... La bandera del 41% permitió a la oposición lanzar un paro al que adhirieron los 13 mil trabajadores de El Teniente"¹⁴.

Efectivamente, la intención política de esta movilización era provocar un paro general similar al de octubre de 1972, conflicto que, como se sabe, no tuvo el apoyo de casi ningún componente obrero, limitándose sólo a las capas medias y pequeñas burguesas. En el caso de El Teniente, la estrategia de la oposición fue hábil, en el sentido de oponer al gobierno de la UP un núcleo que históricamente fue partidario de posiciones de izquierda.

Según indica la propia publicación ligada al PS, se hicieron ingentes esfuerzos por organizar un paro de solidaridad de los trabajadores de Chuquicamata, además de que intentaron movilizar también a los camioneros, los empresarios de la locomoción colectiva y los empleados bancarios de oposición. Y eso fue lo que sucedió. Después de varios fallidos intentos, el 11 de mayo se logró una paralización de 48 horas en el mineral de Chuquicamata, situación que pronto se manejó satisfactoriamente para el gobierno.

El conflicto de El Teniente, como es posible desprender, rápidamente adquirió ribetes de impacto nacional, lo que conllevó una cuota inherente de violencia física entre los opositores como los partidarios de la huelga. Los primeros signos de enfrentamiento se dieron en el marco del quiebre del movimiento entre obreros y empleados, a propósito de la decisión de adherir o no al conflicto. El mismo diario socialista complementa a la apreciación de Bitar y Pizarro al expresar que "...al producirse el reintegro de los obreros, los empleados y profesionales bloquearon los caminos de acceso al mineral y provocaron destrozos en las instalaciones en un intento por impedir la normalización de las faenas"¹⁵.

El gobierno de Allende reaccionó con dureza frente a estos acontecimientos. El 10 de mayo se declaró Zona de Emergencia en la provincia de O'Higgins, lo cual aceleró notablemente la intensidad del conflicto, a pesar de que la minoría de los dirigentes sindicales se mantenía en huelga.

La última etapa del conflicto está caracterizada por su manifestación a escala nacional. En este momento, claramente se verifica la convergencia de las fuerzas de oposición en torno a una postura unitaria. Especialmente, la oposición se propuso un plan que incluía el fomento y profundización de la crisis económica, la exacerbación de la pugna política y el bloqueo institucional y la creación

¹³ *Ibid.*, p. 23.

¹⁴ "Paro del cobre es la clave de conspiración contra Allende". *Las Noticias de Última Hora*, 11 de mayo de 1973.

¹⁵ *Ibid.*

de un clima de violencia y caos que incluía violencia política y manifestaciones callejeras, las que más tarde se hicieron aún más incontenibles.

Desde el punto de vista institucional, la oposición política se esmeró en crear un conflicto propio a partir de la huelga de El Teniente. Por esos días, acusó constitucionalmente a los Ministros de Minería, Sergio Bitar, y del Trabajo, Luis Figueroa, bajo el cargo de "violación de los derechos de los trabajadores".

Pero el gremialismo y su órgano de coordinación —la FEUC— observaban muy de cerca los acontecimientos, lo que también era común a otras expresiones de la derecha antipartidista. Ya el día 25 de mayo la FEUC preparó "una gran marcha de protesta" con el fin de sumarse a esta movilización.

El comité ejecutivo de FEUC, liderado por su presidente Javier Leturia, sentenció que "La referida marcha tiene por objeto defender los derechos gremiales de todos aquellos trabajadores y estudiantes que el gobierno está atropellando actualmente en forma injusta, como asimismo exigir la derogación del llamado 'Decreto de Democratización de la Enseñanza'... Estamos estudiando una virtual suspensión de las actividades académicas"¹⁶.

De este modo, el gremialismo se hizo parte de esta lucha que desde el comienzo visualizó como enteramente política y donde se decidían cuestiones trascendentales para el futuro del país. Se tomaron en serio esta cruzada: desde marzo ejercieron una tenaz oposición a la propuesta de Escuela Nacional Unificada (ENU) para lo cual participaron en movilizaciones callejeras e incluso elaboraron "documentos de estudio" donde intentaron rebatir con argumentos el programa gubernamental¹⁷.

Pero el 4 de junio los gremialistas publicaron una carta abierta solicitando la "renuncia" del presidente Allende, en una clara muestra de su postura contingente¹⁸. Mientras tanto, el conflicto con los mineros adquiría más importancia para este movimiento. El día 8 de junio, el Movimiento Gremial organizó una marcha estudiantil desde Santiago a Rancagua en apoyo a huelguistas, dando comienzo a una férrea alianza con los mineros movilizados.

2. EL GREMIALISMO Y LOS MINEROS. DESARROLLO DE UNA ALIANZA INSURRECCIONAL

Fueron distintos los sectores sociales que apoyaron la huelga de El Teniente, y la casi totalidad de ellos tenía algún lazo formal con organizaciones y partidos opositores, como la Democracia Cristiana —que controlaba el sindicato de empleados—, y la derecha en sus múltiples expresiones. En Santiago recibieron el respaldo de sectores gremiales, empresariales y estudiantiles, que constantemente

¹⁶ "Los estudiantes de la UC preparan una gran marcha de protesta", *La Tercera de la Hora*, 25 de mayo de 1973.

¹⁷ FEUC, ENU, *el control de las conciencias: Informe crítico preparado por FEUC*. Santiago, 1973.

¹⁸ *El Mercurio*, 4 de junio de 1973.

intentaron que el conflicto de El Teniente se fortaleciera y apareciera como un signo de ingobernabilidad.

El 24 de mayo de 1973, un artículo de *El Mercurio* anunciaba la realización de al menos dos marchas callejeras y mítines de parte de estudiantes que solidarizaban con la huelga. En concreto, 21 centros de alumnos de la Universidad de Chile, que agrupaban a 25 mil estudiantes, sumado a los académicos agrupados en el Frente Universitario, adhirieron a la convocatoria¹⁹.

Es aquí donde el gremialismo apareció y se hizo presente de una manera protagónica, incluso rebasando a organizaciones tan poderosas como los partidos políticos de oposición. De acuerdo a Bitar y Pizarro, "uno de los incidentes de mayor violencia fue el enfrentamiento entre estudiantes de colegios particulares de enseñanza media, que apoyaban a los huelguistas, y miembros del Partido Socialista, en el cual resultaron siete heridos. Un saldo semejante arrojó el desfile de los gremialistas el 25 de mayo"²⁰.

Al mismo tiempo, se preparó otro actor social relevante que tuvo cierto protagonismo en este ácido período, que también estaba dirigido por miembros de la oposición: "La directiva de la FESES (Federación de Estudiantes Secundarios) acordó realizar una concentración frente a la casa central de la Universidad de Chile, donde los dirigentes darán cuenta de las razones que se han tenido para apoyar a los mineros de El Teniente"²¹.

Hacia el día 14 de junio de 1973 el conflicto se tornó aún más grave, debido a que afectó el propio funcionamiento de la capital. Los mineros huelguistas llegaron en caravana marchando a Santiago, y en el camino se produjeron varios incidentes en la zona del Río Maipo, concretamente en la Carretera Panamericana. El enfrentamiento en el puente Maipo fue protagonizado por 5 mil mineros y un millar de carabineros y su saldo final constó de 12 heridos y el incendio de un vagón de un tren de pasajeros.

La revista *Qué Pasa* informó, en torno a los hechos de la noche del 14 de junio en las afueras de Santiago, que "esa noche, la marcha de los mineros de El Teniente fue interceptada por tanquetas y 'guanacos' de Carabineros, en el puente carretero sobre el río Maipo. Un violento ataque de la policía hizo retroceder a los mineros hasta Buin; de paso, se incendiaron dos vagones de un tren de pasajeros detenido en las inmediaciones de los incidentes..."²².

De acuerdo al semanario, los desórdenes fueron complejos, pues "pese a la represión policial, el grueso de los mineros amaneció el viernes 15 en Santiago, en plena calle República, listo para marchar por la Alameda hasta la Casa Central de la U, ante la cual había programada una concentración de estudiantes

¹⁹ Los académicos de la UP eran minoría en esa casa de estudios. Recuérdese que el Rector era Edgardo Boeninger, de filiación DC, quien fue elegido en 1971.

²⁰ Bitar y Pizarro, *op. cit.*, p. 55.

²¹ "Apoyo a mineros. Huelga de estudiantes secundarios y de la Universidad de Chile". *El Mercurio*, 24 de mayo de 1973.

²² *Qué Pasa*, N° 114, 21 de junio de 1973, p. 6.

universitarios y secundarios, en apoyo de la huelga de El Teniente. Desde las obras del subterráneo, trabajadores UP apedrearón a los mineros; se dice que, en respuesta, éstos dispararon por lo menos un petardo de dinamita”²³.

Su definitivo ingreso a Santiago se produjo el día viernes 15 de junio. En las calles de Santiago se manifestó un leve enfrentamiento con los partidarios del gobierno, sólo detenido por una lluvia y por la acción de personal de Carabineros.

La Prensa, periódico que simpatizaba con el Partido Demócrata Cristiano, sostuvo que “Santiago los recibió como a héroes, los aplausos, el pabellón patrio y la Canción Nacional los acompañó a lo largo de la Alameda Libertador Bernardo O’Higgins, desde la Avenida República hasta frente a la sede del PDC”²⁴.

Así, la DC retrataba el ambiente reinante en las calles de Santiago. Claramente la huelga y sus motivaciones habían quedado relegadas a un segundo plano, aunque los medios de prensa de la oposición se esmeraran en sostener lo contrario, siendo vistos los mineros como los salvadores de un proceso de movilizaciones que parecía irreversible y que culminaría con el fin del gobierno de la UP. *La Prensa* expresa que “Carabineros que los habían reprimido el día anterior, cubría los flancos de la marcha para protegerla de provocaciones, hasta hacerla llegar frente al PDC”²⁵.

La oposición, en pos de su objetivo de aprovechar políticamente a los movimientos sociales agrupados en torno a los mineros, siempre arguyó que sus motivos eran estrictamente gremiales y no políticos. Al parecer, la estrategia discursiva e ideológica de la oposición tuvo un marcado tinte antipartidista y aún antipolítico. Esto era más patente en algunos segmentos de la derecha pero también permeó a la propia DC, como lo muestra su principal medio de prensa²⁶, que afirma: “Y sólo eso es lo que perseguían los trabajadores del cobre: solución para la huelga que mantienen hace dos meses. Con dos que llegaban bastaba, dijeron los dirigentes. Pudieron pasar el cerco más de tres mil...”²⁷.

El momento más notorio de la alianza mineros-gremialismo lo constituyó su alojamiento en su centro de operaciones, mientras esperaban una respuesta del gobierno.

Los mineros fueron acogidos en el bastión del gremialismo, la Casa Central de la Universidad Católica. Al respecto, *Qué Pasa* sostuvo que “... la FEUC abrió las puertas de la gran casa central de la Universidad Católica a 3.000 –dijeron los dirigentes estudiantiles- mineros rancagüinos, de los llegados a Santiago a partir del viernes 15... El 80% de los que entrevistamos había sido partidario de Allende y de la UP... La solidaridad ha sido espontánea y gigantesca. Hay tres

²³ *Ibid.*

²⁴ “... y los mineros lograron llegar”. *La Prensa*, 16 de junio de 1973.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Para complementar este argumento véase, Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1992, especialmente el ensayo VI.

²⁷ “... y los mineros lograron llegar”. *La Prensa*, 16 de junio de 1973.

salas de la UC capitalina atiborradas de donaciones... Javier Leturia, presidente de FEUC, nos confirmó que los estudiantes estaban en paro de 48 horas, prorrogable, en apoyo de los mineros, al cual se plegaron desde el lunes 18 docentes y administrativos. Dijo Leturia: 'Aquí hemos actuado y seguimos actuando en defensa del gremialismo libre'²⁸.

Declaraciones como éstas abundan, en el marco de un conflicto que no mostraba signos de agotamiento, pese a más de dos meses de huelga. De este modo, los huelguistas se instalaron en una de las instituciones que se había transformado en un bastión de la oposición a la Unidad Popular. Liderados por Guillermo Medina –democratacristiano– fueron acogidos por el propio Javier Leturia, Jaime Guzmán (abogado y fundador del gremialismo) e incluso su Rector Fernando Castillo Velasco²⁹.

Dentro de la Casa Central se manifestó una poderosa alianza entre este grupo de mineros y el Movimiento Gremial. Milton Puga, dirigente de los trabajadores, afirma que "mineros y estudiantes han aprendido mucho en esta convivencia... Los mineros nos hemos dado cuenta de que la imagen que teníamos de los universitarios de la UC, como distintos de los otros estudiantes por una cuestión de clases, era falsa: los hemos hallado llenos de deseos de servir, de generosidad y de franqueza. Los estudiantes, por su parte, han aprendido a conocer a los mineros tal como son, sin idealizaciones románticas: rudos, a veces –quizás– groseros, pero con un corazón grande y en el cual la amistad cuando prende –como ha sucedido aquí–, es una cosa muy especial y que no muere jamás"³⁰.

En la Universidad Católica operó una verdadera organización y coordinación interna entre los dos grupos. De acuerdo a *Qué Pasa*, esta estructura "Ha funcionado, y maravillosamente... para montar de la nada una organización capaz de atender el alojamiento, la alimentación, el cuidado médico y hasta el entretenimiento de una masa de mineros fluctuante... pero que en su momento álgido –inmediatamente antes de la marcha del martes 19– superó los tres mil... Se comprende que la FEUC pueda enorgullecerse de su habilidad 'logística'³¹.

El protagonista principal de esta "pseudotoma" fue Javier Leturia, quien fue catalogado como el responsable directo de 'la operación de El Teniente'. También fue destacada la participación de Alberto Hermanssen, Secretario General de los estudiantes de la Universidad Católica.

A pesar de su responsabilidad, Leturia sostenía que su rol era más bien menor. En declaraciones a la prensa, agregó que "la FEUC... sólo tiene a su cargo inmediato la vigilancia y el control de ingreso y salida. Las demás funciones

²⁸ *Qué Pasa*, N° 114, 21 de junio de 1973, p. 9.

²⁹ Para un perfil más biográfico de Medina, véase el reportaje "El hombre de El Teniente". *Qué Pasa* N° 111, 31 de mayo de 1973.

³⁰ *Qué Pasa*, N° 115, 28 de junio de 1973, p. 12.

³¹ *Ibid.*

se han descentralizado, entregándolas a comisiones paritarias de mineros y estudiantes, que actúan en forma autónoma. Sobre ellas, la FEUC sólo tiene una posición general”³².

Algunas comisiones que funcionaron dentro de la Casa Central fueron, por ejemplo, alimentación, salud, higiene (donde la Municipalidad de Las Condes enviaba diariamente dos carros-tanques para el aprovisionamiento del agua) y recreación, donde se presentaban películas de cine y shows de variedades. Los mineros incluso recibieron el apoyo del Rector demócratacristiano Fernando Castillo Velasco, quien finalmente abrió las puertas a los mineros en huelga “por tratarse de un acto de solidaridad humana y gremial, sin connotación política”.

En la Universidad, se estructuró un estricto sistema de vigilancia con el fin de la “autodefensa” frente a los ataques de diversos grupos. El presidente de la FEUC sostenía sobre el particular que “La FEUC ha organizado un sistema de vigilancia, a fin de prevenir o repeler eventuales agresiones, que realmente impresiona por su eficiencia... podemos decir que este sistema se basa en dos conceptos claves: controlar a toda persona que circula en la UC o entra o sale de ella —por medio de un mecanismo de ‘credenciales’ de diversos colores— y tener perfectamente planeados los movimientos para responder a cualquier agresión externa”³³.

Este sistema tuvo consecuencias que rayaban en una verdadera táctica de guerra. Incluso un profesor de la Universidad, Jorge Swancek, fue expulsado de la Casa central debido a sus simpatías por la UP y porque “se obstinaba, dentro de su laboratorio, en mantener abierta de par en par una tentadora ventana a la calle Marcoleta, por la cual muchos unipopulistas hubiesen podido entrar a la UC”, sentenció la revista opositora *Qué pasa*³⁴.

Durante su estadía en la Universidad Católica, la violencia cundió constantemente entre los grupos leales a la izquierda y los grupos de mineros y estudiantes gremialistas que allí se refugiaron. Precisamente fue esto lo que sucedió el 21 de junio, cuando se registraron enfrentamientos entre estudiantes de la Universidad Católica y manifestantes de la UP que iban pasando por la Alameda.

De ello dio cuenta el diario *Las Últimas Noticias*, en una crónica que tituló “Extremistas asaltaron la Casa Central de la Universidad Católica”: “A un verdadero asedio estuvo sometida la Universidad Católica entre el mediodía y las últimas horas de la tarde por parte de elementos extremistas que la atacaron con piedras, rodamientos de acero, balines y balas, rompiendo los vitrales de la capilla y la mayoría de los vidrios de sus aulas... los más llevaban barrotes...

³² *Ibid.*

³³ *Ibid.*, p. 13.

³⁴ *Ibid.*

los incidentes se produjeron al terminar de pasar las columnas que concurrían a la concentración final del paro de la CUT³⁵.

La publicación opositora agregó que “todos los accesos a la UC estaban cerrados con cadenas. Las ventanas estaban tapiadas... El ingreso al edificio requería de una identificación rigurosa...”³⁶. Por último, el extenso artículo del diario culminó con una declaración pública de la Federación de Estudiantes, en la cual declaraban la “solidaridad gremial” con los huelguistas, a la vez que denunciaron las tácticas violentistas de los partidarios de la UP.

Los estudiantes se refirieron abiertamente a la “agresión gobiernista” y sostuvieron que “se disparó indiscriminadamente contra mineros y estudiantes que presenciaban pacíficamente el desfile de la UP... La Universidad Católica sigue siendo EL ASILO CONTRA LA OPRESION... Contra la represión gobiernista, los mineros y estudiantes oponemos la solidaridad gremial, hasta las últimas consecuencias”³⁷.

El 26 de junio tuvo lugar una marcha encabezada por las esposas de los mineros en huelga. Allende las recibió en La Moneda, razón por la cual la izquierda reprochó la conducta presidencial, especialmente sus sectores más duros como el Partido Socialista.

Durante el conflicto, otros grupos de derecha se hicieron presentes en esta solidaridad. Por ejemplo, el Frente Nacionalista Patria y Libertad montó un aparato de recolección de fondos en el barrio alto de Santiago para “ir en ayuda de los trabajadores”³⁸.

Todo este proceso culminó con la formación de un Frente Gremialista de Trabajadores, cuya declaración la había redactado Manuel Fuentes, uno de los dirigentes máximos de la organización de derecha “Patria y Libertad”³⁹. Pero fue la FEUC la organización que prestó un mayor apoyo en estos momentos, que se verifica en una presencia activa en la marcha del 14 y en los actos celebrados en la Casa Central los días 18 y 24 de junio, que tuvieron una gran repercusión nacional⁴⁰.

De esta forma el Movimiento Gremial se transformó en un apoyo importante para los mineros huelguistas, especialmente en el momento cuando estos se hallaban apostados en la capital. Como se sostuvo, este grupo de derecha tenía un marcado acento antipartidista, a lo que hay que agregar sus distintos contactos con grupos de la sociedad civil.

³⁵ “Extremistas asaltaron la Casa Central de la Universidad Católica”, *Las Últimas Noticias*, 22 de junio de 1973.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Departamento Comunicaciones FEUC, jueves 21 de junio de 1973. Inserción, *Las Últimas Noticias*, 22 de junio de 1973. Lo destacado es del original.

³⁸ Bitar y Pizarro, *op. cit.*, p. 41.

³⁹ Bitar y Pizarro, *op. cit.*, p. 71. Véase su libro *Memorias secretas de Patria y Libertad y algunas confesiones de la guerra fría en Chile*, Editorial Grijalbo, Santiago, 1999.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 56.

En octubre de 1972 ya Guzmán definía lo que catalogó como “poder gremial” al expresar que: “...La entrada en escena del ‘poder gremial’ que el país ha presenciado en los últimos días, representa la consolidación de un fenómeno que excede con mucho a la actual amenaza estatista”⁴¹.

Como vemos, su pensamiento se tiñó de ribetes antipartidistas, característica común a estas vertientes de la derecha que se inspiraron en el corporativismo franquista y que tenían una fuerte crítica a la democracia chilena. El abogado sostuvo que “... los gremios, nacidos muchas veces bajo el alero de los partidos políticos, han adquirido conciencia de su madurez, y ya no aceptan continuar siendo instrumentalizados por los políticos... es el anhelo de la *participación*, real y no declarada, del hombre de trabajo en su propio destino... Además creo también en el gremialismo como fuerza de construcción permanente hacia el futuro, porque la naturaleza preponderantemente *técnica*, y no ideológica, de los problemas contemporáneos refuerza la necesidad de que los que conocen y saben en cada rubro de la vida nacional, puedan tener verdadera gravitación en las resoluciones que se adopten... De ahí que, a mi juicio, el gremialismo será un canal fundamental y permanente en la futura reconstrucción nacional”⁴².

Las palabras de Guzmán son enfáticas en este sentido, en torno a considerar a los “hombres de trabajo” concebidos no tanto como empresarios –como se cree a menudo– sino como el ciudadano “de a pie” y desideologizado.

De esta forma, el conflicto en El Teniente tuvo su fin el día 29 de junio, justo en el momento cuando el sector del Ejército comandado por Carlos Prats sofocaba la intentona insurreccional. Así, el episodio que afectó a El Teniente fue el que inició una nueva etapa para las aspiraciones rupturistas de la oposición que no se detuvo hasta el 11 de septiembre de ese mismo año.

CONCLUSIÓN

La huelga de El Teniente representó para la derecha antipartidista el corolario de su más importante transformación, esta es, la de convertirse en una derecha “de masas”. Particularmente para el Movimiento Gremial, que tímidamente se había fundado en 1967 para detener el avance de la izquierda en la universidad así como el de una derecha tradicional que consideraban sin principios y dotada de una debilidad creciente.

Desde 1971 el cuadro social se diversificó con notoriedad en un escenario político tan polarizado como el chileno. Tanto las capas medias como algunos segmentos estudiantiles y de pequeños comerciantes, los sectores más acomodados del proletariado y el “ciudadano común”, aquel que no estaba interesado en las contiendas políticas ni mucho menos en las luchas ideológicas, comenzaron a

⁴¹ “Jaime Guzmán y el desafío gremial”, *Qué Pasa*, 26 de octubre de 1972, p. 38.

⁴² *Ibid.*

presenciar con virtual temor la subversión del "orden y la seguridad pública", factor que radicalizó sus acciones políticas.

Sin duda, aquí se está en presencia también de una gran masa ciudadana que era anticomunista por antonomasia, incluso desde el punto de vista de su cultura predominantemente individualista y de ascenso social.

¿Cómo entender entonces la importante votación de Jorge Alessandri en 1970, las notables *performances* del Partido Nacional desde las elecciones municipales de 1971 y los sucesivos triunfos del Movimiento Gremial en la FEUC, ininterrumpidos desde 1968, donde incluso derrotó a la Democracia Cristiana y a la izquierda en pleno auge de la reforma universitaria?

Sólo una cosa parece clara, y es que la oposición a la Unidad Popular no sólo se constituyó como un bloque homogéneo que se conformó por los sectores directamente afectados por las políticas de cambio impulsadas por Allende desde 1970, como puede ser el caso del alto empresariado. También esta oposición se encauzó socialmente en una pluralidad de actores no tradicionales, que con el proyecto de transición al socialismo percibieron que se desvanecían sus posiciones sociales de relativa influencia y poder.

Esta fue la condición esencial que tuvo la derecha chilena para convertirse en una expresión "de masas" en el paisaje político chileno, lo que se ve reflejado en la importante hegemonía que alcanzó el Movimiento Gremial en la huelga de El Teniente. La retórica extremadamente obrerista de la Unidad Popular, así como algunas acciones llevadas a cabo por su fracción de izquierda, facilitaron notoriamente la activación de estos miedos que derivaron en la formación de un clima de desgobierno y caos.

En El Teniente ocurrió un hecho bastante extraño en ese sentido, ya que en un espacio donde habitaba una importante población obrera-industrial históricamente de izquierda, todavía en mayo de 1973 existía alrededor de un tercio de los mineros en huelga. ¿Por qué se dio esta situación? Una respuesta puede ser que el conflicto se manifestó en una coyuntura de suma polarización política, lo que lo hizo alcanzar ribetes de conflicto nacional. En este sentido, la influencia de la derecha gremialista (y de la derecha en su conjunto) fue capital, apoyando intensamente a los mineros, trasladándolos desde una esfera gremial a una netamente política.

Este fue el momento preciso que tuvo la derecha agrupada en la FEUC para ampliar sus tradicionales bases de apoyo, que ni siquiera en el marco del paro de octubre de 1972 lo había logrado. Ahora, con una población obrera bajo sus filas se legitimaba más aún la oposición cívica, lo que constituía una legitimidad también para sus estrategias que en ese instante apuntaban a la caída de la administración de la UP.

El conflicto de El Teniente, en el contexto de una crisis sin precedentes en la historia nacional, se configuró como la definitiva puerta de entrada de la derecha chilena en un sector que le fue particularmente esquivo. Esto es lo más importante y constituye una relevante transformación histórica. Sin perjuicio de lo breve de esta alianza -acallada por el golpe de Estado-, representa el momento

culmine de una derecha "de masas" que deja planteadas interrogantes acerca de las condiciones que llevaron al quiebre de la democracia en Chile.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Diarios

El Mercurio
La Tercera de la Hora
Las Últimas Noticias
La Prensa
Las Noticias de Última Hora

Revistas

Qué Pasa

Documentos

FEUC, ENU, *el control de las conciencias: Informe crítico preparado por FEUC*. Santiago, 1973.

Libros y Artículos

- Genaro Arriagada, *De la vía chilena a la vía insurreccional*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1974.
- Sergio Bitar, *Transición, socialismo y democracia*, Siglo XXI, Caracas, 1977.
- Sergio Bitar y Crisóstomo Pizarro, *La caída de Allende y la Huelga de El Teniente. Lecciones de la historia*, Las Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1986.
- Luis Corvalán Márquez, *Los partidos políticos y el golpe militar del 11 de septiembre de 1973*, CESOC, Santiago, 2000.
- Sofía Correa et al., *Historia del siglo XX chileno*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2001, pp. 261-276.
- Sofía Correa, *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2005.
- Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1992, ensayo VI.
- Manuel Fuentes, *Memorias secretas de Patria y Libertad y algunas confesiones de la guerra fría en Chile*, Editorial Grijalbo, Santiago, 1999.
- Tomás Moulian y Manuel Antonio Garretón, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Ediciones La Minga, Santiago, 1983.
- Tomás Moulian, *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, LOM Ediciones, Santiago, 2006, capítulo VI.
- Julio Pinto (Editor), *Cuando hicimos historia*, LOM Ediciones, Santiago, 2005.
- Verónica Valdivia, *El golpe después del golpe*, LOM Ediciones, Santiago, 2003.
- Arturo Valenzuela, *El quiebre de la democracia en Chile*, FLACSO, Santiago, 1988.
- Augusto Varas, *La dinámica política de la oposición durante la Unidad Popular*, Documento de Trabajo, FLACSO, 1977.

POLÍTICA EN CARICATURAS Y FOTOMONTAJES DE LA PRENSA CHILENA: RISAS Y SONRISAS

Lorena Antezana Barrios*

“La caricatura es el arte de deslizar una estocada
entre las costillas de la víctima cuando ella está aún
admirando la decoración de la hoja”.

SEARLE, Ronald. 1974

La caricatura en Chile ocupó un lugar importante muy ligado a la política hasta la llegada de la democracia tras el Régimen militar de Augusto Pinochet Ugarte. Durante el periodo de transición, la caricatura pierde la fuerza política que la había caracterizado hasta ese momento asumiendo una tarea más dedicada al humor y la entretención.

En general, las caricaturas participan del campo contestatario del poder y se desarrollan a partir de múltiples registros gráficos y semánticos. A lo largo de la historia, y siendo particulares de cada país, las caricaturas brindan, por un lado, un testimonio claro de las problemáticas que aquejan a los ciudadanos, de las luchas de poder, los conflictos sociales, políticos y económicos y, por otro, a través del recurso de la risa, de la sátira o la ironía plantean una interrogante, invitan al lector a participar de un juego “serio”, pues está basado en una percepción de la realidad.

Es frecuente escuchar la frase “una imagen vale más que mil palabras”. A pesar de la relatividad de esta afirmación de acuerdo al contexto específico, el tipo de receptor y la situación a la que haga referencia, un hecho innegable es que una imagen (entendida como una fotografía o un dibujo) puede en muchas ocasiones hacer más comprensible algo, transmitir un sentimiento o expresar una idea con más fuerza que un discurso. De ahí la capacidad expresiva de una caricatura y su importancia también en el campo de lo político.

Los problemas (guerras o revoluciones de antaño, por ejemplo) engendran verdaderos combates de pluma, y es posible percibir, a lo largo del tiempo, la fuerza de la imagen en la construcción de la opinión pública. El medio de comunicación elegido para este “combate” es, sin lugar a dudas, la prensa escrita.

Este artículo se nutre de dos investigaciones realizadas sobre caricaturas presentes en los diarios *La Tercera* y *El Mercurio*¹ y el análisis de los fotomontajes sobre temas relacionados con la política presentes en las portadas y contraportadas del *The Clinic*². La primera nos permite contar con una visión panorámica de la

* Doctora en Información y Comunicación, Directora de Postgrado del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile.

¹ Investigación realizada con financiamiento de la Universidad del Pacífico. 2004.

² Investigación que se realizó en el marco de un seminario de grado para optar a la Licenciatura en Comunicación Social. Universidad Diego Portales. 2005.

situación de la caricatura en la prensa cotidiana hoy, mientras que la segunda se detiene en el análisis de una problemática emergente que ha tomado fuerza en nuestros días.

ANTECEDENTES CERCANOS

Toda la actividad de los caricaturistas chilenos se vio interrumpida en septiembre de 1973 con el cierre de publicaciones o el cambio en la línea editorial; en palabras de María García, "las transformaciones que se dieron provocaron una disminución en la calidad de los trabajos de humor gráfico, ya que no podían criticar o poner en jaque determinados hechos ya que eran censurados y constantemente perseguidos"³.

Sin embargo, años después (1977), aparece la revista *Hoy*, que sería la primera revista con humor de denuncia masiva que surge después del golpe de Estado. La revista llegó a contar en 1980 con dos páginas completas de humor político, una columna en el mismo estilo y un dibujo editorial. Las siguientes publicaciones que aparecieron fueron *Análisis*, *Apsi*, *Cauce*, *Pluma y Pincel*, *La Bicicleta*, todas ellas con un humor gráfico, generalmente político, de crítica

HUMOR



La Tercera. 05.03.2005

³ García Naraf, María de las Mercedes. Humor gráfico. Universidad de Chile. Facultad de Arte. 1992, p. 69.

profunda. En cuanto a los diarios, surgieron *El Fortín Mapocho* con su personaje Margarita, y luego *Negro y Blanco*.

En la medida que se recupera la libertad con el gobierno de transición (1989), aparecen revistas como *Loro* y *Humanoide*, como una forma de reactivar el humor político en democracia. Sin embargo, éstas mueren al poco tiempo.

Los humoristas gráficos que trabajaban en esos años van desde Nakor, Hervi, Rufino hasta Guillermo Bastías y Mani. Actualmente, en relación a los diarios de circulación nacional, sólo *La Tercera*, *El Mercurio* y *La Nación* mantienen la caricatura del Editorial. *La Hora*, diario gratuito de circulación masiva, también lo incorpora y *The Clinic* (noviembre de 1998) en su portada y contraportada, pero en éste último no se trata ya de una caricatura tradicional sino más bien de otra técnica: el fotomontaje.



The Clinic nace en 1998. Ese año los medios nacionales dedicaban gran parte de sus espacios a la detención de Augusto Pinochet en Londres, más específicamente, en The London Clinic. Como se sabe, fue el nombre de esta clínica lo que motivó la aparición de este nuevo medio de comunicación. Éste abordó el suceso de una forma poco convencional, ya que le dio al hecho una mirada más crítica. Lo que los grandes conglomerados no se atrevían a decir, *The Clinic* sí lo expresaba. En un comienzo, Pinochet fue el blanco de todos los ataques.

The Clinic nació como un pasquín de cuatro páginas y su circulación se limitaba a 20 mil ejemplares quincenales. El comienzo no fue para nada feliz, las primeras 8 ediciones no se vendieron y la distribución no tenía una organización definida. Las calles de Santiago, universidades y bares eran los lugares escogidos para su distribución, aun en forma gratuita.

Luego de un tiempo, y dejando de lado la figura de Pinochet, este medio se transformó en un periódico alternativo en que el humor, la cultura y el periodismo juegan importantes roles. De un comienzo dubitativo, con poco tiraje y nada de ganancias, *The Clinic* se ha convertido en uno de los periódicos más vendidos del país con 50.000 ejemplares por quincena, más que ninguna otra revista. La combinación de humor, temáticas contingentes, destacados colaboradores y opinión, ha logrado que este periódico sea apetecido por un amplio margen de público desde la clase política, de izquierda a derecha, pasando por los empresarios hasta llegar a los jóvenes, que están en busca de aquello que no aparece en la prensa ni en la televisión.

LA GENERACIÓN DE RISAS Y SONRISAS

Antes de entrar en el análisis, detengámonos brevemente en algunos principios que orientan las caricaturas.

Parece claro que el principio lúdico es un mecanismo importante. De él proceden todos los recursos esenciales de la caricatura. Este principio permite disimular el origen político del mensaje transmitido, pero, a pesar de ser el eje del trabajo, nunca se presenta de manera uniforme. Es ciertamente un universal compartido por todos pero de acuerdo a los lenguajes, las representaciones y los simbolismos propios de cada grupo social de los cuales es la traducción más implícita. Lo que es cómico para uno no lo es necesariamente para el otro. Existe, entonces, toda una gama sutil y rica de grados de elaboración, de concepción y de percepción de lo cómico. Si nos fijamos en las caricaturas que publica *El Mercurio*, por ejemplo, lo que se constata precisamente es que, para que el mecanismo cómico se desencadene, el lector debe estar al tanto del contexto político del país y, una vez en sintonía con éste, será su propia preferencia política la que defina su reacción final.

Como se ve, se trata para los creadores de encontrar, una vez bien formulados los objetivos y su mensaje, a qué mecanismo del comportamiento sociopolítico hacer referencia para desencadenar el proceso de transgresión⁴. La caricatura

⁴ Clerc, Catherine. *La caricature contre Napoléon*. Editions Promodis. 1985, p. 91.

hace un guiño, brinda una pista que, una vez detectada por el lector, desencadena la lectura adecuada. En su elaboración hay algo que molesta, que hace ruido y este pequeño “detalle” (no casual, premeditado) es el que busca el creador de caricaturas.

Lo que provoca la risa será, entonces, el revelador de una época específica, de una cultura nacional particular, de las representaciones e identidades sociales tal cual son y se piensan, tanto para productores como para receptores⁵. Para Michel Melot, la risa es, en efecto, el motor y la condición de vida de una cultura en la medida en que es una actitud social aprendida. Es una sanción social de ciertos valores transgredidos, sobre todo a nivel de las normas de representación.

El caricaturista de humor es un ciudadano impotente que ha perdido todo salvo el recurso de “hacer como si”. Hacer como si la trampa en la que estaba preso fuera relajada. Hacer como si fuera libre y feliz, aunque muy radicalmente no lo sea. Se trata de un juego, es una ilusión, que como la mayor parte de los juegos sólo tienen la pura gratuidad de la diversión. Sin embargo, este juego puede operar derivando o recanalizando la agresividad, cuestión ésta última no menor.

La más evidente función del juego caricatural es la de ser una deformación crítica que tiende a reformar (o extinguir) lo que ella deforma. El lenguaje del dibujante se parece aquí al del moralista: el caricaturista acusa un rasgo; porque él es el acusador de una actitud moral. Ciertamente la caricatura no es forzosa

ESAS PASIONES



—Sí pues Ricardo, uno se puede querer a dos mujeres a la vez!

El Mercurio. 20.03.2005

HUMOR



—Retrasemos los relojes seis años, a ver qué pasa.

La Tercera. 12.03.2005

⁵ Searle, Ronald; Roy, Claude; Bornemann, Bernd. *La caricature. Art et manifeste. Du XVI siècle à nos jours*. Editions d'art Albert Skira. Genève. 1974, p. 94.

y únicamente agresiva. El rasgo acusado no es siempre acusador. Puede ser subrayado al contrario para poner en evidencia un movimiento de simpatía, un juicio de aprobación⁶. Algo de esto se aprecia, por ejemplo, en la caricatura de *La Tercera* donde el caricaturista, a partir de un dato concreto de las encuestas que muestran un descenso en las preferencias por un candidato, muestra una solución absurda pero que resulta simpática.

Son dos pues los elementos básicos que definen una caricatura: por una parte, la deformación y, por la otra, el efecto de la risa o de la sonrisa provocada por esta deformación. La deformación sería definida como el artificio que tiende a una alteración expresiva del modelo. Frente a un modelo, el artista o el creador busca la deformación que le conviene.

El humor y la ironía son armas de la lucidez, una defensa permanente contra los arcanos y abusos del poder. Pero hay una diferencia entre la risa y la sonrisa, entre lo cómico y la ironía. Un caricaturista no desencadena jamás la verdadera risa, la risa a carcajadas, la risa hasta las lágrimas. Se contenta con hacer nacer una sonrisa imperceptible. Al preguntarle a Hernán Vidal (Hervi) por la función social de la caricatura éste señaló "...dar en forma directa y simple una visión particular acerca de un tema de interés común. Y además, claro, aportar el beneficio del humor, que tiene comprobadas virtudes terapéuticas. Una sonrisa interior hace milagros en este mundo hipertenso"⁷.

Si el humor es el que genera la risa a carcajadas, es la ironía la que dibuja en los lectores sólo una sonrisa, pues la ironía, se ha dicho, es el arte de jugar con el fuego sin dejarse devorar por él. La ironía del caricaturista no es la ironía corrosiva de los grandes panfletarios, es una ironía alusiva, una broma bondadosa y como distraída.

TEMÁTICAS ABORDADAS

Detengámonos ahora en los resultados de las investigaciones realizadas, los que ponen en evidencia las particularidades de caricaturas y fotomontajes en el Chile de hoy.

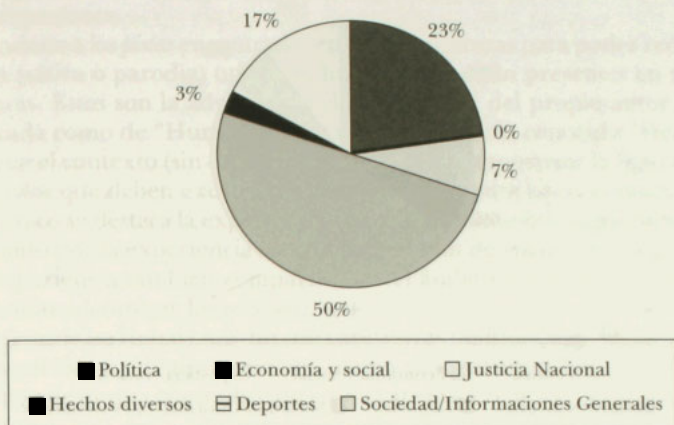
A nivel general podemos afirmar que las caricaturas contenidas en la página Editorial o de Opinión de la prensa escrita analizada, mayoritariamente no tienen relación con las temáticas abordadas en el editorial y columnas de opinión, aunque sí abordan temáticas de actualidad noticiosa que quizás coinciden con las notas desarrolladas al interior de cada periódico.

Existen grandes diferencias en los temas que aborda cada uno de los periódicos analizados, ya que *La Tercera* privilegia el acontecer Político, hechos diversos y Justicia, mientras que *El Mercurio* destaca hechos diversos, sociedad e informaciones generales. *La Tercera* ni siquiera consigna el Deporte, temática

⁶ *Ibid.*, p. 13.

⁷ Entrevista realizada por la autora en el marco de la investigación "La ironía, la sátira y el humor en la caricatura de prensa", 2004.

La Tercera



que sí es abordada en *El Mercurio*. La Cultura no es abordada por ninguno de los dos diarios.

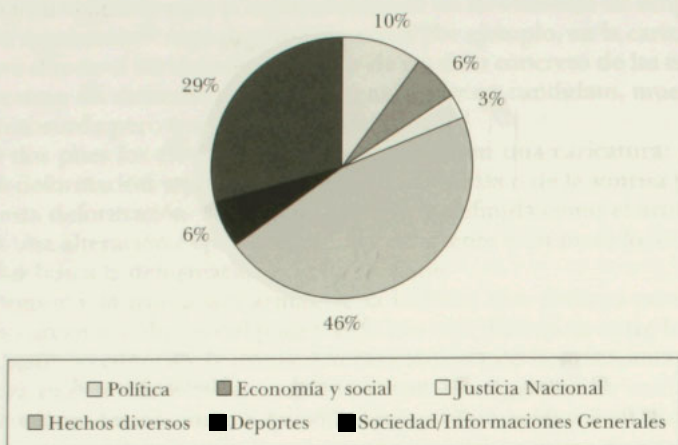
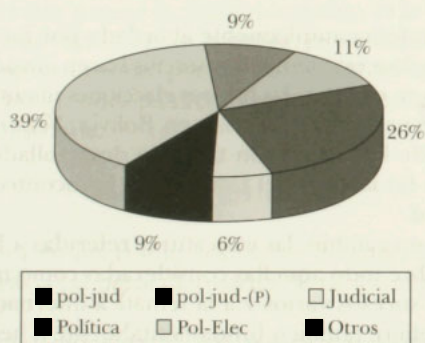
La política es un tema ampliamente abordado por *La Tercera*. De las caricaturas elaboradas sobre este tema, dos tercios hacen alusión a la contingencia nacional, sobre todo en cuanto a las futuras elecciones mientras que las restantes aluden a temas internacionales (la crisis en Bolivia, Venezuela, por ejemplo). Los temas propios de la Justicia son también desarrollados, particularmente aquellos referidos a las labores del Congreso y los acontecimientos ocurridos en Colonia Dignidad.

En *El Mercurio*, en cambio, las caricaturas referidas a hechos diversos son las que destacan, sobre todo aquellas consideradas como insólitas, referidas al ámbito cotidiano, a sucesos varios y a la temática internacional. En cuanto al ítem Sociedad, se refiere también fundamentalmente a hechos cotidianos que afectan a las personas, en salud y medio ambiente.

Estas diferencias ya indican un cambio de énfasis en relación a las temáticas anteriormente privilegiadas por los caricaturistas, fundamentalmente en el diario *El Mercurio* donde lo que prima en la actualidad es el humor simple, ligado a situaciones cotidianas.

En el caso del *The Clinic*, sus portadas y contraportadas tienen la particularidad de ser elaboradas con un motivo especial en cada uno de los números. El mensaje a transmitir no sólo depende de la imagen, sino que de la elección del fotomontaje, de los colores y de la perspectiva a abordar.

The Clinic desarrolla principalmente temas referidos a la política. Para efectos de su tematización en el cuadro se destacan algunos subtemas ligados con ésta. Durante el periodo considerado destinaron un 39% de sus fotomontajes

El Mercurio

The Clinic


a temas políticos electorales y un 26% a temas relacionados con política judicial del “caso” Pinochet, lo cual es coherente con su origen.

Veamos a continuación los principales resultados del análisis de los soportes gráficos considerados⁸.

La Tercera trabaja en mayor medida utilizando la sátira, esto porque también privilegia como temáticas aquellas vinculadas con la política contingente.

⁸ Caricaturas presentes en diarios de circulación nacional (un mes - 60 caricaturas) Diarios *La Tercera* y *El Mercurio*. El mes elegido fue marzo del 2005; en *The Clinic*, 33 portadas, periodo de junio de 2004 a junio de 2005.

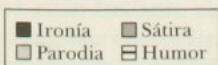
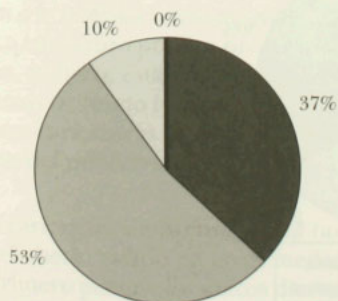
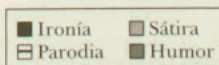
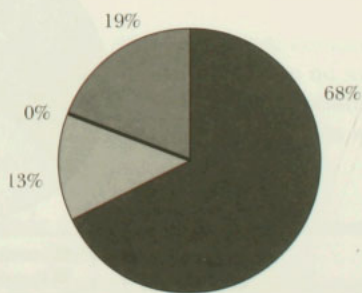
Resulta igualmente interesante la utilización de parodias. En ambos tipos de *recursos* la sintonía con el lector para poder interpretar la caricatura es sumamente importante.

En cuanto a las *pistas* encontradas en estas caricaturas para poder reconstruir la ironía (sátira o parodia) utilizada, hay dos que están presentes en todas las caricaturas. Estas son la advertencia clara en la voz del propio autor (sección identificada como de "Humor" y firma de caricaturista conocido "Hervi") y las que ofrece el contexto (sin esta referencia es difícil reconstruir la figura). Sobre los acuerdos que deben existir entre autor y lector para hacer comprensible el juego irónico se destaca la experiencia cultural común sobre significados y valores, seguido por la experiencia igualmente común de vocabulario y gramática, y una experiencia también compartida en el ámbito de los géneros literarios (que permite identificar los *recursos*).

El Mercurio no trabaja mucho con caricaturas políticas, elige más bien como temáticas el humor de tipo cotidiano, como ya señalamos. Las caricaturas son simples lo que es una contradicción o una rareza en relación al tipo de lectores del diario.

En cuanto a las *pistas* encontradas en estas caricaturas para poder reconstruir la ironía o humor utilizados, al igual que en el caso anterior, son las mismas dos que están presentes. Estas son, como era de esperar, la advertencia clara en la voz del propio autor (sección de caricatura en editorial y firma de caricaturista conocido "Jimmy Scott") y las de contexto. Sobre los acuerdos que deben existir entre autor y lector para hacer comprensible el juego son también los mismos que en el caso anterior.

Las portadas y contraportadas analizadas en *The Clinic* muestran imágenes que entregan un mensaje retórico basado en la ironía, en el humor, en la sátira y en la parodia. Debemos recordar que, en este caso, la temática mayoritaria

Recursos de *La Tercera*Recursos de *El Mercurio*

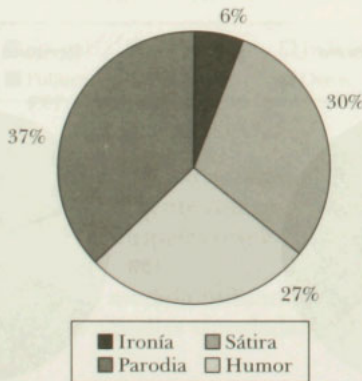
es la política y que la técnica vinculada al fotomontaje consiste en yuxtaponer imágenes, por lo cual la utilización de la parodia es bastante recurrente. Cabe destacar, sin embargo, que un rasgo general incorporado en el tratamiento de las temáticas es el sarcasmo. Tanto la sátira como la parodia incluyen este *recurso*, que es mucho más agresivo y descalificador que el presente en las caricaturas de prensa analizadas.

Lo dicho podría explicarse porque *The Clinic* llegó para llenar un vacío que hasta ese entonces ningún periódico había logrado llenar. Como si un cierto extremo crítico, no exento de un profundo malestar o decepción, reparase rápidamente una deuda histórica. No eran pocas las personas que jamás se sintieron identificadas con la forma de hacer periodismo de los diarios más tradicionales y la aparición de este medio terminó siendo un espacio donde algunas minorías se sintieron amparadas. Fernández concuerda con lo expuesto y cree que “si alguna función social tienen las portadas, creo que justamente es poner en los kioscos otras “caras de la moneda”, poner en los kioscos la manera en que cierto grupo de gente ve la realidad, esa mirada básicamente desacralizadora. Por lo tanto, es poner en escena algo así como un sentimiento democrático profundo, comunicar que todos podemos entrar en un mismo tono de conversación, que no hay vacas sagradas”⁹.

A MODO DE CIERRE

A partir del análisis realizado podemos establecer algunas hipótesis, nada alentadoras, en relación al estado actual de la caricatura de prensa chilena y el fotomontaje. Estas afirmaciones quedan estipuladas como hipótesis que podrían

Recursos de *The Clinic*



⁹ Entrevista realizada a Patricio Fernández. Director de *The Clinic*.

ser validadas en estudios posteriores que analicen en profundidad tanto el fotomontaje utilizado como la caricatura de prensa actual, incorporando a los tres diarios que actualmente cuentan con caricatura (*La Nación* y *La Hora* no fueron analizadas en este estudio) y considerando un tramo temporal mayor de manera de poder contar con muestras representativas que sí permitan generalizar los resultados obtenidos.

1. La caricatura de prensa chilena actual ha perdido gran parte de su potencial político crítico en relación con las etapas históricas anteriores.

Si bien esta afirmación es aplicable a ambos soportes (*El Mercurio* y *La Tercera*) existen diferencias de matices entre ellas, pues las caricaturas de Hervi (*La Tercera*) conservan mucho más las características de la caricatura tradicional, aunque de todas maneras van perdiendo fuerza como crítica social.

Nos referimos a un periodo de decadencia, pues, incluso a pesar de las restricciones a la libertad de expresión impuestas durante el régimen militar, la caricatura era "el" recurso para, con gracia y astucia, dar voz a los que no la tenían, y esto no existe actualmente no sólo porque la caricatura ya prácticamente no se da en los diarios actuales sino que, al rotularla como "Humor", *La Tercera* le quita peso a su rol crítico (a pesar de que Hervi intenta seguir trabajando la sátira política y estar en contacto con la contingencia noticiosa). La caricatura de *El Mercurio*, en cambio, claramente es cada vez más humor sin necesidad de utilizar el título. Se podría confundir con una breve historietita, no hay dobles lecturas posibles, ni guiños al lector, ni complicidades, es el "chiste" puro y llano, no aquel que deja con una sonrisa dibujada, aquel que hace pensar, que hace cuestionarse... sino la broma que persigue la risa fácil y cuyo tema pronto se olvida.

Los temas políticos nacionales e internacionales son bastante más abordados en *La Tercera* (50%) que en *El Mercurio* (10%), sin embargo, y a pesar de la proximidad de las elecciones en el periodo considerado, no son necesariamente el tema privilegiado. En el caso de *La Tercera*, que trabaja el tema político de manera privilegiada, se debe precisar que un tercio de éstas caricaturas se refieren a la política internacional.

La caricatura política presente refleja la situación de los medios de comunicación, es decir, estamos frente a la "espectacularización" de la política; no son los temas de fondo los que son tocados, sino los de forma. Tal vez lo interesante de estas caricaturas es que están realizando un acertado diagnóstico de los intereses del público chileno actual.

2. La caricatura de prensa actual no está ligada a los sectores populares como pudo haberlo estado en otros medios, en otros periodos.

Primero porque los únicos diarios en los que aparece (*La Tercera*, *El Mercurio* y *La Nación*) están bastante alejados del mundo popular, por precio y por las temáticas y lenguaje que utilizan. En segundo lugar, porque apuntan a un público que está inserto en la contingencia, que es capaz de entender y reconocer

a los personajes y que no necesariamente refleja la realidad del mundo popular actual (en cuanto a sus preocupaciones cotidianas).

Es una caricatura neutra. En el caso de la caricatura de Hervi hay mayor tendencia hacia la izquierda pero esto no es muy notorio. En el caso de Jimmy Scott el humor es bastante indefinido y salvo las alusiones al tema de la cesantía y un par de caricaturas políticas que podrían reflejar una tendencia hacia la derecha tampoco ésta es tan marcada.

Si bien hay una cierta sintonía entre lector y autor, la ironía no es tan aguda, es decir, es bastante fácil de entender, lo que se requiere es estar un poco al tanto de lo que sucede. Paradójicamente (en relación al tipo de público al que se dirige cada medio) las caricaturas más alejadas de la contingencia y más fáciles de entender (más "planas") son las de *El Mercurio*.

3. El fotomontaje que utiliza en su portada y contraportada el periódico *The Clinic* podría estar reemplazando a la caricatura tradicional en cuanto a su importancia y función social.

A partir de los resultados de las dos investigaciones realizadas es posible afirmar (preliminarmente) que la caricatura de prensa actual no es heredera de la caricatura de antaño, que ha sufrido una transformación y ha perdido el rol crítico que tenía, rol que creemos ha asumido bajo nuevas condiciones de la *The Clinic*.

El estilo periodístico de *The Clinic* es diferente a los demás medios chilenos, por la forma de enfrentarse al poder y la manera de entregar la noticia en sus portadas. Patricio Fernández, Director del medio, indica que la función social del periódico es mostrar la otra cara de las noticias, es decir, bajar a esos supuestos dioses del cielo y dejarlos al mismo nivel de todos los individuos.

Sin embargo, *The Clinic* tiene un público selecto, no es un periódico de bajo costo y para su "reconstrucción" requiere de un lector "ilustrado", por lo cual se aleja del gran público, sobre todo de aquel más obnubilado por los sucesos de la "farándula".

La caricatura de prensa actual provoca risas y el fotomontaje más que sonrisas provoca muecas.

De acuerdo a lo planteado en este artículo, la risa espontánea estaría ligada al humor, al chiste que divierte pero no deja huella. A la entretención sin reflexión. Si bien *La Tercera* es más crítica que su contraparte *El Mercurio* y utiliza más el recurso irónico, a nivel político tiende a centrar su puntería en el ámbito internacional más que en las dinámicas nacionales, con lo cual pierde mucho de su fuerza.

The Clinic, por su parte, llena este vacío. Posicionando a la política nacional en el centro, utiliza ampliamente los recursos de la sátira y la ironía que habían sido desplazados, mostrándose en condición de hacerse cargo de un rol generador de sonrisas... y sin embargo esto no ocurre, fundamentalmente porque es el sarcasmo (que degrada, que hace daño, que "carga" a su víctima) el que finalmente se desarrolla en sus portadas y contraportadas.

Sin embargo, cualquiera sean los *recursos* usados, las diferencias entre lo cómico y lo irónico, entre las risas y las sonrisas, o entre los distintos grados de dificultad o sutileza apreciables en los diferentes casos, casi todos presentan unas demandas de lecturas que no sería aconsejable descartar. Si nuestra prensa no se hace cargo del desafío y la responsabilidad social que le compete en este particular género, ¿quién asume este papel?

BIBLIOGRAFÍA

- Ballart, Pere. *Eironeia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*. Quaderns Crema. Barcelona. 1994.
- Bergson, Henry. *La risa, ensayo sobre la significación de lo cómico*. Editorial Losada. Buenos Aires. 1947.
- Booth, Wayne. *Retórica de la ironía*. Editorial Taurus, Madrid, 1980.
- Centro de Investigaciones sociales U. Arcis. *La risa y la seriedad: la invención occidental en Chile*. En *Risa y cultura en Chile*. Cap. 3. 1996.
- García Naraf, María de las Mercedes. *Humor gráfico*. Universidad de Chile. Facultad de Arte. 1992.
- Joly, Martine. *Introduction à l'analyse de l'image*. Editions Nathan, París, 1993.
- Mercier, Arnaud. *Introducción. Poderes de la burla, burla de los poderes*. En *Revista Hermes* N° 29. París. 2001.
- Renard, Jean-Bruno. *La Bande dessinée*. Editions Seghers, París. 1978.
- Rojas Guerra, Elena. *Ensayo sobre la caricatura universal y su evolución a través de los tiempos*. Tesis para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Bellas Artes del curso de profesores de dibujo de la Universidad de Chile. 1944.
- Salinas, Maximiliano; Palma, Daniel; Báez, Christian; Donoso, Marina. *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile. 2001.
- Salinas, Maximiliano. *Bueno, dijo y se río: la risa y creación de una lengua popular en Chile*. En *Revista Mapocho* N° 44 (segundo semestre 1998).
- Salinas, Maximiliano. *La risa y el buen humor de los chilenos*. En *Revista Alas y Raíces*. Facultad de Artes U. Finis Terrae N° 5. 2003.
- Salinas, Maximiliano. *En el chileno el humor vive con uno*. LOM Ediciones, 1998.
- Searle, Ronald; Roy, Claude; Bornemann, Bernd. *La caricature. Art et manifeste. Du XVI siècle à nos jours*. Editions d'art Albert Skira. Genève. 1974
- Ulibarri, Luisa. *Caricaturas de ayer y hoy*. Editorial Nacional Quimantú. Santiago de Chile. 1972.

LA LLAMA ILUMINADORA DEL TEATRO:
FIN DEL ECLIPSE, DE RAMÓN GRIFFERO

Jorge Scherman Filer

1. DRAMATURGIA DEL ESPACIO: CONTEXTO Y POÉTICAS

Desde los años 60 se viene cuestionando el rol del dramaturgo. Según nos informa Juan Andrés Piña (1998, 225-31) Chile no se sustrajo de un movimiento teatral a escala mundial que comenzó a poner en entredicho un arte donde primaba el texto y el realismo psicológico de los personajes, lo cual se reflejaba también en puestas en escena cuya escenografía era tradicional. Obras que transcurrían en un living o una plaza, con actores-personajes dialogando sobre la base de unas líneas dramáticas (y/o cómicas) privilegiadamente ancladas en “la realidad”. Este tipo de teatro –nos dice Piña–, fue dando lugar a una nueva dramaturgia:

“El núcleo de su accionar estaba en el actor, en su cuerpo, su voz y sus movimientos. Las obras nacían de sus preocupaciones y no de la propuesta que un dramaturgo trajera debajo del brazo. Rompieron los moldes tradicionales del sicologismo y el realismo y tomaron temas de la calle y de la política, en consonancia con un período de gran agitación social y de utopías irrenunciables. Actuaron en lugares poco habituales como galpones o sitios eriazos, e introdujeron diversos elementos plásticos y lumínicos en sus obras [...]. Allí, la clásica trilogía de autor-director-actor estaba rota, y la oleada de compañías en todo el mundo que se sumó a este movimiento fue significativa [...]” (226).

En Chile –señala este crítico– los primeros atisbos de este nuevo teatro comenzaron en los mismo años 60, continuaron en la década siguiente, pero no sería hasta los 80, (en un contexto político inverso al que dio lugar a este movimiento, agregó), que surgió con fuerza esta visión de la dramaturgia que buscó sus fuentes de inspiración fuera de los textos de teatro clásicos (antiguos o nuevos). Novelas, poemas, mitos y leyendas, diarios de vida, sirvieron de base literaria no tradicional para poner en escena nuevas obras donde “surgieron estas formas teatrales que utilizan un lenguaje más visual que conversacional, más fragmentado que lineal, más oscuro que evidente, más de sensaciones que de explicaciones [...]” (Piña, 228-9).

En el Chile de los años 80 Ramón Griffiero fue uno de los adalides de este movimiento de renovación. Sociólogo con estudios de cine y dirección en sus años de exilio, el autor volvió al país y comenzó a desarrollar una propuesta teatral que terminaría llamándose *dramaturgia del espacio*¹. Este nuevo tipo de

¹ Al respecto, nos informa Javier Ibacache: “En general, se sostiene que hasta la década de los 80, los textos teatrales eran llevados a escena en Chile de manera tradicional. Esto quiere decir que

teatro y de puestas en escena fue particularmente atractiva para el público joven –reitera Piña (228, 229)–, particularmente sensible a una cultura y un arte más ligado a la imagen que a los textos literarios (o específicamente dramáticos) en su formato tradicional.

La *dramaturgia del espacio* es definida como una *poética* y no un estilo teatral (Espinoza, 1999), constituida por dos brazos: una *poética del texto* y una *poética del espacio*. La *dramaturgia del espacio* se sustenta, según Griffiero, en la pregunta: “¿Por qué el ser humano impregna todo su imaginario en un rectángulo?” (EET, 70). Su respuesta es la siguiente: el imaginario del ser humano funciona sobre la base del *rectángulo*, partiendo por la cuna, pasando por formas tan diversas como el cine, la cámara fotográfica, el libro, Internet, y el mismo teatro, hasta el ataúd. Con el paso del tiempo “El espacio rectangular se ha multiplicado y ampliado, permitiendo que la escritura para ese espacio sea infinita” (EET, 71). Y en la evolución del teatro:

[...] “el hombre se dio cuenta de que se puede cambiar el lugar, sin tener que cerrar la cortina que divide los actos para que la gente entienda. Esa percepción es una evolución de lo que llaman una *narrativa visual*. Que permite entender los *click* y los cambios en el espacio sin tener ningún intermediario [...] En el fondo, uno está haciendo una suma de rectángulos, algo audiovisual” (EET, 71).

En esta separación conceptual entre *poética del texto* y *poética del espacio*, Griffiero afirma que en la primera es todo lo que espectador escucha, y en la segunda lo que ve en el escenario. Mientras el texto está fijado, la *poética* “del espacio no está determinada por ninguna obra, no hay modelo que exista” (EET, 73). Así, el caso de *Fin del eclipse* (y otras obras de Griffiero) no hay indicaciones para la puesta en escena, no hay (casi) didascalias y “cada director podrá crear el *espacio escénico*, la *poética del espacio* que desee” (EET, 73). De esta forma –como afirma Ibacache–, “Lo que Ramón Griffiero hizo en aquel momento en que llegó desde Europa fue precisamente esa labor y demostrar que un texto se podía reescribir con las herramientas de la puesta en escena” (EET, 63). También podemos señalar la atingencia de la visión del director Rodrigo Pérez, cuando se refiere a la obra *La patria*, y resalta la importancia del montaje: “[...] una lucha para que el teatro deje de ser una sucursal de la literatura dramática”².

Por último, Griffiero parte de la base de que en el teatro el lenguaje es diferente al habla cotidiana; es decir, “en la vida real nadie habla como escribe” (EET, 71). Y lo que hace el actor es precisamente apropiarse de ese lenguaje

las obras eran escenificadas literalmente, sin que el director pudiera introducir comentarios a través de su trabajo (Escuela de Espectadores de Teatro, 2008, 63 [EET, de aquí en adelante]).

² Véase “La Patria’ torturada de Rodrigo Pérez”, en http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20050608/pags/20050608194844.html.

escrito y “representar la emoción que para los demás es oculta” (EET, 72). Aquí no existe por tanto, infiero, intención de un lenguaje “realista” ni de profundizar en la psicología de los personajes. Verónica García-Huidobro, quien se formó con Griffiero, dice a partir de su papel de Ella en *Fin del eclipse*: “Pero con Ramón el enfoque de trabajo es preguntarse *qué alegoría o qué concepto encarno y significa ver qué tiene que decir el personaje en esa ficción y en estos tiempos, cómo hago que su realidad exprese una metáfora* de lo que quiere hablar la obra, más allá de la interpretación realista” (los énfasis son míos, EET, 66).

En consecuencia, lo relevante en la *dramaturgia del espacio* sería cómo se entrelazan y apoyan ambas poéticas. *Texto dramático y espacio escénico* se requieren mutuamente, y deben construir una nueva estética teatral puesta al servicio de los significados, las metáforas y alegorías de la obra representada.

Veamos ahora cómo funciona esta concepción del teatro en un montaje específico.

2. FIN DEL ECLIPSE: LA LUZ DEL MAR, LA LUZ DEL TEATRO

Enfrentado al llamado “Cuestionario de Proust”, y a la pregunta “¿Qué olor lo lleva a la infancia?”, Griffiero respondió: “El olor de los barcos”³. Naturalmente, los barcos llevan al mar, y en *Fin del eclipse* (Griffiero, 2007b) –la última obra dramática del autor– el océano es una presencia casi omnipresente en la puesta en escena. No sólo está el mar de fondo que ilumina el escenario durante gran parte de la representación, un intenso océano celeste-turquesa moteado de espuma blanca, sino que se trata de un espacio simbólico que permite el viaje, el lugar que acuna este ambicioso viaje por las *dos grandes historias* de la obra: la historia del colonialismo y la historia del teatro⁴.

En *Fin del eclipse*, el mar es el elemento que llevó a los colonizadores españoles a América; el mar que lleva a los estadounidenses a invadir Irak en el portaviones Missouri; es el mar de Cuba que separa a la isla de EE.UU. y que orilla la Bahía de Guantánamo; el mar donde se reencontrarán Amalia (Tària

³ Véase *La Tercera*, julio de 2002, en <http://www.griffiero.cl/entrev.htm>.

⁴ La actriz Verónica García-Huidobro se ha referido en los siguientes términos a su personaje, Ella: “[...] simboliza todas conquistas que ha habido en el globo y todas las invasiones que hemos vivido las civilizaciones” (ETT, 67). Y el mismo Griffiero ha señalado la naturaleza de su obra: “En la actualidad tenemos un teatro de mercado y un teatro de arte. Y el único canal que veo para buscar nuevas ficciones es la *teatralidad*. Desde este lugar, *Fin del eclipse* constituye un homenaje al teatro” (ETT, 65). Y respecto del teatro chileno y sus protagonistas, el director y dramaturgo destaca de su última creación: “El elenco está constituido también desde los diferentes roles del teatro –directores, dramaturgos, académicos– que provienen de las diferentes escuelas de nuestro país y que, según edad y trayectoria, alimentan este montaje desde sus formas escénicas [...] Lo anterior no es anecdótico, ya que en cada actor están imbuidas las formas de representar que nuestro teatro ha construido y que los lugares de formación le han transmitido. Entiendo así el cuerpo del actor en una relación íntima con la historia dramática de su país, en éste, como en todos los montajes, su diseñadora, su músico, sus actores, sus técnicos, reflejan en sí y aportan enormemente con una memoria escénica que los contiene” (Griffiero, 2007a, 29).

Court) y Armando (Luis Alberto Weiss) –el músico fusilado–, en una escena al llegar al fin de la obra, donde se nos da a entender que Armando fue una víctima más de las caravanas de la muerte que siguieron al golpe de Estado de 1973; y es también el mar desde donde regresan Ángela (de nuevo Taria Court, pues estamos frente a una obra donde los cuatro actores y tres actrices representan distintos papeles según la escena y la historia que se cuenta en cada una), y Cristián (Omar Morán), luego de un viaje por sus profundidades:

“Actriz I [Ángela]: [...] cómo les digo [a Cristina (Manuela Oyarzún) y Andrés (Sebastián Layseca)] que nadamos entre corales y nos sumergimos en las ciudades, cómo les digo que nos recibieron con sus colores fosforescentes, con sus aletas nos acariciaban y nos guiaron a hacia cavernas blancas, las rosas del mar se abrían y nos hacían señas con sus ramas, luego llegaron ellos y nos invitaron a seguirlos, de repente ya no nadábamos, nos llevaba la corriente. Él siguió la manta raya, yo lo seguí a él” (77).

Señalemos además que es en un barco sobre el océano cómplice donde transcurre la historia de un amor homosexual entre los marineros: Él (Sebastián Layseca) y Aquél (Álvaro Viguera). Y, por último, el mar es el camino del exilio, que conlleva la posibilidad de descubrir y abrirse al mundo y, ya más sabio, cual Ulises, el océano es la ruta de regreso al hogar natal: “Ella: [...] quien no sufre del destierro no puede conocer su patria” (59). Si es cierto que la patria es la infancia –afirman algunos escritores–, y Griffero recuerda de esos días lejanos el olor de los barcos, su *Fin del eclipse* podría ser también vista como un ejercicio de afirmación identitaria.

Pero además el mar es agua, y el agua remite al origen, al útero materno desde donde arranca y hacia donde se dirige *Fin del eclipse*. Al inicio y al final del texto los personajes son instados a (sobre)vivir. En efecto la obra parte cuando Ella le dice a Él: “Ya sabes respirar bajo las aguas, ¿o no? Tan sólo recuerda ese acuario donde te gestaste. Recuérdalo cuando naufragues y las olas te cubran” (56); y ya casi al terminar la obra Aquél afirma: “Ellos van a naufragar. Él: No. Se adaptarán, aprenderán a respirar bajo las aguas, y volverán a escribir sus historias [...]” (97).

En la obra el mar no sólo inspira el viaje, sino que alumbra el espacio escénico, opera como telón de fondo (plena pantalla), mientras la obra transcurre en el escenario principal acudiendo a una escenografía más bien modesta, o de suma simpleza (“El escenario es tan sólo tablas, es un formato, y los actores deben generar desde ahí el que surjan las múltiples ficciones, transformando su cuerpo en un cuerpo actoral, y así el espacio en un lugar multidimensional”, Griffero, 2007a, 28).

Cuatro puertas de entrada, dos al costado izquierdo y dos al derecho, permiten a los actores y actrices ingresar y salir de escena. Estas puertas dobles de batientes, de cuero rojo y abotonadas –como en las viejas salas de teatro (o de cine, ópera o concierto)– servirán para reforzar la sensación e idea de que estamos frente al teatro dentro del teatro (ver más adelante). Y además permitir que en

algunas escenas los propios actores y actrices sean a la vez espectadores de sus demás compañeros de elenco, mientras estos actúan en un teatro recreado en la parte posterior del escenario.

En efecto, entre este escenario mayor y el fondo de mar, se ha dispuesto una escenografía donde se recrea un teatro antiguo que incluye una tarima rectangular elevada (su propio escenario), enmarcada por un arco, cortinas carmesí que se abren y cierran, y su propia iluminación. De dimensiones más pequeñas que el escenario principal, transcurren aquí algunas escenas. La de entrada, en que Ella "alumbra" y viste al protagonista, dando curso a la representación de Él: autor o dramaturgo que habrá de buscar su desarrollo como artista. Él aparece al inicio semidesnudo en posición fetal desde dentro de una pirámide cuadrangular, transparente y hecha en madera (sólo vemos las vigas, sobre todo su triángulo frontal que se expone a los espectadores). Nos sugiere que Él viene desde muy lejos, renaciendo desde una pirámide egipcia. Esta escena se llama en el texto dramático "La historia" y "Las risas", donde básicamente Ella "[...] da a la luz la historia" (García-Huidobro, EET, 67).

Inmediatamente, en este teatro viene a continuación "La obra", donde ingresamos a una representación dentro de la representación, señalada en el texto escrito por una breve didascalia: "(Una obra se está representando)", 63). Se trata de una pieza de teatro romántica tragicómica situada a fines del siglo XIX, una historia clásica de amor, o más bien de desencuentro amoroso, de celos y muerte, una suerte de actualización y/o cita de un drama shakespeariano en versión española: el relato de un héroe que regresa de la guerra/conquista a reencontrar a su amor (el Actor 2 le lee el texto a representar a la Actriz 1: "Llueve, la chimenea está prendida, el viento hace volar las cortinas, tú estás leyendo *Otelo*", 63-4). Pero aquí la amada no se llama Desdémona, sino Beatriz, como en la *Divina comedia* de Dante, evidencias de un homenaje de Griffero al arte dramático y a la literatura. Yo leo en esta escena y su continuación, "La obra 2", donde culmina el drama con la muerte de la protagonista y su esposo a manos de Él, que en este espacio escenográfico transcurre el drama (y comedia) en su versión tradicional. Esta representación se acompaña de una escenografía de teatro clásico: un living y su decoración de época pintada sobre la pared del fondo (el decorado del mar desaparece durante "La obra"). El clasicismo romántico se reproduce en el vestuario y en el maquillaje de los tres actores. Y los personajes dialogan en un lenguaje al estilo del teatro de fines del siglo XIX⁵.

⁵ Siendo teatro dentro del teatro, y un homenaje a éste y su historia, Griffero no deja de actualizar la obra y establecer una doble correspondencia entre ayer y hoy, entre "realidad" y ficción. La Actriz 1 dice: "Sí, como actriz sé lo que viene, como personaje no puedo saber el futuro. Además de hecho a mí me pasó lo mismo que a ella. ¿Te lo he contado? Actriz 2: A mí, no. Actriz 1: Lo fui a despedir al aeropuerto. Se fue al exilio, yo lo imaginaba rodeado de inglesas y francesas, no sabía mi dirección, ni mi teléfono. Le escribí tantas cartas, para mí, en realidad. Volvió y yo estaba de novia. Por eso me gusta esta obra" (64). Cabe destacar que este diálogo tiene lugar en el escenario principal, inmediatamente antes del inicio de la puesta en escena de la pieza romántico-trágica, y

Por último, en el miniescenario del teatro antiguo (ya retirada la escenografía de "La obra") se sitúa la escena en la Cuba para turistas. Denominada "La explosión, un grito en la playa", aquí el mar se hace de nuevo "real", está a plena pantalla a los pies de los personajes, y se destaca aún más con un aumento de la iluminación sobre este fondo marino. Las Actrices 1 y 2, el Actor 2 y Él representan ahora una escena compleja que mezcla el sueño y la realidad, y que está conectada con el cierre de la escena "La obra 2", ya mencionada. En efecto, esta última había terminado con la Actriz 2 diciéndole a Él: "Os compadezco señor, disparad al cielo y herid a Dios, para calmar vuestra tristeza" (69), y ahora la escena que da paso a "La explosión, un grito en la playa", se inicia con: "Actriz 1: ¡Despierta! Él: Yo había disparado al cielo y herido a Dios" (73). A partir de este momento en la escena, en términos escenográficos, el miniescenario posterior y el escenario principal actúan *como vasos comunicantes*. Los amigos de Cristina y Andrés han salido a comprar el desayuno, mientras ellos los esperan "arriba" en la playa. Desde una de las puertas de batientes aparecen Ángela y Cristián, vestidos con ropa caribeña (al igual que Cristina y Andrés), *estableciéndose un diálogo entre ambos escenarios*, pues ambas parejas de personajes hablan sobre la otra, aunque no entre ellas. De esta manera las dos zonas de representación se integran plenamente. A todas luces, esta comunicación entre escenarios, visual y textual, forma parte de la *dramaturgia del espacio* de Griffero, que ya habíamos observado en las escenas de "La historia", "Las risas", "La obra" y "La obra 2", estrategia de representación teatral al que se recurrirá también en escenas ya cerca del término de *Fin del eclipse* ("Mirando el universo", "Los monólogos" y "Mirando el universo 2").

La poética del espacio también se hace presente en las escenas "El balazo al cielo" y "En el portaviones", que transcurren sobre un pequeño y bajo tablado rectangular, levemente ondulado al centro, situado en el escenario principal muy cerca del público (se mantiene allí durante toda la obra y sirve a otras escenas). Aquí los Marine 1 (Omar Morán) y Marine 2 (Luis Alberto Weiss) navegan en el Mar Rojo, en el portaviones Missouri (nos lo dice la didascalía y el diálogo de los personajes en el texto y en la representación misma). ¿Cómo que un portaviones en un escenario de teatro?, le han preguntado a Griffero. Y su respuesta segura es: "Obvio que se puede hacer porque está en la obra y en nuestro registro [en el sentido de que cada uno 'contenemos la historia']" (EET, 69). Señalemos que en la primera escena de *Fin del eclipse* se halla apoyado sobre este tablado un cuadro tapado. Antes de retirarse con la pintura del escenario por primera vez Ella lo levanta y vemos su contenido: un paisaje marino con dos barcos (una carabela y un trasatlántico) y dos aviones sobrevolando el cielo gris (uno de guerra y otro pequeño difícil de precisar su tipo). Pues bien, la escena "El balazo al cielo" termina cuando el Marine 2 dice: "Despegan los F-16, vamos águilas, dejen caer sus regalos sobre esas casuchas de arena,

forma parte del trabajo de ensayo de "La obra"; es decir, asistimos aquí a una escena "real" que da paso al teatro dentro del teatro.

donde sólo germinan los alacranes. Que se les ilumine el cielo de fuego y que sientan lo que es fin de mundo. Que lloren más de lo que yo lloré esa mañana de septiembre. Bastardos, 'mother fuckers'" (70). Es decir, no sólo ya nos venía insinuado desde el comienzo de *Fin del eclipse* el tema del mar y los barcos, sino que además los aviones que harán volar las aldeas iraquíes, y que en septiembre de 2001 hicieron caer las Torres Gemelas. Observamos así elementos de la escenografía complementándose con el texto dramático y como parte de la historia (la factual y la representada en escena).

Antes del colofón con que termina este artículo me interesa destacar algunos aspectos de la obra donde se cruzan texto y elementos escenográficos que me hacen ingresar en un terreno de valoración crítica de *Fin del eclipse*. Me refiero al menos a tres escenas abiertamente caricaturescas y/o hiperbólicas, que no se condecirían con su naturaleza esencialmente trágica. La primera nos lleva a un melodrama folletinesco dentro de "La obra 2", en el momento que ésta termina y la Actriz 2 (Manuela Oyarzún) se saca su vestido estilo siglo XIX, se transforma en una empleada doméstica contemporánea de delantal y termina arrodillada, diciéndole a Él para que no la mate:

"Actriz 2: Piedad, Señor, que sólo soy una simple sirvienta, fuera de aquí hay una pieza que me espera, pequeña, con un mantel puesto, donde yacen las flores que recogí de este jardín. Ahí está mi madre, que ahora cocina y espera verme llegar, y ésa es su única alegría, me preguntará si vengo cansada y pondrá a hervir el caldo. También, Señor, hay un amor y quién sabe, un futuro, que por mi trabajo sólo puedo ver cuando se oscurece el día, con él adivinamos una vida que nos espera, levantad una tabla, debajo de mi cama, ahí encontraréis mis ahorros, ínfimos pero suficientes para hacerme soñar" (68).

La segunda escena de caricatura, donde la hipérbole alcanza su punto más alto, dice relación con las escenas de los marinos. El Marine 2 levanta un discurso panfletario, plagado de los lugares comunes que no puede leerse sino atribuibles a un "gringo" machista, poco sofisticado, fanteche y chovinista. Al mismo tiempo, la gestualidad sexual en escena del Marine 2 es literalmente grotesca. Además se ha elegido para este papel a un actor de pelo castaño claro, alto, musculoso y de ojos celestes: un estereotipo o un "típico" cuerpo masculino estadounidense, que cuesta no asociar con un "héroe" del peor Hollywood. Asimismo, este personaje contrasta con el Marine 1, un latino californiano oriundo de Quetzaltenango, moreno, de bigotes, medio cobarde y plagado de dudas sobre el sentido de la invasión a Irak.

Por último, está la escena de "La revolución". Aquí, haciéndonos entender que estamos en la década de los 60 o 70 (lo dice además el vestuario), encontramos a un grupo de camaradas ("revolucionarios", los llama el mismo Griffero, 2007a, 27) que nos remite en versión chilena al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), puesto que la cortina de fondo, y que en esta escena

oculta el miniescenario y el mar, es roji-negra, y Elena (Manuela Oyarzún) moribunda pide que la cubran con una bandera de los mismos colores. Los discursos de los personajes en ciertos pasajes son, al igual que en el caso del Marine 2, marcadamente planfentarios, y entendemos, a partir de lo expresado por el mismo dramaturgo y director, que se trataría de una cita que se apoya en "la textura del teatro épico" (Griffero, 2007a, 28). Pero esto no es todo. Al final de la escena resulta que se trata de jóvenes nazis que terminan saludando con un "¡Vida eterna al Führer!" (87), mientras la agonizante Elena expira luego de decir: "Ahora me voy feliz, no olvidéis de vengarme con la muerte y exterminio de todos los judíos, marxistas, masónicos. Adiós, os quiero camaradas" (87). Y uno no sabe al fin si se trata de humor negro⁶, o bien si este personaje de Griffero nos está diciendo seriamente que a fin de cuentas los fascistas y estos "revolucionarios" serían homologables (si no en sus acciones, al menos en sus discursos desquiciados, como el de Elena antes de morir).

Pedro Lastra parece haber detectado la ambigüedad de *Fin del eclipse* en escenas como las recién mencionadas: "Al efecto intrigante de la laberíntica estructura, se agrega el uso de un lenguaje deliberadamente ampuloso⁷, y el recurrente aire burlón de Griffero que hace aún más complejo saber qué es en serio, y qué pura parodia".

A mi entender, en los casos recién referidos los personajes hablan en serio, no están imitando en tono burlesco otros discursos o ridiculizándolos de manera mordaz ni tampoco recurriendo a las demás formas estéticas del arte de la parodia: la voz (y/o la imagen) propia que cita la ajena para darle otro sentido, o bien como un reconocimiento que valora positivamente la voz (y/o la imagen) original, o por último el recurrir a la cita paródica como una manera de crítica a la realidad contemporánea⁸. En consecuencia, me pregunto si en estas tres escenas el director y dramaturgo está contribuyendo a su homenaje al teatro, tal cual declara haber intentado con *Fin del eclipse*.

⁶ "Black humor', today's most common form of satire, seems to many to be a defensive humor of shock, a humor of lost norms, of disorientation, of lost confidence" (Hutcheon, 2000, 79).

⁷ *El Mercurio*, 6 de mayo de 2008 (el énfasis es mío).

⁸ Sobre la parodia en el arte y la literatura, véase Hutcheon (*op. cit.*), y Bajtín (1993, 144-93 y 253-75), respectivamente. Si Griffero en la escena de "La revolución" estuviese realizando una crítica a la poética de Bertolt Brecht, y en particular a su obra *Madre coraje*, entonces se podría afirmar la hipótesis de que se trata de una parodia descarnada (la que resultaría de suyo cruel, por cierto, dada la época, nacionalidad e ideología marxista del dramaturgo alemán). Pero si hacemos fe de las palabras del propio Griffero, ésta no habría sido su intención: "Si queremos arqueologizar el texto y descubrir sus líneas transversales, sin duda está el amor romántico, o imposible. El amor unido a la muerte. El amor y la pasión a ideales y utopías en la escena de la revolución" (Griffero, 2007a, 28).

COLOFÓN: UNA PROPUESTA SOBRE EL SENTIDO DEL TÍTULO⁹

¿Cómo leer o interpretar el título de esta obra? A mi parecer, si el fin de un eclipse conlleva el regreso de la luz, la vuelta del sol y del calor que lo acompaña y nos acoge, *el título nombra al teatro como una llama que aún nos ilumina* en medio de un mundo devastado por la violencia de las conquistas, las revoluciones fracasadas y la represión de las dictaduras¹⁰. Veamos qué nos dice el texto al respecto en las escenas “La obra”, “El eclipse” y “La obra 2”:

“Actriz 2: Señora, es el eclipse, las aves han dejado de trinar y la luna no deja que termine esta escena (“La obra”, 66).

Aquél: Si el sol no quiere alumbrar la tierra, es porque no quiere ver lo que sucede; así de fácil.

Él: Para decirnos que sin él no existimos. Pero no le temo al eclipse de mi vista, temo que otros eclipsen mi cuerpo, el tuyo, el de ella. Nadie puede vengarse de la mano que le nubló la vida (“El eclipse”, 66).

[...]

Aquél: Y la obra. ¿Qué sucedió después del eclipse?

Él: La obra, bueno, ella en muestra de amor abrirá su corsé para mostrarme su corazón [...] (“El eclipse”, 66-7).

[...]

Actriz 2: Cuando yo diga “La luna no deja que termine la escena” se oscurece el escenario por el eclipse, se deja un silencio, parte la escena anterior, y nosotras nos quedamos congeladas, vuelve la luz, te abres el corsé y le muestras los senos (“La obra 2”, 67)”.

⁹ Dice Griffiero al respecto: “[...] por eso el nombre: *Fin del eclipse*, que es la metafísica, el mirar el universo y el viaje constante de una goleta donde se embarca y se desembarca, y donde todo lo rodea el Mar. Se desembarca de un muelle, se aprende a nadar, se sube al camarote, se baja del escenario, la escena de Cuba sucede al borde de la playa, los marines van en un portaviones navegando, los ejecutados del 73 se desvanecen en una playa a bordo de una goleta y los actores naufragan.

Dos infinitos se conjugan: el Mar y el Cielo, y lo anterior no es más que enumerar lo escrito [...]. Por último, *Final del eclipse* podrá ser tal vez la imposibilidad de crear una ficción” (ídem).

Me propongo aquí una interpretación más acotada, sobre la base del texto mismo, que no se contradice con la del autor.

¹⁰ Sobre el tema de la violencia en *Fin del eclipse*, véase Verónica Duarte Loveluck (2007, 33).

Ya lo hemos dicho, el mar en la obra es luz, una luz que posibilita el viaje a través de las historias de las conquistas coloniales y del teatro. Y si también el fin de un eclipse trae la claridad, entonces el mar y el sol serían en esta obra los dos símbolos, las dos metáforas básicas a través de las cuales Griffero nos presenta una mirada del mundo de ayer y de hoy, un mundo violento de sangre derramada, que la dramaturgia puede mostrar, denunciar y exorcizar.

Mas el teatro, al igual que las demás artes, podemos agregar, resulta inocente en este juicio sumario porque, como cierra *Fin del eclipse*: "Adoro las balas de la ficción ya que nunca han manchado de sangre el escenario" (Él, 98).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bajtín, Mijail. "El género, el argumento y la estructura en las obras de Dostoievski" y "La palabra en Dostoievski", en *Problemas de la poética de Dostoievski*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993, 144-93 y 253-75.
- Duarte Loveluck, Verónica. "Fin del eclipse: Ficción e historia". *Revista Apuntes* N° 129, Escuela de Teatro de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007, 20-4.
- Escuela de Espectadores de Teatro. "Fin del eclipse", en *Herramientas para aprender a ver teatro* (expositores y moderadores Javier Ibacache y Soledad Lagos). Santiago de Chile: Sesiones de enero de 2008, 61-78.
- Espinoza, Violeta. "Poética 'La dramaturgia del espacio'". Entrevista a Ramón Griffero, 1999, en <http://www.griffero.cl/entrev.htm>.
- Griffero, Ramón. "Fin del eclipse: Elucidaciones". *Revista Apuntes* N° 129, Escuela de Teatro de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007a, 25-9.
- Tus deseos en fragmentos/Fin del eclipse*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, Dramaturgia, Serie Libros del Estudiante, 2007b, 53-98.
- Hutcheon, Linda. *A Theory of Parody: The Teachings of Twentieth-Century Art Forms*. New York: University of Illinois Press, 2000.
- La Nación*. "'La Patria' torturada de Rodrigo Pérez". Entrevista a Rodrigo Pérez, en http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20050608/pags/20050608194844.html.
- Lastra, Pedro. *Fin del eclipse* (reseña). *El Mercurio*, 6 de mayo de 2008.
- La Tercera*. "Cuestionario de Proust". Entrevista a Ramón Griffero, julio de 2002, en <http://www.griffero.cl/entrev.htm>.
- Piña, Juan Andrés. "Desaparición y recuperación del dramaturgo", en *20 años de teatro chileno: 1976-1996*. Santiago de Chile: RIL Editores, 1998, 225-31.

BORGES: EL ESCEPTICISMO POLÍTICO Y CULTURAL. ¿TODA CIVILIZACIÓN TERMINA EN LA BARBARIE?*

María Rosa Lojo**

La antinomia "civilización/barbarie" entró –para quedarse– en el pensamiento argentino e hispanoamericano, con el *Facundo* (1845), texto fundacional de Domingo Faustino Sarmiento, que se halla siempre presente, como hipotexto, en la ficción y el ensayo de Borges.

En el *Facundo* el concepto de "barbarie" (como se sabe, de larga raigambre histórica)¹ se define, ante todo, por su poderosa negatividad. "Barbarie" es aquí ante todo, lo opuesto a la civilización. Es el ámbito geográfico, social, antropológico, de la carencia, donde la civilización está ausente, donde no hay ley ni medida; es el reino arbitrario de lo informe, lo desmesurado, lo ilimitado, la zona franca del caos y el desorden. El mundo lleno y ordenado (armónico) de la ciudad se contrapone, aunque con matices², al mundo vacío de la campaña, arrasado por los salvajes y las fieras (que pertenecerían aproximadamente al mismo orden ontológico). La *inhumanidad* es lo que caracteriza a las criaturas del otro lado, fuera de los muros de la *civitas*, privadas por ello de la *civilidad*, de la condición de *ciudadanos*, que es, como se sabe, la condición *política*: la manera en que los seres cabalmente humanos se dan a sí mismos un orden de convivencia en la *pólis* o la *civitas*.

A veces los bárbaros geniales, como Facundo Quiroga, grandiosa figura titánica, ascienden a la constelación del mito. Pero también, inevitablemente, quedan "más acá" de la humanidad plena: en los bordes de lo racional, librados a la única ley de su desenfrenado deseo, fuera de la *ciudadanía*, de la conten-

* Trabajo leído por invitación especial en el Coloquio "Borges a veinte años de su muerte". 6 y 7 de abril de 2006. Universidad Nacional de Tucumán, Argentina.

** (CONICET, UBA, USAL) Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina), Universidad de Buenos Aires, Universidad del Salvador.

¹ Cfr. entre otros, Francisco Fernández Buey, *La barbarie*, México, Paidós, 1995, cap. 2, y Roberto Fernández Retamar, *Algunos usos de civilización y barbarie*, Buenos Aires, Letra Buena, 1993, pp. 197-202. "Civilización" es por cierto un concepto de origen más tardío (aparece presumiblemente por primera vez en la obra del Marqués de Mirabeau *Lami des hommes, ou Traité sur la population*, de 1756). Crueldad, extranjería ("otredad"), salvajismo, falta de razón (y también, la pertenencia a una religión no cristiana), son características atribuidas secularmente por los europeos a los "bárbaros" (Fernández Buey, *op. cit.*, pp. 60-61). A fines del siglo XVIII, recrudescen el imaginario de lo "bárbaro" con toda su fuerza negativa, esencialmente opuesta a la "civilización": "se ve remontar toda la vieja temática del bárbaro: ignorante, déspota, sediento de sangre, amenaza para la civilización y sus símbolos que son las artes, las letras y los monumentos; canibal, 'antropófago de la cultura', haciendo irrupción en las ciudades". (Laënnec Hurbon, *El bárbaro imaginario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 35).

² Cabe señalar que las dicotomías de Sarmiento (ciudad/campaña, civilización/barbarie) han sido objeto de usos políticos simplificadoros. Mi análisis del *Facundo* (*La barbarie en la narrativa argentina* (siglo XIX), Buenos Aires, Corregidor, 1994, pp. 47-78) busca mostrar las complejidades internas de la polaridad sarmientina, y lo mismo hace en su libro Maristella Svampa, *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1994.

ción, la medida y la regulación expresadas simbólica y materialmente por el espacio urbano.

Borges se aparta del texto sarmientino sobre todo en dos sentidos: por una parte, enfoca el conflicto civilización/barbarie mucho más allá de la escena americana o sudamericana, en tanto conflicto ancestral, continuamente repetido en el mapa de la Historia. Por otra, sus ficciones señalan, una y otra vez, que la presunta dicotomía es más aparente que real, que esos opuestos (como tantos otros opuestos en su obra) son las dos caras de una misma moneda. Los seres humanos generan siempre un orden sociocultural, de cualquier grado que éste sea, accesible a la comprensión. Sólo los dioses, o los Inmortales, se situarían más allá del orden. O en otro orden, secreto y elusivo, que se presenta a los mortales como monstruoso, o siniestro, y que la razón no puede aprehender.

LA RELATIVIZACIÓN DE LOS TÉRMINOS. DROCTULFT Y LA CAUTIVA. FANNY HASLAM Y LA INDIA INGLESA, BORGES Y DANTE

Un relato ejemplar, en este sentido, es la "Historia del guerrero y de la cautiva", donde las vidas disímiles en localización temporal y espacial del guerrero lombardo Droctulft y de la cautiva inglesa en la toltería pampa quedan unidas, como lo enuncia el título del cuento, en una "historia" única que manifiesta dos facetas de la misma pasión humana:

Mil trescientos años y el mar median entre el destino de la cautiva y el destino de Droctulft. Los dos, ahora, son igualmente irrecuperables. La figura del bárbaro que abraza la causa de Ravena, la figura de la mujer europea que opta por el desierto, pueden parecer antagonicos.

Sin embargo, a los dos los arrebató un ímpetu secreto, un ímpetu más hondo que la razón, y los dos acataron ese ímpetu que no hubieran sabido justificar. Acaso las historias que he referido son una sola historia. El anverso y el reverso de esta moneda son, para Dios, iguales³.

Si la diferencia parece consistir en que en un caso se da un desplazamiento desde el "caos" de la "barbarie" al "orden" de la ciudad, y en el otro movimiento inverso, desde la civilización hacia la "vida feral", los extremos son sólo aparentemente distantes. "Civilización" y "barbarie" se neutralizan, se despojan de positivities y negatividades, y tanto vale, o tanto pesa, en la historia universal, el guerrero lombardo que abraza la causa de Ravena, deslumbrado por el "orden" de la *civitas*, como la inglesa cautiva que se asimila a la vida de las tolterías, y puesta frente a la opción de abandonarla, elige la libertad del espacio abierto, la "hediondez y la magia". En definitiva, como se verá, ambas

³ Jorge Luis Borges, *El Aleph* (EA), en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 560.

son formas del orden; optar por una o por otra responde a un impulso que resulta, en los dos casos, inexplicable.

Con su habitual y transgresora "estética de la mezcla", Borges realiza además una equiparación audaz, combinando en un mismo plano jerárquico intertextos y extratextos dispares en centralidad con respecto a los paradigmas canónicos de la cultura occidental. Gibbon y Croce, célebres autoridades europeas, adensan la trama intertextual de la historia de Droctulft. Junto a ellos, la historia de la cautiva se entreteje ante todo con un clásico de la periferia: el *Facundo* sarmientino, tácitamente presente en el relato. Por un lado, la figura de la "india inglesa" y, sobre todo su gesto final, se remiten a la imagen de ese mayor Navarro casado con una india, que rememora Sarmiento⁴. Este joven de buena familia "se mezcla en las guerras de las tribus salvajes, se habitúa a comer carne cruda y beber la sangre en la degolladera de los caballos... joven era y tan culto en sus modales como el primer pisaverde, lo que no estorbaba que cuando veía caer una res, viniese a beberle la sangre"⁵.

Por otro lado, el propio Facundo Quiroga de Sarmiento, "convertido" a la sublimidad y al decoro cuando decide instalarse en Buenos Aires y apoyar la Constitución —el orden civilizado— evoca a Droctulft. Adopta entonces un aire egregio y clásico, sin renunciar a su peculiaridad americana: "Su conducta es mesurada, su aire noble e imponente, no obstante que lleva chaqueta, el poncho terciado y la barba y el pelo enormemente abultados"⁶.

También apela Borges aquí a su biografía familiar (la memoria de su abuela Fanny Haslam, e incluso un episodio vivido por su madre y hermana en 1948 cuando son encarceladas —"cautivadas"— por manifestarse contra Perón⁷, episodio que consta en el poema "Las cautivas", de Sara Tomaszewski, citado por Adela Grondona). El relato de la cautiva se duplica internamente a través de esta figura de Fanny Haslam, que se opone a la "india inglesa" y al mismo tiempo la repite a través de la acumulación de simetrías y coincidencias (ambas nacieron en el mismo país, y probablemente tenían la misma edad; ambas dieron a luz dos hijos y se unieron a un hombre de otra cultura y de otra lengua; ambas, seguramente —faltaría confirmarlo en el caso de la cautiva—, quedaron viudas a causa de las guerras de la frontera)⁸. Podríamos preguntarnos, por lo demás, quién es la verdadera cautiva, si la abuela de Borges, de algún modo "presa" en la ciudad amenazada por los malones, o la inglesa aindiada, libre de recorrer la inmensidad del llamado Desierto, y a la que todo parecía "quedarle chico". O, también, desde la óptica de la relativización que todo el relato permite y

⁴ Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo* (1845), prólogo y notas de Alberto Palcos, *Obras Completas*, tomo I, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961, p. 183.

⁵ *Ibid.*, p. 184.

⁶ *Ibid.*, p. 214.

⁷ Daniel Balderston, *Out of Context; historical Reference and the Representation of Reality in Borges*, Durham y Londres, Duke University Press, 1993, p. 94. [Hay edición española, Rosario, Beatriz Viterbo, 1996].

⁸ *Ibid.*, pp. 89-90.

plantea, quién vive en la verdadera "barbarie": si Fanny Haslam, en tanto extranjera que no ha prestado ningún tipo de reverencia o comprensión a las más antiguas culturas autóctonas, que no habla la lengua indígena, o la inglesa que se ha integrado con lo aborígen⁹. La "barbarie" a la que se referían los griegos es, sobre todo, la marca de la extranjería lingüística y cultural: "gente que profiere sonidos tales como *bar, bar*, en vez de hablar griego"¹⁰, gente que "habla mal el griego... que lo balbucea o tartamudea", "bárbaro" es "el no griego, el extranjero. Esto es, el hombre que está fuera del ámbito griego o al margen del mundo del hombre que así califica"¹¹.

Un concepto no muy distante, por cierto, del que correspondía a la palabra araucana *winca*: el extranjero, el de afuera, el que no habla la lengua de la tierra; lengua que los ranqueles, grandes oradores, tenían en el más alto valor, al punto que no perdían ocasión de corregir, encolerizados, a los predicadores cristianos que la pronunciaban defectuosamente¹². En lo que hace a la problemática de "civilización y barbarie" no podemos dejar de tener en cuenta el carácter dual, complejo, conflictivo, que ésta adquiere en relación con Inglaterra. La "isla querida" de la que las dos mujeres partieron alguna vez, fue, por su carácter insular, una anomalía en el bloque de la cultura europea: "Una isla que primero absorbió la invasión normanda, un pueblo que Europa veía como bárbaro"¹³. Un territorio asediado por sucesivas olas invasoras, que "antes de la conquista normanda estaba habitado por pueblos, más que bárbaros, salvajes, tribus

⁹ Quisiera remitirme aquí al prólogo de *El nombre secreto*, Caracas, Monte Ávila, 1969, donde Héctor Álvarez Murena señala, como terrible pecado del conquistador, la incapacidad de propiarse los antiguos númenes del suelo conquistado y dar su "nombre secreto" a las ciudades nuevas, el tercer nombre en la fundación ritual de una ciudad (su modelo de referencia es la fundación de Roma), que "corporiza la esencia del justo habitar humano sobre la tierra" (p. 9). Recuerda allí Murena esa parte del ritual en la que cada uno de los fundadores arroja al *mundus* "un puñado de tierra del lugar del que procede. La religión prohibía el abandono de una tierra en la que se había fijado el hogar y enterrado a los antepasados. Porque la religión religaba no sólo con los dioses sino también con la tierra, poblada por miríadas de númenes para quien esté dispuesto para percibirlos. Al arrojar tierra del antiguo lugar en el nuevo, se declaraba que éste era también *terra patrum*, se purgaba la impiedad del abandono. El nombre secreto, símbolo del renovado matrimonio de la tierra y el cielo gracias a la mediación de los hombres, es el ser del vivir en común, lo que la comunidad posee en común y lo comunica" (p. 10). Murena, coincidente en esto con Martínez Estrada, señala que el espíritu del conquistador y del inmigrante no es el de la auténtica fundación religiosa, que fusiona los dioses propios y los de la nueva tierra, sino el del "campamento", que desprecia lo autóctono, y busca arrebatar a la tierra sus riquezas y partirla.

¹⁰ H. D. Kitto, *Los griegos*, Buenos Aires, Eudeba, 1970, p. 7. Señala Fernández Retamar (*op. cit.*, pp. 204-205) que el viejo concepto etnocéntrico de "barbarie" según el cual los griegos (y otros pueblos) se diferenciaban a sí mismos de los pueblos colindantes, en el auge de la burguesía eurooccidental (autodesignada como "la civilización") el resto de los pueblos de la tierra se define bajo la categoría de "barbarie" y se convierte en potencial objeto de explotación y dominación colonial. A la inferioridad cultural se suma entonces, el concepto de inferioridad racial.

¹¹ Leopoldo Zea, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, México, FCE, 1990, p. 23.

¹² Gregorio Álvarez, *El tronco de oro. Folklore del Neuquén*, Buenos Aires, Siringa, 1981, p. 196.

¹³ Leopoldo Zea, *op. cit.*, p. 118.

diversas venidas de distintos rumbos entre los que predominaban los celtas"¹⁴. Sobre estas tierras, que "difícilmente atraían la atención del continente, como poco atrajeron la de Roma, se abatirá, una y otra vez, la invasión de pueblos bárbaros llegados, en general, de Escandinavia, Holanda o Sajonia... Del frío norte de Europa llegaron invasiones frisias y teutonas"¹⁵. Pero de esta isla poco integrada al continente, extraña a los intereses del Sacro Imperio Romano Germánico, surgirá a la vez, más adelante, otro concepto de civilización que ella se ocupará en imponer y expandir sobre el planeta. Este concepto lo heredarán un pueblo que de ella desciende, el estadounidense, y que experimentará, como Inglaterra, la misma pasión de reinar sobre las otras naciones, el sentimiento de insularidad que aparta de todo aquello que no incida en su propio beneficio, y el absoluto desdén por los que han elegido otra forma de vida ajena a su criterio sobre la "civilización".

Fanny Haslam se horroriza ante la metamorfosis de la otra mujer, decidiéndamente "contaminada" por la *mésalliance* sexual y cultural; sentimiento éste particularmente inglés. Contra los españoles, que condescendieron a mezclarse con seres supuestamente inferiores y dudosamente humanos, el inglés preservó su pureza sexual, y a través de ella, la racial y cultural. El narrador indica empero con sutileza que es su abuela misma la que experimenta el cambio operado por la nueva tierra en su persona, y que desde esa experiencia del cambio propio lee la imagen de la "india" rubia: "Quizá mi abuela, entonces, pudo percibir en la otra mujer, *también arrebatada y transformada* por este continente implacable, un espejo monstruoso de su destino"¹⁶. Las dos se oponen a su vez a Droctulft en otro sentido. Éste –paradigma heroico viril– cae bruscamente en el combate¹⁷. Las mujeres, en cambio, eximidas del enfrentamiento directo en guerra, parecerían prolongarse en el tiempo y en el espacio adoptados por sus profundas y raigales elecciones. Nada sabemos de la "india inglesa", pero sí de Fanny Haslam, que sobrevive largamente a su esposo, muerto en la batalla de La Verde, y que termina sus días disculpándose ante los suyos por ser una mujer anciana que está muriendo demasiado despacio. La "conversión heroica"¹⁸ femenina se presenta, pues, no como un acto de brusca iluminación sino como un proceso de paulatina metamorfosis, que abarca la duración de una extensa vida. Cabe aquí destacar el carácter excepcional de este relato en tanto coloca en un papel activo y protagónico a dos

¹⁴ *Ibid.*, p. 119.

¹⁵ *Ibid.*, p. 120.

¹⁶ Jorge Luis Borges, *EA, OC*, 559. Las cursivas son mías.

¹⁷ Julia Malpezzi e Iris Segovia marcan la relación de la figura de Droctulft con verbos de acción corporal preferentemente, y a las dos mujeres con verbos de *enunciar* o de *decir*: comentar, llamar, asentir, enunciar, responder, exhortar, jurar, contestar, etc. De todas maneras no debe olvidarse que el último y decisivo gesto de la cautiva (que experimenta marcada dificultad al hablar la lengua inglesa) no es precisamente verbal, cf. "Borges y la intertextualidad de la historia: nosotros en los otros", en *Literatura como intertextualidad, IX Simposio Internacional de Literatura*, Buenos Aires, ILCH-Vinciguerra, 1993, pp. 252-253.

¹⁸ Me he referido extensamente al tema de la "conversión heroica" en el trabajo "La conversión del héroe en los cuentos de Borges". Ver la Bibliografía.

mujeres¹⁹, que ejercen una forma particular de opción heroica –lenta, resistente, prolongada y obstinada– frente al violento vuelco que caracteriza a la heroicidad masculina. En general, en la narrativa borgeana, la mujer –¿el verdadero “otro”, vedado a la comprensión y quizá también a la posesión viril?– no comparte con los varones la instantánea agresividad, la necesidad de probarse por el coraje o por la realización de una obra suprema.

Diría también que éste es el único caso, entre las muchas “conversiones” de los héroes borgeanos, en que el cambio, el giro, se proyecta mucho más allá de la iluminación repentina, y que esto se debe acaso, precisamente, a la presencia de las mujeres, fundadoras de un linaje que será decididamente mestizo, criollo, y que relativizará en forma más extrema aún la dicotomía “civilización/barbarie”. Los dos hijos que alumbrará Fanny Haslam, los dos hijos de la “india inglesa”, exigirían alguna contrapartida del lado de Droctulft, al que también se presenta –cosa anómala en los héroes masculinos borgeanos, cuya gloria o infortunio acaban y comienzan en sí mismos, en la propia autojustificación– como cabeza simbólica de una profusa descendencia y padre lejano de un gran poeta: “Al cabo de unas cuantas generaciones, los longobardos que culparon al tránsito procedieron como él; se hicieron italianos, lombardos, y acaso alguno de su sangre –Aldiger– pudo engendrar a quienes engendraron al Alighieri...”²⁰. También Fanny Haslam ha engendrado a quien engendró otro poeta: Jorge Luis Borges. Un Borges que en cierto modo cumplió una función tan revolucionaria con respecto a la literatura argentina y al idioma de los argentinos –otra clase de “conversión” heroica fundamental– como Dante con respecto a la literatura y la lengua de Italia. La lengua criolla menospreciada, los héroes vernáculos, los “bárbaros”, en fin, ascienden a una insólita jerarquía en la obra de alta cultura letrada que Borges emprende, lo mismo que sucede en cierto modo con la lengua romance del pueblo italiano, que deja de ser un “dialecto bárbaro” para convertirse en la materia “noble” de la más alta cultura, de un poema total, que trata sobre lo humano en su relación con lo trascendente, lo celeste y lo demoníaco.

¿TODOS SOMOS YAHOOOS?

El inquietante relato “El informe de Brodie”, que da título al libro homónimo, presenta la descripción –a cargo del misionero presbiteriano David Brodie– de

¹⁹ En la cuentística borgeana las mujeres no suelen actuar con el protagonismo personalista de los hombres, aunque perpetren hazañas cruentas, como el personaje de Emma Zunz (EA, OC, 562-568), la meta de ésta –más que colocarse ella misma en el sitio del héroe– es convertirse en el medio para consumar la venganza por la muerte del padre; otro caso es el de la viuda de Juan Muraña (EIB, OC, 1044-1047), que mata para conservar el alojamiento de la familia, pero en realidad actúa como mero instrumento de su marido al esgrimir su daga. Es posible que la situación más próxima, entre mujeres, a la forma del combate viril, sea “El duelo”, competencia delicada y tácita entre dos amigas, ambas pintoras, donde empero “no hubo derrotas ni victorias (EIB, OC, 1053-1057). Ver mi trabajo “Mujeres y ética de la ‘barbarie’ en la narrativa borgeana” en la Bibliografía.

²⁰ EA, OC, p. 558.

una sociedad por completo alejada, al parecer, de las pautas y prácticas que, para la cosmovisión eurooccidental, al menos, constituyen la cultura. Los yahoos tienen prácticas y pautas de vida aberrantes, desde el punto de vista de la mentalidad europea. Se llaman unos a otros arrojándose fango, se ocultan para comer (no para copular o defecar) y “devoran los cadáveres crudos de los hechiceros y de los reyes, para asimilar su virtud”²¹. El rey es mutilado y cegado, y vive cubierto de estiércol; se lo utiliza en el combate como estandarte o talismán (lo que conduce a su inmediata muerte a manos de los hombres-monos). Este carácter de la figura regia –sobrehumana y maldita, fascinante y repelente– es compartido por la etapa primitiva de toda cultura, pero no se abandona en las culturas llamadas superiores, según ha expuesto convincentemente René Girard²², sino que se sublima, se refina y se articula mediante mecanismos simbólicos cada vez menos cruentos. Los yahoos están casi desprovistos de memoria pero gozan de la facultad de la previsión, al pueblo llano le está vedado fijar los ojos en las estrellas, no existe el concepto de paternidad (ni el de causalidad que es su fundamento), en el lenguaje no hay oraciones, sino palabras monosílabas que responden a una idea general variable que lleva incluso a la inmólación del poeta; obtienen el mayor placer sensual de las cosas fétidas. Aunque sus concepciones éticas, estéticas, lingüísticas, religiosas, difieran atrocemente de la civilización a la que el misionero pertenece, aunque sean “un pueblo bárbaro, quizá el más bárbaro del orbe”, Brodie encuentra en ellos las marcas y las formas de la cultura:

Tienen instituciones, gozan de un rey, manejan un lenguaje basado en conceptos genéricos, creen, como los hebreos y los griegos, en la raíz divina de la poesía y adivinan que el alma sobrevive a la muerte del cuerpo. Afirman la verdad de los castigos y de las recompensas. Representan, en suma, la cultura, como la representamos nosotros, pese a nuestros muchos pecados²³.

Si los contenidos cambian, las estructuras son, empero, esencialmente iguales. Y en este sentido resulta casi inevitable remitirse a un texto que no parece haberse incluido entre los libros más frecuentados por Borges, pero que difícilmente él hubiera podido desconocer, y cuya importancia en el siglo XIX bien puede equipararse a la del *Facundo: Una excursión a los indios ranqueles* (1870), de Lucio V. Mansilla²⁴. Téngase en cuenta, además, que ranqueles son, por otra parte, los indios pampeanos con los cuales ha elegido vivir la cautiva inglesa que acabamos de mencionar en el apartado anterior. En el libro de Mansilla

²¹ EIB, OC, p. 1074.

²² *El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica*, Salamanca, Sígueme, 1982; *La violence et le sacré*, París, Grasset, 1985.

²³ EIB, OC, p. 1078.

²⁴ He abordado detalladamente la problemática civilización/barbarie en este libro, en el ensayo “Una excursión a los indios ranqueles: la ‘barbarie’ en un viaje al ‘más acá’”, en *La barbarie en la narrativa argentina (siglo XIX)*, Buenos Aires, Corregidor, 1994, pp. 131-162.

se sostiene la misma tesis de Brodie. Sus ranqueles son sin duda mucho más atractivos que los repulsivos yahoos descritos por el misionero escocés, y el narrador criollo los evoca con simpatía y a veces incluso con cierta inocultable admiración. Tanto Brodie como Mansilla descubren que el mundo se conoce "por los extremos", y ambos refieren su experiencia a los relatos de Swift: Brodie adoptando el nombre de Yahoos para designar a los humanos aparentemente degradados de este otro mundo (Borges hace constar en el prólogo a esta colección que el texto "manifiestamente procede del último viaje emprendido por Lemuel Gulliver")²⁵ y Mansilla cuando afirma que "los enanos nos dan la medida de los gigantes y los bárbaros la medida de la civilización". En ambos textos, en definitiva, seres a los que Occidente no adjudicaría la plena condición de humanidad, sin embargo, todos los elementos que constituyen lo cultural, el modo de vida y de construcción del mundo del "animal simbólico" (Cassirer). En el "Informe de Brodie" y en las cartas de Mansilla, el discurso del narrador tiene doble filo, doble efecto: relativizar, cambiar la dirección de la mirada, "elevar" de algún modo el cosmos del otro y "rebajar" el propio. En Mansilla los dos movimientos son marcados y evidentes, así como lo es su intención política del momento: oponerse a las teorías que promovían el exterminio del aborigen como "solución definitiva" de la cuestión indígena, y criticar la política proinmigratoria que postergaba o ignoraba al paisano gaucho, al "hijo de la tierra" como elemento básico de la nacionalidad. En el mensaje del escocés la intención es más general y más velada. Se lo ha leído²⁶ como una "equívoca utopía" –relacionable, agregaría por mi parte con el relato "Utopía de un hombre que está cansado"²⁷–, que postula a esta comunidad donde al fin y al cabo diversos conflictos se han resuelto (entre ellos el que opone "naturaleza" y "cultura"), como un posible espejo (un "espejo monstruoso") del futuro que podría aguardar a las mismas naciones europeas. No puede dejar de notarse que el Informe (dirigido en último término al Gobierno de Su Majestad) se sitúa cronológicamente en pleno auge del imperialismo británico y, por ende, de la arrogancia del Reino Unido como polo expansivo de "civilización". Si bien el manuscrito del misionero no tiene fechas precisas, el narrador afirma que se encontró en un volumen de *Las Mil y una Noches* de 1840, perteneciente al autor del Informe, como se infiere de las minuciosas notas al margen escritas por la misma mano. La índole de estas notas confirma la intensa fascinación del religioso por *lo otro*, lo que parece diferente y ajeno, pero es irremisiblemente cercano y propio, en tanto que humano: "Diríase que a su lector le interesaron menos los prodigiosos cuentos de Shahrazad que los hábitos del Islam"²⁸. Brodie (como Mansilla, por cierto) es un hombre que ha elegido en tanto forma de vida el tránsito permanente, la extranjería (el extrañamiento) y la frontera: "Predicó

²⁵ EIB, OC, 1021-1022.

²⁶ Beatriz Sarlo, *Borges: un escritor en las orillas*, Buenos Aires, Ariel, 1995, p. 200.

²⁷ *El libro de arena* (ELA), Barcelona, Plaza y Janés, 1977, pp. 81-89.

²⁸ EIB, OC, p. 1073.

la fe cristiana en el centro de África y luego en ciertas regiones selváticas del Brasil, tierra a la cual lo llevaría su conocimiento del portugués. Ignoro la fecha y el lugar de su muerte". Presumimos, por el fin del manuscrito, que David Brodie, auxiliado por otro misionero –lusitano y católico– y por "hombres negros que sabían arar, sembrar y rezar"²⁹ ha corrido su aventura en alguna selva del Brasil; probablemente en esta cercanía ha escuchado hablar de los aborígenes pampeanos, a los que compara, en ciertos aspectos, con los yahoos:

"Este número [cuatro] es el mayor que alcanza su aritmética. Cuentan con los dedos uno, dos, tres, cuatro, muchos; infinito empieza en el pulgar. Lo mismo, me aseguran, ocurre con las tribus que merodean en las inmediaciones de Buenos Ayres"³⁰.

Esta descripción no se aplica a los ranqueles y más bien parece escrita, irónicamente, *contra* Mansilla, quien elogia los alcances del sistema de numeración ranquel y lo compara al teutónico, relativizando, una vez más, las nociones de civilización y de barbarie:

"Los alemanes, justamente orgullosos de ser paisanos de Schiller y de Goethe, se parecen también a ellos. Bismarck, el gran hombre de Estado, contaría las águilas de las legiones vencedoras en Sadowa del mismo modo que el indio Mariano Rosas cuenta sus lanzas al regresar del malón"³¹.

El escocés no ha salido indemne –como no sale Mansilla– de su otra peligrosa excursión y por momentos, incluso, afronta el riesgo de identificarse con la cultura de *los otros*, a tal punto que, al igual que los yahoos, rechaza el acto de comer en público que ejecuta naturalmente el padre Fernández, como una práctica repugnante y obscena. Superado esto, se enzarza otra vez en la fascinación de otra diferencia, pero ya más próxima: "Recuerdo con agrado nuestros debates en materia teológica. No logré que volviera [el padre Fernández] a la genuina fe de Jesús"³².

EL MONSTRUOSO DESORDEN DE LOS DIOSES

El verdadero caos –¿la verdadera "barbarie"?–, lo que está más allá o más acá de la cultura y de la ley o el orden accesibles a los hombres, es, antes bien, lo inhumano, en sus dos puntos extremos: lo animal ("el mágico animal") y lo divino, ambos trascendentes a lo humano y mortal. El relato "El inmortal" plantea con peculiar complejidad esta situación. Tanto en "El inmortal" como en "El Informe

²⁹ *Ibid.*, p. 1077.

³⁰ *Ibid.*, p. 1075.

³¹ Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), Buenos Aires, Emecé, 1989, p. 157.

³² *EIB, OC*, p. 1078.

de Brodie" el manuscrito revelador de otro mundo posible que niega o subvierte la organización del nuestro aparece en un libro fundamental de la cultura: en el caso de Brodie, se trata de un pilar del Oriente, *Las Mil y Una Noches*, en el caso de "El inmortal", de un texto fundador de Occidente: la *Iliada* (aunque no la de Homero, sino la de Pope). En este último cuento, el tribuno romano, seducido por la leyenda de la Ciudad de los Inmortales y el río que purifica a los hombres de la muerte, va a buscar esa ciudad atravesando –de acuerdo con la pista fijada– territorios salvajes. La paradoja, el contrasentido, se hacen evidentes: "Que esas regiones bárbaras, donde la tierra es madre de monstruos, pudieran albergar en su seno una ciudad famosa, a todos nos pareció inconcebible"³³.

El tribuno se pierde en el interminable desierto, y sus hombres son arrasados por la fiebre, la locura, la muerte, o corrompidos por la sedición. En un brillante trabajo Leo Pollmann³⁴ señala las relaciones posibles, aunque no explícitas, de la experiencia del tribuno con la experiencia americana del conquistador en busca de la quimérica Ciudad de los Césares, y con los seculares desentendimientos entre el invasor/explorador y la tierra que pisa y cuyos númenes ignora. Agregaría, por mi parte, que la expedición de Rufo (como tantas expediciones pampeanas: la famosa de Emilio Mitre es acaso el ejemplo más conocido) resulta vencida por el "desierto" mismo: el "vértigo horizontal" de la extensión infinita que desorienta y enloquece³⁵.

Huyendo, el tribuno cae en el delirio. Cuando despierta encuentra que alguien lo ha maniatado y depositado en un nicho "no mayor que una sepultura común". Arrojándose riesgadamente por la ladera, Flaminio Rufo consigue saciar su desesperada sed en "un arroyo impuro, entorpecido por escombros y arena"³⁶; esas aguas son –él no lo sospecha– las del río buscado. Menos aún imagina que sus captores, habitantes de los nichos, "hombres de piel gris, de barba negligente, desnudos" y que él supone miembros de la "estirpe bestial de los trogloditas", son nada menos que los gloriosos Inmortales.

"Barbarie" es el término habitual para referirse a los trogloditas y sus habitáculos: "Los trogloditas, infantiles en la barbarie, no me ayudaron a sobrevivir o a morir... Para alejarme de la bárbara aldea... la atroz aldea de los bárbaros". Peor aún es el hallazgo de la "sobrehumana" Ciudad de los Inmortales, resplandeciente a la distancia. El tribuno accede a ella a través de un laberinto

³³ EA, OC, p. 534.

³⁴ Leo Pollmann, "¿Con qué fin narra Borges? Reflexiones acerca de 'El Inmortal'", en K.A. Blüher y Alfonso de Toro, eds., *Jorge Luis Borges, Variaciones interpretativas sobre sus procedimientos literarios y bases epistemológicas*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1995, pp. 27-43.

³⁵ La imagen del desierto devorador, matriz de locuras y fantasmas, recurre en la narrativa argentina más contemporánea. Citaré, entre otros textos, la novela –en este sentido ejemplar– de José Pablo Feinmann, *El ejército de ceniza*, Buenos Aires, Legasa, 1987; cf. El trabajo de Walter B. Berg, "Civilización hecha cenizas. La presencia de Sarmiento en la novela histórica contemporánea", en Roland Spiller, ed., *La novela argentina de los años 80*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1991 (*Lateinamerika Studien*, 29), pp. 77-97.

³⁶ EA, OC, p. 535.

subterráneo para comprobar que es más atroz que la aldea, y no menos laberíntica que los sótanos. Antigüedad inmemorial (“sentí que era anterior a los hombres, anterior a la tierra”)³⁷, irracionalidad y, en definitiva, inhumanidad, son las marcas de esa construcción que viola y contamina con su mera existencia toda la posibilidad de sentido. Lo caótico, lo monstruoso, lo absolutamente incomprensible, corresponden a su trabajosa descripción: “Un caos de palabras heterogéneas, un cuerpo de tigre o de toro, en el que pulularan monstruosamente, conjugados y odiándose, dientes, órganos y cabezas, pueden (tal vez) ser imágenes aproximativas”³⁸.

La negatividad, la total inversión de las apariencias, la identificación de los extremos (lo animal y lo divino), la mostración del reverso de la moneda –procedimiento común en la poética borgeana–³⁹ se articulan en el cuento “El Inmortal”, con ejemplar intensidad:

“En cuanto a la ciudad cuyo renombre se había dilatado hasta el Ganges, nueve siglos haría que los Inmortales la habían asolado. Con las reliquias de su ruina erigieron, en el mismo lugar, la desatinada ciudad que yo recorrí: suerte de parodia o reverso y también templo de los dioses irracionales que manejan el mundo y de los que nada sabemos, salvo que no se parecen al hombre”⁴⁰.

Acertadamente señala Ana María Barrenechea que “quizá el símbolo más poderoso de la oposición Dios-hombres y de la irracionalidad del cosmos que Borges ha acuñado es el palacio de los Inmortales”⁴¹. Los Inmortales, eximidos del atributo humano por antonomasia, esa conciencia de la muerte que los animales ignoran, se han identificado con la divinidad que es todo y es nada, han concebido al mundo como un sistema de precisas compensaciones donde a la larga “le ocurren a todo hombre todas las cosas”⁴² y nada tiene un valor absoluto: la bondad y la traición, el ingenio y la estolidez, y también la “civilización” y la “barbarie”, se ignoran y se anulan: “No hay méritos morales e intelectuales”, y por eso Homero, el ambiguo y ubicuo héroe del relato que a la larga se confunde con el mismo Flaminio Rufo y con el enigmático Cartaphilus, “fue como

³⁷ EA, OC, p. 537.

³⁸ EA, OC, p. 538.

³⁹ Jaime Alazraki, *Versiones, inversiones, reversiones (El espejo como modelo estructural del relato en los cuentos de Borges)*, Madrid, Gredos, 1977; Alberto Julián Pérez, *Poética de la prosa de Jorge Luis Borges. Hacia una crítica bakhtiniana de la literatura*, Madrid, Gredos, 1986; Estela Cédola, *Borges o la coincidencia de los opuestos*, Buenos Aires, Eudeba, 1987.

⁴⁰ EA, OC, p. 540.

⁴¹ Ana María Barrenechea, *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, Paidós, 1967, p. 69.

⁴² EA, OC, p. 540. Algo similar sucede en el cuento “La lotería en Babilonia” (*Ficciones*): la vida humana se rige allí por un juego de azar desprovisto de sentido aparente, donde el mismo sujeto, si viviera lo necesario, representaría todos los papeles y cumpliría todos los destinos. Detrás de ese azar sin razón ni justicia, late la inescrutable voluntad de la Compañía.

un dios que creara el cosmos y luego el caos"⁴³. Por eso los Inmortales son los trogloditas, a quienes Rufo cree incapaces de lenguaje articulado, y que en realidad, indiferentes al mundo físico, desarrollan una compleja vida interior, puramente especulativa⁴⁴.

LA UTOPIA DEL MEJOR ORDEN POSIBLE

Los anteriores análisis parecen conducirnos a la conclusión de que "civilización" y "barbarie" conforman una antinomia relativa al punto de mira, parcial y situado, de una criatura humana en un momento del tiempo y en un determinado contexto cultural. Pero considerados desde una especulación *sub specie aeternitatis*, desde la óptica de los dioses, de los Inmortales, o de los trófugas y transterrados, de los extraterritoriales, que viven de frontera en frontera sin pertenecer del todo a ninguna parte, los opuestos se anulan y desaparecen, y los presuntos bárbaros (el yahoo o el ranquel) son en definitiva estructuralmente tan civilizados como un inglés, en la medida en que comparten un lenguaje, un sistema de representación, un pautado orden social y en la medida en que, también, tienen conciencia de su propia muerte y viven, de algún modo, en el tiempo, en la Historia, ya sea su conciencia temporal retrospectiva, causal, o se despliegue hacia el futuro anulando la memoria, como en el caso de los yahoos. Todos somos civilizados, o todos somos bárbaros, según el punto de vista.

La evaluación de la Historia —no sólo el abstracto río de Heráclito sino la inmediatez, concreta y candente, de lo que ha sucedido y está sucediendo— no fue ajena por cierto a Borges, el autor empírico, y tampoco al narrador, cuyos relatos se alimentan del choque cultural, de la diferencia y la violencia que atraviesa y construye —en la destrucción mutua— la historia argentina del siglo XIX, donde los bandos en pugna, unitarios y federales, blancos e indígenas, transliterados a menudo en "civilizados" y "bárbaros", se combatieron y ejercieron entre sí diversas formas de rechazo y de seducción. El hombre Borges identificó en su momento las categorías históricas y relativas de "civilización" y "barbarie" con facciones políticas (tomando partido explícito por aquella que juzgó del lado

⁴³ EA, *Ibid.*

⁴⁴ Cabe señalar que en la descripción que Brodie hace de los yahoos se insinúa que éstos pudieron haber alcanzado un nivel de civilización superior para precipitarse luego en la decadencia. La "barbarie" sería así, en más de un caso (véase también "Utopía de un hombre que está cansado"), la cara regresiva de la civilización que se anula a sí misma: "Los yahoos, pese a su barbarie, no son una nación primitiva sino degenerada. Confirman esta conjetura las inscripciones que he descubierto en la cumbre de la meseta y cuyos caracteres, que se asemejan a las runas que nuestros mayores grababan, ya no se dejan descifrar por la tribu. Es como si ésta hubiera olvidado el lenguaje escrito y sólo le quedara el oral", EIB, OC, p. 1077. De todas maneras, los yahoos pertenecen aún al ámbito de la cultura ya que, aunque repulsivo para el occidental, han mantenido un orden simbólico inteligible, cosa que no ocurre en el caso de los Inmortales, que luego de construir la ciudad caótica, viven en cuevas, individualmente aislados.

de la "civilización"): el unitarismo (en un sentido de recuperación histórica), el antiperonismo⁴⁵, por hablar de los ejemplos obvios.

Las ficciones de Borges no dejan de preguntarse por el mejor orden político y social posible. Dentro de las maneras en que los seres humanos han decidido organizarse, todas ellas relativas, ¿existe alguna que supere la agresividad de los particularismos atávicos?, ¿una forma de convivencia sostenida sobre la razonabilidad (no sobre la absolutista Diosa Razón), que propicie, dentro de una estructura institucional no opresora, la armonía y el respeto a la libertad y la intimidad de los individuos?, ¿una sociedad basada en la mutua tolerancia?

Algunas ficciones borgeanas se tejen, irónicamente, sobre este sueño hipotético. En "El Congreso" (*ELA*) se juega con la idea de "un Congreso del Mundo que representaría a todos los hombres de todas las naciones" (29). La empresa se apoya primero en razonamientos y en discursos, en la acumulación de libros y en el estudio de las lenguas, pero al mismo tiempo es sabotada por los que pretenden compartirla, y sin embargo utilizan el dinero del presidente, Alejandro Glencoe, para sus propios fines de codicia y lascivia. Finalmente Glencoe (que reúne en su persona los caracteres tanto de la "civilización" como de la "barbarie", que es un ciudadano y un señor feudal de la llanura) comprende: cualquier congreso integrado por hombres, cualquier intento de aprehensión basada en los libros, son superfluos: el Congreso es el universo mismo, y su secreta unidad no puede leerse, sino experimentarse a la manera de los místicos. Glencoe no se venga de los que lo han engañado: grandeza ética y pasión metafísica se unen en su último acto de renuncia: la quema de la desmesurada biblioteca, que llevará a la comunión de los individuos en el Todo, por una noche única.

En "Utopía de un hombre que está cansado" se atisba un mundo futuro donde la muerte es un acto voluntario que cada hombre decide una vez agotadas todas las experiencias deseables o factibles. En este mundo de extremo despojamiento ya no existen la diversidad de los idiomas ni los nombres personales, ni la conciencia histórica, ni la ambición de propiedad; casi han desaparecido los libros (que multiplicaban "hasta el vértigo textos innecesarios", *ELA*, 84). Tampoco existe la ciudad –matriz de la civilización–; los seres humanos viven,

⁴⁵ Precisamente, quienes fueron en su momento adversarios intelectuales criticaron la renuencia de un Borges comprometido esta vez unilateralmente, a contemplar el otro bando político *sub specie aeternitatis*. En el libro *Claves políticas*, y con ardor propio de la situación polémica del momento, Sábato objeta la visión maniquea que –dice– Borges tiene del fenómeno peronista, y su nula disposición a enfocar este hecho histórico, concreto y arrasador, bajo el lema de la "coincidencia secreta de los opuestos" que prodiga, en cambio, en sus cuentos metafísicos: "Nada de simétricos y ornamentales monismos, ahora. Nada de afirmar que 'todos, de alguna manera, somos Perón'. En cuanto a la justificación histórica del peronismo, a la discriminación de la parte de verdad que asistió al pueblo insurrecto –aunque fuera conducido por un siniestro demagogo–, al reconocimiento de su trágico desamparo durante tantos años –en quebrachales y frigoríficos y yerbales– sin que Borges se ocupara de ellos en *Sur*, en cuanto a los obreros y estudiantes que muchos años antes de Perón sufrieron cárcel, tortura y muerte por levantarse contra la injusticia social o por la enajenación de la patria a los consorcios extranjeros, en cuanto a todo eso, nada más que anatema e infamia", *Claves políticas*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso, 1971, pp. 60-61.

antes bien, convenientemente aislados en el territorio sarmientino de la "barbarie": la pampa, la llanura. El fin de estos individuos silenciosos, que pueden cabalmente llamarse "libres", y que han dejado atrás la convivencia violenta (pero también la dicha de la convivencia amorosa) es el crematorio, donde se autoinmolan, presumiblemente junto a lo que han creado; una atroz paradoja nos remite así al episodio más traumático en la historia del siglo XX, lanzando la ficción a una decidida contrautopía: "Adentro está la cámara letal. Dicen que la inventó un filántropo cuyo nombre, creo, era Adolf Hitler". (ELA, 89).

Quizá la única especulación claramente asertiva y esperanzada sobre la posibilidad de una vida sociopolítica libre y plena, se halle en el texto "Los conjurados", del libro homónimo. Hay allí un modelo concreto: la organización suiza, "torre de razón y de firme fe", que se describe como fruto de una benéfica "conjura" a favor de la concordia humana: "Se trata de hombres de diversas estirpes, que profesan diversas religiones y que hablan en diversos idiomas. Han tomado la extraña resolución de ser razonables. Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades (....) Los cantones ahora son veintidós. El de Ginebra, el último, es una de mis patrias. Mañana serán todo el planeta." (LC, 93-94).

Fuera de esta afirmación deliberadamente voluntarista, tendida hacia un futuro promisorio con afán de "profecía", más que de "verdad", la historia humana aparece en los textos borgeanos como un largo relato de intolerancias: unas culturas derrotan a las otras en nombre de valores que en ningún caso son absolutos, sin que las tensiones soterradas desaparezcan⁴⁶. Por otra parte, el progreso hacia la supuesta "civilización" ecuménica conduce a la quema de los libros ("El Congreso"), o a la quema del sujeto mismo junto con su obra ("Utopía..."). Mientras tanto, el orden del cosmos, o bien resulta impenetrable, o se adivina como la subversión de toda inteligibilidad, más allá de las frágiles construcciones humanas. ¿Es que todo orden, acaso, es una forma solapada o demorada del caos final, un futuro documento de barbarie (parafraseando a Jameson), en el sentido sarmientino del término?

Bien puede decirse que en las ficciones borgeanas se demuestra cómo la llamada barbarie es una (otra) forma de la cultura, una variante posible del orden. La antinomia "civilización/barbarie" carece de sentido absoluto. Si el "bárbaro" es, desde los griegos, el otro, el que no sabe hablar nuestra lengua, el que no participa de nuestra cultura (concebida como la verdaderamente humana), todos somos extranjeros para alguien. Si se trata de la crueldad y el despotismo, las más altas y prestigiosas culturas los han ejercido y los ejercen; la

⁴⁶ La "venganza" de las culturas vencidas sobre las vencedoras de la expansión colonial o de la lucha de la "civilización" contra la "barbarie", puede verse claramente trabajada en diversos cuentos de Borges, entre ellos, "El Sur" (la vieja cultura criolla que determina el destino final de Dahlmann), y "El hombre en el umbral" (los revolucionarios de la India que sentencian y ejecutan a un juez inglés). Ver mi análisis de ambos textos en el trabajo "Borges: 'civilización' y 'barbarie': dos versiones del sueño de la Historia", *Cuadernos Americanos, Nueva época*, 4, N° 64 (julio-agosto 1997), pp. 213-235.

alusión al “filántropo” Adolf Hitler no es menor, y nos remite al estremecedor relato “Deutsches Requiem” (*El Aleph*). Si se habla de irracionalidad y desorden, todas las comunidades, hasta la de los míseros yahoos, se rigen por un orden y unas leyes que sus miembros aceptan y comprenden. Pero también puede decirse que todo orden social (aun el aparentemente más refinado) desemboca en la radical negatividad (la disolución, la destrucción) que Sarmiento le adjudicara a su concepción de la barbarie. Toda cultura tiene a su “bárbaro” dentro de sí y marcha hacia la autodesintegración; así lo muestran las distopías a las que nos hemos referido⁴⁷. Por otro lado, cunde en las ficciones borgeanas la sospecha de que el orden del mundo dispuesto por su desconocido Creador o Demiurgo no puede ser aprehendido por ningún “orden simbólico” humano. La cultura sería, antes bien, el vano intento de dar sentido a un mundo básicamente inaccesible a la razón (aunque no, acaso, a la imaginación estética que formula estas paradojas...).

El escepticismo cultural y político (expresado como percepción trágica o irónica) domina de este modo la narrativa borgeana, aunque sin decretar la abolición total de una “elegante” esperanza⁴⁸.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alazraki, Jaime, *Versiones, inversiones, reversiones (El espejo como modelo estructural del relato en los cuentos de Borges)*, Madrid, Gredos, 1977.
- Álvarez, Gregorio, *El tronco de oro. Folklore del Neuquén*, Buenos Aires, Stringa Libros, 1981.
- Balderston, Daniel, *Out of context; historical reference and the representation of the reality in Borges*, Durham y Londres, Duke University Press, 1993. [Hay traducción esp., *¿Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1996].
- Barrenechea, Ana María, *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, Paidós, 1967.
- Berg, Walter Bruno, “Civilización hecha cenizas. La presencia de Sarmiento en la novela histórica contemporánea”, en Roland Spiller, ed., *La novela argentina de los años 80*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1991 (*Lateinamerika Studien*, 29), pp. 77-97.
- Borges, Jorge Luis, *Obras completas (OC)*, Buenos Aires, Emecé, 1974. Se citan de esta edición *El Aleph (EA)*, *El informe de Brodie (EIB)*.
- , *El libro de arena (ELA)*, Barcelona, Plaza y Janés, 1977.
- , *Los conjurados (LC)*, Buenos Aires, Emecé, 1996.

⁴⁷ Esta concepción pesimista sobre el futuro de toda civilización es la que, desde muy distintos enfoques, sostienen Spengler (*La decadencia de Occidente*) y Freud (*El malestar en la cultura*): “parecen ser en primer lugar testimonios de esta desesperación de la civilización con respecto a sí misma, y del abandono de la oposición jerárquica y estructural entre los términos de la pareja bárbaro/civilizado.” (Hurbon, *op. cit.*, 24).

⁴⁸ La frase es del bibliotecario de “La Biblioteca de Babel” (*F, OC*, 471): “Mi soledad se alegra con esta elegante esperanza”, y se funda en la creencia de que el desorden de la Biblioteca, periódicamente repetido, constituye, en definitiva, un orden, el Orden, aunque los habitantes de la Biblioteca no puedan abarcarlo ni entenderlo.

- Cédola, Estela, *Borges o la coincidencia de los opuestos*, Buenos Aires, Eudeba, 1987.
- Feinmann, José Pablo, *El ejército de ceniza*, Buenos Aires, Legasa, 1987.
- Fernández Buey, Francisco, *La barbarie*, México, Paidós, 1995.
- Fernández Retamar, *Algunos usos de civilización y barbarie*, Buenos Aires, Letra Buena, 1993.
- Girard, René, *El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica*, Salamanca, Sígueme, 1982.
- , *La violence et le sacré*, Paris, Grasset, 1985.
- Hurbon, Laënnec, *El bárbaro imaginario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Kitto, H.D.F., *Los griegos*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.
- Lojo, María Rosa, "Borges: 'civilización' y 'barbarie': dos versiones del sueño de la Historia", *Cuadernos Americanos, Nueva época*, 4, N° 64 (julio-agosto 1997), pp. 213-235.
- , "Dos versiones de la utopía: 'Sensatez del círculo' de Angélica Gorodischer y 'Utopía de un hombre que está cansado' de Jorge Luis Borges", en *Mujer y sociedad en América* (Instituto Literario y Cultural Hispánico, California), vol. 1 (1988), pp. 93-184.
- , *La barbarie en la narrativa argentina (siglo XIX)*, Buenos Aires, Corregidor, 1994.
- , "La 'conversión' del héroe en los cuentos de Borges", *Borges*, Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación, 1997, pp. 119-138. Reeditado en *Poéticas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1998, pp. 21-43.
- , "Mujeres y 'ética de la barbarie' en la narrativa borgeana", *Ínsula*, N° 631-632 (julio-agosto 1999), pp. 16-17 y 20-21.
- Malpezzi, Julia e Iris Segovia, "Borges y la intertextualidad de la historia: nosotros en los otros", en *Literatura como intertextualidad, IX Simposio Internacional de Literatura*, Buenos Aires, ILCH-Vinciguerra, 1993, pp. 252-253.
- Mansilla, Lucio V., *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), Buenos Aires, Emecé, 1989.
- Murena, Héctor Álvarez, *El nombre secreto*, Caracas, Monte Ávila, 1969.
- Pérez, Alberto Julián, *Poética de la prosa de Jorge Luis Borges. Hacia una crítica bakhtiniana de la literatura*, Madrid, Gredos, 1986.
- Pollmann, Leo, "¿Con qué fin narra Borges? Reflexiones acerca de 'El Inmortal'", en K.A. Blüher y Alfonso de Toro, eds., *Jorge Luis Borges, Variaciones interpretativas sobre sus procedimientos literarios y bases epistemológicas*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1995, pp. 27-43.
- Sábato, Ernesto, *Claves políticas*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso, 1971.
- Sarlo, Beatriz, *Borges: un escritor en las orillas*, Buenos Aires, Ariel, 1995.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1845), *Facundo* Prólogo y notas de Alberto Palcos, *Obras Completas*, tomo 1, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961.
- Svampa, Maristella, *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1994.
- Zea, Leopoldo, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, México, FCE, 1990.

ADÁN COMO TESTIGO: LA PROPUESTA DE POETA EN
"PALABRAS ESCRITAS EN LA ARENA POR UN INOCENTE",
DE GASTÓN BAQUERO

Manuel Iris

Publicado por primera vez en *Poemas* (La Habana 1942), el largo poema "Palabras"¹ es una referencia obligatoria para los estudiosos de la poesía baqueriana aunque en realidad, quizá a causa de su extensión y complejidad, luego de una innumerable cantidad de comentarios con alguna intuición pero sin mucho valor analítico, son solamente dos los acercamientos profundos a este texto.

El primero fue hecho por Cintio Vitier en el apartado de su libro *Lo cubano en la poesía* (1958) dedicado a Gastón Baquero (Banes, Cuba 1918-Madrid 1997), y el segundo por Walfrido Dorta en *Gastón Baquero: El testigo y su lámpara. Para un relato de la poesía como forma de conocimiento en Gastón Baquero* (2001). Ambos trabajos convergen en varias de sus aseveraciones acerca del poema, como la caracterización del hablante lírico como inocente/niño/Adán, y la importancia del sueño en el discurso del hablante, aunque cada autor da a estos conceptos distintas atribuciones.

Leeré buscando la propuesta de poeta presente en las "Palabras". Para ello, buscaré tipificar al hablante lírico fundamental del poema en tres niveles distintos, aunque íntimamente relacionados, que son I) el inocente como poeta/niño/Adán, II) el inocente como hijo de Dios y III) el inocente como testigo. La sumatoria de todos estos resultados será mi lectura de lo que este poema define y propone como poeta.

I. EL INOCENTE COMO POETA/NIÑO/ADÁN

Para Vitier² el inocente es una construcción lograda desde afuera, es decir, es un personaje que cambia de disfraz según los otros se lo impongan, y en realidad es un sueño: el niño que escribe en la arena es soñado por otro quien lo crea y define. El inocente no conoce nada, no tiene responsabilidad. En palabras de Vitier, el inocente

"[r]epresenta, es decir, cambia de disfraz despreocupadamente, porque no puede ser responsable, porque su propia impureza es un disfraz, ya que es "uno a quien han disfrazado de persona impura". (494)

¹ Para ayudar al flujo del trabajo en adelante escribiré "Palabras" cada vez que me refiera al título del poema.

² Cintio Vitier lee las "Palabras" a la luz de su interpretación de la historia de la poesía en Cuba con la intención de buscar lo *propriadamente cubano* en el texto, búsqueda muy distinta de la mía. Los conceptos de Vitier acerca del poema que empleo en este trabajo son leídos como exclusivos al poema, a distancia de esta búsqueda de cubanidad.

La inocencia del hablante, según Vitier, está emparentada con la *metafísica de la irresponsabilidad*, lo que significa que su inocencia no es intrínseca sino que viene desde afuera: lo han hecho, definido inocente los otros. El inocente es tan responsable de su inocencia como lo fue de la suya el “buen salvaje”: es una mitificación dictada por otro. Mientras tanto, el mito (o sea, el inocente) y su soñador (que Vitier identifica con Europa y la cultura, y que yo interpreto y nombro sencillamente como el no-inocente) son “remitidos a las manos de Dios” (495). Por otro lado, tenemos la definición de inocente que Dorta³, complementando la de Vitier, nos entrega:

“Si la poesía es, ante todo, un rescate e incorporación al lenguaje de lo esencial, una instauración en la palabra del *Ser*, un acceder a las manifestaciones profundas de los entes, como ya vimos, necesita para todo ello un sujeto primigenio, alejado de cualquier automatismo perceptivo; un sujeto de lo fundacional, limpio de convenciones y rituales, cuyo *hacer* sea propicio a las teleologías anteriores. Este sitio viene a ser ocupado, precisamente, por el inocente, que se bifurca como figura en dos fundamentales: el inocente-Adán y el inocente-niño, aunque estas vienen a unirse indefectiblemente: Adán es el niño-hombre; su edad fue la primera de la especie, la infancia humana” (57)

Adán es el primer hombre y, siguiendo la lectura de Dorta, su vida es la infancia de la humanidad. El inocente es el niño de la humanidad, el sujeto primigenio que no posee ni pertenece todavía a ninguna convención ni ritualidad humana. Adán, el inocente y el niño son la cara triple del mismo sujeto que escribe palabras en la arena, es decir, que crea discurso, que nombra por vez primera todo lo que ve y, por lo tanto, funda una realidad: el inocente/niño/Adán es el poeta, ya que “fundidos en un solo arquetipo del sujeto del conocimiento poético, el niño y Adán ofician, crean lo original” (Dorta 61).

En mi lectura, el hablante lírico del poema es definido, como dice Vitier, desde afuera. Pero al mismo tiempo que es definido, el inocente define, al nombrar, todo lo que observa en la historia y en la humanidad: el inocente define a quien lo define y acaba por esto definiéndose. No es un ser pasivo. Su discurso poético, nombrador/fundador del mundo —es decir, las palabras que escribe en la arena— es resultado de su condición de ser primigenio, adánico, inocente. Ahora bien, para entender la dinámica de la formación de su discurso como poesía, es necesario comprender la importancia del sueño, asociado a la inocencia, en el poema.

³ Walfrido Dorta elabora una complicada y hermosa lectura de la poesía de Baquero leyéndola como perteneciente a un *relato de la poesía como forma de conocimiento*. En mi lectura, que pretende buscar una propuesta de poeta en el texto, la interpretación de Dorta es un aporte fundamental.

El sueño y la formación del discurso

Para Vitier la poesía de Baquero, en general, tiene como tema central el *sueño de las formas*: “No es la rosa, es la marea de las rosas arribando; no es el jardín, es el secreto de su oscuridad germinativa, lo que a Baquero le interesa” (484). De este modo, la poesía de Baquero tiene como finalidad develar un misterio, ya que “el poeta sabía que el paso de lo informe a la forma, o la transformación de las formas en otras, es rigurosamente un misterio” (484).

El *sueño de las formas* es una búsqueda del sentido profundo de las cosas. Dicha búsqueda no se interesa por éstas como fenómeno aislado, sino como expresión de algo trascendente. El inocente busca sentidos y define, creando y transformando formas. Su discurso es el *sueño de las formas*.

La noción de sueño que propone Dorta —quien, a diferencia de Vitier, se refiere específicamente al poema que tratamos— es bastante más esquemática y está íntimamente relacionada con las categorías de poeta/niño/Adán antes establecidas: “el sueño se presenta como un *estado adánico*, un momento en que el *hombre primero*, el niño de la especie humana tiene su lugar natural” (Dorta 74). El sueño es, entonces,

[u]n estado poetizante, un ámbito de lo poético, donde el sujeto, *asombrado*, halla vínculos y analogías antes no percibidas; cree en el *encubrimiento*, en una segunda y esencial manifestación de las cosas, y la encuentra, la hace emerger, por lo que *transvé*, se constituye en sujeto de lo relacional, siendo él mismo un elemento religado al ritmo unitivo que hace dialogar a cada ente.

La escritura del sueño es el acto por el cual el inocente conoce poéticamente. (75)

El sueño es, así, el estado adánico en el que tienen lugar las nuevas asociaciones cuya escritura constituye el quehacer poético, el discurso del inocente. A su vez, ese quehacer poético es la *manera* en que el inocente conoce el mundo, ya que el inocente (poeta/niño/Adán) es un sujeto que conoce por medio de la poesía: la poesía es su forma de conocimiento.

Por supuesto, las asociaciones que el discurso del inocente establece entre las cosas les concede significados distintos a los normalmente atribuidos. Las cosas nombradas están ahora “no sujetas a los dictados de la logicidad corriente” (Dorta 77), de modo que el *sueño de las formas* establecido por Vitier como categoría en la poesía de Baquero es, según Dorta, el de las formas *libres* (77).

En realidad Vitier y Dorta le llaman sueño al mismo proceso, aunque el segundo lo define mucho más clara y eficientemente. Para mí, la importancia del sueño como espacio poetizante donde se hallan analogías inusitadas radica, como ha vislumbrado Vitier, en que el inocente también es creado a partir de un sueño pero —y en esto me opongo a su lectura— el otro hablante (Europa, la cultura, para Vitier) no es quien ha soñado al inocente. El único que lo ha

soñado, creado y no solamente definido es el mismo Dios. La sección IV del poema, la más breve de todas, nos aclara esta relación entre los sueños creadores del inocente y de Dios. La cito entera:

Estoy soñando en la arena las palabras que garabateo en la arena con el sueño índice:

Amplísimo amor de inencontrable ninfa caritativo muslo de sirena.
Éstas son las playas de Burma, con los minaretes de Burma, y las selvas de Burma.
El marabú, la flor, el heliógrafo del corazón.
Los dragones andando de puntillas porque duerme San Jorge.
Soñar y dormir en el sueño de muerte los sueños de la muerte.
Danos tiempo para eso. Danos tiempo. Tú eres quien sueña solamente.
«No. Yo no sueño la vida,
Es la vida la que me sueña a mí,
y si el sueño me olvida,
he de olvidarme al cabo que viví». (101-102)⁴

Empieza hablando el inocente, diciéndonos las palabras que garabatea en la arena con “*el sueño índice*”, es decir, su dedo índice, una parte de su cuerpo soñado por Dios. Ahora bien, en esta sección del poema, Dios se vuelve sinónimo de “la vida”. Las palabras que el inocente escribe (resultado de su sueño, contenido a su vez en el sueño de Dios) constituyen una nueva realidad que resulta del establecimiento de relaciones entre elementos que antes no estaban relacionados: “heliógrafo del corazón”, dragones de puntillas por el sueño de San Jorge, “caritativo muslo de sirena”. Este discurso se interrumpe cuando el no-inocente irrumpe en el poema, como lo hará varias veces, sin ningún espacio ni variación tipográfica que nos señale visualmente este cambio de hablante, sólo determinable por su distinto discurso y oyente, cuando leemos: “Danos tiempo para eso. Danos tiempo. Tú eres quien sueña solamente”, verso en el cual observo dos características que luego se repetirán constantemente, y que menciono a continuación:

1. El no-inocente se refiere a sí mismo como un “nosotros” en varias ocasiones. De modo que el no-inocente puede ser en el poema un sujeto individual, o su desdoblamiento en un sujeto colectivo: los no-inocentes.
2. El oyente del no-inocente cambia: en determinadas partes del poema es el inocente, y en otras es el mismo no-inocente, desdoblado en el “nosotros” señalado en el inciso anterior.

⁴ Todas mis citas del poema están tomadas de Baquero, Gastón. *La patria sonora de los frutos. Antología poética de Gastón Baquero*. Ed. Efraín Rodríguez Santana. La Habana: Letras Cubanas, 2001.

Recapitulo: el no-inocente le pide al inocente que le(s) dé tiempo, ya que sólo el inocente es quien sueña, es decir, quien crea: los no-inocentes necesitan tiempo para pensar y entender lo que el inocente dice. El inocente contesta diciendo que también él es soñado, y que si el sueño lo olvida, él mismo se olvidará de que ha vivido⁵.

La dinámica es así: el sueño de Dios crea las cosas (incluido en ellas el inocente) desde la nada, en tanto que el sueño del inocente crea su discurso, su aporte al cosmos, desde el *ars combinatoria* de los elementos que ya están establecidos en el mundo por Dios, y ese discurso es su propio sueño. En ambos momentos, el sueño es un espacio de creación, y entonces “la poesía –para utilizar una frase del propio Baquero– es la prolongación en el hombre de la imagen y semejanza de Dios, en cuanto a creador” (Baquero, Ensayo 14).

Ahora bien, la relación de Dios (soñador, creador primario) con el inocente, es señalada explícitamente en el poema como una relación padre-hijo, que sin embargo tiene sus complicaciones. Eso es lo que estudiamos en el siguiente apartado.

II. EL INOCENTE COMO HIJO DE DIOS: ABANDONO, MUERTE Y SALVACIÓN

En el poema el inocente establece con Dios una relación de padre-hijo que comienza con el abandono y termina con la salvación, y que yo relaciono con el concepto de “*ser-ahí*” del filósofo Martín Heidegger, y con la salvación cristiana⁶, ya que el inocente ha sido creado –soñado– por su padre, es decir, su creador (cuestión católica), y luego abandonado en el mundo, entre los demás seres (cuestión heideggeriana). Esta amalgama no es rara en la poética de Baquero, para quien la situación de Adán no es “sino el imperio del verbo poético... Por eso Heidegger ha llegado a explicar de forma apasionante y convincente que poetizar no es otra cosa que fundar por medio de la palabra de la boca” (Ensayo 15).

El abandono del inocente por Dios sucede en el verso nueve de la primera parte del poema, verso en el cual el inocente se define como “El niño abandonado por su padre en el parque” (96), idea que se refuerza en la segunda parte, cuando declara: “Y soy tan sólo el niño inocente olvidado durmiéndose en la

⁵ En esta sección es importante la noción de ritmo como formador de la poesía, idea que se sostiene al comparar las estructuras silábicas del segundo verso (“Amplísimo amor de inencontrable ninfa caritativo muslo de sirena”) y de los últimos cuatro (“No. Yo no sueño la vida, / es la vida la que me sueña a mí, / y si el sueño me olvida, / he de olvidarme al cabo que viví”), los cuales son propiamente la entrada y la salida del discurso poético del inocente en esta sección.

⁶ Esta amalgama de existencialismo y religiosidad católica es posible gracias a lo señalado por Ramón Xirau: “Admitimos que Heidegger no es ateo, pero en sus escritos no aparece muestra alguna de que Heidegger sea, en ningún sentido, creyente. La filosofía de Heidegger ni aprueba ni desaprueba la existencia de Dios, su actitud parece ser, por lo menos de ignorancia, es decir, agnóstica. Algo semejante sucede con la ontología de Heidegger. Esta ontología, como toda ontología, pretende describir el ser en sí, el ser en cuanto al ser. De hecho se refiere a una de las regiones que Husserl llamó *regiones ontológicas*. En el caso de Heidegger esta región es la región de la existencia humana” (445).

arena" (97). En estos dos momentos el inocente queda caracterizado como un "ser-ahí". Sobre este concepto, Heidegger afirma:

La "esencia" del "ser-ahí" está en su existencia. Los caracteres que pueden ponerse de manifiesto en este ente no son, por ende, "peculiaridades" "ante los ojos" de tal o cual "aspecto", sino modos de ser posibles para él en cada caso y sólo esto. Todo "ser tal" de este ente es primariamente "ser". De donde el término "ser-ahí" con que designamos ese ente no exprese su "qué es", como mesa, casa, árbol, sino el ser...

El "ser-ahí" se determina como ente, en cada caso, partiendo de una posibilidad que él es y que en su ser comprende de alguna manera. Éste es el sentido formal del tener el "ser ahí" por constitución de existencia. (54-55)

Bastante complejo, el concepto de "ser-ahí" se refiere al ser que está en el mundo como ser, de manera puramente óptica, sin determinación todavía de su "qué es" como otro ser entre todos los seres, como cotidiano en el mundo. Ahora bien, el término mundo, en palabras del mismo Heidegger, puede entenderse como *aquello "en que" un "ser-ahí" fáctico, en cuanto es este "ser-ahí", "vive" (78)*. El "ser ahí" es un ser entre todos los seres: un ser en el tiempo.

La presencia del padre (Dios, la trascendencia) es lo que luego permite, en la sección central y más complicada del poema, que el inocente tenga una visión de la muerte y reaccione con felicidad al verla, porque la comprende como una continuación de sí mismo y no como anulación:

¿Quién es esta mujer?

La oigo mis verdades. Ella conoce el preciado alimento.

Va inscribiendo mi nombre sobre sepulcros olvidados.

Ella conoce la destreza del amor con que se yergue dentro de mí un cuerpo esplendoroso. Ella vive por mí.

¿Cómo responde cuando soy llamado? ¿Cómo alcanza a su terrible boca el alimento preparado para mis entrañas?

Ahora comprendo que su cuerpo es el mío.

Yo no termino en mí, en mí comienzo.

También ella soy yo, también se extiende,

¡Oh muerte, oh muerte!, mujer, alma encontrada.

¿Qué vigilas cuando todos duermen?

Oh muerte, feliz inicio, campo de batalla,

donde las almas solas, puras almas, ya no se mueren nunca (100)

La trascendencia es lo que salva de la angustia al "ser-ahí" que es el inocente. Este texto propone la esperanza como una certeza: Dios no defraudará a su hijo. Por ello en la sección VIII leemos lo siguiente: "La mano de su padre recogiendo piadosa en medio del parque / sonriendo, sollozando, mintiendo, proclamando su nombre sordamente" (103), y al final del poema, en la sección X: "Dejemos vivo a

ese inocente niño. / Porque garabatea incesantemente palabras en la arena. /.../ Y porque sabe que un día Dios vendrá a recogerle al final del laberinto / buscando al más pequeño de sus hijos olvidado en el parque" (106). De modo que Dios recogerá, en el momento de la muerte, a su hijo abandonado en el mundo. En esta relación padre-hijo el poeta es quien proclama y "pronuncia el nombre de Dios" (97), y sobre todo quien "hace lo que le dictan desde el cielo" (98), es decir, el poeta no es solamente un hijo, sino también un siervo de Dios.

III. EL INOCENTE COMO TESTIGO

El inocente conduce el poema a través de tiempos y espacios distintos de la historia de la humanidad y, más específicamente, de la Iglesia Católica, mostrándonos su nueva creación o reordenamiento del mundo. Ese viajar del poeta por tiempos y espacios para hacer constar su relación con la historia, es lo que lo configura como –retomando así el término que la crítica ha acuñado a partir de la propia terminología de Baquero– *Testigo*.

Carmen Ruiz Barrionuevo, a propósito del poema "Memorial del testigo" –fundamental para tipificar al testigo baqueriano– señala que el poema afianza la poética que erige el modo de Gastón Baquero, su creencia en la transformación de las cosas origina una presencia, que define como "testigo" que atraviesa épocas y lugares, como actuando en una mágica comunión con personajes tan dispares como Bach, Rafael, Mozart, Napoleón, Cleopatra, Luis XIV, Fra Angélico o Schubert. (40)

Siguiendo la lectura de Ruiz Barrionuevo, Dorta nos dice que el testigo es "un sujeto de conocimiento poético cuyas relaciones espaciales y temporales no están delimitadas, quiero decir, son ucrónicas y utópicas" (47). De este modo, añade Alicia Aldaya, "el poeta omnisciente se desdobra en función de variedad de situaciones" (79).

El testigo hace un reordenamiento de la historia: busca rescatar una esencialidad enlazando hechos primariamente inconexos que luego adquieren una relación en el texto. En "Memorial de un testigo" ese nexo es el origen, la creación de algo, y en el poema que nos ocupa es la historia de la humanidad, que termina fundiéndose con la historia de la Iglesia Católica. Y "esta analogización de las experiencias, de los acaeceres es, al mismo tiempo, un paso ganado en el empeño del testigo de esencializarlos, de penetrar y fijar el *ser*" (Dorta 51) por medio de la palabra poética, la cual encarna su explicación/reordenamiento del mundo al que ha llegado como nuevo Adán.

Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en "Memorial del testigo", en "Palabras" el hablante no sólo es testigo y participante de la historia, sino que por momentos también *es* la historia, al confundir su identidad con la de algún personaje. En la sección II leemos:

Asomado en el espejo está Absalom desnudo y me adelanto a estrecharle la mano.

Estoy muerto en este balcón hace cinco minutos cubierto de dardos.
Estoy cercado de piedras colgado de un árbol oyendo a David
¡Hijo mío Absalom, hijo mío, hijo mío Absalom! (97)

La visión de Absalom en el espejo es clave para *pasar a ser* (estrechándole la mano y luego de una transmutación en San Sebastián, quien muere lleno de flechas) el mismo Absalom colgado en el árbol del cual se ha enredado su larga cabellera, y adonde acude Joab para matarlo perforando su cuerpo con una jabalina, desobedeciendo al Rey David, que se lamenta por la muerte de su hijo.

El nexo entre San Sebastián y Absalom es la manera de morir atravesados, pero en tanto que el primero es un mártir de la iglesia, el otro muere en una batalla contra las tropas de su padre, quien al final no puede evitar su muerte. En cuatro versos el inocente *ha sido* el santo y el traidor, porque puede serlo todo. La elección de personajes en los que se transmuta el inocente ubica al lector en la historia bíblica (Absalom) o en la historia de la Iglesia Católica (San Sebastián).

Nos queda claro: el inocente como testigo, además de viajar en el tiempo y en el espacio, puede *ser* un personaje clave en ese espacio-tiempo, sin contentarse solamente con observar. El inocente da el testimonio, hace poesía, reordena lo que ve pero también lo que vive en los tiempos, espacios y personas que elige.

CONCLUSIONES

"Palabras" propone un modelo de poeta que puede ser caracterizado como inocente/niño/Adán, es decir, ser fundacional y primigenio que conoce/crea el mundo a través de su discurso, y es un testigo con la doble capacidad de viajar en el tiempo y en el espacio, y de encarnar un personaje. El poeta es también un hijo y siervo de Dios que hace su obra a partir del sueño, entendido éste como un estado poetizante y creativo que devuelve al poeta a su estado de primigenia inocencia, reflejo de la creación divina, dado que el mismo inocente es un sueño de Dios. Así, "la poesía es la prolongación en el hombre de la imagen y semejanza de Dios, en cuanto creador" (Baquero, Ensayo 14). El poema mismo es una propuesta de poesía entendida como testimonio de los hombres, de la historia de los hombres, hacia Dios.

Hay, según mi lectura del poema, una propuesta estética (la poesía como reordenamiento del mundo y la historia) y otra religiosa (el poeta católico, hijo y siervo de Dios, que hace poesía, a imagen y semejanza de Dios mismo) que son muy difíciles de disociar en este largo y hermoso texto, que nos ayuda a penetrar, poco a poco, la poética de Gastón Baquero.

BIBLIOGRAFÍA

- Aldaya, Alicia. "Consideraciones acerca de *Memorial del testigo* de Gastón Baquero". *Círculo: revista de cultura*. 11 (1982): 79-88.
- Baquero, Gastón. *Ensayo*. Ed. Alfonso Ortega Carmona y Alfredo Pérez Alencart. Salamanca: Fundación Central Hispano, 1995.
- Baquero, Gastón. *La patria sonora de los frutos. Antología poética de Gastón Baquero*. Ed. Efraín Rodríguez Santana. La Habana: Letras Cubanas, 2001.
- Dorta, Walfrido. *Gastón Baquero: El testigo y su lámpara. Para un relato de la poesía como conocimiento en Gastón Baquero*. La Habana: Unión, 2001.
- Heidegger, Martín. *El ser y el tiempo*. Trad. José Gaos. México: Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Ruiz Barrionuevo, Carmen. "Magias de Gastón Baquero". *Celebración de la existencia: homenaje internacional al poeta cubano Gastón Baquero*. Ed. Alfonso Ortega y Alfredo Pérez Alencart. Salamanca: U. Pontificia de Salamanca, 1994. 129-136.
- Vitier, Cintio. "La visión poética de Baquero". *Lo cubano en la poesía*. 1958. La Habana: Letras Cubanas, 1970. 484-498.
- Xirau, Ramón. *Introducción a la historia de la filosofía*. México: UNAM, 1998.

“La mujer es animal imperfecto, apasionado por mil pasiones desagradables y abominables incluso de recordarse, además de razonar acerca de ellas... Ningún otro animal es menos limpio que ella: no el cerdo, cuando más está revolcado en el lodo, llega a su suciedad”¹.

Quien escribe estas palabras podría ser tildado como un misógino. Sin embargo, Giovanni Boccaccio es el autor del *De mulieribus claris*, colección de 74 biografías de mujeres célebres en la primera redacción (1362) y de 106 en la segunda (1362).

¡No sólo! Si se examina toda su obra, la mujer ha estado siempre presente y ha sido siempre exaltada.

En el *Filocolo* (1336-1338), que es la primera novela italiana en prosa, Florio busca a Biancifiore convirtiéndose en un “fatigado por el amor”. El *Filostrato* (entre 1335 y 1339) es la historia de un “abatido por el amor” y en la *Comedia delle ninfe fiorentine* (1341-1342) el pastor Ameto, bajo el reinado de Venus y de la gracia femenina, se purifica gracias al amor. Además, en la *Amorosa visione* (poema didáctico-alegórico al estilo de Dante, compuesto entre 1342 y 1343) es una mujer la que acompaña hasta un castillo donde, después de un recorrido por los símbolos de los bienes terrenos, encontrará en un jardín a la inalcanzable Fiammetta. En el *Ninfale fiesolano* (1344-1346), en cambio, el amor es una fuerza natural, que se expande sin sentimiento de culpa.

Pero es, sobre todo, la *Elegia di Madonna Fiammetta* (1343-1344), la que exalta el eterno femenino.

La obra es una larga carta que la protagonista dirige a las mujeres enamoradas acerca de su desaventurada historia de amor. Esposa insatisfecha, se ha separado de su amante y ella —además de recordarlo quejumbrosamente día y noche— recibe noticias poco alentadoras: él se ha casado o está en brazos de otra mujer. La felicidad es efímera para esta Madame Bovary medioeval. Y no se crea que lo diga en tono de broma, puesto que también Flaubert habría de explorar en el alma femenina siglos más tarde.

El amor en la *Elegia* se caracteriza por la pasión, que está por encima de toda razón y de toda moral. Es la misma diosa Venus la que enseña a Fiammetta que el amor es más fuerte que las convenciones sociales, ya que la naturaleza

* Profesor de la Universidad Santo Tomás.

¹ “La femina è animale imperfetto, passionato da mille passioni spiacevoli e abbominevoli pure a ricordarsene, non che a ragionarne... Niuno altro animale è meno netto di lei: non il porco, qualora è più nel loto coinvolto, aggiugne alla bruttezza di loro”. (G. Boccaccio, Corbaccio, 133-134). N.B.- Todas las citas están tomadas de los textos críticos establecidos para Giovanni Boccaccio, *Tutte le opere*, Mondadori, Milano 1964-98.

misma está sometida a éste y nada ni nadie puede substraerse a él. La experiencia amorosa es una realidad humana, necesaria e irrenunciable.

La diosa pagana llega a sostener que hombres y mujeres son iguales frente al amor y a la traición. Es así como los hombres no deben sentirse ofendidos si las mujeres los traicionan, puesto que están sometidos a las mismas leyes del amor: "*Por lo tanto no se le hace injuria, si por esa ley, con las que tratan a los otros, son tratados ellos; a ellos ninguna prerrogativa más que a la mujeres les es concedida*"².

Según esta ley, Fiammetta vive su adulterio con "furor". Y, cuando es asaltada por el abandono y la desesperación, desarrolla los sentimientos negativos de la ira, los celos y el deseo de venganza. La locura prevalece por sobre la razón y sus pensamientos son obsesivos: del amor al odio, del deseo de venganza al deseo sensual y amoroso, de la búsqueda desesperada de noticias a la depresión y al abandono de toda esperanza. Ni siquiera el Sueño (en una verdadera paráfrasis de un fragmento del *Hercules furens* de Séneca) le trae descanso: las pesadillas exacerban sus penas. Lo único que le trae confortación es el escribir y por eso escribe: para ayudar a otras mujeres heridas por el Amor. Esto es, la literatura como catarsis.

Dejando de lado interpretaciones forzadas (como que en la trama se esconde una intención autobiográfica), Fiammetta es —por sobre todo— una mujer que reivindica un rol activo: es el narrador extradiegético, el sujeto que habla en un estilo elegíaco, que deja una situación "abierta", sin solución, al más puro estilo de Henrik Ibsen.

En Boccaccio la atracción por las fuerzas naturales es irrefrenable. La mujer angelical de los stilnovistas ha quedado atrás. La prueba es que Fiammetta (que —según mi opinión— al igual que Beatriz y Laura nunca existió como mujer real) tiene una existencia literaria terrena y exuberante. Así la presenta Boccaccio en la *Elegia di Madonna Fiammetta*, que no es una venganza literaria, sino el deseo de explorar el alma femenina. Y para ello se sirve de ilustres intentos literarios, como las *Heroides* o de las tragedias de Séneca.

La protagonista ya no es una sombra idealizada, sino una mujer real, que se mueve en un "tiempo lento". No es una proyección de la pasión del hombre, sino que se transforma en la actriz del hecho amoroso. Una verdadera revolución.

El lenguaje intimista explora en los meandros más secretos del alma femenina. La pasión se afirma en la sensibilidad femenina y la condición conyugal la hace combativa y arriesgada. Se olvidan los límites morales: la fidelidad, el honor, el pudor. La vida de la mujer es indefensa y cada vez más solitaria. Su voluntad se reconoce en lo que otros consideran pecado. Por larga tradición, en el Medioevo se identificaba a la mujer con la lujuria y la causa del pecado; la mujer desviaba del recto camino del espíritu. Con esa perspectiva, la figura de la mujer era pasiva. En la poesía trovadórica y stilnovista la mujer era un símbolo de la nostalgia de la belleza y la bondad.

² "*Dunque non si fa loro ingiuria, se per quella legge, che essi trattano altrui, sono trattati essi; a loro niuna prerogativa più che alle donne è conceduta*". (G. Boccaccio, *Elegia di Madonna Fiammetta*, I, 17, 24).

Con Boccaccio, la mujer tiene autonomía espiritual. Fiammetta es una mujer-amante con entera responsabilidad. Con toda la experiencia temática del Romanticismo, el lector moderno tal vez no se percata de la novedad, pero ésta es innegable para el que olvida por un momento sus rémoras intelectuales.

Es con Boccaccio que por primera vez la mujer adquiere dignidad de personaje en la literatura europea. La mujer no es sólo objeto, sino también sujeto de deseo y no siente temor de expresarlo. La mujer es capaz de actos de coraje, da pruebas de ingenio y de virtud, pero también puede odiar y no resignarse a su suerte.

Su esfera de acción estaba también siempre limitada al ámbito erótico. Ese rol, aparentemente natural, condenaba a la mujer a la marginalidad social. Relegada al sexo y a la maternidad, la mujer era amada mientras es joven y bella: después se la desechaba como buena para nada. La mujer de *Decameron* no es ya la mujer ángel: es la mujer burguesa, que une la naturalidad del pueblo a la nobleza del ánimo cortés, el amo a la inteligencia y al ingenio.

Comenzando su *Decameron*, Boccaccio se dirige justamente a las dueñas (*donne*):

“Algunas veces, preciosísimas dueñas, pensando conmigo en cuánto vosotras sois naturalmente piadosas, conozco a muchas que la presente obra a vuestro juicio tendrá grave y molesto principio, así como es el doloroso recuerdo de la pestífera mortalidad ya pasada, universalmente a cada uno que la vio o de alguna manera conoció dañina, la cual ésta llega en su frente. Pero no quiero por lo que vais a leer más adelante os asuste, casi siempre entre suspiros y entre las lágrimas leyendo debáis pasar”³.

Y en la defensa que hace de su obra al empezar la Cuarta Jornada:

“Queridísimas dueñas, tanto por las palabras oídas de los hombres sabios como por las cosas muchas veces vistas y oídas por mí, yo estimaba que el impetuoso y ardiente viento de la envidia no debiese golpear sino las altas torres o las más elevadas cimas de los árboles; pero yo me encuentro engañado en mi estimación”⁴.

³ “Quantunque volte, graziosissime donne, meco pensando riguardo quanto voi naturalmente tutte siete pietose, tante conosco che la presente opera al vostro iudicio avrà grave e noioso principio, sì come è la dolorosa ricordanza della pestifera mortalità trapassata, universalmente a ciascuno che quella vide o altramenti conobbe dannosa, la quale essa porta nella sua fronte. Ma non voglio per ciò che questo di più avanti leggere vi spaventi, quasi sempre tra' sospiri e tralle lagrime leggendo dobbiate trapassare. (G. Boccaccio, *Decameron*, I Introd. 2-3).

⁴ “Carissime donne, sì per le parole de' savi uomini udite e sì per le cose da me molte volte e vedute e lette, estimava io che lo 'mpetuoso vento e ardente della invidia non dovesse percuotere se non l'alte torri o le più levate cime degli alberi; ma io mi truovo dalla mia estimazione ingannato”. (G. Boccaccio, *Decameron*, IV Introd. 2).

Efectivamente, su obra ha sido cuestionada:

“Ha habido, por lo tanto, discretas dueñas, algunos que leyendo estas novelas, han dicho que vosotras me gustáis demasiado y que no es cosa honesta que yo tome tanto deleite en gustaros y consolaros, y algunos han dicho algo peor, de exaltaros, como yo hago. Otros, más maduramente mostrando querer decir, han dicho que a mi edad no está bien ir ya tras estas cosas, esto es razonar de mujeres o complacerlas. Y muchos, que se muestran muy tiernos de mi fama, dice que yo haría más sabiamente si estuviere con las Musas en el Parnaso que con estas chanzas mezclarme entre vosotras. Y hay algunos aun que, hablando más por despecho que sabiamente, han dicho que yo haría más discretamente en pensar donde yo debiese obtener el pan que ir detrás de estas frivolidades paciando el viento. Y ciertos otros de otro modo haber sido las cosas relatadas por mí como yo os las entrego, se ingenian, en detrimento de mi esfuerzo, demostrar”⁵.

Más adelante, sostiene que, precisamente, las Musas son mujeres y, aunque las mujeres no valen lo que valen las Musas, ellas tienen en el primer aspecto semejanza con ellas; al punto que las mujeres fueron razón para escribir mil versos, donde las Musas nunca le fueron de ocasión alguna.

Como demostración de lo natural de sus relatos, cuenta la historia del hijo de Filippo Baldinucci y –en la *Conclusión*– se dirige nuevamente a las “nobilísimas damas, a consuelo de las cuales y a tan largo esfuerzo me he puesto”. Se excusa por el lenguaje que ha usado, podría haberles hecho escuchar cosas no convenientes para las “honestas mujeres”, pero también los pintores con su pincel se toman licencias⁶.

⁵ “Sono adunque, discrete donne, stati alcuni che, queste novelle leggendo, hanno detto che voi mi piacete troppo e che onesta cosa non è che io tanto diletto prenda di piacervi e di consolarvi, e alcuni han detto peggio, di commendarvi, come io fo. Altri, più maturamente mostrando di voler dire, hanno detto che alla mia età non sta bene l'andare omai dietro a queste cose, cioè a ragionar di donne o a compiacer loro. E molti, molto teneri della mia fama mostrandosi, dicono che io farei più saviamente a starmi con le Muse in Parnaso che con queste ciance mescolarmi tra voi. E son di quegli ancora che, più dispettosamente che saviamente parlando, hanno detto che io farei più discretamente a pensare ond'io dovessi aver del pane che dietro a queste frasche andarmi pasciendo di vento. E certi altri in altra guisa essere state le cose da me raccontate che come io le vi porgo, s'ingegnano, in detrimento della mia fatica, di dimostrare”. (G. Boccaccio, *Decameron*, IV Introd. 5-7).

⁶ “Nobilissime giovani, a consolazion delle quali io a così lunga fatica messo mi sono, io mi credo, aiutantemi la divina grazia, sì come io avviso, per li vostri pietosi prieghi, non già per li miei meriti, quello compiutamente aver fornito che io nel principio della presente opera promisi di dover fare: per la qual cosa l'io primieramente, e appresso voi ringraziando, è da dare alla penna e alla man faticata riposo... Saranno per avventura alcune di voi che diranno che io abbia nello scriver queste novelle troppa licenzia usata, sì come fare alcuna volta dire alle donne e molte spesso ascoltare cose non assai convenienti né a dire né a ascoltare a oneste donne. La qual cosa io nego, per ciò che niuna sì disonesta n'è, che, con onesti vocaboli dicendola, si disdica a alcuno: il che qui mi pare assai convenevolmente bene aver fatto... Senza che alla mia penna non dee essere meno d'autorità conceduta che sia al pennello del dipintore, il quale senza alcuna riprensione, o almen giusta, lasciamo stare che egli faccia a san Michele ferir il serpente con la spada o con la lancia, e a san Giorgio il dragone dove gli piace; ma egli fa Cristo maschio ed Eva femina, e a Lui medesimo che volle per la salute della

Es verdad que en la narrativa medioeval se encuentran temas licenciosos, pero se trata de un tema menor, de origen popular. El gran tema del *Decameron*, en cambio, es el amor. Y las mujeres –superados los esquemas del amor cortés– son las verdaderas protagonistas.

Recordemos que las narradoras del libro son siete y los varones solamente tres. Además éstos representan tres aspectos de la personalidad de uno solo: Boccaccio. Los nombres de ellas, en cambio, son símbolos vivientes del carácter femenino: Pampinea (“la exuberante”), Filomena (“la discretísima”), Lauretta (la amante adolorida), Emilia (la lisonjera), Elisa (la esclava de un amor no correspondido), Fiammetta (la perfecta amante, que teme siempre perder su amor) y Neifile (la ardiente de ingenua lascivia). Son estas jóvenes las que, huyendo de la peste, construyen un nuevo estado moral y social.

Las heroínas del *Decameron* son inolvidables: Madama Beritola, la calumniada mujer de Bernabé da Genova, Giletta di Carbona, la Agnolella, Gostanza da Lipari, Sofronia o la mítica Griselda.

Esta última ha sido considerada un “enigma”. Es una mujer plebeya que enfrenta con fortaleza todos los vejámenes de su marido, el marqués de Saluzzo. Pone a prueba su paciencia y su sumisión por trece años, con pruebas terribles como quitarle a sus hijos y hacerle creer que los mandó a matar. Gualtieri aparece como un monstruo deshumano que desnuda a su esposa delante de todos para dejar en claro que se va de su casa sin nada. Al final, revelará que todo ha sido una prueba de la fuerza interior de la mujer, capaz de defenderse con la única arma que posee: la fuerza interior, que la hace valerosa e impenetrable. Por jerarquía social, es inferior, pero verdaderamente nunca se deja dominar. Es ella la que vence esa lucha conyugal. La “virtud” de la mujer vence a la “fortuna”. Como la virgen María (o como el mismísimo Cristo) acepta su destino.

Si relacionamos el amor con el sexo, en términos modernos, se supone que el hombre es más susceptible al deseo sexual que las mujeres. En la Edad Media, en cambio, se consideraba a los hombres como más racionales, mientras que las mujeres eran carnales.

El origen de dicha actitud partía del relato del *Génesis*, que hacía responsable a la mujer del pecado original y que los Padres de la Iglesia relacionaron estrechamente con el deseo sexual. Isidoro de Sevilla –por ejemplo– sostenía que el hombre debía su nombre (*vir* en latín) a su fuerza (*vis*), así como la mujer (*mulier*) a su debilidad (*mollities*), considerando a las mujeres como “muy apasionadas... mucho más libidinosas que los hombres”.

El *Decameron* está lleno de ejemplos. Masetto da Lamporecchio sostiene que un gallo basta para diez gallinas, pero que diez hombres pueden mal o con

umana generazione sopra la croce morire, quando con un chiovo e quando con due i piè gli conficca in quella”. (G. Boccaccio, *Decameron*, Conclusione dell'autore 1,3,6).

esfuerzo satisfacer a una mujer⁷. Alibech, viendo que Rustico no mete el diablo en el infierno, se queja de que aquél debe “calmar su rabia” así como éste le ayudó a quitar la soberbia⁸. Calandrino, convencido de su presunto embarazo, cree estar muerto por la “rabia” de su mujer (IX 3, 23).

Pero existe una diferenciación social. Mientras la mujer de Messer Ricciardo di Chinzica prefiere quedarse con el pirata Paganino, que la satisface sexualmente (II 10), Madonna Lisetta quiere mantener su reputación a pesar de que cree dormir con el arcángel Gabriel (IV 2).

La respuesta de la mujer de alcurnia es siempre precisa, como Monna Nonna de' Pulci, que exige “buena moneda” (VI 3), Madonna Oretta que interrumpe la novella del maldiestro caballero aduciendo el “demasiado duro trote del caballo” (VI 1), o Madonna Filippa que llega incluso a modificar el estatuto que la condenaba a muerte porque que debe hacer ella con lo que a su marido le sobra: “¿Lo debo yo tirar a los perros?” (VI 7, 17).

Está claro que nada detiene la fuerza del sexo: ni reglas morales, ni prejuicios religiosos, ni vigilancias, ni clausuras, ni amenazas. Pero sobre todo es la firmeza de la mujer la que hace posible esa fuerza.

Tomemos el caso de Alatiel (II 7), que pasa de lecho en lecho y –como un ángel de la muerte– lleva a un violento fin a cada uno de los que la poseen. Cuando por fin llega a los brazos del marido que le estaba destinado, “ella, que con ocho hombres tal vez diez mil veces había yacido, al lado de él se acostó como doncella y le hizo creer que así fuese; y reina con él alegremente después mucho tiempo vivió. Y por eso se dijo: <<Boca besada no pierde ventura, incluso se renueva como hace la luna>>⁹.

Dice Ghismunda a su padre: “Debería serte manifiesto, Tancredi, que siendo tú de carne, has generado una hija de carne y no de piedra o de hierro” (IV 1, 33). Poniendo así el acento en su aspecto material, reivindica los derechos del cuerpo para legitimar su deseo de amor y de felicidad. El cuerpo es el fundamento biológico del ser y asume su dignidad: no se puede prescindir de la vitalidad y de la satisfacción del sexo. En el *Decameron*, el cuerpo femenino llega a ser una bandera de una revolución cultural, que Boccaccio lleva adelante.

⁷ “Madonna, io ho inteso che un gallo basta assai bene a dieci galline, ma che dieci uomini posson male o con fatica una femina sodisfare, dove a me ne convien servir nove, al che per cosa del mondo io non potrei durare, anzi sono io, per quello che infino a qui ho fatto, a tal venuto che io non posso fare né poco né molto; e perciò o voi mi lasciate andar con Dio, o voi a questa cosa trovate modo”. (G. Boccaccio, *Decameron*, III 1, 37).

⁸ “La qual, poi che vide che Rustico più non la richiedeva a dovere il diavolo rimettere in inferno, gli disse un giorno: “Rustico, se il diavolo tuo è castigato e più non ti dà noia, me il mio ninferno non lascia stare; per che tu farai bene che tu col tuo diavolo aiuti attutare la rabbia al mio ninferno, com'io col mio ninferno ho aiutato a trarre la superbia al tuo diavolo”. (G. Boccaccio, *Decameron*, III 10, 29).

⁹ “E essa, che con otto uomini forse diecemila volte giaciuta era, allato a lui si coricò per pulcella e fecerle credere che così fosse; e reina con lui lietamente poi più tempo visse. E per ciò si disse: <<Bocca basciata non perde ventura, anzi rinnova come fa la luna>>. (G. Boccaccio, *Decameron*, II 7, 121-122).

Y la representación de los cuerpos varía según los personajes y los ambientes sociales. Por un lado, está la belleza cortés, referida a los personajes elevados, que aparece sobre todo en las obras juveniles y que tiene su momento cúlmine en la *Valle delle donne*, descrita en la Conclusión de la Jornada Sexta¹⁰. Por otro lado, está el desnudo grotesco, propio de los personajes populares: se vacía el modelo stinolvista y la desnudez del cuerpo femenino llega a ser expresión de la nueva realidad de la mujer terrena, contrapuesta a la mujer ángel.

El cuerpo de la viuda es castigado por el escolar, porque rechazó el deseo masculino y no estuvo disponible para amar. Por la misma razón, la bellísima mujer desnuda de la visión de Nastagio degli Onesti es despedazada por los perros y por la espada del caballero en una escena no exenta de sadismo erótico.

Las mujeres de alto grado social, además del cuerpo, tienen un alma; las que se colocan en los peldaños más bajos en general conocen sólo la fuerza de los instintos y raramente demuestran gentileza de ánimo. Por ello, Comare Gemmata "ignudanata" puede transformarse en una yegua cuando Donno Gianni le instala la "cola" poniendo "el pilote con el cual plantaba a los hombres" en "el surco hecho para ello" (IX 10, 18). O la astuta Peronella da instrucciones a su marido para que raspe la tinaja mientras su amante satisface su juvenil deseo (VII 2, 32-34).

Algunos piensan que Boccaccio tenía un preciso programa moral en el *Decameron*, sobre todo por las múltiples referencias sexuales, los casos de adulterio y sexo prematrimonial. En su epílogo es un llamado a la libertad de expresión, por una literatura libre de deberes didácticos y moralísticos. Se ríe de la violación de las normas sociales, lo que —por lo demás— ya está dicho en la *Introducción*¹¹.

En sus *novelle* se expresa la alegría de vivir, como realización del amor, de la inteligencia, de la aventura, de ir contra el destino. No se trata de dar un juicio moral, sino de aceptar la vida tal cual es. Por ello la mujer no es un ángel, sino un ser humano. Por ello el amor no es algo teórico, sino un sentimiento terreno y humano, que se expresa sí en lo espiritual, pero también en lo carnal. El amor puede ser fuente de gran felicidad, pero también de desilusión, de sufrimientos, de traiciones, de celos y de odio. El cuento de Catalina y el rui-señor (V 4) termina bien, pero es desconsolador el desenlace de las historias de Ellisabetta da Messina (IV 5), el de Andriuola (IV 6), de Simona (IV 8) o de Salvestra (IV 8).

En el *Decameron*, la propuesta de Boccaccio consiste todavía en un equilibrio aristocrático entre el respeto de los derechos de la corporalidad y la necesidad

¹⁰ Sobre todo este tema, Cfr. J. Blanco J., *Boccaccio: il lungo viaggio fino alla Valle delle Donne*, "Miscellanea Storica della Valdelsa", Castelfiorentino, LXXXIX (1983), pp. 115-132.

¹¹ "E in tanta afflizione e miseria della nostra città era la reverenda autorità delle leggi, così divine come umane, quasi caduta e dissoluta tutta per li ministri e esecutori di quelle, li quali, sì come gli altri uomini, erano tutti o morti o infermi o sì di famiglie rimasi stremi, che ufficio alcuno non potean fare; per la qual cosa era a ciascun licito quanto a grado gli era d'adoperare". (G. Boccaccio, *Decameron*, I, Introd., 23).

de gentileza de ánimo y de honestidad. Sin embargo, este equilibrio aparece como renegado en el *Corbaccio*, donde su posición cambia bruscamente.

En una visión, se aparece al autor el marido de la viuda de quien está enamorado para proclamar todos los vicios de las mujeres. No ya mujeres-Musas, sino la denuncia de muchas cosas que se consideran femeninas: las estrellas, las virtudes, las riquezas. Y agrega: "Eso es tan verdadero que todas son mujeres, pero que no orinan"¹².

El sexo femenino es "execrable". Las mujeres se dedican sólo a robar, a señorear y engañar a los hombres. Los tigres, los leones y las serpientes tienen más humanidad.

¿Ha habido un cambio en el autor? Si se consulta los manuales de literatura, se encontrarán afirmaciones relativas a una "conversión" de Boccaccio o a una cierta "resipiscencia" senil, a pesar de que habría iniciado su redacción en 1355, esto es cuando sólo tenía 42 años.

La filoginia es evidente en sus obras anteriores. Pero, ¿puede hablarse de una verdadera misoginia en el *Corbaccio*?

Creo que es preferible hablar de un cambio de poética. En el *Decameron* —como hemos visto— la mujer jugaba un rol importante en una concepción despreciada de la vida. A partir de 1360 los intereses de Boccaccio son prehumanistas: busca y transcribe importantes códices de obras clásicas. Se interesa por el griego, hace traducir la *Iliada* y la *Odisea*. Los *Zibaldones* son la mejor prueba de los intereses de este período. El *De mulieribus*, que es de este período, constituye indudablemente un esfuerzo mayor. Hay que considerar que se trata de una obra sin precedentes. La mujer es digna de una celebración equivalente a la del hombre. Y ello implica que se deben considerar sus méritos, deméritos, virtudes y defectos.

Por ello, la historia *De Paulina romana femina* (cap. XCI) recuerda la novella veneciana del *Decameron* (IV 2), que tiene como protagonistas a Fray Alberto y Lisetta, pero su enfoque es distinto. Dido (cap. XLII), que en la *Elegia di madonna Fiammetta* era la que sufría por el abandono de Eneas (VIII 5, 1), ahora es la que "se mata para salvar su propia honestidad, acosada por Eneas".

Según algunos, habría decaído el interés por el eros. El cuerpo y el sexo serían ahora una fuerza negativa digna de condena y exorcismo, rechazando todo lo que la mujer había significado en el *Decameron*.

Yo creo, en cambio, que de nuevo el gran escritor juegue con nosotros, sus lectores. En el *Corbaccio* el amor es materia de reflexión. Y Boccaccio, en realidad, efectúa una parodia de todos los motivos de la literatura cortés bajo un prisma propio del mundo clásico. En caso contrario, se anularía todo lo sostenido en el *Decameron* acerca de la mujer, el amor, la libertad y la sexualidad. La misoginia recuerda más bien a otros autores, que vieron en la mujer —como ya dije— el origen de todos los males.

¹² "Egli è così vero che tutte son femine, ma non pisciano". (G. Boccaccio, *Corbaccio*, 175. Citado de Juvenal, *Sátiras*, VI 264).

Boccaccio es mucho más sutil y se ríe de las debilidades femeninas, como ya lo hizo con las debilidades del clero.

Ya recordé el argumento de la novella VIII 7 del *Decameron*, en la que un estudiante se venga cruelmente de una viuda. Pero ese es un episodio puntual en el que se castiga a "una mujer" en particular, mientras que el *Corbaccio* propone un rechazo a "la mujer".

La invectiva se articula en dos partes: contra las mujeres en general y contra la viuda en particular. La primera tiene fuentes reconocibles (Cappellano); la segunda deja el sabor de hechos conocidos, como los afeites o la poca higiene íntima.

Es también el período de los estudios dantescos, con el *Trattatello* y las *Esposizioni* sobre la *Commedia*. ¿O es que acaso el aspecto repugnante de la viuda no recuerda el de algunos personajes infernales? ¿O es que la teoría de la mujer-ángel no se ve transfigurado en la descripción horrenda de la viuda?

Más que un rigor senil, nacido de su labor de amanuense del texto dantesco, hay una sonrisa cruel y autolesionista del escritor.

No olvidemos que en la carta que escribe en 1373 a Mainardo Cavalcanti, desaconseja que su *Decameron* sea dejado en manos de "sus mujeres" (entendamos esposa e hijas) porque "allí hay cosas poco decentes, incluso contrarias a la honestidad, muchas punzadas a las venéreas concupiscencias, cuántas cosas aptas para incitar hasta un pecho de bronce, las cuales, aunque sean incapaces de arrastrar al incesto a ilustres mujeres, sobre cuya frente está esculpido el sacro pudor, no obstante se insinúan con paso tácito un ardor lisonjero... Cuídate, te lo repito, por consejo mío, per plegaria mía, de hacerlo... Leyéndolo me tratarán de sucio rufián, viejo incestuoso, hombre impuro, turpiloquio, maléfico y ávido relator de mancillas ajenas".¹³

Por mucho tiempo ese texto fue considerado como la prueba del arrepentimiento del autor. Ahora se considera como una de sus tantas bromas retóricas, ya que no hace más que repetir los ridículos juicios que se alzaban en su contra.

Del mismo modo, el *Corbaccio* sería una experimentación literaria en forma de "humilde tratado". No olvidemos que éste tiene una finalidad didáctica, que es llevar consuelo de las almas de los que la lean y gracias sólo a la benignidad de la Virgen.¹⁴

¹³ "Sane, quod inclitas mulieres tuas domesticas nugas meas legere permiseris non laudo, quin imo queso per fidem tuam ne feceris. Nosti quot ibi sint minus decentia et adversantia honestati, quot veneris infauste aculei, quot in scelus impellentia etiam si sint ferrea pectora, a quibus etsi non ad incestuosum actum illustres impellantur femine, et potissime quibus sacer pudor frontibus insidet, subeunt tamen passu tacito estus illecebres... Cave igitur iterum meo monitu precibusque ne feceris... Existimabunt enim legentes me spurcidum lenonem, incestuosum senem, impurum hominem, turpiloquum maledicum et alienorum scelerum avidum relatores".

¹⁴ "Del quale acciò che niuno mi possa meritamente riprendere, intendo di dimostrare nell'umile trattato seguente una speciale grazia, non per mio merito, ma per sola benignità di Colei che impetrandola da Colui che vuol quello ch'ella medesima, nuovamente mi fu conceduta". (G. Boccaccio, *Corbaccio*, 3).

En efecto, si se mira con calma, la reseña de los vicios de las mujeres provoca una serie de valores positivos: la cultura, la fortaleza de ánimo, la magnificencia, la cortesía, la nobleza, la sabiduría.

Nuevamente, de manera socarrona, el viejo y enfermo Boccaccio se ríe de sus lectores haciéndoles creer lo que ellos quieren creer. Si no, observen lo que dice al cierre, cuando da recomendaciones a su pequeña obra: "Pero, sobre todas las cosas guárdate de no llegar a las manos de las mujeres malvadas, y máximamente de aquella que todo demonio de maldad supera y que de la presente fatiga tuya ha sido razón".¹⁵

Está claro que —si en el *Decameron* se dirigía a las mujeres enamoradas— no incluía a todo el género femenino. Aquí es lo mismo: las que deben quedar fuera del alcance del libro son solamente las mujeres malvadas y una en especial. Contra ellas es la sátira del *Corbaccio*.

¿Boccaccio fue un misógino senil?

Creo más bien que fue un filógino perenne al punto de querer hacer creer por burla que era un misógino.

¹⁵ "Ma, sopra ogni cosa, ti guarda di non venire alle mani delle malvage femine, e massimamente di colei che ogni demonio di malvagità trapassa e che della presente tua fatica è stata cagione". (G. Boccaccio, *Corbaccio*, 413).

ALOJAR EL DESARRAIGO: RAMÓN LÓPEZ VELARDE Y LA CASA DEL POETA

Eduardo Hurtado

Con adjetivos desusados, Ramón López Velarde reinventó los nombres más comunes: pestaña enhiesta, licor letárgico, alcoba submarina, corazón retrógrado, tristeza reaccionaria, suave patria... Su vasto repertorio nos enseña que los atributos de las cosas son tan diversos como el punto de mira de quienes las nombran: desde una perspectiva propia, el mundo alcanza un brillo inaugural. Entonces lo raro ingresa en el orden de lo semejante: todos nos reconocemos en ese cosmos donde los objetos de siempre reaparecen llenos de intimidad y de misterio.

Uno de los ensayos más notables de López Velarde lleva un título revelador: "Novedad de la patria". Aquí anuncia en prosa una de sus mayores ambiciones como poeta: distanciarse de la patria oficial —la de los discursos políticos, las odas nacionalistas, los cuadros alegóricos— y lanzarse al hallazgo de la patria íntima. Para el autor de *Zozobra*, un país existe más allá de sus próceres y "el sonoro rugir del cañón". Cosas más entrañables y menos pendencieras conforman el México de López Velarde: los palomos que rondan el reloj de alguna plaza, el santo olor de la panadería en las madrugadas lluviosas, una jaula llena de pájaros y una alacena colmada de compotas, un colibrí, una alcancía. A las nociones que soportan una cultura patriarcal (reciedumbre, pujanza, fortaleza, vigor y rigor), opone un imaginario de la levedad, hecho de cosas aéreas, cordiales, blandas. Al expulsar de la patria interior toda referencia a la sangre de los mártires, abjura de la nación postulada por la prédica oficial, para proponer otra cuya novedad se nutre de las pequeñas cosas. "Patria", nos dice, "tu casa todavía/ es tan grande, que el tren va por la vía/ como aguinaldo de juguetería.// Y en el barullo de las estaciones/ con tu mirada de mestiza, pones/ la inmensidad sobre los corazones".

En 1921, poco después de haber escrito la "Suave Patria", el poema que encarna esta visión, murió López Velarde a los 33 años de su edad. Su obra cayó en manos de algunos funcionarios culturosos que se empeñaron en incorporarla al catálogo de la pedagogía nacionalista. Mal aprovecharon esos señores las lecciones de "su poeta", como lo prueba este deplorable registro adjetival, tomado de la oración fúnebre que un distinguido ciudadano, Alfonso Cravioto, le recetó al autor de *Zozobra* con la fallida intención de honrarlo: "grande muerto prematuro", "zarpazo alevé", "florilegios sensibles", "bellas exquisitices", "sensaciones abundantemente ingenuas", "¡isinceridad efervescente!!"

En los años cuarenta, el grupo de poetas mexicanos conocido como "los Contemporáneos", en realidad un "grupo sin grupo" cuyos miembros desafiaron la tosudez de algunos intelectuales que confundían universalismo con desmoronamiento de lo propio, inició la revaloración de la obra velardiana. Ellos desmintieron la facilona imagen de un López Velarde aldeano y patriotero, para revelarnos a uno de los poetas mexicanos más concentrados y complejos

del siglo XX. La tarea ha sido reemprendida y completada por los poetas de todas las generaciones ulteriores. Gracias a ellos, hoy sabemos que el poeta zacatecano enfrentó las turbulencias de su momento con las mejores armas a su alcance. En efecto, a nuestro Ramón le toca vivir el eclipse de la paz porfiriana, la rebelión maderista, los años más agitados de la Revolución, las vacilaciones de los nuevos gobiernos y el sucesivo sainete de retractaciones y deslealtades. Sin embargo, jamás se resigna a observar desde la barrera el convulsionado momento: apoya la lucha antirreeleccionista, auxilia personalmente a Madero en una etapa difícil de su cruzada cívica, ejerce un periodismo político vigilante y defiende las causas de la insurgencia, aunque sin justificar, como tantos prosélitos al uso, a los arbitrarios y los violentos.

Aquí cabe decir que a López Velarde se le ha restado importancia como periodista y crítico literario, tal vez con el secreto designio de no turbar su imagen de poeta sincerista. La omisión le viene como anillo al dedo a quienes aún se obstinan en presentarlo como el último de nuestros modernistas o, en el mejor de los casos, como un autor de transición, y no como el primero de nuestros modernos. La de poeta y ensayista, de acuerdo al canon que los guía, es una asignación que sólo conviene a quienes han recibido constancia de modernidad. No obstante, quien se decide a explorar a fondo y sin prejuicios las contribuciones de López Velarde en los terrenos de la crítica literaria y el periodismo político, descubre al ensayista que las historias de la literatura y las disquisiciones de los doctos han conseguido esconder. Bastaría, por ejemplo, con revisar ese momento en que nuestro poeta, al hacer un recuento de su tradición, se atreve a echar en el sumidero del olvido a toda la poesía escrita en México durante casi dos siglos: "...en nuestra historia literaria -afirma tajante- se extiende una laguna desde sor Juana hasta Gutiérrez Nájera... esa opinión la he predicado en todos los casos y no quiero, en éste, callar que en el periodo citado no descubro más que lo sandio y lo ripioso". Y no se piense que esta severidad sólo la ejerce para asentar sus malquerencias: ni siquiera al registrar sus admiraciones más hondas se olvida de recalcar sus reservas. En un artículo de 1919, a unos meses de la muerte de Amado Nervo, quizá el poeta al que más admiró en sus años formativos, López Velarde sostiene: "...me confieso reacio a sus prosas y a sus versos catequistas, alejados de la naturaleza artística y, en ocasiones, en pugna con ella. El propósito de consolar, por máximas de mayor o menor crédito, pareceme extranjero en la estética que se atiene a su propia virtud melódica para aliviar las fatigas y los desamparos adamitas. Creo que de la confusión de estas normas surgieron sus renglones postreros, sin la carne mágica y sin el pecado sideral".

En la actualidad, a López Velarde se le considera el padre soltero de la poesía mexicana. No obstante, el autor de *La sangre devota* ha sido objeto de esporádicas amnesias filiales. Aunque la mayor parte de su vida transcurrió en la provincia (su natal Jerez, San Luis Potosí, Aguascalientes), pasó los tres últimos años de su existencia en Ciudad de México, donde falleció "en olor de santidad" a causa de una pulmonía galopante. Se sabe que esos tres años los

vivió al lado de su madre y sus hermanas en el número 73 de la calle de Jalisco, en el interior de una de las numerosas vecindades que, a la manera de nuestros modernos condominios, construyó en esa zona la clase media porfiriana desde fines del siglo XIX. Al paso de los años, la antigua calle de Jalisco se transformó en la avenida Álvaro Obregón, esa transitada arteria en la que hoy abundan las librerías de viejo y los cafés de chinos.

Deshabitado durante décadas, el edificio sufrió los embates del tiempo y de la incuria. En 1981, año del sesenta aniversario luctuoso de López Velarde, el gobierno de Zacatecas colocó una placa conmemorativa en la fachada del ruinoso inmueble. Por esos días, Gabriel Zaid y José Emilio Pacheco dedicaron una serie de notas a llamar la atención sobre la existencia del lugar y el estado en que se hallaba. Un par de años más tarde, el Instituto Nacional de Antropología e Historia lo declaró monumento histórico. No obstante, el decreto lo salvaguardaba desde una perspectiva legal pero no en los hechos. En 1985, el terremoto que sacudió la capital mexicana lo dejó, si eso fuera posible, aún más maltrecho. No fue sino hasta 1989 cuando el gobierno de Ciudad de México decidió adquirir el inmueble y emprender de lleno su rescate.

Como sucede en la mayoría de los barrios de ese animal proliferante llamado Ciudad de México, en la antigua colonia Roma, asiento de la Casa, son visibles los contrastes socioeconómicos. Antes de que se iniciara la restauración del edificio, sus nuevos pobladores eran indigentes y teporochos del rumbo. En el área que en otro tiempo funcionó como patio común se habían instalado diversos talleres. Aunque modesta, la construcción que alojó el departamento en el que López Velarde escribió algunos de los más notables poemas de la lengua no careció, en su momento, de dignidad. Hacia fines de los ochenta, luego de tantos años de abandono, había quedado irreconocible. Su reparación demandó una labor paciente y amorosa en la que intervinieron poetas, arquitectos, historiadores y urbanistas. La perseverancia y el entusiasmo invertidos por cada uno de ellos le dieron a la institución un carácter singular. La casa destinada a ser sede de la poesía mexicana, es decir, asiento de una tradición que arranca con sor Juana Inés de la Cruz, pasa por Manuel José Othón, Salvador Díaz Mirón y Manuel Gutiérrez Nájera, recoge las voces innovadoras del propio López Velarde y José Juan Tablada, aporta la indudable originalidad de Carlos Pellicer, José Gorostiza y Xavier Villaurrutia, y desemboca en la notable constelación de poetas que en las últimas décadas han ensanchado el paisaje de nuestra literatura, como Efraín Huerta, Octavio Paz, Alí Chumacero, Rubén Bonifaz Nuño, Jaime Sabines, Eduardo Lizalde y Gerardo Deniz, esa casa, decía, se reedificó en homenaje a un poeta que a su vez contribuyó a reformar la poesía escrita en castellano y, por lo tanto, a resignificar las palabras de nuestra lengua. La historia de la Casa del Poeta Ramón López Velarde describe un ciclo de refundaciones.

Un hecho marcó en forma decisiva su desarrollo: el organismo del gobierno a cuyo resguardo surgió, el entonces Departamento del Distrito Federal, decidió ceder su administración y operación a los intelectuales y artistas que habían impulsado su establecimiento. La Casa quedó a cargo de un patronato

encabezado por Guillermo Sheridan y conformado por otros distinguidos escritores: Hugo Hiriart, Juan Villoro y Miryam Moscona. Del patronato surge poco después la iniciativa de instituir una beca para estimular, a nombre de la Casa, el trabajo de alguno de los poetas más destacados del momento. Al recibirla, el beneficiario adquiere un par de compromisos: representar al patronato al interior de la institución y organizar, a título de Asesor Cultural, las actividades del lugar. Hasta la fecha, a más de 15 años de su creación, la Casa del Poeta ha tenido cinco Asesores: Elsa Cross, David Huerta, el que esto escribe, Antonio Deltoro y la responsable actual, la poeta María Rivera.

Aunque Platón imaginó lo contrario, los poetas hemos dado pruebas de ser administradores más bien mediocres. Frente a esta realidad incontestable, se pensó en crear de manera paralela una Dirección Administrativa. Así, desde sus primeros años de existencia la institución ha contado con el concurso de un administrador profesional, quien se consagra de tiempo completo a organizar su desempeño operativo y a idear las formas de obtener recursos. En la actualidad, y desde hace más de 12 años, esa función recae en María del Carmen Férrez, quien desde 1993 forma parte del Patronato. Gracias a su dedicación y a su excepcional competencia, la Casa se ha convertido en un modelo a seguir entre los diversos establecimientos culturales del país.

La Casa del Poeta se constituye como Institución de Asistencia Privada para la difusión de la cultura, en especial de la poesía. Esta especialización ha definido su peculiar naturaleza. La poesía es, casi por definición, una actividad no rentable desde el punto de vista del mercado. En efecto, la historia de la poesía contemporánea consigna la permanente aparición de escritores rebeldes y críticos del orden establecido. Sin preocuparse demasiado por engrosar las filas de su público, desde la época romántica los poetas se han ocupado ante todo en conquistar formas de expresión capaces de recoger el testimonio de sus asombros y sus desacuerdos; a menudo sus obras han sido tachadas de inaccesibles, o al menos de difíciles. La lógica del mercado no es la lógica de la poesía. Mientras que las leyes del *marketing* disponen que el valor de un objeto descansa en sus posibilidades de ser codiciado por muchos en el más corto plazo, el poeta sabe que corre el riesgo de no ser comprendido sino por unos cuantos y que su verdadero público está esparcido en el futuro. En todo poeta, sostuvo André Gide, alienta una poderosa forma de comunión, pero de "comunión retrasada".

Quienes en distintos momentos hemos colaborado en la Casa del Poeta, entendemos que la poesía opera como una especie de antídoto del mercado y que una de sus tareas es, ni más ni menos, preservar la facultad humana por excelencia: la imaginación. Desde luego, los poetas y las casas para la poesía en todo el mundo aspiran a un público, pero no debe ser una prioridad que ese público sea numeroso, mucho menos si para reunirlo fuera necesario echar mano de prácticas ajenas a su espíritu. Los rendimientos de la poesía son de otra especie: nos enseña a reconocer las diferencias y a descubrir las semejanzas; nos aleja de los maniqueísmos al probarnos, por ejemplo, que

la belleza también engendra lo terrible; además, nos da lecciones de concordia y de hospitalidad, lo que no es poca cosa en tiempos de fanatismos y de intolerancia.

La poesía, hay que insistir, no es rentable desde un punto de vista, digámoslo así, "especulativo". Como todas las instituciones que se dedican a esta actividad, la Casa tiene posibilidades limitadas de autogenerar recursos. El hecho mismo de haberse constituido como Institución de Asistencia Privada restringe su facultad de llevar a cabo actividades lucrativas. El financiamiento de la Casa tiene dos fuentes principales: la modesta asignación que para gastos operativos aporta el Gobierno del Distrito Federal, y los apoyos que obtiene de otras instancias.

Aquí conviene hacer un apunte. En otras latitudes no dejaría de causar cierta extrañeza que un centro dedicado a la cultura se acoja de un modo tan abierto al patrocinio estatal. El hecho se explica de manera muy simple. Desde el siglo XIX México se anota en esa tradición, cuyo origen podemos ubicar en Francia, que contempla el impulso a la cultura como una de las obligaciones del Estado. Esa tradición viene de lejos. A partir de la guerra de Independencia, la Iglesia mexicana dejó de patrocinar a las artes. En el México independiente el Estado practicó un mecenazgo más bien discreto. En las últimas décadas del siglo XIX el auspicio estatal no siempre respetó la libertad de los creadores. Paradójicamente, en esos años los poetas participan en el movimiento modernista, esa revolución literaria que en Hispanoamérica extremó la lucha de los escritores por adueñarse de una lengua impuesta. En aquellos días, las clases dominantes probaron su insensibilidad ante los proyectos culturales. Tras la Revolución de 1910, el Estado decide tomar en sus manos, a nombre de la apremiante tarea de reconstrucción nacional, el desarrollo de las artes. Entre 1920 y 1940, por mencionar un caso notable, impulsó el florecimiento de la pintura mural, que alcanzó fama en todo el mundo con las obras de artistas como José Clemente Orozco y Diego Rivera.

En el periodo contemporáneo, el Estado mexicano asume de manera cabal el deber de fomentar la creación y la difusión de las obras artísticas y literarias. Luego de un prolongado estira y afloja, los creadores han dado pasos decisivos hacia un objetivo largamente codiciado: dirigir y orientar ellos mismos la cultura viva del país. No todo es miel sobre hojuelas, desde luego: eventuales recaídas en la intolerancia, patrimonialismo y burocracia son prueba de que los políticos y sus partidos no renuncian por completo a la tentación de utilizar a la cultura para sus fines. Sin embargo, un largo trato le ha permitido a las dos partes, intelectuales y aparato estatal, hallar fórmulas conciliatorias; esas complejas fórmulas, hay que hacerlo notar, han sido el desvelo de politólogos del mundo entero, la envidia de muchos caudillos latinoamericanos y materia de estudio en universidades de todas las latitudes. Como sea, entre avances y retrocesos la participación se ha dado, a fin de cuentas, en los términos contruidos a lo largo de la historia reciente por una extensa relación de intelectuales y artistas, que incluye los nombres de Justo Sierra, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Carlos Chávez, Octavio Paz y muchos otros. Hoy, la pregunta está en el aire:

¿prevalecerán esos términos a pesar de las señales de incompreensión lanzadas a diestra y siniestra por algunos de nuestros gobernantes actuales?

La Casa del Poeta inicia actividades en mayo de 1991. En su seno se alojan desde entonces un museo en memoria de López Velarde y un Café-Bar, Las Hormigas, dotado de un pequeño foro donde se llevan a cabo recitales de música y lecturas de poesía. Apenas un año más tarde, en 1992, se instala en su interior una biblioteca que reúne las colecciones de dos notables poetas mexicanos: Efraín Huerta y Salvador Novo.

El pequeño y peculiar museo se construyó en el lugar donde, según algunos especialistas, pudo estar la habitación de López Velarde. Con la asesoría de su biógrafo más autorizado, Guillermo Sheridan, los museógrafos consiguieron reproducir la atmósfera que alguna vez debió privar en el sitio. En el pequeño cuarto se colocó una cama de latón, vestida con sábanas y colchas que llevan las iniciales del poeta bordadas a mano. En el perchero, las prendas que, de acuerdo a las fotografías y a las descripciones de la época, constituyeron el indumento cotidiano del taciturno Ramón: el chaqué gris luido por la pobreza, el sombrero de hongo y los guantes amarillentos. Sobre la cómoda, las fotos de algunos amigos y de las mujeres que amó. Más allá, el viejo veliz de piel le recuerda al visitante que el poeta no alcanzó nunca a abordar el barco que debió llevarlo a Europa. En un rincón, el viejo aguamanil. Y nada más. López Velarde era, según se sabe, un hombre austero.

El imaginario velardiano, en cambio, era exuberante, abigarrado por momentos. Por eso el museo se extiende más allá del cuarto: al abrir la puerta con luna del ropero, el visitante ingresa a un museo metafórico diseñado por uno de nuestros escritores más versátiles: Hugo Hiriart. Ahí se encuentra con un delgado laberinto cubierto por espejos y poblado con los objetos del poeta: la sota moza, la dama de los guantes negros, el viejo pozo de la casona familiar, el confesionario, el circo trashumante, el paraíso de los dulces en la alacena de la patria, todo en la dimensión de miniatura que obsesionó al poeta. Así describe Hiriart este espacio creado por él: "Nuestro museo es metafórico, no sólo porque guarda metáforas de López Velarde, gran maestro en el arte de acuñarlas, sino porque el espacio organizado es metafórico: las cosas desarticuladas de su contexto natural remiten a otro orden, asumen otro significado. Se trata, en el fondo, de un juego sobre los juegos del joven maestro jerezano..."

La Biblioteca Salvador Novo-Efraín Huerta tiene un significado especial para la Casa. Por un lado, encarna la memoria de dos poetas que, como López Velarde, tuvieron una relación al mismo tiempo amorosa y conflictiva con Ciudad de México. Por el otro, representa dos momentos señalados en la tradición de la que hablamos antes: Novo es uno de los miembros distinguidos de Contemporáneos, mientras que Huerta, nacido como Paz en 1914, perteneció junto al Premio Nobel a la llamada generación de Taller. La presencia de estos nombres al interior de la casa (López Velarde, Efraín Huerta, Salvador Novo) es un emblema del dinamismo y la pluralidad de la poesía mexicana de hoy.

Los más de doce mil volúmenes que integran el acervo de la biblioteca, muchos de ellos primeras ediciones de poesía, representan para la institución una compañía silenciosa y, al mismo tiempo, abierta al diálogo, un orden que supera el de su clasificación bajo el sistema decimal de Melvin Dewey. Un poeta tiene su domicilio ahí donde se hallan sus libros: con la Biblioteca Novo-Huerta la Casa del Poeta alcanza su más entero significado.

La Casa es, en primer término, un lugar de encuentro para poetas y lectores de poesía. Pero además tiene la finalidad de promover las más diversas tareas asociadas a la difusión de la literatura y las artes plásticas. En sus distintas áreas se realiza cada año un amplio programa de actividades que incluye: lecturas de poesía; encuentros de poetas nacionales y extranjeros; ciclos y cursos dirigidos a divulgar entre la comunidad distintos temas vinculados a la literatura; talleres de creación o de lectura; visitas escolares; presentaciones de libros, discos y videos; exposiciones de pintura, fotografía, carteles y artesanías.

La mayor parte de estas actividades, es preciso anotar, se planean y se ofrecen con un sentido social. En nuestro país, golpeado por lacerantes desigualdades, esta política representa una de las escasas alternativas para las incontables personas que andan en busca de espacios que les permitan romper con la más grave de las esclavitudes: la ignorancia. En muchos casos (lecturas, conferencias, presentaciones) el público tiene acceso de manera gratuita; en otros (talleres, cursos, conciertos) los precios de entrada son meramente simbólicos.

La administración de la Casa tiene muy presentes las palabras con las que el poeta Luis Rius buscó resaltar la necesidad de que los artistas se sostengan de su oficio: "No podemos vivir como si la belleza no existiera". Es por eso que siempre se ha buscado remunerar lo mejor posible las participaciones de ponentes, conferencistas, lectores, maestros y poetas. Ojalá que esta saludable tradición continúe recibiendo el apoyo de los gobiernos en turno, sin importar su signo ideológico. En algunos casos, la institución opera como sede de programas organizados por otros organismos, siempre y cuando esos programas respondan a las exigencias de calidad establecidas por su administración.

Hay una actividad que ha tenido un especial recibimiento entre el público que acude a la Casa del Poeta: las lecturas en voz alta de poesía. Varias razones explican ese entusiasmo. Para comprender mejor un poema, se ha dicho, es necesario en primer término *escucharlo*. Aunque la lectura en voz alta puede ubicarse en los orígenes mismos de la poesía, y a pesar de que en Europa esa costumbre se conservó durante más de mil quinientos años, a partir del siglo XIX fue desplazada por la lectura individual y en silencio. Desde entonces, las audiciones públicas han sido raras en los países europeos y americanos, con excepción de Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos. En Norteamérica, la generación *beat* fomentó a partir de los años cincuenta el gusto por escuchar poesía en voz de sus autores. En México dos iniciativas alentaron esta práctica: la creación de la serie discográfica Voz Viva de México (que, según se ha planeado, algún día contará con un espacio abierto al público dentro de la Casa), y el surgimiento en los años sesenta de un espectáculo de teatro y poesía que llevó por nombre,

justamente, Poesía en Voz Alta. El hábito de ofrecer al público lecturas de poemas, de preferencia en voz de sus autores, puede tener efectos insospechados. Hace unos años, el poeta chileno Gonzalo Rojas, un autor al que de ningún modo podría considerársele "popular", reunió a cerca de 20.000 personas en el zócalo de Ciudad de México. Se pueden tener sospechas respecto a la forma en que se logró convocar a semejante multitud en torno a la poesía. Lo que no deja espacio para suspicacias es la manera en que el poeta arrebató la atención y el entusiasmo de los asistentes. Esto no significa, desde luego, que a Rojas lo siga una legión de lectores sólo en la capital de la República mexicana. Quiere decir, sencillamente, que al escuchar de viva voz a un escritor a quien los organizadores anunciaron, con toda justicia, como uno de los poetas vivos más importantes de Hispanoamérica, una colectividad que en general lee poca poesía se dejó llevar por el gran poder de encantamiento de la palabra en trance de ritmo.

Desde luego, a las lecturas organizadas por la Casa del Poeta no asisten, por lo regular, mucho más de 40 o 50 personas. No importa. La cuestión numérica, por sí sola, carece de importancia; responde a circunstancias cambiantes y en ocasiones extraliterarias. Lo que se mantiene invariable es la fuerza de la poesía para llegar al hombre solitario, a la inmensa minoría o a la multitud entusiasta, como un arte de comunión. En el arranque del siglo XXI, en plena crisis de los absolutos históricos, religiosos o ideológicos, a los poetas de todas las latitudes nos vincula una misma carencia. Sabemos, afirma Eugenio Montejo, que hemos llegado después de los dioses, después de las ciudades. A lo largo de diez años la Casa del Poeta ha servido de techo, así sea fortuito, a nuestro esencial desarraigo.

Quisiera concluir con un homenaje a Ramón López Velarde, el mejor que puede hacerse a un poeta: la transcripción de uno de sus poemas.

"La prima Águeda", de Ramón López Velarde, resultó fundamental en mi formación como poeta. López Velarde es para mí, lo he dicho anteriormente, el primer poeta mexicano moderno, por más que casi todas las historias de la literatura insistan en presentarlo como un posmodernista. No es éste el lugar para demostrar su modernidad. Baste señalar que sus procedimientos y sus hallazgos superan con mucho, en originalidad y audacia, a los de casi todos nuestros poetas oficialmente catalogados como vanguardistas.

"La prima Águeda" captura uno de esos instantes de radical metamorfosis en la vida de los seres humanos: la aparición del escalofrío sexual. Dice así:

LA PRIMA ÁGUEDA

*Mi madrina invitaba a mi Prima Águeda
a que pasara el día con nosotros,
y mi prima llegaba
con un contradictorio
prestigio de almidón y de temible
luto ceremonioso.*

Águeda aparecía, resonante
de almidón, y sus ojos
verdes y sus mejillas rubicundas
me protegían contra el pavoroso luto...

Yo era rapaz
y conocía la O por lo redondo,
y Águeda que tejía
mansa y perseverante en el sonoro
corredor, me causaba
calosfrios ignotos...

(Creo que hasta le debo la costumbre
heroicamente insana de hablar solo.)

A la hora de comer, en la penumbra
quieta del refectorio,
me iba embelesando un quebradizo
sonar intermitente de vajilla
y el timbre caricioso
de la voz de mi prima.

Águeda era
(luto, pupilas verdes y mejillas
rubicundas) un cesto policromo
de manzanas y uvas
en el ébano de un armario añoso.

Los 33 años que duró la vida de López Velarde estuvieron regidos por su absoluto amor a la mujer que es todas las mujeres (Águeda, Fuensanta, Genoveva, Susana o María) y, ligada a él de modo indisoluble, por la ambición igualmente absoluta de vivir la poesía como una "tarea de embellecimiento". De manera inconsciente, a partir de mis encuentros con Águeda nació en mí el secreto deseo de vivir la poesía como expresión simultánea de la sensualidad y del más hondo erotismo espiritual. Sirvan estas palabras como un llamado a releer la obra de este poeta extraordinario, tan nuestro y tan universal.

CHILE PAÍS REPLICANTE.
EL ESTRENO DE *BLADE RUNNER* EN LA COPIA FELIZ DEL EDÉN

Claudio Aguilera A.

“Es toda una experiencia vivir con miedo,
¿verdad? Eso es lo que significa ser esclavo”.

Roy Batty

“En los diarios no hay avisos para contratar asesinos. Esa es mi profesión, ex policía, ex *blade runner*, ex asesino”, decía Deckard. Sin embargo, los lectores de *La Tercera* del 29 de enero de 1983 sí encontraron un aviso. En una esquina del tabloide, sobre una deslavada versión del cartel original, había impreso el siguiente texto:

En el año 2019, el hombre fabricó otros hombres...
El mayor invento se convierte en la mayor amenaza...

Y sólo un ‘Blade Runner’ puede detenerlo.

Harrison Ford es Blade Runner

Era tal vez la primera señal de la avanzada replicante sobre nuestro país. Pero desde el primer momento la lectura fue singular. El acento de la palabra “fabricó” apareció invertido durante las dos siguientes ediciones del diario y se repetiría también en *El Mercurio*. Lo que parece un simple error de imprenta, marca la llegada de *Blade Runner* a Chile. Porque no sólo en la publicidad el acento estaría puesto en otro lugar.

Estrenada el 31 de enero de 1983, *Blade Runner* ingresó a la cartelera nacional en un ambiente tensionado. Y el cine no escapaba a las problemáticas que aquejaban a una parte importante de la población. Entre la permanente amenaza de la censura y la recesión económica, la pantalla grande vivía una importante disminución de público. Durante el año anterior se había registrado una caída cercana al 20%, que comenzaba a recobrase lentamente con cintas como *E.T.* Junto a la historia del extraterrestre amistoso campeaban en las salas locales la inocencia de *Annie*, el erotismo a la brasileña de *La intrusa* y *Doña Flor y sus dos maridos*, las coreografías karatecas de Chuck Norris y su *Furia silenciosa*, las comedias al estilo del crespo Gene Wilder (*Fuga para dos*) y, evidentemente, el despliegue de *El Imperio Contraataca*, o cintas que con el tiempo se volverían clásico, como *Cada amigo un amor* y *La amante del teniente francés*.

En total fueron estrenados 12 los filmes durante enero de 1983, una cifra considerada “como bastante pobre”, aunque “dentro del promedio habitual para esa época del año”. Sin embargo, tal como atestigüa el diario *La Tercera* del 6 de febrero, del grupo “no se destacó ningún filme. El interés de los espectadores siguió volcado, como era de esperar, en los títulos que entraron en la Navidad, siendo *E.T.*, la cinta de Steven Spielberg, la mayor atracción de la taquilla”.

La hegemonía de *E.T.* era total. En sus primeras dos semanas de exhibición se había transformado en un hito local con sus 80 mil personas. A pesar de que una parte de la crítica de la época la consideraba “ciencia ficción para niños” y “una manipulación sensiblera”, será un punto de comparación permanente a la hora de hablar de *Blade Runner* y un referente en materia de lo que se considera ciencia ficción.

“Scott alcanza en este filme una capacidad de significación y de expresión emocional que llega sin dificultad al nivel de lo trascendente y lo poético”, anota Sergio Salinas en *La Tercera*. “Su barroca puesta en escena... se aleja del despliegue meramente técnico de mucho filme de ciencia ficción actual, para ponerse al servicio de una temática consistente y profunda”, agrega el crítico, quien no duda en calificar a la cinta como “uno de los filmes de ciencia ficción más interesantes de los últimos años”.

En la revista *Hoy*, el crítico Mariano Silva, habla de una “película fascinante”, aunque matiza el valor de aquellos aspectos más humanísticos de la cinta. “*Blade Runner* es una historia policial y violenta –en la onda de un Hammet futurista– pero también es un espectáculo en el que decorado, vestimentas, maquillaje, muebles y objetos tienen un significado y una misión dramática. En otras palabras, el envoltorio es el tema”.

Más cercana a sus colegas estadounidenses, que desde el estreno criticaron duramente el filme, María Romero ataca fervientemente la tercera obra del director inglés. En el “Wikén” del 4 de febrero acusa a la cinta de ser incomprensible y vacía. “No sólo sorprenderá su nombre. Lo insólito de su presentación causa estupor”, escribe la veterana periodista de la revista *Ecran*. “Dentro del género de la ciencia ficción resulta distinta a cuanto se haya presentado. Es de pensar que Ridley Scott –el director– quiso echar la pierna encima a George Lucas, a Spielberg y hasta a Kubrick. Pero si en espectacularidad puede superarles, sigue muy por debajo en contenido”.

No queda claro a qué contenido se refiere Romero. Tampoco queda claro por qué al referirse a Rachael dice que es la hija de Tyrell o que Harrison Ford habría aceptado “un papel que, sin duda, está por debajo de sus atributos” o que *Blade Runner* es una película “que puede dejar contento al espectador poco exigente”.

Lo cierto es que *Blade Runner* logró en tan sólo una semana dividir a la crítica nacional en dos bandos antagónicos. Mientras que para Salinas, “la intriga, los ambientes y personajes típicos del cine policial –con su carga de violencia, romanticismo y fatalidad– otorgan al filme una densidad humana y un cariz de cotidianidad y verosimilitud psicológica inusuales en el cine de ciencia ficción”, para Romero se trata de una producción “que no logra mantener vivo el interés”, con “cantidad de contradicciones y cabos sueltos”.

Pero también hay otro enfrentamiento, uno entre aquellos que creen en el cine y, más específicamente en la ciencia ficción, como un reflejo de ciertos aspectos de la realidad y aquellos que buscan en el futuro sólo evasión y entretenimiento. E incluso, es posible ver otro conflicto aún, uno subterráneo, que apenas

asoma a la superficie a través de ciertas formas de describir una trama, o un personaje, como si hablar de cine fuera una manera de expresar una postura frente al mundo. ¿No es acaso toda crítica una ideología?

Para describir a Deckard, la comentarista de *El Mercurio* habla de “cierto tipo de policía con permiso para matar” y el replicante Roy Batty es “un peligrosísimo albino quien encabeza una revuelta de humanos artificiales contra humanos de verdad”. En la misma senda, la revista *Qué Pasa* describe la trama: “Existen unos robots humanos llamados “replicantes” a los que hay que destruir porque se han sublevado y amenazan con destruir a sus fabricantes”.

Revuelta, destrucción, sublevación, son palabras que en la época los medios de comunicación cercanos al régimen utilizan con frecuencia. Y no necesariamente en las páginas destinadas a la crítica de cine.

Al igual que *El Mercurio*, *Qué Pasa* califica negativamente *Blade Runner*. “Pesadilla futurista muy sofisticada, no demasiado clara, con bastantes efectos visuales, violencia y poco interés”, se señalaba en una nota sin firma del 3 de febrero.

¿Por qué tanto animadversión contra una cinta que simplemente podía pasar como una más entre tantas otras dedicadas a la ciencia ficción? Tal vez la respuesta esté esbozada en la crítica de Sergio Salinas. Para él, en los replicantes “se refleja, “en escala”, una temática existencial que constituye una metáfora perfecta de la condición humana”. Pero no se detiene ahí. Prosigue hasta hacernos creer que un Nexus 6, tal como lo cree Tyrell, puede ser más humano que un humano. “La búsqueda del “creador” y del sentido de existencia, el deseo de conocer los límites de la vida y el afán de prolongarla, la angustia y la rebeldía de los “replicantes” nos introducen gradualmente en un género que –hacia el final de la película– visualizamos como la representación intensa, dramática, de unas interrogantes básicas a las que se ha enfrentado el hombre de todos los tiempos”.

EL FUTURO ESTÁ AQUÍ

¿Es posible que *Blade Runner* hubiera sido vista en Chile como una metáfora de acontecimientos que ocurrían fuera de las salas de cine? Parece imposible saberlo. Lo cierto es que el momento histórico y social se presta para interpretaciones. Lo cierto es que, en enero de 1983, Santiago estuvo a pasos de arder. Y el futuro estaba a la vuelta de la esquina.

“La acción se ubica en una superpoblada ciudad norteamericana, en el año 2019. La ciencia y la tecnología exhiben avances sorprendentes, con particular desarrollo de la ingeniería genética que ha logrado producir imitaciones de animales y seres humanos...”, escribe Salinas en su reseña sobre *Blade Runner*. Sin embargo, ya al momento de estrenarse la cinta muchos de aquellos adelantos se habían transformado en una realidad. Con sorpresa los chilenos leían a diario sobre Barney Clark, el hombre del corazón plástico, el primero en el mundo en contar con un corazón artificial; sobre las hazañas de los obreros robots; sobre la vida de Louise Brown, la niña probeta que por ese entonces cumplía cuatro

años, y acerca del milagro de un joven estudiante paralítico que podía caminar con ayuda de un computador.

Tan sólo tres meses después del estreno en Chile de *Blade Runner*, el periodista Hernán Olguín creaba el programa Mundo, que llevaría a todos los hogares del país los acontecimientos más recientes en materia científica. La distancia entre ciencia y ficción se hacía cada vez más estrecha. Pero junto con la sorpresa, también crecía el temor. Por esas mismas fechas, el Papa Juan Pablo II advertía sobre los peligros que podría engendrar el uso inadecuado de la biotecnología y la manipulación genética.

En el espacio, las cosas avanzaban con la misma rapidez. En plena guerra fría y bajo permanente amenaza nuclear, Reagan desarrolla el programa de defensa que se conocería como "Guerra de las Galaxias". "El espacio ya no es una misión. Es un lugar. Es un teatro de operaciones", escribía en Chile el periodista Ascanio Cavallo citando a un alto mando del ejército de Estados Unidos. "Ni los esfuerzos más siniestros de la ciencia ficción lo habrían puesto más claro", agregaba en su artículo sobre la carrera armamentista espacial.

Claramente, el futuro no se presentaba auspicioso para los chilenos de inicios de los 80. Pero el mayor peligro no estaba ni en la tecnología ni el espacio.

La revista *Hoy* se hizo cargo de chilenizar las problemáticas de *Blade Runner*. Y lo hizo a través de un pie de foto. A través de una "lectura de imagen". Bajo una fotografía que muestra al protagonista del filme en su papel, una simple frase rearticulaba todo el sentido de la película. "Harrison Ford: un "tira" del siglo XXI".

La crítica de cine y periodista Gladys Pinto se interna por esa misma vía. En su reseña de *La Tercera*, publicada al día siguiente del estreno, escribe: "Más que un "thriller" de anticipación (*Blade Runner*) es la realidad del mañana en el inquietante mundo de hoy... Algunas buenas secuencias del filme sugieren, como única posibilidad del Hombre, la "razón de los sentimientos" en contrapartida al "intelecto sin alma".

Sus palabras perfectamente podrían ser un mensaje a la implacable política económica impuesta por el régimen militar de Augusto Pinochet. En el verano de 1983, el "milagro chileno" se transformó para muchos en una pesadilla. La crisis económica había llegado a unos de sus peores momentos. Declarada la intervención de la banca, miles de personas se agolpaban en sus puertas para conocer el futuro de sus ahorros. La desocupación alcanzó el 21 por ciento, el ingreso per cápita ha caído en un 14,5 por ciento, las reservas por el suelo, el dólar en el cielo, los vendedores ambulantes en todas las esquinas y el temor a la delincuencia en el alma de los ciudadanos. Seguramente, ellos hubieran estado de acuerdo con León, el replicante: "Es terrible vivir con miedo".

Este aspecto no pasa inadvertido a Pinto: "El miedo, como tema desarrollado en 'Blade Runner', es mucho más que una alteración visceral y psicológica en el Ser personal. Sensación permanente de no pertenecer a sí mismo en un estado ambiental de oscuridad y degeneración de la vida, bajo un Poder abusivamente "impersonal".

Por esos días, los chilenos saben de oscuridad, de muerte y abusos de poder. Los diarios hablan de marejadas que arrasan pueblos enteros en el norte del país, de brotes de fiebre tifoidea, de apagones masivos, de un posible conflicto armado con Argentina, de plagas de ratas, de un satélite ruso –el Cosmos 1402– que amenaza con caer sobre la Tierra y de incendios forestales. Entre tanto, acusado de haber asesinado a 10 personas y violado a otras cuatro en Viña del mar, el ex carabinero Jorge Sagredo Pizarro clama por su inocencia y mantiene una interminable huelga de hambre.

En esas mismas páginas otra reseña sobre la cinta recalcaba que se trata de una “aterrorizante visión de la sociedad en un cercano porvenir”, donde “la manipulación genética, intolerancia y violencia policial son los ingredientes que configuran un entorno alucinante”. Pero sobre la verdadera violencia policial nada se decía. Mientras, los “gurkhas” dispersaban manifestaciones a golpe de laque, la censura sólo dejaba espacio a las informaciones sobre los éxitos de Zalo Reyes en el “Festival de Viña” y la reposición del “Jappening con Ja”, calificada como “Chacota para la recesión”, por la revista *Hoy*.

Frente al silencio, escribir de *Blade Runner* habría sido un espacio para, tal vez, escribir libremente sobre el presente. “En el año 2019 ya no existen países, sentido de nación ni de patria”, insiste con arrojo Gladys Pinto. “La Tierra superpoblada, está regida por corporaciones económicas que lo dominan todo. La gran ciudad oscura y sucia... hierva en despojos humanos sometidos al constante espionaje y control de la Spinner –máquina voladora a ras del suelo y gran altura– y de la computadora Espert, que puede registrar por telecontrol el interior de las viviendas”.

Sin necesidad de acudir a portentos tecnológicos, el régimen militar perfeccionaba sus propios métodos de control. El destierro de dirigentes sindicales, los allanamientos masivos y detenciones selectivas, junto a la tortura, la delación y el acoso, han hecho del país una “gran ciudad oscura y sucia”, en la que de fondo se escucha la voz del poeta Raúl Zurita recitando “Chile entero es un desierto... No hay un alma que camine por sus calles y sólo los malos parecieran estar en todas partes”.

En medio de esa ciudad sitiada, *Blade Runner* habla de aquello que no está permitido hablar. Abrigados por la oscuridad de los cines Central (rotativo desde las 11 horas) y California, algunos pudieron escuchar frases que bien podrían ser consideradas subversivas: “Brigadas de policías especiales con el nombre de unidades de *Blade Runners* tenían órdenes de tirar a matar al ver a cualquier Replicante invasor. A esto no se le llamó ejecución. Se le llamó retiro”.

Pero la cinta de Ridley Scott también era una oportunidad para volver a creer en la libertad. Mientras la música de Vangelis sonaba en las salas, la debacle económica y social del año 83 arrastraba consigo consecuencias insospechadas. Tras ese ardiente verano, no sólo hubo cambios drásticos en el gabinete y se instaló en la conciencia de amplios sectores una fuerte crítica al modelo, también la hegemonía de los grandes grupos empresariales fue cuestionada. La oposición al régimen aprovechó el momento y se reorganizó, concretando la firma del

Manifiesto Democrático, documento que propiciaba la salida de Pinochet como base de un acuerdo nacional. Poco después, un gigantesco caceroleo remecería Santiago. Fue la primera vez que los chilenos alzaban la voz masivamente para gritar su descontento. Una brecha comenzaba a recorrer la armadura del régimen. Mientras, en un cine, un replicante moría, dejando escapar de su mano una paloma. Y un ex policía susurraba: "Quizás en esos últimos momentos amaba la vida más de lo que la había amado nunca. No sólo su vida; la vida de todos, mi vida. Todo lo que él quería eran las mismas respuestas que todos buscamos; de dónde vengo, dónde voy, cuánto tiempo me queda".

I. ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE LÓGICA Y FENÓMENO POÉTICO

Es evidente que la poesía contemporánea no busca expresarse en dirección de un pensamiento lógico; es decir, no pretende conformar un "Corpus", donde prime lo sintáctico-racional, sino más bien aspira a poner en acción un conjunto dinámico de vocablos o versos que se desplacen alógicamente, creando un ámbito poético, resultante del poder sugestivo de las palabras, antes que la mención directa o inmediata de la realidad.

No intenta, por lo tanto, un perfecto ensamble o equilibrio de los diversos aspectos conceptuales y formales que estructuran un poema.

La posición clásica o tradicional respeta fielmente dicha concordancia, incluso rechaza cualquiera alteración por iconoclasta y arbitraria. En cambio, el poeta actual tiende a sacrificar las ideas de armonía y unidad en beneficio de la expresividad poética, que conllevan ineludiblemente la distorsión y fragmentariedad de la visión, en desmedro de la integridad de los elementos constitutivos de la obra literaria.

Si vinculamos lo anterior con el antiguo problema de la claridad o dificultad de la obra de arte, resulta imposible hoy sostener la teoría de Teófilo Gauthier, que afirma que "el poema ideal es el más claro". Tal concepción resulta absolutamente anacrónica y vulnerable.

II. CLARIDAD Y HERMETISMO

Es conveniente precisar que no puede relacionarse la densidad u obscuridad poética, de carácter metafísico, por ejemplo, con el oscurantismo retórico e intrascendente, incapaz de encarnar una idea universal en un símbolo concreto, ya que junto con proyectar esa universalidad, requiere, como condición *sine qua non*, que ello se realice con un contexto propio y singular.

Más que la verdad, representada por quienes colocan la claridad como ideal supremo y excluyente, en el ARTE cuenta, ante todo, la belleza.

Por lo demás la ambigüedad expresiva constituye una cualidad importante de la poesía actual, entendiendo como tal la predilección por las técnicas elusivas y las referencias indirectas. Ya decía Paul Valery que "el lenguaje es todo lo contrario de un instrumento de precisión", refutando de esta manera a los que conciben la poesía como una función eminentemente comunicativa, pues relegan a un segundo término algo irrenunciable: la de ser reveladora de mundos originales e irrepetibles.

Por eso el creador —el poeta— descarta la rigidez sintáctica, los universos lingüísticos lógicos y codificables.

De esta forma sostenemos que la obscuridad, deliberada o subyacente, insinúa un rasgo connatural a la poesía de nuestro tiempo. Dicha nebulosidad surge como consecuencia del irracionalismo contemporáneo, y se origina en el convencimiento de que el lenguaje poético no tiene como finalidad última la comunicación sino, por lo contrario, la manifestación de ideas-sentimientos universales en símbolos de raíz adánica e induplicables.

El vate actual procura trascender las limitaciones lingüísticas, otorgando al poema una connotación distinta de la función socializable. Pretende liberar a las palabras de su contexto rutinario y pragmático. Se utilizan las mismas palabras, pero éstas son empleadas autónomamente, creando otra realidad poética excepcional y única.

El hermetismo de cierta poesía contemporánea no es asunto reciente. Recordemos que Baudelaire, hace siglo y medio, expresaba: "Hay cierta gloria en no ser comprendido". Y un escritor de la mitad del siglo veinte -Eugenio Montale- afirmaba: "Si el problema de la poesía consistiera en hacerse comprender, nadie escribiría versos". Por su parte Gotfried Benn explica que "escribir poesía es elevar las cosas decisivas al lenguaje de lo incomprensible, consagrarse a algo que merece que no se intente convencer a nadie".

El surrealismo es ciertamente un caso de predilección por el hermetismo y lo onírico. En Chile tenemos también poetas de indudable dificultad interpretativa, entre ellos, Rosamel del Valle (1901-1965) y Humberto Díaz Casanueva (1906-1992), quienes más allá de un lirismo denso y multiforme, intentan penetrar en los laberintos abisales del ser. Algunos críticos discuten la vigencia o validez de la poesía hermética, e incluso ponen en duda el valor de la metáfora, confundiendo, a nuestro juicio, el sentido mismo de lo poético. Saint John Perse, por su parte, interpela al poeta en estos términos, al decir de Hugo Friedrich: "¡Hombre bilingüe entre cosas de dos filos, encarnación del combate en medio de todo cuanto entre sí se opone, que hablas en términos de múltiples sentidos como alguien que al azar se lanzara al combate entre alas y espinas!".

Me parece que esta definición calza perfectamente con el perfil lírico de David Rosenmann-Taub.

Con cuánta mayor razón estas palabras de Guillermo Trejo hoy día cobran importancia "cuando vivimos en feroz y sanguinaria oleada de facilismo, indisciplina artística, falta de probidad y de exigencia autocrítica como para intentar que los poemas busquen algo que sobrepueje y domine la fácil comprensión". (Guillermo Trejo en comentario a *Presagios* de Matías Rafide, 1994).

III.

El visionario crítico Víctor Castro, en su *Poesía nueva de Chile*, 1952, decía del autor de *Cortejo y Epinicio*, 1949 y *Los Surcos Inundados*, 1951: "El poeta muestra una continuidad temática y artística, donde no es posible encontrar mayores vacíos que obstruyan la robustez de su canto. Allí se organizan las experiencias del poeta y sus temas bifurcan lo familiar, que encuentra en David Rosenmann-

Taub cultor activo, un cultor que exterioriza las más leves hazañas, otorgándoles don y sentido. Ese breve mundo le llena al poeta muchas predisposiciones, e incluso Rosenmann-Taub parece llevarlo hacia otros climas, donde lo hogareño se encuentra y adquiere curiosa preponderancia, en contraste con un mundo que a todos hiere desde dentro y del que todos semejan, al menos, cobrar conciencia. Y esta poesía ceñida en sus formas y lenguajes, adquiere, vista en conjunto, oposición hacia el sentimiento; separación de lo humano más próximo, siendo su temática como es; y no sería expuesto manifestar que cierta fría vena le recorre casi íntegramente", p. 337.

Catorce años más tarde, otro ensayista notable, Vicente Mengod, expresa: "David Rosenmann escribe un verso ceñido, en formas y lenguaje. Sus meditaciones líricas, en apariencia, son frías. Sin embargo, en su trasfondo se agolpan desazones de trascendencia" (*Historia de la Literatura Chilena*, 1967, p. 116).

A su vez, Ricardo Latcham, en su *Carnet Crítico*, 1962, señala: "Diversos críticos saludaron a David Rosenmann-Taub como un lírico amargo y desgarrador. Bastaron dos libros para demostrar su fantasía y su variedad, luchando con un lenguaje potente y, a veces, retorcido por su propio desborde que afronta el amor y la tragedia con desvelo visionario. En *Cortejo y Epinicio* (1949) y *Los Surcos Inundados*, 1951, se asentó su manera singular y su utilización de un idioma rico y voluble, con expresiones barrocas y agresivas metáforas en que un crítico vio la conciencia de su oficio" (p. 248). No cabe duda de que la poesía de este autor no es cosa fácil ni se acerca a la expresión poética de la claridad. No es un arroyo cristalino y transparente ni sus aguas revelan llaneza o diafanidad. Su visión del mundo se origina al contemplar y contemplarse a sí mismo, en una especie de lucha permanente entre el ser y la nada, lindando, en ocasiones, en lo críptico y contradictorio. De ahí que utilice con frecuencia vocablos aparentemente irreconciliables, como "tibio frío", "suave amargor", "altivamente huérfano", "La forma de lo informe".

Es así como surge también esa búsqueda expresiva de cierta absurdidad del existir del hombre, quien se siente obsedido por la voz secreta del ser que anhela la trascendencia y el escepticismo del ánimo que duda, exhibiendo incertidumbre y angustia existencial.

*Frágil, ilusionado,
sobre su bósforo de tropezones
mustios, alhorre aún, desvenecijado,
sin ni siquiera oír getsemaní,
ciego tras más ceguera,
el lerdo carromato estrepitoso
de las constelaciones
preguntará en la casa venidera,
confundido, por mí:
imaduro estiércol para siempre hermoso!*
("Rito")

David Rosenmann-Taub es, sin duda, un escritor culto, de innúmeras lecturas. De raigambre intelectual, su temperamento poético está más cerca de la tinta que de los sentidos. Un hombre –por usar la terminología de Dámaso Alonso– cuya escritura lo define entre los vates desarraigados, es decir, más celeste que telúrico, más onírico que realista. Habitante que ama la noche por sobre el día.

*Nochetierra, ¿cavilas o me nombras?
Con la daga mejor –lisiado Huerto–
Hurgué, para colmar final Desierto,
mi penúltima vena.
No amaestré la escena:
debo ensayarla otro millón de sombras.
("Escenas". N° 3, p. 101)*

Advertimos que para el hablante lírico, "Nochetierra" constituye un cúmulo de sombras, indicio evidente del ser que privilegia la nocturnidad, el sentido oculto, apenas entrevisto, vale decir, revelado a medias, pero nunca descifrado totalmente.

*Eliges el laurel
De un compás de penumbras. Amaneces
para el que no te ve.
("Canéfora", p. 119).*

Otro ejemplo, entre muchos, sobre la indagación poética de la nocturnidad, de los elementos que sugieren opresión, encierro, desencanto:

*Cavernas siderales.
Duran...Oprimen...Carne
solemne...
("Escenas" N° 5, p. 103).*

El silencio viene a ser motivo último del poema. En reiteradas oportunidades desecha los vocablos para que aparezcan más intensamente la oquedad, la nada. Pensa que las palabras ya no sirven, incluso en sus numerosos neologismos y yuxtaposiciones resultan creaciones de nuevos sintagmas. Tras increíbles barroquismos léxicos, retorcimientos del lenguaje, recurre finalmente a la página en blanco, como en los poemas: XI-XII-XIII y XIV pp. 30-33 de *Los despojos del Sol*. Anandas primera y segunda, Santiago, Lom Ediciones, 2006.

Citamos algunos versos:

*Entre el ropero y el lecho, Dios
me mira.*

Debo callar (p. 23).

*... e insistes entre el esplendor y mi
jamás.*

Callaré a gritos, como Tú.

(p. 33).

Silencio, me posees

(p. 57).

Una obstinada muestra de su complacencia por el silencio, son los abundantes puntos suspensivos, el fragmentarismo de la sintaxis, las interrogaciones sin respuestas y, especialmente, los espacios en blanco que encontramos en el texto. Aproximadamente de las 130 páginas del libro citado *Los Despojos del Sol*, 51 páginas permanecen absolutamente en blanco, como una muda palabra, pero que reflejan, a nuestro juicio, una actitud existencial ante el misterio de lo no dicho, de la no escritura, lenguaje que también habla al lector curioso y sorprendido.

Hay cierto aire cósmico en la poesía de David Rosenmann. La naturaleza y los elementos adquieren dimensión de hablante, configurando un diálogo dramático y reflexivo.

La estrella, en el centro del hondón, se retuerce y anega (*Diario de un Guijarro*, N° VIII, p. 27).

Los veranos prefieren murmurar, se van con él" y

*"La abeja, deshaciéndose en el
tallo/ asienta el aguijón a tomar sol.*

(*"La Posesión"*, p. 45).

Cito un nuevo caso de antropomorfismo, entre múltiples versos semejantes:

El opaco blasón tanteará el lecho

y se ungirá con arideces, fértil.

(*"Parasceve"*, p. 77).

Aunque en una entrevista que realizara Patricio Tapia (*El Mercurio*, 20 noviembre 2005), Rosenmann-Taub dice: "Para mí, Dios no es fenómeno religioso, ni siquiera lo asocio con la religión", creo que sí está presente en su obra y en su interior. Quizás un Dios personal. Cito algunos versos de *Los Despojos del Sol*: "Entre el ropero y el lecho, Dios me mira" (p. 23), "Anoche sorprendí a Jesús en mi cuarto" (p. 41).

Te ha obedecido el mar/ Apacíguate, Cristo: La tristeza/ partirá p. 73,

Entonces, brisa, un niño buscó a Dios, Adiós Hallé... (p. 87), etc.

se dispone: inútil, fuerte”; “El opaco blasón, tanteará el lecho/ y se ungirá con arideces, fértil”, “tibio frío”, “son grises, casi míos: brillan mucho”, “camino y ninguna huella”, “dan, quitan, dan”, “Fecundaré sepulcros lozanos”, etcétera.

- c) *Personificación o prosopopeya*: “La estrella, en el centro del hondón, se retuerce y anega”, “La alfombra engendra lóbulos, batalla un poco, se somete al piso”, “un indulto inexhausto me concede el reloj”, “los veranos prefieren murmurar”, “Espalda enmontañada quiere espalda”, “en la camisa fisgona”, “jadeante silencio”, “afable vajilla”, “conciso clavicordio pordiosero”, “cipresinas hojas despiertan”, “agua mártir”, etc.
- d) *Metáforas*: Constituyen el principal y más valioso recurso del poema. Haremos mención sólo de los que nos parecen más significativos: “capturé la esquina donde gira el Emporio de Todo”, “Anhelo una ola de ciudades sobre la lentitud”, “Tras el cristal, rechazo la vereda, un transeúnte, la barricada, el otoño”, “Centellean los cisnes, se extinguen y no huyen”, “El lardo carromato estrepitoso/ de las constelaciones/ preguntará en la casa venidera, confundido por mí”, “el olvido me puebla”, “Ojos enloquecidos quieren ojos”, “cuando los hilvanes/ muerden noche los hielos se deslizan”, “Aurorearé el domicilio”, “intacta nieve”, “furia pre-pucia de las sábanas”, “Me acerco/tumultuoso, ladrón, al primicial/ de jadeante silencio/ Me descubro/ arrecife, desnudo, ras en ras, de raíz,/ recién nacido/ sobre el recién nacido tibio frío”, “Ocurrió con rescoldo de relámpagos”, “Descaro de pestañas: la azotea/ negra con los blacones amarantos”, “No amaestré la escena: debo ensayarla otro millón de sombras”, “tedio de vagabundos/ hipólitos tras fedras inocentes”, “Eliges el laurel/ de un compás de penumbras. Amaneceres/ para el que no te ve”, “No se detiene nunca el carrusel”, “Ah, cómo canta/ libre, en el terso aljibe/ su sierva muerte”.

Un rasgo genérico de las metáforas de Rosenmann-Taub es la lucha tenaz entre el yo y el otro, el mundo y la autenticidad.

- e) *Enumeración caótica*: Un modo peculiar de la poesía actual es el uso de vocablos enumerativos, sin límites, vale decir, sin rigor gramatical. Fenómeno que revela al hombre contemporáneo, un ser inquieto, irracionalista, sin tiempo para esperar respuestas adecuadas y convincentes: “Rechazo la vereda, un transeúnte, la barricada, el otoño”, “imposible asir aquellos horizontes verdes, azules, codiciosos, torrenciales”, “Aurorearé el domicilio/ cumplieron los gloriosos –escobillones, brochas, palanganas– con los bargueños y alforjas/ y mosaicos y aristas y desván-lejías de refrotes/asaltaron/ entablados, paredes/ cielorrasos”. “Contra el caos de norias/ falacias, treguas, fiebres, entre otros ejemplos.

La poesía de Rosenmann-Taub exhibe numerosos encabalgamientos, hipérbatos, aliteraciones, elipsis, repeticiones, comparaciones, hipérboles, antítesis, gradaciones y otros rasgos estilísticos.

IV. CONCLUSIONES

No hay duda de que David Rosenmann-Taub en *Los Despojos del Sol* continúa e intensifica una poesía hermética, muy lejos de la improvisación y el espontaneísmo. El mismo lo afirma en la entrevista, citada anteriormente: "Desde muy pequeño supe cuán errónea es la improvisación, porque la asumiría factible, en caso de acertar. La casualidad es el creador, no yo. Arte exige mi voluntad".

Aunque muchos de sus poemas tienen la apariencia de chispazos o fuegos, semejante a relámpagos, que penetran en la mente del lector, dejándolo desconcertado y con no pocos puntos suspensivos en el aire, sus poemas han sido articulados concienzudamente antes de transcribirlos al papel. Hay por cierto reescritura y cambios. En otro párrafo de la ya citada entrevista, expresa: "No corrijo. Trato de ser fiel a lo que quiero decir. La situación es más trascendente: el poema se queja: "No soy así; esto me sobra". Cada poema tiene su ley, su particular universo".

Creo que la escritura de Rosemann-Taub pertenece al grupo de poetas difíciles, que no logran ser asimilados por el vasto público. Exige un lector no sólo cómplice, sino además sabio y conceptual. Es sin discusión un vate que posee sabiduría lingüística. Por eso desrealiza la realidad. Autor que hace suya la divisa de Aragón: "La poesía sólo existe gracias a una constante recreación del lenguaje, lo cual equivale a decir, un desquiciamiento del sistema del lenguaje, de las reglas gramaticales y del orden del discurso".

David Rosenmann-Taub es sin duda una voz singular en el panorama de la poesía chilena contemporánea.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Pfeiffer, Johannes: *La Poesía*. Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- Rafide, Matías: *La Metáfora en la Poesía Contemporánea* (Separata boletín de la Academia Chilena de la Lengua). Ed. Universitaria, 1986.
- Rosenmann.-Taub, David: *Los Despojos del Sol*. Ananda primera y segunda. LOM Ediciones, Santiago, 2006.
- Tapia, Patricio: "David Rosenmann-Taub: Contra la Improvisación". *El Mercurio*, 20 de noviembre 2005.
- Trejo, Guillermo: "Presentación de *Presagios* de M Rafide", Santiago 1994.

PILARES DE IDENTIDAD EN UN MEDIO INSULAR: EL CASO DE ISLA MOCHA*

*Francis Goicovich***

La historia de las sociedades asentadas en los sistemas insulares del territorio chileno es un campo que ha despertado poco interés entre los especialistas abocados a las temáticas indígenas. Al parecer, la única excepción a esta tendencia la constituyen los numerosos trabajos arqueológicos, etnográficos, antropológicos e históricos que se han llevado adelante, por parte de equipos nacionales e internacionales, en las extensiones de la Isla Grande de Tierra del Fuego: la sociedad selk'nam y los desarrollos culturales que la precedieron han sido un terreno fértil para la elaboración de estrategias metodológicas y marcos interpretativos, con los que se ha podido conformar una meritoria reconstrucción de su historia, desde los inicios del poblamiento de la isla hasta las críticas consecuencias vividas a comienzos de la pasada centuria como resultado del establecimiento de las estancias ganaderas. Junto a ello, aunque con menor profusión, la isla de Chiloé ha ido despertando un interés creciente en el círculo de especialistas, destacando en el último tiempo los aportes arqueológicos que han venido a complementar las aún escasas aunque valiosas contribuciones de la historiografía.

El resto de los sistemas insulares ha despertado menos interés para la implementación de estudios sistemáticos con perspectivas interdisciplinarias: los trabajos sobre la etnia yámana han sido monopolizados por la arqueología y considerados en menor grado por la etnografía y la antropología. Una suerte similar encontramos para las ínsulas en que se repartían los grupos kaweshkar y los chonos.

Para el caso que nos interesa, la lectura de las obras relativas a la isla Mocha nos muestra un desarrollo desigual. Como fiel reflejo de la situación que venimos rastreando para las otras etnias adaptadas al medio marítimo del extremo austral del territorio chileno, comprobamos un creciente y sostenido desarrollo de los aportes arqueológicos, en desmedro de disciplinas afines, como es el caso de la historia y la etnohistoria. Corresponde a Daniel Quiroz¹ el mérito de haber llevado adelante los estudios sistemáticos de las adaptaciones más tempranas en la isla a partir del análisis de la cultura material que ha sido rescatada de los contextos arqueológicos. A su vez, el mismo autor ha realizado los más importantes aportes etnohistóricos, si bien en esta línea las investigaciones no han agotado la información contenida en los fondos documentales.

La presente investigación pretende realizar una caracterización de los fundamentos sobre los que se sostenía la identidad de los nativos de la isla Mocha

* Trabajo financiado por la Dirección de Investigación de la Universidad de Chile, Proyecto Código SOC 05/12-2, titulado "De Insulares a Continentales: la historia de los mochanos, desde los orígenes hasta su desintegración social en la misión de San José de la Mocha".

** Universidad de Chile. Correo electrónico: fgoicovi@uchile.cl

¹ Daniel Quiroz y Marco Sánchez, *La isla de las palabras rotas*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1997.

previo a su traslado al medio continental en 1685. La lectura crítica de los aportes de diversos autores (Medina², Guevara³, Latcham⁴, Casamiquela⁵, Kurteff⁶, Silva⁷, Dillehay⁸, Bengoa⁹, Kuramochi y Huesca¹⁰, Foerster¹¹, Boccara¹²), nos permite sostener que las creencias, el parentesco, el modo de vida y el ámbito territorial eran los cimientos fundamentales sobre los que se levantaba la identidad de las parcialidades que constituían, en los tempranos días del contacto, el etnos *reche-mapuche* de este particular medio insular.

UNA APROXIMACIÓN AL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD

Uno de los principales tópicos manejados por la antropología y la etnohistoria es el de la identidad, campo de estudio que presenta más de alguna dificultad a los especialistas de las humanidades y las ciencias sociales, ya que remite a un espectro amplísimo de contrastaciones de niveles que van desde lo individual a lo grupal, atravesando una diversidad de ámbitos socioculturales que involucran categorías y espacios tan dispares como el género, la religión, los grupos etarios o la ideología, entre muchos otros. Pero esta complejidad va aún más allá, ya que algunos de los principales atributos de las identidades es el ser flexibles, dinámicas y expresarse a través de una multiplicidad de códigos diversos, además de estar en constante proceso de redefinición y construcción¹³, tanto al interior de un grupo como en la relación que se establece entre agrupaciones social y/o culturalmente diferenciadas. En otras palabras, la identidad es una condición polivalente definida a partir de una dimensión de integración y/o de adscripción

² José Toribio Medina, *Los Aborígenes de Chile*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, (1882) 1952.

³ Tomás Guevara, *Psicología del Pueblo Araucano*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1908.

⁴ Ricardo Latcham, *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1924.

⁵ Rodolfo Casamiquela, *Estudio del Ngillatún y la religión araucana*, Bahía Blanca (Argentina), Universidad del Sur, 1964.

⁶ Aída Kurteff, *Los Araucanos en el Misterio de los Andes*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1979.

⁷ Osvaldo Silva, "En torno a la estructura social de los mapuches prehispánicos", *Cultura, Hombre y Sociedad*, N° 1, Temuco, 1984, pp. 89-115; del mismo autor, "Grupos de filiación y territoriales entre los araucanos prehispánicos", *Cuadernos de Historia*, N° 5, Santiago, Universidad de Chile, 1985, pp. 7-24.

⁸ Tom Dillehay, *Araucanía: presente y pasado*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1990.

⁹ José Bengoa, "Servidumbre y territorio: españoles y mapuches", *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, vol. 2, Manuel Gutiérrez et alii (editores), México, Siglo Veintiuno, 1992, pp. 79-96.

¹⁰ Yosuke Kuramochi y Rosendo Huesca, *Cultura Mapuche*, vol. 2, Temuco, Universidad Católica de Temuco, 1992.

¹¹ Rolf Foerster, *Introducción a la religiosidad mapuche*, Santiago, Editorial Universitaria, 1993.

¹² Guillaume Boccara, *Los vencedores. Historia del pueblo mapuche en la época colonial*, Santiago, Línea editorial del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte y Universidad de Chile (1998) 2007.

¹³ Viviana Manríquez, "De identidad e identidades. Una aproximación desde la etnohistoria a las identidades de las poblaciones indígenas del Partido del Maule en los siglos XVI y XVII", *Revista de la Academia*, N° 4, Santiago, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 1999, p. 121.

que puede, cuando menos, manejarse a dos niveles: el primero, a partir de las distintas maneras de ser identificados por el o los "otro(s)" y, el segundo, desde las diversas formas de autoidentificarse entre pares y diferenciarse del resto. De esta manera, la identidad puede ser definida desde "fuera", concibiéndola como el fruto de un constructo externo, configurada desde lo otro, y estar a su vez determinada desde un "nosotros", siendo ambas instancias las dos caras de una misma moneda, ya que no se puede establecer la identidad de un grupo sino por sus diferencias en relación con otros¹⁴. Sin embargo, y como ha hecho notar Fredrik Barth¹⁵, los rasgos que deben ser tomados en cuenta a la hora de reconocer diferencias culturales no son la mera suma de distinciones posibles de discriminar en una situación de interacción social dada, sino únicamente aquellas que los mismos actores consideran significativas, ya que sólo los factores socialmente importantes pueden ser considerados diagnósticos para los miembros. Pasar por alto esta observación conlleva el riesgo de crear falsas fronteras, de levantar muros que en los hechos jamás existieron, de imponer límites que sólo tienen cabida en la mente del investigador, forjando de esta manera una realidad carente de sustento. Como es fácil de advertir, esta consideración implica un serio desafío para la investigación etnohistórica, ya que la aproximación documental exige estar al tanto de los intrincados sesgos culturales que contaminaron la pluma de quienes redactaron cartas, crónicas e informes en que se retrató, con mayor o menor detalle, una alteridad que se procuraba comprender y dominar.

Siguiendo a Clifford Geertz¹⁶, observamos que la cultura es un entramado de significaciones socialmente establecidas en virtud de las cuales las personas actúan; estos actos involucran la construcción, aprehensión y utilización de las formas simbólicas que definen a cada cultura, creando una red de significados comunes que es el fruto del proceso de interacción entre los individuos. Así, el significado de las cosas, actos e ideas viene a ser un producto social, una creación que emana a través de las actividades sociales de los individuos a medida que interactúan; como señala Herbert Blumer:

"la vida de toda sociedad humana consiste necesariamente en un proceso ininterrumpido de ensamblaje de las actividades de sus miembros. Este complejo de continua actividad fundamenta y define a una estructura u organización. Uno de los principios fundamentales del interaccionismo simbólico es que todo esquema de sociedad humana empíricamente enfocada, sea cual fuere el origen, debe respetar el hecho de que, en primera

¹⁴ Pedro Morandé, "Los distintos niveles de la identidad cultural", *Revisitando Chile: identidades, mitos e historias*, Sonia Montecino (compiladora), Santiago, Cuadernos Bicentenario, 2003, p. 59.

¹⁵ Fredrick Barth, *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica, (1969) 1976, p. 15.

¹⁶ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Editorial Gedisa, (1973) 1992, p. 26.

y última instancia, la sociedad se compone de personas involucradas en la acción"¹⁷.

En consecuencia, la interacción se constituye en un proceso que forma el comportamiento humano, en lugar de ser un simple medio o marco para la expresión del mismo. Situados en una perspectiva diacrónica, notaremos que aquel referente simbólico que envuelve y organiza a los individuos al que hemos llamado cultura, tiene en la historicidad el escenario en que se transmiten, sedimentan y redefinen las interpretaciones que dan consistencia a su intrincada red de significaciones por medio de las cuales se da sentido a la experiencia.

Apoyándonos en los aportes de la psicología social, observamos que una condición intrínseca y esencial de la naturaleza humana es la creación de *objetos*, entendiendo por tales todo aquello que puede ser indicado, todo lo que puede señalarse o a lo cual puede hacerse referencia. De acuerdo a su índole, los objetos pueden agruparse en tres categorías: los *objetos físicos* o todo aquello susceptible de ser aprehendido por los sentidos, los *objetos sociales* que involucran a las categorías con que clasificamos y organizamos individual o colectivamente a los miembros de la sociedad, y los *objetos abstractos* que hacen referencia a los principios morales, la justicia, la compasión y demás corpus valóricos que condicionan nuestros actos frente a las cosas y las personas¹⁸. La vida de un grupo humano, su historia, se constituye en un proceso en el que se forman, sustentan, transforman y desechan los objetos de su mundo en la medida que les confieren significados. La articulación funcional de estos objetos al alero del comportamiento humano, y la relación dialéctica de los mismos con aquéllos pertenecientes a grupos o culturas extrañas, configuran la aparición de códigos expresivos de las identidades: ciertos objetos físicos, sociales y abstractos actúan como marcadores de la diferencia que se quiere expresar ante los otros, convirtiéndose en vehículos portadores de identidad.

Situados en esta perspectiva, y a pesar de estar conscientes de la dificultad analítica que impone la escasez de fuentes documentales que den cuenta con la suficiente prolijidad de variados aspectos del diario quehacer de los habitantes de la isla Mocha, cuyo "insular" aislamiento no sólo se constata en la situación geográfica que la define como tal, sino también en el escaso interés de los primeros españoles por dejar registro escrito de su fisonomía espacial, natural y social, es que centraremos la atención en los factores sobre los que descansaba la integración cultural que enlazaba a estos hombres y mujeres, es decir, en el nivel de la autoconstrucción identitaria: el "nosotros". La hipótesis que sustenta la presente investigación plantea que el modo de vida, el parentesco, las creencias y el territorio eran los principales factores identitarios sobre los que se articulaba la integración social de los habitantes de la isla Mocha. El desarraigo protagonizado en 1685 puso en jaque la relación armónica que

¹⁷ Herbert Blumer, *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*, Barcelona, Hora S.A., 1982, p. 5.

¹⁸ *Ibidem*, p. 8.

existía entre estos factores, ya que se pasaba a un medio totalmente ajeno al funcionamiento tradicional de los mismos. Ello, porque el carácter integrado de la cosmovisión indígena implicaba que la agresión hacia uno de estos fundamentos fuese a la vez un ataque hacia los demás; así, por ejemplo, en un trabajo anterior afirmábamos que “la defensa que los linajes hacían de sus tierras no puede ser interpretada únicamente a la luz de factores económicos (resguardo de los recursos), puesto que la existencia de la comunidad estaba abocada, en cada una de sus manifestaciones, a preservar la devoción hacia sus antepasados, las raíces de su identidad, quienes retribuían a sus deudos protegiéndoles y otorgándoles la dádiva necesaria para su perpetuación”¹⁹.

De esta manera, la concepción del medio como una realidad viva y habitada por fuerzas animísticas²⁰, donde el culto a los ancestros ocupaba un lugar gravitante en la dinámica del parentesco y el arraigo al territorio²¹, además del modo de vida propio de un sistema insular, en que los roles y actividades de los componentes sociales respondían a las características particulares de un medio específico, son los factores en torno a los cuales centraremos el tema de la identidad en el caso que nos interesa.

PRIMER ESLABÓN IDENTITARIO: EL TERRITORIO Y LOS ANCESTROS

Individuo y sociedad desenvuelven su diario vivir en ese continuo físico y biótico que es el espacio, el hábitat en que la persona y el grupo de que participa realizan actividades diversas orientadas a los más variados fines: obtención del alimento, tareas domésticas, ceremonias rituales, prácticas sociales y políticas de distinta índole, y todos aquellos usos y costumbres que conforman la cotidianidad de la existencia. El resultado de la relación dialéctica que se establece entre el medio y el accionar de los seres con su entorno, así como entre ellos mismos, es lo que llamamos comportamiento. Pero estos actos distan mucho de asemejarse al del resto de las especies vivientes: hay un factor socialmente intrínseco a nuestra condición humana, aunque desligado de nuestra dimensión biológica²², que nos aparta de todas las formas que nacen, se desarrollan y mueren, y ese es la cultura. En el ciclo de vida del individuo los actos culturales involucran la aprehensión, construcción y utilización de las formas simbólicas, las que por su historicidad son cambiantes y particulares a cada sociedad.

¹⁹ Francis Goicovich, “En torno a la asimetría de los géneros en la sociedad mapuche del período de la Conquista Hispana”, *Historia*, N° 36, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2003, pp. 167-168.

²⁰ María Ester Grebe, “El subsistema de los ngen en la religiosidad mapuche”, *Revista Chilena de Antropología*, N° 12, Santiago, Universidad de Chile, 1993-94, pp. 45-64.

²¹ Véase Latcham, *op. cit.*, y Foerster, *op. cit.*

²² Geertz, *op. cit.*, p. 91, señala que las estructuras culturales (los sistemas de símbolos) son fuentes extrínsecas de información, es decir, “están fuera de las fronteras del organismo individual y se encuentran en el mundo intersubjetivo de común comprensión en el que nacen todos los individuos humanos”.

En la medida que el ser humano es un animal inserto en tramas de significación que se actualizan constantemente, por lo que nuestra conducta es siempre acción simbólica –dotada de sentido y valor–, es que las formas culturales encuentran su articulación y ajuste en el fluir del comportamiento, la acción social, vale decir, en el *habitus*. Pierre Bourdieu lo define como:

“el principio de la estructuración social de la existencia temporal, de todas las anticipaciones y los presupuestos a través de los cuales elaboramos prácticamente el sentido del mundo, es decir su significado, pero también, inseparablemente, su orientación hacia el *porvenir*”²³.

En consecuencia, en el seno de una cultura el tiempo y el espacio se entrelazan en un proceso constante y dinámico de producciones, reproducciones y resignificaciones que, entre otras cosas, le otorgan su distintivo particular. Gracias al *habitus* se generan y unifican todas las prácticas orientadas a este fin.

Los dispositivos de que se valen las sociedades para establecer una aproximación con el medio que les circunda y en el que despliegan su ser y hacer, son de naturaleza diversa, siendo el más elemental de todos, indudablemente, el acto de nominar. De esta manera, el que en un comienzo fuera un mundo desprovisto de significados, con espacios y rincones carentes de sentido, desnudos del manto semántico que otorga el adjetivo, pasa a convertirse en un “cosmos” cuando sus montañas, ríos, valles y demás componentes geográficos, así como los animales y plantas que en él se desarrollan, son categorizados con la magia del nombre. Al descubrir, explorar y ocupar un determinado ambiente, el ser humano lo transforma simbólicamente en cosmos por medio de la palabra, lo organiza dotándolo de sentido²⁴. Pero estar en el mundo por medio del lenguaje es también crear sentido más allá de la lógica: no se puede obviar el ámbito de las emociones, los estados de ánimo que se generan en torno a la significación del hábitat cuando éste ha sido *clasificado* por medio del lenguaje, discriminando en el nivel más extremo los espacios de lo propio y lo ajeno. Siguiendo el

²³ Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Editorial Anagrama, (1992) 2002, p. 479. En su libro *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, (1994) 2002, p. 19, el mismo autor explicita aún más el alcance de este concepto al señalar que “el *habitus* es ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir, un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas”.

²⁴ Ernst Cassirer, en su libro *Antropología Filosófica*, México, Fondo de Cultura Económica, (1944) 1992, p. 199, es explícito en este punto cuando afirma que “la seriedad y entusiasmo por hablar no se origina en un mero deseo por aprender o usar nombres; marcan el deseo de detectar y conquistar un mundo objetivo”. Una consideración similar entrega Georges Gusdorf cuando señala que “la denominación afirma un derecho a la existencia. Son los vocablos quienes hacen las cosas y los seres, quienes definen las relaciones según las cuales se constituye el orden del mundo. Para cada uno de nosotros, situarse en el mundo es estar en paz con la red de los vocablos que colocan cada cosa en su lugar dentro del contorno”; véase su libro *La Palabra*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1971, pp. 35-36.

planteamiento de Ingold²⁵, vemos que la humanidad establece sobre su ambiente una relación de carácter apropiativa basada en una acción social deliberada y planificada a partir de determinados códigos culturales; una vez efectuada esta operación, aquel escenario neutro y definido únicamente por sus relaciones simbióticas pasa a detentar una doble condición: la de *paisaje* y *territorio*.

El paisaje es el espacio culturalmente construido²⁶ a través de dispositivos diversos (materiales, sociales e ideológicos), donde el lenguaje ocupa el nivel básico y, socialmente, más importante. El acto de nominar no es un hecho ingenuo, ya que como bien ha destacado Lévi-Strauss²⁷, todo sistema de las denominaciones (que constituye, en rigor, un sistema de vocabulario) va acompañado de otro de naturaleza psicológica y social, el sistema de las actitudes, que es una consecuencia de la dimensión semántica que engloban los términos con que es nominado el entorno: en la mentalidad de las sociedades igualitarias "bautizar" algo es impregnarlo de una red de acepciones de amplitud variable²⁸, frente a las cuales las personas muestran una disposición y manifiestan un comportamiento culturalmente condicionado.

Lamentablemente, en el caso de la isla Mocha prácticamente no contamos con registros de la toponimia indígena en ninguna fase del contacto interétnico con los europeos. Siguiendo una constante de muchos letrados y hombres de armas que dejaron testimonio de sus aventuras en estas latitudes, la voz de los nativos suele enmudecer en las páginas de las crónicas e informes coloniales, tanto en lo que respecta a la cotidianidad de la palabra como en lo que concierne a la terminología con que adjetivaban el entorno en que se asentaban: las informaciones son en no pocos casos equívocas, y cuando algún hito geográfico despertaba el interés de un escribiente —ya sea por un acontecimiento ocurrido en él o en sus inmediaciones, o porque se trataba de un descubrimiento digno de mencionar—, el vocablo hispano terminaba por ocultar irremediablemente al término prístino. El primer registro conocido es la escueta mención que hace Juan de Cárdenas, escribano de la expedición marítima que encabezó Juan Bautista Pastene para reconocer las costas meridionales del reino el año de 1544; el documento señala:

"Viernes 25 días del dicho mes de Septiembre, año susodicho, pasamos con temporal por una isla que está junto á tierra firme, cabe un río llamado Toltel-Leubo, y la isla se llama Gueulli, y está en 38 grados largos, que á

²⁵ Tim Ingold, *The appropriation of nature. Essays on human ecology and social relations*, Iowa, University of Iowa Press, 1987.

²⁶ Felipe Criado, "Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje", *Boletín de Antropología Americana*, N° 24, México, 1991, pp. 5-29. Del mismo talante es la propuesta de Andrés Troncoso, "De las sociedades en el espacio a los espacios de las sociedades: sobre arqueología y paisaje", *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, N° 28, Santiago, 1999, pp. 37-46.

²⁷ Claude Lévi-Strauss, *Antropología Estructural*, Buenos Aires, Eudeba (1958) 1969, p. 36.

²⁸ Claude Lévi-Strauss, *El Pensamiento Salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica (1962) 1972.

la ida la descubrimos, día del señor San Nicolás Tolentino, y por esto la nombramos la isla de San Nicolás [...]”²⁹.

La información es de sumo interés, ya que por primera vez la isla es singularizada con un etnotérmino. Filtrando la inevitable contaminación fonética que implicó la transcripción a una lengua extraña, nos encontramos con que la expresión apuntada se identifica con la voz indígena *hueulli*, en alusión al “lugar de descanso del espíritu de los antepasados”³⁰, dato que confirma la versión entregada por muchos cronistas de los siglos XVII y XVIII, quienes hacían ver que para los nativos del litoral continental la isla representaba el paradero de tránsito de las almas de los difuntos hacia el más allá. Así, por ejemplo, el padre Diego de Rosales refiere que los indios creían que “junto a su isla grande de la Mocha hay una muy pequeña, inhabitable, y que por ella pasan las almas de los muertos a la otra banda del mar a comer papas negras”³¹.

Seis años más tarde, poco después de haberse erigido la ciudad de Concepción, el burgalés Jerónimo de Bibar relata, en calidad de miembro de una expedición dirigida por el capitán Pastene para buscar bastimentos con qué mantener la “gente que había de quedar en sustentación de aquella ciudad”, que la isla se situaba a ocho leguas del continente y sus habitantes la llamaban *Amocha*³².

Dos topónimos diferentes para un mismo espacio insular, consignados en dos registros distanciados por una breve fracción de tiempo, es algo que no deja de llamar la atención. Un informante temprano nos brinda una alternativa para esclarecer el problema: Pedro Mariño de Lovera nos dice en su *Crónica del Reino de Chile*, que como consecuencia de la fundación de Concepción, las parcialidades circundantes conformaron una alianza para expulsar al invasor hispano; en una junta general escogieron por líder de la coalición a Aynabillo:

²⁹ “Relación del viaje de Juan Bautista Pastene desde el 4 hasta el 30 de septiembre de 1544”, en José Toribio Medina, *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, t. 8, Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1896, p. 80.

³⁰ Esteban Erize, *Diccionario comentado mapuche-español*, Buenos Aires, Editorial Yapun, 1960, p. 187. Según Ernesto de Moesbach, la voz original sería *weulli*, la que significa literalmente “lo conquistado por los antepasados”, traduciéndolo como “la isla de los antepasados”; en *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX*, Santiago, Universitaria, 1936, p. 414. No está de más agregar que de acuerdo al primer diccionario de la “lengua de Chile”, el vocablo *Lli* se traduce como “principio de cosas”; véase Luis de Valdivia, *Arte, vocabulario y confesionario de la lengua de Chile*, Edición facsimilar de Julio Platzmann, Leipzig, B.G. Teubner (1606) 1887. El diccionario de Andrés Febrés, *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*, Vaduz-Georgetown, Cabildo (1764) 1975, p. 540, entrega una definición similar al señalar que “[...] tomase por principio, y comienzo de qualquiera cosa”, rescatando también el vocablo *lliche* o *llin mapu*, traduciéndolo como “los mayores, o antepasados, de quienes descienden”.

³¹ Diego de Rosales, *Seis misioneros en la frontera mapuche*, Temuco, Centro Ecueménico Diego de Medellín, Ediciones Universidad de La Frontera (1673) 1991, p. 91.

³² Jerónimo de Bibar, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*, Madrid, Historia 16 (1558) 1988, pp. 254-255.

“hombre esforzado, y de gran prudencia experimentado en cosas de guerra y gobierno [...] Y como a tal señor le fueron todos a mochar, que quiere decir adorar, con las ceremonias que ellos usan poniendole cierta insignia en la cabeza, y un cinto ancho por el cuerpo; cuyos cabos besaron los principales, que entre ellos es lo mismo que besar la mano”³³.

El punto a destacar es que la expresión “mochar”, haciendo tabla rasa de las distintas grafías con que los documentos y diccionarios dan cuenta de ella, forma parte del léxico del *mapudungu* así como de la lengua *quechua*. Ernesto de Moesbach deriva el topónimo “Mocha” del vocablo *muchan*, que significa “venerar”³⁴. El jesuita Luis de Valdivia (1606), por su parte, traduce este término como “beso” o “besar”³⁵, acepción que es compartida en el diccionario *quechua* de Diego González Holguín, para quien *muchani* significa “besar a alguno honestamente con reverencia, o hacer cortesía, o besar la mano”³⁶. Nótese que Mariño de Lovera hacía alusión tanto a la acción de besar como al acto de adoración o veneración. El mismo diccionario de González Holguín incluye las expresiones *muchhani*, *muchhaycuni* y *vpaycuni*, traducidas como “adorar, rogar, reverenciar, honrar, venerar, o besar las manos”³⁷, definiciones mantenidas en el más reciente diccionario de Jorge Lira, quien interpreta la voz *much'aykuy* como “beso reverente, ósculo de adoración, acción de manifestar el culto con un beso”, y en sentido más general como “respeto, veneración, acto religioso de culto externo. Besar con reverencia, dar ósculo en señal de gran respeto, testimoniar el respeto mediante un beso de sumisión. Venerar, adorar, dar muestra de sumo honor”³⁸.

Ahora bien, en líneas previas indicamos que la palabra *gueulli*, apuntada por Juan de Cárdenas en 1544, se refiere al lugar de descanso de los antepasados. A partir de esto, y teniendo presente las posibilidades semánticas en que se debate el vocablo *mochar*, de indudable raigambre *quechua*, es que sustentamos

³³ Pedro Mariño de Lovera, *Crónica del Reino de Chile*, Colección de Historiadores de Chile, t. 6, Santiago, Imprenta del Ferrocarril (1595) 1865, p. 111.

³⁴ Ernesto Wilhelm de Moesbach, *Voz de Arauco*, Santiago, Ediciones Séneca (1944) 1998, p. 172. Igual derivación señala Juan Grau, *Voces indígenas de uso común en Chile: lugares con nombres autóctonos*, Santiago, Ediciones Oikos (2000) 2002, p. 299.

³⁵ Febrés, *op. cit.*, p. 557, y Erize, *op. cit.*, p. 264, lo traducen del mismo modo.

³⁶ Diego González Holguín, *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua quichua o del Inca*, Lima, Imprenta Santa María (1608) 1952, p. 246.

³⁷ *Idem*.

³⁸ Jorge Lira, *Diccionario Khechuwa – Español*, Tucumán, Instituto de Historia, Lingüística y Folklore, Universidad Nacional de Tucumán, 1945, p. 668. José Luis Martínez, *Autoridades en los Andes, los atributos del Señor*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995, pp. 116 y 127, hace una detallada caracterización de este rito en el mundo andino, señalando que “[...] este gesto contribuiría a marcar el momento central de la ceremonia de investidura, puesto que con él se manifestaba a la nueva autoridad que era aceptada como tal [...] La *mocha* entonces sería un gesto que se aplicaría al menos a aquellos que eran aparentemente considerados sagrados y a los cuales se les ha atribuido una capacidad de asegurar la reproducción, así como de proteger determinada actividad”.

una equivalencia en los conceptos registrados por Cárdenas y Bibar. En efecto, nuestro planteamiento se funda en el carácter compuesto que detentaría el topónimo *amocha*, que nos entrega el burgalés: por un lado, tenemos la partícula compositiva *mochar*, cuyo campo semántico ya conocemos; por otro, el término *am*, al cual todos los diccionarios identifican con el lexema para referirse a los ancestros. El padre Luis de Valdivia fue el primero en mencionarlo, traduciendo como “el ánima del hombre”, precisando que era un vocablo propio de las agrupaciones indígenas que se repartían en los contornos de la ciudad Imperial³⁹. De más reciente data, los diccionarios de Félix José de Augusta y Esteban Erize entregan versiones similares: el primero lo traduce como “la sombra del muerto, a veces el alma separada del cuerpo, o el muerto que subsiste de una manera indefinida, más material que espiritualmente (muerto que anda penando)”⁴⁰, mientras que el autor trasandino lo define como “espíritu o alma del muerto”⁴¹. En conclusión, de acuerdo a lo expuesto el topónimo *amocha* significaría “el lugar donde se veneran las almas de los antepasados”.

En lo que concierne al origen del término quechua, es un problema al que no podemos dar una respuesta definitiva. Sin embargo, basándonos en el aporte de algunos estudios etnohistóricos que han tocado tangencialmente el tema, no descartamos la posibilidad de que exploraciones incaicas en etapas precolombinas habrían dejado una huella en el acervo lingüístico de las parcialidades indígenas de ultra Biobío⁴². Lo que es más, recientes trabajos arqueológicos⁴³ nos informan del hallazgo de piezas elaboradas en cobre (un pendiente del sitio P12-1, así como un aro cuadrangular con muesca, una pulsera y un anzuelo, todos del sitio P25-1) y plata (tres aros circulares planos del sitio P21-1): la presencia de plata –y oro– en Chile central está asociada a la actividad del inca⁴⁴, lo que permitiría postular una difusión directa o mediatizada en el manejo de este metal hacia la Araucanía.

³⁹ Valdivia, *op. cit.* El sector de Tirúa, punto continental más cercano a la isla, se sitúa en los márgenes del área de influencia de las parcialidades colindantes a la Imperial.

⁴⁰ Félix José de Augusta, *Diccionario Araucano - Español*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1916, p. 7.

⁴¹ Erize, *op. cit.*, p. 52.

⁴² En un principio, Osvaldo Silva en su trabajo “¿Detuvo la batalla del Maule la expansión inca al sur de Chile?”, *Cuadernos de Historia*, N° 3, Santiago, Universidad de Chile, 1983, pp. 14-15, proponía al río Biobío como el limes de las exploraciones incaicas en nuestro territorio. Sin embargo, en un trabajo posterior titulado “Los promaucaes y la frontera meridional incaica en Chile”, *Cuadernos de Historia*, N° 6, Santiago, Universidad de Chile, 1986, p. 10, indica la posibilidad de que el límite meridional de las incursiones haya sido las inmediaciones del río Callecalle. El tema también es parcialmente abordado por José Bengoa, *Historia de los antiguos mapuches del sur, desde antes de la llegada de los españoles hasta las paces de Quilín*, Santiago, Ediciones Catalonia, 2003.

⁴³ Roberto Campbell, “El trabajo de metales en El Vergel: una aproximación desde isla Mocha”, *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomé, Ediciones Escaparaté, 2003, pp. 379-388.

⁴⁴ Roberto Campbell y Elvira Latorre, “Rescatando una materialidad olvidada: síntesis, problemáticas y perspectivas en torno al trabajo prehispánico de metales de Chile central”, *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, N° 35-36, Santiago, 2003, pp. 47-61.

Hasta aquí en lo que respecta a la construcción lingüística del paisaje, punto en el que hubiésemos querido contar con registros más acuciosos que diesen cuenta de los términos con que fueron categorizados los cerros, quebradas, playas y demás componentes geográficos de ese espacio insular: pesquisar en el campo semántico de los topónimos hubiese enriquecido notablemente el análisis propuesto. Igualmente escasas son las evidencias arqueológicas que permiten dar cuenta de su construcción material. No es sino a partir de la última década del siglo recién pasado que se han implementado proyectos sistemáticos que involucran el hallazgo, excavación y análisis de restos conservados en los sitios, por medio de los cuales se ha podido elaborar una secuencia adaptativa de las poblaciones humanas en ese medio.

Una vez definido el paisaje, debemos abocarnos a caracterizar el concepto de territorio: concebimos al territorio como un espacio de interacción económica, social y ritual, en el cual las identidades y los sentimientos de pertenencia se entroncan con recursos materiales, hitos geográficos y áreas de significación social de raigambre local, los que son revestidos de dispositivos simbólicos y prácticas que consolidan y actualizan permanentemente la relación hombre-medio. Así, la territorialidad involucra un sentido de identidad con el espacio, la cual se sustenta sobre aspectos económicos (monopolio en la explotación de los recursos que existen al interior del territorio) y sociopolíticos (conjunto de prácticas que integran a la sociedad, dotándola tanto de un sentido de pertenencia social como de un vínculo trascendente con el medio en que se desenvuelve). El costo que implica defender y explotar un espacio determinado es balanceado con los beneficios y ventajas que reporta el control exclusivo sobre los recursos de que éste dispone. El conjunto de tradiciones de que participa la sociedad que usufructúa de estos bienes, el reforzamiento constante de las alianzas que ligán a sus miembros y los hechos dignos de ser conservados en la memoria y transmitidos en el tiempo crean un nexo entre sociedad y espacio, o sea, una relación de dependencia recíproca. En última instancia, el territorio o espacio propio viene a ser "un bosque de signos que insinúa y envía mensajes retroactivos, voces primorosas y ecos suaves que sólo el nativo sabe escuchar; en cada paraje cosecha rampallos de significados"⁴⁵. En el fondo, todo territorio es un paisaje, pero no todo paisaje es un territorio.

Para la isla Mocha, las investigaciones de Mario Vásquez⁴⁶ revelan que este medio insular comenzó a ser ocupado esporádicamente por grupos arcaicos con tecnología marítima desde el 1500 a.C., datación que coincide con los desarrollos arcaicos tardíos del sector litoral de La Araucanía, cuyo rango

⁴⁵ Carmelo Lisón Tolosana, "Identidad: collage cultural. Las múltiples voces de la identidad", *Identidades, regionalismos y regiones*, Ricardo Ávila y Tomás Calvo (compiladores), México, Universidad de Guadalajara y Universidad Complutense de Madrid, 1993, p. 41.

⁴⁶ Mario Vásquez, "El período arcaico en la isla Mocha", *La isla de las palabras rotas*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1997, p. 215.

temporal fluctúa entre el 4.000 y el 2.000 antes del presente⁴⁷. Durante este período asistimos a la consolidación de eficientes prácticas de navegación, con las cuales ya se venía experimentando por lo menos desde el arcaico medio (7.000-4.000 a.P.), aunque estudios recientes han insinuado la posibilidad de que las más tempranas ocupaciones de la isla representen más bien la presencia tardía de grupos canoeros australes; posteriormente, y con el transcurrir del tiempo, la isla Mocha se habría convertido en un espacio en el que convergieron tradiciones de diverso origen⁴⁸. Hasta el momento, el análisis de los datos ha permitido definir para las primeras poblaciones una estrategia cazadora recolectora de amplio espectro, con la utilización predominante de la costa rocosa, complementada con el uso de recursos terrestres de las vegas y lagunas costeras y del bosque interior⁴⁹. Esta situación de ocupaciones momentáneas contrasta con la fase agroalfarera, la que se iniciaría hipotéticamente a comienzos de la era cristiana⁵⁰, si bien la fechación más temprana con que se cuenta en la actualidad indicaría la presencia de grupos de tradición agrícola hacia el 300 d.C.⁵¹, de probable filiación Pitrén. La quínoa (*Chenopodium quinoa*) y poco después el maíz (*Zea mays*) representan los primeros cultivos, cuya intensificación estratigráfica estaría dando cuenta de una dependencia creciente como resultado de un aumento poblacional sostenido. Junto a ello, el incremento en la densidad de restos de camélido (*Lama guanicoe*) y otros mamíferos como es el caso del zorro chilla (*Pseudolapex griseus*), supone un traslado constante de estos animales, lo cual exigiría algún grado de amansamiento con el fin de facilitar el transporte, o cuando menos la selección de crías que luego serían engordadas y, eventualmente, reproducidas en la isla⁵².

Desde ese instante, se observa un creciente proceso de sedentarización y adscripción de los asentamientos a zonas especialmente escogidas por sus potencialidades agrícolas, como son las terrazas insulares cercanas al pie de monte, desarrollo que se consolida durante al agroalfarero tardío, que en la Mocha presenta fechas iniciales del orden del 1260 d.C.⁵³. La adopción y desarrollo de las técnicas agrícolas, así como el cuidado que exigían los animales domésticos destinados al consumo, se tradujeron en una serie de consecuencias que han

⁴⁷ Daniel Quiroz y Marco Sánchez, "Poblamiento inicial en la costa septentrional de la Araucanía (6.500-2.000 a.p.)", *Chungara*, N° 36, Arica, Universidad de Tarapacá, 2004, p. 293.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 297.

⁴⁹ Daniel Quiroz, "Fragmentos recuperados: un breve panorama histórico para la isla Mocha", *La isla de las palabras rotas*, op. cit., p. 240.

⁵⁰ Ximena Prieto, "Evolución geomorfológica de Isla Mocha durante el Holoceno", *La isla de las palabras rotas*, *Ibidem*, p. 100.

⁵¹ Marco Sánchez, Daniel Quiroz y Mauricio Massone, "Domesticación de plantas y animales en La Araucanía: datos, metodologías y problemas", *Chungara*, N° 36, Arica, Universidad de Tarapacá, 2004, p. 370.

⁵² *Ibidem*, p. 370.

⁵³ Quiroz, op. cit., p. 240.

sido ampliamente teorizadas por la antropología⁵⁴: la producción de alimentos conlleva un paulatino incremento en la capacidad de sustento territorial, lo que suele significar, también, la disponibilidad de excedentes alimenticios, parte de los cuales son destinados al almacenaje o al intercambio; la mayor densidad poblacional viene a ser una consecuencia de esto, ya que, entre otros motivos, ya no es necesario espaciar el nacimiento de los lactantes, como ocurría con el estilo de vida nómade, provocando este crecimiento demográfico una serie de cambios en la estructura de la sociedad. Dado que las ocupaciones arcaicas se identifican con asentamientos no permanentes de carácter expeditivo, es dable proponer que el uso de la tecnología agrícola significó en la isla el surgimiento de un principio de territorialidad⁵⁵ que exigió la puesta en escena de nuevas y/o más extendidas formas de sociabilidad e interacción intergrupal que, en el transcurso del tiempo, se tradujeron en la constitución de extensas redes de interrelación que permitieron la transferencia e integración diferenciada de las expresiones de desarrollo cultural, las que en última instancia conformaron los pilares sobre los que descansó la identidad cultural de los habitantes de la isla. Así, junto a las prácticas económicas, se sumaron otros factores que reforzaron la idea de pertenencia al medio, de entre los cuales el más importante fue sin lugar a dudas la conformación de cementerios en que se resguardaban los restos de los antepasados. La arqueología ha detectado la existencia de algunos espacios fúnebres al interior de la isla, la mayoría de los cuales se adscriben a la fase agroalfarera, cuestión que se condice con el principio de una territorialidad definida: destacan los sitios P10-1 y P21-2, caracterizados como entierros múltiples⁵⁶.

La información brindada por la documentación de los días del contacto deja en claro que los mochanos participaban de las mismas prácticas, usos y costumbres de la sociedad *reche-mapuche* continental, por lo que muchos vacíos detectados en los tempranos papeles de los españoles pueden subsanarse con el uso de la analogía. Es de esta manera que si bien no contamos con testimonios que nos hablen de las diversas prácticas de los isleños ligadas a la muerte, ya desde las investigaciones de Ricardo Latcham⁵⁷ es bien sabido que el culto a los antepasados constituía la principal fuerza integradora de los grupos parentales en la cultura *reche-mapuche*. Ellos eran el referente para el actuar de las agrupaciones en el presente y el ejemplo a seguir a través de las generaciones. Según sus creencias, el territorio habitado se erguía como tal por haber sido consagrado, previamente, por obra de la alianza entre las sagradas fuerzas que regían el

⁵⁴ Bárbara Bender, *Farming in Prehistory. From hunter-gatherer to food-producer*, New York, St. Martin's Press, 1975, pp. 5-13.

⁵⁵ Nuestro planteamiento se sustenta sobre la evidencia con que se cuenta para el caso particular de isla Mocha, ya que es bien sabido que las sociedades no productoras de alimentos también se manejan con esquemas de territorialidad.

⁵⁶ Florence Constantinescu, "Reconstruir un antiguo modo de vida: un nuevo desafío desde la bioantropología", *La isla de las palabras rotas*, op. cit., pp. 172 y 182.

⁵⁷ Latcham, op. cit., p. 156.

orden del universo y los antepasados remotos que dieron origen a cada uno de los grupos de parentesco⁵⁸. Los ancestros estaban siempre vigilantes, alertas a proteger y ayudar a sus parientes vivos. La responsabilidad de los vivos hacia sus muertos se sustentaba en que para que los últimos gozaran de tranquilidad eterna, los primeros debían respetar y mantener sus tradiciones (*admapu*). El culto a los ancestros era la fuerza integradora más importante que operaba en la sociedad *reche-mapuche*⁵⁹. El poder de los antepasados no provenía sólo de su función mediadora y paradigmática, pues también ellos “representaban la historia total de su cultura, constituyendo de este modo las fuentes de conocimiento para todo el conocimiento y acción humanos”⁶⁰. Los cementerios (*eltun, chenque*) en que descansaban sus restos creaban un fuerte nexo entre el espacio y el grupo de deudos que en él habitaba; eran una verdadera ancla entre la sociedad y el hábitat, la humanidad y el medio. En otras palabras, eran un sólido y permanente dispositivo de identidad. Tal vez haya sido Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán quien con mayor agudeza se percató de este fuerte nexo entre los *reche-mapuches* y su territorio al señalar que:

“no hai nacion en el mundo que tanto estime y ame el suelo donde nace, como esta de Chile, pues se ha visto en ocasiones llegar a cautivar algunos indios de los mas ancianos y viejos, y por no salir de sus tierras, permitir los hiciesen pedazos ántes que tener vida fuera de sus límites y contornos, y otros por sus mismas manos haberse dado la muerte, habiendo pedido ántes encarecidamente a los que los cojieron y cautivaron, que les quitasen las vidas y los dejaran muertos en sus tierras, y no habiéndoselo querido conceder, haber ejecutado lo que he dicho, con arrogancia y soberbia desmedida, ántes que dejarse sacar vivos de sus tierras y ranchos, teniendo por felicidad regar con su sangre valerosamente sus contornos”⁶¹.

SEGUNDO ESLABÓN IDENTITARIO: EL MODO DE VIDA

Las identidades regionales se configuran desde el momento en que las sociedades deben dar una respuesta adaptativa particular a los desafíos que impone el ambiente en que habitan. La antítesis que representa la innovación cultural frente al reto de la naturaleza tiene su síntesis en la consolidación de un modo de vida diferencial y propio de cada agrupación: condiciones de existencia

⁵⁸ Francis Goicovich, “El género femenino en la sociedad mapuche de los siglos XVI y XVII: ¿una subordinación permanente?”, *Actas del 3er Congreso Chileno de Antropología*, t. II, Temuco, Universidad Católica de Temuco, 1998, p. 1165.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 1167.

⁶⁰ Dillehay, *op. cit.*, p. 76.

⁶¹ Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *Cautiverio Feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile*, Santiago, Colección de Historiadores de Chile, t. 3, Imprenta del Ferrocarril (1673) 1863, p. 70.

diferentes producen *habitus* diferentes, que se encuentran en la base del estilo de vida⁶².

Rígidos por los condicionantes que regulan el quehacer propio de un medio insular, los habitantes de la isla Mocha desenvolvían su diario vivir a través de una serie de modalidades de acción por medio de las cuales procuraban asegurar su existencia. De entre todas las actividades orientadas a este fin, la que más destacaba por el número de practicantes y las generaciones involucradas, además de ser la que aportaba los mayores réditos, era la explotación marítima. Circundada por un extenso océano y enclavada en medio de la ruta por la que fluyen las frías aguas de la corriente de Humboldt, los mochanos disponían de una gran reserva ictiológica y malacológica, además de recurrir a la caza de aves y mamíferos marinos, así como a la recolección de algas que abundaban en las playas y roqueríos inmediatos.

El desempeño sistemático de determinadas tareas es capaz de dejar un registro posible de identificar en la corporalidad de los individuos. En este contexto, la arqueología puede brindar una rica información de los *habitus* o patrones de actividad que daban cuerpo al modo de vida de las sociedades pretéritas, información que ha revelado sus potencialidades cuando ha sido complementada con el testimonio documental. El modo de vida ha sido definido como "aquello que los miembros de un grupo humano determinado, pertenecientes a una cultura determinada, hacen en su vida cotidiana [...] en otras palabras, el modo de vida son los patrones conductuales definidos por una cultura particular, con que sus miembros deben operar en un ambiente físico determinado"⁶³. Desde el punto de vista del investigador, "reconstruir el modo de vida de una sociedad pasada implica deducir la conducta humana definiendo los patrones de actividad desarrollados por el grupo bajo estudio"⁶⁴, siendo la estrategia ideal para alcanzar esta meta la aproximación interdisciplinaria.

Crónicas, bitácoras de navegantes, cartas, informes oficiales y eclesiásticos, además de otros papeles de índole diversa, permiten conformar un retrato fragmentario, aunque valioso, de las actividades cotidianas de los mochanos. Al enfocar la mirada en un sistema insular, es inevitable caer en el lugar común de remitirse a las prácticas de navegación y la explotación marítima. La más temprana referencia a la existencia de medios de transporte náutico es una carta que el Marqués de Baidés escribió en 1645 al virrey del Perú, Marqués de Mansera, en la que indicaba que el maestro de campo le había informado del hallazgo en Paicaví de "una balsa de indios que habían pasado de la Mocha"⁶⁵.

⁶² Pierre Bourdieu, *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, México, Taurus (1979) 2002, pp. 172-173.

⁶³ Florence Constantinescu, "Un puente para el encuentro de la arqueología y la bioantropología: el extrañamiento de los modos de vida", *Revista Chilena de Antropología*, N° 14, Santiago, Universidad de Chile, 1997-98, pp. 33 y 49.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 33.

⁶⁵ "Carta que el Marqués de Baidés, Gobernador de Chile, escribió al Marqués de Mansera, Virrey del Perú, Concepción, 4 de marzo de 1645", Biblioteca Nacional, Colección de Manuscritos de José Toribio Medina, t. 138, f. 122.

Casi tres décadas después, el sacerdote jesuita Diego de Rosales brindaba un panorama mucho más minucioso de esta actividad al señalar que los naturales de la isla Mocha:

“por el mes de marzo, en que los vientos no son tan fuertes, pasan a Firva [Tirúa], que es tierra firme de enemigos, y con ellos comercian, y para atravesar cinco leguas de mar hazen valsas muy grandes de magüeyes, en que pasan treinta personas y trahen muchos carneros y otras cosas con que comerciar [...] Vienen cantando al son de los remos ciertas canciones en que piden al mar les dege passar a comerciar prosperamente”⁶⁶.

Gracias a la evidencia bioantropológica, así como al estudio de los hallazgos arqueológicos, sabemos que la navegación marítima contaba con una raigambre temporal bastante más profunda que aquella que nos revela la documentación del siglo XVII. En efecto, los trabajos de Florence Constantinescu sobre restos esqueléticos rescatados en los contextos fúnebres de los sitios P10-1, P21-1 y P5-1, permiten sostener que en la isla Mocha la acción de remar es posible de constatar por lo menos desde el Complejo Pitren (300-1100 d.C.) hasta el Complejo El Vergel (1000-1500 d.C.), llegando a etapas de contacto; el análisis de las muestras óseas ha revelado que “tanto en la cintura escapular como en las extremidades superiores se ha producido la modificación de ciertos rasgos anatómicos acompañada por patologías morfofuncionales debido a la ejecución de actividades sistemáticas compatibles con la navegación”⁶⁷. La arqueología ha reforzado esta interpretación con el estudio de restos de especies marinas como el congrio (*Genypterus chilensis*), variedad propia de aguas profundas que exige el uso de embarcaciones para su captura, detectado en los registros estratigráficos para niveles tan tempranos como el 1500 a.C., es decir, para etapas propias del Arcaico Tardío⁶⁸. El artefacto asociado a su explotación es el anzuelo, del cual se han obtenido evidencias en el sitio P25-1, elaborados a partir de diátesis de

⁶⁶ Diego de Rosales, *Historia General de el Reyno de Chile. Flandes Indiano*, t. 1, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, (1674) 1877, p. 173.

⁶⁷ Constantinescu, “Reconstruir un antiguo modo de vida: un nuevo desafío desde la bioantropología”, *op. cit.*, p. 188. El trabajo de la especialista ha determinado que, desde un punto de vista bioantropológico, la acción de remar en isla Mocha se puede caracterizar de la siguiente manera: “en las escápulas se refuerza la cápsula articular, los acromion y las caracoides presentan periostitis debido a la hiperelevación del hombro. Por su parte las clavículas presentan entesopatías en su articulación con el esternón y muy desarrolladas inserciones del ligamento costo-clavicular, del deltoides y del trapecio. En los húmeros hay marcadas inserciones musculares y ligamentosas, entesopatías de los músculos supraespinosos y osteoartritis debido al impacto del trocín sobre la caracoides como producto del movimiento del brazo hacia arriba y atrás. En los radios está muy desarrollada la inserción del flexor largo del pulgar, las ulnas presentan marcadas inserciones del flexor común profundo de los dedos y en las falanges, están muy desarrolladas las inserciones de los músculos flexores. Todas estas patologías se pueden asociar a la acción de remar usando el remo como paleta”.

⁶⁸ *Idem.*

huesos largos de camélidos⁶⁹ fechados hacia el 750 d.C.⁷⁰, aunque también se registró el hallazgo de un anzuelo de cobre⁷¹. El sacerdote Diego de Rosales apunta brevemente en su crónica que los mochanos practicaban la “pesca de anzuelo”⁷².

Los antiguos habitantes de la isla Mocha también manejaron la domesticación animal y vegetal. El cronista recién citado hacía mención al transporte de carneros y otros bienes para el intercambio, destacando la crianza de “ovejas castellanas y chilenas, que crezen y engordan a maravilla, y tienen trato de ellas con los indios de Tirua y tierra firme”⁷³. La circulación de productos era una actividad que enlazaba sistemáticamente a los mochanos con las agrupaciones continentales, muy especialmente con el *rewe* de Tirúa, asentado en el punto geográfico más próximo a la isla. Este intercambio se hacía en ocasiones extensivo a los esporádicos visitantes venidos de ultramar, los que con intenciones de exploración u ocupación de algún enclave continental, se abastecían de los recursos necesarios para continuar la travesía o consolidar un puesto de avanzada en las latitudes australes del reino. Un ejemplo de esto nos lo entrega el corsario holandés Olivier van Noort, cuya embarcación recaló en la isla en marzo de 1600; el diario de navegación indica que una vez en tierra los naturales “[...] cambiaron por cada hacha una oveja, por un cuchillo una gallina y a veces, incluso, dos [...] Llenamos nuestro bote con ellas y las llevamos a bordo [...]”⁷⁴. La fuente también habla de ovejas de “[...] cuellos muy largos y la lana es tan larga que casi les llega al suelo. Estas ovejas las usan para su trabajo, y para llevar carga”⁷⁵. La descripción apunta indudablemente a un camélido, el que ateniéndonos a las características señaladas –capacidad de llevar cargas–, se identificaría con la llama (*lama glama*), aunque los estudios de zooarqueología han revelado para la isla sólo la presencia de guanacos⁷⁶ (*lama guanicoe*).

⁶⁹ Cristian Becker, “Los antiguos mochanos, cómo interactuaron con la fauna que hallaron y llevaron a la isla”, *La isla de las palabras rotas*, op. cit., p. 164, ha hecho notar que a partir de las fases agroalfareras tempranas y medias, en la isla “comienza un crecimiento en la confección de instrumentos de hueso, la fauna usada para esto son preferentemente guanacos y cetáceos”.

⁷⁰ Constantinescu, “Reconstruir un antiguo modo de vida: un nuevo desafío desde la bioantropología”, op. cit., p. 188.

⁷¹ Campbell, op. cit., p. 381.

⁷² Rosales, *Historia General de el Reyno de Chile*, op. cit., p. 288.

⁷³ *Ibidem*, p. 289.

⁷⁴ Oliver Van Noort, “Beschryvinghe vande voyagie om den huelen werelt cloot ghedaen door Oliviert van Noort van Utrecht, 1602”. Traducción de Marijke van Meurs, en “Isla Mocha: un aporte etnohistórico”, *Boletín del Museo Regional de la Araucanía*, N° 4, t. 1, Temuco, Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, 1991, p. 193.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 196.

⁷⁶ Becker, op. cit., p. 163. Los trabajos arqueológicos han propuesto la identificación del ganado doméstico u “ovejas de la tierra”, también conocido como *chilihueque*, con el guanaco; sin embargo, consideramos que dichas investigaciones no han procedido con un análisis crítico de la evidencia documental, la cual, además, se ha limitado al exclusivo estudio de fuentes editadas (crónicas), sin dar lugar al trabajo de archivo, cuya complementación brindaría excelentes potencialidades interpretativas. Sin pretender desconocer el traslado de guanacos (*Lama guanicoe*) a la isla desde el

Un dato interesante, aunque no por ello menos cuestionable, es la alusión al empleo de estos animales para el "trabajo", o lo que es lo mismo, para las labores agrícolas. El jesuita Alonso de Ovalle insiste en esta información cuando apunta en su crónica que:

"Entre los animales propios de aquel país se pueden poner en primer lugar los que llaman ovejas de la tierra, y son de la figura de camellos, no tan bastos ni tan grandes, y sin la corcoba que aquellos tienen: son unos blancos, otros negros y pardos, y otros cenicientos: dicen los autores citados que servían antiguamente en algunas partes de arar la tierra ántes que hubiese en ella bueyes, y aun después acá refieren los de la armada holandesa de Jorge Spilbergio [...] que cuando pasaron por la Isla de la Mocha usaban los indios de estas ovejas para este efecto"⁷⁷.

Como se ve, la observación no emana de un testigo presencial, lo que nos hace refutar la aseveración de que estos camélidos eran usados para arar la tierra; como es bien sabido, la capacidad de carga de la llama no sobrepasa los 40 kilos, por lo que es difícil aceptar su empleo en la agricultura, donde es necesaria una mayor fuerza de arrastre. Al mismo tiempo, la voz de los holandeses no es de fiar en este punto, toda vez que su estadía en la isla fue bastante breve y algunas de sus descripciones se sostienen más en conjeturas fundadas en la analogía antes que en testimonios directos: ibaste ver los dibujos que ilustran sus libros de travesía para comprobar que las ovejas de la tierra detentan una jibia en el lomo!⁷⁸

La lana de estos animales fue probablemente muy utilizada en la confección de vestimentas, puesto que el corpus artefactual rescatado por los arqueólogos incluye torteras de arenisca, así como agujas de doble punta fabricadas en hueso de camélido⁷⁹. Junto a esto, la evidencia bioantropológica habla a favor de la utilización de fibras, ya que en la dentadura de una mujer del sitio P5-1 se detectaron surcos que denotan su uso como herramienta para sujetar filamentos, de origen animal o vegetal, que sugieren la fabricación de redes o cestería⁸⁰.

Desde los comienzos del contacto interétnico la isla Mocha se convirtió en un punto de abastecimiento para los colonos y viajeros. Ya en 1550, en calidad

continente, creemos que el ganado propiamente doméstico estaba conformado por llamas (*Lama glama*). Véase Antonia Benavente, "Reflexiones en torno al proceso de domesticación de camélidos en los valles del centro y sur de Chile", *Boletín del Museo Regional de La Araucanía*, N° 2, Temuco, 1985, pp. 37-52.

⁷⁷ Alonso de Ovalle, *Histórica Relación del Reyno de Chile*, vol. 1, Colección de Historiadores de Chile, t. 12, Santiago, Imprenta Ercilla (1646) 1888, pp. 90-91.

⁷⁸ En numerosos documentos el ganado doméstico andinoamericano en comparado con el camello en virtud de su semejanza corporal.

⁷⁹ Constantinescu, "Reconstruir un antiguo modo de vida: un nuevo desafío desde la bioantropología", *op. cit.*, p. 190.

⁸⁰ *Idem*.



Nativos de la isla Mocha según grabado del diario de Jaris van Spilbergen (1619).

de miembro de una expedición despachada desde la recientemente fundada ciudad de Concepción, Jerónimo de Bibar nos dice que en la isla cargaron “[...] los navíos de maíz y papas y frísoles, que había gran cantidad”⁸¹. Pocas décadas más tarde, el corsario Francis Drake, al describir su arribo a la isla en 1578, señaló que:

“We ranne off againe with an Iland, wich lay in sight, named of the Spaniards Mucho [...], we found it to be a fruitfull place, and well stored with sundrie sorts of good things: as sheepe and other cattell, maize (wich is a kinde of grain whereof they make bread), potatoes, with such other rootes”⁸².

Casi cinco lustros después, Olivier van Noort refiere que sus naves fueron bien abastecidas por los naturales de “[...] alimentos como maíz, raíces de papas, zapallos y otras frutas que allá crecen”⁸³. Siete décadas más tarde, Diego de Rosales es aún más explícito al señalar que los navíos “[...] siempre hallan en los

⁸¹ Bibar, *op. cit.*, p. 255.

⁸² Citado por Daniel Quiroz, “Los mapuches de isla Mocha desde la óptica de los europeos: 1554-1687”, *Ethno*, N° 1, Revista Electrónica de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile: <http://rehue.csociales.uchile.cl/rehuehome/facultad/publicaciones/Ethno-/mocha.htm>. 1997.

⁸³ Van Noort, *op. cit.*, p. 193.

indios cumplidísimo agasajo y regalo de aves, carneros, papas y maíz⁸⁴. Estos y otros documentos dan cuenta del eficiente desarrollo agrícola alcanzado por los habitantes de la ínsula⁸⁵. La evidencia arqueológica nos habla de una historia productiva que en las primeras fases presenta cultivos de quínoa (*Chenopodium quinoa*) que paulatinamente van siendo desplazados del predominio dietario por papas (*Solanum sp.*) y maíz (*Zea mays*)⁸⁶.

La producción agrícola también estaba orientada a la elaboración de una bebida a la que llamaban "Cici [...] hecha de maíz (que es su trigo) y agua [...] Con esto se emborrachan los indígenas y celebran sus fiestas"⁸⁷.

En suma, las referencias a tierras labradas y los productos destinados al consumo, intercambio y preparación de brebajes, dan cuenta de una sistemática y eficiente producción agrícola en la isla. El análisis bioantropológico refuerza esta apreciación, ya que en el caso de los cráneos hallados en el sitio P27-2, se constata que está muy reforzada la musculatura de la nuca y hay una osificación incipiente del ligamento odontoideo; de acuerdo a Florence Constantinescu:

"Esta actividad hiperostótica de la región lambdoidea, la fuerte inserción nugal y la osificación del ligamento odontoideo son producto de la intensa tracción de la cabeza hacia atrás. Al pasar una banda por la región nugal y cervical, se crea un 'tercer brazo' para la tracción de objetos pesados como por ejemplo un arado"⁸⁸.

La especialista, sin embargo, reconoce que estas marcas corpóreas también pueden ser resultado de "las mismas embarcaciones tiradas desde el mar hacia la playa"⁸⁹, aunque esto no obsta la aún más plausible alternativa de que sean resultado de ambas prácticas a la vez.

TERCER ESLABÓN IDENTITARIO: EL PARENTESCO

La temática del parentesco en la sociedad *reche-mapuche*, su forma de organización social y muy especialmente la modalidad de filiación han sido terreno fértil para la elaboración de propuestas interpretativas. En su estudio, la principal dificultad que han tenido que enfrentar los especialistas es la escasez de referencias explícitas en las fuentes coloniales. De esto ha resultado que las

⁸⁴ Rosales, *Historia General de el Reyno de Chile*, op. cit., p. 289.

⁸⁵ Bibar, op. cit., p. 255, la describe como "[...] muy fértil tierra"; van Noort, op. cit., p. 193, por su parte, habla de "[...] tierra bien labrada"; finalmente Rosales, en su *Historia General de el Reyno de Chile*, op. cit., p. 289, apunta que "[...] la fertilidad de la tierra, es grandissima y cogen copiosamente maíz y legumbres, y trigo y cebada con moderación".

⁸⁶ Sánchez, Quiroz y Massone, op. cit., p. 370.

⁸⁷ Van Noort, op. cit., p. 196.

⁸⁸ Constantinescu, "Reconstruir un antiguo modo de vida: un nuevo desafío desde la bioantropología", op. cit., p. 189.

⁸⁹ Idem.

construcciones que algunos eruditos han elaborado se identifiquen más con conjeturas sustentadas en la lógica de especulaciones poco fundadas, antes que con modelos corroborados por la solidez de datos dignos de crédito.

La información que nos brindan los documentos referentes al traslado de los nativos de la isla Mocha resultan ser determinantes a la hora de dilucidar estas problemáticas, y por lo mismo no deja de extrañarnos la poca atención de que han sido objeto de parte de historiadores y etnohistoriadores. Una destacada excepción han sido los trabajos realizados por el antropólogo Daniel Quiroz⁹⁰, quien sin embargo hace un estudio parcelado de la información, sin aprovechar al máximo la riqueza de datos que brindan estas fojas. Los papeles que conforman el legajo que da cuenta del desarraigo protagonizado en 1685, son tal vez uno de los conjuntos documentales más interesantes reunidos por el bibliófilo José Toribio Medina. De sumo interés es la pieza en que están consignadas las familias que habitaban la isla, ya que es el más temprano registro sobre núcleos familiares *reche-mapuches* en que se detallan los nombres de sus componentes paterno, materno(s), hijos y demás unidades familiares sanguíneas o políticas, a lo que se suma la edad aproximada de cada uno de ellos⁹¹.

El análisis de los datos revela un hecho notable: se constatan 116 unidades familiares⁹², además de 8 personas sin adscripción familiar⁹³, abarcando un total de 588 individuos, agrupados en torno a dos fracciones mayores que el redactor del catastro llamó "reducciones", una encabezada por el *lonko* Quetalabquén (49 familias y cuatro individuos aislados, sumando 240 personas) y la otra por el *lonko* Aguiüenu (67 familias y 4 unidades aisladas —una de ellas es una mujer—, sumando 348 individuos). Este hecho no sólo muestra una continuidad organizacional respecto a la información que nos entregara Bibar más de un siglo antes⁹⁴, sino que también respalda la afirmación del jesuita Diego de Rosales relativa a que los isleños estaban divididos en dos bandos y "que los de una parte del cerro con los de la otra tienen sus guerrillas trabadas"⁹⁵. A pesar de lo sugerente del dato, es dable señalar que los trabajos referentes a la estructura sociopolítica *reche-mapuche* hacen inconcebible la posibilidad de una

⁹⁰ Daniel Quiroz, "Los mapuche de la Isla Mocha a fines del siglo XVII: datos sobre la estructura familiar", *Boletín del Museo Mapuche de Cañete*, N° 6, Cañete, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1991, pp. 17-20; Quiroz, *op. cit.*

⁹¹ El documento se titula "Numeración de las familias de los indios que sacó de la isla de la Mocha el señor Presidente don José de Garro, y los sitió y pobló de esta parte del río de Biobío, en el valle de Gualque, en 3 de abril de 1685", Biblioteca Nacional, Manuscritos Originales de José Toribio Medina, tomo 323, fs. 533-551.

⁹² Con el concepto de "unidades familiares" incluimos a grupos monógamos y polígamos, además de individuos solteros que aparecen ligados en una misma residencia a otros parientes o personas de las que no se entrega información referente al nexo de parentesco o afinidad que los une.

⁹³ Quiroz, "Los mapuche de la Isla Mocha a fines del siglo XVII: datos sobre la estructura familiar", *op. cit.*, p. 18, contabiliza erradamente 122, siendo una de sus equivocaciones otorgar la condición de "familias" a estas unidades aisladas.

⁹⁴ Bibar, *op. cit.*, p. 255. El burgalés, en el capítulo XCIC de su crónica, habla de "dos señores".

⁹⁵ Rosales, *Historia General de el Reyno de Chile*, *op. cit.*, p. 288.

organización de tipo dual al modo de aquéllas tan comunes en el corazón del mundo andino: nada supone la existencia, para este caso, de una organización social, política y ritual en mitades⁹⁶.

Al igual que en las parcialidades continentales, la monogamia es la modalidad conyugal más extendida⁹⁷, registrándose 34 familias monógamas en la fracción encabezada por Quetalabquén (dos de ellas no incluyen el nombre de las esposas, pero sí se consignan los hijos, lo que permite suponer que los jefes de familia son viudos), frente a 13 unidades polígamas⁹⁸, mientras que en la mitad de Aguigüenu encontramos 46 uniones monógamas frente a 17 polígamas⁹⁹. A pesar de la desproporción demográfica de ambas fracciones (el grupo de Quetalabquén contabiliza 240 habitantes, mientras que el de Aguigüenu 348), es de sumo interés constatar una relativa homogeneidad porcentual en la relación de las familias monógamas y polígamas: el grupo de Quetalabquén presenta un 72,34% de familias monógamas y un 27,65% de familias polígamas, muy similar al 73,01% de monogamia y 26,98% de poligamia de la sección encabezada por Aguigüenu.

Un punto digno de atención es el análisis de los radicales (raíz o término final) de cada nombre, que en la sociedad *reche-mapuche* se identifica con el *cüga*, concepto del que el padre Luis de Valdivia entrega tres acepciones:

“Cúga, el apellido de linaje, como *grú*, o *antú*, zorras, o soles, o ríos etc., como aca ay Mendoças, Toledos etc.

⁹⁶ El etnohistoriador Horacio Zapater, engañado por referencias documentales que hablan de una organización dual a nivel del *rewe*, fue el primero en plantear esta hipótesis. La cita, nacida del puño del padre Luis de Valdivia, dice:

“Cada regua se divide en dos mitades que cada una llaman llacachuyu que quiere decir la mitad de la población y quando la una mitad es de gente mas principal que la otra la llaman mugal que quiere decir caveza y rey, y a la otra llaman huenchu, que quiere decir como gente hidalga. En cada mitad destas ay un yndio muy principal que llaman butaulmen que quiere decir señor más principal de aquella mitad [...]”.

Véase el libro de Zapater, *Aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros*, Santiago, Editorial Andrés Bello, (1994) 1998, pp. 65 y 72. La cita documental corresponde a la “Memoria como se an de entender las provincias [provisiones] de los yndios de Chile y algunos tratos particulares que entre ellos tienen con la declaración de los nombres de los caciques que de presente an dado la paz, y de los que la tienen dada de poco tiempo a esta parte que a todos se le an leydo las provisiones porque la an dado de nuevo; 1605”, Archivo Nacional, Fondo Vicuña Mackenna, vol. 279, fs. 46-47. Horacio Zapater olvida que el sacerdote trabajó con comunidades andinas en la misión de Juli, tiempo en el que se interiorizó de sus formas de organización, cuyo modelo pretendió amoldar, en sus escritos, a los *reche-mapuches* del centro y sur de Chile.

⁹⁷ Francis Goicovich, “Mujer, socialización, tabú y relaciones intergrupales: la identidad de género en la cultura mapuche de los siglos XVI y XVII”, *Revista Derecho y Humanidades*, N° 8, Santiago, Facultad de Derecho, Universidad de Chile, 2001-02, p. 364.

⁹⁸ Al grupo de Quetalabquén hay que sumar dos “familias” más, las cuales presentan un jefe acompañado de parientes, pero sin mencionar esposas ni hijos.

⁹⁹ Al grupo de Aguigüenu hay que agregar tres “familias” más, las que presentan la misma situación anterior de un jefe acompañado de parientes, pero sin mencionar esposas ni hijos. Se debe sumar, además, el núcleo conformado por una viuda con dos hijos.

Cúga, tambien se toma por la cabeça de parientes, el que es como cacique, e indio principal.

Cúga, se toma tambien por el linaje"¹⁰⁰.

Un siglo más tarde, Andrés Febrés lo definió simplemente como "el apellido, ó linaje, ó familia"¹⁰¹.

En otras palabras, el *cüga* vendría a ser un término genérico, ya que de acuerdo a la información proporcionada por Alonso González de Nájera, los indígenas poseían "[...] linajes o descendencias, y de apellidos, porque hay casas que se nombran del sol, otras de leones, raposas, ranas y cosas semejantes, de que hay parentelas que se ayudan y favorecen en sus disensiones y bandos, y es tanto lo que se precian destos apellidos, que solo les falta usar de escudos de sus armas"¹⁰². Luis de Valdivia complementa lo señalado con una información que ha llevado a los especialistas¹⁰³ a identificar al *cüga* con un sistema de clasificación totémico:

"Demas destos parentescos tienen los Indios otro genero de parentescos de nombre que llaman *cüga* como alcuñas de sobre nombres, que ay generales en todas las prouincias desde la Concepcion adelante, asi por la costa, como por la cordillera, y todos se reduzen a veynte, que son estos Antú, Amuchi, Cacten, Calquín, Cura, Diucaco, Entuco, Glliu, Grú, Gagen, Huercuhue, Yani, Yene, Luan, Linqui, Mugu, Pagi, Qllvu, Villcun, Vúde. Y no ay Indio que no tenga algun apellido destos, que significan sol, leon, sapo, çorra, etc. Y tienense particulares respetos vnos a otros, los que son de vn nombre destos se llaman Quíne lacu"¹⁰⁴.

Los cálculos que a continuación presentamos, en que se destacan los radicales más frecuentes en la isla, se hicieron considerando todos los nombres (padres, madres, hijos y familiares) consignados en el catastro de los nativos trasladados al continente, sin restringirnos al abordaje exclusivo de los jefes de familia, como hizo Daniel Quiroz en su trabajo pionero de 1991. No está de más mencionar la dificultad que significó construir esta tabla, dado que una buena parte de los radicales aparecen abreviados (apócope), debiendo consultar diversos diccionarios que permitieron una reconstrucción fiel de los términos:

¹⁰⁰ Valdivia, *op. cit.*

¹⁰¹ Febrés, *op. cit.*, p. 469.

¹⁰² Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo de la Guerra de Chile*, Colección de Historiadores de Chile, t. 16, Santiago, Imprenta Ercilla, (1614) 1889, p. 46.

¹⁰³ Latcham, *op. cit.*; Silva, "En torno a la estructura social de los mapuches prehispánicos", *op. cit.*; Silva, "Grupos de filiación y territoriales entre los araucanos prehispánicos", *op. cit.*; Rolf Foerster y Hans Gundermann, "Acerca del nombre propio mapuche", *Nutram*, año IX, N° 31, Santiago, Centro Ecuaménico Diego de Medellín, 1993, pp. 41-58.

¹⁰⁴ Valdivia, *op. cit.*, pp. 52-53.

Grupo Hombres	de Mujeres	Quetalabquén Total	CÜGA (Número y porcentaje de representatividad)	Grupo Hombres	de Mujeres	Aguigüenu Total
6	6	12	Ñamcu: 42 (7,14%)	8	20	301
2	2	4	Pangui: 36 (6,12%)	12	20	32
9	—	9	Lafkén: 24 (4,08%)	8	7	15
1	18	19	Coñgue: 24 (4,08%)	1	4	5
7	2	9	Likán: 22 (3,74%)	4	9	13
12	—	12	Cheuke: 22 (3,74%)	6	4	10
6	5	11	Mañke: 19 (3,23%)	3	5	8
—	2	2	Nawel: 18 (3,06%)	10	6	16
7	—	7	Wenu: 18 (3,06%)	9	—	112
—	10	10	Luma: 18 (3,06%)	—	8	8
4	1	5	Pichún: 15 (2,55%)	1	9	10
3	6	9	Weke: 14 (2,38%)	—	5	5
6	—	6	Llanka: 13 (2,21%)	6	1	7
6	3	9	Leufü: 13 (2,21%)	3	1	4
8	1	9	Pillán: 12 (2,04%)	2	1	3
1	—	1	Ngëru: 12 (2,04%)	8	3	11
6	—	6	Milla: 11 (1,87%)	5	—	5
2	7	9	Fddü: 11 (1,87%)	—	2	2
—	1	1	Cau: 9 (1,53%)	3	5	8
4	—	4	Wala: 9 (1,53%)	5	—	5
—	5	5	Rayen: 9 (1,53%)	1	3	4
—	1	1	Mugo: 9 (1,53%)	—	8	8
—	—	—	Cura: 7 (1,19%)	4	2	73
1	—	1	Ldpi: 7 (1,19%)	6	—	6
2	—	2	Kéupü: 7 (1,19%)	5	—	5
3	2	5	Filu: 6 (1,02%)	—	1	1
—	4	4	Luán: 6 (1,02%)	—	2	2
2	1	3	Pdlki: 6 (1,02%)	—	3	3
2	—	2	Antü: 5 (0,85%)	2	1	3
2	—	2	Traru: 5 (0,85%)	3	—	3
—	1	1	Lemu: 5 (0,85%)	4	—	4
2	—	2	Liq: 5 (0,85%)	3	—	3
—	3	3	Collma: 5 (0,85%)	—	2	2

Una primera impresión es la abundancia de patronímicos, excediendo con creces los veinte registros del sacerdote jesuita, lo que no obsta que algunos de éstos, como es el caso de *Calquín* (águila grande), estén totalmente ausentes en la isla. Destaca, a su vez, la riqueza de términos, los cuales involucran sustantivos (mamíferos, aves, vegetales, elementos geográficos y hasta corporales, etc.), adjetivos y verbos, lo que en palabras de Fray Félix José de Augusta sería una señal de que:

“[...] se trata de una nación en estado natural, la cual vive en continuo contacto con la naturaleza y saca de ella sus ideas. Por lo tanto encontramos aquí rica colección de cuadrúpedos y pájaros, gusanos e insectos, piedras,

metales, río y mar, creciente y decreciente, bosque, árbol y flor, sol y luna, partes de cuerpo. El indio cuenta en el apellido lo que ve en la naturaleza [...]”¹⁰⁵.

Por otra parte, se observan frecuencias diferenciales en los radicales de ambas fracciones, como por ejemplo que en el primer grupo *Coñgue* (cachorro), *Ñamcu* (aguilucho) y *Cheuke* (avestruz) son los *cügas* de mayor representatividad, en tanto que en el segundo *Pangui* (puma), *Ñamcu* y *Nawel* (jaguar) son los más frecuentes. Paradójico es, también, que algunos de los radicales más representados, como es *Cheuke* (avestruz) y *Nawel* (jaguar) sean significantes de especies que habitaban al otro lado de la cordillera de los Andes, aspecto que refuerza la idea de que los mochanos guardaban estrechos vínculos con las parcialidades que se repartían en la costa del Pacífico y, a través de ellas, con las del valle central y las del pie de monte del macizo andino. De esto se colige que la falta de fuentes para su estudio puede solventarse, hasta cierto grado, con la extrapolación de la evidencia continental al contexto insular.

Pero sin lugar a dudas, la información más destacada del catastro se revela al adentrarnos en el terreno de la filiación, es decir, las relaciones por las que se transmiten los deberes, derechos y privilegios de los individuos. Como es bien sabido, el nombre de una persona suele depender de estas adscripciones basadas en la filiación¹⁰⁶. Pues bien, el estudio del documento revela que los hijos no heredan, en líneas generales, el *cüga* paterno o materno, hecho que contradeciría el planteamiento de Ricardo Latcham de una filiación matrilineal¹⁰⁷, así como la propuesta de Tomás Guevara referente a una eventual patrilinealidad¹⁰⁸. En época reciente, el etnohistoriador Osvaldo Silva concilió ambas posturas bajo el principio de la doble filiación, el cual considera que los *cügas* eran entregados por la madre a sus retoños con el fin de otorgarles un ser protector (un tótem) que los ampare e individualice al interior de los grupos patrilocales¹⁰⁹, hipótesis a la que alguna vez adherimos¹¹⁰, pero de la que ya no participamos. En efecto, el registro de isla Mocha no avala esta proposición, dado que en un universo de 243 posibilidades (número de hijas e hijos), sólo en 27 casos (11,11%) es factible reconocer una coincidencia entre el radical del padre y el de sus vástagos, mientras que en apenas tres (1,23%)

¹⁰⁵ Fray Félix José de Augusta, *¿Cómo se llaman los Araucanos?*, Valdivia, Imprenta San Francisco, 1907, p. 8.

¹⁰⁶ Marvin Harris, *Antropología Cultural*, Madrid, Alianza Editorial, (1983) 1990, p. 263.

¹⁰⁷ Latcham, *op. cit.*, p. 296; y Ricardo Latcham, “El patriarcado y el matriarcado en la América Indígena”, *Atenea*, t. XVI, N° 78, Concepción, Universidad de Concepción, agosto 1931, p. 331.

¹⁰⁸ Tomás Guevara, *Historia de Chile. Chile Prehispánico*, t. 1, Santiago, Balcells y Co., 1925, p. 299.

¹⁰⁹ Silva, “En torno a la estructura social de los mapuches prehispánicos”, *op. cit.*; Silva, “Grupos de filiación y territoriales entre los araucanos prehispánicos”, *op. cit.*

¹¹⁰ Goicovich, “Mujer, socialización, tabú y relaciones intergrupales: la identidad de género en la cultura mapuche de los siglos XVI y XVII”, *op. cit.*

la coincidencia se establece con el de la madre¹¹¹. Por el contrario, ha sido posible establecer fehacientemente que en 138 situaciones (56,79%) no existe correspondencia entre el *cüga* de los hijos con alguno de sus progenitores. Para mayor prolijidad, diremos que la equivalencia entre el radical del padre y los hijos varones se da en 21 casos, lo que representa una correspondencia del 77,77% dentro del conjunto de coincidencias entre padres e hijos ($n = 27$), mientras que en solo seis instancias dicha correspondencia se verifica con las hijas, representando un 22,22%, lo que revela un claro predominio de la adscripción de los *cügas* paternos a los retoños de sexo masculino, cuando efectivamente ocurre. En forma paralela, los *cügas* maternos presentan una baja transmisión generacional, consignándose, como ya indicamos, apenas tres casos, y éstos sólo con hijas.

El análisis estadístico no estaría completo si obviáramos los 75 casos (30,86%) en que, si bien no es posible establecer una correspondencia entre los radicales de los padres con los de los hijos, tampoco sería acertado descartarla del todo, ya que los nombres han sido "reemplazados" por términos que, en líneas generales, hacen referencia a estados etarios ya sea bajo una nomenclatura hispana ("hijo de cuna", "hija de pecho") o indígena ("*pichimall[güén]*", "*pi-chigüén*", "*pichigüenchu*"), o que simplemente aluden al sexo ("*güenchu*" para referirse a los pequeños varones, e "*ylcha*" y "*malgüén*" para las doncellas), recurriéndose incluso a verdaderas metáforas que darían cuenta de una conexión ideológica entre ciertos elementos de la naturaleza y el cosmos con un género determinado (la voz "*cuye*", que significa "luna", se aplica sólo a las mujeres, elaborándose términos verdaderamente cariñosos para referirse a las hijas, como "*cuyemall*" o "doncella de la luna"). Terminologías de este tipo se aplican casi exclusivamente a los menores de edad, asunto que guardaría una estrecha relación con la información que nos brindara Jerónimo de Bibar un siglo antes:

"Acostumbran estos indios de que nacen los hijos de ponerles nombres, y cuando son de edad de doce o quince años le ponen otro nombre, y cuando son de treinta o cuarenta años les ponen otro nombre"¹¹².

Sin embargo, es posible constatar algunos casos en que el *cüga* parece haberse aplicado tempranamente (destaca el de una niña de un año y medio perteneciente a la reducción de Quetalabquén), y otros en los que en plena adolescencia aún no ha sido transmitido, contradicción que dificulta la interpretación de la cita. Sin desconocer la muy posible existencia de varios ritos de pasaje en que los individuos experimentaban una transformación en sus nombres, las crónicas

¹¹¹ Una dificultad anexa representa el hecho que en los casos de poliginia no se individualizan las madres de los niños, por lo que a veces la relación de los *cügas* obedece a una suposición fundada en la semejanza.

¹¹² Bibar, *op. cit.*, p. 268.

y documentos nada nos dicen sobre el modo en que se llevaban a efecto. Así y todo, la tendencia estadística nos inclina a pensar que una vez otorgados los *cūgas* a los hijos, éstos habrían de manifestar una baja coincidencia con los de sus progenitores.

De esta manera, la evidencia documental parece reforzar la hipótesis de Foerster y Gundermann de que los *cūgas* se transmitían por la lógica de las generaciones alternas, vale decir, por el principio del *laku*, en que los radicales de los vástagos eran seleccionados entre los miembros de la generación de sus abuelos¹¹³: de esta manera, se iba produciendo una identidad nominal entre las nuevas generaciones y los antepasados, ya que “[...] por medio de la donación de un nombre se trata de crear una identidad entre los dos contrayentes y de este modo inscribir a los primeros en el grupo: el niño, ‘parte’ del grupo, es relacionado a otra ‘parte’ del grupo, el que con anterioridad también fue relacionado a otra, su *laku*”¹¹⁴. Un sistema tal funciona en fórmulas de intercambio patrilaterales, los que al estructurarse sobre circuitos de circulación alternos (en una generación A entrega mujeres a B, y en la siguiente B entrega mujeres a A), tienden a “[...] confundir las generaciones agrupando en la misma categoría a parientes pertenecientes a generaciones diferentes, de un lado entre los donadores, de otro entre los receptores”¹¹⁵. La reconstrucción que Louis Faron¹¹⁶ hizo de la nomenclatura de parentesco de los *reche-mapuches* a partir de los diccionarios de Luis de Valdivia, Andrés Febrés y Bernardo de Havestadt, permite afirmar que el sistema del *laku* estuvo presente durante todo el período colonial, haciéndose extensivo incluso entrado el siglo XX entre algunas comunidades apartadas.

Un modelo interpretativo como éste permite explicar no solo que existan algunos *cūgas* exclusivos para los géneros (en el catastro, los términos *wenu*, *milla*, *wala*, etc. aparecen ligados únicamente a hombres, mientras que *luma*, *mugo*, *luán*, etc. solamente a mujeres, aunque no podemos desconocer que la muestra es pequeña respecto a la realidad continental), sino también que una

¹¹³ Boccara, *op. cit.*, p. 61, también plantea esta hipótesis, aunque más tardíamente que los antropólogos chilenos y sin otorgarles el crédito de la autoría. Sin embargo, una propuesta similar y más temprana, aunque menos desarrollada, la encontramos en Guevara, *Historia de Chile. Chile Prehispánico*, *op. cit.*, p. 279, quien argumentaba que:

“En el siglo XVIII i en el pasado se daba a los hijos el nombre del padre, de algún pariente o de personas estrañas a la familia.

Así para perpetuar el recuerdo de los antepasados, se ponía a unos de los nietos el nombre del abuelo, i para conservar las tradiciones de la parentela, el padre daba a sus hijos las designaciones de sus tíos”.

¹¹⁴ Foerster y Gundermann, *op. cit.*, p. 46.

¹¹⁵ Louis Dumont, *Introducción a dos teorías de la Antropología Social*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1975, p. 119.

¹¹⁶ Louis Faron, “Araucanian Patri-Organization and the Omaha System”, *American Anthropologist*, N° 58, Menasha (Wisconsin), 1956, pp. 435-456.

pareja comparta un mismo *cūga*, como es el caso del matrimonio conformado por Guircañamcu e Yllpaiñamcu, miembros de la reducción de Quetalabquén, y padres de “una hija de pecho”. Una situación como ésta es inconcebible en los modelos de filiación presentados por Latcham y Silva, ya que al relacionar infundadamente los *cūgas* con grupos localizados de parientes sanguíneos (linajes y clanes), los atan a una inexistente incompatibilidad marital, desconociendo la posibilidad de que los *cūgas* remitan más bien a un parentesco político o ceremonial y, por tanto, de naturaleza no localizada¹¹⁷.

Un dato interesante, aunque de escasa validez estadística dado lo pequeña de la muestra, es que sobre un total de seis nietos de los jefes de familia de la reducción de Quetalabquén, dos de ellos presentan una correspondencia con los radicales de su abuelo y abuela respectivamente: en el primer caso se trata de un varón de cinco años, Talcalabquén, hijo de Guenulabquén y nieto, a su vez, de Quetalabquén; y en el segundo de una niña de siete años, Mincheray, cuya abuela lleva por nombre Callburay. De las cuatro situaciones restantes se observa que en una de ellas el *cūga* del muchacho no coincide con el de ninguno de sus antecesores (padre y abuelo), mientras que en los demás es imposible elaborar una conclusión ya que se recurre a terminologías etarias (“hijo de cuna”, “hija de pecho”).

Lamentablemente, el documento no nos habla de la relación que existía entre cada uno de los conglomerados familiares de la isla, cuál era el circuito de intercambio de bienes y mujeres tanto en las labores de cooperación económica como durante los matrimonios. Información de esta naturaleza hubiese sido de gran utilidad para dilucidar preguntas aún no resueltas en lo que se refiere a la dinámica del parentesco *reche-mapuche*.

CONCLUSIÓN

La identidad es un principio inherente a todas las culturas, el cual se manifiesta de las más variadas formas a través de múltiples medios de expresión. Del mismo modo, la identidad presenta niveles diferenciados de integración que responden a factores de naturaleza variable. Para el caso que acabamos de abordar, las potencialidades que brinda un medio insular, en el cual su condición de “relativo” aislamiento potenciaba de manera considerable los factores considerados en el análisis, se vieron notablemente mermadas por la escasez de evidencias documentales, lo que obligó a implementar una estrategia interdisciplinaria. Así y todo, son muchos los vacíos que quedan por llenar, por lo que se espera que una futura proyección de esta investigación al medio continental a que fueron trasladados los naturales, entregue pistas de las fuerzas integradoras que cohesionaban a las diversas agrupaciones otorgándoles su sello particular. Lo anterior es una primera aproximación

¹¹⁷ Boccara, *op. cit.*, p. 63.

al problema, esperando prontamente indagar en las modificaciones que sufrieron los tradicionales pilares identitarios de los mochanos en un espacio ajeno a sus prácticas tradicionales (el mundo marino), perdiendo toda ligazón con el territorio en el que descansaban los ancestros, y con los grupos continentales con los que tradicionalmente mantuvieron sus contactos sociales, políticos y económicos.

CÜGAS PRESENTES EN EL CATASTRO DE LOS NATURALES DE ISLA MOCHA
QUE FUERON TRASLADADOS AL CONTINENTE EN 1685¹¹⁸

	Luis de Valdivia (1606)	Andrés Febrés (1765)	José de Augusta (1916a-1916b)	Wilhelm de Möesbach (1944)	Esteban Erize (1960)	Juan Grau (2000-2001-2002)
Ande, Ante	<i>Antü</i> El sol y el día.	<i>Antü</i> El Sol, día, hora, tiempo, o tarea de trabajo	<i>Antü</i> El sol; día; la estación; hora del día.	<i>Antü, ante, antu, antü</i> Sol, día.	<i>Antü</i> 1) [s.] Sol. 2) Día, hora.	<i>Antu, antü, antí</i> Sol, día.
Bilu, Billcun, Guidu	<i>Bilu</i> La culebra.	<i>Vilu</i> Culebra, y las lombrices, víboras y otras cosas así.	<i>Filu</i> [s.] (<i>filu</i>) La culebra.	<i>Vilo, vilos, vilu, filu, fillu</i> Culebra, serpiente (<i>Tachymenis</i> y otras).	<i>Vilu</i> [s.] Culebra, víbora, serpiente.	<i>Filo, filu, vilo, vilu,</i> Culebra
Bud, Bude, Budo		<i>Vüdü</i> La perdiz.	<i>Födü</i> [s.] La perdiz.	<i>Budi, fudi, fedü</i> Según el cacique Pascual Coña de <i>fudi</i> : agua salada, según otros, de <i>fedü</i> : perdiz.	<i>Vüdü</i> [s.] Perdiz grande llamada marti- neta o copetona, muy común en nuestro país.	<i>Budi, fudi</i> 1) Agua salada. 2) Perdiz.
		<i>Caghe</i> Un pato, como el pato real.	<i>Kage</i> [s.] El pato cague. Su pecho es blanco, sus espal- das de color gris.	<i>Cahuel</i> El cetáceo tonina (<i>Caphalorhynchus</i>).	<i>Cague</i> [s.] Pato de pecho blanco y espalda gris. Parecido al pavo real según algunos autores; otros traducen por cisne y Zeballos lo define: ave preciosa llamada entre los indios "pata picasa".	<i>Kaghe</i> Pato (<i>Anas</i> <i>antarcticus</i>).

						Cahuel [s.] Cetáceo tonina o delfín. Zool. <i>Delphinus lunatus</i> .
Camu	Camuñun Pájaro pechi colorado.		Kamtrü [s.] El pájaro "rara" (<i>Phytotoma rara</i>). Es parecido a la loica, pero con pecho amari- lento. Sus huevos son verdes, su grito es <i>ka ka ka</i> . Hace mucho perjuicio en las habas.		Camchrü 1) [s.] Pájaro rara de amarillento pecho. Pone huevos de color verde, y su grito es <i>Cárrara</i> . 2) [Zool.] <i>Phytotoma rara</i> . Camuñun 1) [s.] Pájaro pecho colorado. 2) [Zool.] <i>Pezitis defilipii</i> (el pájaro chico) y <i>Pezitis mi- litaris</i> (el grande). 3) [sinón.] Loica.	
Cari	Carü Verde.	Carü, cari Verde color, y cosa verde no cocida.	Karü [adj.] Verde, crudo, no maduro.	Carü Verde, crudo, nuevo. Carün, carülen Ser y estar verde.	Carü 1) [adj.] Verde (color). 2) Cosa verde, no madura. 3) Cosa cruda, no cocida.	Cari, kari, Verde. Carün Estar verde, inmaduro.

Continúa en página siguiente.

¹¹⁸ En la elaboración de esta tabla, además de los diccionarios ya citados en el texto, se utilizaron los siguientes trabajos: Félix José de Augusta, *Diccionario Español – Araucano*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1916; Juan Grau, *Voces indígenas de uso común en Chile: glosario etimológico*, Santiago, Ediciones Oikos (1997) 2000; y Juan Grau, *Voces indígenas de uso común en Chile: Apellidos*, Santiago, Ediciones Oikos (1997) 2001.

	Luis de Valdivia (1606)	Andrés Febrés (1765)	José de Augusta (1916a-1916b)	Wilhelm de Möesbach (1944)	Esteban Erize (1960)	Juan Grau (2000-2001-2002)
Cau	<i>Caucan</i> Gaviota.	<i>Caucan</i> Gaviota.	<i>Kaukau</i> [s.] La gaviota grande.	<i>Caucan, cau</i> La gaviota grande (<i>Larus</i>).	<i>Caucan</i> 1) [s.] Gaviota grande o gaviota austral de dorso negro (<i>Larus</i> <i>dominicanus</i>). 2) Zool. <i>Larus</i> <i>dominicanus</i> .	<i>Caucan, kaukau</i> Gaviota grande. Se refiere especial- mente a la gaviota dominicana, <i>Larus</i> <i>dominicanus</i> .
Co, Cu	<i>Co</i> Água.	<i>Co</i> Água.	<i>Kó</i> [s.] El agua.	<i>Co</i> Água.	<i>Co</i> [s.] Agua. En algunas tribus decíase Coico.	<i>Co, ko</i> Água.
Collma		<i>Collma</i> Perdicita pequeña, y avecitas sin plumas todavía para volar.	<i>Kollman</i> [tr.] Agarrar a mano, atrapar pájaros que no pueden volar por ser nuevos o de- masiado viejos.		<i>Collma</i> [s.] Avecita que no tiene plumas aún y que no puede volar. <i>Collman</i> [tr.] Agarrar avecitas que no pueden volar aún.	
Congue, Coñ, Coñgue	<i>Coñi</i> Hijo o hija de mujer. <i>Coñin</i> Parir. <i>Coñillue</i> Nidal.	<i>Coñhue</i> Corderito, o cualquier animal recién nacido	<i>Koñün</i> 1) [n. y tr.] Parir (de animales). 2) [n.] Multiplicarse, producir, darse. <i>Koñiwe</i> [s.] Vagina.	<i>Coñi</i> Criatura, hijo, cachorro.	<i>Coñhue</i> [s.] Recién nacido.	<i>Coñi, coñu, koñi</i> Hijo, niño de pecho. <i>Coñihue</i> Cachorro, nido.

Coyam

Coyam
El roble.

Koyam
[s.] El roble chileno (*Nothofagus obliqua*).

Coyam, koyan
El roble chileno (*Nothofagus obliqua*), hualle cuando nuevo y pellín cuando tiene madera colorada.

Coyam
1) [s.] Roble. Designase como Hualle cuando es nuevo y Pellín cuando tiene ya madera colorada.
2) Árbol de grandes recursos alimenticios con sus frutos y con los hongos que se crían en sus ramas, en su corteza y hasta en las hojas que caen al suelo.
3) [bot.] *Nothofagus obliqua*.

Cura

Cura
Piedra.

Cura
Piedra.

Kura
[s.] La piedra.

Cura
Piedra, roca; frecuente símbolo (tótem) de linajes.

Cura
1) [s.] Piedra.
2) Los indígenas creían que muchas piedras, muchos peñascos, muchas rocas eran seres inanimados que llevaban en su interior el espíritu de sus antepasados transmutados así durante el Diluvio.

Cura, kura
Piedra, roca.

Continúa en página siguiente.

	Luis de Valdivia (1606)	Andrés Febrés (1765)	José de Augusta (1916a-1916b)	Wilhelm de Möesbach (1944)	Esteban Erize (1960)	Juan Grau (2000-2001-2002)
Cuy, Cuye	<i>Cüyen</i> Luna o mes.	<i>Cüyen</i> La luna, el mes.	<i>Küyen</i> [s.] La luna, el mes. <i>Küyen'n</i> [n.] Ser de un mes.		<i>Cüyen</i> 1) [s.] Luna. 2) Mes. 3) El indígena contaba el tiempo por lunas.	<i>Cuyén, küyen</i> La luna, el mes.
Cheuque		<i>Cheuque</i> El avestruz.	<i>Choike</i> [s.] El avestruz.	<i>Cheuque, choique</i> Avestruz (<i>Rhea ame- ricana</i>). A pesar de no haber perteneci- do nunca a la fauna chilena, su nombre se encuentra con bastante frecuencia tanto en apellidos araucanos como en la toponimia chilena, prueba segura de la pene- tración de grupos étnicos argenti- nos al territorio nacional. En Chile también nombre vulgar del flamen- co (<i>Phoenicophorus</i> <i>ignipalliatu</i> s).	<i>Cheuque</i> 1) [s.] Avestruz. 2) Los pampas decían <i>Choique</i> y los rancülches <i>Chaique</i> . 3) En ciertas zonas de Chile, <i>Cheuque</i> es nombre vulgar del flamenco.	<i>Cheuque, cheuke</i> Ñandú. Avestruz americana, <i>Rea sp.</i>
Dallca		<i>Dallca</i> Balsa.		<i>Dallca</i> Balsa, piragua.	<i>Dalca, dallca</i> [s.] Piragua. Embarcación primitiva de los mapuches cos- teros, hecha de tablones o	<i>Dalca, dallka</i> Lancha, piragua, balsa.

					troncos atados fuertemente con sogas de lianas.	
Dima (?)					<i>Dimañ</i> [s.] Marisco conocido por chanchito de mar.	
Guala	<i>Huaccha</i> Pato.	<i>Huala</i> Unos patitos.	<i>Wala</i> [s.] Ave acuática zambullidora, conocida con el nombre de guala o huala (Augusta 244)	<i>Guala, gualas, huala</i> Ave acuática, el pato huala (<i>Podiceps aechomophorus</i>); en las leyendas del lago de los ensueños, Budi, es la transformación de una niña mapuche, robada por el <i>shompalhue</i> , dueño del lago.	<i>Huala</i> 1) [s.] Ave acuática zambullidora especie de pato macá. 2) Zool. <i>Podiceps dechomophorus</i> .	<i>Huala, wala</i> Patitos. Pato zambullidor de la familia podicipedidae, <i>Podiceps major</i> .
Guampu	<i>Huampu</i> Barco o navío.	<i>Huanpu</i> Cualquiera embarcación.	<i>Wampo, wampu</i> [s.] La canoa.	<i>Huampu</i> Tronco ahuecado para embarcación, canoa.	<i>Huampu, huampo</i> 1) [s.] Canoa, embarcación indígena de tronco ahuecado. Voz españolizada como <i>Guampo</i> . Se aplicó luego a cualquier embarcación. 2) <i>Huampu</i> llaman también los mapuches trascordilleranos al cajón mortuario, al ataúd, al féretro en el cual colocan el cadáver para enterrarlo. Se construye con	<i>Wampo</i> Embarcación.

Continúa en página siguiente

Continúa en página siguiente.

	Luis de Valdivia (1606)	Andrés Febrés (1765)	José de Augusta (1916a-1916b)	Wilhelm de Möesbach (1944)	Esteban Erize (1960)	Juan Grau (2000-2001-2002)
Guampu					un grueso tronco de árbol partido a lo largo por la mitad. Ahuecadas cada una de estas partes en forma de canoa (de ahí su nombre) se coloca el cadáver en uno y la otra se coloca como tapa.	
Guaquiñ, Guayqui	<i>Huayqui</i> Lanza.	<i>Huayqui</i> Lanza. <i>Huaquiñ</i> (?) Pellejos en que duermen.	<i>Waiki</i> [s.] El aguijón, la punta de la lanza.	<i>Huaiqui</i> Aguijón, punta de lanza, lanza.	<i>Huaiqui</i> 1) [s.] Moharra, aguijón, punta de lanza. 2) Lanza. <i>Huaiquin, huaquiñ</i> (?) [s.] Cueros que sirven de cama.	<i>Waiqui</i> Lanza. <i>Huaiquin, wakeñ</i> (?) Ruido, gritería, bullicio.
Guechun	<i>Huechun</i> Pua, o punta.	<i>Huechun</i> Arriba, o hacia arriba de lugar, y distancia, o la punta, y remate de cualquiera cosa.	<i>Wechun</i> [s. y pref. de sustantivos] Punta, extremidad, cumbre, esquina.	<i>Huechu, huechun</i> Encima, arriba de, punta, cumbre, extremo.	<i>Huechun</i> 1) [intr. y tr.] Llegar a la meta. 2) Medrar, acrecentar, ganar. <i>Huechuntu</i> 1) [s.] El punto más alto, más encumbrado. 2) Extremidad, extremo.	<i>Huechu, huechun, wechu</i> Cumbre, punta, parte superior, arriba, en lo alto.

Gueicu		<i>Hueyc</i> Ciénego, o charco de agua.	<i>Wé kó</i> Agua fresca.	<i>Guaico, hueico,</i> <i>hueyc</i> Charco, lagunita.	<i>Hueico</i> [s.] Charco, pantano, lodazal, ciénaga.	<i>Hueico, weyko</i> Charco, laguna.
Guenu, Guenu	<i>Huenu</i> Arriba.	<i>Huenu</i> Arriba.	<i>Wenu</i> 1) [adv.] Arriba, en alto. 2) [s.] El cielo, tiempo, clima.	<i>Huenu</i> Alto, lo alto; firma- mento, cielo; clima, tiempo.	<i>Huenu</i> 1) [adv.] Arriba. 2) [s.] Cielo, firmamento.	<i>Huenu, wenu, güenu</i> Alto, lo alto, firma- mento, clima, cielo, tiempo.
Gueque	<i>Hueque</i> Carnero.	<i>Hueque,</i> <i>chillihueque</i> Los carneros de la tierra, que tenían.	<i>Weke</i> 1) [s.] En el len- guaje de machi cualquiera oveja, cordero o borrega; el carnero; el vellón. 2) [adj.] Lanudo.	<i>Hueque, huequi</i> El "carnero de la tierra" (<i>Auchenia</i> <i>guanaco</i> o <i>A. llama</i>) el llama o guanaco (id. a <i>luan</i> , <i>chilihue-</i> <i>que</i> y <i>llama</i>) ¹¹⁹ .	<i>Hueque</i> [s.] "Los carneros de la tierra que tenían", traducen los autores: trátase de los auchénidos en general: llamas, vicuñas, guanacos o alpacas ¹²⁰ .	<i>Hueque, weque</i> Auquénido sil- vestre. También se llamaba <i>luan</i> ⁶ . Guanaco ¹²¹ .

¹¹⁹ El Padre Ernesto Wilhelm de Moesbach comete un error al confundir al *hueque* (llama) con el *luan* (guanaco).

¹²⁰ Es dudoso que los *reche-mapuches* hayan tenido un término para nominar a especies que ni siquiera conocían, como fue el caso de la vicuña, oriunda de latitudes más septentrionales y restringida al sector altiplánico.

¹²¹ El Doctor Juan Grau comete un error al confundir al *hueque* (llama) con el *luan* (guanaco).

	Luis de Valdivia (1606)	Andrés Febrés (1765)	José de Augusta (1916a-1916b)	Wilhelm de Möesbach (1944)	Esteban Erize (1960)	Juan Grau (2000-2001-2002)
Gueri, Guire, Guidi, Guiri, Ñim (?), Quina, Quini	<i>Grù</i> Zorra mediana.	<i>Gürü</i> Zorra mediana.	← <i>Šrū</i> [s.] El zorro y la zorra.	<i>Ngërü</i> Zorro. <i>Ñirre, ñire</i> (?) Nirre designa dife- rentes arbustos que forman matorrales (nidos del zorro) en la cordillera alta, así ñipas, micha- yes y el ñirre en especie (<i>Nothofagus</i> <i>pumilio</i>).	<i>Ngürü</i> [s.] Zorro. <i>Ñire</i> (?) 1) [s.] Nombre de dos árboles de la Cordillera: el <i>Nothofagus pumi-</i> <i>lio</i> , de imponente estatura, que crece en lugares pantanosos, y el <i>Nothofagus</i> <i>antártica</i> , especie de pequeña haya que crece en montaña cerca de las nieves. 2) Zorro. Expresión hui- liche argentino moderno.	<i>Ngëru, ñeru</i> Zorro. Cualquiera de las especies de zorro. <i>Ñire, ñirre</i> (?) Hualo. Nombre común de varias especies de árboles y arbustos.
Guili, Guñ		<i>Hullin, ghüyllin</i> Nutria, animal anfíbio.	<i>Williñ</i> [s.] La nutria (cuadrúpedo, <i>Lutra Huidobria</i>).	<i>Huillin, huilliñ</i> La nutria (<i>Lutra</i> <i>huidobria</i>).	<i>Huillin</i> 1) [s.] Nutria, animal de apre- ciada piel. 2) Zool. <i>Lutra pro-</i> <i>vocax</i> de los lagos y <i>Lutra felina</i> de los canales fueguinos.	<i>Huillin, williñ</i> Nutria. Nutria de rio, <i>Lutra provocax</i> .

Lab, Labquen	<i>Labquen</i> La mar.	<i>Lavquen</i> El mar.	<i>Lafken, lafn</i> [s.] Mar o lago.	<i>Lafn</i> Ser plano, extendido.	<i>Lavquen</i> [s.] Mar, lago, laguna.	<i>Lafquén, lauquén, lafn</i> El mar o un lago.
				<i>Lafquén, lavquén, lauquén</i> Planicie, mar, lago.		
Lame	<i>Lame</i> Lobo chiquito.	<i>Lame</i> Lobo marino.	<i>Lame</i> [s.] El lobo marino (<i>Otaria</i> <i>marina</i>).	<i>Lame</i> Lobo marino (<i>Otaria marina</i>).	<i>Lame</i> [s.] Lobo marino muy apreciado por el indio por su grasa y por su cuero más fuerte y duro que el del toro.	<i>Lame</i> Lobo marino. <i>Otaria flavescens</i> y otras especies de otáridos o lobos de mar.
Lembo, Lemu	<i>Lemo</i> Monte de arboleda.	<i>Lemu</i> Bosque.	<i>Lemu</i> [s.] Selva.	<i>Lemu</i> Bosque, selva.	<i>Lemu</i> [s.] Bosque, selva, monte.	<i>Lemu</i> Bosque, selva.
Leubu, Leubo, Lleubu	<i>Leuvú</i> Río.	<i>Leuvu</i> El río.	<i>Leufü</i> [s.] El río; lago angosto que desagua en un río, como el lago de Budi.	<i>Leufu, leufü</i> Río, estero, estuario.	<i>Leuvü</i> [s.] Río, arroyo, agua corriente (no estancada).	<i>Lebu, lebo, leufü, leo, leu</i> Río, estero.

Continúa en página siguiente.

Luis de Valdivia (1606)	Andrés Febrés (1765)	José de Augusta (1916a-1916b)	Wilhelm de Möesbach (1944)	Esteban Erize (1960)	Juan Grau (2000-2001-2002)
<i>Lican</i> Una piedra de estima como cristal de indios.	<i>Lican</i> Una piedrecita blanca como cristal, que estiman mucho los Machis, y de ordinario todos ellos le ponen el nombre de <i>lican</i> .	<i>Likan</i> [s.] Ciertas pie- drecitas (como porfirio negro) muy apreciadas por las machis y que llevan consi- go pulidas; según dicen los indige- nas, los arrojan los volcanes.	<i>Licán, lican</i> Piedrecitas muy estimadas de color blanco, transpa- rentes, de cuarzo (sílice) cristalizado; bien duro.	<i>Lican</i> 1) Piedras de pedernal que los Machi usaban en sus operacio- nes y a las que atribuían poderes misteriosos; las más apreciadas eran pequeñas, redon- das y jaspeadas. Creían que los Lican provienen de los volcanes. 2) Un Lican encontrado en un bosque tiene virtudes especia- les para curación de enfermeda- des debidas a la apropiación por alguna persona de parcelas cor- porales de otra (cabello, saliva, sangre, sudor, uñas, aliento). 3) En tiempos an- tigos con Lican se confeccionaban puntas de lanza y puntas de flecha. 4) Cierta plato de barro.	<i>Licán, lican</i> Piedrecitas trans- parentes de cuarzo.
Lican, Licanui					

Lien	<i>Lien</i> Plata.	<i>Lighen</i> La plata.	<i>Liq</i> 1) [adj.] Blanco. 2) [adv.] Claro (de colores).	<i>Liq</i> Blanco. <i>Lién, liquén</i> Ser blanco.	<i>Lien</i> [s.] Plata (metal).	<i>Lien, liqen, ling, liken</i> Plata, plateado.
			<i>Liqen</i> [f.] Plata. <i>Liqn</i> [n.] Ser blanco.	<i>Liqen</i> Blancura; plata (metal).		
Lipi, Lebi	<i>Lpi</i> Pluma.	<i>Lipi, lüpi</i> La pluma.	<i>Löpi, lüpi</i> [s.] Las plumas mayores del ave, pena.	<i>Lepe, läpi, lipi</i> Plumas grandes de las aves, penas.	<i>Lipi, lüpi</i> [s.] Pluma.	<i>Lepe, lepi, lüpi</i> Pluma grande y también pena.
Luan, Luam	<i>Luan</i> Venados del campo.	<i>Luan</i> Guanaco.	<i>Luan</i> [s.] El guanaco.	<i>Luán, loan, lluan, lluan</i> El "carnero de la tierra", domesticado en el norte de Chile en tiempo de la conquista, en mapuche llamado además <i>hueque</i> y (por los españoles) <i>chilihueque</i> (<i>Auchenia</i> llama o <i>Lama guanaco</i>), el llama o guanaco.	<i>Luan</i> [s.] Guanaco.	<i>Luan</i> Guanaco.

Continúa en página siguiente.

	Luis de Valdivia (1606)	Andrés Febrés (1765)	José de Augusta (1916a-1916b)	Wilhelm de Möesbach (1944)	Esteban Erize (1960)	Juan Grau (2000-2001-2002)
Luma, Lluma		<i>Luma</i> Una madera muy dura.	<i>Luma</i> La luma (árbol, <i>Myrtus luma</i>).	<i>Luma</i> Árbol mirtáceo de madera en extremo resistente (<i>Myrtus</i> <i>lumae</i>). Y un fruto comestible (aunque no muy sabroso), el cauchahue.	<i>Luma</i> 1) [s.] Árbol mir- táceo de madera dura y resistente a la humedad. Lo empleaban para confeccio- nar utensilios de toda clase: platos, cucharas, cachiporras, mazos de guerra y arados rudi- mentarios. Sus hojas restregadas dan perfume de ananás, su fruto es una baya negra llamada Cauchao o Cauchahue, es comestible y servía para con- feccionar chicha. 2) Medicina estomacal.	<i>Luma, lluma</i> Árbol de madera muy dura.
Llanca	<i>Llanca</i> Unas piedras verdes, que los indios estiman.	<i>Llanca</i> Unas piedras verdes, que estiman mucho, con que pagan las muertes, y se toma por otras cuales- quiera pagas de muertes.	<i>Llanca</i> [s.] Una cha- quira grande, gruesa, verde, maciza, que los indios usaban antiguamente.	<i>Llanca</i> Piedrecitas co- brizas, de color verde-azulejo (de carbonato na- tural de cobre o malaquita), muy es- timadas antes para pagas y adornos. No faltaban, ni	<i>Llanca</i> [s.] Piedras horadadas, muy estimadas por los antiguos mapuches para pagos y adornos. Los Machi las em- pleaban con otras piedras en	<i>Llanca, llanka</i> 1) Piedras verdes. Mineral de cobre de color verde azulino. 2) Piedras gemas de distintos colores perforadas que servían como col- gantes y para

			faltan, juntas con licanes, en el cultrún (tambor) de la machi. Mezcladas con cuentas de vidrio se llaman chaquiras.	el interior de sus Culchrun o tamborines. Las Llanca mezcladas con cuentas de vidrio se denominan chaquiras.	pagar deudas. Estos collares de llanca se enterraban a menudo con los difuntos.
Llante		Lante = Pintra [s.] La yerba sietevenas (V. <i>pilluñiweke</i>).	<i>Pilluñiweke</i> [s.] La yerba sietevenas (lit. vellón o carnero del <i>pillu</i>). Su savia se aplica a las heridas.	<i>Pilluñihueque</i> [s.] Hierba conocida por siete venas o hierba llantén cuta savia se aplicaba para curación de heridas. Llamada también <i>Pinchra</i> .	
Llu (Chilla), Nu		<i>Lun</i> [s.] El árbol lun (<i>Escallonia spec.</i>). <i>Chillium</i> [s.] Cierta planta. Bot. <i>Nertera depressa</i> .	<i>Lun</i> Nombre vulgar de diversos arbutos (<i>Escallonia</i>), muy frecuentes, llamados también siete camisas, ñipas, corontillas y madroños.	<i>Lun</i> 1) [s.] Nombre vulgar de varios arbutos frecuentemente llamados siete camisas, ñipas, corontillos y madroños. 2) Med. Aplicábanse en casos de úlceras y llagas bucales. 3) Bot. <i>Escallonia Spec.</i> <i>Chillium</i> 1) [s.] Planta conocida vulgarmente por "comida de la culebra" empleada para curación	<i>Lun, Llun</i> Arbusto medicinal. Varias especies de plantas de la familia de las saxifragaceas de tronco y ramas hirsutas y flores blancas con olor a miel, llamadas vulgarmente corontilla, ñipa, siete camisas, etc., como la <i>Escallonia resoluta</i> y otras del mismo género de escaloniáceas.

Continúa en página siguiente.

	Luis de Valdivia (1606)	Andrés Febrés (1765)	José de Augusta (1916a-1916b)	Wilhelm de Möesbach (1944)	Esteban Erize (1960)	Juan Grau (2000-2001-2002)
Llu (Chillu), Nu					de llagas y de úlceras. 2) [bot.] <i>Nertera depressa</i> .	
Maguida, Madeuia	<i>Mahuyda</i> Cerro.	<i>Mahuida</i> Montaña, cerro.	<i>Mawida</i> [s.] Monte, montaña; selva, bosque; árbol.	<i>Mahuida</i> Montaña, monte, selva, bosque.	<i>Mahuida</i> [s.] Sierra, montaña.	<i>Mahuida, mawida</i> Montaña, monte, selva, cerro.
Manque, Mañque, Mante, Meu		<i>Mañque</i> Buitre o condo- ro [sic].	<i>Mañke</i> [s.] El cóndor (ave de rapiña, <i>Sarcorrhampus gryphus</i>).	<i>Manque, mañque</i> El buitre más grande que se conoce, palabra casi desplazada por la voz que- chua de cóndor (<i>Sarcorrhampus gryphus</i>), ave de rapiña que, pare- da con el huemul, sostiene el Escudo de Armas de Chile.	<i>Mañque</i> [s.] El buitre andino de mayor talla, conocido mundialmente bajo el nombre de Cóndor, voz quechua.	<i>Manque, mañke</i> Ave heráldica, más conocida por el nombre quechua Cóndor.
Milla	<i>Milla</i> Oro, o dinero en oro.	<i>Milla</i> El oro.	<i>Milla</i> [s.] El oro.	<i>Milla</i> Oro. <i>Millan</i> De oro.	<i>Milla</i> [s.] Oro.	<i>Milla</i> Oro.
Mugo, Mugu		<i>Mugu</i> El cochayuyo.	<i>Mδe-o, mδe-u</i> [s.] La mata de cochayuyo.		<i>Mùngo, mùngu,</i> <i>mùno</i> [s.] Mata de planta marina conocida por cochayuyo.	

Naguel	<i>Nahuel</i> Tigre.	<i>Nahuel</i> El tigre.	<i>Nawel</i> 1) [s.] El tigre. 2) [adj.] Rayado como tigre.	<i>Nahuel</i> Tigre (<i>Felis onca</i>).	<i>Nahuel</i> [s.] Tigre, señor indiscutible de las selvas y pajonales argentinos, muy abundante antes de la Conquista del Desierto. Los indios le tenían un respeto casi reli- gioso y lo llamaban Vutahuenchru (hombre grande).	<i>Nahuel, nawel</i> Tigre. Nombre del mayor felino de América, jaguar o tigre america- no, <i>Pantera onca</i> . Existente en Chile en tiempos prehispánicos.
Napun	<i>Namon</i> Pie.	<i>Napun</i> El pie.	<i>Napun</i> [s.] El pie, la pata.	<i>Napun</i> Pie, pata.	<i>Napun, namon</i> 1) [s.] Pie (Anat.). Era una de las medidas lineales mapuches. 2) Pata.	<i>Namún, namun</i> Pie, pata
Necul	<i>Neculcavoe</i> Corredor.	<i>Necul</i> Apriesa [sic], a carrera, velozmente, o carrera, veloci- dad.	<i>Nekul</i> [adj.] Pronto, ligero, corredor.	<i>Necul</i> Veloz, correr ligero; carre- ra, palabra que integra numerosos apellidos.	<i>Necul</i> 1) [adj.] Pronto, ligero, veloz. 2) [s.] Carrera. 3) Velocidad.	<i>Necul, nekul</i> Rápido, veloz, co- rredor, carrera.
	<i>Neculyaun</i> Ir corriendo.					
	<i>Neculmen</i> Hechar a huir.					
	<i>Neculin</i> Correr.					

Continúa en página siguiente.

	Luis de Valdivia (1606)	Andrés Febrés (1765)	José de Augusta (1916a-1916b)	Wilhelm de Möesbach (1944)	Esteban Erize (1960)	Juan Grau (2000-2001-2002)
Namcu, N̄ad, Nar, Macho	<i>N̄amco</i> Un género de águilas.	<i>N̄amcu</i> Águila pequeña.	<i>N̄amku</i> [s.] Águila de porte algo mayor que el traro, con el pecho blanco y las espaldas pardas (el "agui- lucho", <i>Buteo</i> <i>erythronotus</i>).	<i>N̄amcu, nanco,</i> <i>n̄ancos, n̄ango</i> Águila pequeña, aguilucho (<i>Buteo</i> <i>erythronotus</i>); más conocido y popular que el águila grande.	<i>N̄amcu</i> [s.] Aguilucho o águila menor de pecho blanco, de espaldas pardas.	<i>N̄ancu, nanco,</i> <i>n̄amku</i> 1) Águila pequeña. Alguna de las dos especies de aguilu- cho, <i>Buteo polyosoma</i> y <i>Buteo ventralis</i> . 2) Nombre de algunas plantas medicinales.
Pagui	<i>Pagui</i> León.	<i>Pagi</i> León de por acá, que es como leopardo.	<i>Pa←i</i> [s.] Puma.	<i>Pangui</i> León de Chile (<i>Felis</i> <i>concolor</i>); entre los puelches llamado <i>trapial</i> ; casi reem- plazado por la voz quechua puma.	<i>Pangui</i> [s.] Puma de pelo rojizo.	<i>Pangui</i> Puma. León ameri- cano, más conocido por puma.
Pi, Pichum, Pichun, Pu, Puchun	<i>Pichun</i> Plumas de ave.	<i>Pichuñ</i> Plumitas pe- queñas de las aves.	<i>Pichuñ</i> [s.] La pluma (de aves).		<i>Pichuñ</i> [s.] Plumas chicas de ave.	<i>Pichun, picchun</i> Pluma.
Pilgui, Pilqui		<i>Pülqui</i> La flecha, y también un hueso, o mano, o cabeza de Español, o una flechita, que se envían de mano en mano los Cones, o Confidentes,	<i>Pölki</i> [s.] La flecha, saeta.	<i>Pülqui</i> Saeta, flecha.	<i>Pülqui, pülqui</i> [s.] Flecha, saeta.	<i>Pulqui, pelqui, pülki</i> Flecha, saeta.

cuando se quieren alzar, y el que la recibe consiente en el alzamiento, y el que no, no consiente.

Pillañ, pillan
Llaman al Diablo, o a una causa superior, que dicen hace los truenos, rayos, relámpagos, y reventazones de volcanes, y a estos mismos efectos también llaman *Pillañ*.

Pillañ, pillan
[s.] Cualquier volcán. Un medio-dios de cuyo favor depende la productividad de los campos y de los seres animales y que da a conocer su cólera en todos los fenómenos ígneos que tienen relación real o imaginaria con los volcanes, mientras que los indios de la costa le atribuyen más bien las avenidas de los ríos, salidas del mar u otras calamidades; mas hay que notar que tal superstición es hoy día sostenida solamente por las machis y por los indios viejos, quienes en el *pillañ* ven aún el dios especial de los araucanos.

Pellü-am, pëllü-an, Pillán
Alma, más bien espíritu del difunto.

Pellü
Alma, espíritu humano, llegado a su estado (y lugar) definitivo.

Am
Alma, espíritu humano mientras que está todavía alrededor de su cadáver, tumba o familia; espíritu de recién muerto.

Pillañ
[s.] Alma o más bien espíritu del difunto.

Pillán, pëllü-am
1) Alma. Espíritu recién desprendido del cadáver. Antepasado.
2) Alma de los muertos.
3) Diablo.
4) Fenómenos atmosféricos como truenos, relámpagos, huracanes.
5) Volcán.

	Luis de Valdivia (1606)	Andrés Febrés (1765)	José de Augusta (1916a-1916b)	Wilhelm de Möesbach (1944)	Esteban Erize (1960)	Juan Grau (2000-2001-2002)
Pi, Pillan			Según el P. de Rosales, se llamaba en su tiempo <i>pillañes</i> a todos los guerreros muertos, tanto indios como españoles, a quienes suponían continuar sus guerras en los aires, y era <i>pillañ</i> en su origen el nombre de un antepasado insigne y muy antiguo de los araucanos.			
Queupu	<i>Queupu</i> Lanceta de piedra para sangrar los indios.	<i>Queupü</i> Una piedra negra como pedernal, con que se sangran.	<i>Kéupü</i> [s.] Piedra negra, como pedernal que antes servía para hachas. Dicen que cae de arriba con los rayos.	<i>Queupu, queupü</i> Mineral de base silícea, pedernal negro, piedra de chispas, obsidiana; por su extrema dureza usado antiguamente para objetos cortantes, especialmente hachas (toqui) y puntas de lanzas.	<i>Queupü</i> 1) [s.] Pedernal. 2) Piedra negra, de base silícea, más dura que el <i>Lican</i> , que según creencia antigua cae del cielo con los rayos. Se hacían con ella objetos cortantes como lancetas para efectuar sangrías, y hachas. Servía también de pedernal de chispa para producir fuego. Para pedir lluvia, men-	<i>Queupu, keupü</i> Piedra dura, pedernal. También se llamaba <i>malin</i> , piedra silícea; puede corresponder a varias rocas y minerales, como el basalto, el pedernal o piedra de la chispa, hasta quizá la obsidiana. Se describe como negra u oscura, que se utilizaba para hacer las hachas, tanto de guerra, como simbólicas.

Quintuy (?)

					ciona Guevara, hacían con ella una ceremonia derramando algunas gotas de agua en una de las caras del <i>Quepü</i> .	
	<i>Quintun</i> Mirar.	<i>Quintun</i> Buscar, mirar y cuidar.	<i>Kintun</i> [tr.] Buscar, también para la pelea; mirar.		<i>Quintuiaun</i> 1) [intr.] Andar mirando. 2) [tr.] Examinar con la vista.	<i>Quintu, kintü</i> Buscar, mirar, admirar.
	<i>Quintuyaun</i> Andar mirando.				<i>Quintun</i> 1) Buscar, investigar. 2) Mirar.	
					<i>Quintunien</i> 1) [tr.] Cuidar, vigilar. 2) Tener a cargo.	
Ray, Ruy	<i>Rayün</i> Florecer.	<i>Rayghen, rayün</i> Flor de los árboles.	<i>Rayen, rayün</i> [s.] La flor.	<i>Rayün, rain</i> Florecer. <i>Rayén</i> La flor.	<i>Rayén</i> [s.] Flor.	<i>Rayén, rayen</i> Flor.
Reu, Rumey	<i>Reun</i> Ondear el agua, o hacer olas.	<i>Reu, reuma</i> Olas del río, o el ruido que hace.	<i>Reu</i> [s.] La ola, resaca. <i>Reu</i> ← <i>ei</i> [v.g.] Hay olas. <i>Reu</i> ← <i>en</i> [n.] Tener olas, estar agitado.	<i>Reu</i> Ola, estruendo del agua tormentosa. <i>Men</i> Ir, pasar. Correr con mucho ruido el agua.	<i>Reu</i> [s.] Ola y también resaca. <i>Reuma</i> [s.] Ola, oleaje. <i>Reu nguen</i> [intr.] Haber oleaje.	<i>Reu</i> Ola, oleaje.

Continúa en página siguiente.

	Luis de Valdivia (1606)	Andrés Febrés (1765)	José de Augusta (1916a-1916b)	Wilhelm de Möesbach (1944)	Esteban Erize (1960)	Juan Grau (2000-2001-2002)
Taro		<i>Tharu</i> El taro, ave de rapiña bien conocida.	<i>Traru</i> [s.] El traro, ave de rapiña (<i>Polyborus trarus</i>).	<i>Traro, traru</i> Ave de rapiña (<i>Polyborus traru</i>), el traro.		<i>Traro, traru</i> Ave de rapiña. Se refiere al traro, ca- ranca o carancho, <i>Poliborus traru</i> .
Tipay, Tripay	<i>Tipan</i> Salir.	<i>Thipan</i> Salir en gene- ral, partir de algún lugar.	<i>Tripan</i> Salir, ir afuera.	<i>Thipai, tripai</i> Tercera persona de <i>tripan</i> : salió.	<i>Chripan</i> 1) [intr.] Salir. 2) Partir de algún lugar. 3) Tomar posturas.	<i>Tripai</i> Salir.
Turev, Tunar		<i>Thureu</i> Un pájaro.	<i>Trureu</i> [s.] Cierta pájaro. Es parte constitutiva de unos apellidos, como <i>Inantrureu</i> , <i>Ie-aitrureu</i> , <i>Leftirureu</i> , <i>Pichuñtrureu</i> y otros más.	<i>Tureu, trureu</i> Pajarillo de este nombre (<i>Upucerthia</i>), el churrete.		<i>Tureu, trureu</i> Pájaro churrete. Pájaro costero de 22 cm que habita el litoral de Chile [...] Este pájaro fue muy considerado por los mapuches, in- tegrando múltiples patronimias como linaje, es decir, la segunda parte del apellido.
Umper (?)					<i>Umpüll</i> [s.] Ola ya alta pero que todavía no espuma.	
Yageñ	<i>Llallegn</i> (?) Araña ordinaria. <i>Llalleñ</i> (?) Telaraña.	<i>Llahueñ</i> La frutilla del campo no cultivada.	<i>Llaweñ</i> [s. ant.] La frutilla (<i>Fragaria chilensis</i>).	<i>Llaguen, llahuin</i> La frutilla chilena (<i>Fragaria chilensis</i>).	<i>Llahueñ</i> [s.] Frutilla silvestre.	

sis), en su estado silvestre (la cultivada suelen llamar *quelleñ*).

	<i>Yecu</i> Unos patos negros, que llamamos cuervos.	<i>Yeku</i> [s.] Ave negra, vulgarmente "cuervo" (<i>Phalacrocorax brazilianus</i>).	<i>Yeco, yecu</i> Pato negro (<i>Phalacrocorax</i>), el "cuervo", cormorán.	<i>Yecu</i> [s.] Ave negra, semipato, semicuervo. Se le da los nombres de pato yeco, pato del diablo o cuervo del diablo. Zool. <i>Phalacrocorax brazilianus</i> o <i>Ibis falcinellus</i> (ambos según Reed) o <i>Graculus brasilianus</i> (según Gay).	<i>Yeco, yeku</i> Cuervo marino. Ave zambullidora de la familia de las pelecaníidas, llamado "pato yeco", "pato del diablo" o "cormorán negro", <i>Phalacrocorax olivaceus</i>.
Yene	<i>Yene</i> La ballena grande.	<i>Yene</i> [s.] La ballena.		<i>Yene</i> 1) [s.] Ballena grande. 2) Zool. <i>Balaena australis</i>.	<i>Yene</i> Ballena grande. Se refiere a la "ballena franca del sur", <i>Eubalaena australis</i>.

ENTREVISTAS

Jaime Valdivieso, integrante de la mitológica generación del 50, es un personaje atípico de nuestra literatura. Características de su obra son la búsqueda y la expresión múltiple y la pugna con la tradición congelada y opresiva. Una carrera académica en la docencia universitaria en Chile y en el extranjero pero no la considera lo central de su vida. Desde hace más de cincuenta años su pasión obsesiva ha sido la literatura. Cuento, novela, poesía y ensayo han sido sus instrumentos. Parece querer penetrar lo impenetrable, llegar hasta lo que no se puede alcanzar y por eso se interna en los misterios que cada uno esconde y se detiene asombrado frente a la naturaleza inexplicable y despiadada. Lo abruman los atropellos y crueldades de la sociedad y las enfrenta por consideraciones más éticas que políticas. Asumidamente mestizo lo intriga el ser latinoamericano y busca puentes y conexiones con el mundo indígena. Ha hecho un aporte real al desarrollo de la multiculturalidad con su acercamiento a lo mapuche. Su vida ha estado marcada por el desajuste. De familia acomodada y aristocrática evadió las profesiones tradicionales y prefirió ser profesor de castellano. No le fue fácil. Debíó romper ataduras hasta convertirse en "oveja negra", en uno de los chilenos que ha roto con su clase y con ello con la hipocresía, la comodidad, la riqueza y el poder. En su obra aparece la pugna permanente entre el instinto y la razón, entre la luz y la tiniebla que cambian permanentemente de posición, y que irrumpen de súbito en el campo contrario.

No abandona la lucha aunque parece no esperar éxitos ni victorias. La inquietud y el ansia están en su naturaleza como los demonios, los que lo asedian a veces.

H. S.: *Usted es de los pocos escritores chilenos que ha publicado en diversos géneros, poesía, novela, cuento y ensayo. ¿En cuál se siente más cómodo y por qué no figura el teatro?*

J. V.: Es una pregunta que me suelen hacer. Una vez que comienzo a escribir en cualesquiera de los géneros mencionados, me apasiono y sigo adelante. Sin querer ser pedante creo que en todos funciono, cosa que no es corriente. Y si no he cultivado el teatro es porque no se me ha dado, lo que significa que es un género ajeno a mi habitualidad, aunque es apasionante.

H. S.: *¿Qué circunstancia lo han llevado a escribir y a seguir escribiendo hasta enterar más de treinta libros?*

J. V.: Me siento interpretado por lo que dice Jean Paul Sartre en su libro *Las palabras*, donde cuenta que comenzó a escribir para sentirse alguien, para ocupar un lugar en esta tierra y porque además se consideraba feo. Esta última parte me la salto, porque yo no me he considerado nunca feo, pero sí sentí muy fuerte y por eso comencé a escribir, la sensación de que en mi casa no me consideraban, y yo igualmente quería ser alguien. Pero hay algo más, al nivel inconsciente que fue igualmente determinante, la experiencia súbita mientras estudiaba el primero medio, de la magia, de la taumaturgia del lenguaje en

una página que nos leía el profesor de castellano de *El socio* de Genaro Prieto; “cuando salió a la calle una leve llovizna le azotaba el rostro”, la metáfora, la igualdad entre dos objetos distintos, azote y llovizna me pareció insólitamente atrayente y allí quedó en mi mente.

H. S.: *¿Qué autores han sido sus mayores influencias?*

J. V.: En la novela, Roger Martin du Gard, *Los Tibeault* Proust, Faulkner y el gran Manuel Rojas; en poesía, el monstruo de Neruda, sobre todo en sus poemas de amor; en el cuento, Borges y Cortázar; en el ensayo, Ortega y Gasset, Ernst Jünger, Thomas Mann.

H. S.: *Entre sus novelas figura una de horror gótico, la primera en Chile, ya que las de Braulio Arenas dejan afuera el elemento horror. ¿Qué lo llevó a escribir esta novela?*

J. V.: Lovecraft decía que al niño le gusta aterrorizar y ser aterrorizado. A mí de niño me ocurría lo mismo, me gustaban las películas de horror e igualmente aterrorizar a mis sobrinos y dominarlos disfrazado de Drácula. Viví mi infancia en casas muy grandes con subterráneos tenebrosos con escaleras que crujían y una atmósfera de misterio inquietante. Luego leí muchas novelas góticas y el género todavía me atrae.

H. S.: *También tiene varios libros de cuentos breves o minicuentos. ¿Tienen alguna relación con el resto de su obra?*

J. V.: Sí, por supuesto, y con la poesía por su escritura elusiva y el impacto final que debe ser por knock out. Hay uno que se enseña en la Universidad de Salamanca, “El graznido”, por la profesora de literatura Francisca Noguerol que estuvo en Chile y me cuenta que es un cuento que atrae mucho a los alumnos.

H. S.: *¿Le es fácil trabajar?*

J. V.: No, muy difícil. Debo ser el escritor con menos facilidad para escribir de este continente. Pero, a la vez, uno de los más obsesionados y tenaces. Escribo y corrijo hasta la náusea. Dejo pasar un tiempo y vuelvo a corregir, a veces aspectos importantes como en el segundo tomo de mi trilogía, *Aprendiz en la oscuridad* que después de seis meses me di cuenta de que el primer capítulo debía estar al medio y no como estaba.

H. S.: *¿Cómo combina en sus novelas lo contingente con lo intemporal?*

J. V.: Trato de que nada quede como simple descripción, que todo se vuelva significativo, en algún sentido, universal, y para eso debo trabajar mucho el lenguaje. En literatura quien no ama el lenguaje está perdido.

H. S.: *En su trabajo creativo se advierte una permanente tensión, diríamos una crispación entre el protagonista o el hablante y la realidad. ¿A qué atribuye este desasosiego?*

J. V.: Con los años me di cuenta que mi indiferencia por los estudios escolares y mi mala conducta causante de mi expulsión de varios colegios era una forma de rebeldía contra un ambiente familiar extremadamente codificado, conservador, religioso y estricto, propio de una familia tradicional de la alta burguesía viñamarina. También mi desazón obedecía a una violencia ideológica

donde eran descalificados todos los que pertenecían a otras razas como la judía, los negros, los indígenas, y los que no pertenecían a nuestra clase.

H. S.: *En el Ocaso de la buganvillas, de claro tinte autobiográfico, aparecen numerosos elementos que pueden ser claves interesantes para entender mejor su obra. Me refiero, por ejemplo, a la visión de lo natural como algo arrasador, incontenible como el celo de los animales; el pavor que se expresa, tal vez en su afición a temas góticos; la inadaptación biológica y social que esconde un temperamento de fuerte pasionalidad; la fascinación por la violencia. ¿Considera usted que esos elementos son claves en su obra?, ¿cómo se integran en ella?*

J. V.: Efectivamente los considero claves. Siempre tuve una inclinación natural hacia el mundo animal y su fuerza biológica. De niño me encantaban las peleas de gallos y en España al poco de llegar fui a ver corridas de toros. Eran los años 50 cuando toreaba Manolete y los hermanos Dominguín, Luis Miguel y Domingo. También me atraían los domadores de potros y a las mujeres las dividía entre hembras y las vírgenes para el matrimonio. Yo creo que todo ello se integra en mi novela con las expresiones de odio tanto en el personaje del niño como su proyección en otros personajes victimarios.

H. S.: *Valdivieso ensayista sublima diversos elementos que aparecen en sus ficciones y poemas y perfila un sentido social interesante, la convicción de que como intelectual tiene responsabilidades y deberes, como la denuncia de los elementos opresores y enajenantes de la actual sociedad y también la orientación hacia situaciones y desarrollos deseables...*

J. V.: Efectivamente y sin el menor deseo de pontificar, siento el trabajo del escritor, por estar vinculado a una actividad eminentemente social como es el lenguaje, estrechamente unido a la historia, a la historia de mi tiempo y fundamentalmente de mi país, y en este sentido soy un crítico de mi país, a su falta de identidad, a su conservadurismo, a su racismo, a su espíritu antidemocrático. Y sobre todo lo poco que hemos avanzado, después de una dictadura oprobiosa y canibalística de 17 años. Ninguno de los gobiernos postdictadura se ha esforzado por cambiar ninguno de los males anteriormente mencionados, ni siquiera el gobierno dizque socialista de Ricardo Lagos que le dio la espalda a Latinoamérica y prefirió amigarse con uno de los gobiernos más mediocres y terroristas de los Estados Unidos, y que en los demás gobernó para sí mismo, para construir y limar su futuro pedestal como constructor de obras emblemáticas que llevarían sus nombre.

H. S.: *Tema central en su obra de los últimos treinta años ha sido la percepción del mestizaje, como realidad desmitificadora de la "blancura" que se atribuye a los sectores altos de la sociedad y, al mismo tiempo, la preocupación por la multiculturalidad y por lo tanto por la cultura y la situación en que se encuentra el pueblo mapuche. Esas preocupaciones parecen escasas entre los escritores. ¿A qué atribuye la situación?*

J. V.: En mi caso, esa preocupación social y cultural aparece durante los primeros años en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, especialmente con las clases del profesor de Literatura Latinoamericana, don Ricardo Latcham, sus brillantes disertaciones eran acompañadas por un torrente de

aire díscolo y crítico propio de los países latinoamericanos subdesarrollados y mestizos, dependientes tanto de una burguesía voraz y egoísta como de las economías foráneas especialmente de los Estados Unidos. Al poco tiempo me separé de la ideología de mi familia, entré al Partido Comunista y comencé a compartir otros valores sociales y raciales opuestos a los de mi clase. El 58 y el 64 voté por Salvador Allende y cada vez más me acerqué y valoré el mundo mapuche hasta culminar en 1994 con la primera reunión en la historia de nuestro país, entre escritores mapuche y chilenos, la cual organizamos con el poeta Elicura Chihuailaf en Temuco. Los escritores actuales, jóvenes y mayores, viven más preocupados de su propia persona que de los problemas sociales y raciales cada día más acuciantes.

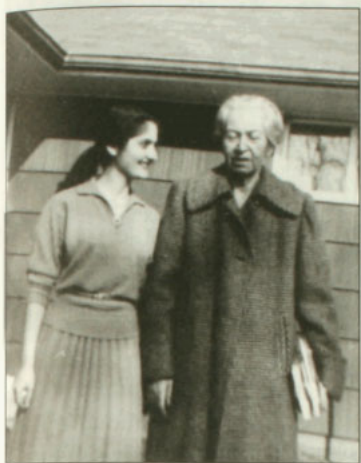
H. S.: *Como integrante de la llamada generación del 50, ¿qué balance hace de ella? Se dice que fue una reacción a la generación anterior, a la del 38, una reacción más sofisticada, más abierta a otras literaturas, especialmente a Faulkner y a otros escritores de lengua inglesa, con menos compromiso social.*

J. V.: Bueno, para comenzar, no me siento identificado con la generación del 50, al menos ideológicamente. En lo literario me siento más cercano por mi admiración por la literatura norteamericana, especialmente John Dos Passos, Steinbeck y sobre todo el genio avasallante de William Faulkner cuya novela *Absalón Absalón* es insuperable desde el punto de vista del lenguaje y de su armazón novelesca. También respecto a la superación del lenguaje metafórico de la generación del 38 que ahoga el lenguaje en un afán retórico, lo cual hace que aparte de Coloane y Droguet no se soporten ya las novelas de la mayoría de esa generación. La generación del cincuenta, hay que reconocer, hurgó en otro Chile, en los recovecos psicológicos y psicopáticos como las novelas de José Donoso y los cuentos de Guillermo Blanco y algunas novelas de Lafourcade.

H. S.: *¿Qué opina sobre el actual estado de la literatura y la cultura chilena?*

J.V.: Creo que la literatura de un país tiene que ver con el espesor cultural de sus autores y ahora son el reflejo de una época banal y mercantilista como la que estamos viviendo. El mismo Bolaños me parece sobrevalorado, no supo acotar su campo de acción narrativa, escribir sobre lo que ocurre en otros países es perder la brújula, no hay gran escritor alejado del centro de su tierra, desde Cervantes hasta ahora esto no ha sido desmentido. Entre todos los jóvenes me parece meritorio e interesante Díaz Etérovic con sus novelas policiales, y sobre todo Jaime Casas, autor de varias novelas muy apasionantes como *Un esqueleto bien templado*. En Chile se ha banalizado todo, desde la política hasta la educación, un país que todavía no ha seguido el camino que marcó *La Araucana*, como lo vio el ojo visionario de Neruda, es decir, el camino del mestizaje, el asumirnos como una mezcla de españoles e indios y otras etnias llegadas más tarde, pero sobre todo un país con visión latinoamericana que olvidaron todos los presidentes a partir del post-pinochetismo. Un país dominado todavía por una ideología conservadora y religiosa de derecha que es incapaz de resolver el problema con Bolivia y

que tiembla al ver a Chávez, y ha olvidado el aporte de Cuba a la identidad de América Latina y a la ayuda que brindó a los exiliados de la dictadura. Un país que cada vez habla peor, que no sabe expresarse y que aún no ha superado el descalabro de la dictadura.



Cincuenta y un años han pasado y he vuelto a pisar la casa de Roslyn Harbor, donde cada fin de semana mi hermano Jean y yo solíamos visitar a Gabriela Mistral y a Doris Dana. Muy emocionada, atravesé el umbral de la casa, recorrí la sala, los cuartos, caminé por el jardín, busqué entre los árboles del bosque al árbol preferido de Gabriela a quien llamaba "rey, padre, amante, esposo". Se borró el paso del tiempo. Vi a Gabriela llevarme de la mano hacia la ventana y, con ternura franciscana, señalarme su árbol, erguido como ella, y entablar una conversación con él. Esos diálogos-monólogos eran joyas que, incluso, a veces, superaban la poesía y la prosa. Uno entraba en una ronda mágica alrededor de la reina de la poesía. Entrelazaba cuentos y creaba leyendas con versiones distintas sobre el mismo tema. Las personas que poblaron su vida y las casas y los lugares por donde transcurrió su vida se juntaban y se deshacían para formar "El país de la ausencia". Era vivir la vida como un poema; era percibir en forma personal el proceso de la creación literaria. Su lenguaje se asemejaba al de Santa Teresa, pero con raíces muy hondas, ancladas en tierra andina.

Conocí a Gabriela Mistral y a Doris Dana en las Naciones Unidas durante un concierto que celebraba el séptimo aniversario de la adopción de la Declaración Universal de Derechos Humanos. En aquel entonces, mi hermano Jean trabajaba para la Asamblea General de las Naciones Unidas y, por medio de él, pude acercarme a ella. Gabriela estaba sentada entre su gran amigo Dag Hammarskjöld, el Secretario General de las Naciones Unidas, y Doris. No leyó

*Catedrática de Literatura Hispánica, St. John's University, Nueva York.



su mensaje sobre Derechos Humanos, tal vez por esa gran humildad que la caracterizaba o simplemente por cansancio. Ya estaba entrando en el otoño de su vida. Lo hizo en su lugar José Maza, el entonces Presidente de la Asamblea General. Con la sonrisa tierna de esas madres a las que cantaba en su poesía, me confió: "Si todavía creyera en la reencarnación, hubieras sido hija mía, y me dio el apodo de 'Niña Azul'". Ese momento iba a marcar toda mi vida.

A Gabriela le gustaba dar infinidad de apodos tanto a sus amigos como a la misma naturaleza: a la tierra, al bosque, a las flores, al mar, a la montaña, a las manos, al cabello, a los ojos de San Francisco de Asís a quien le dedicó una de las prosas más hermosas jamás escritas. A Doris la llamaba la gringa, la gringuita, cabecita loca, hijita mía, "dear", niña ambulante, Doris vagabunda. Gabriela solía llamarse a sí misma "patiloca", vagabunda como su propio padre, que fue por el mundo con su guitarra. Mujeres errantes de la tierra bíblica.

¿Quién era Doris Dana? En la primera carta que recibí de Gabriela Mistral, poco después de haber sido presentada a ella, me comentaba la poetisa chilena: "Yo vivo en la casa de una escritora, Miss Doris Dana, una nieta del autor del 'Diccionario inglés' y ella escribe hermosos cuentos". El punto de contacto que hizo que sus pasos por la vida se cruzaran fue Thomas Mann, otro Premio Nobel. Doris tradujo para él al inglés un artículo que Gabriela Mistral había escrito sobre el Nobel de 1929. En 1948 reunió en su casa a los dos premios Nobel. Ya estaba viviendo al lado de Gabriela como secretaria, asistente e hija.

Doris era una joven norteamericana, juguetona, que se reía a carcajadas, y que se parecía a Katharine Hepburn, la actriz. A primera vista, no tenía absolutamente nada en común con Gabriela. Venían de generaciones distintas y de continentes diferentes, hablando el lenguaje de Shakespeare y el de Cervantes. Doris era joven, empezaba una carrera literaria, pero nunca llegó a ser una escritora famosa, a pesar de tener talento de escritora. Gabriela era el Premio Nobel de Literatura de 1945. Tenía una salud quebrantada, en gran parte por

la muerte-suicidio de Juan Miguel (Yin Yin), su sobrino e hijo adoptivo. Doris escribió pocos cuentos, pero hizo una excelente antología bilingüe de la obra de Gabriela, *Selected Poems of Gabriela Mistral*, que ganó un premio por su traducción. Desarrolló, además, una prosa epistolar con escritores y filósofos, entre ellos Thomas Merton y Jacques Maritain. A Maritain lo conoció por Gabriela y llegó a ser su padrino espiritual cuando ella se convirtió al catolicismo.

A Doris le hacía falta una relación familiar que nunca había tenido con sus propios padres. Estaba hambrienta del calor de un hogar del que nunca disfrutó en su propia familia. Es probable que su padre se quitara la vida. La misma Gabriela sentía un inmenso vacío por la muerte de Juan Miguel, a quien quiso como a un hijo. Juan Miguel nació en 1925, Doris en 1920. Llegó a ser para ella la hija que nunca tuvo. La acompañaba, la cuidaba, como una hija a una madre delicada de salud, reemplazando un poco al niño que solía llamarla Buda y le hacía la lectura cuando pasó por una época de casi ceguera. Era su "ángel guardián", como la describe Germán Arciniegas, el gran escritor colombiano.

Germán Arciniegas solía visitar a Gabriela muy a menudo y, en varias ocasiones, coincidió con mi propia estancia en Roslyn Harbor. Describe, en una introducción a mi libro *Gabriela Mistral, la maestra de Elqui*, una de las escenas típicas en casa de Doris: "En las últimas semanas de su vida, cuando Gabriela vivía en Roslyn Harbor, en casa de Doris Dana, yo solía visitarla, y me parecía de encantamiento ver la placidez distraída con que veía pasar las horas, en la cama, entre tres seres vivos que no la desamparaban: Doris, la dueña, que fue en los últimos años su ángel guardián; una niña que silenciosa y como absorta, vestida de azul, parecía vivir únicamente para mirarla y escucharla, y una gata siamesa voladora que saltaba de un rincón al otro de la alcoba, una gata del color de las de Fujita, que parecía haber venido al mundo con la única misión de distraer a esta chilena que iba entrando, al mismo tiempo que los árboles del bosque vecino, en el dorado otoño de su propio crepúsculo".

Y, en *América mágica II, Las mujeres y las horas*, Arciniegas deja otro cuadro de Gabriela, poco antes de la muerte de la gran poetisa chilena, que parece cincelado por la mano de un artista: "Gabriela repasó las cosas en torno, haciendo uno de esos inventarios que hacen los enfermos. Vio a Doris, y a Marie-Lise Gazarian, estudiante de letras a quien llamaba "la niña azul", que pasaba las horas sentada al borde de su cama. Doris, "la niña azul": otras dos gatitas suyas. Gabriela tenía los ojos muy abiertos, callados y serenos. Los de Doris le reían con unas chispas que brillaban más esquivando las lágrimas. Aquel era el mundo más remoto, más distante de Nueva York. Los gatos, la nieve, Doris, la niña azul, y esas cosas menudas y pequeñas por las cuales tenía que pedir Gabriela. Las cosas mudas, desamparadas. Y dominando esta corte, la reina de Elqui, la reina del reino de las araucarias".

Presencié con mi hermano la vida diaria de Gabriela y de Doris durante las cuatro estaciones del año. Mi hermano charlaba con ellas, especialmente con Doris, yo más bien silenciosa, absorbiendo las palabras de Gabriela. A veces salíamos juntos en coche a Jones Beach, a sentarnos en la playa, a veces

entrábamos en una librería a buscar con ellas libros de ilustraciones de animales y de plantas, que necesitaba para escribir su largo poema de Chile, en el que estaba trabajando, a veces nos quedábamos al lado de la chimenea, mirando caer la nieve afuera, y disfrutando de los ronroneos de Pussywillow, una preciosa gata siamesa, y de su hijo Negrito, el favorito de Gabriela, que brincaba de la silla o de la cama hasta la estantería de los libros. A veces, me sentaba a su lado y me enseñaba las carpetas de color negro donde Doris recopilaba las variantes del *Poema de Chile*, y Gabriela, con una sonrisa pícara, me preguntaba cuál de ellas prefería. A veces, Gabriela, Doris, mi hermano y yo pasábamos la tarde en el jardín. A Doris le encantaba sacar fotos. Muchas de las fotos las tomamos juntos. A Gabriela, en buena huertera, le encantaba podar y regar, y si no le hubiera faltado la salud, hubiese querido cavar la tierra y sembrar flores. Durante una de las tormentas inusitadas de nieve, el 7 de abril, día del cumpleaños de Gabriela, Doris me cedió su propia cama para que pasara la noche en la paz y el calor de la casa.

Fuimos testigos de la convivencia de cultura y de la interdependencia. Gabriela no podía desempeñarse sola; el inglés no era su idioma; le fallaba la salud. Mujer de acción en su juventud, siempre se había desvelado para ayudar a los demás. Ahora Doris velaba por ella. Mientras estuvo trabajando en el Instituto de Cooperación Intelectual en París, buscó fondos para que los libros de escritores tanto españoles como latinoamericanos se tradujeran al francés. Sin embargo, en el plan personal, nunca supo manejar su propio dinero. Salía a la calle, siempre acompañada, sin billetero. En muchas de sus cartas dirigidas a Doris se ve su preocupación por ella. Quería proporcionarle dinero para que no le faltara nada, de la misma manera que le proporcionó a Juan Miguel, su sobrino, todo lo que le pedía. Por encima de todo era una madre, una madre que se aferraba a sus hijos consentidos, sin nunca fijarse en sus exigencias.

En el último año de su vida, Doris fue para ella una muleta en la que se apoyaba. De hija traviesa y mimada se transformó en una madre entregada. Quiso protegerla hasta de la muerte, callándole que se estaba muriendo de cáncer. En nuestra última visita al Hospital de Hempstead, un día antes de que entrara en coma, Doris escondía las lágrimas detrás de la sonrisa. Gabriela tenía en la cabecera de la cama una foto de su madre y con ella conversaba. Sentí la presencia de doña Petronila que, desde la otra vida, le tendía la mano para llevársela. Pocos días antes, en el mismo hospital, mientras estaba con Gabriela y Doris, vi firmar a la gran humanista una petición que le presentó Germán Arciniegas en defensa de Hungría.

La voz lenta y triste de Gabriela Mistral y la risa juguetona de Doris Dana se entremezclan en la memoria. Alta, majestuosa como la Cordillera de los Andes, con la sonrisa que le iluminaba la cara, Gabriela transformaba como por encantamiento todo lo que se encontraba a su alrededor. El hospital tomaba la forma familiar de las casas por donde había vivido y le pedía a Doris que nos brindara una taza de té. Era la reina salida del Valle de Elqui, era Lucila que soñaba con ser reina por medio de la poesía.

Salí de la casa de Roslyn con una fuerte convicción: Ni Gabriela ni Doris eran fantasmas errantes, aprisionados en aquella casa de Long Island. Gabriela estaba en cada uno de nosotros, pero, por encima de todo, estaba viva en su obra, que, gracias a la generosidad de otra Doris, Doris Atkinson, la sobrina de Doris Dana, había vuelto por fin a la patria al devolver a Chile los manuscritos inéditos, guardados medio siglo en silencio, en tierra ajena, incluyendo esta valiosa correspondencia.

Doris Dana, compartió conmigo esas palabras de consuelo: "Gabriela nos dio una lección –seguir trabajando y aprendiendo, explorar la vida–, nos dio nuevas fuerzas". Al lado de Gabriela Mistral, de Jacques Maritain y de Thomas Merton, Doris Dana logró desarrollar una fe profunda.

PROBLEMAS DE LA LÍRICA*

Gottfried Benn

DAMAS Y CABALLEROS:

Si abren el periódico el domingo por la mañana, y a veces incluso a lo largo de la semana, se encontrarán con un suplemento; normalmente, en su margen superior derecho o en su margen inferior izquierdo destaca algo que llama la atención por su composición espaciada y su encuadrado especial: se trata de un poema. Por regla general, no es prolijo y su tema recoge los motivos de las estaciones: en otoño, los versos se entretajan con las brumas de noviembre; en primavera se saluda al azafrán como nuncio de la luz; en verano se cantan los prados, rebosantes de amapolas hasta la nuca; en época de fiestas eclesiásticas se riman motivos rituales y legendarios. En resumen, por la regularidad con la que transcurre ese proceso, de un año a otro, previsible de una semana a otra y siempre puntual, nos vemos obligados a aceptar que en cada época, en nuestra patria, hay toda una serie de personas consagradas a componer versos, que los remiten a los periódicos, y que los periódicos parecen estar convencidos de que el público lector desea esos poemas, pues, si no, dedicarían ese espacio a otros asuntos. Los nombres de estos productores de versos no son en su mayor parte muy conocidos, y desaparecen pronto de las hojas del suplemento; no iba desencaminado el profesor Ernst Robert Curtius —con quien mantengo una amistosa relación epistolar— cuando, tras recomendarle a uno de sus estudiantes por sus dotes especiales, me escribió: “Ah, estos jóvenes son como pájaros: cantan en primavera, y vuelven a enmudecer en el estío”. No es nuestro deseo centrarnos en estos poemas de circunstancia o de estación, aunque no sea raro encontrar, de vez en cuando, entre ellos un poema bello. Pero tomo este punto de partida porque tal fenómeno tiene un trasfondo colectivo. En efecto, el público suele asumir la siguiente idea: un poema nace cuando un paisaje de landa o una puesta del sol entran en contacto con un joven o una señorita de ánimo melancólico. Pues no, no es así como nace un poema. Un poema no suele alumbrarse espontáneamente: un poema resulta de un proceso de composición. Si descuentan de una composición rimada lo relativo al estado de ánimo, lo que resta entonces, si aún resta algo, quizás sea un poema.

*Versión castellana de Enrique Ocaña. Se publica con la autorización de Editorial Pre-Textos, Valencia, España.

He titulado a mi conferencia "Problemas de la lírica", y no problemas de la poesía o del elemento poético. Y lo he hecho deliberadamente. Desde hace algunas décadas se han asociado ciertas ideas al concepto de lírica. Intentaré, en primer lugar, explicarles de qué género son con una anécdota. Una dama amiga mía, una periodista de renombre, especializada en asuntos políticos, me escribía hace algún tiempo: "no me interesan los poemas, pero menos aún la lírica". Distinguía, pues, entre esos dos tipos. Esa dama era, como no ignoraba, una gran intérprete de música; toca sobre todo música clásica. Le respondí: "la entiendo perfectamente; a mí, por ejemplo, *Tosca* me dice más que el *Arte de la fuga*. Es decir: por una parte está el estado emotivo, el estado anímico, la materia temático-melódica, y por otra está el producto artístico. El nuevo poema, la lírica, es un producto artístico. De este modo se vinculan la idea de consciencia, control crítico y -para usar de inmediato una expresión peligrosa sobre la que aún volveré- la idea de "arte puro". Al componer versos, el poeta no contempla sólo el poema, sino que también se observa a sí mismo. La producción del poema deviene en cuanto tal tema, no el único tema, pero en cierto modo resuena por doquier. En este sentido, Valéry ofrece un ejemplo especialmente instructivo, pues en su obra la simultaneidad de la actividad poética e introspectiva sobrepasa la frontera donde ambas se compenetran. Dice Valéry: "¿por qué no se debería concebir la producción de una obra de arte, a su vez, como una obra de arte?".

Topamos aquí con una peculiaridad esencial del yo lírico moderno. En la literatura moderna abundan ejemplos de autores donde lírica y ensayo ocupan el mismo rango. Se diría que se condicionan respectivamente. Junto a Valéry cabe citar a Eliot, Mallarmé, Baudelaire, Ezra Pound, también a Poe y finalmente a los surrealistas. Todos ellos estaban y están interesados tanto en el proceso de invención poética como en la obra misma. Uno de ellos escribe: "Lo confieso, estoy mucho más interesado en el proceso de estructuración o composición de las obras que en las obras mismas". Esto, ruego que lo tengan en cuenta, es un rasgo moderno. Por lo que sé, ni Platen ni Mörike conocían ni cultivaban esa diplopía, tampoco Storm o Dehmel, ni siquiera Swinburne o Keats. Los líricos modernos nos ofrecen sin ambages una filosofía de la composición y una sistemática de la creación. Desearía además destacar, sin mayor demora, una segunda peculiaridad muy sorprendente: ninguno de los grandes novelistas de los últimos cien años cultivó al mismo tiempo la lírica, exceptuando naturalmente al autor del *Werther* y de las *Afinidades electivas*. Ni Tolstoi ni Flaubert ni Balzac ni Dostoyevski ni Hamsun ni Joseph Conrad escribieron un poema memorable. De entre los autores más modernos lo intentó James Joyce, pero, como escribe Thornton Wilder al respecto: "cuando se conoce la incomparable riqueza rítmica de su prosa, sus versos provocan extrañeza debido a su vaga musicalidad y su débil tono de ventrílocuo". Por tanto, deben haber diferencias topológicas fundamentales. Y vamos a constatar, sin dilación, cuáles son. Pues cuando los novelistas producen poemas, no son sino baladas, esbozos de acción, anécdotas y cosas por el estilo. El novelista también necesita materia, temas

para sus poemas. La palabra en sí no le satisface. Busca motivos. La palabra no recoge, como en los líricos natos, el movimiento inmediato de su existencia; el novelista describe con la palabra. Más adelante veremos qué presupuestos existenciales están aquí presentes y cuáles ausentes.

La nueva lírica tuvo su origen en Francia. Hasta el momento se consideraba a Mallarmé como su núcleo; no obstante, como he podido observar en las publicaciones francesas más recientes, últimamente Gerard de Nerval ha pasado a ocupar un primer plano; este autor, fallecido en 1855, sólo es conocido entre nosotros como traductor de Goethe, pero, como autor de *Chimères*, es considerado actualmente en Francia hontanar de la poesía moderna. Tras él llegó Baudelaire, muerto en 1867; ambos, pues, pertenecían a una generación anterior a Mallarmé, e influyeron sobre él. Sin embargo, Mallarmé es el primero que elaboró una teoría y definición de sus poemas y con ello inició la fenomenología de la composición a la que he aludido. Los nombres restantes son conocidos por todos ustedes: Verlaine, Rimbaud, Valéry, Apollinaire y los surrealistas, representados por Breton y Aragón. Esta es la fuente del renacimiento lírico, que irradió hacia Alemania y el espacio angloamericano. En Inglaterra, Swinburne, muerto en 1909, y William Morris, fallecido en 1896 —ambos pues contemporáneos de los grandes franceses—, deben incluirse todavía en la escuela romántico-idealista, pero con Eliot, Auden, Henry Miller y Ezra Pound el nuevo estilo irrumpe en el espacio anglo-atlántico; sin olvidar que en los Estados Unidos está en marcha un gran movimiento lírico. Me gustaría añadir aún algunos nombres: O. V. de Mislosz, oriundo de Lituania, fallecido en París en 1940; Saint John Perse, francés, residente en los Estados Unidos. Entre los rusos hay que citar a Maiakovski, entre los checoslovacos a Vitezslav Nezval, antes de que ambos se hicieran bolcheviques y compusieran odas al padrecito Stalin. En Alemania, los nombres célebres de George, Rilke y Hofmannstahl pertenecen a este movimiento, al menos dentro de ciertos límites. Sus poemas más logrados son expresión pura, estructuración artística consciente en el interior de la forma establecida; sin embargo, desde un punto de vista subjetivo y emocional, su vida interior permanece todavía en la noble esfera nacional y religiosa, en la esfera de los vínculos legítimos y de las visiones globales ya casi extraña a la lírica actual.

Después llegaron Heym, Trakl y Werfel: los vanguardistas. El comienzo de la lírica expresionista en Alemania se remonta a la publicación del poema "Crepúsculos", de Alfred Lichtenstein, aparecido en *Simplizissimus* en 1911, y en "Fin del mundo", de Jacob van Hoddis, aparecido en el mismo año. El acontecimiento fundacional del arte moderno en Europa fue la publicación del *Manifiesto futurista* de Marinetti, que apareció en París, en *Le Figaro*, el 20 de febrero de 1909. "Nous allons assister à la naissance du Centaure —asistiremos al nacimiento del Centauro—" escribió; "un automóvil ruidoso es más bello que la Victoria de Samotracia". Tales eran los vanguardistas; pero, vistos individualmente, eran también su consumación.

Recientemente cabe constatar en Alemania tentativas editoriales que pretenden imponer a la lírica una suerte de tonalidad nueva, una suerte de dadaísmo repetitivo; en virtud del cual la palabra “efectivo” se repite dieciséis veces al inicio del verso –aunque tras ello no siga nada impresionante– y se combina con los últimos sonidos de pigmeos y aborígenes de las islas de Andamán. Sin duda, todo ello debe de resultar muy global, pero para quien abarca con su mirada cuarenta años de lírica produce el efecto de un retorno al método de August Stramm y del círculo de *Sturm* o de una repetición de los poemas publicados en la revista *Merz* de Schwitters (“Anna, tú eres por delante como por detrás”). En Francia se impone una corriente semejante, denominada letrismo. Su creador interpreta dicho nombre del siguiente modo: la palabra debe ser purificada de todo valor extrapoético y las *letras puestas en libertad* deben formar una unidad musical donde también cabe integrar el estertor, el eco, el chasquido de la lengua, el eructo, la tos y la carcajada sonora. Aún hoy ignoramos qué resultará de esta corriente. Algunos aspectos nos suenan sin duda ridículos, pero es verosímil que nazca una nueva dicción lírica a partir de una sensibilidad verbal renovada, a partir de autoanálisis llevados hasta sus últimas consecuencias y de teorías derivadas de una crítica original del lenguaje; y si tal dicción llegase a las manos de aquel ser único capaz de colmarla con su gran interioridad, podría conducir a creaciones radiantes. Por el momento, es obligado reconocer que el poema occidental recibe siempre su coherencia de un pensamiento sobre la forma y que se configura mediante palabras, no mediante eructos y tosidos.

Quien se interese por la parte experimental, pero no menos seria, de la lírica moderna, puede consultar la revista *Das Lot*, que cuenta ya con cinco fascículos, así como el espléndido libro de Alain Bosquet *El surrealismo*, ambas publicaciones aparecidas en la editorial Karl Henssel de Berlín.

He recurrido anteriormente a la expresión “arte puro” (*Artistik*) para caracterizar al poema moderno y decía que se trataba de un concepto polémico, de hecho, en Alemania no se suele mencionar con agrado. El esteta adocenado asocia dicho concepto con la idea de superficialidad, deleite, musa liviana, incluso con la idea de divertimento e intrascendencia. En realidad, constituye un concepto central de enorme seriedad. *Artistik* es la tentativa acometida por el arte de experimentarse a sí mismo como contenido en el seno de la decadencia universal de todo contenido, y de formar un nuevo estilo a partir de esa experiencia; es la tentativa de oponer una nueva trascendencia al nihilismo general de los valores: la trascendencia del placer creativo. Así contemplado, este concepto abarca toda la problemática del expresionismo, del movimiento abstracto, del antihumanismo, del ateísmo, de la antihistoria, de la concepción cíclica, del “hombre vacío”: en una palabra, toda la problemática del mundo de la expresión.

Este concepto había penetrado en nuestra conciencia gracias a Nietzsche, quien a su vez lo había recibido de Francia. El filósofo se refería a la delicadeza estética en los cinco sentidos, la sensibilidad para los matices, la morbosidad psicológica, la seriedad en la *mise en scène*, esa seriedad parisina *par excellence*; y

al arte como la auténtica finalidad de la vida, como actividad metafísica. A todo eso lo llamaba "arte puro".

Conceptos ligurinos: luminosidad, arrojo, *gaya*, alrededor sólo onda y juego, y a la postre: ¡habrías debido cantar, alma mía! Tales son sus exclamaciones desde Niza y Portofino; sobre todo eso pendían, volátiles, sus tres palabras enigmáticas: "Olimpo de la apariencia", Olimpo, donde habían morado los grandes dioses, donde Zeus había ejercido su señorío durante dos mil años, donde las Moiras habían gobernado el timón de la necesidad, y además ¡de la apariencia! Eso sí que es un viraje. No se trata de ningún esteticismo, como el que ha conmovido al siglo XIX con Pater, Ruskin, de modo más genial con Wilde; era algo distinto, para lo cual existe tan sólo una palabra de antigua resonancia: fatalidad. Desgarrar su fuero interno con palabras, el apremio de expresarse, formular, cegar, centellear al par que se desafía cualquier peligro y sin ningún miramiento respecto a los resultados: andaba en juego una nueva existencia. Tenía su germen en Flaubert, a quien la visión de algunas columnas de la Acrópolis le había permitido barruntar el grado de belleza inmarcesible al que podría llegarse con la disposición de frases, palabras y vocales; en Novalis, para quien arte era "antropología progresiva"; incluso en el mismo Schiller, en el que se encuentra una notable elevación de la apariencia estética, que no sólo es, *sino que también quiere ser*. Quien aún dude de que aquí una evolución alcanzó su meta, que recuerde las palabras de los *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*: "En su más alta cumbre la poesía parece algo completamente exterior; en cuanto empieza a retraerse hacia la vida íntima, lleva ya camino de descender". Todo eso estaba presente, pero sólo aquí se consumó la necesidad de integración.

Este es un vasto capítulo que mis libros han intentado frecuentemente iluminar. Hoy me limito al poema, lo cual es posible porque en los versos se entablan todas estas luchas del ser como en una palestra; tras un poema moderno se insinúan los problemas del tiempo, del arte, de los fundamentos íntimos de nuestra existencia, con mayor pujanza y radicalidad que tras una novela o una pieza de teatro. Un poema es siempre una pregunta por el yo, y todas las esfinges e imágenes de Sais se mezclan con la respuesta. Sin embargo, quisiera evitar toda cavilación abstrusa y proceder empíricamente; por ello planteo la siguiente pregunta: ¿cuáles son los temas especiales de la lírica actual? Por favor, atiendan: palabra, forma, rima, poema —extenso o breve—, destinatario, planos semánticos, selección temática, metafórica. ¿Saben de dónde proceden los conceptos que he citado? De un cuestionario americano dirigido a los líricos; en los Estados Unidos se intenta promocionar la lírica incluso por medio de cuestionarios. Lo encuentro interesante, pues muestra que los líricos del otro lado del charco se plantean las mismas meditaciones que entre nosotros. Por ejemplo, Poe ya había formulado la cuestión de si un poema debía ser extenso o breve, y Eliot ha vuelto a sugerirla; se trata de una decisión muy personal. Pero sobre todo me ha cautivado la pregunta por el destinatario del poema. De hecho, representa un punto crítico, y merece atención la respuesta ofrecida por un tal Richard Wilbur: un poema, dice, se dirige a la musa; y ésta, entre otras

cosas, se postula para velar el hecho de que los versos no van dirigidos a nadie. Se ve pues que también en Estados Unidos se percibe el carácter monológico de la lírica: es, en verdad, un arte de anacoretas. Mas no quisiera referirles tópicos que puedan leer en libros; me gustaría ofrecerles algo tangible, aun a riesgo de rozar lo banal, en vez de elucidar los problemas fundamentales. Pues, como saben, quien anhela ir al fondo de las cosas puede acabar por extraviarse; y gracias a Flaubert han aprendido que en el arte no hay nada exterior. Me imagino pues que ahora me preguntarán qué es realmente un poema, cuál es su forma; y responderé con una exposición negativa, es decir, procederé a señalar lo que *no* es un poema moderno.

Les indicaré cuatro síntomas diagnósticos, con cuya ayuda ustedes mismos podrán discernir en el futuro si un poema de 1950 pertenece o no a su época. Extraigo mis ejemplos de antologías conocidas. Estos cuatro síntomas son:

En primer lugar, el poetizar. Ejemplo: título "La rastrojera".

Primer verso:

*Ein kahles Feld vor meinem Fenster liegt
jüngst haben sich dort schwere Weizenähren
im Sommerwinde hin-und hergewiegt
vom Ausfall heute sich die Spatzen nähren*¹.

Así prosiguen otras tres estrofas, hasta que en la cuarta y última viene la transición hacia el yo; comienza así:

*Schwebt mir nicht hier mein eigenes Leben vor*²
y etcétera.

Tenemos, pues, dos objetos. En primer lugar, la naturaleza inanimada que deviene objeto poemático, y al final la transición hacia el autor, que ahora deviene sujeto íntimo, o al menos así lo cree. Se trata, por tanto, de un poema que establece una separación y contraposición entre objeto poetizado y yo poetizante, entre escenario externo y referente interno. Esta, digo yo, es hoy día una técnica primitiva para documentar la propia substancia lírica. Incluso si el autor no desea hacer suya la máxima acuñada por Marinetti: "*détruire le Je dans la littérature*" (destruir el yo en la literatura), el efecto que provoca con tal método resulta anticuado. No obstante, quiero añadir ahora mismo que hay espléndidos poemas alemanes elaborados según ese método, por ejemplo, "Noche de luna" de Eichendorff, pero tiene más de cien años.

¹ "Yermo yace un campo ante mi ventana / grávidas aún ayer sus espigas / al vaivén del viento se balanceaban / hoy tan sólo restan briznas para gorriones".

² "¿No es como si mi propia vida se reflejara en mis pupilas?".

El *segundo síntoma* es el *COMO*. Por favor, presten atención al uso frecuente del “como” en un poema. “Como”, “como si” o “es como si” son construcciones auxiliares, en gran medida una especie de marcha en vacío. Mi canto fluye como oro solar, el sol resplandece sobre el techo de cobre como joya bronceada, mi voz tiembla como arroyo en remanso, como una flor en noche apacible, pálida como seda, el amor florece como un lirio. Este “como” es siempre una ruptura de la visión, se acerca, parangona, no afirma una relación primaria. Sin embargo, también aquí debo hacer una salvedad, pues hay poemas grandiosos que recurren al “como”. Rilke era un gran poeta del “como”. En uno de sus poemas más bellos, “Torso arcaico de Apolo”, “como” aparece tres veces en cuatro estrofas; se trata incluso de “comos” harto banales: como un candelabro, como piel de fiera, como una estrella. Y en su poema “Hortensia azul” encontramos cuatro “comos” en cuatro estrofas; entre ellos: como en un babero infantil, como en los viejos papeles de carta azul; pues bien, Rilke se lo podía permitir, pero es posible aceptar cual precepto fundamental que un *COMO* supone siempre una irrupción de un elemento narrativo y prosaico en la lírica, una relajación de la tensión verbal, un punto débil en la transformación creativa.

El tercero es menos grave. Presten atención con qué frecuencia aparecen colores en los versos. Rojo, púrpura, opalino, plateado con variaciones como argenteo, pardo, verde, naranja, gris, dorado. Con ello el autor cree que causa supuestamente una impresión muy exuberante y fantasiosa, mas no se da cuenta de que esos colores no son sino meros clichés verbales cuyo empleo es más propio de ópticos y oculistas. Respecto a un color empero he de entonar el mea culpa: el azul. Trataremos esta excepción más adelante.

El cuarto es el tono seráfico. Cuando se empieza enseguida, o se llega sin demora, al murmullo de hontanares y arpas, a la noche hermosa y al sosiego y a las cadenas sin principio, a la más alta esfera y acabamiento, si el poeta se eleva, victorioso, hasta las estrellas, canta el renacimiento de lo divino y da rienda suelta a otros sentimientos cósmicos, estamos ante una especulación barata que juega con el sentimentalismo y pusilanimidad del lector. Este tono seráfico no es una superación de lo terrestre, sino una fuga ultramundana. Pero el gran poeta es un gran realista, muy cercano a todas las realidades: se carga de realidades, ama lo terrenal, es, según la leyenda, una cigarra nacida de la tierra, el insecto ateniense. Con enorme cautela, distribuirá el tono esotérico y seráfico sobre los duros estratos de la realidad. Y finalmente les ruego que presten atención al verbo “ascender”, pues su uso denota alguien que desea llegar alto, pero no logra subir.

Si en el futuro se encuentran con un poema, tomen por favor un lápiz, como si fuesen a rellenar un crucigrama, y apunten: poetizar, *COMO*, escala de colores, tono seráfico, y no tardarán en formarse un juicio personal.

Permítanme en este punto añadir la siguiente observación: en la lírica lo mediocre está absolutamente prohibido e incluso resulta insoportable, su campo es angosto, sus medios muy sutiles, su sustancia el *ens realissimum* de las sustancias. Por ello también sus criterios deben ser extremos. Las novelas mediocres no

son tan insoportables, pueden entretener, instruir, crear tensión, pero la lírica debe ser exorbitante o no ser en absoluto: tal es su esencia.

Y también forma parte de su esencia algo más, una experiencia trágica que el poeta lleva a cabo en sí mismo: ninguno de los grandes líricos de nuestro tiempo ha dejado tras de sí más de seis u ocho poemas logrados; quizás el resto revista interés desde el punto de vista biográfico y evolutivo del autor, pero escasean los poemas que reposan en sí mismos, que irradian luz propia, que rebosan fascinación duradera. Además para lograr esos seis poemas se necesitan entre treinta y cincuenta años de ascetismo, sufrimiento y lucha.

A continuación me gustaría describirles un proceso de forma algo más directa de lo que se hace generalmente. Me refiero al proceso genético de un poema. ¿Qué hay en el autor? ¿Cuál es su situación? La situación es la siguiente. El autor posee:

1. Un oscuro germen creativo, una materia psíquica.
2. Palabras al alcance de su mano, a su disposición, manejables, que sabe poner en movimiento; conoce, por así decirlo, sus palabras. Hay, en efecto, algo que cabe denominar coordinación de las palabras respecto a un autor. Quizás cierto día ronde al poeta un vocablo en particular que le ocupa y excita, que cree poder emplear como *leitmotiv*.
3. Posee un hilo de Ariadna que le ayuda a salir de esa tensión bipolar con seguridad absoluta; puesto que —he ahí el enigma—, el poema está ya terminado antes de que se haya comenzado, sólo que el poeta no conoce aún el texto. El poema no puede decir nada distinto a lo que de hecho dice una vez terminado. Se sabe certeramente cuándo está terminado; naturalmente puede durar largo tiempo, semanas, años, pero mientras no esté concluido, el poeta no podrá desprenderse de él. No cesa de palpar cada palabra, cada verso; separa la segunda estrofa, la revisa; se pregunta si la tercera estrofa es el *missing link* con la cuarta y, de ese modo, junto al control, la autoobservación, la crítica, hay una fuerza interior que dicta todas las estrofas: un caso típico de aquella libertad vinculada a la necesidad de la que habla Schiller. Cabe también comparar un poema a la nave de los feacios, capaz, según Homero, de recalar, derecha y sin timonel, en cualquier puerto. No hace mucho he leído en la revista *Lot* un comentario de un joven escritor que describía exactamente ese estado de cosas. El joven, un tal Albrecht Fabri, al que desconozco, y del que ignoro si se dedica a la lírica, dice allí: "La pregunta por el autor de un poema sugiere, en todo caso, una cuestión ociosa. La autoría de un poema incluye una incógnita imposible de despejar; con otras palabras: toda composición poética plantea su cuestión homérica, todo poema posee varios autores, es decir, un autor desconocido".

Este estado de cosas es tan notable que desearía expresarlo, una vez más, en términos distintos. Algo en sus adentros exterioriza o avanza a tientas un par de versos; algo distinto en su interior toma esos versos, los deposita en una

especie de aparato de observación –un microscopio–, los examina, los colorea, busca focos patológicos. Si la primera fase es quizás ingenua, la segunda es totalmente distinta: refinada y escéptica. Si la primera es subjetiva, la segunda implica el mundo objetivo: es el principio formal, espiritual.

No espero nada de una disertación abstrusa y tediosa sobre la forma. La forma, concebida aisladamente, es un concepto arduo. Pero sin duda la poesía es forma. Los contenidos de un poema –duelo, sentimiento de pánico, corrientes escatológicas– se encuentran por doquier; forman parte de la condición humana, son su patrimonio en medida más o menos variada y sublime; pero sólo deviene lírica cuando toma cuerpo en una forma que hace autóctono a ese contenido, cuando se convierte en su portador y fascina con palabras. No existe una forma aislada, una forma en sí. La forma es ser, misión existencial del artista, meta. Ciertamente, en ese sentido debe interpretarse también la máxima de Staiger: la forma es el contenido más elevado.

Recurramos a un ejemplo. Todos hemos paseado por un jardín, por un parque; otoño, cielo azul, nubes blancas, un poco de melancolía tiñe los pastos, un día de despedida. Esto les hace sentir melancólicos, pensativos, ensimismados. Es algo hermoso, está muy bien, pero no crea ningún poema. Ahora imaginemos que llega Stefan George y contempla todo ello exactamente como ustedes, pero cobra conciencia de sus sentimientos, los observa y escribe:

*Komm in den totgesagten park und schau:
Der schimmer ferner lächelnder gestade.
Der reinen wolken unverhofftes blau
Erhellte die weiher und die bunten faden...*³

El poeta conoce sus palabras, sabe cómo emplearlas, conoce la coordinación de las palabras afines a su gusto, sabe dar forma con ellas, busca rimas, estrofas serenas y apacibles, estrofas expresivas, y sólo entonces surge uno de los poemas más bellos que nuestra época haya consagrado al otoño y a un jardín: tres estrofas de cuatro versos, que, gracias a su forma, fascinan a todo un siglo.

Quizás algunos entre ustedes juzguen que abuso de la palabra “fascinación”. Debo decir que, a mi juicio, la estética y crítica literaria alemanas apenas valoran conceptos como fascinación, interesante o excitante. Por estos pagos todo debe ser siempre profundo, oscuro y cósmico: debe morar en las Madres, esa estancia predilecta de los alemanes; por el contrario, creo que las verdaderas transformaciones y metamorfosis internas son las engendradas por el arte –la poesía–, cuya eficacia se transmite generacionalmente con más precocidad y repercusión, si en vez de mesura y serenidad, se cultiva el efecto excitante y fascinante.

³ “Ven, se diría muerto, mira el parque: / el resplandor de riberas risueñas y distantes/el inesperado azul de puras nubes / esplende sobre irisados senderos y estanques”.

Todavía un comentario sobre el primer punto de mi último tema. Decía que el autor posee un oscuro germen creativo, una materia psíquica. Se trataría, expresado con otras palabras, del objeto cuya elaboración produce un poema. También esta cuestión suscita consideraciones interesantes, concretamente por parte de la escuela francesa y de Poe, que Eliot ha vuelto a abordar en un ensayo. Cierta autor dice que el objeto es sólo medio para un fin, y tal fin es el poema. Otro afirma: un poema no debe mirar más allá de sí mismo. Y hay quien asevera: un poema no expresa absolutamente nada, un poema *es*. En Hofmannstahl, que al menos en su último período asumió conscientemente el vínculo entre culto, cultura y nación, he encontrado una afirmación muy radical: “ningún sendero conduce directamente de la poesía a la vida, o de la vida a la poesía”, lo cual no puede significar sino: la poesía, es decir, el poema es autónomo, vive para sí, afirmación que es corroborada por su siguiente sentencia: “Las palabras son todo”. La más célebre es la máxima de Mallarmé: un poema no surge de sentimientos, sino de palabras. Eliot representa el punto de vista, digno de consideración, según el cual incluso la *poésie pure* debe conservar un cierto grado de impureza; en cierto modo, si un poema debe ser sentido como poesía, el objeto debe ser valorado por sí mismo. Yo diría que tras todo poema siempre se encuentra el autor –por invisible que sea–, es decir, su esencia, su ser, su condición interior; que los objetos irrumpen en el poema, porque antes eran *sus* objetos: por tanto, el poeta es siempre esa impureza, en el sentido de Eliot. En última instancia, creo que el único objeto para la lírica es el lírico mismo.

Ahora me dirijo hacia un tercer tema especial, anticipándome probablemente a una pregunta que deben de tener en la punta de la lengua. En efecto, se preguntarán, ¿en qué consiste realmente una palabra? Los teóricos de la lírica y los líricos no hacen sino hablar de la palabra, mas ¿quién no posee palabras? Ustedes mismos usan vocablos especiales; por tanto ¿qué es una palabra? Es una pregunta muy difícil, pero voy a intentar responderles, aunque para ello tenga que recurrir a experiencias personales, a vivencias de un género peculiar.

En la naturaleza hay colores y sonidos, pero no palabras. Leemos en Goethe: “entre los moledores de colores han surgido ya pintores excelentes”; hemos de añadir: la relación con la palabra es primaria, no se puede enseñar. Es posible aprender equilibrismo, funambulismo, juegos de acrobacia, actos de faquir, pero disponer palabras de forma fascinante no puede ser materia de enseñanza: o se posee esa capacidad o se carece por completo de ella. La palabra es el falo del espíritu; arraiga en su centro. Por ello tiene raíces nacionales. Cuadros, estatuas, sonatas y sinfonías son internacionales; los poemas jamás. Cabe definir el poema como lo intraducible. La conciencia crece desde el fondo de las palabras: su transcendencia es inmanente al lenguaje. Olvidar: ¿qué significan esas letras? Nada, en sí mismas son ininteligibles. Pero la conciencia está ligada a ellas en una dirección determinada, en esas letras resuena algo: su yuxtaposición repercute acústica y emocionalmente en nuestra conciencia. Por esa razón, *oublier* nunca será idéntico a “olvidar”. O *nevermore*, con sus dos sílabas iniciales breves y cerradas, seguidas del oscuro y fluido *more* –con un eco de la palabra

alemana *Moor* (pantano) y de la francesa *la mort*— no equivaldrá a “nunca más” (*nimmermehr*); *nevermore* es mucho más bella. Las connotaciones de las palabras superan su contenido informativo; por una parte son espíritu, pero por otra participan de la esencia y ambigüedad de las cosas de la naturaleza.

Debo remontarme a otro período de mi producción para ser más claro. Permítanme reproducirles un pasaje de 1923 dedicado a la relación del yo lírico con la palabra. Por favor, les ruego toda su atención:

“Hay en el mar organismos del sistema zoológico inferior, cubiertos de pestañas vibrátiles. Son el órgano del sentido animal previo a la diferenciación en energías sensoriales separadas, el órgano táctil universal, la relación en sí con el medio ambiente marino. Imagínese a un ser humano cubierto de tales pestañas, no sólo el cerebro, sino el organismo entero. La suya es una función específica, su percepción de estímulos se encuentra tajantemente limitada: es sensible a la palabra, sobre todo al sustantivo, mucho menos al adjetivo, apenas a la figura verbal. Reacciona al signo cifrado, a su imagen impresa, a la letra negra, a ella sola”.

Interrumpo ahora por un instante este viejo pasaje y subrayo: pestañas vibrátiles, cuya función es acercarse mediante el tacto a algo, es decir, a palabras, y estas palabras tangibles fluyen hacia una cifra, hacia una figura estilística. Hoy día la luna ya no inunda más florestas y valles como hace doscientos años; presten atención: esta letra negra es ya un artificio, por tanto nuestra mirada se adentra en un estrato intermedio entre naturaleza y espíritu, vemos algo que está en juego tras haber sido previamente troquelado por el espíritu, condicionado por la técnica.

Estas pestañas no muestran una actividad continua: tienen sus horas. El yo lírico es un yo perforado, un yo-rejilla, avezado a las fugas, consagrado al duelo. Siempre aguarda su hora, en la que se temple por breves momentos; añora sus complejos del Sur con sus «valores de efervescencia», a saber: valores de ebriedad, mediante los que se deshacen los nexos causales, se consuma la fragmentación de la realidad, gracias a la cual, mediante palabras, se crea libertad para el poema.

Estamos ante una de esas horas. Escuchemos un poco más:

“Estamos ante una tal hora, a veces cercana. Leyendo un libro, o más bien, incontables libros, sin orden ni concierto, confundiendo épocas, con mezcla de materias y aspectos, apertura de vastos estratos tipológicos: comienzo remoto y torrencial. Un desmayo causado por noches fatigosas, ductilidad de la estructura, a menudo útil, imprescindible para la gran hora. Quizás en este momento se acerquen palabras, palabras entreveradas, aún imperceptibles y oscuras para la conciencia, pero las pestañas vibrátiles se acercan palpando. Se insinúa una posibilidad de amistad con el azul, ¡qué felicidad!, ¡qué vivencia tan pura! Piénsese en todos los ejemplos hueros, sin fuerza,

en los preámbulos sin ningún poder de sugestión para este color singular; ahora se puede conjurar en el corazón el cielo de Zanzíbar sobre las flores de Bouganville y el mar de las Sirtes; ipiénsese en esta bella y eterna palabra! No digo azul en vano. Es la palabra del Sur por excelencia, el exponente del complejo ligurino, del enorme "valor de efervescencia", el medio capital para la desarticulación de los nexos causales, tras la cual comienza la autocombustión, el "fanal mortal" hacia el cual afluyen los reinos remotos, para integrarse en el orden de esa "pálida hiperemia". Feacios, megalitos, regiones de Lerna: no son sino nombres, incluso, es cierto, que en parte yo mismo he creado; pero cuando se acercan se convierten en algo más. Astarte, Gueta, Heráclito: sin duda, apuntes extraídos de mis lecturas, pero al acercarse su hora, es la hora de los auletes a través de los bosques, con sus alas, sus naves, sus coronas que portan y que deponen como anatemas y elementos del poema.

Palabras, palabras: ¡sustantivos! Sólo necesitan abrir las alas, y de su vuelo caerán milenios. Tomen un bosque de anémonas, es decir, hierba fina y diminuta que crece entre los troncos y allende éstos: prados de narcisos, cálices con humo y vaho; en el olivo trama el viento, y sobre la escalinata marmórea se eleva, trenzada, en toda su vastedad, la obra consumada; o elijan olivas y teogonías: milenios caen de su vuelo. Botánica y geografía, pueblos y países; todos esos mundos perdidos para la historia y la sistemática: vean sus rebrotes, vean sus sueños. Toda la ligereza, toda la melancolía, toda la desesperación del espíritu se tornan sensibles en los estratos de una sección transversal del concepto".

Y a continuación concluyo esta declaración de 1923 con las siguientes frases:

"Poder de la palabra, difícil de explicar, que desata y articula. Extraño poder de la hora, desde el cual pujan figuras bajo el ímpetu de la nada que reclama forma. Realidad trascendente de la estrofa, grávida de ocasos y retornos: la caducidad de lo individual y el ser cosmológico transfiguran sus antítesis, ella contiene mares y firmamentos nocturnos, y convierte a la creación en sueño estigio: Jamás y siempre"⁴.

No quisiera explayarme más sobre la palabra. Ignoro si he logrado hacerles entender su peculiaridad. Tendremos que aceptar el hecho de que las palabras poseen una existencia latente, que actúa como un encantamiento sobre los ánimos receptivos y los capacita para transmitir ese encantamiento. Éste me parece ser el último misterio, ante el cual nuestra conciencia, siempre insomne, aguzada por el análisis, abierta sólo a trances ocasionales, siente su propio límite.

⁴ [N. del T.] Sobre estos extensos pasajes citados por Benn léase *Epílogo y el yo lírico* (1927) contenido en *Doble vida y otros ensayos autobiográficos*, Barral, Barcelona, 1972, pp. 7-13. (Trad. Ramón Strack).

Dirijamos un momento nuestra mirada hacia atrás. En las consideraciones precedentes les he mostrado tres temas particulares del ámbito de la lírica, a saber: en primer lugar, el aspecto de un poema moderno; en segundo lugar, el proceso genético de un poema; en tercer lugar, he intentado hablar sobre la palabra. Hay todavía muchos otros temas especiales en nuestro ámbito, demasiados, por ejemplo, un tema relevante sería la rima. Homero, Safo, Virgilio no la conocieron, pero ya está presente en Walther von der Vogelweide y en los trovadores. Quien tenga interés por la historia de la rima, encontrará material sugerente sobre ella en la obra de Curtius *Literatura europea y Edad Media latina*. En Goethe me topé con esta observación sorprendente: “desde que Klopstock nos liberó de la rima”; hoy diríamos que los ritmos libres, inculcados por Klopstock y Hölderlin en nuestra mente, son empleados por poetas mediocres, aún más insoportables que la rima. En cualquier caso, la rima es un principio de orden y de control inmanente al poema. Es harto evidente por qué Verlaine y Rilke, quienes se servían de la rima por principio, fueron los últimos capaces de llevar a expresión la fascinación de la rima: gracias a ellos vuelve a ser efectiva su aura refinada y sacramental. Desde entonces se ha constatado cierto agotamiento; su esquema se conoce demasiado bien por miles de poemas; algunos autores intentan rehabilitarla insertando nombres propios y palabras extranjeras, pero con ello no se le devuelve su antigua posición. Leo en la obra de Curtius que no es la primera vez que eso ocurre en la literatura; Curtius ofrece el siguiente ejemplo: “Los provenzales han sobreesforzado la rima. En la exhibición virtuosista de rimas raras, se desvanece la música y se pierde el sentido”. El autor lírico sentirá siempre la rima como un principio inconfundible con su persona, que le viene dictado por la lengua; la considerará siempre con una actitud especialmente crítica y cautelosa. El cuestionario americano sobre lírica ya citado contiene una pregunta referida a la rima; me gustaría darles a conocer una de las respuestas, de un tal Randall Jarrell: “La rima, como medio auxiliar estructural y automático, conserva para mí cierto encanto si se la trata de forma automática; pero me seduce sobre todo cuando es irregular, viva e imperceptible”.

Estos eran algunos temas especiales del ámbito de la lírica. Ahora debemos mirar a los ojos del autor de estas cosas, observar directamente al yo lírico, *en face* y bajo las condiciones más rigurosas. Si se contempla como fenómeno desde un punto de vista psicológico y sociológico, ¿cuál es la esencia de estos líricos? En primer lugar, a pesar de lo que supone el tópico, los líricos no son soñadores; quizás otros individuos puedan dar rienda suelta a sus sueños, pero los líricos deben embridarlos, incluso han de verbalizarlos. En realidad, tampoco son hombres de espíritu, estetas; sí, hacen arte, lo cual significa que necesitan un cerebro duro, macizo, un cerebro con colmillos capaces de triturar cualquier resistencia, incluso las propias. Son pequeños burgueses con un impulso innato, en parte vulcánicos y en parte indolentes. En el círculo de las relaciones sociales no despiertan interés: ya pasaron los tiempos de Tasso en Ferrara, no hay más Leonores, ni más coronas de laurel que muden de frente.

Pero los líricos tampoco son asaltadores de paraísos, titanes; generalmente, son seres harto apacibles, interiormente apacibles, no se permiten, ni siquiera como deseo, que se despache su obra de forma expeditiva; deben rumiar los temas largo tiempo en el interior, durante años; deben saber callar; Valéry guardó silencio durante veinte años, Rilke no compuso ningún poema durante catorce años, después aparecieron las *Elegías a Duino*. Piensen en un ejemplo paralelo en el ámbito de la música: en primer lugar se compuso la canción "Traüme", para Mathilde Wesendonk, después, tras varios años, se convirtió en el segundo acto de *Tristán*. Y sólo por razones locales, puesto que comparezco ante ustedes como conferenciante, añadiré un recuerdo personal, tan sólo para ilustrarles la lentitud inherente a la producción: en mi libro *Poemas estáticos* hay un poema de sólo dos estrofas; sin embargo, entre ambas median veinte años; escribí la primera estrofa, me gustó, pero no sabía cómo continuarla; finalmente, tras dos decenios de tentativas, ejercicios, revisiones y exclusiones me salió la segunda estrofa; me refiero al poema "Olas de la noche" ("Welle der Nacht"). Con tal morosidad debe rumiarse algo en el fuero interno, pues a veces un poema tan breve abarca un espacio de tiempo amplísimo. Pero ¿qué son los líricos? Seres excepcionales, habitantes de buhardillas, tipos que renuncian a la existencia para vivir indiferentes a si el resto del mundo juzga un poema como una historia sobre algo irreal y la maestría como egoísmo. En realidad no son sino fenómenos, y una vez muertos, se les hace descender de la cruz, aunque es obligado reconocer con toda franqueza que se han crucificado por sí solos, pues ¿qué les constreñía? Sin embargo, algo les debe de haber constreñido.

Para ofrecerles otro aspecto de este tipo, me gustaría llamarles la atención sobre lo siguiente. Tengan presente la diferencia fundamental entre pensador y poeta, entre erudito y artista, los cuales, no obstante, suelen ser mencionados conjuntamente por el público y metidos en el mismo cajón de sastre, como si manifestaran una gran identidad. ¡Qué lejos está todo esto de la verdad! El artista se encuentra abandonado a sí mismo. Un profesor docente realiza un trabajo sobre las aleaciones de cobre utilizadas en Europa hace dos mil años; están a su disposición los 4.729 análisis llevados a cabo entre los años 1860 y 1948; dispone de una bibliografía avalada por colegas de reconocido prestigio, que comprende unas tres mil páginas. A través de los servicios bibliotecarios internacionales se informa sobre lo que se piensa hoy día en Cambridge acerca del mineral gris de cobre; el boletín trimestral de la asociación internacional de universidades le permite conocer los lugares y las personas que trabajan sobre el mismo tema en otros países. Intercambio de ideas, correspondencia: el erudito corrobora, se asegura, avanza con prudencia, documenta ese medio paso con citas, nunca se presenta solo y desnudo. El artista carece de todo ello. Está solo, expuesto a la mudez y al ridículo. Responde de sí mismo. Él comienza sus cosas, y él les da término. Obedece a una voz interna que nadie más oye. No sabe de dónde viene esa voz. Ignora, a la postre, su mensaje. Trabaja solo, sobre todo el poeta lírico, puesto que no abundan los grandes poetas que depara una década, dispersos por diversas naciones, componiendo en diversas lenguas, la mayor parte

de las veces sin conocimiento mutuo; esos "*Phares*", faros luminosos, como los llaman los franceses, esas figuras que iluminan por largo tiempo el océano de la creación, pero que ellos mismos permanecen en la oscuridad.

He aquí pues un yo tal que se dice a sí mismo: yo, hoy, soy así. Albergó este estado de ánimo. Esta lengua mía, digamos, el alemán, se encuentra a mi disposición. Esta lengua con su vieja tradición secular, con sus palabras acuñadas por sus predecesores líricos, grávida de sentido y ánimo, extrañamente cargada. Pero también son patrimonio mío expresiones de jerga, argot, jerigonza, expresiones clavadas en la conciencia del hablante mediante el martilleo de dos guerras mundiales, complementada con vocablos extranjeros, citas, jerga deportiva, viejas reminiscencias. El yo actual que se ilustra más con periódicos que con filosofías, más cercano al periodismo que a la Biblia, para quien una canción pegadiza de moda contiene más siglos que un motete, cuya fe dirige sus plegarias antes a los procesos físicos de la naturaleza que a Nain o Lourdes, que sabe por experiencia que cada uno duerme como se acuesta, sin que nadie se preocupe por taparlo; este yo trabaja en una especie de milagro, en una pequeña estrofa, en la tensión de dos polos, el yo y su acervo lingüístico; trabaja en una elipsis, cuyas curvas aspiran al principio a separarse, pero al final terminan por converger serenamente.

Pero todo esto es aún demasiado superficial, debemos preguntar con mayor perseverancia. ¿Qué se oculta aquí? ¿Qué realidades y suprarrealidades se albergan en ese yo lírico? De este modo se nos plantean problemas. Este yo lírico apoya sus espaldas contra la pared en posición defensiva y agresiva. Se defiende contra el acoso del medio. Usted está enfermo, afirma ese medio, no lleva una vida íntima sana. Usted es un *dégénéré*. En realidad ¿cuál es su linaje?

Los grandes poetas de los últimos cien años proceden de clases burguesas, responde el yo lírico; si exceptuamos a los *poètes maudits* franceses, ninguno fue adicto, criminal o suicida. Pero su apelación a la salud y a la enfermedad me parecen conceptos tomados de la zoología y acuñados por veterinarios. Ni siquiera expresan estados de conciencia. Las diversas especies de postración, los cambios de humor inmotivado, las vacilaciones cotidianas, la repentina pasión óptica por el verde, el entusiasmo musical, el insomnio, las repulsiones, las náuseas, los sentimientos nobles como las destrucciones, todas esas crisis de conciencia, esos estigmas del cuaternario tardío, toda esa intimidad sufriente no queda subsumida bajo estos conceptos.

Bien, replica el medio. Pero su cenáculo no practica sino cerebralismo estéril, formalismo huero, deshumanización; no expresa lo eterno en el hombre, son enfermedades de la médula vital. ¡Vuelvan a la repoblación forestal y a la cultura de la tierra! ¡Protejan las aguas subterráneas! ¡Cuiden los viveros de truchas! En definitiva, ¿qué decía Ruskin?: "Todas las artes se fundan sobre el cultivo manual de la tierra".

En cuanto me concierne, dice el yo lírico, llegaré como mucho a los setenta años; dependo sólo de mis propias fuerzas, no recibo absolutamente nada de mi medio; tampoco puedo sembrar, vivo en una *city*, la luz de neón me anima,

estoy ligado a mí mismo, es decir, ligado a un ser humano: estoy ligado a su hora actual.

¿Cómo?, exclama el medio ¿no desea superarse a sí mismo? ¿No compone versos para la humanidad? Eso es trascendencia del ser humano en sentido descendente, usted escarnece la imagen global del ser humano. ¿Qué es esta cháchara sin fin sobre la palabra? No es sino primacía de la materia, degradación del espíritu hasta lo inorgánico: ésta es la cuarta edad, la fase suicida, anda en juego la conservación de lo más elevado.

Dejemos estar a lo elevado –responde el yo lírico–, seamos empíricos. Sin duda habrán escuchado alguna vez la palabra “Moiras”, el lote que me es asignado, la Parca que sentencia: ha llegado tu hora, mide sus lindes, examina sus recursos, no te pierdas en generalidades, no te abandones a los fuegos fatuos de la conservación de lo elevado; tú eres alto, puesto que hablo contigo. Naturalmente te está vedado adentrarte en otros reinos, hay muchas Moiras, yo hablo también con otros, observo cómo cada uno interpreta mi voz: pero éste es el círculo que te ha sido asignado: busca tus palabras, diseña tu morfología, exprésate. Asume serenamente la misión de una función parcial, pero desempeñala con seriedad; quiero susurrártelo al oído: una totalidad voluminosa es un sueño arcaico, sin vínculo alguno con la hora presente.

¡No me venga con su Moira! ¡Con una figura anterior a la decisión ética de Occidente! exclama el medio. Además eso de las Parcas es muy cómodo. Recurre a ellas porque le fallan las fuerzas. Ni siquiera es capaz de ofrecer un imagen profunda y veraz del ser humano; usted y su arte solipsista, caricatura y desolación del espíritu; debería practicar un conocimiento intuitivo, global, fisiognómico y simbólico.

Bien, dice el yo lírico, conozco sus veladas literarias –“Todo lo abstracto es inhumano”–, usted me ha fecundado, me ha quitado la venda de los ojos; en efecto, no somos nosotros quienes destruimos o amenazamos a ese medio, sino que es ese medio quien nos amenaza, incluso se cierne sobre aquello que desea conservar. A nosotros, náufragos de un ser humano que todavía cree en lo absoluto y que vive en su seno. Estos analistas del medio nos lo quieren arrebatar. A sus ojos no somos sino un proceso morboso: formulan cuadros clínicos de melancolía y esquizofrenia para burlarnos; no participamos ni en el culto de la tierra ni en el culto de los muertos, somos la señora sin abdomen en una especie de *Oktoberfest*; somos muecas, existencias escindidas y arruinadas; tales analistas encuentran justo cualquier descrédito al que nos pueda llevar ese medio.

Por ello hemos de considerar ese medio, debemos, con permiso, clavar nuestra mirada en él; ese medio omnisciente, conocedor de todo lo pasado y lo futuro, ese, denominado, medio orgánico, natural, telúrico, el medio más bello de Dios; dirijamos nuestra atención hacia él, ese medio es Occidente, ya no desea defenderse, pero quiere sentir miedo, quiere sentirse desamparado. Como desayuno un poco de serpiente de Midgard y por la tarde una tajada de Océano, el ilimitado. No tener miedo se juzga ya impío y antihumanitario. Y con este miedo corren a través del tiempo, nos arrastran a todos, tienen mucha

prisa: comienzan con el test de la rana, a los ocho días ya quieren saber si están embarazadas, y en dos meses, gracias al diagnóstico precoz de Galli-Maimoni, si será niño o niña. Acuden al teatro para dejarse narcotizar con la contemplación de obras en las que, en la primera escena, entra un invitado que se queda pasmado al ver una muchacha; en la segunda escena, es obligado que tropiece un sirviente y arroje un asado sobre la cabeza de un comensal: así es su humor redentor, con los pies en la tierra. Una vez en casa vuelven a sentir su desamparo y para tranquilizarse toman Phanodorm. Este medio quiere prescribirles bajo qué perspectiva o modo resulta lícito poetizar y pensar, e incluso quiere prestarles su asistencia: psicoterapia y psicosomática para incrementar su capacidad de rendimiento, lograr salud y armonía con el entorno, con el supramundo y el submundo; avanzan con experimentos de asociación, técnicas de meditación, hipnosis activa fraccionada, terapia de grupo e individual, superación inmediata de complejos; a cambio se les oferta una reconstrucción constitucional de la personalidad neurótica, y si han logrado todo ello a expensas de la Seguridad Social, quizás vuelvan a ser utilizables, digamos, cuarenta días en la industria textil. En definitiva, así es el medio: con análisis causales y síntesis teleológicas. No, rehúso cualquier enseñanza procedente de este medio, mi medio está intacto. En efecto, o el ser humano posee hoy un medio exactamente como lo tuvo en cualquier otro momento y también hoy es profundo, o nunca lo ha tenido. O su ley es capacidad de mutación y, en ocasiones, capacidad de decadencia, o bien carece por completo de ley. O se le ha impuesto un dictado que debe expresar, en todo caso y a cualquier riesgo, o no se le ha impuesto ninguna misión. Estos criterios milenarios, procedentes de un solo centro cultural, no agotan las máximas de toda ley antropológica: ésta es más amplia, comprende más posibilidades. Bajo esta ley se encontraron también otras culturas, las antihumanitarias, las premonoteístas, la egipcia, la minoica, la del Chimú; bajo esta ley vivirán y se desarrollarán nuevas culturas: tecnológicas, robóticas y las del radar. Por cierto, esa angustia del medio es una angustia muy especial; recientemente leía en un diario de gran tirada un anuncio con un encuadramiento visible: LA GRAN ANGUSTIA DE LA VIDA se puede combatir con el elixir revitalizador del Dr. Schieffer, a 3,50 marcos el frasco.

El yo lírico prosigue: ¡qué situación tan paradójica! Ese medio acepta todo lo que tenga que ver con la ciencia: en el arte todo es inaceptable. Soporta la cibernética, la nueva ciencia de la creación que forja el robot. ¿Se han parado a reflexionar en que el pensamiento de la humanidad actual —eso que aún se denomina pensar— puede ya ser pensado por máquinas?, ¿que estas máquinas ya superan incluso al ser humano?, ¿que sus válvulas son más precisas, los fusibles más estables que nuestro destartado mecanismo corporal?, ¿que transforman letras en sonidos y se abastecen de memoria para ocho horas?, ¿que las partes enfermas son extirpadas y reemplazadas por nuevas? Es decir: el pensamiento se introduce en el robot y lo que aún resta, ¿hasta dónde llegará? Podría también decirse que lo que en los últimos siglos la humanidad llamó pensar no fue tal, sino algo completamente distinto. Ahora, en todo caso, la cibernética asume

esa función y, según su predicción, será capaz de restituir al ser humano, por medio de ajustes y aparatos, su animismo mermado, sus poderes mágicos, su visión de la naturaleza, los sentidos perdidos. Y en torno a robots saltan conejos triploides, sesenta y seis cromosomas, todavía no fecundados personalmente, pero con ochenta y ocho cromosomas la fecundidad se incrementa de nuevo. Goesta Haegquist y el Dr. A. Bane en Estocolmo inauguraron la nueva temporada: talla gigante, miembros enormes, genitales titánicos. Está surgiendo una nueva fauna: ¿deberían los pintores continuar retratando vírgenes con aureolas de oro y los poetas imitar a Paul Gerhardt con su devoción a Pentecostés? No, ¡eso es absurdo!

Mas, se preguntarán ustedes, ¿qué tiene que ver todo esto con la lírica? ¡Pues mucho!, ¡todo tiene que ver con la lírica! El lírico nunca puede contentarse con un saber modesto, nunca trabaja suficiente, debe familiarizarse con todo, debe orientarse sobre la situación del mundo actual, conocer qué hora es sobre la tierra en este mediodía. Hay que arrimarse al toro, al decir de los grandes matadores, sólo entonces se alcanza la victoria. En un poema no se puede dejar nada al azar. Lo que escribió Valéry sobre Moltke —“para este héroe de sangre fría el verdadero adversario es el azar”— vale para el lírico: debe cerrar herméticamente el poema contra irrupciones, posibilidades de disturbio, debe cerrarse lingüísticamente, debe pulir él mismo sus fachadas. Debe tener olfato, mi genio está en mis narices, decía Nietzsche; olfato en todos los puntos de partida y en todos los montaderos, en los intelectuales, allí donde la dialéctica material e ideal se repelen la una a la otra como dos monstruos marinos, escupiéndose espíritu y veneno, libros y huelgas; y, allí donde la más reciente creación de Schiaparelli sugiere un cambio de orientación en la moda con el modelo de lino cieniento y organdí amarillo-ananás. De todo ello proceden los colores, los matices imponderables, los valores, de todo ello proviene el poema.

De todo ello proviene el poema, que acaso recoja una de esas horas lacerantes: el poema absoluto, el poema sin fe, el poema sin esperanza, el poema que no va dirigido a nadie, el poema, hecho de palabras, compuesto con una forma fascinante. Y, por decirlo una vez más, quien tras esta formulación tan sólo quiera ver nihilismo y lascivia, ése ignora que tras la fascinación y la palabra aún se ocultan suficientes enigmas y abismos del ser como para satisfacer al alma más profunda; que en toda forma fascinante hay suficiente sustancia hecha de pasión, naturaleza y experiencia trágica. Pero, por supuesto, se trata de una decisión: han abandonado la religión, la colectividad y se adentran en territorios inexplorados. Pero ¿qué sentido tiene entonces esa eterna cháchara sobre crisis de fundamentos y catástrofe cultural que nos vemos obligados a soportar, si no quieren afrontar la realidad, y si no desean tomar ninguna decisión?

Pero ¡no les queda más remedio que decidirse! Las especies que no obedecen a su ley y a su orden interno pierden su tensión formal y perecen. Nuestro orden es espíritu, su ley reza expresión, creación, estilo. El resto es decadencia. Ya sea abstracta, atonal o surrealista, no es sino la ley de la forma, la *ananke* de la creación expresiva, que rige sobre nosotros. No se trata de una opinión

privada, un *hobby* del yo lírico, lo han dicho todos los que actuaron en este ámbito: "una palabra pesa más que una victoria". También ese poema sin fe, ese poema sin esperanza, ese poema que no va dirigido a nadie es trascendente, es —para citar a un pensador francés dedicado a estas cuestiones— "la participación en la consumación de un devenir que depende del ser humano al par que lo sobrepasa".

Sé que incluso en las filas de los líricos modernos se hacen oír voces que reclaman un retorno a los orígenes. En un ensayo publicado en *Merkur* Eliot defiende la tesis de que esa tendencia debería alcanzar un estado de reposo, es decir, que el progreso de la autoconciencia, esa exasperada intensificación del saber lingüístico y de los esfuerzos en torno al lenguaje, son desmesurados. Pero Eliot critica también la televisión y quiere frenar su avance. Creo que no tiene razón en ninguno de los casos. Creo que se engaña en lo esencial. Opino que tales fenómenos son irreversibles y que más bien anuncian el comienzo de una evolución. Por ello me permito una breve digresión en otro ámbito que proyectará nueva luz sobre nuestra tesis. Me refiero a la genética, la ciencia sobre el origen del ser humano. Sin duda, se puede ser muy escéptico respecto a sus múltiples y mudables teorías sobre la especie y el origen del ser humano, respecto a sus muy variables y lábiles interpretaciones de los fósiles y de los hallazgos de estadios intermedios; pero su punto de apoyo actual es que el hombre no es el producto de una evolución, sino que ya existía desde un comienzo y que representa una nueva situación de la creación. La esencia de esta situación es conciencia y espíritu. Los trabajos de Gehlen, Portmann y Carrel sistematizan este pensamiento. El ser humano, dice Gehlen, es el animal que aún no ha consumado su evolución, abierto a impresiones, capaz de desarrollo, situado al principio de su destino como especie. En su mayor parte, la construcción del cuerpo está acabada; son las cosas inmateriales las que ahora se ramifican, se transmiten y se conservan. La plasticidad del devenir se dirige hacia una nueva dimensión, la emancipación del espíritu tantea en un espacio recién abierto. En lo que atañe a nuestro tema concluimos que no se trata en absoluto de pérdida del medio; el medio rebosa de riquezas inagotables: en las grandes culturas no se han mostrado sino indicios. Pero la dirección de ese medio se ha tornado evidente: se dirige a las esferas de tensión de la conciencia y del espíritu; no regresa hacia el impulso, el calor afectivo, el cultivo del idilio íntimo botánico-zoológico, sino que avanza hacia un encadenamiento de conceptos acendrados, desde una superación de lo animal hacia construcciones intelectuales, en la dirección de un desplazamiento productivo del misticismo interno hacia formas diáfanas e intramundanas. Se abre un camino hacia un mundo con voluntad de conciencia y expresión; que deviene conciencia y expresión, en una palabra: hacia la abstracción. Lo que vendrá a continuación es imprevisible. Pero si se comporta en concordancia con su especie, probablemente el hombre no llegue a su fin, como presagian los melancólicos de la cultura actuales; habrá pues de comportarse según leyes creativas que superen a la bomba atómica y a las masas de uranio. Según

esta secuencia de pensamientos, tampoco el hombre occidental perecerá; ha sufrido, es estable y podría desarrollar insospechadas fuerzas creadoras a partir de sus destrucciones parciales. El yo lírico sigue esta teoría no porque tenga menester de un refuerzo, sino sólo por su propio acicate. Dicha teoría se solapa con sus sustancias, sus sustancias de la Moira del momento, y éstas lo conducen. Puesto que para él no hay ni Meca ni Getsemaní, incluso el bajo relieve del templo Khemer de Angkor Vat se sitúa fuera de sus coordenadas, más allá, por el sendero que asciende hacia el Olimpo de la apariencia. Allí donde haya hombres, morarán también dioses.

Algunas irradiaciones antes de decir adiós al yo lírico y habremos terminado. Uno de esos rayos cae sobre las épocas de transición: pensar en términos de épocas de transición se ha convertido ya en un cliché de las ciencias del espíritu. No digan apocalíptico, he escrito en *Tres hombres viejos*, no digan apocalíptico, "el monstruo marino de siete cabezas y la bestia terrestre bicórnea siempre han existido". El poema absoluto no necesita épocas de transición: es capaz de operar sin tiempo, como desde antaño en las fórmulas de la física moderna. Sin embargo, en lo que a esto concierne cree que la espuria unidad planetaria impuesta por la técnica sobre la tierra carece de significado existencial. Siempre hubo técnica, sólo que la mayor parte de la gente no ha aprendido lo bastante como para saberlo. A fin de cuentas, César viajó ya muy cómodamente en litera desde Roma a Colonia en seis días: y el faro de la Coruña, construido hace dos mil años, emite aún su luz sobre el golfo de Vizcaya. Cuando se abrían los grifos en la Roma imperial, el agua del mar de Liguria, a una distancia de cuarenta kilómetros, corría hasta sus baños; ni siquiera hoy día hemos llegado tan lejos. La primera piragua gracias a la cual se pudo atravesar un río sin mojarse fue mucho más sensacional para la cultura y la historia de los pueblos que todos los submarinos, y el instante en el que por primera vez un dardo soplado con cerbatana mató a un animal al que ya no era posible cazar y golpear con la mano, cambió el tiempo quizás más bruscamente que los isótopos. Por ello, tampoco cree que nuestro sentimiento vital de hoy día sea más universal que en las ciudades alejandrinas, cuando el helenismo se extendía desde Atenas hasta la India, o en las embarcaciones que condujeron por primera vez a genoveses y españoles allende el Atlántico.

Y aun así este yo lírico tiene a veces una impresión completamente extravagante. Se la confiesa a sí mismo sólo con cautela. A veces no puede sustraerse a la siguiente impresión: se diría que los filósofos actuales quieren también poetizar con sus profundas meditaciones. Sienten que en el momento actual el pensamiento sistemático-discursivo ha llegado a su fin, la conciencia soporta hoy día sólo el pensar fragmentario, y por muy penetrantes que puedan ser algunas de sus afirmaciones, los tratados de quinientas páginas sobre la verdad tienen el mismo peso que un poema de tres estrofas. Este ligero terremoto no pasa desapercibido a los filósofos, pero su relación con la palabra ha sufrido un quebranto o jamás ha rebotado vida; por ello se hicieron filósofos, pero, en el fondo, desearían cantar, todos desean poetizar.

Todos quisieran componer el poema moderno, cuyo sesgo monológico está fuera de duda. El arte monológico, que contrasta directamente con el vacío ontológico que se cierne sobre todas las conversaciones y que sugiere la pregunta de si el lenguaje en general aún posee carácter dialógico en sentido metafísico, ¿brinda aún alguna posibilidad de comunicación?, ¿aporta superación y transformación o tan sólo es material para conversaciones de negocios y, por lo demás, símbolo de una trágica decadencia? Coloquios, discusiones: no es sino murmullo de butaca, indigna antebóveda de estados privados de excitación; en lo más profundo vive, inquieto, lo Otro, lo que nos creó, pero que no vemos.

Estamos ya cercanos a la conclusión. Temo no haber sido capaz de contarles nada nuevo. Ante una facultad, que, como he visto en el programa de lecciones, ofrece cursos sobre lírica alemana desde Klopstock hasta Weinheber, sobre exégesis poética y forma expresiva, y que organiza seminarios de recitación de poemas modernos; ante una facultad pues, que está tan *up to date* en lo que concierne a la lírica, no puedo aportar nada de interés. Podría, como mucho, hacer una observación que no me corresponde formular, pero que por mor de la exhaustividad, no deseo reprimir, a saber: que, según mi criterio, el poema moderno es refractario a la recitación, ya sea en interés del poema o en interés del oyente. La lectura del poema facilita su recepción. El receptor adopta por anticipado una actitud distinta hacia el poema, si ve cuán extenso es y de cuántas estrofas consta. Cuando una vez, hace años, recité algunos versos en la antigua Academia Prusiana de Bellas Artes —de la que soy miembro—, decía antes de cada lectura: ahora viene un poema de, por ejemplo, cuatro estrofas de ocho versos cada una. En mi opinión, la imagen visual favorece la capacidad de recepción. Un poema moderno exige tanto la impresión sobre el papel como su lectura; exige caracteres negros, adquiere mayor plasticidad si se puede ver su estructura externa, y se torna más íntimo, cuando el lector se inclina silenciosamente sobre sus versos. Ese inclinarse sobre el poema resulta necesario; citaré al respecto a un ensayista francés que ha escrito recientemente sobre la lírica francesa moderna. Dice: no encuentro otra expresión para caracterizar a estos autores en su conjunto sino denominarlos poetas difíciles.

En lo que precede me he expresado quizás de modo hartamente racional, con demasiada claridad sobre ciertas relaciones, quizás también con excesiva dureza. En cualquier caso, lo he hecho con toda intención. Me parece que no hay otro ámbito en el cual dominen tantos malentendidos como en la lírica. He podido observar cómo en algún artículo firmado por gente inteligente o por críticos relevantes se han dedicado consideraciones instructivas a un lírico verdaderamente ilustre, mientras en trabajos ulteriores se ha prestado la misma atención y devoción a un epígono que ni siquiera cabía calificar de adocenado. Se diría incapacidad de distinguir la porcelana de la dinastía Ming de la vajilla irrompible que hoy día se usa en las familias numerosas bajo el nombre de Mepal. Las razones de esta falta de discernimiento no estriban en consideraciones externas, sino en una ausencia de criterios internos. Este crítico aún asume ciegamente la idea de que un poema versa sobre sentimientos y que debe irradiar calor, como

si un pensamiento no fuera un sentimiento, como si la forma no fuese el calor por excelencia. Este crítico arraiga aún muy hondo en el tipo viejo de hombre, con sus sutilezas e interpretaciones equívocas a expensas de la poesía pura. Para el autor, un poema nuevo entraña siempre la renovada tarea de domar un león, y para el crítico reconocer un león, donde quizás preferiría encontrar a un asno. Mas cabe alegar muchas disculpas en descargo de ese crítico, pues, lo admito, un poema es una estructura tan compleja que resulta realmente muy difícil abarcarla en todas sus reacciones en cadena.

Pero quizás en otro sentido mis palabras hayan sonado un tanto duras y absolutas. Me imagino aquí a un joven sentado en uno de los bancos, que ha comenzado a componer versos y a quien mis palabras han caído como escarcha en su noche de primavera lírica. Desearía decirle que esa no era mi intención. Sólo una minoría comienza con una obra ya madura y, como consolación, quisiera despedirme de ese joven con una anécdota personal. Tenía dieciocho años cuando comencé mis estudios universitarios en Marburgo. Era en el primer decenio de este siglo. Por entonces estudiaba filología y seguía los cursos del profesor Ernst Elster, el editor de la primera gran edición de la obra de Heine; su curso se titulaba: "Poética y metodología de historia literaria". Se trataba de un curso atractivo y moderno, según los cánones a la sazón vigentes. Hoy sin embargo los métodos de la crítica literaria son más sublimes, son incluso harto sublimes, sobre todo en lo que atañe a la prosa, en el sentido del análisis estilístico y de la exégesis lingüística: si además uno se ha visto afectado por ello, como precisamente me ha sucedido con una tesis doctoral de Bonn que analiza mi prosa juvenil, entonces se diría que se trata de un método de vivisección. Así pues, como decía, seguía un curso con Elster, con el profesor Wrede sobre lírica medieval, y con muchos otros en cuyos cursos me había inscrito; precisamente, con esta conferencia pronunciada hoy pretendía saldar mi deuda de gratitud contraída con los dos semestres, para mí tan fundamentales, pasados en esta *Alma Mater Philippina*. Pero volvamos a ese señor que estaba sentado en un banco. Yo vivía aquí, residía en el número 10 de la Wilhelmstrasse; en Berlín-Lichterfelde se editaba una revista titulada *Romanzeitung*. Tenía una rúbrica, en la que se recensionaban poemas enviados de forma anónima. Allí envié en aquel entonces varios poemas y aguardé la crítica con gran temor durante algunas semanas. Cuando se publicó decía: "G. B. - de espíritu amable, débil en la expresión. Vuelva a remitirnos algo cuando lo estime oportuno". Esto sucedió hace mucho tiempo, y ahora pueden ver ustedes que tras algunos decenios de trabajo se me cuenta entre los poetas de la expresión, mientras, por el contrario, mi estado de ánimo se considera hosco. Es posible perfeccionar un talento gracias al trabajo, pero también puede agotarse. Mi máxima reza: llegar tarde, tarde a sí mismo, a la fama, a los festivales. Por tanto, continúen componiendo versos con morosidad, si sienten la necesidad de recorrer el nuevo sendero, no hollado, que conduce a los seis poemas a los que me referí anteriormente. Recojan la lanza allí donde la hemos dejado, por recurrir a una imagen flaubertiana. Les aseguro fracasos externos, conmociones internas, días de autoextrañamiento, noches insomnes.

LA CARTA DE FRANCISCO MIRANDA FUE EL VERDADERO PASAPORTE DE BERNARDO O'HIGGINS EN SU VIAJE A CHILE

Francisco Miranda, precursor de la Independencia iberoamericana, antes de que su discípulo Bernardo O'Higgins partiera de Inglaterra con destino a Chile, le entregó una carta que el héroe chileno –a la sazón, joven de 21 años– debía leer y meditar durante el viaje, y luego destruirla. Dice la carta:

“El ardiente interés que tomo en vuestra felicidad, me induce a ofreceros algunas palabras de advertencia al entrar en ese gran mundo en cuyas olas yo he sido arrastrado por tantos años. Conocéis la historia de mi vida y podéis juzgar si mis consejos merecen o no ser oídos.

Al manifestaros una confianza hasta aquí ilimitada os he dado pruebas de que aprecio altamente vuestro honor y vuestra discreción, y al transmitir os estas reflexiones, os demuestro la convicción que abrigo de vuestro buen sentido, porque nada puede ser más insano, y a veces más peligroso, que hacer advertencias a un necio.

Al dejar la Inglaterra, no olvidéis por un solo instante que fuera de este país no hay en toda la tierra sino otra nación en la que se puede hablar una palabra de política, fuera del corazón probado de un amigo, y que esa nación es Estados Unidos.

Elegid, pues, un amigo, pero elegidle con el mayor cuidado, porque si os equivocáis, sois perdido. Varias veces os he indicado los nombres de varios sudamericanos en quienes podríais depositar vuestra confianza, si llegáis a encontrarlos en vuestro camino, lo que dudo, porque habitáis una zona diferente.

No teniendo sino muy imperfectas ideas del país que habitáis, no puedo daros mi opinión sobre la educación, conocimientos y carácter de vuestros compatriotas, pero, a juzgar por su mayor distancia del Viejo Mundo, los creería los más ignorantes y los más preocupados. En mi larga conexión con Sudamérica, sois el único chileno que he tratado y, por consiguiente, conozco más de aquel país que lo que dice su historia poco ha publicada (la historia de Molina), y que lo presenta bajo luces tan favorables.

Por los hechos referidos en esa historia esperaríais mucho de vuestros campesinos, particularmente del Sur, donde, si no me engaño, intentáis establecer vuestra residencia. Sus guerras con sus vecinos deben hacerlos aptos para las armas, mientras que la carencia de un pueblo libre debe traer a sus espíritus la idea de la libertad y de la independencia.

Volviendo al punto de vuestros futuros confidentes, desconfiad de todo hombre que haya pasado la edad de cuarenta años, a menos que os conste el que sea amigo de la lectura y, particularmente, de aquellos libros que hayan sido prohibidos por la Inquisición. En los otros, las preocupaciones están demasiado arraigadas para que pueda haber esperanza de que cambien y para que el remedio no sea peligroso.

La juventud es la edad de los ardientes y generosos sentimientos. Entre los jóvenes de vuestra edad encontraréis fácilmente muchos prontos a escuchar y fáciles de convencerse. Pero, por otra parte, la juventud es también la época de la indiscreción y de los actos temerarios; así es que debéis temer esos defectos en los jóvenes, tanto como la timidez y las preocupaciones en los viejos.

Es también un error el creer que todo hombre, porque tiene una corona en la cabeza o se sienta en la poltrona de un canónigo, es un fanático intolerante y un enemigo decidido de los derechos de los hombres. Conozco por experiencia que en esta clase existen los hombres más ilustrados y liberales de Sudamérica, pero la dificultad está en descubrirlos. Ellos saben lo que es la Inquisición y que las menores palabras y hechos son pesados en su balanza, en la que, así como se concede fácilmente indulgencia por los pecados de una conducta irregular, nunca se otorga al liberalismo en las opiniones.

El orgullo y fanatismo de los españoles son invencibles. Ellos os despreciarán por haber nacido en América y os aborrecerán por ser educado en Inglaterra. Manteneos, pues, siempre a larga distancia de ellos.

Los americanos, impacientes y comunicativos os exigirán con avidez la relación de vuestros viajes y aventuras, y de la naturaleza de sus preguntas podéis formaros una regla, a fin de descubrir el carácter de las personas que os interpielen. Concediendo la debida indulgencia a su profunda ignorancia, debéis valorizar su carácter por el grado de atención que os presten y la mayor o menor inteligencia que manifiesten en comprenderos, concediéndoles o no vuestra confianza en consecuencia.

No permitáis que jamás se apoderen de vuestro ánimo ni el disgusto ni la desesperación, pues si alguna vez dais entrada a estos sentimientos, os pondréis en la impotencia de servir a vuestra patria.

Al contrario, fortaleced vuestro espíritu con la convicción de que no pasará ni un solo día, desde que volváis a vuestro país, sin que ocurran sucesos que os llenen de desconsolantes ideas sobre la dignidad y el juicio de los hombres, aumentándose el abatimiento con la dificultad aparente para poner remedio a aquellos males.

He tratado siempre de imbuirlos principalmente este principio en nuestras conversaciones, y es uno de cuyos objetos desearía yo recordaros, no sólo todos los días, sino en cada una de sus horas.

¡Amáis a vuestra patria! Acariciad ese sentimiento constantemente, fortificadlo por todos los medios posibles, porque sólo a su duración y a su energía deberéis el hacer el bien.

Los obstáculos para servir a vuestro país son tan numerosos, tan formidables, tan invencibles, llegaré a decir, que sólo el más ardiente amor por vuestra patria podrá sosteneros en vuestros esfuerzos por su felicidad.

Respecto del probable destino de vuestro país, ya conocéis mis ideas, y aun en el caso de que las ignoráseis, no sería este el lugar a propósito para discutir las.

Leed este papel todos los días durante vuestra navegación, y destruidlo enseguida. No olvidéis ni la Inquisición, ni sus espías, ni sus sotanas.

(Fdo.) Francisco Miranda”.

(*La Nación*, 18 de septiembre de 1957).

TERESA CALDERÓN G., *Elefante*, Santiago, RIL Editores, 2007, 79 págs.

Elefante, nuevo libro de la poeta y narradora Teresa Calderón, es un grito poético que se pasea como máquina fotográfica en un mundo que está quedando desolado y sin humanidad.

El título del libro, deja impávido: "Elefante", así, a secas. Y lo es más cuando vemos que a través de su fabulosa figura, comienza un maravilloso itinerario, colmado de ingenio, frases ocurrentes, juegos de palabras, glorificación de la Naturaleza: fragmentos de artificios que revelan la pequeña vulgaridad humana, la patria fabulosa de la infancia y aquella entera añoranza de la ingenuidad.

*Nadie repara
en un elefante solitario
animal herido
que tiene hambre
y que tiene sed
y está perdido
en la evolución
(pág. 24).*

Su lectura nos conduce a una cosmogonía llena matices, sutileza en el lenguaje, armonía en los conceptos, oficio en la composición, hasta insertarnos en un universo de magníficas imágenes, en que cada frase se convierte en un dulce dolor.

Hay en el proceso creador de *Elefante*, una triple transposición, aquella de un pasado vivido a un presente de un lúgubre universo, la de la sensibilidad de la poeta a la propia sensibilidad del animal, que mantiene un equilibrio entre la impersonalidad que la autora pretende con el libro, y lo profundamente personal, que conmueve.

Teresa Calderón viaja con el *Elefante*, lo pasea por los salones de la moral, visita cementerios, calles infaustas, lo hace contándole historias de bestias humanas:

*Un elefante no necesita patio 29
(pág. 13).*

Y más adelante señala:

*Un humano
luce orgulloso su bestialidad
Y vive 80 años.*

*Vive 80 años
pero maldice su transitoria inmortalidad
muy poco tiempo para aprender
lo que le está permitido a un elefante.
Luce orgulloso su bestialidad*

*orondo en su libre albedrío
y en pleno desuso de sus facultades mentales*
(pág. 14).

También, el *Elefante* invita a la autora y le cuenta su dolor:

*El elefante lloraba
porque no quería dormir.
Duerme, elefantito mío,
que la luna te va a oír.
Papá elefante está cerca,
se oye en el manglar mugir;
duerme, elefantito mío,
que la luna te va a oír.*

*El elefante lloraba
(icon un aire de infeliz!)*
(pág. 16).

Al contrario de lo que sucede con la inmensa mayoría de los libros que se editan, *Elefante* proyecta el lenguaje de la desolación y de la felicidad, en una simbiosis que alienta la lectura.

Nadie queda indiferente al recorrer los relatos poéticos, logrados con oficio y serenidad. El elefante es como un ser incorpóreo y vagabundo, que se adueña del entorno natural, de los sonidos y balbuceos de quienes lo inmolan.

La autora sagazmente dialoga con la conciencia de un animal, que es la conciencia de la sociedad entera. En el coloquio poético se encuentra la raíz, apenas enunciada, de antiguas fábulas, hechos de la punzante rutina, paisajes familiares, en un entramado lírico que toma por asalto, que sorprende:

Ellos mataban lobos para disfrazarse con su piel
(pág. 41).

Quizás no existan animales más libres y puros que los elefantes. Esa libertad Calderón la desarrolla indagando en zonas como la vida y la muerte, la vigilia y el sueño. La estricta inocencia de este maravilloso animal representa la pureza, que en la escritura adquiere un sesgo singular y reconocible: el elefante atraviesa el escenario vulgar –la selva, la jaula, el zoológico–, accediendo a un papel protagónico de la libertad y el amor.

*El único elefante estúpido,
los hay hasta en las mejores familias,
vive en Disney World*
(pág. 44).

Y en la página 46 agrega:

*Un hombre
asesina elefantes
sin medir consecuencias
para el resto de la manada
que se desata en estallidos dolientes.*

Cada verso, en apariencia sencillo, mantiene una connotación poética inconfundible, modificando a cada tranco el pensamiento de quienes recorren las páginas, encontrando sugerencias insospechadas, variaciones definidas y un colorido temático que nunca suelta los ritmos, la velocidad mágica de la visión poética.

Teresa Calderón ha regresado en gloria y majestad a la poesía, que tenía en remojo hace años. Se nota el crecimiento, la cultivación y desarrollo poético, que la pone arriba del pedestal.

Ha escrito un poemario originalísimo, extraordinario en su concepción, con manejo de lenguaje y oficio, que nos regresa al albor de nuestras vidas, nos pasea por huracanes humanos y por un cosmos reciente, con su entrañable elefante, en un ejercicio de felicidad y desgracia, donde no quedan títeres con cabezas, y la poesía y la antipoesía quedan engrandecidas por su talento.

REINALDO E. MARCHANT

MIGUEL VALDERRAMA, *Modernismos historiográficos. Artes visuales, postdictadura, vanguardias*, Santiago, Palinodia, 2008.

Resulta evidente que en el último tiempo el debate que busca reflexionar la relación arte-política y que remite, de un modo no siempre directo, a la época del despliegue del arte durante los años de dictadura en Chile, ha cobrado una emergencia inusitada. Ejemplo de esta emergencia son la reedición del libro *Márgenes e Instituciones* de Nelly Richard, el libro de Guillermo Machuca sobre arte y violencia, el foco de debate que Willy Thayer abriera en relación directa al trabajo de Richard, el libro de conversaciones sobre arte en Chile, *Filtraciones I*, de Federico Galende y el último material de Rodrigo Zúñiga, éste ligeramente más distanciado de la escena local, en torno a la relación arte-biopolítica. En este contexto de discusión se inscribe ahora el libro del historiador Miguel Valderrama, *Modernismos Historiográficos*. El último de los libros que acabamos de mencionar –y que ocupa una posición disciplinar específica, puesto que su autor no pertenece o al menos no querría verse a sí mismo como perteneciente al campo del arte–, se sitúa en una revisión crítica en torno a la producción cultural y filosófica sobre la época del arte experimental, preferentemente aquella concentrada en la así llamada Escena de Avanzada. Los dos ejes que el autor escoge como corolarios o líneas fuerza de las intervenciones textuales sobre arte que en aquel tiempo tuvieron lugar, son, como acabamos de mencionar, el culturalista y el filosófico. A modo de abreviatura, ambos abordajes quedan limitados didácticamente a las producciones del filósofo Pablo Oyarzún y la crítica de la cultura de Nelly Richard. En el caso del primero, se examina especialmente la relación de la crítica que tempranamente Oyarzún establece con el *ready made* de Duchamp, en el caso del segundo, la producción en torno a una escena cuya heterogeneidad es reducida, bajo justificación política y colectiva, a un *corpus* de prácticas configuradoras de sentido. Ambos casos parten, y en esto radica el carácter controversial de la hipótesis que instala *Modernismos Historiográficos*, por ser puestos en un mismo tapete –llamémosle así– en virtud de lo siguiente: la escena de duelo. Esto quiere decir que el punto abstracto y genérico del que Valderrama se toma para iniciar su proyecto es la escena de duelo como una escena compartida por disciplinas que en principio mantendrían una distancia infranqueable entre ellas. Controversial, decíamos, puesto que una lectura más o menos institucionalizada sobre la escritura de arte en Chile ha instaurado una escisión radical –fundamental– entre ambas tendencias analíticas. Esta escisión entre una lectura culturalista y otra filosófica o estética de la práctica visual, que Valderrama parece difuminar con la hipótesis del duelo, podría ser comprendida del siguiente modo. Mientras que una lectura filosófica vería en la obra un secreto revelador anterior e inaproximable a cualquier demanda de sentido, una expresividad que transita siempre a un costado de cualquier “principio anterior” y de cualquier “sujeto posterior” o, en palabras de Emmanuel Lévinas, aquello que testimonia su concordancia con un destino extrínseco al curso de las cosas (manifestación de la extrañeza de lo exótico), la lectura culturalista de la obra estaría ligada, en general, a la restitución de un principio comunicativo y militante de la obra. Frases como “trabajo batallante con el arte y sobre el arte”, “repolitizar el arte desde un

imaginario de la crisis y la fractura (ideológicas, estéticas)", "estrategia militante contra el academicismo", "luchas por el sentido" no harían otra cosa que poner la obra al servicio de la liberación, la ruptura, la recomposición de sentido, el derrocamiento o la transformación. Si para la lectura filosófica de la obra ella no es más que ruina, aquello que vendría a realizar su inflexión culturalista es arruinar su condición de ruina. Si bien Valderrama estaría advertido de tales distinciones constitutivas del campo del arte en Chile, su estrategia discursiva estaría concentrada en desplazar la hipótesis que ha organizado la historia de las artes visuales en Chile. Esta hipótesis, formulada por Pablo Oyarzún y retomada luego por Willy Thayer, le atribuye a la Avanzada una alianza infranqueable con la historia del progreso. Lo mismo confesaba Jean Claire —en Una modernidad escéptica— respecto de las vanguardias al decir de ellas que no eran otra cosa que un optimismo ciego frente al gran desasosiego de la modernidad, el efecto de un vínculo cariñoso con la historia. Así Claire, usando la metáfora de los modos de la guerra, le atribuye a la modernidad la condición de una guerra secesionista (relación desencantada y creativa con el pasado), mientras que a la vanguardia la de una guerra independentista (avanzar quemando todo a sus espaldas). Pero Valderrama, decíamos, parece desplazar aquellas hipótesis que refuerzan el vínculo de la vanguardia con la historia, pues lo que está poniendo en juego ahí es un desmarque de las propias representaciones de la historia del progreso, puesto que una lectura que asume la relación del arte con la historia del arte en tanto llamado de actualidad, al estar sumida en una historia de la temporalidad, es ella misma modernizadora. Este supuesto, que estaría también contenido en el prólogo que Federico Galende le hiciera a su libro de conversaciones sobre arte en Chile —Filtraciones I— cuando, en una especie de ajuste de cuentas dice: "Después, un sector de esa filosofía habló mucho del "fin", pero nada que hable tanto del "fin" puede dejar de ambicionar secretamente ser el comienzo de algo", parece ajustarse mucho más a la fórmula que, en tanto interrupción del júbilo progresista de la historia, Valderrama toma de Blanqui consistente en "lo nuevo siempre viejo y lo viejo siempre nuevo".

Pese a esto, la historia del fin se vuelve fundamental para la hipótesis que Valderrama instala en su libro, pero no lo hace para exasperar las diferencias entre una posición y otra, sino para hacerlas volver sobre un mismo punto. De Oyarzún, entonces, prefiere su trabajo sobre el *ready made* en tanto interrupción del efecto estético y de Richard, el gesto que permite elaborar las propias condiciones de producción de una obra. ¿Qué significa sustraer aquello que ha trazado el eje del debate sobre arte en Chile del vínculo con la propia historia que lo ha constituido? Es decir, ¿si la reflexión en Chile sobre el carácter de la obra ha estado determinada, no por ello sin matices, por la tensión entre una lectura des-obrante de la obra y otra que le asigna a ésta su condición de utilidad, en qué sentido una lectura que piensa a la obra como interrupción de la comunicación, la estética y la anestesia y otra que la piensa en tanto sus posibilidades de inscripción y sentido podrían aparecer como modulaciones de un mismo problema? Aquí Valderrama, incluso restituyendo una metalectura

que en relación a la hipótesis modernizadora había intentado suprimir, parece insinuar una respuesta: aquello que indistingue una lectura de obra desobstante de una lectura obrante es su estrecho y conflictivo vínculo entre obra y crítica. Si el fin del arte es el fin de la historia de la intimidad de la obra, las preguntas por la imposibilidad y por la posibilidad, por lo impropio y lo propio, reposan en un mismo acontecimiento: el de la aniquilación de un punto que vuelva discernible un adentro y un afuera de la obra. La hipótesis de Valderrama en este sentido sería la siguiente: si ambas escrituras están ya inmersas en un pensamiento acerca de la imposibilidad de la especificidad de la obra —un problema que remite a cierto espíritu de la época—, la cuestión del marco como aquello que no estando dentro de la obra, no pertenece tampoco a su afuera, se torna fundamental para aquello que a la vez toca como tema, pues su llamado es la testificación de que la orfandad de las cosas invocan también su cuidado. Duelo y marco parecieran constituir entonces la fórmula que desnuda cualquier fórmula. Me explico: lo que no perteneciendo a la obra no es tampoco ajena a ésta, es lo que la toca. Pero no toca a la obra como tal, a la obra en tanto objeto macizo o en tanto identidad que coincide consigo misma; la toca en tanto imposibilidad de enmarcamiento. Toca como tema lo que el tema no toca. ¿Podría ser dicho de este modo? Tal vez sí, pero entonces el tema del libro es el duelo como espacio en el que emerge la escritura sobre arte en Chile y el marco como aquello que literalmente no toca el objeto mismo del duelo. Marco y duelo inician así una relación de imposibilidad, incrementada por la acidez de su vínculo arduo. Por un momento, daría la impresión de que es éste el tema del libro, más que el del arte como tal. Es decir, que el tema del libro no es el arte como objeto sino más bien ese objeto imposible que se torna visible por medio de la escritura, insista ésta en la pérdida o en el olvido de esa pérdida. La crítica, tomando nuevamente una sentencia de Lévinas, es la que aún tiene algo que decir cuando todo ha sido dicho, que puede decir de la obra otra cosa que la obra.

Y esto lleva directamente a que el libro en cuestión pueda ser abordado como un material que ya se encuentra inserto en la propia atmósfera que describe: la escena del duelo como una escena que pertenecería al estado melancólico del lenguaje y de su ferviente modo de tratar lo inasible. Modernismos historiográficos pasa a ser de este modo un libro que sobre flota, sin revocar, en la misma atmósfera que toca y advierte: un libro que cuenta la pérdida asumiendo él mismo la pérdida de un objeto posible. Porque el libro de Valderrama no está dentro del duelo, sino en el duelo. En su punto de vacío, en ese punto anterior que la propia escena de duelo requiere para pensarse a sí misma como representación o como aquello en lo que ella consiste.

PAZ LÓPEZ

EDICIONES
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

TÍTULOS PUBLICADOS
1990-2007

- A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 347 págs.), tomo I.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 371 págs.), tomo II.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 387 págs.), tomo III.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 377 págs.), tomo IV.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 412 págs.), tomo V.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, 346 págs.), tomo VI.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, 416 págs.), tomo VII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 453 págs.), tomo VIII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 446 págs.), tomo IX.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 462 págs.), tomo X.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2003, 501 págs.), tomo XI.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 479 págs.), tomo XII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 605 págs.), tomo XIII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 462 págs.), tomo XIV.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 448 págs.), tomo XV.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 271 págs.), tomo XVI.
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufraios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2003, 866 págs.).
- Bauer, Arnold, *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana* (Santiago, 2004, 228 págs.).
- Bianchi, Soledad, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, *La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Contreras, Lidia, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Cornejo C., Tomás, Manuela Orellana, *la criminal. Género, cultura y sociedad en el Chile del siglo XVIII* (Santiago, 2006, 172 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Santiago y Buenos Aires, 2003, 331 págs.), tomo II.
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*. (Santiago y Buenos Aires, 2004, 242 págs.), tomo III.
- Diccionario de uso del español de Chile (DUECh). Una muestra lexicográfica* (Santiago, 2001, 166 págs.).
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones, 1999*, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).
- Ehrmann, Hans, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).

- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2ª edición (Santiago, 2000, 172 págs.), vol. I.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. Durante la república*, 2ª edición (Santiago, 2000, 201 págs.), vol. II.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2ª edición (Santiago, 2000, 143 págs.), vol. III.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 213 págs.), vol. IV.
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1995, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, N° 1 (Santiago, diciembre, 1999).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1999, *Informes*, N° 2 (Santiago, diciembre, 2000).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2000, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 2001).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2001, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 2002).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 2002, *Informes*, N° 5 (Santiago, diciembre, 2003).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 2003, *Informes*, N° 6 (Santiago, diciembre, 2004).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2004, *Informes*, N° 7 (Santiago, diciembre, 2005).
- Gazmuri, Cristián, *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura* (Santiago, 2000, 156 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2006, 444 págs.), tomo I.
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, 250 págs.), tomo primero.
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, 154 págs.), tomo segundo.
- González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, 2ª edición (Santiago, 2002, 474 págs.).
- González V., Carlos, Hugo Rosati A. y Francisco Sánchez C., *Guaman Poma. Testigo del mundo andino* (Santiago, 2003, 619 págs.).
- Guerrero Jiménez, Bernardo (editor), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).
- Herrera Rodríguez, Susana, *El aborto inducido. ¿Víctimas o victimarias?* (Santiago, 2004, 154 págs.).
- Hutchison, Elizabeth Q., *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1990-1930*, traducción de Jacqueline Garreaud Spencer (Santiago, 2006, 322 págs.).

- León, Leonardo, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, 2ª edición (Santiago, 2005, 355 págs.).
- Lizama, Patricio, *Notas de artes de Jean Emar* (Santiago, 2003).
- Lizama Silva, Gladys (coordinadora), *Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX* (Santiago-Guadalajara, 2002, 349 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (Santiago, 2002, 482 págs.).
- Matus, Alfredo y Mario Andrés Salazar, editores, *La lengua, un patrimonio cultural plural* (Santiago, 1998, 106 págs.).
- Mazzei de Grazia, Leonardo, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (Santiago, 2004, 193 págs.).
- Medina, José Toribio, *Biblioteca chilena de traductores*, 2ª edición, corregida y aumentada con estudio preliminar de Gertrudis Payàs, con la colaboración de Claudia Tirado (Santiago 2007, 448 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Mitre, Antonio, *El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (Santiago, 2002, 141 págs.).
- Montealegre Iturra, Jorge, *Prehistorieta de Chile* (Santiago, 2003, 146 págs.).
- Moraga, Pablo, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago 2001, 180 págs.).
- Morales, José Ricardo, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Muratori, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Mussy, Luis de, *Cáceres* (Santiago, 2005, 589 págs.).
- Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2ª edición (Santiago 2003, 320 págs.).
- Piwonka Figueroa, Gonzalo, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).
- Plath, Oreste, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).

- Revista *Mapocho*, Nº 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 39, primer semestre (Santiago, 1996, 271 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 40, segundo semestre (Santiago, 1996, 339 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 41, primer semestre (Santiago, 1997, 253 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 42, segundo semestre (Santiago, 1997, 255 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 43, primer semestre (Santiago, 1998, 295 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 44, segundo semestre (Santiago, 1998, 309 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 45, primer semestre (Santiago, 1999, 264 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 46, segundo semestre (Santiago, 1999, 318 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 47, primer semestre (Santiago, 2000, 465 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 48, segundo semestre (Santiago, 2000, 378 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 49, primer semestre (Santiago, 2001, 458 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 50, segundo semestre (Santiago, 2001, 424 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 51, primer semestre (Santiago, 2002, 372 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 52, segundo semestre (Santiago, 2002, 456 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 53, primer semestre (Santiago, 2003, 351 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 54, segundo semestre (Santiago, 2003, 364 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 55, primer semestre (Santiago, 2004, 359 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 56, segundo semestre (Santiago, 2004, 508 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 57, primer semestre (Santiago, 2005, 492 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 58, segundo semestre (Santiago, 2005, 478 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 59, primer semestre (Santiago, 2006, 456 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 60, segundo semestre (Santiago, 2006, 516 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 61, primer semestre (Santiago, 2007, 426 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 62, segundo semestre (Santiago, 2007, 512 págs.).
- Revista *Mapocho*, Nº 63, primer semestre (Santiago, 2008, 466 págs.).
- Rinke, Stefan, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1930-1931* (Santiago, 2002, 174 págs.).
- Rubio, Patricia, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del "crudo y riguroso invierno de un quinquenio (verano de 1889)"* (Santiago, 2001, 206 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Santiago, 2004, 944 págs.).
- Salazar, Mario Andrés y Patricia Videgain, editores, *De patrias, territorios, identidades y naturaleza* (Santiago 1998, 147 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Daniel Palma, Christian Baeza y Marina Donoso, *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX* (Santiago, 2001, 292 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891* (Santiago, 2005, 240 págs.).

- Scarpa, Roque Esteban, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Stabili, María Rosaria, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago, 2003, 571 págs.).
- Tesis Bicentenario 2004* (Santiago, 2005, 443 págs.), vol. I.
- Tesis Bicentenario 2005* (Santiago, 2006, 392 págs.), vol. II.
- Toro, Graciela, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Vamos gozando del mundo. La picaresca chilena. Textos del folklore*, compilación Patricia Chavarría (Santiago, 1998, 100 págs.).
- Uribe, Verónica (editora), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).
- Valdés Chadwick, Consuelo, *Terminología museológica. Diccionario básico, español-inglés, inglés-español* (Santiago, 1999, 188 págs.).
- Valle, Juvencio, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Santiago, 2003, 162 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Voces de ultratumba. Historia del espiritismo en Chile* (Santiago, 2006, 196 págs.).
- Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, *Los Estancos en Chile* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Virgilio Maron, Publio, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).

Colección Fuentes para el Estudio de la Colonia

- Vol. I *Fray Francisco Xavier Ramírez, Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).
- Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, 800 págs.) dos tomos.

Colección Fuentes para la Historia de la República

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María a su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).

- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).
- Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. IX "... *El silencio comenzó a reinar*". *Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. X *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulian (Santiago, 1998, 458 págs.).
- Vol. XI *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIII *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XIV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).
- Vol. XV *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Ulianova (Santiago, 2000, 742 págs.).
- Vol. XVI *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).
- Vol. XVII *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, compilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2001, 332 págs.).
- Vol. XVIII *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).
- Vol. XIX *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).
- Vol. XX *Una flor que renace: autobiografía de una dirigente mapuche, Rosa Isolde Reuque Paillalef*, edición y presentación de Florencia E. Mallon (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Vol. XXI *Cartas desde la Casa de Orates*, Angélica Lavín, editora, prólogo Manuel Vicuña (Santiago, 2003, 105 págs.).
- Vol. XXII *Acusación constitucional contra el último ministerio del Presidente de la República don José Manuel Balmaceda. 1891-1893*, recopilación de Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2003, 536 págs.).
- Vol. XXIII *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2005, 463 págs.), tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931.
- Vol. XXIV *Memorias de Jorge Beauchef*, biografía y estudio preliminar Patrick Puigmal (Santiago, 2005, 278 págs.).
- Vol. XXV *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, selección y notas María Teresa González F. (Santiago, 2005, 409 págs.).
- Vol. XXVI *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*, selección y estudio preliminar Sergio González Miranda (Santiago, 2006, 1.054 págs.).
- Vol. XXVII *Los actos de la dictadura. Comisión investigadora, 1931*. Recopilación e interpretación: Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2006, 778 págs.).

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las élites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. XII Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. XIII Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 312 págs.).
- Vol. XV Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. XVI Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. XVII Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. XVIII Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. XIX Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999. Desafío y respuesta. Sino e imprevisión* (Santiago, 1999, 480 págs.), tomo I: "Los primeros doscientos años. 1541-1741".
- Vol. XX Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino. Un siglo de transporte, ideas y política en el sur de América* (Santiago, 2000, 459 págs.).

- Vol. XXI Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. XXII María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).
- Vol. XXIII Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).
- Vol. XXIV Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).
- Vol. XXV Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).
- Vol. XXVI Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago y México D.F., 2001, 564 págs.).
- Vol. XXVII Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago, 2001, 492 págs.).
- Vol. XXVIII Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).
- Vol. XXIX José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial americano* (Santiago, 2002, 145 págs.).
- Vol. XXX Emma de Ramón, *Obra y fe. La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).
- Vol. XXXI Sergio González Miranda, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990* (Santiago, 2002, 292 págs.).
- Vol. XXXII Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El Plan de Estudios Humanista, 1843-1876)* (Santiago, 2002, 238 págs.).
- Vol. XXXIII Marcos Fernández Labbé, *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920* (Santiago, 2003, 245 págs.).
- Vol. XXXIV Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile 1900-1920* (Santiago, 2003, 236 págs.).
- Vol. XXXV Diego Lin Chou, *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)* (Santiago, 2003, 569 págs.).
- Vol. XXXVI Rodrigo Hidalgo Dattwyler, *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX* (Santiago, 2004, 492 págs.).
- Vol. XXXVII René Millar, *La inquisición en Lima. Signos de su decadencia 1726-1750* (Santiago, 2005, 183 págs.).
- Vol. XXXVIII Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880* (Santiago, 2005, 496 págs.).
- Vol. XXXIX Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2005, 528 págs.).
- Vol. XL Pablo Camus Gayán, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile 1541-2005* (Santiago, 2006, 374 págs.).
- Vol. XLI Raffaele Nocera, *Chile y la guerra, 1933-1943*, traducción de Doina Dragutescu (Santiago, 2006, 244 págs.).
- Vol. XLII Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX* (Santiago, 2006, 270 págs.).

- Vol. XLIII Roberto Santana Ulloa, *Agricultura chilena en el siglo XX: contextos, actores y espacios agrícolas* (Santiago, 2006, 338 págs.).
- Vol. XLIV David Home Valenzuela, *Los huérfanos de la Guerra del Pacífico: el Asilo de la Patria* (Santiago, 2006, 164 págs.).
- Vol. XLV María Soledad Zárate C., *Dar a luz en Chile, siglo XIX. De la "ciencia de hembra" a la ciencia obstétrica* (Santiago, 2007, 548 págs.).

Colección Escritores de Chile

- Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II *Jean Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, c + 4.134 págs.) cinco tomos.
- Vol. IX *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1997, 143 págs.).
- Vol. X *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón S. y recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 98 págs.).
- Vol. XI *Ricardo Latcham. Varia lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón S., recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 326 págs.).
- Vol. XII *Cristián Huneeus. Artículos de prensa (1969-1985)*, recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).
- Vol. XIII *Rosamel del Valle. Crónicas de New York*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Leonardo Sanhueza (Santiago, 2002, 212 págs.).
- Vol. XIV *Romeo Murga. Obra reunida*, recopilación, prólogo y notas de Santiago Aránguiz Pinto (Santiago, 2003, 280 págs.).

Colección de Antropología

- Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

- Vol. IV Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).
- Vol. V José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).
- Vol. VI Rubén Stehberg, *Arqueología histórica antártica. Participación de aborígenes sudamericanos en las actividades de cacería en los mares subantárticos durante el siglo XIX* (Santiago, 2003, 202 págs.).
- Vol. VII Mauricio Massone, *Los cazadores después del hielo* (Santiago, 2004, 174 págs.).

Colección Imágenes del Patrimonio

- Vol. I. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

Colección de Documentos del Folklore

- Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).
- Vol. II *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. y Tomás Cornejo C. (Santiago, 2006, 302 págs.).

Colección Ensayos y Estudios

- Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).
- Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).
- Vol. III Clara Zapata Tarrés, *Las voces del desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).
- Vol. IV Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).
- Vol. V Bernard Lavalley y Francine Agard-Lavalley, *Del Garona al Mapocho: emigrantes, comerciantes y viajeros de Burdeos a Chile. (1830-1870)* (Santiago, 2005, 125 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *Los boy scouts en Chile: 1909-1953* (Santiago, 2006, 188 págs.).
- Vol. VII Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Santiago, 2006, 117 págs.).
- Vol. VIII Marcello Carmagnani, *El salariado minero en Chile colonial su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico 1690-1800* (Santiago, 2006, 124 págs.).

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO DEL ESCRITOR
DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
(1996-2007)

- Neruda, Pablo, *Desolación en germen. Facsimilares de primeros manuscritos (1919-1922)* (Santiago, 1995, 11 hojas).
- Mistral, Gabriela, *Desolación en germen: facsimilares de primeros manuscritos (1914-1921)*. Santiago: DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 1996, 11 pp.).
- Plath, Oreste, *El Santiago que se fue: apuntes de la memoria*. Biblioteca Nacional de Chile, Archivo del Escritor y Editorial Grijalbo (Santiago, 1997, 331 pp.).
- Huidobro, Vicente, *Epistolario*, selección, prólogo y notas, Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 1997, 211 pp.).
- Epistolario selecto I*, selección y prólogo Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris, introducción Volodia Teitelboim. DIBAM y Archivo del Escritor (Santiago, 1997, 109 pp.).
- Guzmán Cruchaga, Juan, *Recuerdos entreabiertos*, prólogo de Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 1998, 158 pp.).
- Redondo Magallanes, Mireya, *De mis días tristes (Manuel Magallanes Moure)*, Archivo del Escritor, DIBAM (Santiago, 1999, 145 pp.).
- Huidobro, Vicente, *Atentado celeste: facsimilares*, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2000, 11 h.).
- Oyarzún, Luis, *Epistolario familiar*, selección Thomas Harris E., Claudia Tapia Roi y Pedro Pablo Zegers B., DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2000, 200 pp.).
- Castro, Oscar, *Epistolario íntimo de Oscar Castro*, selección, Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris, prólogo, Manuel Peña Muñoz, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2000, 58 pp.).
- El Libro de los juegos florales*. Santiago: DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2000, 114 p.).
- Rokha, Pablo de, *Fuego negro: poética: facsimilares*. Santiago: DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2001, 11 h.).
- Peña Muñoz, Manuel, *Memorial de la tierra larga: Crónicas chilenas*, DIBAM, Archivo del Escritor y RIL Ediciones (Santiago, 2001, 397 pp.).
- Vial, Sara, *Valparaíso, el violín de la memoria*, DIBAM, Archivo del Escritor y RIL Editores (Santiago, 2001, 359 pp.).
- Ossandón, Carlos y Santa Cruz, Eduardo, *Entre las alas y el plomo: la gestación de la prensa moderna en Chile*, DIBAM, Archivo del Escritor y Universidad Arcis (Santiago, 2001, 158 pp.).
- Oyarzún, Luis, *Necesidad del arcoiris: poesía selecta*, Compilación y prólogo, Thomas Harris E. y Pablo Zegers B., DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2002, 270 pp.).
- Peña Muñoz, Manuel, *Cafés literarios en Chile*. DIBAM, Archivo del Escritor y RIL Ediciones (Santiago, 2002, 219 pp.).
- Laborde, Miguel, *Contra mi voluntad. Biografía de Julio Barrenechea*, Archivo del Escritor, DIBAM y RIL Editores (Santiago. 2002, 372 pp.).
- Montealegre, Jorge, *Prehistorieta de Chile*, DIBAM, Archivo del Escritor y RIL Editores (Santiago, 2003, 146, pp.).

- Cartas salidas del silencio*, selección y notas Pedro Pablo Zegers B., Thomas Harris E. y Daniela Schütte G., DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2003, 165 pp.).
- Neruda, Pablo, *Coral del Año Nuevo para la patria en tinieblas y Homenaje de los poetas franceses a Pablo Neruda*, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2004, s/f).
- Neruda, Pablo, *Las vidas del poeta*, catálogo expo. homenaje en el año del centenario del natalicio de Pablo Neruda (Santiago, 2004, 111 pp.).
- Oyarzún, Luis, *Taken for a Ride. Escritura de paso (Ensayos, reseñas, crónicas)*, compilación y prólogo de Thomas Harris E., Daniela Schütte G. y Pedro Pablo Zegers B., RIL Editores, Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile (Santiago, 2005, 454 pp.).
- Anónimo, *Lazarillo de Tormes*. Edición aumentada y corregida de Eduardo Godoy, Archivo del Escritor, DIBAM y LOM Ediciones (Santiago, 2005, 143 pp.).
- Yáñez Bianchi, Álvaro, *Míj Vñda. Diarios (1911-1917)*, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2006, 348 pp.).
- Meza Fuentes, Roberto, *Los trágicos días de más afuera*. Recopilación y edición Thomas Harris E. y Pedro Pablo Zegers. Prólogo de Alfonso Calderón S., DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2006, 334 pp.).
- Sabella, Andrés, *El Duende Cautivo de Antofagasta: facsimilares*, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2006, 11 h.).
- Benadava C., Salvador, *Faltaban sólo unas horas... Aproximaciones a Joaquín Edwards Bello*. Santiago: DIBAM y LOM Eds. (Santiago, 2006, 295 pp.).
- Nagy-Zemki, Silvia y Correa-Díaz, Luis, *Arte de Vivir. 20 Acercamientos críticos a la poesía de Pedro Lastra*, DIBAM, Archivo del Escritor y RIL Eds. (Santiago, 2006, 334 pp.).
- Contreras, Francisco, *El pueblo maravilloso*, edición de Daniela Schütte G., Pedro Pablo Zegers B. y Thomas Harris E. Nota preliminar de Pedro Lastra, DIBAM y LOM Ediciones (Santiago, 2007, 299 pp.).
- Ossandón B., Carlos, *La sociedad de los artistas*, DIBAM, Archivo del Escritor y Editorial Palinodia (Santiago, 2007, 11 pp.).
- Emar, Juan, *Armonía, eso es todo: facsimilares*. DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Ediciones (Santiago, 2007, 11 h.).